



Balzac

LA COMEDIA HUMANA

Los pequeños burgueses



TOMO XIX

Lectulandia

«La inmensidad de un plan que abraza a la vez la historia y la crítica de la Sociedad, el análisis de sus males y la discusión de sus principios, me autoriza, creo yo, a dar a mi obra el título con el que aparece hoy: La Comedia Humana».

Balzac

Lectulandia

Honoré de Balzac

**Los pequeños burgueses (trad.
Antonio Ribera)**

La Comedia Humana (Editorial Lorenzana) - XIX

ePub r1.0
mandius 18.11.15

Título original: *Les Petits Bourgeois*
Honoré de Balzac, 1855
Traducción: Antonio Ribera
Edición: Augusto Escarpizo
Diseño de cubierta: Piolin

Editor digital: mandius
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

TOMO XIX

ESTE TOMO CONTIENE LAS SIGUIENTES OBRAS

Los pequeños burgueses



LOS PEQUEÑOS BURGUESES



A Constance Victoire

PRIMERA PARTE

I

EL PARÍS QUE DESAPARECE

El torniquete de Saint-Jean, cuya descripción parecía fastidiosa en su época al principio del estudio titulado *Una doble familia* (véanse las «Escenas de la vida privada»), ese ingenuo detalle del viejo París, ya no tiene más que esta existencia tipográfica. La construcción del actual Ayuntamiento hizo desaparecer todo un barrio.

En 1830, los transeúntes todavía podían ver el torniquete pintado en el rótulo de un vinatero, pero la casa que constituía su último asilo fue derribada después. ¡Ay, el viejo París desaparece con una espantosa rapidez! Aquí y allá, en esta obra, quedará de él, ora un tipo de habitación de la Edad Media, como la que se describe al comienzo de *El gato que juega a la pelota*, de la que aún subsisten uno o dos modelos, ora la casa habitada por el juez Popinot en la calle Fouarre, espécimen de vieja burguesía. Aquí yacen los restos de la casa de Fulbert, allá toda la cuenca del Sena en tiempos de Carlos IX. Tal un nuevo *Old mortality*, ¿por qué el historiador de la sociedad francesa no podría salvar estas curiosas expresiones del pasado, del mismo modo que el viejo de Walter Scott refrescaba las tumbas? Ciertamente, desde hace cosa de una década, las quejas literarias no han sido en vano: el arte empieza a disfrazar bajo sus flores las innobles fachadas de lo que en París se llaman *las casas de productos*, que uno de nuestros poetas compara jocosamente con las cómodas.

Es preciso observar aquí que la creación de la comisión municipal *del ornamento* que en Milán vela por la arquitectura de las fachadas que dan a la calle, y a la que todos los propietarios tienen la obligación de someter la aprobación de sus planos, data del siglo XII.

¿Y quién no ha constatado también en esta hermosa capital los efectos del patriotismo que sienten los burgueses y los nobles por su ciudad, admirando en ella unas construcciones llenas de carácter y de originalidad?... La especulación repugnante y desenfrenada que, de un año a otro, rebaja la altura de los pisos, construye una vivienda en el espacio que antes ocupaba un salón, destruye los jardines y les hace una guerra a muerte, influirá de una manera inevitable en las costumbres parisienses. Pronto nos veremos obligados a vivir más en la calle que en el interior de nuestra casa. La sacrosanta vida privada, la libertad del hogar, ¿dónde está? Empieza a partir de cincuenta mil francos de renta. Y aún así, son privilegiados los millonarios que pueden permitirse el lujo de un hotelito, defendido por un patio que da a la calle, y protegido contra la curiosidad pública por un umbroso jardín.

Al nivelar las fortunas, el título del Código que disciplina las sucesiones

hereditarias produjo esos falansterios de mampostería en los que se alojan treinta familias y que proporcionan, cien mil francos de renta.

Así, dentro de cincuenta años, serán contadas las casas semejantes a la que habitaba la familia Thuillier en el momento en que iniciamos la narración de esta historia; una casa verdaderamente curiosa y que merece los honores de una descripción exacta, aunque sólo fuese para comparar la burguesía de antaño con la de nuestros días.

La situación y el aspecto exterior de esta morada, que sirve de escenario para el desarrollo de este cuadro de costumbres, exhalan ya un perfume de pequeña burguesía capaz de atraer o desviar la atención del lector, según sus gustos.

En primer lugar, la casa Thuillier no pertenecía ni al señor ni a la señora, sino a la señorita Thuillier, hermana mayor del señor Thuillier.

Este inmueble, adquirido en el transcurso de los seis primeros meses que siguieron a la revolución de 1830, por la señorita María-Juana-Brígida Thuillier, la hija mayor, está situado hacia el centro de la calle Saint-Dominique-d'Enfer, a la derecha según se entra por la calle d'Enfer, de manera que el cuerpo de edificio ocupado por el señor Thuillier se encuentra orientado al mediodía.

El movimiento progresivo que impulsa a la población parisiense hacia las alturas de la orilla derecha del Sena, abandonando la izquierda, era perjudicial desde hada tiempo para la venta de las propiedades del barrio llamado Latino, cuando diversos motivos, que se deducirán teniendo en cuenta el carácter y las costumbres del señor Thuillier, determinaron a su hermana a efectuar la adquisición de un inmueble: lo consiguió por el precio mínimo de cuarenta y seis mil francos de principal; los accesorios salieron a seis mil francos; total, cincuenta y dos mil francos. El detalle de la propiedad, hecho en estilo de cartel, y los resultados obtenidos por los desvelos del señor Thuillier, servirán para explicar por qué medios aumentaron tantas fortunas en julio de 1830, mientras otras zozobraban.

Vista desde la calle, la casa presentaba una fachada de mampostería revocada con yeso, ondulada por el tiempo y rayada por el gancho del albañil a fin de simular sillares labrados. Esta clase de fachada es tan corriente en París y tan fea, que la ciudad debería ofrecer primas a los propietarios que utilizaran la piedra para construir sus edificios y esculpiesen las nuevas fachadas. Aquella cara grisácea, horadada por siete ventanas, tenía una altura de tres pisos y estaba rematada por unas buhardillas cubiertas de tejas. La puerta cochera, grande y sólida, anunciaba con su forma y estilo que el cuerpo de edificio que daba a la calle fue construido en tiempos del Imperio, a fin de utilizar una parte del patio de una morada espaciosa y antigua, de la época en que el barrio d'Enfer gozaba de cierto favor.

A un lado se encontraba la portería y al otro el comienzo de la escalera de la casa de enfrente. Dos cuerpos de edificio, pegados a las casas vecinas, sirvieron en otro tiempo de cocheras y caballerizas, de cocinas y de habitaciones accesorias a la mansión del fondo; pero a partir de 1830 fueron convertidos en almacenes.

El lado derecho estaba alquilado por un papelerero al por mayor llamado Métivier, sobrino, y el lado izquierdo por un librero llamado Barbet. Los despachos de estos negociantes se extendían por encima de sus almacenes, de modo que el librero ocupaba el primer piso y el papelerero el segundo de la casa que daba a la calle. Métivier sobrino, mucho más comisionista en papelería que comerciante, y Barbet, mucho más banquero que librero, disponían de aquellos amplios almacenes para meter en ellos, aquél, partidas de papel compradas a fabricantes necesitados, y éste, ediciones de obras entregadas en prenda de sus préstamos.

El tiburón de la librería y el lucio de la papelería vivían en una armonía perfecta, y sus operaciones, desprovistas de la vivacidad que exige el comercio al por menor, traían tan pocos coches a perturbar la tranquilidad de aquel patio, que el portero tenía que arrancar los hierbajos que crecían entre los adoquines. Los señores Barbet y Métivier, que aquí apenas pasan de ser unos simples comparsas, hacían muy pocas visitas a sus propietarios, y su puntualidad en pagar los trimestres los clasificaba entre los buenos inquilinos; pasaban por personas honradas a carta cabal ante los ojos de la sociedad de los Thuillier.

Por lo que respecta al tercer piso que daba a la calle, formaba dos viviendas: una estaba ocupada por el señor Dutocq, escribano del juez de paz, antiguo empleado retirado y asiduo concurrente al salón Thuillier; la otra, por el héroe de esta escena; así, de momento, debemos contentarnos con fijar la cifra de su alquiler, que era de setecientos francos, y la situación que había alcanzado en el corazón de aquel lugar, tres años antes de que llegue el momento de alzar el telón sobre este drama doméstico.

El escribano, un solterón de cincuenta años, ocupaba la más considerable de las dos viviendas del tercero; tenía cocinera y el alquiler que pagaba ascendía a mil francos. Dos años después de efectuar su adquisición, la señorita Thuillier obtuvo siete mil doscientos francos de renta de una casa que el propietario anterior había provisto de persianas, había restaurado interiormente y adornado con espejos, sin poder venderla ni alquilarla, y los Thuillier, aposentados muy a lo grande, como veremos, disfrutaban de uno de los jardines más bellos del barrio, cuyos árboles daban sombra a la desierta callejuela Neuve-Sainte-Catherine.

Situada entre el patio y jardín, el cuerpo de edificio que ocupaba parece haber sido un capricho de burgués enriquecido durante el reinado de Luis XIV, el de un presidente del Parlamento, o la morada de un sabio tranquilo. Su bella piedra labrada, roída por el tiempo, le daba cierto aire de grandeza luis-catorcesca (permitidme este barbarismo); las cadenas de la fachada figuran hiladas, los cuadros de ladrillos rojos recuerdan el aspecto de las caballerizas de Versalles, las ventanas abovedadas estaban adornadas con unos mascarones en la clave de bóveda y bajo el antepecho. Por último, la puerta de pequeños plafones en la parte superior y lisa en el interior, a través de la cual se puede ver al jardín, es de ese estilo honrado y sin énfasis utilizado frecuentemente para la construcción de viviendas para los porteros en los palacios

reales.

Este pabellón de cinco ventanas se alza dos pisos por encima de la planta baja y está protegido por un tejado de cuatro caras terminadas en veletas, horadado por cuatro hermosas y enormes chimeneas, y ojos de buey. Quizás esta construcción es el resto de una mansión importante, pero, después de consultar los viejos planos de París, nada hemos hallado que confirme esta conjetura; y, por otra parte, los títulos de la señorita Thuillier revelan que su propietario en tiempos de Luis XIV era Petitot, el célebre pintor de esmaltes, que recibió aquella finca del presidente Lecamus. Es de suponer que el presidente residió en este pabellón mientras se hacía construir su famoso palacio de la calle de Thorigny.

En consecuencia, por allí han pasado igualmente la toga y el arte. Pero también ¡qué amplia comprensión de las necesidades y los placeres dispuso el interior de aquel pabellón! A la derecha, después de entrar en una sala cuadrada que forma un vestíbulo cerrado, comienza una escalera de piedra, con dos ventanas que dan al jardín; debajo de la escalera se abre la puerta de la bodega. Desde el vestíbulo se pasa a un comedor que recibe la luz del patio. Este comedor comunica lateralmente con una cocina que está a continuación de los almacenes de Barbet. Detrás de la escalera se extiende, por el lado del jardín, un magnífico gabinete alargado, con dos ventanas. Los pisos primero y segundo constituyen dos viviendas completas, y los alojamientos de los domésticos están indicados, bajo el tejado de cuatro caras, por los ojos de buey. Una magnífica estufa adorna este espacioso vestíbulo cuadrangular; sus dos puertas vidrieras, una frente a otra, esparcen gran claridad en su interior. Dicho aposento, enlosado en mármol blanco y negro, llama la atención por su techo de vigas salientes, que antes estaban pintadas y doradas, pero que, sin duda durante el Imperio, recibieron una mano de pintura blanca uniforme. Frente a la estufa hay una fuente de mármol rojo con pila también de mármol. La parte superior de las tres puertas del gabinete, del salón y del comedor, muestran unos marcos ovalados, cuyas pinturas reclaman una restauración más que necesaria. La carpintería es pesada, pero los adornos no carecen de valor. El salón, totalmente enmaderado, recuerda el gran siglo por su chimenea de mármol del Languedoc y por su techo adornado en los ángulos, sin olvidar la forma de las ventanas, que han conservado sus pequeños cuadraditos. El comedor comunicaba con el salón mediante una puerta de dos batientes, tiene losas de piedra; el enmaderado es todo de roble sin pintar y el horrible papel moderno reemplaza a las antiguas tapicerías. El techo, de castaño, se ha respetado. En el gabinete, modernizado por Thuillier, se dan cita todos los anacronismos.

Tan descoloridos están el oro y el blanco de las molduras del salón, que las líneas rojas han sustituido al oro y el blanco amarillento, rayado, aparece desconchado. Nunca las paredes latinas, *cum dignitate*, tuvieron más bello comentario, a los ojos de un poeta, que en esta noble habitación. La cerrajería de la barandilla de la escalera son dignas de un magistrado o de un artista; pero para hallar sus rasgos actualmente en los balcones contruidos en el primer piso, entre los restos de esta majestuosa

antigüedad, hace falta poseer los ojos de un artista observador.

Los Thuillier y sus predecesores deshonraron con harta frecuencia aquella joya de la alta burguesía con las costumbres y las invenciones de la pequeña burguesía. ¿Se imagina el lector las sillas de nogal tapizadas de crin, una mesa de caoba con un mantel encerado, aparadores de caoba, una alfombra de ocasión bajo la mesa, lámparas de muaré metálico, un papelito de cenefa roja, los execrables grabados negros y las cortinas de calicó bordadas con galones rojos en este comedor donde tantos banquetes celebraron los amigos de Petitot? ¿Comprende el efecto que hacen en dicho salón los retratos del señor, de la señora y de la señorita Thuillier, obra de Pedro Grassou, el pintor de los burgueses; unas mesas de juego que cuentan con veinte años de servicio, unas consolas del tiempo del Imperio, una mesita de té que soporta una enorme lira, un mueble de caoba veteada tapizado con terciopelo pintado, cuyo fondo es color chocolate; en la chimenea, con el reloj de péndulo que representa a la Belona del Imperio, candelabros de columnas acanaladas; cortinas de damasco de lana y cortinas de muselina bordada, realzadas con alzapaños de cobre estampado?... El piso se encuentra cubierto por una alfombra de ocasión. El hermoso vestíbulo oblongo tiene banquetas de terciopelo, y las paredes, con cuadros tallados, están ocultas por armarios de épocas diversas y procedentes de todas las viviendas anteriormente ocupadas por los Thuillier. Una tabla oculta la fuente y encima de ella hay una lámpara humeante que data de 1815. Finalmente, el miedo, esta odiosa divinidad, ha hecho adoptar puertas dobles revestidas de plancha, tanto por el lado del jardín como por el del patio, puertas que durante el día se aplican a la pared, cerrándose herméticamente durante la noche.

Es fácil explicar la deplorable profanación ejercida sobre este monumento de la vida privada del siglo XVII por la vida privada del XIX. Quizás, a principios del Consulado, un maestro albañil que adquirió aquel palacete teniendo la idea de sacar partido del solar lindante con la calle, derribó la bella puerta cochera franqueada por pequeños pabellones que completaban aquella hermosa *morada*, para emplear una palabra del lenguaje antiguo, y la industria de un propietario parisién imprimió su marchitez en aquella elegante fachada, de igual forma que los periódicos y sus talleres, la fábrica y sus depósitos, el comercio y sus mostradores, reemplazan a la aristocracia, a la vieja burguesía, a las finanzas y a la toga por dondequiera que éstas exhibían antaño sus esplendores. ¡Qué curioso resultaría el estudio de los títulos de propiedad en París! Existe una casa de salud en la calle Batailles, en el lugar en que se hallaba la mansión del caballero Pedro Bayardo du Terrail; el tercer estado abrió una calle en el emplazamiento del palacio Necker. El viejo París se va, siguiendo a los reyes que se fueron. Por una obra maestra arquitectónica que salva una princesa polaca, ¡cuántos pequeños palacios caen, como la casa de Petitot, en manos de los Thuillier! Éstas son las razones que convirtieron a la señorita Thuillier en la propietaria de aquella casa.

II EL BELLO THUILLIER

A la caída del Ministerio Villèle, Luis-Jerónimo Thuillier, que entonces contaba veintiséis años de servicio en las Finanzas, fue nombrado subjefe; pero apenas había empezado a disfrutar de la autoridad subalterna de una posición que anteriormente constituía su menor esperanza, cuando los sucesos de julio de 1830 le obligaron a jubilarse. Calculó con mucha astucia que su pensión le sería inmediata y honorablemente concedida por quienes deseaban disponer de una plaza sobrante, y acertó, pues le concedieron una pensión de mil setecientos francos.

Cuando el prudente subjefe habló de retirarse de la administración, su hermana, mucho más compañera de su vida que su mujer, tembló por el porvenir del empleado.

—¿Qué será de Thuillier?... —fue la pregunta que se hicieron con mutuo espanto la señora y la señorita Thuillier, residentes entonces en un reducido piso en la calle d'Argenteuil.

—El arreglo de su pensión le ocupará durante algún tiempo —dijo la señorita Thuillier—, pero pienso en una inversión de mis economías que proporcionara ocupación... Sí, administrar una finca casi equivaldría a su primitivo trabajo.

—¡Oh, hermana, le salvaréis la vida! —exclamó la señora Thuillier.

—Yo siempre había pensado que llegaría esta crisis en la vida de Jerónimo —respondió la solterona con aire protector.

La señorita Thuillier había oído decir con harta frecuencia a su hermano: «¡Fulano ha muerto! ¡No ha sobrevivido ni dos años a su jubilación!». Y también había oído con demasiada frecuencia a Colleville, amigo íntimo de Thuillier, funcionario como él, y que bromeaba sobre aquella época climatérica de los burócratas, diciendo: «¡También nos llegara nuestra hora!...», para no apreciar el peligro que corría su hermano. El paso de la actividad al retiro constituye, efectivamente, la época crítica del empleado. Los jubilados que no saben o no pueden sustituir por otras las ocupaciones que han abandonado, sufren un extraño cambio: algunos se mueren; muchos se entregan a la pesca, distracción cuyo vacío se asemeja al trabajo desarrollado en las oficinas; otros, hombres maliciosos, se hacen accionistas, pierden sus ahorros y se alegran de obtener un puesto en la empresa, destinada a triunfar, después de una primera caída y una primera liquidación, en manos más hábiles de quienes estaban al acecho; el empleado se frota entonces las suyas, que han quedado vacías, diciéndose: «Yo ya había predicho cómo terminaría este asunto...». Pero casi todos se debaten contra sus antiguos hábitos.

—Hay algunos —decía Colleville— que están devorados por el esplín (que él pronunciaba *spleenne*) peculiar de los empleados; mueren a causa de sus circulares devueltas, tienen la solitaria, que en su caso es de cartón. El pequeño Poiret no podía ver un cartón blanco ribeteado de azul sin que la vista de aquel objeto querido le

hiciese cambiar de color; pasando del verde al amarillo.

La señorita Thuillier era considerada como el genio de este fuego fraternal; no le faltaba fuerza ni decisión, como su historia particular demostrará. Aquella superioridad, con relación a su medio ambiente, le permitía juzgar muy bien a su hermano, a pesar de que le adoraba. Después de ver frustrarse las esperanzas que había puesto en su ídolo, tenía demasiada maternidad en sus sentimientos para engañarse acerca del valor social del subjefe.

Thuillier y su hermana eran hijos del primer portero del Ministerio de Finanzas. Gracias a su miopía, Jerónimo se salvó de todas las levadas y movilizaciones posibles. El padre no poseyó otra ambición que ver a su hijo convertido en empleado. A principios de este siglo, había demasiadas plazas ocupadas en el ejército para que no quedasen muchas más vacantes en la burocracia, y la falta de empleados inferiores permitió al obeso padre Thuillier hacer franquear a su hijo los primeros peldaños del escalafón burocrático.

El portero falleció en 1814, dejando a Jerónimo en vísperas de ser nombrado subjefe, legándole, por toda fortuna, esta esperanza. El obeso Thuillier y su mujer, muerta en 1810, se habían retirado en 1806, con la pensión de su retiro como único medio de vida, después de emplear sus ahorros en dar a Jerónimo la educación de la época y en mantenerlo, así como también a su hermana.

Sabida es la influencia que ejerció la Restauración sobre la burocracia. De los cuarenta y un departamentos suprimidos surgió una masa de empleados honorables que pedían plazas inferiores a las que ocupaban. A estos derechos adquiridos vinieron a añadirse las pretensiones de las familias proscritas, arruinadas por la Revolución. Oprimido entre estas dos afluencias, Jerónimo se dio por muy dichoso de no verse destituido bajo cualquier frívolo pretexto. No dejó de temblar hasta el día en que, nombrado subjefe por pura casualidad, tuvo la seguridad de poder disfrutar de un retiro honorable. Este rápido resumen explica los escasos alcances y conocimientos del señor Thuillier. Aprendió el latín, las matemáticas, la historia y la geografía que pueden aprenderse en un pensionado; pero se quedó en la clase llamada de segundo, pues su padre quiso aprovechar una ocasión para lograr su ingreso en el Ministerio, elogiando la *soberbia caligrafía* de su hijo. Por lo tanto, si bien el pequeño Thuillier escribió las primeras instrucciones en el libro mayor, no estudió retórica ni filosofía.

Prendido en el engranaje de la máquina ministerial, cultivó poco las letras y aún menos las artes; adquirió un conocimiento rutinario de su trabajo, y, cuando tuvo ocasión de penetrar, durante el Imperio, en la esfera de los empleados superiores, adoptó en ella formas superficiales que ocultaron al hijo del portero, pero ni siquiera logró cierto roce espiritual. Su ignorancia le enseñó a callarse, y su silencio le fue útil. Durante el régimen imperial se acostumbró a aquella obediencia pasiva que agrada a los superiores, y más tarde, alcanzó su ascenso a subjefe gracias a esta cualidad. Su rutina se convirtió en una gran experiencia y sus modales y silencio disimularon su falta de instrucción. Aquella nulidad se convirtió en un título en el

momento que hizo falta un hombre nulo. Cuando se tuvo miedo de disgustar a dos partidos en la Cámara, cada uno de los cuales protegía a un hombre, el Ministerio salió de apuros ateniéndose a la ley de la antigüedad. De este modo Thuillier fue nombrado subjefe. La señorita Thuillier, sabiendo que su hermano aborrecía la lectura y no podía sustituir el ajetreo de la oficina por nada, demostró una gran prudencia al encargarlo de los sinsabores de la administración de la finca, en el cultivo de un jardín, en las insignificancias de la existencia burguesa y en las intrigas de vecindad.

El traspante de la familia Thuillier de la calle d'Argenteuil a la de Saint-Dominique d'Enfer, los cuidados que requería aquella adquisición, la búsqueda de un portero conveniente y los inquilinos que había que encontrar, ocuparon a Thuillier de 1831 a 1832. Cuando el fenómeno de aquel trasplante se consumó y la hermana vio que Jerónimo resistía aquella operación, le proporcionó otras distracciones a las que nos referiremos más adelante, pero cuya razón de ser se buscó en el propio carácter de Thuillier, y que valdrá la pena consignar aquí.

Aunque hijo de un conserje de Ministerio, Thuillier fue lo que sé dice un hombre apuesto; de talla superior a la mediana, esbelto y de fisonomía agradable mientras usaba gafas, pero espantosa, como muchos miopes, cuando se las quitaba; la costumbre de ver a través de las antiparras cubrió sus pupilas con una niebla especial.

De los dieciocho a los treinta años, el joven Thuillier cosechó éxitos entre las mujeres, siempre en una esfera que comenzaba en la pequeña burguesía y acababa en los jefes de negociado, pero ya sabemos que durante el Imperio la guerra dejaba a la sociedad parisién un poco desguarnecida al llevarse a los hombres enérgicos a los campos de batalla, y tal vez se deba a este hecho, como dijo un gran médico, la blandura de la generación que ocupa el siglo XIX.

Thuillier, obligado a hacerse notar por adornos distintos a los del ingenio, aprendió a bailar, hasta el extremo de que se le citaba con frecuencia: le llamaban *el bello Thuillier*. Jugaba al billar a la perfección, sabía hacer recortes, y su amigo Colleville le adiestró tan bien que, cual hábil canario, podía cantar todas las romanzas de moda. De estas pequeñas habilidades resultó aquella apariencia de éxito que engaña a la juventud y la aturde respecto al futuro. La señorita Thuillier, entre 1806 y 1814, creía en su hermano como la señorita de Orleáns en Luis-Felipe; se sentía orgullosa de Jerónimo, le veía conseguir una dirección general merced a los éxitos que, a la sazón, le abrían las puertas de algunos salones en los que desde luego nunca hubiera entrado de no haber sido por las circunstancias que durante el Imperio convirtieron a la sociedad en una macedonia.

Pero los triunfos del bello Thuillier resultaron bastante efímeros, ya que las mujeres no tenían más interés en conservarle que el que tenía él en eternizarse con ellas; hubiera podido proporcionar el tema de una comedia titulada *El Don Juan a pesar suyo*. Aquel oficio de *bello* fatigó a Thuillier hasta el punto de envejecerle; su rostro, cubierto de arrugas cual vieja coqueta, contaba doce años más que su partida

nacimiento. De sus éxitos pretéritos solamente conservó la costumbre de mirarse al espejo, de apretarse el talle para diseñarlo y de adoptar poses de danzarín, que prolongaron el goce de las ventajas del contrato que había celebrado con aquel apolo: ¡el bello Thuillier!

La verdad de 1806 se convirtió en la mofa de 1826. Conservó algunos vestigios del traje de los pisaverdes del Imperio, que no sentaba mal, por otra parte, a la dignidad de un antiguo subjefe. Continuó llevando la corbata blanca de numerosos pliegues, en los que se hundía la barbilla, y cuyos dos extremos amenazan a los que transitaban por su derecha o su izquierda, mostrándoles un nudo pasablemente coquetón, cuya realización encomendaba antaño a las manos de las hermosas. Pese a seguir las modas de lejos, las adapta a su hechura, se echa el sombrero muy hacia atrás, lleva zapatos y medias finos en verano, sus levitas alargadas recuerdan los levitones del Imperio, no ha renunciado todavía a las chorreras fijas y a los chalecos blancos, continúa jugueteando con su bastoncillo de 1810 y se mantiene encorvado. Al ver pasar a Thuillier por los bulevares, nadie le hubiera tomado por el hijo de un hombre que preparaba los almuerzos de los empleados en el Ministerio de Finanzas y que llevaba la librea de Luis XVI: más bien parece un diplomático imperial, un subprefecto. Pero no sólo la señorita Thuillier explotó con mucha inocencia la debilidad de su hermano, haciendo que dedicase unos cuidados excesivos a su persona, pues esto en ella, no solamente constituía una continuación de su culto, sino que además le proporcionó todas las alegrías familiares al transplantar junto a ellos a un matrimonio cuya existencia fue casi colateral con la suya.

Se trata del señor Colleville, el amigo íntimo de Thuillier; pero, antes de pintar a Pílates, resulta indispensable acabar con Orestes, teniendo en cuenta que debemos explicar por qué Thuillier, el bello Thuillier, se encontraba sin familia, pues la familia únicamente la proporcionan los hijos; y esto suscitará la aparición de uno de esos profundos misterios que permanecen enterrados en los arcanos de la vida privada, y de los que sólo surgen algunos vestigios a la superficie cuando los dolores de una situación oculta se hacen demasiado vivos: se trata de la vida de la señora y de la señorita Thuillier, toda vez que hasta el momento no hemos visto más que la vida, en cierto modo pública, de Jerónimo Thuillier.

III

HISTORIA DE UNA DOMINACIÓN

María-Juana-Brígida Thuillier, cuatro años mayor que su hermano, se le sacrificó totalmente; resultaba más fácil dar una posición al hermano que una dote a la hermana. La desgracia, para ciertos caracteres, es un faro que ilumina las partes

oscuras y bajas de la vida social. Superior a su hermano, tanto en energía como en inteligencia, Brígida era uno de esos caracteres que, bajo el martillo de la persecución, se cierra, se vuelven compactos y de una gran resistencia, por no decir inflexibles. Celosa de su independencia, quiso sustraerse a la vida de la portería y constituirse en árbitro exclusivo de su suerte.

A la edad de catorce años se retiró a una buhardilla situada a unos pasos de la Tesorería, que entonces se hallaba en la calle Vivienne, no lejos de la calle de la Vrillière, donde aún está hoy el Banco. Se entregó valerosamente a una industria poco conocida, privilegiada, gracias a los protectores de su padre, consistente en fabricar talegas para el Banco, para el Tesoro y también para las grandes casas financieras. A partir del tercer año tuvo dos obreras. Al poner sus economías en el libro mayor, se vio, en 1814, dueña de tres mil seiscientos francos de renta, ganados en quince años. Gastaba poco, iba a cenar casi diariamente a casa de su padre, mientras este vivió, como todos saben sobradamente, las rentas, en las últimas convulsiones del Imperio, estuvieron a cuarenta francos y pico; así que este resultado, aparentemente exagerado, se explica por sí mismo.

A la muerte del antiguo conserje, Brígida y Jerónimo, ella de veintisiete años y de veintitrés él, unieron sus destinos. El hermano y la hermana se profesaban mutuamente un afecto excesivo. Si Jerónimo, en plena época de éxitos, pasaba apuros, su hermana, vestida de paño burriel y con los dedos pelados por el hilo que le servía para coser, no dejaba de ofrecerle unos luises. A los ojos de Brígida, Jerónimo era el hombre más apuesto y más encantador del Imperio francés, Llevar la casa de su querido hermano, hacer que éste la iniciase en sus secretos de Lindor y de Don Juan, ser su sirvienta, su perrillo faldero, fue el sueño de Brígida; se inmoló casi amorosamente a un ídolo cuyo egoísmo ella misma engrandecería y sacrificaría. Vendió por quince mil francos su clientela a su primera obrera, y fue a establecerse en la calle d'Argenteuil, en casa de Thuillier, convirtiéndose en la madre, la protectora y la sirvienta de aquel *niño mimado de las damas*. Brígida, por una prudencia natural en una joven que lo debía todo a su discreción y a su trabajo, ocultó su fortuna al hermano, temiendo sin duda la disipación propia de la vida del crápula, dejando solamente seiscientos francos en la casa, que, unidos a los mil ochocientos francos de Jerónimo, les permitió afrontar los gastos anuales.

Desde los primeros días de su asociación, Thuillier escuchó a su hermana como a un oráculo, la consultó en sus menores asuntos, no le ocultó ninguno de sus secretos y así le dio a gustar los frutos del poder, pecado favorito de aquel carácter. Por su parte, la hermana lo sacrificó todo a su hermano, poniendo todo su corazón, viviendo solamente para él. El ascendiente de Brígida sobre Jerónimo se corroboró singularmente con el matrimonio que ella le preparó hacia 1814.

Al ver el movimiento de violenta comprensión que los recién llegados de la Restauración efectuaron en las oficinas públicas, y sobre todo ante el retomo de la antigua sociedad que rechaza a la burguesía, Brígida comprendió, especialmente a

fuerza de explicársela su hermano, la crisis social en que naufragaban sus esperanzas comunes. ¡El bello Thuillier ya no podría tener éxitos entre los nobles que sucedían a los plebeyos del Imperio!

Thuillier era incapaz de sustentar opiniones políticas, y, lo mismo que su hermana, sintió la necesidad de aprovechar sus restos de juventud para cambiar de vida y casarse. En aquella situación, una joven celosa como Brígida quería y debía casar a su hermano, tanto por ella como por él, pues solamente ella podía hacer feliz a su hermano, y la señora Thuillier no era más que un instrumento indispensable para fabricar uno o dos hijos. Si bien Brígida no tuvo todo el ingenio necesario para su voluntad, tuvo al menos el instinto de la dominación, ya que no poseía instrucción alguna, se dirigía directamente al fin propuesto, con la tozudez de una naturaleza acostumbrada a triunfar. Tenía el genio del hogar, el sentido de la economía, amor al trabajo y dotes de ama de casa. Por lo tanto, adivinó que nunca conseguiría casar a Jerónimo con una mujer de esfera superior a la suya, en la cual las familias indagasen acerca de su vida y pudiesen concebir inquietudes al encontrar a una señora ya instalada en la casa; buscó personas de la capa social inferior, a quienes pudiese deslumbrar, y encontró muy cerca un partido conveniente.

El más antiguo de los cobradores del Banco, llamado Lemprun, tenía una hija única llamada Céleste. Esta señorita era heredera de la fortuna de su madre, a su vez hija única de un labrador, compuesta de algunas fanegas de tierra en los alrededores de París, que el viejo aún cultivaba, así como también de la fortuna del anciano Lemprun, un hombre que había salido de las casas Thélusson y Keller para entrar en el Banco, cuando éste se fundó. Lemprun, que entonces era jefe de sección, gozaba de la estima y consideración del Gobierno y de los censores.

Asimismo, el Consejo del Banco, al enterarse de la boda de Céleste con un honorable empleado del Ministerio de Finanzas, prometió una gratificación de seis mil francos. Esta gratificación, sumada a los doce mil francos dados por el señor Galard, hortelano de Auteuil, hizo que la dote alcanzase los treinta mil francos. El viejo Galard y los esposos Lemprun estaban encantados con este enlace; el jefe de sección consideraba a la señorita Thuillier como una de las jóvenes más íntegras y honradas de París. Por otra parte, Brígida sacó a relucir sus inscripciones en el libro mayor, confiando a Lemprun que ella nunca se casaría, y ni el jefe de sección ni su mujer, ambos personas de la edad de oro, no se hubieran permitido juzgar a Brígida. Les impresionó sobre todo el brillo de la posición del bello Thuillier, y la boda se celebró, según una expresión consagrada, en medio de la satisfacción general.

El gobernador del Banco y el secretario actuaron como testigos de la novia, mientras que por parte de Thuillier lo fueron los señores de la Biliardière, jefe de negociado, y Roubourdin, jefe de oficina. Seis días después de la boda, el viejo Lemprun fue víctima de un audaz robo del que se ocupó la prensa de la época, pero que los sucesos de 1815 se encargaron de hacerlo olvidar rápidamente. Como los autores del robo no fueron descubiertos, Lemprun quiso saldar la diferencia, y,

aunque el Banco puso aquel déficit en la cuenta de pérdidas y ganancias, el pobre anciano murió a causa del pesar que le produjo aquella afrenta. Consideró aquel latrocinio como un atentado a su probidad de septuagenario.

La señora Lemprun abandonó toda su herencia a su hija, la señora Thuillier, y retirándose a vivir a Auteuil en compañía de su padre, donde aquel anciano murió, víctima de un accidente, en 1817. Asustada ante la idea de tener que regentar o arrendar las ciénagas y los campos de su padre, la señora Lemprun rogó a Brígida, cuya capacidad y honradez le maravillaban, que liquidase la fortuna del viejo Galard y arreglase las cosas de manera que su hija, al quedarse con todo, le asegurase mil quinientos francos de renta y le dejase la casa de Auteuil. Los campos del viejo labrador, vendidos en parcelas, produjeron treinta mil francos, la herencia de Lemprun otros tantos y aquellas dos fortunas, reunidas con la dote, ascendieron en 1818 a noventa mil francos.

La dote se colocó en acciones del Banco en el momento en que éstas valían novecientos francos. Brígida compró cinco mil francos de renta por los sesenta mil, pues el cinco por ciento estaba a sesenta, e hizo poner una inscripción de mil quinientos francos a nombre de la viuda Lemprun, en calidad de usufructuaria. Así, al comenzar el año 1818, la pensión de seiscientos francos pagada por Brígida, los tres mil cuatrocientos de la plaza de Thuillier, los tres mil quinientos de renta de Céleste y el producto de treinta y cuatro acciones del Banco, proporcionaban a la familia Thuillier unos ingresos de once mil francos, administrados por Brígida sin consejos de nadie. Ha sido necesario que ante todo nos ocupásemos de la cuestión financiera, no sólo para prevenir cualquier objeción, sino también para desbrozar el terreno del drama.

En primer lugar, Brígida dio quinientos francos por mes a su hermano y gobernó la nave de manera que los cinco mil francos bastaran para sostener los gastos domésticos; entregaba cincuenta francos mensuales a su cuñada, demostrándole que por su parte ella se contentaba con cuarenta. A fin de asegurar su dominación mediante el poder del dinero, Brígida amasaba el excedente de sus propias rentas; en las oficinas públicas se rumoreaba que hacía préstamos usuarios por intermedio de su hermano, por cuyo motivo tenía fama de usurero. Si entre 1813 y 1830 Brígida capitalizó sesenta mil francos, podría explicarse la existencia de esta suma por medio de las operaciones en la renta que presenta una variación del cuarenta por ciento, sin recurrir a acusaciones más o menos fundadas, cuya realidad no añadiría nada al interés de esta historia.

Desde los primeros días, Brígida doblegó a la desventurada señora Thuillier con los primeros golpes de espolón que le asestó y con el movimiento del bocado, que le hizo sentir duramente. El lujo de la tiranía era inútil, pues la víctima se resignó fácilmente. Céleste, bien juzgada por Brígida, desprovista de ingenio e instrucción y acostumbrada a la vida sedentaria, a una atmósfera tranquila, poseía un carácter excesivamente dulce; era piadosa en el sentido más corriente de esta palabra; hubiera

expiado por medio de duras penitencias la culpa involuntaria de haber causado dolor a su prójimo. Lo ignoraba todo de la vida; acostumbrada a que su madre la sirviese, pues la buena mujer atendía en persona a la casa, y obligada a moverse poco a causa de una constitución linfática que hacía que se fatigase al menor ajetreo, era de pies a cabeza una hija del pueblo de París, donde los niños hermosos no abundan, al ser producto de la miseria, de un trabajo excesivo, de casas sin aire, sin libertad de acción y sin ninguna de las comodidades de la vida.

Desde su matrimonio, Céleste era una mujercita de un rubio desvaído que producía náuseas, lenta y de una expresión algo estúpida. Su frente, excesivamente vasta y prominente, parecía la de un hidrocefalo, y, bajo aquella cúpula color cera, su rostro evidentemente pequeño en demasía, terminado en una punta como el hocico de un ratón, hizo creer a algunos invitados a la boda que se volvería loca tarde o temprano. Sus ojos, color azul claro, sus labios dorados, en los que se dibujaba una sonrisa estática, no desmentían aquella idea. En el día solemne de sus bodas, mostró la actitud, el porte y los modales de un condenado a muerte que desea que todo acabe cuanto antes.

—¡Parece una bola!... —dijo Colleville a Thuillier.

Brígida era el cuchillo destinado a penetrar en aquella naturaleza indefensa, con la que ofrecía el contraste más violento. Se observaba en ella una belleza regular, correcta, destrozada por el trabajo, pues desde la infancia tuvo que realizar labores penosas e ingratas, y por las secretas privaciones que se impuso para amasar su peculio. Su tez, brillante desde muy temprano, presentaba un tono acerado. Sus ojos castaños estaban bordeados de negro o más bien de cárdenas ojeras; tenía el labio superior adornado de un bozo castaño que dibujaba una especie de humo; los labios menudos y su frente imperiosa estaba realzada por una cabellera primitivamente negra, pero que se volvía de color chinchilla. Se mantenía derecha como una hermosa rubia, y toda su persona reflejaba la fatiga de las labores realizadas, sus fuegos amortiguados y, como dicen los escribanos, *las costas de sus notificaciones*.

Para Brígida, Céleste fue solamente una fortuna que conquistar, una madre que dominar y el súbdito más bajo su imperio. No tardó en reprocharle que fuese *fofa*, palabra propia de su lenguaje, y aquella celosa joven, en vez de desesperarse por tener una cuñada excesivamente activa, experimentó un placer salvaje estimulando la inactividad de aquella débil criatura. Céleste, avergonzada de ver como su cuñada hacía gala de su ardor de ama de casa en las labores domésticas, trató de ayudarla, pero cayó enferma. Inmediatamente Brígida se desvivió por atender a la señora Thuillier, cuidó de ella como de una hermana querida, diciéndole en presencia de Thuillier:

—Vos no tenéis fuerzas, así es que no bagáis nada, hijita...

Hizo alarde de la incapacidad de Céleste con aquel fausto de consuelo mediante el cual la fuerza, mostrando un aspecto dulcemente piadoso hacia la debilidad, encuentra el medio de hacerse sus propias alabanzas.

Luego, como estas naturalezas despóticas que gustan de ejercer sus fuerzas rebosando ternura ante los sufrimientos físicos, los cuidados que prodigó a su cuñada produjeron honda satisfacción en la madre de Céleste, cuando ésta fue a ver a su hija. Después, una vez que se hubo restablecido la señora Thuillier, la llamaba, procurando que su cuñada la oyese: «Alelada, inútil», etc. Céleste se iba a llorar a su habitación, y si Thuillier la sorprendía allí secándose las lágrimas, excusaba a su hermana, diciendo:

—Es excelente, pero tiene un genio muy vivo. Ella os quiere a su manera y a mí me trata igual.

Céleste perdonaba a su cuñada en recuerdo de los cuidados maternos que de ella recibió. Por otra parte, Brígida trataba a su hermano como al rey de la casa: le elogiaba ante Céleste, hacía de él un autócrata, un Ladislao, un papa infalible. La señora Thuillier, privada de su padre y su abuelo, casi abandonada por su madre, que la iba a ver todos los jueves, y a la que ellos iban a visitar el domingo cuando llegaba la primavera, únicamente podía amar a su marido, en primer lugar porque era su marido, y luego porque para ella seguía siendo el bello Thuillier. Por último, él a veces la trataba como si fuese su mujer, es decir, con consideración y respeto, y todas estas consideraciones reunidas le convertían en un ser adorable, a sus ojos. Le parecía tanto más perfecto, cuanto que asumía con frecuencia la defensa de Céleste y reprendía a su hermana, no en aras de su mujer, sino por egoísmo y para disfrutar de paz en el hogar, en los pocos momentos en que permanecía en él.

El bello Thuillier, en efecto, venía a cenar y volvía para acostarse muy tarde; iba al baile y a su sociedad completamente solo, como si continuase siendo soltero, de suerte que las dos mujeres estaban siempre juntas. Insensiblemente, Céleste adoptó una actitud pasiva y fue lo que Brígida quería que fuese: una esclava. La reina Isabel de aquella casa pasó de la dominación a una especie de piedad por una víctima sacrificada sin cesar. Acabó por moderar sus aires altivos, sus frases tajantes y su tono desdeñoso, una vez que estuvo segura de haber acostumbrado a su cuñada al yugo.

Cuando vio las magulladuras causadas por el arnés en el cuello de su víctima, la cuidó como si fuese una cosa propia, y Céleste conoció tiempos mejores. Comparando el principio con la continuación, experimentó una especie de afecto hacia su verdugo. Si quería hallar un poco de energía para defenderse, para llegar a ser algo en el seno de una familia alimentada por su fortuna sin que ella lo supiese, sin que recibiese más que las migajas caídas de la mesa, la pobre ilota no tenía más que una ocasión, pero esta ocasión no llegó a convertirse nunca en realidad.

En seis años, Céleste no tuvo ningún hijo. Aquella infecundidad, que de un mes a otro le hizo verter torrentes de lágrimas, alimentó durante mucho tiempo el desdén de Brígida, quien le reprochaba no ser buena para nada, ni siquiera para concebir hijos. Aquella solterona, que tanto se había prometido querer al hijo de su hermano como si fuese suyo, tardó mucho en acostumbrarse a la idea de aquella esterilidad

irremediable.

En el momento que comienza esta historia, en 1840, Céleste, a sus cuarenta y seis años, ya había cesado de llorar, pues adquirió la triste certidumbre de que nunca podría alcanzar la maternidad. ¡Cosa extraña! Después de veinticinco años de aquella vida en que la victoria terminó por despuntar y quebrar el cuchillo, Brígida quería a Céleste tanto como Céleste quería a Brígida. El tiempo, el bienestar, el roce perpetuo de la vida doméstica, que sin duda había suavizado los ángulos y gastado las asperezas, la resignación y la dulzura pascual de Céleste, fructificaron en una serenidad otoñal. Además, las dos mujeres se sentían unidas por el único sentimiento que llenó sus vidas: su adoración por el feliz y egoísta Thuillier.

Aquellas mujeres, en fin, ambas sin hijos, se enamoraron de un niño, como sucede a todas las mujeres que han deseado en vano tener hijos. Esta maternidad ficticia, pero de una potencia igual a la de una maternidad real, requiere una explicación que nos conducirá al meollo de este drama y nos hará comprender la ocupación suplementaria que la señorita Thuillier encontró para su hermano

IV COLLEVILLE

Thuillier entró de supernumerario con Colleville, a quien ya hemos presentado como a su amigo íntimo. Frente a la casa sombría y rígidamente disciplinada de Thuillier, la naturaleza social había puesto como contraste la de Colleville, y, si bien es imposible no dejar de observar que este contraste fortuito es poco moral, conviene añadir que, antes de concluir, hay que llegar hasta el fin de este drama, por desgracia demasiado verdadero, del que el historiador no es responsable.

Este Colleville era hijo único de un músico de talento que había sido primer violín de la Ópera bajo la dirección de Francoeur y Rebel. Contaba a lo vivo, al menos seis veces al mes, las anécdotas sobre las representaciones del *Adivino de aldea*, imitaba a Juan-Jacobo Rousseau y lo describía a maravilla. Colleville y Thuillier fueron amigos inseparables. Sin secretos entre ambos, su amistad, iniciada a los quince años, jamás había sido ensombrecida por nube alguna hasta 1839.

Colleville fue uno de esos empleados que en las oficinas se califican como *enchufados*. Estos empleados siempre se recomiendan por su habilidad. Colleville, buen músico, debía al nombre y a la influencia de su padre la plaza de primer clarinete en la Ópera Cómica, y mientras estuvo soltero, Colleville, algo más rico que Thuillier, partió con frecuencia el pan y la sal con su amigo. Pero, contrariamente a Thuillier, Colleville contrajo matrimonio por amor al casarse con la señorita Flavie, hija natural de una célebre bailarina de la Ópera y al parecer de Du Bourguier, uno de

los más ricos proveedores de la época, y que, al arrumarse alrededor de 1800, olvidó tanto más a su hija cuanto que seguía teniendo sus dudas acerca de la pureza de la famosa actriz.

Por su figura y su origen, Flavie estaba destinada a un oficio bastante triste, cuando Colleville, que frecuentaba la casa del opulento primer actor de la Ópera, se prendó de esta señorita y se desposó con ella. El príncipe Galathionne que en septiembre de 1815 protegía a la ilustre bailarina, entonces en el ocaso de su brillante carrera, dotó con veinte mil francos a Flavie, a los que su madre añadió un magnífico ajuar. Los concurrentes habituales de la casa y sus compañeras de la Ópera le hicieron regalos de joyas y vajilla, de manera que los esposos Colleville fueron mucho más ricos en cosas superfluas que en caudales. Flavie, criada en la opulencia, empezó por recibir un encantador pisito que el lapicero de su madre amuebló, y donde reinó aquella joven llena de gusto por las artes, por los artistas y por una cierta elegancia.

La señora Colleville era bonita y picante a la vez, inteligente, alegre, graciosa y, por resumirlo en una palabra, buena. La bailarina, que entonces tenía cuarenta y tres años, se retiró de las tablas, se fue a vivir al campo y privo a su hija de los recursos que ofrecía su opulencia derrochadora. La señora Colleville regentaba una casa muy agradable, pero excesivamente pesada. De 1816 a 1826, tuvo cinco hijos. Músico por la noche, Colleville llevaba de siete a nueve de la mañana los libros de un negociante. A las diez ya estaba en su oficina. Soplando así en un trozo de madera por las noches y escribiendo por las mañanas cuentas por partida doble, reunía de siete a ocho mil francos anuales.

La señora Colleville representaba su papel de mujer decente: recibía los miércoles, daba un concierto todos los meses y una cena cada quince días. Sólo veía a Colleville a la hora de cenar y por la noche, cuando él regresaba alrededor de medianoche, con frecuencia ella aún no había vuelto. Iba a los espectáculos, pues a veces le ofrecían palcos, y avisaba con un billete a Colleville de que la fuese a buscar a la casa donde bailaba o donde había ido a cenar. Se comía muy bien en casa de la señora Colleville, y la sociedad que frecuentaba, aunque heterogénea, era bastante divertida; recibía a las actrices célebres, a los pintores, escritores y algunos hombres ricos. La elegancia de la señora Colleville iba a la par con la de Tullia, primera figura de la Ópera, a quien veía con frecuencia; pero si bien los Colleville consumieron sus capitales y a menudo pasaron apuros para acabar el mes, Flavie nunca contrajo deudas.

Colleville era muy feliz; seguía queriendo a su esposa y continuaba siendo su mejor amigo. Acogido constantemente con una sonrisa afectuosa y una alegría comunicativa, cedía ante una gracia y unos modales irresistibles. Por otra parte, la actividad feroz que desplegaba en sus tres empleos, sentaba bien a su carácter y a su temperamento. Era un hombre afable y grueso, de tez colorada, jovial, manirroto, lleno de fantasías. En diez años, no hubo una sola querrela en su matrimonio. En las oficinas se le tenía por un atolondrado, como todos los artistas, decían, pero las

personas superficiales tomaban la prisa constante del trabajador por el vaivén de un embrollón.

Colleville tuvo la inteligencia de hacerse el tonto; elogiaba su felicidad interior, y se dio al vicio de buscar anagramas, a fin de presentarse como un hombre absorbido por esta pasión. Los empleados de su negociado en el Ministerio, los jefes de negociado e incluso los jefes de sección, asistían a sus conciertos; repartía de vez en cuando y deliberadamente entradas para el teatro, pues tenía necesidad de la benignidad de los superiores debido a sus perpetuas ausencias. Los ensayos le ocupaban la mitad del tiempo que destinaba a la oficina, pero la ciencia musical que le había legado su padre era lo bastante real y profunda como para dispensarle de no asistir más que a los ensayos generales. Gracias a las relaciones de su esposa, el teatro y el Ministerio se prestaban a las exigencias de la posición de aquel digno acumulador de empleos, que, además, educaba a la broqueta a un pequeño joven vivamente recomendado por su mujer, futuro gran músico, que le sustituía en la orquesta con la promesa de sucederle.

En efecto, en 1827 el joven fue nombrado primer clarinete, cuando Colleville presentó su dimisión. Toda la crítica de que era objeto Flavie consistía en esta frase:

—La señora Colleville es *una pizca* coqueta.

La primogénita de los Colleville, venida en 1816, era el vivo retrato del buen Colleville. En 1818, la señora Colleville colocaba la caballería sobre todas las cosas, incluso de las artes, y distinguía entonces con sus favores a un alférez de los dragones de Saint-Chamans, el joven y rico Carlos Gondreville, que murió más tarde en la campaña de España; ella ya había tenido su segundo hijo, al que desde entonces destinó a la carrera militar. En 1820, consideraba a la Banca como la nodriza de la industria, el sostén de los Estados, y el gran Keller, el famoso orador, era su ídolo; tuvo entonces un hijo, Francisco, del que más adelante resolvió preparar para el comercio y al que no había de faltar nunca la protección de Keller. A fines de 1820, Thuillier, el amigo íntimo de los Colleville, el admirador de Flavie, experimento la necesidad de desahogar el corazón derramando sus dolores en el seno de aquella mujer excelente, y le contó sus miserias conyugales; trataba de tener hijos desde hacía seis años y Dios no bendecía sus esfuerzos, pese a que su pobre esposa hacía novenas pero todo era en vano. ¡Incluso había ido a Notre-Dame de Liesse! Pintó a Céleste de todas las maneras, y las palabras: «¡Pobre Thuillier!» brotaron de los labios de la señora Colleville, quien, por su parte, también se encontraba bastante triste; estaba a la sazón sin ninguna opinión dominante. Vertió sus penas en el corazón de Thuillier. El gran Keller, aquel héroe de la izquierda, estaba en realidad lleno de pequeñeces; ella conocía el reverso de la gloria, las necesidades de la Banca, la sequedad de un tribuno. El orador únicamente hablaba ante la Cámara, y habiéndose portado muy mal con ella. Thuillier se indignó.

—¡Sólo los estúpidos saben amar! —dijo—. ¡Tomadme!

El bello Thuillier pasó por hacerle un poco la corte a la señora Colleville y se

convirtió en uno de sus *atentos*, un término de la época del Imperio.

—¡Ah, tú quieres a mi mujer! —le dijo riendo Colleville—, Ten cuidado, te plantará como a todos los demás.

Frase bastante fina con la que Colleville dejó a salvo su dignidad de marido en las oficinas. De 1820 a 1821, Thuillier se valió de su título de amigo de la casa para ayudar a Colleville, que antaño le había ayudado a él tan a menudo, y durante dieciocho meses, prestó cerca de diez mil francos a los Colleville, con la intención de no volver a mencionarlos jamás. En la primavera de 1821, la señora Colleville dio a luz una encantadora niña, que tuvo por padrinos a los esposos Thuillier; por lo tanto, le pusieron el nombre de Céleste-Luisa-Carolina-Brígida. La señorita Thuillier quiso dar uno de sus nombres de pila al angelito.

El nombre de Carolina fue una atención hecha a Colleville. La vieja mamá Lemprun se encargó de proporcionar una nodriza a la criatura en Auteuil, donde la tenía constantemente bajo sus cuidados y donde Céleste y su cuñada iban a verla dos veces por semana. Tan pronto abandonó el lecho la señora Colleville dijo a Thuillier, en tono realmente serio:

—Mi querido amigo, si queréis que sigamos siendo buenos amigos, no seáis más que nuestro amigo; Colleville os quiere, y, la verdad, ya hay bastante con uno en el matrimonio.

—Vamos a ver, explicadme —dijo el bello Thuillier a Tullia, la bailarina, que entonces se encontraba en casa de la señora Colleville—. ¿Por qué no sienten más apego por mi las mujeres? No soy un Apolo del Belvédère, pero, en fin, tampoco soy un Vulcano; soy pasadero, tengo ingenio, soy fiel...

—¿Queréis que os diga la verdad? —le respondió Tullia.

—Sí —dijo el bello Thuillier.

—Pues bien, si a veces podemos amar a un estúpido, nunca amamos a un tonto.

Esta frase aniquiló a Thuillier, siendo incapaz de reponerse de la impresión que le causó. Se volvió melancólico y acusó a las mujeres de extravagancia.

—¿No te había advertido? —le dijo Colleville—. Yo no soy Napoleón, querido, e incluso me disgustaría haberlo sido, pero tengo a mi Josefina... ¡Es una perla!

El secretario general del Ministerio, Des Lupeaulx, a quien la señora Colleville concedió más crédito del que tenía, y del que dijo más tarde: «Fue uno de mis errores...», se convirtió entonces, durante algún tiempo, en el gran, hombre del salón Colleville, pero como no tuvo el poder suficiente para situar a Colleville en la sección de Bois-Levant, Flavie tuvo el buen sentido de enojarse ante las atenciones que él prodigaba a la señora Roubourdin, esposa de un jefe de negociado, una remilgada, según ella decía, que nunca la había invitado a su casa y que por dos veces cometió la grosería de no asistir a sus conciertos.

La señora Colleville se afectó vivamente por la muerte del joven Gondreville; estaba inconsolable, y, según dijo, vio en aquello la mano de Dios. En 1824 puso orden en su vida, habló de economía, suprimió las recepciones, se ocupó de sus hijos,

quiso ser una buena madre de familia y nadie conocía la existencia de algún favorito; ningún favorito; es más, iba a la iglesia, reformó su atavío, llevaba colores grises, hablaba de catolicismo y de las conveniencias; y aquel misticismo produjo en 1825 un niño encantador al que ella bautizó con el nombre de Teodoro, es decir, *presente de Dios*.

Así, en 1826, la edad de oro de la congregación, Colleville fue nombrado subjefe en el departamento de Clergeot, y en 1828 llegó a ser recaudador de contribuciones de un distrito municipal de París. Colleville obtuvo la cruz de la Legión de Honor, a fin de que un día pudiese educar a su hija en Saint-Denis. La media beca obtenida por Keller para Carlos, el primogénito de los Colleville, en 1823, fue dada al segundo; Carlos pasó con una beca de estudios entera al colegio de Saint-Louis, y el tercero, objeto de la protección de la señora Delfina tuvo tres cuartos de beca en el colegio de Enrique IV.

En 1830, Colleville, que tuvo la dicha de conservar a todos sus hijos, se vio obligado a presentar la dimisión, a causa de su adhesión a la dinastía caída; pero supo sacar partido de ello, en cierto modo, consiguiendo una pensión de dos mil cuatrocientos francos a la que tenía derecho por su tiempo de servicio, junto con una indemnización de diez mil francos ofrecida por su sucesor, siendo nombrado oficial de la Legión de Honor. Sin embargo, se encontró en una posición difícil, y en 1832, la señorita Thuillier le aconsejó que fuese a establecerse con ellos, dejándole entrever la posibilidad de obtener una plaza en la alcaldía, que logró al cabo de quince días y que valía mil escudos.

Carlos Colleville acababa de ingresar en la Escuela de marina. Los colegios en que se educaban los otros dos pequeños Colleville estaban en el mismo barrio. El seminario de Saint-Sulpice, en el que un día debía ingresar el último, se fallaba a dos pasos del Luxemburgo. Thuillier y Colleville, en fin, habían de acabar sus días juntos. En 1833, la señora Colleville, que entonces tenía treinta y cinco años, fue a establecerse en la calle d'Enfer, en la esquina de la calle Deux-Eglises, con Céleste y el pequeño Teodoro. Colleville se encontraba equidistante de su alcaldía y de la calle Saint-Dominique. Aquel matrimonio, después de una existencia que tan pronto resultaba brillante, desordenada y llena de fiestas, como reposada y tranquila, se vio reducido a la oscuridad burguesa y a cinco mil cuatrocientos francos por toda fortuna.

Céleste tenía entonces doce años y prometía ser bella. Le hacían falta maestros; debiendo costar al menos dos mil francos anuales. La madre sintió la necesidad de ponerla bajo los ojos de su padrino y su madrina. Por lo tanto, aceptó también la proposición, tan prudente por otra parte, de la señorita Thuillier quien, sin comprometerse, dio a entender con bastante claridad a la señora Colleville que las fortunas de su hermana, de su cuñada y la suya propia estaban destinadas a Céleste. La niña vivió en Auteuil hasta los siete años de edad, adorada por la buena y anciana señora Lemprun, quien murió en 1829 dejando veinte mil francos de ahorros y una casa que se vendió por la suma exorbitante de veintiocho mil francos. La traviesa

criatura a partir de 1829 vio muy poco a su madre y mucho a la señora y a la señorita Thuillier, época de su entrada en la casa paterna. En 1833 cayó bajo la dominación de Flavie, que entonces se esforzaba por cumplir bien sus deberes, exagerando este cumplimiento, como hacen todas las mujeres que alimentan remordimientos. Flavie, sin ser una mala madre, tuvo una mano muy severa con su hija; acordándose de su propia educación, se juró en secreto que haría de Céleste una mujer honrada y no una casquivana. Por lo tanto, la llevó a misa y le hizo hacer su primera comunión bajo la dirección de un sacerdote de París que después llegó a obispo. Céleste fue muy piadosa, lo cual no es de extrañar, pues la señora Thuillier, su madrina, era una santa; y la niña adoraba a su madrina, sintiéndose más querida por la pobre mujer abandonada que por su madre.

Entre 1833 y 1840 recibió la educación más brillante que podía darse, según las ideas burguesas. Asimismo, los mejores maestros de música hicieron de ella una interprete aceptable, sabía pintar bien a la acuarela, bailaba a las mil maravillas, estudió lengua francesa e historia, geografía, inglés, italiano, en fin, todo lo que debe saber una verdadera señorita. De talla mediana, algo gordezuela y padeciendo miopía, no era ni fea ni bonita, no le faltaba blancura ni esplendor, pero ignoraba totalmente los modales distinguidos. Tenía sensibilidad contenida, y su padrino, su madrina, la señorita Thuillier y su padre, se mostraban unánimes sobre este punto, el gran recurso de las madres, de que Céleste era susceptible de provocar afecto. Una de sus bellezas consistía en una magnífica cabellera cenicienta y fina, pero las manos y los pies delataban su origen burgués.

Céleste poseía unas virtudes preciosas: era buena, sencilla y sin hiel, quería a sus padres y se hubiera sacrificado por ellos. Criada en una profunda admiración por su padrino, por Brígida, que se hacía llamar por ella *tía Brígida* por la señora Thuillier y por su madre, que cada vez buscó más la compañía del antiguo pisaverde del Imperio, Céleste se había formado la idea más elevada del ex subjefe. El pabellón de la calle Saint-Dominique producía en ella, el efecto del castillo de las Tullerías en un cortesano de la joven dinastía.

Thuillier no pudo resistir la acción de laminador que producen los sucesivos empleos en la administración, que adelgazan según cual sea su extensión. Agotado por un fastidioso trabajo y por sus éxitos de calavera, el ex-subjefe ya había perdido todas sus facultades cuando fue a la calle Saint-Dominique, pero su rostro fatigado, en el que reinaba una expresión altiva mezclada con cierta satisfacción parecida a la fatuidad del empleado superior, impresionó vivamente a Céleste. Era la única que apasionaba aquel rostro exangüe. Sabía que era la alegría de la casa Thuillier.

V

LA SOCIEDAD DE LOS THUILLIER

Los Colleville, naturalmente, se convirtieron en el núcleo que la sociedad de la señorita Thuillier pretendió reunir en torno a su hermano. Un antiguo empleado de la sección de La Villardiére que vivía desde hacía treinta años en el barrio de Saint-Jacques, el señor Phellion, jefe de batallón de la Legión, volvió a encontrarse al poco tiempo con el antiguo recaudador y el antiguo subjefe durante la primera revista. Phellion era uno de los hombres que gozaba de mayor consideración en el distrito. Tenía una hija, antigua maestra auxiliar en el pensionado Lagrave, casada con un maestro de la calle Hyacinthe, el señor Barniol.

El primogénito de Phellion era profesor de matemáticas en un colegio real; daba lecciones, preparaba para los exámenes y se entregaba, según la expresión de su padre, a las matemáticas puras. El segundo hijo asistía a la Escuela de puentes y caminos. Phellion tenía un retiro de novecientos francos, y poseía algo más de nueve mil francos de renta, fruto de sus economías y de las que hizo su mujer durante treinta años de trabajo y privaciones. Por otra parte, era propietario de la casita con jardín que ocupaba en el callejón sin salida de las Feuillantines. (En treinta años no pronunció ni una sola vez la vieja expresión *cul-de-sac*.)

Dutocq, el escribano del juez de paz, era un antiguo empleado del Ministerio de Finanzas; sacrificado antaño a una de las necesidades que suelen encontrarse en el gobierno representativo, aceptó ser el cabeza de turco en una villanía administrativa denunciada por la comisión del presupuesto y recompensada en secreto con una suma bastante saneada, que le permitió comprar su cargo de escribano. Aquel hombre, por otra parte poco honorable, el correveidile de las oficinas, no fue acogido como esperaba por los Thuillier; pero la frialdad de sus propietarios le incitó a seguir frecuentando su casa. Aquel hombre, eternamente soltero, tenía sus vicios, pero ocultaba con bastante cuidado su vida y sabía utilizar la adulación para mantenerse al lado de sus superiores. El juez de paz tenía en mucho aprecio a Dutocq. Este vergonzoso personaje supo hacerse tolerar en casa de los Thuillier gracias a sus bajas y groseras adulaciones que nunca dejan de producir efecto. Conocía a fondo la vida de Thuillier, sus relaciones con Colleville y sobre todo con su señora; todos temían su lengua viperina y los Thuillier, sin admitirlo en su intimidad, le soportaron.

La familia que se convirtió en la flor del salón Thuillier fue la de un pobre empleadillo, que antes había sido objeto de piedad de las oficinas y que, acuciado por la miseria, abandonó la administración en 1827 para dedicarse a la industria, para explotar una idea.

Minard entrevio una fortuna en una de esas concepciones perversas que desacreditan el comercio francés pero que, en 1827, aún no habían sido ajadas por la publicidad. Compró té, lo mezcló en partes iguales con té ya utilizado y después practicó en los elementos del chocolate unas alteraciones que le permitieron venderlo barato.

Aquel comercio de coloniales, comenzado en el barrio de Saint-Marcel, convirtió a Minard en un negociante. Tuvo una fábrica, y, a consecuencia de sus relaciones,

pudo acudir a las fuentes de las materias primas, haciendo de una manera honorable y en grande el comercio que había empezado con tan pocos escrúpulos. Se convirtió en destilador, trabajó con enormes cantidades de artículos y en 1835 pasaba por ser el más rico negociante del barrio de la plaza Maubert. Compró una de las más bellas mansiones de la calle Maçons-Sorbonne, fue teniente de alcalde y en 1839 le nombraron alcalde de su distrito municipal y juez en el tribunal de comercio. Tenía coche, unas tierras cerca de Lagny, su mujer lucía diamantes en los bailes de la corte y él se enorgullecía de llevar un botón de oficial de la Legión de Honor en el ojal.

Por otra parte, Minard y su esposa practicaban con exceso la beneficencia. Quizás querían devolver en detall a los pobres lo que habían quitado al público al por mayor. Phellion, Colleville y Thuillier se encontraron con Minard en las elecciones, y esto produjo una unión tanto más íntima con los Thuillier y los Colleville, cuanto que la señora Zélie Minard pareció encantada de hacer que su *señorita* trabase conocimiento con Céleste Colleville.

Céleste hizo su presentación en sociedad con motivo de un gran baile dado por los Minard. La joven tenía entonces dieciséis años y medio, y apareció ataviada como quería su novio, que hubiérase dicho profético en su vida.

Contenta de relacionarse con la señorita Minard, que contaba cuatro años más de edad, obligó a su padrino y a su padre a cultivar la casa Minard, de salones dorados y gran opulencia, donde se reunían algunas celebridades políticas del centro: Popinot, que después fue ministro de Comercio, Cochu, que llegó a ser el barón del mismo hombre, y un antiguo empleado de la sección de Clergeot en el Ministerio de Finanzas, que tenía grandes intereses en una casa de drogas y era el oráculo del barrio de los Lombardos y los Bordesleses, conjuntamente con Anselmo Popinot. El primogénito de Minard, que era abogado y se proponía suceder a los que habían sido apartados del Palacio de Justicia desde 1830 por razones políticas, era el genio de la casa, y tanto su madre como su padre aspiraban a casarlo bien. Zélie Minard, antigua obrera florista, experimentaba una ardiente pasión por las altas esferas sociales, y deseaba penetrar en ellas mediante los enlaces de su hija y de su hijo, mientras que Minard, más sensato que su esposa e imbuido de la fuerza de la clase media que la revolución de Julio infiltró en las fibras del poder, no pensaba más que en enriquecerse.

Frecuentaba el salón de los Thuillier para recoger datos acerca de las herencias a que Céleste podía aspirar. Sabía, como Dutocq y Phellion, los rumores que ocasionaron las relaciones de los Thuillier con Flavie, y a la primera ojeada se percató de la idolatría que los Thuillier sentían por su ahijada. Dutocq, para conseguir que le admitiesen en casa de los Minard, les aduló prodigiosamente. Cuando Minard, el Rothschild del distrito, se presentó en casa de los Thuillier, él lo comparó casi con gracia con Napoleón, hallándole obeso, lucido y florido, después de haberle conocido flaco, pálido y enfermizo en la oficina:

—¡Vos eráis en la sección de La Villaidière como Napoleón antes del 18

brumario, y aquí veo al Napoleón del Imperio!

Sin embargo, Minard saludó fríamente a Dutocq y no le invitó, convirtiendo así al venenoso escribano en un enemigo mortal.

Los esposos Phellion, por muy dignos que fuesen, no podían evitar entregarse a cálculos y esperanzas; pensaban que Céleste convendría mucho a su hijo el profesor y así, para contar con un partido en el salón Thuillier, llevaron a él a su yerno, el señor Barniol, hombre muy bien considerado en el arrabal Saint-Jacques y viejo empleado de la alcaldía, que era su amigo íntimo y a quien Colleville había soplado en cierto modo el puesto, pues el señor Leudigeois, empleado en la alcaldía desde hacía veinte años, esperaba como recompensa de sus largos servicios la secretaría obtenida por Colleville. Así, pues, los Phellion formaban una falange integrada por siete personas, todas de probada fidelidad; la familia Colleville no era menos numerosa, de manera que, algunos domingos, había hasta treinta personas en el salón Thuillier. El señor de la casa renovó su relación con los Saillard, los Baudoyer y los Falleix, personas considerables del barrio de la Place-Royale, que frecuentemente fueron invitadas a cenar.

La señora Colleville era, como mujer, la persona más distinguida de aquella sociedad, en la que Minard hijo y el profesor Phellion eran los hombres superiores, ya que los restantes, sin ideas ni instrucción, salidos de las filas inferiores, mostraban los tipos y la ridiculez de la pequeña burguesía. Aunque todas las fortunas que vienen de lejos suponen cierto mérito, Minard era un globo hinchado. Engreído, se volcaba en frases correosas, confundía la obsequiosidad con la cortesía y las fórmulas con el ingenio, vertía lugares comunes con un aplomo y una rotundidad que pasaban por elocuencia. Estas palabras que no dicen nada y responden a todo, como progreso, vapor, betún, guardia nacional, orden, elemento democrático, espíritu de asociación, legalidad, movimiento y resistencia, intimidación, parecían inventadas por Minard a cada fase política, y entonces él se dedicaba a parafrasear las ideas de su periódico. Julián Minard, el joven abogado, sufría tanto a causa de su padre como el autor de sus días sufría a causa de su mujer. Con la fortuna, en efecto, Zélie adquirió pretensiones, sin que nunca hubiese conseguido aprender el francés, engordó y, bajo sus ricos atavíos, parecía una cocinera desposada con su señor.

Phellion, modelo típico del pequeño burgués, mostraba tantas virtudes como ridiculeces. Subalterno durante toda su vida burocrática, respetaba las superioridades sociales. Por lo tanto, permanecía silencioso en presencia de Minard. Resistió admirablemente y por su cuenta la época crítica de la jubilación, y vamos a ver cómo. Aquel hombre digno y excelente no había podido nunca entregarse a sus aficiones. Sentía un gran amor por la ciudad de París, se interesaba por el trazado de las calles y los embellecimientos, siendo capaz de pasarse dos horas parado ante una casa en derribo.

Se le podía sorprender intrépidamente plantado sobre sus piernas, con la nariz levantada, asistiendo a la caída de una piedra que un albañil zarandeaba con una

palanca en lo alto de un muro, y sin moverse de allí hasta que la piedra se venía abajo, en cuyo momento se iba tan feliz como lo hubiera sido un académico ante la caída de un drama romántico. Verdaderos comparsas de la gran comedia social, Phellion, Leudigeois y sus semejantes, cumplen las funciones del coro antiguo. Lloran cuando los actores lloran, ríen cuando hay que reír y cantan el estribillo de los infortunios y las alegrías públicas, compartiendo en su rincón los triunfos de Argel, Constantina, Lisboa y San Juan de Ulloa, deplorando lo mismo la muerte de Napoleón y las funestas catástrofes de Saint-Merri y de la calle Transnonnain, y echando de menos a los hombres célebres que les son más desconocidos. Con la diferencia de que Phellion ofrecía una doble cara: compartía conscientemente las razones de la oposición y las del Gobierno.

Cuando había luchas callejeras Phellion tenía el valor de pronunciarse ante sus convecinos; se iba a la plaza Saint-Michel, punto de reunión de su batallón, compadecía al Gobierno y cumplía con su deber. Antes del motín y durante el mismo, sostenía a la dinastía, obra de Julio, pero tan pronto se iniciaba el proceso político defendía a los acusados.

Esta actitud de veleta harto inocente, se apreciaba también en sus opiniones políticas; respondía a todo con el coloso del Norte. Inglaterra, para él, es como para el viejo *Constitutionnel*, una comadre ambigua; tan pronto es la maquiavélica Albion como el país modélico: maquiavélica, están en juego los intereses de la Francia ofendida y de Napoleón; país modelo, cuando se trata de las culpas del Gobierno. Admite, con el periódico, el elemento democrático, y en la conversación se niega a pactar con el espíritu republicano. El espíritu republicano es 1793, es el motín, el terror, la ley agraria. El elemento democrático es el desarrollo de la pequeña burguesía, el reino de Phellion.

Este honrado anciano mantiene su dignidad, que sirve para explicar su vida. Crió dignamente a sus hijos, continuó siendo el padre a sus ojos y hace que le honren en su casa, como él honra al poder y a sus superiores. Nunca contrajo deudas. Cuando es jurado, su conciencia le hace sudar sangre y agua mientras sigue los debates de un proceso, y no ríe jamás, ni siquiera cuando lo hace el tribunal, el público y la acusación. Eminentemente judicial, presta sus atenciones, su tiempo, todo, salvo su dinero.

Phellion, su hijo el profesor, es su ídolo; le cree capaz de llegar hasta la Academia de Ciencias. Thuillier, entre la audaz nulidad de Minard y la necesidad cuadrada de Phellion, era como una sustancia neutra, pero tenía algo de ambos por su melancólica experiencia. Ocultaba el vacío de su cerebro bajo trivialidades, igual que recubría la piel amarillenta de su cráneo bajo las ondas filamentosas de sus cabellos grises, peinados por su peluquero de atrás adelante con arte infinito.

—En cualquier otra carrera —decía, hablando de la administración—, las cosas me hubieran ido de un modo muy distinto.

Había visto el bien, posible en teoría e imposible en la práctica y los resultados

contrarios a las premisas; refería las injusticias, las intrigas y el asunto Ravourdin^[1].

—Después de esto, se puede creer en todo y no creer en nada —decía—. ¡Ah!, no hay nada más curioso que una administración, y estoy muy contento de no tener hijos para no verlos tratando de ascender en el escalafón.

Colleville, siempre alegre, redondo, bonachón, dicharachero, amigo de hacer anagramas y en todo momento ocupado, representaba al burgués capaz y zumbón, la facultad sin el éxito y el trabajo porfiado sin resultado, pero también la resignación jovial, el ingenio sin alcance y el arte inútil, pues era un excelente músico que sólo tocaba para su hija.

Por lo tanto, aquél era una especie de salón de provincias más iluminado por los reflejos del continuo incendio parisién: su mediocridad y las vulgaridades seguían el torrente del siglo. La frase de moda y la cosa, pues en París la frase y la cosa son como el caballo y el jinete, siempre llegaban allí por carambola. Todos esperaban con impaciencia al señor Minard, que debía saber la verdad en las grandes circunstancias. Las mujeres, en el salón Thuillier, estaban a favor de los jesuitas; los hombres defendían la Universidad, pero generalmente las mujeres escuchaban. Un hombre inteligente, si hubiese podido soportar el aburrimiento de aquellas veladas, se hubiera reído como en una comedia de Molière, enterándose, después de largas discusiones, de cosas semejantes a éstas:

«¿Hubiera podido evitarse la Revolución de 1789?»

«Los empréstitos de Luis XIV ya la habían bosquejado perfectamente.»

«Luis XV, un egoísta, hombre de espíritu ceremonioso (Llegó a decir: “Si fuese teniente de policía defendería los cabriolés”), rey disoluto, ¿conocéis su Parque de los Ciervos?, contribuyó mucho a abrir el abismo de las revoluciones.»

«Necker, ginebrino malintencionado, dio el impulso.»

«Los extranjeros siempre han tenido ojeriza a Francia.»

«El máximo hizo mucho daño a la Revolución.»

«Legalmente, Luis XVI no debía haber sido condenado, un jurado le hubiera absuelto.»

«¿Por qué cayó Carlos X?»

«Napoleón es un gran hombre, y los detalles que demuestran su genio pertenecen al anecdótico: tomaba cinco pizcas de tabaco por minuto y en bolsillos forrados de cuero, adaptados a su chaleco. Pagaba todas las facturas de los proveedores; iba a la calle Saint-Denis para enterarse del precio de los artículos. Era amigo de Taima; el gran actor le enseñó a moverse y sus célebres gestos, y sin embargo siempre se negó a condecorarle. El emperador montó la guardia de un soldado dormido para evitar que lo fusilasen. Estas cosas despertaban la veneración de sus soldados.»

«Luis XVIII, que sin embargo era inteligente, no supo hacerle justicia al llamarle señor de Bonaparte.»

«El defecto del Gobierno actual consiste en dejarse llevar, en vez de conducir. Ha caído demasiado bajo. Tiene miedo de los hombres enérgicos; hubiera debido romper

los tratados de 1815 y pedir el Rhin a Europa.»

«En el Ministerio se juega demasiado con los mismos hombres.»

—Basta de esa ingeniosa esgrima —decía la señorita Thuillier cuando terminaban estas luminosas consideraciones—. El altar está preparado, haced vuestra partidita.

La solterona acababa siempre aquellas discusiones, que aburrían a las damas, con esta proposición.

Si todos los hechos expuestos, si todas estas generalidades no se encontrasen aquí en forma de argumento, para pintar el cuadro de esta escena y dar una idea del ingenio de esta sociedad, tal vez el drama se hubiera resentido. Este esbozo, además, es de una fidelidad verdaderamente histórica y muestra una capa social de cierta importancia en lo que respecta a costumbres, sobre todo si se piensa que el sistema político de la rama menor encontró en ella su punto de apoyo.

VI

UN PERSONAJE PRINCIPAL

El invierno del año 1839 fue, en cierto modo, el momento en que el salón de los Thuillier alcanzó su mayor esplendor. Los Minard acudían a él casi todos los domingos, pasando allí una hora cuando tenían que asistir a otras veladas, frecuentemente la mujer de Minard permanecía allí, llevándose éste consigo a su hija y a su primogénito, el abogado. Aquella asiduidad de los Minard se vio suscitada por un encuentro, bastante tardío a decir verdad, que tuvo lugar entre los señores Métivier, Barbet y Minard, durante una velada en que estos dos importantes inquilinos se quedaron charlando con la señora Thuillier más tarde que de costumbre. Minard supo por Barbet que la vieja soltera recibía de él alrededor de treinta mil francos de valores a seis meses, a razón de un siete y medio por ciento anual, y que aceptaba una suma igual a Métivier, de manera que por lo menos debía de manejar ciento ochenta mil francos.

—Hago el descuento de la librería al doce, y únicamente acepto valores sólidos. Nada me resulta más cómodo —concluyó Barbet—, Digo que ella tiene ciento ochenta mil francos, pues sólo pueden presentar efectos a noventa días en el Banco.

—¿Así, pues, tiene una cuenta en el Banco? —preguntó Minard.

—Hay que suponerlo —contestó Barbet.

Merced a su relación con un regente del Banco, Minard supo que la señorita Thuillier, en efecto, tenía una cuenta de unos doscientos mil francos, garantizada por un depósito de cuarenta acciones. Esta garantía, según opinión general, era superflua; el Banco tenía ciertas consideraciones con una persona que le era conocida y que llevaba los asuntos de Celeste Lemprun, la hija de un empleado que contaba con

tantos años de servicio como de existencia el Banco de Francia. Además, la señorita Thuillier, en veinte años, no había sobrepasado el valor de su crédito. Siempre enviaba efectos por valor de sesenta mil francos, a noventa días y todos los meses, lo que hacía un giro de ciento sesenta mil francos, aproximadamente. Las acciones depositadas representaban este valor y el Banco no corría ningún riesgo, pues los efectos siempre valían sesenta mil francos.

—De esta forma —dijo el censor, aunque al tercer mes ella nos enviase cien mil francos de efectos, nosotros no le rechazaríamos ni uno solo. Tiene una casa de su propiedad libre de hipotecas que vale más de cien mil francos. Además, todos estos valores proceden de Barbet y de Métivier, y llevan cuatro firmas, incluida la suya.

—¿Por qué trabaja así la señorita Thuillier? —pregunté Minard a Métivier—. Esto os convendría mucho a vos —agregó.

—¡Oh! Yo prefiero casarme con una de mis primas —respondió el interpelado—. Mi tío Métivier me ha encargado que continúe sus asuntos; posee cien mil francos de renta y sólo tiene dos hijas.

Por mucho que le gustase a la señorita Thuillier andarse con misterios y no comunicar a nadie sus inversiones, ni siquiera a su hermano, aunque englobase en su fondo común las economías hechas con la fortuna de la señora Thuillier y la suya, era difícil que un rayo de luz no acabase por pasar a través de la tabla que ocultaba su tesoro.

Dutocq, que se trataba con Barbet, con quien tenía más de un parecido tanto en el carácter como en lo físico, calculó más exactamente que Minard las economías de los Thuillier, fijándolas en ciento cincuenta mil francos en 1838, y podía seguir en secreto sus progresos calculando los beneficios con ayuda de Barbet, que sabía descontar a la perfección.

—Céleste recibirá de nosotros doscientos mil francos contantes y sonantes —dijo la solterona confidencialmente a Barbet—, y la señora Thuillier quiere asegurarle en el contrato la nuda propiedad de sus bienes. En cuanto a mí, ya tengo redactado mi testamento. Mi hermano lo tendrá todo mientras viva y Céleste será mi heredera, con esta reserva. El señor Cardot, mi notario, es mi albacea testamentario.

A partir de aquel día, la señorita Thuillier instó a su hermano a que renovase sus antiguas relaciones con los Saillard, los Baudoyer y los Falleix, que ocupaban un lugar análogo al de los Thuillier y los Minard en el barrio de Saint-Antoine, del que Saillard era alcalde. Cardot, el notario, presentó a su pretendiente en la persona del letrado Godeschal, sucesor de Derville, hombre de treinta y seis años, bastante capacitado, el cual había pagado doscientos mil francos a cuenta de su cargo, que con otros doscientos mil de dote sería suyo. Minard hizo despedir a Godeschal diciendo a la señorita Thuillier que Céleste tendría por cuñada a la famosa Marieta de la Ópera.

—Ella salió de allí —dijo Colleville aludiendo a su mujer—, y no tiene intención de volver a entrar.

—Además, Godeschal es demasiado mayor para Céleste —observó Brígida.

—¿No creéis —añadió tímidamente la señora Thuillier—, que habría que dejarla casarse a su gusto para que fuese feliz?

La pobre mujer distinguió en Félix Phellion un amor verdadero por Céleste, un amor como el que hubiera podido soñar una mujer aplastada por Brígida y herida por la indiferencia de Thuillier, que se preocupaba menos de su mujer que de una sirvienta: un amor atrevido en el corazón, tímido exteriormente, seguro de sí mismo y temeroso, concentrado para todos, desplegándose en los cielos. A los veintitrés años, Félix Phellion era un joven dulce y cándido, como lo son los sabios consagrados al cultivo de la ciencia por sí misma. Fue educado santamente por su padre que, al tomárselo todo en serio, no le dio más que buenos ejemplos, acompañados de máximas triviales. Era un joven de estatura mediana, con cabello castaño claro, ojos grises y la tez sembrada de pecas, dotado de una voz encantadora y un porte tranquilo, gesticulando poco, soñador, pronunciando solamente frases sensatas, no contradecía a nadie y sobre todo era incapaz de ocupar su cabeza con un pensamiento sórdido o de un cálculo egoísta.

«¡Así hubiera querido yo que fuese mi marido!», solía decirse la señora Thuillier.

A principios de 1840, en el mes de febrero, en el salón de los Thuillier se hallaban reunidos los diversos personajes cuyas siluetas acabamos de trazar. El fin del mes estaba próximo. Barbet y Métivier, cada uno de los cuales tenía que pedir treinta mil francos a la señorita Brígida, hacían un *whist* con Minard y Phellion. Otra mesa reunía a Julián el abogado, remoquete aplicado por Colleville al joven Minard, la señora Colleville, Barniol y la señora Phellion. Una berlanga a cinco sueldos la ficha mantenía ocupada a la señora Minard, que no conocía más que este juego, a Colleville, al viejo Saillard padre y a Bandoze, su yerno. Laudigeois y Dutocq esperaban su turno para relevar a quienes perdiesen la partida; las señoras de Falleix, Baudoyer, Barniol y la señorita Minard jugaban al boston, y Céleste estaba sentada al lado de Prudencia Minard. El joven Phellion escuchaba a la señora Thuillier sin dejar de mirar a Céleste.

Al otro lado de la chimenea se pavoneaba en una poltrona la reina Isabel de la familia, vestida tan sencillamente como siempre lo había hecho durante treinta años, pues ninguna prosperidad sería capaz de alterar sus costumbres. Cubría sus cabellos color chinchilla con un sombrerito de gasa negra adornado con geranios Carlos X; su vestido en forma de camisolín de lana fina color de pasa de Corinto valía quince francos; su valona bordada costaba seis francos y apenas disimulaba el profundo surco producido por los dos músculos que unían la cabeza a la columna vertebral. Monvel, que representaba el papel de Augusto en su vejez, no mostraba un perfil más seco que el de aquel autócrata, calcetando unos calcetines de punto para su hermano. Ante la chimenea se erguía Thuillier, siempre dispuesto a salir al encuentro de los recién llegados, y a su lado, también de pie, había un joven cuya entrada produjo un gran efecto cuando el portero, que los domingos vestía sus mejores galas para servir, anunció al señor Olivier Vinet.

Una confidencia hecha por Cardot al célebre procurador general, padre del joven magistrado, fue la causa de aquella visita. Olivier Vinet acababa de pasar del tribunal de Arcissur-Aube al del Sena en calidad de suplente del procurador del rey. Cardot, el notario, invitó a cenar en su casa a Thuillier con el procurador general, que parecía destinado a ser ministro de Justicia, y con él al hijo. Cardot calculaba en setecientos mil francos como mínimo, por el momento, las fortunas que corresponderían a Céleste. Vinet, hijo, pareció encantado de poder ir los domingos a casa de los Thuillier.

Las grandes dotes hacen cometer hoy grandes tonterías sin ningún pudor.

Diez minutos después, otro joven que hablaba con Thuillier antes de la llegada del suplente durante una discusión política, alzó la voz con tono apasionado y obligó al magistrado a seguir su ejemplo, por la vivacidad que adquirió la controversia. Se trataba de la votación por la cual la Cámara de los diputados acababa de derribar el Ministerio del 12 de mayo, negándose a conceder la asignación solicitada por el duque de Nemours.

—Ciertamente —decía aquel joven—, disto mucho de pertenecer a la opinión dinástica, y estoy muy lejos de aprobar el advenimiento de la burguesía al poder. La burguesía no debe pretender, como hizo en otros tiempos la aristocracia, convertirse en todo el Estado. ¡Pero, en fin, la burguesía francesa se ha propuesto crearse una dinastía nueva, una monarquía para sí misma, y ved cómo la trata! Cuando el pueblo permitió que Napoleón se elevase, creó con él algo espléndido y monumental; estaba orgulloso de su grandeza y dio su sangre y sus sudores para construir el edificio del Imperio, sin regatear esfuerzos. Entre las magnificencias del trono aristocrático y las de la púrpura imperial, entre los grandes del pueblo, la burguesía es mezquina, envilece el poder, haciéndole descender hasta ella en vez de elevarse hasta él. Ejerce con sus príncipes los ahorros de cabos de vela que hace en sus mostradores. Lo que es virtud en las tiendas, allá arriba es falta y crimen. Yo hubiera querido dar muchas cosas al pueblo, pero no hubiera suprimido diez millones a la nueva lista civil. Al serlo casi todo en Francia, la burguesía estaba obligada a hacer la felicidad del pueblo, a darnos un esplendor sin fausto y una grandeza sin privilegio.

El padre de Olivier Vinet miraba entonces al poder con gesto hosco: tardaba en llegarle la toga de ministro de Justicia que constituía su sueño. Así, pues, el joven suplente no supo qué responder, y creyó obrar con prudencia al extenderse sobre uno de los aspectos de la cuestión.

—Tenéis razón, caballeros —dijo Olivier Vinet—. Pero, antes de pavonearse, la burguesía tiene que cumplir ciertos deberes hacia Francia. Primero los deberes; después, el lujo. Lo que os parece tan reprobable estuvo dictado por la necesidad del momento. La Cámara dista mucho de participar en los negocios; los ministros son menos de Francia que de la Corona, y el Parlamento quiso que el Ministerio tuviese, como en Inglaterra, una fuerza que le fuese propia y no una fuerza prestada. El día en que el ministro actúe por sí mismo y represente en el poder ejecutivo a la Cámara,

como ésta representa al país, el Parlamento será muy liberal con la Corona. Ésta es la cuestión y yo la expongo sin opinar, pues los deberes de mi ministerio imponen, en política, permanecer fiel a la Corona.

—Aparte de la cuestión política —replicó el joven, cuya voz y acento denunciaban su origen provenzal—, no es menos cierto que la burguesía ha comprendido mal su misión; vemos a procuradores generales, a primeros presidentes, a pares de Francia en ómnibus, a jueces que viven de sus emolumentos, a prefectos sin fortuna y a ministros con deudas, mientras que la burguesía, al apoderarse de estos puestos, debía honrarlos como antaño los honraba la aristocracia, y, en vez de ocuparlos con la intención de hacer fortuna, como han demostrado varios procesos escandalosos, hacerlo invirtiendo en ellos sus ingresos...

«¿Quién es este joven? —se preguntaba Olivier Vinet mientras lo escuchaba—. ¿Será un pariente? Cardot hubiera debido acompañarme la primera vez.»

—¿Quién es ese caballere? —preguntó Minard al señor Barbet—. No es la primera vez que le veo por aquí.

—Es un vecino —respondió Métivier dando las cartas.

—Un abogado —añadió Barbel en voz baja—, Ocupa un pequeño apartamento en el tercero, en la parte delantera. ¡Oh!, no es gran cosa, y no tiene nada.

—¿Cómo se llama ese joven? —preguntó Olivier Vinet al señor Thuillier.

—Teodosio de la Peyrade; es abogado —respondió Thuillier al oído del suplente.

En aquel momento tanto las señoras como los caballeros miraban a los dos jóvenes y la señora Minard, sin poder contenerse, dijo a Colleville:

—Está muy bien este joven.

—He hecho su anagrama —respondió el padre de Céleste—, y sus nombres y apellido de Carlos-Mario-Teodosio de la Peyrade profetizan esto: *Eh: el señor pagará la dote, las ocas y el coche...* Por lo tanto, mi querida mamá Minard, guardaos muy bien de darle vuestra hija.

—Encuentran a ese joven mejor que a mi hijo —dijo la señora Phellion a la de Colleville—. ¿Qué os parece?

—¡Oh! Por lo que respecta al físico —respondió la señora Colleville—, una mujer habrá de dudar antes de elegir.

En aquel momento el joven Vinet creyó actuar con astucia, al contemplar aquel salón repleto de pequeños burgueses, exaltando la burguesía, y abundó en el parecer del joven abogado provenzal diciendo que las personas honradas con la confianza del gobierno debían imitar al rey, cuya magnificencia sobrepasaba con mucho a la de la antigua corte, y que pretender economizar los emolumentos de un cargo constituía una tontería. Además, ¿acaso semejante cosa resultaba posible, especialmente en París, donde el precio de la vida se había triplicado y la vivienda de un magistrado, por ejemplo, costaba tres mil francos?

—Mi padre —dijo para terminar—, me pasa mil escudos anuales, ya que mi sueldo apenas me da para mantener mí rango.

Cuando el suplente se metió por aquel camino cenagoso, el provenzal, que le había conducido ladinamente a él, sin que nadie se aperciese, cambió una mirada con Dutocq, el cual debía volver a jugar a la berlanga.

—Y se siente necesidad de tantas plazas —dijo el escribano—, que se habla de crear dos jueces de paz por distrito, para crear doce escribanos más... ¡Como si se pudiera atentar a nuestros derechos, con estos cargos pagados a precios exorbitantes!

—Aún no he tenido el gusto de oírlos en el Palacio de Justicia —dijo el suplente al señor de la Peyrade.

—Soy el abogado de los pobres y sólo litigo ante el juez de paz —respondió el provenzal.

Al escuchar la teoría del joven magistrado acerca de la necesidad de gastar los ingresos, la señorita Thuillier adoptó un aire ceremonioso cuyo significado era harto conocido para el joven provenzal y Dutocq. El joven Vinet salió con Minard y Julián el abogado, de manera que el campo de batalla quedó, ante la chimenea, en poder del joven de la Peyrade y de Dutocq.

—La alta burguesía —dijo Dutocq a Thuillier—, se portará como antaño hizo la aristocracia. La nobleza quería jóvenes con dinero para estercolar sus tierras y nuestros actuales advenedizos buscan dotes para tener el riñón cubierto.

—Esto mismo me decía el señor Thuillier esta mañana respondió con osadía el provenzal.

—El padre —respondió Dutocq—, contrajo matrimonio con una señorita de Chargeboeuf y asimiló las opiniones de la nobleza. Necesita dinero no importa a qué precio, pues su mujer lleva un tren de vida regio.

—¡Oh! —dijo Thuillier, en quien se despertó la envidia que los burgueses sienten entre sí—. Quitad a esa gente sus puestos y volverán a caer en el lugar de donde salieron...

La señorita Thuillier hacía calceta tan precipitadamente, que hubiérase dicho que la impulsaba una máquina a vapor.

—Adiós, señor Dutocq —dijo la señora Minard levantándose—. Tengo los pies fríos —agregó acercándose al fuego, donde el oro de su turbante produjo el efecto de unos fuegos de artificio a la luz de las bujías de la *Aurora*, que hacían vanos esfuerzos por iluminar aquel inmenso salón.

—¡Ese suplente no es más que la noche de San Juan! —dijo la señora Minard mirando a la señorita Thuillier.

¿La noche de San Juan, decís? —repuso el provenzal—. Sois muy ingeniosa, señora...

—La señora Minard nos tiene acostumbrados a estas frases desde hace tiempo —dijo el bello Thuillier.

La señora Colleville examinaba al provenzal y le comparaba con el joven Phellion, quien conversaba con Céleste, sin preocuparse ambos de cuanto sucedía a su alrededor.

Ha llegado, ciertamente, el momento de describir al extraño personaje destinado a representar un papel tan importante en casa de los Thuillier y que merece en justicia la calificación de gran artista.

VII UN RETRATO HISTÓRICO

Existe en Provenza, y especialmente en el puerto de Aviñón, una raza de hombres, rubios o castaños, de tez dulce y ojos casi tiernos, cuyas pupilas suelen ser débiles, tranquilas o lánguidas, en vez de vivas, ardientes y profundas, como acostumbran a tenerlas los meridionales. Observemos de paso que entre los corsos, seres sujetos a los arrebatos y a las cóleras más peligrosas, se encuentran a menudo naturalezas rubias y aparentemente tranquilas. Estos hombres pálidos, bastante gruesos, de ojos casi turbios, verdes o azules, son la peor especie de Provenza, y Carlos-María-Teodosio de la Peyrade ofrecía un hermoso tipo de esta raza, cuya constitución merecería un cuidadoso examen por parte de la ciencia médica y de la fisiología filosófica. En estos hombres se pone en movimiento una especie de bilis, de humor amargo, que se les sube a la cabeza y los convierte en seres capaces de cometer las más feroces acciones, realizadas aparentemente con frialdad. Resultado de una embriaguez interior, esta especie de violencia sorda es inconciliable con su envoltura casi linfática y con la tranquilidad benigna de su mirada.

Nacido en los alrededores de Aviñón, el joven provenzal cuyo nombre acabamos de mencionar, de talla mediana, bien proporcionado, casi grueso, con el color de su piel exento de brillo, de lividez, ni coloreado, sino gelatinoso, pues solamente esta imagen puede dar idea de la blanda e insípida envoltura bajo la que se ocultaban unos nervios menos vigorosos que susceptibles de una prodigiosa resistencia en momentos determinados. Sus ojos, de un azul pálido y frío, daban a su estado normal una falsa expresión melancólica que, para las mujeres, poseía seguramente un encanto extraordinario. La frente, bien tallada, no estaba desprovista de nobleza y armonizaba con su fina cabellera, rala, castaño claro, naturalmente rizada en las extremidades, aunque ligeramente. La nariz, exactamente igual a la de un perro de caza, achatada, hendida en la punta, curiosa, inteligente, buscadora y siempre al viento, su expresión, en lugar de bondadosa, era irónica y burlona, pero ambas facetas de su carácter no se exteriorizaban y era necesario que aquel joven, cesando de observarse, montase en cólera para disponer de la fuerza necesaria que hacía brotar el sarcasmo y el ingenio que sus bromas infernales decuplicaban. La boca, agradablemente sinuosa, los labios rojos como una granada, parecía el maravilloso instrumento de suaves notas medias, que eran las que empleaba siempre Teodosio y que, en las notas altas, vibraba en los

oídos como el sonido de un gong. Aquel falsete era sin duda la voz de sus nervios y de su cólera. Su rostro, intencionadamente inexpresivo, tenía forma oval. Sus modales, en fin, en armonía con la sacerdotal serenidad de aquel rostro, plenos de reservas, de conveniencias; tenían algo de afable, de continuas atenciones; sin caer en la zalamería, no estaba desprovisto de una seducción que, por lo demás, nadie era capaz de explicar cuando él desaparecía. El encanto, cuando tiene su fuente en el corazón, deja trazas profundas; el que sólo es producto del arte, lo mismo que la elocuencia, no alcanza más que triunfos pasajeros; logra sus efectos a cualquier precio. ¿Pero cuántos filósofos hay en la vida capaces de comparar? Casi siempre, para emplear una expresión popular, la jugarreta ya está hecha cuando las personas ordinarias descubren los medios empleados.

En aquel joven de veintisiete años, todo armonizaba con su carácter actual; obedecía su vocación cultivando la filantropía, única explicación que puede dar el filántropo. Teodosio amaba al pueblo, pues dividía su amor por la humanidad. Lo mismo que los horticultores se entregan al cultivo de las rosas, las dalias, los claveles, los geranios y no prestan ninguna atención a la especie que no han elegido para su fantasía, aquel joven La Rochefoucault-Liancourt pertenecía a los obreros, a los proletarios, a las miserias de los arrabales de Saint-Jacques y Saint-Marceau. El hombre fuerte, el genio con el agua al cuello, los pobres vergonzantes de la clase burguesa, quedaban suprimidos del seno de la caridad. El corazón de todos los maniáticos se parece a esas cajas con compartimientos en las que clasifican las grageas; su divisa es el *suum cuique tribuere*, dosifican cada uno de sus deberes. Hay filántropos que sólo se apiadan de los errores de los condenados. La vanidad constituye ciertamente la base de la filantropía, pero en el provenzal era cálculo, un papel adoptado, una hipocresía liberal y democrática representada con una perfección que ningún actor podría alcanzar. No atacaba a los ricos, se contentaba con no comprenderlos, con admitirlos; según él, cada cual debía disfrutar de sus obras. Fue un ferviente discípulo de Saint-Simon, decía, pero cabía imputar esta falta a su extremada juventud: la sociedad moderna no podía tener más base que la herencia. Católico ardiente, como todos los oriundos del Condado, iba muy de mañana a misa y ocultaba su piedad. Parecido a casi todos los filántropos, era de una economía sórdida y sólo daba a los pobres su tiempo, sus consejos, su elocuencia y el dinero que arrancaba para ellos a los ricos. Su vestimenta se componía de botas y paño negro que llevaba hasta que las costuras blanqueaban. La naturaleza hizo mucho por Teodosio al no darle aquella belleza meridional, fina y masculina, que despierta en la imaginación de los demás exigencias a las que a un hombre le resulta muy difícil responder. Como necesitaba gastar muy poco para agradar, lo encontraban, según su capricho, bien, hombre bonito o muy ordinario. Desde que le habían admitido en la casa Thuillier, nunca se había atrevido, como durante aquella noche, a alzar la voz y adoptar una pose tan magistral, como acababa de arriesgarse a hacerlo con Olivier Vinet; pero quizá Teodosio de la Peyrade no se disgustó por tratar de salir de la

sombra donde había permanecido hasta entonces. Además era necesario desembarazarse del joven magistrado, de igual forma que los Minard habían arruinado anteriormente al abogado Godeschal. Semejante a todos los espíritus superiores, ya que no se hallaba desprovisto de superioridad, el suplente no descendió hasta el punto en que los hilos de estas telarañas burguesas se hacen ostensibles y acababa de chocar de frente, como una mosca, con la trampa casi invisible a la que Teodosio le había atraído con uno de esos ardides que no habrían sospechado personas más hábiles que Olivier.

Para acabar el retrato del abogado de los pobres, no estará de más contar sus comienzos en la casa Thuillier.

Teodosio hizo su aparición a fines del año 1837. Licenciado en Derecho desde hacía cinco años, realizó la pasantía de abogado en París, pero circunstancias ignoradas, que él jamás mencionaba, le impidieron inscribirse en el Colegio de Abogados de París; seguía siendo aún pasante de abogado. Pero una vez instalado en el pequeño apartamento del tercer piso, con los muebles absolutamente imprescindibles para el ejercicio de su noble profesión, exigidos por la orden de los abogados que no admite un nuevo colega si no tiene un bufete conveniente, una biblioteca, comprobando la calidad de los muebles y el lugar, Teodosio de la Peyrade se convirtió en abogado adjunto al Tribunal Real de París.

Empleó todo el año 1838 en operar este cambio en su situación y llevó una vida de lo más regular. Estudiaba por las mañanas en su casa hasta la hora de comer y a veces acudía al Palacio de Justicia para asistir a las causas importantes. Después de trabar amistad con Dutocq, no sin grandes dificultades, según el propio Dutocq, hizo a algunos desgraciados del arrabal de Saint-Jacques, que el escribano indicó a su caridad, el favor de defender sus causas ante el tribunal. Consiguió que litigasen para ellos los abogados que, según los estatutos de su asociación, se ocupan por turno de los asuntos de los indigentes, y, como sólo asumió la defensa de causas completamente segúraselas ganó todas. Puesto en relación con algunos bufetes, se dio a conocer en el foro por aquellos rasgos dignos de elogio, y estos hechos, en primer lugar, determinaron con cierto brillo su admisión en la conferencia de los pasantes de abogado, y más tarde su inscripción en el correspondiente colegio. A partir de entonces se convirtió en el abogado de los pobres ante el juez de paz, y continuó protegiendo a la gente del pueblo. Las personas agradecidas a Teodosio manifestaban su reconocimiento y su admiración en las porterías, pese a las recomendaciones del joven abogado, y muchos de sus rasgos llegaban a ser conocidos por los propietarios. Embelesados de tener en su casa a un hombre tan recomendable y caritativo, los Thuillier quisieron atraerle a su salón e interrogaron a Dutocq respecto al abogado. El escribano habló tal como lo hacen los envidiosos, y, pese a hacer justicia al joven, dijo que era de una avaricia notable, debida seguramente a su pobreza.

—Además, he tenido informes sobre él. Pertenece a la familia de la Peyrade, una vieja familia del condado de Aviñón. Vino aquí a finales de 1829, para indagar acerca

de un tío al que se le atribula una considerable fortuna, acabando por descubrir la morada de este pariente tres días después de la muerte del mismo, habiendo éste dejado por toda herencia un mobiliario que apenas llegó para pagar los gastos del entierro y sus deudas. Un amigo de este tío inútil hizo pasar cien lises a nuestro buscador de fortuna, comprometiéndole a estudiar Derecho y a seguir la carrera judicial. Estos cien lises sirvieron para cubrir todos sus gastos en París durante tres años, donde vivió como un anacoreta; pero no habiendo podido ver jamás ni encontrar a su desconocido protector, el pobre estudiante pasó grandes apuros en 1833.

»Como todos los licenciados, se dedicó entonces a la política y a la literatura, y durante algún tiempo se mantuvo por encima de la miseria, pues no podía esperar nada de su familia: su padre, el hermano menor del tío fallecido en la calle Moineaux, tiene a su cargo once hijos que viven en una pequeña heredad llamada las Canquoelles.

»Acabó ingresando en un diario ministerial, cuyo gerente era el famoso Cérizet, célebre por las persecuciones que sufrió durante la Restauración debido a sus ideas liberales, y al que los miembros de la nueva izquierda no perdonan que se halla hecho ministerial. Como hoy en día el poder defiende muy poco a sus más fieles servidores, demostrando esto en el asunto Gisquet, los republicanos terminaron por arruinar a Cérizet. Esto es para explicaros el hecho de que Cérizet sea el funcionario que hace las copias en mi escribanía.

»Pues bien, en el tiempo en que florecía como gerente de un periódico dirigido por el ministerio Périer contra los diarios incendiarios. *La Tribuna* y otros, Cérizet, que a fin de cuentas es un buen muchacho, pero que siente una excesiva debilidad por las faldas, la buena mesa y los placeres, fue muy útil a Teodosio, del que era su redactor político. Sin la muerte de Casimiro Périer, este joven hubiera sido nombrado suplente en París. En 1834 y 1835 cayó a pesar de su talento, pues su colaboración en el periódico ministerial le perjudicó. “Sin mis principios religiosos —me dijo él entonces—, me hubiera tirado al Sena.” Parece ser, finalmente, que el amigo de su tío se enteró de su desgracia y le mandó el dinero necesario para que terminase la carrera de abogado, pero él continúa ignorando el nombre y las señas de este protector misterioso. Al fin y al cabo, en tales circunstancias, su economía es excusable, y hay que tener un carácter muy entero para rechazar lo que le ofrecen los pobres diablos a los que su celo profesional hace ganar sus litigios. Indigna ver a las personas que especulan con la imposibilidad en que se encuentran los desgraciados de pagar las costas de un proceso que intenta hacérseles injustamente. ¡Oh, este joven subirá! No me extrañaría verle en una situación brillantísima; posee tenacidad, honradez y valentía. Estudia y se afana.»

A pesar del favor con que fue acogido, el joven de la Peyrade frecuentó con discreción la casa de los Thuillier. Pero, reprendido por su reserva, se mostró más a menudo, acabando por ir todos los domingos, le invitaron a todas las cenas y se

convirtió en un personaje tan familiar en la casa que, si se presentaba a las cuatro para hablar con Thuillier, le obligaban a quedarse a comer sin cumplidos, cualquiera que fuese lo que tuvieran preparado, bueno o malo. La señorita Thuillier decía para su fuero interno:

—Así estamos seguros de que este pobre joven cenará bien.

Un fenómeno social, que ciertamente ha sido observado pero que aún no se ha formulado ni publicado, si queréis, aunque merece que se deje constancia del mismo, es el retomo de las costumbres, del ingenio y de los modales de la primitiva condición en algunas personas que, entre su juventud y su vejez, se elevaron por encima de su primitivo estado. De este modo Thuillier volvió a convertirse, moralmente hablando, en el hijo de un conserje; hacía uso de algunas de las bromas de su padre y acabó por dejar entrever, en la superficie de su vida que declinaba, un poco del limo de sus primeros días.

Aproximadamente cinco o seis veces al mes, cuando el caldo de carne era bueno, como si fuese una frase totalmente nueva, decía mientras depositaba su cuchara en el plato vacío:

—¡Esto es mejor que un puntapié en la espinilla!...

Al oír esta chanza por primera vez, Teodosio, que no la conocía, perdió su compostura y se echó a reír de tan buena gana que Thuillier, el bello Thuillier, se sintió halagado en su vanidad como nunca lo había sido. Después, Teodosio acogía siempre aquella frase con una sonrisita ladina. Este ligero detalle explica por qué la misma mañana de la velada en que Teodosio discutió con el joven suplente, pudo decir a Thuillier, paseando ambos por el jardín para ver el efecto de la helada:

—¡Tenéis mucho más ingenio del que creéis!

Y recibió esta respuesta:

—En cualquier otra carrera, mi querido Teodosio, hubiera hecho un papel brillantísimo, pero la caída del emperador me partió la crisma.

—Aún estáis a tiempo —repuso el joven abogado—. ¿Queréis decirme, en primer lugar, qué ha hecho ese saltimbanqui de Colleville para ganar esa cruz?

Con estas palabras, el joven de la Peyrade puso el dedo en la llaga que Thuillier ocultaba a todos los ojos, tan cuidadosamente que ni siquiera su hermana la conocía, pero el joven, interesado en estudiar a todos aquellos burgueses, adivinó la secreta envidia que corroía el corazón del ex subjefe.

—Si queréis hacerme el honor, vos que sois tan experimentado, de atenderos a mis consejos —añadió el filántropo—, y sobre todo de no hablar de esto a nadie, ni siquiera a vuestra excelente hermana, a menos que yo consienta en ello, me encargo de hacerlos condecorar en medio de las aclamaciones de todo el barrio.

¡Oh, si lo consiguiésemos —exclamó Thuillier—, no podéis imaginaros lo que yo sería para vos!...

Esto explica por qué acababa de pavonearse Thuillier cuando, un momento antes, Teodosio tuvo la audacia de darle su opinión.

VIII

EL FINAL DE LA VELADA

En las artes, y quizá Molière dio rango artístico a la hipocresía clasificando para siempre a Tartufo entre los comediantes, existe un punto de perfección por debajo del cual empieza el talento y que solamente el genio puede alcanzar. Hay tan poca diferencia entre la obra del genio y la del talento, que los hombres de genio son los únicos que pueden apreciar la distancia que separa a Rafael del Correggio y a Tiziano de Rubens. Es más: el vulgo se deja engañar. El sello del genio es una cierta apariencia de facilidad. Su obra suele parecer en una palabra, vulgar a primera vista, pues siempre resulta natural, incluso cuando aborda los temas más elevados.

Muchas campesinas sostienen a sus hijos como la famosa madona de Dresden sostiene al suyo. Pues bien, el colmo del arte, en un hombre de la fuerza de Teodosio, consiste en que luego digan de él: «¡Cualquiera podría haber hecho esto!» Ahora bien, en el salón Thuillier, él veía asomar la contradicción, adivinaba en Colleville la naturaleza harto clarividente y crítica del artista frustrado. El abogado sabía que no era del agrado de Colleville, quien, por circunstancias que sería inútil relatar, se contentaba con creer en la ciencia de los anagramas. Ninguno de éstos le había fallado. Se burlaron de él en las oficinas cuando, al pedirle el anagrama del pobre Augusto-Juan-Francisco Minard, encontró: *Yo amasé una fortuna tan grande*, y los hechos justificaban el anagrama, a una década de distancia. En cambio, el de Teodosio era fatal. El de su mujer le hacía temblar y no lo había dicho nunca, pues Flavie Minard Colleville daba: *La vieja C..., nombre infamante, roba*.

En numerosas ocasiones Teodosio había realizado algunos intentos por granjearse la amistad del jovial secretario de la alcaldía, y se sintió rechazado por la frialdad tan poco natural en un hombre tan comunicativo. Cuando acabó la partida de berlanga, Colleville aprovechó un momento para llevarse a Thuillier al hueco de una ventana y decirle:

—Dejas tomar demasiado pie en tu casa a ese abogadillo. Esta noche ha llevado el peso de la conversación.

—Gracias, amigo mío, hombre prevenido vale por dos —respondió Thuillier, burlándose interiormente de Colleville.

Teodosio, que en aquellos momentos hablaba con la señora Colleville, estaba observando a los dos amigos, y, con aquella presciencia propia de las mujeres y que éstas emplean para saber cuándo y cómo se habla de ellas, desde un extremo del salón al otro adivinó que Colleville intentaba rebajarle a los ojos del débil y necio Thuillier.

—Señora —dijo al oído de la devota—, creed que, si hay alguien aquí capaz de apreciaros, ese alguien soy yo. Os veo como contemplaría a una perla caída en medio del fango. Aun no tenéis cuarenta y dos años, toda vez que una mujer no tiene más

edad que la que representa y muchas mujeres de treinta años que no valen tanto como vos se considerarían muy dichosas teniendo vuestro talle y ese rostro sublime por el que ha pasado el amor sin colmar nunca el vacío de vuestro corazón. Os habéis entregado a Dios, lo sé, soy un hombre demasiado piadoso para querer ser nada más que vuestro amigo, pero lo hicisteis porque nunca encontrasteis a una persona digna de vos. En fin, os han amado, pero nunca os habéis sentido adorada, lo adivino... Aquí tenéis a vuestro marido, que no supo daros una posición de acuerdo con vuestra valía; me detesta, como si sospechase que os amo, y me impide que os diga lo que creo haber encontrado para ponerlos en la esfera a que estáis destinada... No, señora —dijo levantándose y en voz alta—, no es el abate Gondrin quien predicará este año la cuaresma en nuestro humilde Saint-Jacques du Haut-Pas, sino el señor d'Estival, uno de nuestros compatriotas, que se ha consagrado a la predicación en interés de las clases menesterosas. Oiréis a uno de los predicadores más llenos de unción que conozco, un sacerdote exteriormente poco agradable, pero... ¡qué alma!...

—Mis deseos se cumplirán —repuso la pobre señora Thuillier—. ¡Nunca he podido comprender a los predicadores de renombre!

Una sonrisa se dibujó en los labios de la señorita Thuillier y en los de varias personas presentes.

—Se ocupan con exceso de las demostraciones teológicas, hace mucho tiempo que soy de esta opinión —dijo Teodosio—; pero yo nunca hablo de religión, y, sin la señora de Colleville...

—¿Existen demostraciones en teología? —preguntó ingenuamente y a quemarropa el profesor de matemáticas.

—No creo, señor —respondió Teodosio mirando a Félix Phellion—, que hagáis en serio tal pregunta.

—Félix —dijo el viejo Phellion, acudiendo pesadamente en ayuda de su hijo al ver una expresión dolorosa en el pálido semblante de la señora Thuillier—, divide la religión en dos categorías: la considera bajo los puntos de vista humano y divino, la tradición y el razonamiento.

—¡Qué herejía, caballero! —replicó Teodosio—. La religión es una; su condición primordial es la fe.

El viejo Phellion, fulminado por esta frase, miró a su mujer.

—Ya es hora, mi buena amiga...

Y señaló el reloj de péndulo.

—¡Oh, señor Félix! —dijo Céleste al oído del cándido matemático—. ¿Por qué no sois vos como Pascal y Bossuet, sabio y piadoso a la vez?...

Los Phellion, al retirarse, se llevaron consigo a los Colleville; pronto no quedaron más que Dutocq, Teodosio y los Thuillier.

Las lisonjas dirigidas por Teodosio a Flavie tienen todas las características del lugar común; pero conviene observar, con interés de esta historia, que el abogado procuraba aproximarse siempre a los espíritus vulgares, navegaba en sus aguas y les

hablaba en su propio lenguaje. Su pintor era Pedro Grassou y no José Bridau; su libro era *Pablo y Virginia*. El mayor poeta actual era para él Casimiro Delavigne; a sus ojos, la misión del arte era, ante todo, la utilidad. Parmentier, *el autor de la patata*, valía por treinta Rafaeles; el hombre de la pequeña capa azul le parecía *una hermana de la Caridad*. A veces repetía estas expresiones de Thuillier.

—Este joven, Félix Phellion —dijo—, es el universitario de nuestros tiempos de los pies a la cabeza, el producto de una ciencia que ha jubilado a Dios. ¡Dios mío! ¿Adónde iremos a parar? Únicamente la religión puede salvar a Francia, pues sólo el miedo al infierno nos preserva del robo doméstico, que se realiza a todas horas en el seno de las familias y que corroe las fortunas más sólidas. Todos libráis una guerra oculta en el seno de la familia.

Después de este hábil discurso, que impresionó vivamente a Brígida, se retiró, seguido de Dutocq, una vez deseado una feliz noche a los tres Thuillier.

—¡Es un joven lleno de posibilidades! —dijo sentenciosamente Thuillier.

—Sí, a fe mía —respondió Brígida apagando las lámparas.

—Este joven tiene religión —dijo la señora Thuillier, yéndose la primera.

—Señor —decía Phellion a Colleville, cuando llegaron a la altura de la Escuela de Minas y después de asegurarse de que estaban solos en la calle—, tengo por costumbre someter mis ideas a los demás, pero no puedo por menos de pensar que ese joven abogado se las da de maestro en casa de nuestros amigos los Thuillier.

—Mi opinión particular —repuso Colleville, que andaba con Phellion a la zaga de su mujer, de Céleste y de la señora Phellion, las cuales iban muy juntas y apretadas—, es que se trata de un jesuita, y esta gente no me gusta... El mejor de ellos no vale nada. Para mí, jesuita equivale a falsía, y falsía al gusto de falsear; falsean por el placer de falsear, y, como se dice, para conservarse en forma. Ésta es mi opinión, os la digo crudamente.

—Os comprendo, señor —respondió Phellion, que daba el brazo a Colleville.

—No, señor Phellion —observó Flavie con una vocecita aflautada—. Vos no comprendéis a Colleville, pero yo sé muy bien lo que quiere decir, y más valdrá que no siga... Estas cuestiones no se airean en la calle, a las once de la noche y en presencia de una joven.

—Mi mujer tiene razón —afirmó Colleville.

Al llegar a la calle Deux-Eglises, que Phellion iba a tomar, todos se dieron las buenas noches. Félix Phellion dijo entonces a Colleville:

—Caballero, vuestro hijo Francisco podría ingresar en la Escuela politécnica si contase con buenas influencias; me ofrezco a prepararlo para que pueda aprobar los exámenes este año.

—¡Esto no puede rehusarse! Gracias, amigo mío —dijo Colleville—, ya hablaremos sobre ello.

—¡Bien! —dijo Phellion a su hijo.

—¡Está hecho con mucha habilidad! —exclamó la madre.

—¿Qué veis en mi proposición? —preguntó Félix.

—Que es muy hábil hacer la corte a los padres de Céleste.

—¡No había pensado en ello! —exclamó el joven profesor—. Hablando con los pequeños Colleville he descubierto en Francisco cierta vocación por las matemáticas, y he creído mi deber comunicárselo a su padre...

—¡Bien, hijo mío! —repitió Phellion—. No querría que fueses de otro modo. Mis votos se han cumplido y veo en mi hijo la probidad, el honor, las virtudes cívicas y privadas que yo deseaba para él.

La señora Colleville, una vez que Céleste se hubo acostado, dijo a su marido:

—Colleville, no te pronuncies con tanta crudeza sobre las personas sin conocerlas a fondo. Cuando hablas de los jesuitas sé que piensas en los sacerdotes, y hazme el favor de reservarte tus opiniones sobre religión cuando te encuentres en presencia de tu hija. Somos dueños de sacrificar nuestras almas y no las de nuestros hijos. ¿Querrías que tu hija fuera una criatura sin religión?... Ahora, gatito mío, estamos a merced de todo el mundo, tenemos cuatro hijos para establecer, y, ¿acaso puedes prever ahora de quién tendrás necesidad dentro de algún tiempo? Así es que no te crees enemigos, pues no los tienes, eres una buena persona y, gracias a esta cualidad que en ti llega hasta el encanto, todo nos ha ido saliendo bastante bien en esta vida...

—¡Basta, basta! —dijo Colleville, tirando su traje encima de una silla y quitándose la corbata—. Yo estoy equivocado y tú tienes razón, mi bella Flavie.

—A la primera ocasión que se presente, corderito mío —dijo la astuta comadre dando unos golpecitos en los carrillos de su marido—, tratarás de mostrarte cortés con ese abogadillo; es un tipo muy taimado y tenemos que conquistarlo. ¿Que hace comedia?... Pues bien, tú la haces con él; aparenta que te dejas engañar, y si tiene talento y porvenir, granjéate su amistad. ¿Crees que quiero verte por mucho tiempo en tu alcaldía?

—Venid, señora Colleville —dijo riendo el antiguo clarinete de la Ópera Cómica, golpeándose la rodilla para indicar a su mujer el lugar en que quería que se sentara—, calentémonos los piecitos y hablemos... Cuando te miro, cada vez estoy más convencido de esta verdad: que la juventud de las mujeres radica en su talle...

—Y en su corazón...

—En ambos —repuso Colleville—. El talle ligero y el corazón pesado...

—No, gran estúpido... profundo.

—Lo que me gusta en ti es que hayas conservado tu blancura sin haber engordado... Pero mira... tienes huesecitos... Te digo, Flavie, que si hubiese de empezar a vivir de nuevo, no querría a otra mujer sino a ti.

—Sabes muy bien que siempre te preferí a *los demás*... ¡Qué desgracia que muriese monseñor! ¿Sabes qué querría para ti?

—No.

—Una plaza en el Ayuntamiento de París, un empleo de doce mil francos, algo así como cajero en la caja municipal o en la de Poissy, o factor.

—Todo esto me va.

—Pues bien, si ese monstruo de abogado pudiese hacer algo; es un perfecto intrigante: tratémosle con miramiento... Yo le sondearé... déjame hacer a mí... y sobre todo no contraríes su juego en casa de los Thuillier...

Teodosio había tocado el punto doloroso en el corazón de Flavie Colleville, y esto merece una explicación que, acaso, tenga el valor de una ojeada sintética sobre la vida de las mujeres.

IX

UNA MUJER DE CUARENTA AÑOS

A los cuarenta años, la mujer, y sobre todo la que ha saboreado la manzana envenenada de la pasión, experimenta un miedo solemne; se da cuenta que hay dos muertes para ella: la muerte del cuerpo y la del corazón. Al dividir a las mujeres en dos grandes categorías, que responden a las ideas más vulgares, llamándolas virtuosas o culpables, es lícito decir que a partir de esta cifra temible experimentan un dolor terriblemente vivaz. Virtuosas y engañadas en los votos de su naturaleza, ya sea porque hayan tenido el valor de someterse o porque hayan enterrado sus rebeldías en su corazón o al pie de los altares, sienten temor al reconocer que todo ha terminado para ellas. Este pensamiento tiene tan extrañas y diabólicas profundidades, que en él se encuentra la razón de algunas de estas apostasías que a veces sorprenden al mundo y lo llenan de espanto. Culpables, se encuentran en una de esas situaciones vertiginosas que muy a menudo se traducen, desgraciadamente, en enajenación, terminan por la muerte o acaban en pasiones tan grandes como la misma situación.

He aquí el sentido *dilemático* de esta crisis: o bien han conocido la felicidad, han llevado una vida virtuosa y sólo pueden respirar este aire cargado de incienso, agitarse en esta atmósfera florida en la que los halagos son caricias, y entonces, ¿cómo renunciar a ella? O bien, fenómeno aún más curioso que raro, únicamente han hallado fatigosos placeres, buscando una felicidad huidiza, sostenida en esta caza ardiente por las irritantes satisfacciones de la vanidad, embriagándose con este juego como un jugador con su martingala, pues, para ellas, estos últimos días de belleza son la última apuesta del punto a la desesperación.

—¡Habéis sido amada, pero jamás adorada!

Estas palabras de Teodosio, acompañadas por una mirada que leía, no en el corazón, sino en la vida, eran las palabras de un enigma y Flavie se sintió adivinada.

El abogado repitió algunas ideas que la literatura ha hecho triviales, pero ¿qué importa de qué fábrica y de qué especie es la fusta cuando alcanza la llaga del caballo de raza? La poesía estaba en Flavie y no en la oda, del mismo modo que el ruido no

está en el alud, aunque éste sea su causa.

Un joven oficial, dos fatuos, un banquero, un joven pequeño y torpe y el pobre Colleville, eran muy tristes intentos. Una vez, una sola vez en su vida, la señora Colleville soñó con la felicidad, pero no la experimentó; luego la muerte se apresuró a romper la única pasión en que Flavie hallara verdaderamente encanto. Escuchaba desde hacía dos años la voz de la religión, la cual le decía que ni la Iglesia ni la sociedad hablan de felicidad y de amor, sino de deberes y de resignación; que, para estas dos grandes potencias, la felicidad reside en la satisfacción producida por el cumplimiento de deberes penosos o difíciles, y que la recompensa no se encuentra en este mundo. Pero oía otra voz, distinta y chillona, y, teniendo en cuenta que su religión era una máscara necesaria que debía llevar y no una conversión, que no se la sacaba porque veía en ella un recurso, y que la devoción, verdadera o fingida, era una manera de ser apropiada a su porvenir, permanecía en la iglesia como en la encrucijada de un bosque, sentada en un banco, leyendo las indicaciones de ruta y esperando una casualidad al sentir que venía la gran noche.

Así, su curiosidad fue vivamente excitada cuando oyó como Teodosio le formulaba su situación secreta sin que en apariencia pretendiera aprovecharse de ella, sino abordando el aspecto puramente exterior de su vida y prometiéndole la realización de un castillo en el aire siete u ocho veces derribado.

Desde el principio del invierno, Teodosio se dedicó a verla, aunque a hurtadillas, para examinarla a fondo y estudiarla. Ella se puso más de una vez su vestido de muaré gris, sus encajes negros y su tocado de flores envuelto en encaje de Malinas para realzar su belleza, y los hombres saben siempre cuando un tocado se ha realizado pensando en ellos. El espantoso pisaverde del Imperio la asesinaba con bajas adulaciones, ella era la reina del salón, pero el provenzal decía mil veces más con sus astutas miradas.

Flavie esperaba de un domingo a otro una declaración, y se decía:

«¡Sabe que estoy arruinada y no tengo un céntimo! Quizá sea verdaderamente piadoso.»

Teodosio no quería precipitar las cosas, y, como un músico hábil, había señalado el pasaje de su sinfonía en que debía dar el golpe de tam-tam. Cuando vio que Colleville databa de despertar las sospechas de Thuillier, lanzó su andanada, hábilmente preparada durante los tres o cuatro meses consagrados al estudio de Flavie, y triunfó, como por la mañana con Thuillier.

Al acostarse se dijo:

—La mujer es para mí, el marido no puede soportarme: a estas horas ellos discutirán, y yo seré el más fuerte, pues ella hace lo que quiere con su marido.

En esto se equivocaba el provenzal, ya que no hubo la menor disputa y Colleville dormía al lado de su pequeña y querida Flavie, mientras ella se decía:

—Teodosio es un hombre superior.

Muchos hombres, lo mismo que La Peyrade, deben su superioridad a la audacia o

a las dificultades de una empresa; las fuerzas que despliegan en ella les fortalecen los músculos, se agotan enormemente; luego, tanto sí alcanzan el éxito como si se produce la caída, el mundo se sorprende al encontrarlos pequeños, mezquinos o acabados. Después de haber despertado en el ánimo de los dos seres de quienes dependía la suerte de Céleste una curiosidad que había de llegar a ser febril, Teodosio se hizo el hombre ocupado: durante cinco o seis días salió por la mañana para no regresar hasta la noche, a fin de no volver a ver a Flavie hasta el momento en que el deseo hubiese alcanzado en ella aquel punto en que se pasa por encima de todas las conveniencias, y obligar así al viejo pisaverde a ir a su casa.

El domingo siguiente estaba casi seguro de encontrar a la señora Colleville en la iglesia y efectivamente, habiendo salido ambos en el mismo momento, se encontraron en la calle Deux-Eglises. Teodosio ofreció el brazo a Flavie, quien lo aceptó, dejando que su hija pasara delante, en compañía de su hermano Anatolio. Este último hijo, de doce años de edad, debiendo ingresar en el seminario, estaba a media pensión en la institución Barniol, donde recibía una instrucción elemental y, naturalmente, el yerno de Phellion restringió el precio de la media pensión ante la perspectiva de una posible alianza entre Phellion y Céleste.

—¿Me habéis hecho el honor y el favor de pensar en lo que tan mal os dije el otro día? —preguntó con tono mimoso el abogado a la bonita devota, oprimiéndole el brazo contra su corazón con un movimiento dulce y fuerte a la vez, pues parecía contenerse a fin de mostrarse respetuoso, como si quisiera dominar su arrebató—. No os equivoquéis acerca de mis intenciones —prosiguió al recibir de la señora Colleville una de esas miradas que las mujeres acostumbradas a las maniobras de la pasión saben hallar y que, por su expresión, tanto pueden convenir a un severo disgusto como a una secreta comunidad de sentimientos—. Os amo como se ama a una bella naturaleza presa de la desdicha; la caridad cristiana abraza por igual a los fuertes y a los débiles, y su tesoro pertenece a todos. Fina, graciosa y elegante como sois, hecha para ser el ornato de la más elevada sociedad, ¿qué hombre puede veros sin sentir una inmensa compasión en su corazón, rodando entre estos odiosos burgueses que os ignoran, sin reconocer siquiera el valor aristocrático de una de vuestras poses, de una de vuestras miradas o de una de vuestras coquetas inflexiones de voz?... ¡Ah, si yo fuese rico!... ¡Ah, si yo pudiese, vuestro marido, que ciertamente es un buen diablo, llegaría a ser recaudador general, y vos conseguiríais que fuese nombrado diputado! Pero yo, pobre ambicioso cuyo primer deber consiste en callar mi ambición al encontrarme en el fondo del saco como el último número de un premio de lotería familiar, yo no puedo ofrecer más que mi brazo, en vez de ofrecer mi corazón. Todo lo espero de un buen matrimonio, y podéis creer que haré a mi mujer no solamente dichosa, sino una de las primeras del Estado, si recibo de ella los medios para ascender. Hace un día hermoso, vamos a dar una vuelta por el Luxemburgo —agregó al llegar a la calle d'Enfer, a la esquina de la casa de la señora Colleville, frente a la cual se abre un pasaje que conduce al jardín por la escalera de

un pequeño edificio, un último resto del famoso convento de los Cartujos.

La dejadez del brazo que sujetaba le indicó el consentimiento tácito de Flavie, y, como ella se merecía el honor de una especie de violencia, él la arrastró vivamente, diciendo:

—¡Venid! No siempre encontraremos un momento tan bueno. ¡Oh! —añadió—, vuestro marido nos observa desde la ventana; vamos despacio...

—No temáis nada de Colleville —dijo Flavie sonriendo—. Me deja enteramente dueña de mis actos.

—¡Oh, ésta es la mujer que yo había soñado! —exclamó el provenzal con aquel éxtasis y aquel acento que sólo abrazan las almas y solamente brotan de labios meridionales.

—Perdón, señora —añadió, reportándose y descendiendo de un mundo superior al ángel desterrado, a quien miró piadosamente—. Perdón, vuelvo a lo que decía... ¿Cómo no ser sensible a los dolores que uno mismo experimenta, al ver que también los sufre un ser a quien la vida sólo debía proporcionar alegría y felicidad?... Vuestros sufrimientos son los míos; como vos, yo tampoco estoy en el lugar que me corresponde; la misma desgracia nos convierte en hermano y hermana. ¡Ah, querida Flavie! El primer día en que tuve la dicha de contemplaros, era el último domingo del mes de septiembre de 1838... Estabais bellísima; os vuelvo a ver con frecuencia con aquel vestido de muselina de lana con los colores de un tartán de no sé qué clan de Escocia...

Aquel día me dije: «¿Por qué se encuentra esta mujer con los Thuillier, y por qué, sobre todo, ha podido tener alguna vez relaciones con un Thuillier?...»

—¡Caballero! —dijo Flavie, asustada del rápido sesgo que el provenzal daba a la conversación.

—¡Oh, lo sé todo! —exclamó él, acompañando estas palabras con un movimiento de hombros—. Me lo explico todo... y no por ello os estimo menos. ¡Vamos, este pecado nunca lo puede cometer una fea ni una jorobada!... Tenéis que recoger los frutos de vuestra falta y yo os ayudaré a hacerlo Céleste será riquísima, y éste tiene que ser para vos todo vuestro porvenir; no podéis tener más que un yerno, tened talento para elegirlo bien. Un ambicioso llegará a ser ministro, pero os humillará, os importunará, hará desgraciada a vuestra hija, y, si pierde su fortuna, desde luego que no la recuperará. Pues bien, sí, yo os amo —añadió—, yo os amo con un afecto ilimitado; estáis por encima de una serie de pequeñas consideraciones donde se enredan los necios. Entendámonos...

Flavie estaba aturdida y pasmada, pero no por ello dejó de mostrarse sensible a la excesiva franqueza de aquel lenguaje, y dijo para sus adentros:

«Este no tiene pelos en la lengua...»

Pero tuvo que confesarse que nadie la había tan profundamente conmovido como aquel joven.

—Caballero, no sé quién puede haberos inducido a error sobre mi vida, y con qué

derecho os dedicáis a...

—¡Ah, perdón, señora! —la interrumpió el provenzal con una frialdad rayana en el desdén—. He soñado... Me dije: «¡Ella es todo esto!», pero me he dejado engañar por las apariencias. Ahora ya sé por qué os quedaréis para siempre en ese cuarto piso de la calle d'Enfer.

Y subrayó su frase con un gesto enérgico, señalando las ventanas del piso de Colleville, que se veían desde la avenida del Luxemburgo, por la que paseaban solos, en aquel inmenso campo arado por tantas jóvenes ambiciones.

—He sido franco y esperaba la reciprocidad. Muchos días me ha faltado el pan, señora; he sabido vivir, estudiar la carrera de Derecho y obtener la licenciatura en París, teniendo dos mil francos por todo capital. Entré por la puerta de Italia con quinientos francos en el bolsillo, jurándome, como uno de mis paisanos, que un día sería uno de los primeros hombres de mi patria... Y el hombre que a menudo ha buscado su comida en los cubos de la basura que los fondistas vacían a las seis de la mañana a la puerta de su establecimiento, cuando los revendedores ya han escogido... ese hombre no retrocederá ante ningún medio... confesable. ¡Oh! ¿Me consideráis el amigo del pueblo? dijo sonriendo—. A la fama le hace falta un portavoz; nadie la oye si habla en susurros... y, sin fama, ¿de qué sirve el talento? El abogado de los pobres será el de los ricos... ¿No basta con que abra mis entrañas? Abridme vuestro corazón... Decidme: «Seamos amigos», y un día todos seremos dichosos...

¡Dios mío! ¿Por qué habré venido aquí? ¿Por qué os he dado el brazo? —gimió Flavie.

—¡Porque éste era vuestro destino! —respondió él, y añadió, oprimiéndole el brazo contra el corazón—: ¿Acaso esperabais, mi querida y amada Flavie, oír vulgaridades de mis labios?... Somos hermano y hermana... eso es todo.

Y volvió a acompañarla al pasaje, para regresar a la calle d'Enfer.

Flavie experimentaba terror en el fondo del contento que las emociones violentas causan a las mujeres y confundió aquel espanto con ese miedo particular que despierta una nueva pasión; pero se sentía encantada y caminaba guardando un profundo silencio.

—¿En qué pensáis? —le preguntó Teodosio al llegar al centro del pasaje.

—En todo cuanto acabáis de decirme —respondió ella.

—A nuestra edad —replicó él—, se suprimen los preliminares; ya no somos niños y ambos estamos en una esfera en que debemos entendernos. En fin, quiero que sepáis —agregó al desembocar en la calle d'Enfer—, que soy todo vuestro.

Y la saludó profundamente.

«¡Los hierros ya están al fuego!», se dijo siguiendo con la mirada a aquella víctima aturdida.

X LA CLAVE DEL ENIGMA

Al regresar a su casa, Teodosio encontró en el rellano a un personaje en cierto modo submarino de esta historia, y que se encuentra en ella como la iglesia enterrada sobre la cual reposa la fachada de un palacio. La vista de aquel hombre que, después de llamar inútilmente en casa de Teodosio, acababa de hacerlo a la puerta de Dutocq, hizo estremecer al abogado provenzal, pero interiormente y sin que nada exteriorizase aquella intensa emoción. Aquel hombre era el Cérizet de quien Dutocq ya había hablado a los Thuillier, presentándosele como su copista.

Cérizet, que sólo tenía treinta y ocho años, parecía un hombre de cincuenta, tanto había envejecido a causa de todo lo que puede envejecer a los hombres. Su cabeza, desprovista de cabellos, mostraba un cráneo amarillento mal cubierto con una peluca enrojecida por la decoloración; su máscara pálida, lacia, desmesuradamente severa, parecía tanto más horrible cuanto que tenía la nariz corroída, pero no lo suficiente para que pudiese reemplazarla por una nariz postiza, porque desde su nacimiento existía tal como había sido hecho por la naturaleza, desde la frente a los orificios nasales; pero la enfermedad, después de devorar las extremidades de las aletas, no había dejado más que dos extraños agujeros, que viciaban la pronunciación y obstaculizaban el habla. Los ojos, primitivamente bellos, pero debilitados por miserias sin cuento, por noches pasadas en vela, se habían enrojecido en sus bordes, presentando profundas alteraciones; la mirada, cuando el alma enviaba a ella una expresión maliciosa, hubiera sido capaz de asustar a un juez o a un criminal, a aquéllos, en fin, que no se asustan de nada.

La boca, desguarnecida y en la que se veían algunos dientes negruzcos, era amenazadora; acudían a ella una saliva espumosa y rara que no pasaba de los labios pálidos y delgados. Cérizet, hombre esmirriado, más reseco que seco, Halaba de remediar los estragos de su fisonomía con el traje, y, si bien sus ropas no eran opulentas, él las mantenía en un estado de pulcritud que quizás aún ponía más de relieve su miseria. Todo parecía dudoso en él, todo se parecía a su edad, a su nariz y a su mirada. Era imposible saber si tenía treinta y ocho años o sesenta, si sus pantalones azules, desteñidos, pero estrechamente ajustados, correspondían a la moda más avanzada, o si pertenecían a la del año 1835. Sus deformadas botas, cuidadosamente enceradas, remendadas por tercera vez y que antaño fueron finas, quizás habían pisado alfombras ministeriales. La levita de alamares, lavada por los chaparrones, y cuyas olivas cometían la indiscreción de dejar ver su hormilla, recordaba por su corte una elegancia desaparecida. El cuello-corbata de raso ocultaba con bastante fortuna la ropa interior, pero por detrás el hebijón de la hebilla lo había rasgado ligeramente y el raso quedó satinado por una especie de aceite destilado de la peluca. En los días de su juventud, el chaleco no estuvo desprovisto de lozanía, si bien era uno de esos

chalecos comprados por cuatro francos y procedentes de las profundidades del escaparate de un vendedor de trajes de confección. Todo estaba cuidadosamente cepillado, como el sombrero reluciente y abollado. Todo armonizaba y hacía aceptar los guantes negros que ocultaban las manos de aquel Mefistóteles subalterno, cuya vida anterior vamos a resumir en una sola frase.

Era un artista del mal, a quien desde el principio le había dado resultado y que, engañado por sus primeros éxitos, continuó urdiendo infamias sin salirse de los límites legales, Llegó a ser jefe de una imprenta después de traicionar a su patrono y fue condenado cuando era gerente de un periódico liberal. En provincias, durante la Restauración, fue una de las bestias negras del gobierno real, y el *infortunado* Cérizet, como el infortunado Chauvet y el heroico Mercier, debió a esta reputación de patriotismo una plaza de subprefecto en 1830. Seis meses después fue destituido, pero pretendió ser juez sin haber sido oído, y tanto gritó que, durante el ministerio de Casimiro Périer, llegó a ser gerente de un diario antirepublicano, a sueldo del Ministerio. Lo abandonó para dedicarse a los negocios, entre los que se contaba una de las más desdichadas sociedades en comandita revisadas por la policía correccional, aceptando altivamente la severa condena que se le impuso, tomándola por una venganza tramada por el partido republicano que, según decía, no le perdonaba los rudos golpes que su periódico le había asestado, devolviéndole diez heridas por una. Cumplió su condena en una casa de salud. El Gobierno terminó por avergonzarse de un hombre salido de la inclusa y al que sus costumbres casi crapulosas y unos turbios negocios hechos en compañía de un antiguo banquero llamado Claparon terminaron por hundir en la falta de consideración más merecida. Así fue cómo Cérizet, lanzado de caída en caída hasta el último peldaño de la escala social, tuvo necesidad de un resto de compasión para lograr la plaza de copista en la escribanía de Dutocq. Desde el fondo de su miseria, aquel hombre soñaba con tomarse el desquité, y, como ya no tenía nada que perder, todos los medios eran válidos para él. Dutocq y él se hallaban unidos por sus depravadas costumbres. Cérizet era para Dutocq, en aquel barrio, lo que el lebrelo es para el cazador. Cérizet, conocedor de las necesidades propias de todas las desgracias, practicaba aquella usura del arroyo llamada el préstamo semanal, cuyos intereses vencen cada siete días; comenzó por ir a medias con Dutocq, y aquel antiguo golfillo de París, que había llegado a ser el banquero de los vendedores callejeros y el usurero de los carros de mano, era el insecto roedor de los dos arrabales.

—Bien —dijo Cérizet, viendo que Dutocq abría la puerta de su casa—. Ya que Teodosio ha vuelto, vamos a su casa...

Y el abogado de los pobres cedió el paso a aquellos dos hombres.

Los tres atravesaron una pequeña estancia embalsada, fregada, donde la luz del día, tamizada por unos visillos de percal, hacía brillar una capa de encuástico rojo, permitiendo distinguir una modesta mesa redonda de nogal y un aparador igualmente de nogal sobre el que se alzaba una lámpara. De allí se pasaba a un saloncito de

cortinas rojas, con muebles de caoba tapizados con terciopelo de Utrech rojo, la pared opuesta a las ventanas estaba ocupada por una biblioteca repleta de libros de jurisprudencia. La chimenea se hallaba adornada con objetos vulgares: un reloj de péndulo de cuatro columnas y madera de caoba, y unos candeleros bajo campana de vidrio. El gabinete, en el que los tres amigos se sentaron ante un fuego de carbón de piedra, era el propio del abogado en los comienzos de su carrera: el mobiliario se componía de un escritorio, un sillón de brazos, cortinillas de seda verde en las ventanas, una alfombra verde, un clasificador y un diván sobre el que estaba suspendido un Cristo de marfil con un fondo de terciopelo. El dormitorio, la cocina y el resto de la vivienda daban al patio.

—Bien —dijo Cérizet—. ¿Cómo va eso? ¿Todo marcha bien?

—Muy bien —respondió Teodosio.

—Reconoced —exclamó Dutocq— que tuve una idea luminosa al imaginar el medio de dominar a ese imbécil de Thuillier...

—¡Sí, pero yo no me quedo a la zaga! —exclamó Cérizet—. Esta mañana he venido a daros las cuerdas que os servirán para atar los pulgares de la solterona y hacerla bailar como una peonza... ¡No nos engañemos! La señorita Thuillier es fundamental en este asunto: tenerla a ella es como haber conquistado la plaza... Hablemos poco, pero hablemos bien, como conviene entre personas fuertes. Ya sabéis que mi antiguo asociado, Claparon, es un imbécil, y toda su vida será lo que siempre ha sido, un pazguato. ¡Ahora sirve de testaferro a un notario de París, asociado con unos contratistas que se irán a rodar junto con los notarios y los albañiles! Claparon ha pagado el pato: nunca había quebrado, habiendo comenzado todo, en estos mismos momentos se halla escondido en mi tugurio de la calle de Poules, donde nunca lo encontrarán. Mi Claparon está furioso porque se encuentra sin blanca y hay, entre las cinco o seis casas que van a venderse, una que es una preciosidad, construida toda en piedra labrada, sita cerca de la Madeleine —una fachada bordada como un melón, con unas esculturas maravillosas—, pero que, al no estar terminada, será vendida por cien mil francos a lo sumo, y, gastando en ella veinticinco mil, podrá dar tal dentro de dos años producirá diez mil francos de renta. Haciendo propietaria de este inmueble a la señorita Thuillier, conquistaríamos su amor, pues le daríamos a entender que todos los años se encuentran gangas parecidas. La manera de conquistar a los vanidosos consiste en alimentar su amor propio o amenazarlos; los avaros se dominan atacándoles la bolsa o llenándosela. Y como al fin y al cabo trabajar para la Thuillier es como hacerlo para nosotros mismos, hay que procurar que se aproveche de esta ocasión.

—¿Y el notario? —preguntó Dutocq—. ¿Por qué la deja escapar?

—¿El notario, mi pobre muchacho? ¡Si es precisamente quien nos salva! Obligado a vender su cargo, completamente arruinado, se ha reservado esta tajada entre los restos del pastel. Como cree en la honradez del imbécil de Claparon, le ha encargado que busque un comprador nominal, pues necesita tanta confianza como

prudencia. Le dejaremos creer que la señorita Thuillier es una joven honrada que presta su nombre al pobre Claparon y ambos caerán, Claparon y el notario. Le debo esta pequeña mala pasada a mi amigo Claparon, que me ha dejado llevar todo el peso del asunto en su comandita, donde Couture se ha burlado de nosotros, aunque no desearía encontrarme en su pellejo —dijo al mismo tiempo que en sus marchitos ojos brillaba un destello de odio—. ¡He dicho, señores! —añadió con voz creciente que resonó en sus fosas nasales y adoptando una actitud dramática, pues, en un momento de excesiva miseria, abrazó la profesión de actor.

Cuando terminó su discurso, llamaron a la puerta, y La Peyrade se levantó para ir a abrir.

—¿Estáis contento de él? —preguntó Cérizet a Dutocq—. Le encuentro un aspecto que... en fin, entiendo algo en traiciones.

—Lo tenemos hasta tal punto en nuestras manos —dijo Dutocq—, que ni siquiera me molesto en observarle, pero, entre nosotros, no le suponía tan listo como es... A este respecto, hemos creído que poníamos un alazán entre las piernas de un hombre que no sabía montar a caballo, y el bribón resulta ser un antiguo jockey. Pues sí, señor...

—¡Que tenga cuidado! —repuso Cérizet con voz sorda—. Bastará un soplido para derribarle como un castillo de naipes. En cuanto a vos, papá Dutocq, podéis verle en acción y observarle en todo momento. ¡Vigíladle! Además, cuento con medios para tantearle haciendo que Claparon le proponga librarse de nosotros, y así podremos juzgarle...

—Esto me parece muy bien —añadió Dutocq—. Tú no tienes frío en los ojos.

—Somos de la misma cuerda, esto es todo —observó Cérizet.

Estas palabras fueron cambiadas en voz baja mientras Teodosio iba a la puerta y regresaba. Cuando el abogado reapareció, Cérizet se dedicaba a examinar todo lo que contenía el gabinete.

—Es Thuillier —dijo Teodosio—. Esperaba su visita y le he hecho pasar al salón... No conviene que vea la levita de Cérizet —añadió el abogado sonriendo—. Esos alamares le inquietarían.

—¡Bah! Tú recibes a los desdichados, está en tu papel... ¿Necesitas dinero? —agregó Cérizet sacando cien francos del bolsillo del pantalón—. Toma, toma, esto es conveniente.

Y depositó la pila sobre la chimenea.

—Además —observó Dutocq—, podemos irnos por el dormitorio.

—Bien, adiós —dijo el provenzal abriéndoles la puerta disimulada que comunicaba el gabinete con el dormitorio—. Entrad, mi querido señor Thuillier —dijo al pisaverde del Imperio.

Y cuando le vio a la puerta de su gabinete, fue a acompañar a sus dos asociados por el dormitorio, el tocador y la cocina, cuya puerta daba al rellano.

—Dentro de seis meses te habrás convertido en el marido de Céleste y te

encontrarás en marcha... ¡Qué suerte tienes! Tú no te has sentado dos veces, como yo, en el banquillo de la policía correccional... la primera en 1825 por un proceso de tendencia... una serie de artículos que yo no había escrito, y la segunda vez por los beneficios de una comandita que pasó ante nuestras narices. ¡Vamos, démonos prisa, bolsa de papel, porque Dutocq y yo necesitamos urgentemente veinticinco mil francos cada uno! ¡Y ánimo.

amigo mío! —añadió tendiendo la mano a Teodosio y convirtiendo aquel apretón de manos en una prueba.

El provenzal dio su mano derecha a Cérizet y estrechó la suya con expresión calurosa.

—Hijo mío, puedes estar bien seguro de que en ninguna situación olvidaré aquella de la que me has sacado para ponerme a caballo aquí... Yo soy vuestro anzuelo pero vos me dais la mejor parte, y habría que ser más infame que un presidiario convertido en soplón para no jugar francamente.

Cuando la puerta se cerró, Cérizet miró por el agujero de la cerradura a fin de ver la cara de Teodosio, pero el provenzal se había vuelto para volver con Thuillier, y su desconfiado asociado no pudo sorprender la expresión de su rostro.

No fue asco ni dolor, sino alegría lo que se pintó en aquel rostro que volvía a ser libre. Teodosio veía aumentar los medios del éxito, y se alababa de librarse de sus viles compinches, a quienes, por otra parte, se lo debía todo. La miseria tiene profundidades insondables, en París sobre todo, fondos fangosos, y, cuando un ahogado vuelve de este fondo hacia la superficie, trae de él inmundicias pegadas a su cuerpo o a sus vestiduras. Cérizet, el amigo antaño opulento, el protector de Teodosio, era la fangosa mancha que le quedaba aún al provenzal, y el antiguo gerente de la comandita adivinaba su deseo de cepillarla al encontrarse en una esfera donde el vestido decente era de rigor.

—Bien, mi querido Teodosio —dijo Thuillier—. Hemos esperado veros todos los días de la semana y cada noche se han visto frustradas nuestras esperanzas. Como este domingo es el de nuestra cena, mi hermana y mi mujer me han encargado que os invite...

—He tenido tantas cosas que hacer —repuso Teodosio— que no pude disponer de dos minutos libres para nadie, ni siquiera para vos, a quien cuento entre mis mejores amigos, y con el que tenía necesidad de hablar.

—¡Cómo! ¿Pensáis en serio lo que me habéis dicho? —exclamó Thuillier interrumpiendo a Teodosio.

—Aunque no vinieseis para llegar a un acuerdo conmigo, no por ello os estimaría menos —respondió La Peyrade sonriendo—. Vos habéis sido jefe; por lo tanto, tenéis un pequeño resto de ambición, cosa perfectamente legítima en vos. Vamos a ver, entre nosotros, cuando vemos a un Minard, a un estúpido dorado, ir a cumplimentar al rey y pavonearse en las Tullerías... a un Popinot en camino de ser ministro... y mientras tanto vos, un hombre bregado en el trabajo administrativo, un

hombre que tiene treinta años de experiencia, que ha visto seis gobiernos, repicando sus balsaminas... ¡Vamos, hombre!... Yo soy franco, mi querido Thuillier, quiero empujaros porque me haréis seguir después de vos... Pues bien, he aquí mi plan. Tendremos que nombrar a un miembro del consejo municipal en este distrito, y es necesario que lo seáis vos. Algún día seréis diputado por este distrito, cuando haya reelecciones en la Cámara, lo cual no puede tardar... Los votos que habrán servido para vuestro nombramiento en el consejo, seguirán siendo vuestros cuando se trate del acta de diputado; podéis confiar en mí...

—¿Con qué medios contáis? —exclamó Thuillier, fascinado.

—Ya lo sabréis, pero dejadme llevar este largo y difícil asunto. Si cometéis alguna indiscreción sobre lo que se dirá, tramará y convendrá entre nosotros dos, yo os dejo, y adiós muy buenas...

—¡Oh! Podéis contar con el mutismo de un antiguo subjefe, he tenido que guardar secretos...

—Bien, pero se trata de guardar secretos no sólo con vuestra mujer y vuestra hermana, sino también con el señor y la señora Colleville.

—No se moverá ni un músculo de mi cara —aseguró Thuillier, adquiriendo una expresión impasible.

—¡Bien! —repuso La Peyrade—. Voy a probaros. Para ser elegible, hay que pagar el censo, y vos no lo pagáis.

—¡Es cierto!

—Pues bien, mi afecto por vos llegará hasta el punto de hacer que os entreguen el secreto de un asunto que os hará ganar treinta o cuarenta mil francos de renta con un capital de ciento cincuenta mil francos a lo sumo. Pero, en vuestra casa, es vuestra hermana quien desde hace mucho tiempo lleva la dirección de los asuntos de intereses; y vos tenéis razón ya que ella es, como se dice, la más juiciosa del mirado; así, pues, tendré que empezar por conquistar el afecto, la amistad de la señorita Brígida sometiéndole esta inversión, y vais a ver cómo. Si la señorita Thuillier no tuviese fe en mis reliquias, habría un desacuerdo entre nosotros; además, no sois vos quien tiene que decir a vuestra hermana que ponga el inmueble a vuestro nombre. Es mejor que la idea venga de mí. Pero vosotros dos, de todos modos, seréis los jueces del asunto. En cuanto a los medios de que dispongo para llevaros al consejo general del Sena, son los siguientes: Phellion dispone de una cuarta parte de los votos del barrio, donde él y Laudigeois viven desde hace treinta años y los escuchan como si fuesen oráculos. Tengo un amigo que dispone de otra cuarta parte, y el cura de Saint-Jacques, que goza de cierta influencia debido a sus virtudes, puede conseguir algunos votos. Dutocq, que está en relación, lo mismo que el juez de paz, con los habitantes, me servirá, sobre todo si yo no actúo por mi cuenta; y finalmente, Colleville, como secretario de la alcaldía, representa un cuarto de los votos.

—Desde luego, tenéis razón. ¡Ya me veo nombrado! —exclamó Thuillier.

—¿Vos creéis? —dijo La Peyrade con un espantoso tono de ironía en la voz—.

Pues bien, id a pedir a vuestro amigo Colleville que os ayude, y veréis lo que os dirá... Ningún triunfo electoral lo consigue directamente el propio candidato, sino por intermedio de sus amigos. No hay que pedir nunca nada para uno mismo, es preciso hacerse rogar, mostrarse sin ambiciones.

—¡La Peyrade! —exclamó Thuillier levantándose y estrechando la mano del joven abogado—. Sois un hombre muy listo.

—No tanto como vos, pero también tengo mi pequeño mérito —respondió el provenzal sonriendo.

—Y si tuviésemos éxito, ¿cómo os recompensaría? —preguntó ingenuamente Thuillier.

—¡Ah, vamos!... Me encontraréis impertinente; pero pensad que hay en mí un sentimiento que todo lo disculpa, pues me ha dado los ánimos necesarios para emprender las mayores empresas. Yo amo y os convierto en mi confidente...

—¿Pero, a quién? —volvió a preguntar Thuillier.

—A vuestra querida y pequeña Céleste —respondió La Peyrade—. Mi amor os responde de mi devoción. ¡Qué no haría yo por un padre, político! Es puro egoísmo, es trabajar para mí...

—¡Chitón! —exclamó Thuillier.

—¡Oh, amigo mío! —dijo La Peyrade tomando a Thuillier por la cintura—. Si yo no tuviese para mí a Flavie, y si no lo supiese todo, ¿os hablaría acaso de ello? Pero es mejor que esperéis lo que ella diga sobre esta cuestión, no tratéis de arrancarle ni una palabra. Escuchadme: soy de la madera de que se hacen los ministros, y no quiero a Céleste sin merecerla; así es que no me la daréis hasta la víspera del escrutinio en que vuestro nombre salga el número de veces necesario para ser proclamado diputado por París. Pero para alcanzar esto hay que vencer a Minard, debéis conservar vuestras influencias, y, para alcanzar este resultado, dejad a Céleste como una esperanza, los engañaremos a todos... La señora Colleville, vos y yo, seremos algún día unos personajes. Pero no me creáis interesado: quiero hacer esto sin fortuna, únicamente con esperanzas... Vivir en familia con vos, dejar a mi esposa con vosotros, éste es mi programa... Ya lo veis, no os oculto nada. En cuanto a vos, seis meses después de vuestro nombramiento para el Consejo General, recibiréis la cruz, y una vez que seáis diputado, os haréis nombrar oficial... Por lo que refiere a vuestros discursos para la Cámara, los escribiremos juntos. Quizá convenga que seáis el autor de un libro grave sobre algunas materias medio morales, medio políticas, como los establecimientos de caridad considerados desde un punto de vista elevado o la reforma de los montes de piedad, que cometen abusos espantosos. Demos cierto lustre a vuestro nombre... Esto será conveniente, sobre todo en este distrito. Yo os he dicho que podíais obtener la cruz y ser miembro del Consejo General del Departamento del Sena. Pues bien, tened fe en mí; no penséis en introducirme en vuestra familia mientras no llevéis una cintita en el ojal, y hasta el día siguiente de aquél en que ocupéis vuestro escaño en la Cámara. Y yo aún haré más: os daré

cuarenta mil francos de renta...

—¡Solamente por una de estas tres cosas ya tendríais a Céleste!

—¡Qué perla! —dijo La Peyrade alzando los ojos al cielo—. Cometo la debilidad de rogar a Dios por ella todos los días... Es encantadora, se parece a vos, por supuesto... ¡Vamos, hombre! ¿A mí tenéis que hacerme recomendaciones? Ha sido Dutocq quien me lo ha dicho todo. ¡Hasta esta noche! Me voy a casa de los Phellion a trabajar para vos. ¡Ah!, ni que decir tiene que estáis a cien leguas de pensar en mí para Céleste... De lo contrario, me dejaríais atado de pies y manos. ¡Ni una palabra sobre eso, ni siquiera con Flavie! Esperad a que ella os lo mencione. Phellion, esta noche, os forzaré para obtener vuestra adhesión a su proyecto y presentaros como candidato.

—Esta noche —repitió Thuillier.

—Esta noche —respondió La Peyrade—, a menos que no lo encuentre.

Thuillier se fue diciendo: «¡Esto sí que es un hombre superior! Siempre nos entenderemos a las mil maravillas. A fe mía, sería difícil encontrar mejor partido que él para Céleste; vivirán con nosotros, en familia, y esto es mucho; él es un muchacho sumamente inteligente y una buena persona...»

Para espíritus del temple de Thuillier, una consideración secundaria adquiere toda la importancia de una razón capital. Teodosio se mostró encantadoramente bondadoso.

XI

LOS HONRADOS PHELLION

La casa hacia la que Teodosio encaminó sus pasos pocos momentos después, había sido el *hoc erat in votis* de Phellion durante veinte años; pero era también la casa de los Phellion, como los alamares de la levita de Cérizet constituían los adornos necesarios.

Aquel edificio, pegado a una gran mansión, sin más profundidad que la de las habitaciones, o sea unos veinte pies, acababa por cada extremo en una especie de pabellón con una sola ventana. Tenía por principal adorno un jardín de unas treinta toesas de anchura y más largo que la fachada en toda la extensión de un patio que daba a la calle, y un bosquecillo plantado de tilos. Después del segundo pabellón, el patio estaba cerrado, por el lado de la calle, con un par de verjas en cuyo centro se abría una puertecita de dos batientes.

Aquella construcción de manipostería, con un enlucido de yeso y dos pisos de altura, estaba revocada de amarillo, y las persianas pintadas de verde, así como los postigos de la planta baja. La cocina ocupaba los bajos del pabellón que daba al patio,

y la cocinera, una moza robusta y gruesa, protegida por dos perrazos, hacía las veces de portera. La fachada, compuesta de cinco ventanas y de los dos pabellones que salían una toesa, era de estilo Phellion. Encima de la puerta aparecía incrustada una tableta de mármol blanco, en la que se leía en letras de oro: *Aurea mediocritas*. Sobre el meridiano trazado en un cuadro de aquella fachada, él había hecho inscribir esta sabia máxima: *Umbra mea vita, sic*.

Los antepechos de las ventanas habían sido sustituidos recientemente por antepechos de mármol rojo del Languedoc, hallados en un marmolista. En el fondo del jardín se veía una estatua policromada que recordaba a los transeúntes a una nodriza amamantando a un niño. Phellion era su propio jardinero. La planta baja se componía únicamente de un salón y un comedor, separados por la caja de la escalera, y cuyo rellano formaba una antecámara. Al extremo del salón se encontraba un pequeño aposento que servía de gabinete a Phellion.

En el primer piso se hallaban las habitaciones del matrimonio y la del joven profesor, y en el segundo las de los niños y del servicio, pues Phellion en vista de su edad y de la de su esposa, tomó a su servicio un criado de unos quince años, sobre todo después de que su hijo comenzó a destacarse en la enseñanza. A la izquierda, entrando por el patio, se veían unas pequeñas accesorias que servían para guardar la leña y donde el propietario anterior alojaba al portero, Los Phellion esperaban que sin duda el casamiento de su hijo, el profesor, para regalarse con esta última dulzura.

Aquella finca, codiciada durante mucho tiempo por los Phellion, costó en 1831 dieciocho mil francos. La casa estaba separada del patio por una balaustrada cuya base era de piedras labradas, guarnecida de tejas huecas puestas unas sobre otras y cubiertas de losas. Aquel pequeño muro, que hacía las veces de pasamanos, se hallaba prolongado por un seto de rosales de Bengala y en medio se abría una puerta de madera que figuraba una verja, situada frente a la doble puerta sólida de la calle.

Los que conozcan el callejón de las Feuillantines comprenderán que la casa Phellion, situada en ángulo recto sobre la calzada, miraba a pleno mediodía y estaba resguardada del norte por el inmenso muro medianero al que se encontraba adosada. La cúpula del Panteón y la del Valde-Grâce parecen desde allí dos gigantes, y disminuyen tanto el espacio, que al pasear por el jardín se tiene una sensación de ahogo. Nada, por otra parte, es más silencioso que el callejón de las Feuillantines. Éste era el retiro del gran ciudadano desconocido que saboreaba las mieles del reposo, después de haber pagado su deuda a la patria trabajando en el Ministerio de Finanzas, de donde se retiró como empleado modelo al cabo de treinta y seis años de servicio.

En 1832, condujo a su batallón de guardias nacionales al ataque de Saint-Merri, pero sus compañeros vieron como se le asomaban lágrimas a los ojos cuando pensaba que tenía que disparar contra franceses descarriados. La cuestión se resolvió cuando la legión franqueaba a paso de carga el puente de Notre-Dame, después de desembocar por el muelle de Fleurs. Aquella virtuosa vacilación le valió la estima de

sus vecinos pero le hizo perder la cruz de Legión de Honor; el coronel dijo en voz alta que bajo las armas no había que deliberar: una frase de Luis-Felipe pronunciada ante la guardia nacional de Metz. Sin embargo, las virtudes burguesas de Phellion y la profunda veneración de que gozaba en el barrio, le mantenían jefe de batallón desde hacia ocho años. Frisaba en los sesenta y, viendo aproximarse el momento de dejar la espada y la gola, esperaba que el rey se dignaría recompensar sus servicios concediéndole la Legión de Honor.

La verdad nos obliga a decir que a pesar de la mancha que aquella pequeñez imprimía a un carácter tan hermoso, el comandante Phellion se alzaba de puntillas en las recepciones de las Tullerías; se ponía en primera fila, miraba entre bastidores al rey-ciudadano cuando comía a su mesa, intrigaba sordamente, en fin, y aún no había podido obtener una mirada su rey preferido. Aquel hombre honrado había pensado más de una vez, sin decidirse a hacerlo todavía, en rogar a Minard que secundase su secreta ambición.

Phellion, hombre de obediencia pasiva, era estoico en lo tocante al deber, y de bronce en lo que se refería a la conciencia. Para completar este retrato con el del físico, a los cincuenta y nueve años Phellion se había vuelto grueso, para servimos de la expresión propia del habla burguesa, su cara monótona y señalada por la varicela se había vuelto como una luna llena, de manera que sus labios, antes abultados, parecían ordinarios. Sus ojos, debilitados y velados por antiparras, ya no mostraban la inocencia de su azul claro ni incitaban a la sonrisa; sus cabellos canosos acabaron por dar un semblante grave a un rostro que, doce años antes, frisaba la necedad y se prestaba al ridículo. El tiempo, que cambia tan desgraciadamente los rostros de facciones finas y delicadas, embellece aquellos que, en su juventud, tuvieron formas groseras y macizas: éste fue el caso de Phellion. Ocupaba los ocios de su vejez componiendo un resumen de la historia de Francia, pues era autor de numerosas obras adoptadas por la Universidad.

Cuando La Peyrade se presentó, la familia estaba completa. La señora Barniol había ido a ver a su madre para darle noticias de uno de sus hijos, ligeramente indispuerto. El alumno de Puentes y Caminos pasaba el día en familia. Todos endomingados y sentados ante la chimenea del salón enmaderado, pintado de gris con dos tonalidades, en sillones de madera, se estremecieron al oír que Genoveva, la cocinera, anunciaba al personaje del que precisamente hablaban a propósito de Céleste, a quien Félix Phellion amaba hasta el extremo de ir a misa para verla. El sabio matemático había realizado aquel esfuerzo esa misma mañana, y todos bromeaban agradablemente sobre ello, deseando al propio tiempo que Céleste y sus padres reconociesen el tesoro que se les ofrecía.

—Por desgracia, los Thuillier me parecen apasionados por un hombre muy peligroso —dijo la señora Phellion—. Esta mañana ha tomado a la señora del brazo y ambos se han ido a Luxemburgo.

—En ese abogado —observó Félix Phellion— hay algo de siniestro; si me dijeren

que ha cometido un crimen, no me sorprendería...

—Vas demasiado lejos —dijo Phellion padre—. Es primo hermano de Tartufo, esa inmortal figura fundida en bronce por nuestro honrado Molière, pues Molière, hijos míos, tuvo la honradez y el patriotismo por base de su genio.

En este momento entró Genoveva para decir:

—Está aquí el señor de La Peyrade que desea hablar con el señor.

—¿Conmigo? —exclamó Phellion—. ¡Hacedle entrar! —añadió con aquella solemnidad que ponía en sus más insignificantes actos dándole un tinte ridículo, pero que hasta entonces había impuesto a su familia, en donde era aceptado como a un rey.

Phellion, sus dos hijos, su mujer y su hija, se levantaron y recibieron el saludo circular que hizo el abogado.

—¿A qué debemos el honor de vuestra visita, caballero? —dijo severamente Phellion.

—A vuestra importancia en el barrio, mi querido señor Phellion, y a los asuntos públicos —respondió Teodosio.

—Entonces, pasemos a mi gabinete —dijo Phellion.

—No, no, amigo mío, vamos a dejaros —repuso la reseca señora Phellion, mujercilla plana como un lenguado y que conservaba en su cara la severidad maquillada con la que daba lecciones de música en los pensionados de señoritas.

Un piano vertical de Erard, colocado entre las dos ventanas frente a la chimenea, denunciaba las constantes pretensiones de la digna burguesa.

—¿Tendré la desdicha de haceros huir? —preguntó Teodosio, sonriendo bondadosamente a la madre y a la hija—. Aquí tenéis un delicioso retiro —prosiguió—, y únicamente os falta una linda nuera para que paséis el resto de vuestros días en esta *aurea mediocritas* que anhelaba el poeta latino, en medio de las alegrías familiares. Vuestros antecedentes hacen que merezcáis sobradamente esta recompensa, pues, según lo que me han dicho de vos, mi querido señor Phellion, sois a la vez un buen ciudadano y un patriarca...

—Caballero —contestó Phellion embarazado—, he cumplido con mi deber, esto es todo.

Al oír la palabra *nuera* pronunciada por Teodosio, la señora Barniol, que se parecía a su madre como una gota de agua se parece a otra, miró a la señora Phellion y a Félix de una manera que quería decir: «¿Nos equivocaremos?»

El deseo de hablar sobre el incidente hizo que estos cuatro personajes se retirasen al jardín, pues en marzo de 1840 el tiempo fue excesivamente seco, al menos en París.

—Comandante —dijo Teodosio cuando estuvo a solas con el honrado burgués, a quien este título nunca dejaba de lisonjear—, vengo a hablaros de las elecciones...

—¡Ah!, sí, nombramos un concejal —le interrumpió Phellion.

—Y vengo a estorbar vuestras alegrías dominicales a propósito de una candidatura, aunque quizá con esto no salgamos del círculo de la familia.

A Phellion le era imposible ser más Phellion de lo que en aquellos momentos lo era Teodosio.

—No os permitiré decir una palabra más —respondió el comandante aprovechando la pausa que hizo Teodosio, quien esperaba el efecto de su frase—. Mi elección ya está hecha.

—¡Hemos tenido la misma idea! —exclamó Teodosio—. Las gentes de bien pueden encontrarse lo mismo que las gentes inteligentes...

—Por esta vez, no creo en ese fenómeno —replicó Phellion—. Este distrito tuvo como representante en el municipio, al más virtuoso de los hombres, que también fue el más grande de los magistrados, a saber, el difunto señor Popinot, fallecido de consejero en la corte real. Cuando se trató de reemplazarle, su sobrino, el heredero de su beneficencia, no era un habitante del barrio, pero después compró y ocupó la casa en que vivía su tío, en la calle de la Montagne-Sainte-Geneviève; es el médico de la Escuela politécnica y de uno de nuestros hospitales, una de las lumbreras de nuestro barrio. Ante estos títulos, y para honrar en la persona del sobrino la memoria del tío, algunos habitantes del barrio y yo hemos decidido presentar al doctor Horacio Bianchon, miembro de la Academia de Ciencias, como sabéis, y una de las jóvenes glorias de la ilustre escuela de París... Un hombre no es grande a nuestros ojos únicamente porque es célebre y el malogrado consejero Popinot fue, en mi opinión, casi un San Vicente de Paúl.

—Un médico no es un administrador —respondió Teodosio—, y, además, yo vengo a pedir os vuestro voto para un hombre al que vuestros más caros intereses os recomiendan que sacrificuéis vuestras opiniones enteramente indiferentes a la cosa pública.

—¡Ah, caballero! —exclamó Phellion levantándose y adoptando la pose que adoptaba Lafon en *El Glorioso*—. Así, me despreciáis lo bastante para creer que unos intereses personales pueden influir alguna vez en mi conciencia política. Cuando se trata de la cosa pública, yo soy ciudadano, nada más, pero nada menos.

Teodosio sonrió para sus adentros al pensar en el combate que se entablaría entre el padre y el ciudadano.

—No os comprometáis así ante vos mismo, os lo ruego —dijo La Peyrade—, pues se trata de la felicidad de vuestro querido Félix.

—¿Qué queréis dar a entender con estas palabras? —preguntó Phellion parándose en el centro del salón adoptando una pose teatral, con la mano metida en el chaleco de derecha a izquierda, imitando al célebre Odilon Barrot.

—Vengo para hablar de nuestro amigo común, el digno y excelente señor Thuillier, cuya influencia sobre el destino de la bella Céleste Colleville os es harto conocida; y si, como pienso, vuestro hijo, un joven que enorgullecería a cualquier familia y cuyo mérito es incuestionable, corteja a Céleste para conseguir un enlace de acuerdo con todas las conveniencias, vos no podríais hacer nada mejor para conseguir el eterno reconocimiento de los Thuillier que presentar a vuestro digno amigo para

que lo voten vuestros conciudadanos... En cuanto a mí, aunque recién llegado al barrio, merced a la influencia que tengo en él por algunas acciones nobles realizadas entre la gente humilde, podía encargarme de esta gestión, pero el servicio prestado a los menesterosos vale muy poco a los ojos de los más opulentos, y, además, la modestia de mi vida poco se acomoda con este brillo. Me he consagrado, caballero, al servicio de los pequeños, como el difunto consejero Popinot, hombre sublime, como vos decís, y, si no tuviese un destino en cierto modo religioso y que armoniza poco con las obligaciones matrimoniales, mi gusto, mi segunda vocación, me llevaría hacia el servicio de Dios, hacia la Iglesia... No hago ruido como hacen los falsos filántropos; no escribo, actúo, ya que soy un hombre humildemente consagrado a la caridad cristiana. He creído adivinar cuál es la ambición de nuestro amigo Thuillier y he querido contribuir a la felicidad de dos seres hechos el uno para el otro, ofreciéndolos los medios para que penetréis en el corazón un poco frío de Thuillier.

Phellion se quedó confundido ante aquel discurso admirablemente construido; quedó deslumbrado, pasmado, pero continuó siendo Phellion, se fue hacia el abogado, le tendió la mano y La Peyrade le dio la suya.

Ambos se dieron uno de esos apretones de manos como los que se daban, en agosto de 1830, entre la burguesía y los hombres del mañana.

—Caballero —dijo el comandante, emocionado—, os había juzgado mal. ¡Lo que hacéis el honor de confiarme morirá aquí!... —añadió señalándose el corazón—, Vos sois uno de esos hombres que no abundan, pero que consuelan a infinidad de desgraciados y son bálsamo para muchos males, inherentes, por desgracia, a nuestro estado social. El bien se ve tan raramente que es propio de nuestra débil naturaleza desconfiar de las apariencias. Tenéis en mi un amigo, si me permitís que me honre adoptando este título con vos... Pero no me conocéis, caballero: perdería mi propia estima si propusiese a Thuillier. No, mi hijo no deberá su felicidad a una mala acción de su padre... No cambiaré de candidato en interés de mi hijo... ¡La virtud, caballero, es esto!

La Peyrade sacó el pañuelo, se lo metió en un ojo para hacer brotar una lágrima, y dijo tendiendo la mano a Phellion y volviendo la cabeza:

—Ved, caballero, lo sublime de la vida privada y de la vida política en lucha. Aunque sólo hubiese venido para ver este espectáculo, mi visita no hubiera sido en vano... ¡Qué queréis! En vuestro lugar, yo haría lo mismo... ¡Sois lo más grande que Dios ha hecho: un hombre de bien, un ciudadano al estilo de Juan-Jacobo! ¡Oh, patria mía, qué llegarías a ser tú con muchos ciudadanos como éste! Soy yo, caballero, quien solicita el honor de ser vuestro amigo.

—¿Qué veo? —exclamó la señora Phellion, que contemplaba la escena por la ventana—. ¡Vuestro padre y ese monstruo se abrazan!

Phellion y el abogado salieron y fueron a reunirse con la familia en el jardín.

—Mi querido Félix —dijo el viejo indicando a La Peyrade, que saludaba a la señora Phellion—, debes estar muy agradecido a este digno joven; te será más útil

que perjudicial.

El abogado fue a dar un paseo de cinco minutos con las señoras Barniol y Phellion, bajo los tilos sin hojas, y, en las graves circunstancias creadas por la tozudez política de Phellion, les dio un consejo cuyos efectos habían de manifestarse por la noche, y cuya primera virtud consistió en hacer de aquellas dos damas sendas admiradoras de su talento, de su franqueza, de sus cualidades inapreciables. El abogado fue acompañado por toda la familia en pleno hasta el umbral de la puerta de la calle y todos los ojos le siguieron hasta que dobló por la calle del Faubourg-Saint-Jacques. La señora Phellion tomó a su marido por el brazo para volver al salón y le dijo:

—¡Cómo, amigo mío! ¿Tú, que eres tan buen padre, quieres frustrar por exceso de delicadeza el mejor enlace que pudiera hacer nuestro Félix?

—Querida —respondió Phellion—, los grandes hombres de la antigüedad, como Bruto y otros, dejaban de ser padres cuando se trataba de mostrarse ciudadanos... La burguesía está obligada a las altas virtudes mucho más que la nobleza, a la que está llamada a reemplazar. El señor de Saint-Hilaire no pensaba en su brazo arrancado ante Turena muerto... Nosotros tenemos que pasar por nuestras pruebas: pasémoslas en todos los grados de la jerarquía social. ¡Estaría bien que me pasase el tiempo dando lecciones a mi familia y, una vez llegado el momento de aplicarlas, me olvidase de ellas!... No, querida, llora si quieres hoy, mañana me apreciarás aún más —dijo viendo a su seca y pequeña cara mitad con las lágrimas en los ojos.

Aquellas palabras tan grandes fueron pronunciadas en el quicio de la puerta encima de la cual se leía: *Aurea mediocritas*.

—Debiera haber añadido: *et digna* —prosiguió Phellion señalando la inscripción —; pero esas dos palabras significarían un elogio.

—Padre —dijo Mario-Teodoro Phellion, el futuro ingeniero de puentes y caminos, cuando toda la familia estuvo reunida en el salón—, me parece que no es faltar al honor cambiar de criterio acerca de una elección indiferente en sí misma a la cosa pública.

—¿Indiferente, hijo mío? —exclamó Phellion—. Entre nosotros puedo decirlo, y Félix comparte mi convicción: Thuillier se halla totalmente desprovisto de medios. ¡No sabe nada! ¡Horacio Bianchon es un hombre capaz, que obtendrá mil cosas para nuestro distrito, pero Thuillier ni una! Debes saber, hijo mío, que cambiar una buena determinación por una mala, por motivos de interés personal, es una acción infame que puede escapar al control humano, pero que Dios castiga. Yo estoy, o creo estar, libre de toda censura ante mi conciencia y os debo esto: dejar mi memoria inmaculada entre vosotros. Así es que nada me hará variar.

—¡Oh, mi buen padre! —exclamó la pequeña Baraiol arrodillándose en un cojín a los pies de Phellion—. ¡No adoptéis ese tono, por favor! Hay muchos imbéciles y muchos necios en los consejos municipales, y Francia continúa igual; ese bueno de Thuillier será siempre del parecer de los demás... Pero piensa que Céleste puede ser

que tenga quinientos mil francos.

—Aunque tuviese millones y yo los viese... no propondría a Thuillier, ya que debo a la memoria del más virtuoso de los hombres el nombramiento de Horacio Bianchon. ¡Desde lo alto del cielo, Popinot me contempla y me aplaude! —exclamó Phellion, exaltado—. Con consideraciones de esta especie se empequeñece Francia y la burguesía se desprestigia.

—Mi padre tiene razón —dijo Félix saliendo de un profundo ensimismamiento—, y merece nuestro respeto y nuestro amor, como los ha merecido durante todo el curso de su vida modesta, plena y honrada. Yo no quisiera deber mi felicidad a un remordimiento en su hermosa alma, ni a la intriga; quiero a Céleste tanto como a mi familia, pero pongo por encima de todo esto el honor de mi padre, y, ya que se trata para él de un caso de conciencia, no hablemos más de ello.

Phellion, con los ojos llenos de lágrimas, se acercó a su primogénito, le estrechó entre sus brazos y exclamó con voz ahogada:

—¡Hijo mío, hijo mío!

—Eso son tonterías —dijo la señora Phellion al oído de la señora Barniol—. Ven a vestirme, todo esto tiene que acabar; conozco a tu padre y es más terco que una mula... Para poner en práctica el medio que acaba de darnos este simpático y piadoso joven, Teodoro, necesito tu brazo; debes estar prevenido, hijo mío.

En aquel momento entró Genoveva para entregar una carta al señor Phellion padre, quien la leyó y dijo:

—Una invitación para que vayamos a cenar con los Thuillier, mi mujer y yo.

XII

AD MAJOREN THEODOSII GLORIAM

La magnífica y sorprendente idea del abogado de los pobres trastornó tanto a los Thuillier como a los Phellion, y Jerónimo, sin confiar nada a su hermana, pues ya tenía un pique de honor hacia su Mefistófeles, fue a verla muy asustado para decirle:

—Mi buena pequeña (siempre le acariciaba el corazón con estas palabras), hoy vendrá a cenar gente importante; voy a invitar a los Minard, así es que prepara bien la cena. Escribo a los Phellion para invitarles; es un poco tarde, pero con ellos no hay que andarse con cumplidos... En cuanto a los Minard, hay que deslumbrarles un poco porque tengo necesidad de ellos.

—Cuatro Minard, tres Phellion, cuatro Colleville y nosotros, en total trece...

—La Peyrade, catorce, y no estará de más invitar a Dutocq, podrá servimos; subiré a decírselo.

—¿Qué te traes entre manos? —se quejó su hermana— ¡Quince a cenar; al menos

volarán cuarenta francos!

—No lo lamente, mi buena pequeña, y sobre todo muéstrate muy amable con nuestro joven amigo La Peyrade, ¡Ese sí que es un verdadero amigo... tendrás pruebas de ello!... Si me quieres, cuídale como si fuesen las niñas de tus ojos.

Y dejó a Brígida estupefacta.

—¡Oh, sí, esperaré las pruebas! ¡A mí no se me embaucaron buenas palabras!... Es un joven muy amable, pero, antes de abrirle mi corazón, tengo que estudiarle un poco más a fondo.

Después de invitar a Dutocq, Thuillier, que se había adonizado, se dirigió a la calle Maçons-Sorbonne, donde se hallaba la residencia de los Minard, para seducir a la obesa Zélie y disimular lo improvisado de la invitación.

Minard había comprado una de esas grandes y suntuosas moradas que las antiguas órdenes religiosas edificaron alrededor de la Sorbona y mientras subía los enormes peldaños de la escalera de piedra, con una barandilla de hierro forjado, bella muestra del florecimiento alcanzado por las artes menores durante el reinado de Luis XIII, Thuillier envidiaba el alojamiento y la posición del señor alcalde.

Aquella espaciosa residencia, entre patio y jardín, se distinguía por el carácter elegante y noble a la vez del remado de Luis XIII, situado de manera singular entre el mal gusto del Renacimiento expirante y la grandeza de Luis XIV en su aurora. Esta transición se acusa en numerosos monumentos. Los arrollamientos macizos de las fachadas, como en la Sorbona, y las columnas rectificadas según las leyes griegas, empiezan a hacer su aparición en esta arquitectura.

Un antiguo abacero, un afortunado defraudador, reemplazaba en aquella mansión al director eclesiástico de una institución antaño llamada el Economato, y que dependía de la agencia general del antiguo clero francés, una fundación debida al genio previsor de Richelieu. El nombre de Thuillier le abrió las puertas del salón en que se pavoneaba, entre los terciopelos rojo y oro, en medio de magníficas porcelanas, una pobre mujer que pesaba cuanto le era dado pesar sobre el corazón de los príncipes y princesas en los bailes populares del palacio.

—¿No da esto razón a la *Caricatura*? —preguntó un día, sonriendo, una seudodama cargada de adornos a una duquesa que no pudo contener la risa ante el aspecto que ofrecía Zélie ataviada ridículamente con sus brillantes, roja como una amapola, apretada en su vestido entretejido con hilo metálico y que rodaba como uno de los toneles de su antigua tienda.

—¿Me perdonaréis, bella dama —dijo Thuillier retorciéndose para detenerse en la pose número dos de su repertorio de 1807—, por haber olvidado esta invitación encima de mi escritorio, convencido de que la había enviado?... Es para hoy; quizá vengo demasiado tarde...

Zélie escrutó el rostro de su marido, que se adelantaba para saludar a Thuillier, y respondió:

—Teníamos que ir a ver una casa de campo y cenar en un restaurante escogido al

azar, pero renunciaremos a nuestros proyectos, y de muy buena gana, pues en mi opinión no existe nada más vulgar que ir a pasar el domingo fuera de París.

—Organizaremos un pequeño baile familiar con el piano para la gente joven, si somos los suficientes, y es de presumir que lo seremos. He enviado una nota a Phellion, cuya esposa es amiga de la señora Prou, la sucesor...

—La «sucederiz» —interrumpió la señora Minard.

—¡Nada de eso! —respondió Thuillier—. En todo caso sería la sucesora, lo mismo que se dice la gobernadora, de la señorita Lagrave, que es una Barniol.

—¿Hay que arreglarse? —preguntó la señora Minard.

—Pues bien, sí —exclamó Thuillier—, a no ser que queráis que mi hermana me reprenda... ¡No, estamos en familia! Durante el Imperio, señora, la gente se conocía bailando... En aquella gran época se apreciaba tanto un buen bailarín como a un buen militar... Actualmente solamente interesa lo positivo...

—No hablemos de política —dijo el alcalde sonriendo—. El rey es grande y hábil, y vivo sumido en la admiración de mi época y de las instituciones que hemos creado. El rey, por otra parte, sabe muy bien lo que hace al desarrollar la industria: ludía cuerpo a cuerpo con Inglaterra y le hacemos más daño durante esta paz fecunda que con las guerras del Imperio...

—¡Qué gran diputado sería Minard! —exclamó ingenuamente Zélie—. Se ejercita en la oratoria entre nosotros. Vos nos ayudaréis a que lo elijan, ¿verdad, Thuillier?

—No hablemos de política —respondió Thuillier—. Venid a las cinco...

—¿Se hallará presente ese pequeño Vinet? —preguntó Minard—. Sin duda venía por Céleste.

—Pues ya puede despedirse —respondió Thuillier—. Brígida no quiere oír hablar de ello.

Zélie y Minard cambiaron una sonrisa de satisfacción.

—¡Y pensar que hay que encanallarse con esa gentuza por nuestro hijo! —exclamó Zélie cuando Thuillier estuvo en la escalera, adonde le acompañó el alcalde.

—«¡Ah, con que quieres ser diputado! —se decía Thuillier al bajar—. Nada satisface a estos abaceros. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué diría Napoleón si viese el poder en manos de esta gentuza?... ¡Yo, al menos, soy un administrador!... ¡Qué competidor! ¿Qué diría La Peyrade?»...

El ambicioso subjefe fue a invitar a toda la familia Laudigeois para aquella velada y pasó por casa de Colleville, con el fin de que Céleste se pusiese muy linda. Encontró a Flavie bastante pensativa; vacilaba, no sabía sí debía ir, y Thuillier puso fin a su indecisión.

—Mi vieja y siempre joven amiga —dijo enlazándola por el talle, aprovechando que estaba sola en su habitación—, no quiero tener secretos para vos. Se trata de un asunto importantísimo para mí... No puedo decir más, pero sí rogaros que os mostréis particularmente atractiva con un joven...

—¿Quién?

—El joven La Peyrade.

—¿Y eso por qué, Carlos?

—Tiene en sus manos mi porvenir. Además, es un genio, ¡Oh, yo entiendo de eso! Tiene una maña... —dijo Thuillier haciendo el ademán de un dentista al arrancar la muela del juicio—, Debemos atraérmolo, Flavie... y sobre todo no le hagamos ver nada, no le demos el secreto de su fuerza... Con él hay que decir: toma y daca.

—¡Cómo! Así, pues, ¿debo coquetear un poco?...

—Pero no demasiado, ángel mío —respondió Thuillier con fatuidad.

Y se fue sin darse cuenta del particular estupor de Flavie.

—Ese joven es una potencia —se dijo ella—. Ya veremos.

Esto explica que se hiciese peinar con cintas de gasa fina, que se pusiera su precioso vestido gris y rosa, el cual dejaba ver sus hermosos hombros bajo su mantilla negra, y que procurase presentar a Céleste luciendo un vestidito de seda con una valona de grandes pliegues, peinándola a lo Berta.

A las cuatro y media Teodosio estaba en su puesto. Había adoptado su expresión necia y casi servil, su voz meliflua, y empezó por salir con Thuillier al jardín.

—Amigo mío, no dudo de vuestro triunfo, pero me veo en la necesidad de recomendaros nuevamente el más absoluto silencio. Si os interrogan sobre cualquier cosa, en especial sobre Céleste, contestad con esas respuestas evasivas que dejan al solicitante en suspenso, y que debisteis haber dicho otras veces en las oficinas.

—¡Entendido! —respondió Thuillier—. ¿Pero, estáis seguro?

—Ya veréis los postres que os he preparado. Ante todo sed modestos. Aquí vienen los Minard, dejadme engatusarles... Traédmelos aquí y después marchaos.

Una vez hechos los saludos de rigor, La Peyrade procuró situarse al lado del señor alcalde, y, en un momento oportuno, se lo llevó aparte para decirle...

—Señor alcalde, un hombre de vuestra importancia política no vendrá a aburrirse aquí sin algún propósito preconcebido; no deseo juzgar vuestros motivos, pues no tengo el menor derecho para ello, y mi misión en este mundo no es la de mezclarme en los asuntos de las potencias terrenales, pero perdonad mi presunción y dignaos escuchar un consejo que tengo la osadía de daros. Si hoy os hago un favor, vos estáis en situación de devolvérmelo duplicado mañana; así, en el caso de que os haya servido de algo, me atengo en este momento a la ley del interés personal. Nuestro amigo Thuillier está desesperado por no ser nada, habiéndose propuesto llegar a ser algo, un personaje en su distrito.

—¡Ah, ah! —dijo Minard.

—¡Oh! Poca cosa; querría ser nombrado miembro del Consejo Municipal. Yo sé que Phellion, al adivinar todo el valor de semejante servicio, se propone designar a nuestro pobre amigo como candidato. Pues bien, acaso consideréis necesario para vuestros proyectos adelantaros a él en esto. El nombramiento de Thuillier tiene que resultaros favorable, agradable; desempeñará bien su puesto en el Consejo General,

pues los hay menos fuertes que él... Por otro lado, al deberos semejante apoyo, seguramente verá a través de vuestros ojos, ya que os considera como una de las lumbreras de la ciudad.

—Querido, os doy las gracias —dijo Minard—; me prestáis un servicio que sabré tener en cuenta y que me prueba.

—Que yo no estimo a esos Phellion —repuso La Peyrade, aprovechando una interrupción del alcalde, el cual vacilaba antes de expresar una idea en la que el abogado podía ver una manifestación de desprecio—; odio a las gentes que alardean de su probidad y hacen moneda de los buenos sentimientos.

—Conocéis bien —dijo Minard— a esos sicofantes. Desde hace diez años ese hombre resume toda su vida en este pedazo de cinta roja —añadió el alcalde, mostrando el ojal de su solapa.

—Tened cuidado —dijo el abogado—, pues su hijo ama a Celeste y está ya dentro de la plaza.

—Sí, pero mi hijo posee doce mil francos de rentas propias.

—¡Oh! —repuso el abogado con un estremecimiento—, La señorita Brígida dijo el otro día que quería eso, por lo menos, en el pretendiente de Celeste. Y, después de todo, antes de seis meses sabréis que Thuillier posee un inmueble que produce una renta de cuarenta mil francos.

—¡Ah, diantre! Ya lo sospechaba —respondió el alcalde—. Pues bien, será miembro del Consejo General.

—De cualquier modo, no le habléis de mí —añadió el abogado de los pobres, apresurándose a ir a saludar a la señora Phellion—. Bien, mi bella dama, ¿habéis tenido éxito?

—He esperado hasta las cuatro, pero este digno y excelente hombre no me ha dejado terminar; está demasiado ocupado para aceptar semejante cargo, y el señor Phellion ha leído la carta por medio de la cual el doctor Bianchon le agradece sus buenas intenciones y le manifiesta que su candidato es el señor Thuillier. Utilizará toda su influencia en su favor y ruega a mi marido que haga otro tanto.

—¿Y qué dice vuestro admirable esposo?

—«He cumplido con mi deber, ha respondido; no he faltado a mi conciencia, y ahora estoy incondicionalmente al lado de Thuillier.»

—Bien, todo está arreglado —dijo La Peyrade—. Olvidad mi visita, para quedaros con todo el mérito de esta idea.

Y se acercó a la señora Colleville, asumiendo una actitud llena de respeto.

—Señora —le dijo—, tened la bondad de traer aquí al bueno de papá Colleville; se trata de dar una sorpresa a Thuillier, y tiene que estar en el secreto.

Mientras La Peyrade se mostraba artista con Colleville y se enzarzaba en ingeniosísimas bromas para explicarle la candidatura y decirle que debía apoyarla, aunque sólo fuese por espíritu de familia, Flavie escuchaba en el salón la siguiente conversación, que la dejó estupefacta; los oídos le zumbaban:

—Me gustaría saber qué comentan Colleville y La Peyrade, para reír de ese modo —preguntó estúpidamente la señora Thuillier, mirando por la ventana.

—Dicen tonterías, como hacen los hombres cuando están solos —respondió la señorita Thuillier, que solía atacar a los hombres con ese instinto natural de las solteras.

—Es incapaz de ello —afirmó gravemente Phellion—. El señor de La Peyrade es uno de los jóvenes más virtuosos que conozco. Ya sabéis el buen concepto en que tengo a Félix: pues bien, le pongo en la misma línea, y aún querría que mi hijo tuviese un poco de la piedad que adorna a Teodosio.

—En efecto, es un hombre de mérito y que llegará lejos observó Minard—. Por lo que a mi respecta, cuenta con mi sufragio (no conviene decir mi protección)...

—Paga más aceite de quemar que pan —observó Dutocq—. Esto es lo que yo sé.

—Su madre, si tiene la dicha de conservarla, debe sentirse muy orgullosa de él —dijo sentenciosamente la señora Phellion.

—Para nosotros es un verdadero tesoro —añadió Thuillier—. ¡Si supieses lo modesto que es! No se hace valer.

—De lo que yo puedo responder —terminó Dutocq— es de que ningún joven ha tenido una actitud más noble en la miseria, y ha sabido triunfar de ella; pero ha sufrido, eso salta a la vista.

—Pobre joven, —exclamó Zélie—. ¡Oh, estas cosas me hacen daño!...

—Se le pueden confiar secretos y fortuna —afirmó Thuillier—, y, en esta época, es lo mejor que puede decirse de un hombre.

—¡Es Colleville quien le hace reír! —exclamó Dutocq.

En aquel momento, Colleville y La Peyrade volvían del fondo del jardín, convertidos en los mejores amigos del mundo.

—Señores —dijo Brígida—, no hay que hacer esperar a la sopa ni al rey: ¡Den el brazo a las damas!

XIII

ATENTADO A LA MODESTIA MUNICIPAL DE THUILLIER

Cinco minutos después de esta broma salida de la conserjería de su padre, Brígida tuvo la satisfacción de ver la mesa rodeada por los principales personajes de este drama, a la totalidad de los cuales servía de albergue su salón, excepto el espantoso Cérizet. El retrato de aquella vieja confeccionadora de sacas sería quizás incompleto si omitiésemos la descripción de una de sus mejores cenas. Por otra parte, la fisonomía de la cocinera burguesa de 1840 es uno de esos detalles necesarios a las historias costumbristas, y resultará provechoso para las hábiles amas de casa. No en

balde se han fabricado durante veinticinco años talegas vacías, sin buscar los medios de llenar algunas. Sepa el lector que un rasgo particular de Brígida consistía en tener a la vez el espíritu ahorrativo al que se deben todas las fortunas y la comprensión de los gastos necesarios. Su relativa prodigalidad, cuando se trataba de su hermano o de Celeste, era el antípoda de la avaricia. Por ello, se quejaba con frecuencia de no ser avara. Durante su última cena, explicó cómo después de combatir durante diez minutos y sufrir el martirio, terminó por dar diez francos a una pobre obrera del barrio, que sabía por fuentes fidedignas estaba en ayunas desde hacía dos días.

—La naturaleza —dijo con ingenuidad—, fue más fuerte que la razón.

La sopa consistía en un caldo casi blanco, ya que, incluso en una ocasión como aquella, se recomendó a la cocinera que hiciese mucho caldo; dado que la carne de vaca debía servir de alimento a la familia durante los tres días siguientes, cuanto menos jugo proporcionase al caldo, más sustanciosa sería. La carne de vaca, poco cocida, era retirada de la mesa invariablemente cuando Brígida pronunciaba esta frase, mientras Thuillier trataba de cortarla con el cuchillo:

—La encuentro un poco dura... Además, ¡bah, Thuillier, nadie la probará, tenemos otra cosa!

Aquel caldo, en efecto, estaba flanqueado por cuatro fuentes colocadas sobre viejos escalfadores que habían perdido su baño de plata. En aquella cena, llamada de la candidatura, el primer plato se componía de dos patos con aceitunas, que tenían enfrente una torta bastante grande con albondiguillas y una anguila con salsa tártara que competía con un fricandó aderezado con achicoria. El segundo plato consistía en una serenísima oca rellena de castañas, una ensalada de hierba de canónigos adornada con rodajas de remolacha roja, acompañada de tarros de crema y de nabos con azúcar, que contemplaban un timbal de macarrones. Aquella cena de portero que hace bodas y festines, costaba a lo sumo veinte francos. Las sobras alimentarían a la familia durante dos días, y Brígida decía:

—¡Vaya, cuando se tienen invitados, el dinero vuela!... Es espantoso.

La mesa estaba iluminada por dos horrendos candelabros de cobre plateado y de cuatro brazos, en los que brillaba la bujía económica llamada de la *Aurora*. La mantelería resplandecía de blancura y la vieja vajilla de plata fileteada procedía de la herencia paterna, era el fruto de las adquisiciones hechas durante la Revolución por el padre Thuillier y que sirvieron para la explotación del restaurante anónimo que tenía en su conserjería, el cual fue suprimido en 1816 en todos los ministerios. Así, el festín estaba en consonancia con el comedor, con la casa y con los Thuillier, que no debían elevarse por encima de este régimen. Los Minard, Colleville y La Peyrade cambiaron algunas de esas sonrisas que revelan coincidencia de pensamientos satíricos, pero contenidos. Ellos eran los únicos que conocían el lujo superior, y los Minard manifestaban a las claras su segunda intención al aceptar semejante convite. La Peyrade, que se había sentado al lado de Flavie, le dijo al oído:

—Reconoced que tienen mucha necesidad de que les enseñen a vivir, y que tanto

vos como Colleville coméis lo que suele llamarse *la comida del pobre*, una vieja conocida mía. ¡Pero esos Minard, qué asquerosa avidez! Perderéis a vuestra hija para siempre; estos advenedizos tienen los vicios de los grandes señores de antaño, sin poseer su elegancia. Su hijo, que disfruta de doce mil francos de renta, puede encontrar las mujeres que quiera en la familia Potasse sin necesidad de venir a pasar por aquí el rastrillo de su especulación. ¡Qué placer hacer sonar a esa gente al son de la música que uno quiere, como si fuesen un bombardino o un clarinete!

Flavie escuchaba sonriendo, y no retiró el pie al notar la ligera presión de la bota de Teodosio.

—Es para advertiros lo que suceda —añadió—. Nos entenderemos por medio del pedal; ya debéis conocerme a fondo después de esta mañana, soy un hombre incapaz de realizar pequeñas picardías...

Flavie no estaba corrompida en cuanto a la superioridad; el tono tajante y desenvuelto de Teodosio deslumbraba a aquella mujer, a la que el hábil prestidigitador presentó combate a fin de ponerla entre el sí y el no. Había que adoptarle o rechazarle de plano, y como su conducta era el resultado del cálculo, seguía con mirada dulce, pero con una sagacidad interior, los efectos de su fascinación. Mientras retiraban el segundo plato, Minard, temiendo que Phellion le tomase la delantera, dijo a Thuillier con semblante grave:

—Mi querido Thuillier, si he aceptado vuestra cena ha sido porque se trataba de haceros una comunicación importante, y que os honra demasiado para no hacer testigos de ella a todos vuestros invitados.

Thuillier palideció.

—¿Me habéis obtenido la cruz? —exclamó al recibir una mirada de Teodosio y queriendo demostrarle que no carecía de astucia.

—Algún día la tendréis —respondió el alcalde—; pero se trata de algo mejor. La cruz es un favor debido a la buena opinión de un ministro, mientras que en este caso se trata de una elección debida al asentimiento de todos vuestros conciudadanos. En una palabra, un número bastante crecido de electores de vuestro distrito han puesto la vista en vos y quieren honraros con su confianza, encomendandoos la representación de este distrito en el consejo municipal de París, que, como todo el mundo sabe, es el consejo general del Sena...

—¡Bravo! —aplaudió Dutocq.

Phellions se levantó.

—El señor alcalde ya me había advertido —dijo con voz emocionada—, pero si para nuestro amigo resulta tan halagador ser objeto de la solicitud de todos los buenos ciudadanos y de reunir la voz pública en todos los puntos de la capital, por lo que no puedo quejarme de venir en segunda línea, y además digo: ¡al poder la iniciativa!... (Y saludó a Minard respetuosamente.) Sí, señor Thuillier, muchos electores pensaban en haceros su mandatario en la parte del distrito donde yo tengo mis modestos penates, pero lo que tiene esto de particular para vos es que les fuisteis designado por

un hombre ilustre... (*Sensación*), por un hombre en quien queríamos honrar a uno de los más virtuosos habitantes del distrito, del que fue su padre durante veinte años; me refiero al difunto señor Popinot, consejero en la corte real y nuestro representante en el consejo municipal. Pero su sobrino, el doctor Bianchon, una de nuestras glorias... ha declinado, a causa de sus agobiantes ocupaciones, la responsabilidad que pensábamos confiarle, y, al propio tiempo que nos agradecía nuestro homenaje, ha designado, fijaos bien, ha designado para nuestros votos al candidato del señor alcalde, considerándolo como el más capacitado, a causa de la plaza que antes ocupó, para ejercer la magistratura de edil...

Y Phellion se sentó en medio de un rumor aclamatorio.

—Thuillier, puedes contar con tu viejo amigo —dijo Colleville.

En aquel momento, todos los invitados se enternecieron ante el espectáculo que les ofrecieron la vieja Brígida y la señora Thuillier. Aquella, pálida como si fuese a desmayarse, dejaba correr por sus mejillas unas lágrimas que se sucedían lentamente, unas lágrimas de profunda alegría, y la señora Thuillier parecía como fulminada, con la vista fija. De pronto, la solterona echó a correr hacia la cocina, gritando a Josefina:

—¡Bajemos a la bodega, hija mía!... ¡Hay que traer el vino que está detrás de la leña!

—Amigos míos —dijo Thuillier con voz conmovida—, este es el día más hermoso de mi vida, más hermoso aún que lo será el de mi elección, si puedo consentir que me elijan los sufragios de mis conciudadanos. (¡Vamos, vamos!), pues me siento completamente agotado por treinta años de servicio público, y vosotros pensaréis que un hombre de honor debe consultar sus fuerzas y su capacidad antes de cargar con las funciones edilicias...

—¡No esperaba menos de vos, señor Thuillier! —exclamé Phellion—. ¡Perdón!, ésta es la primera vez en toda mi vida que interrumpo, y precisamente a un antiguo superior. ¡Pero hay circunstancias en que...!

—¡Aceptad, aceptad! —exclamó Zélie—. ¡Por los clavos de Cristo! El gobierno está muy necesitado de gentes como vos...

—¡Resignaos, jefe! —dijo Dutocq—. ¡Y viva el futuro consejo municipal!... Pero no tenemos nada que beber...

—Así, ya está dicho —prosiguió Minard—. ¿Sois candidato?

—Esperáis mucho de mí —respondió Thuillier.

—¡Vamos, vamos! —exclamó Colleville—. ¡Un hombre que tiene treinta años de galeras en el Ministerio de Finanzas es un tesoro para la ciudad!

—¡Sois demasiado modesto! —dijo el joven Minard—. Todos conocemos perfectamente vuestra capacidad, que ha permanecido como un prejuicio en el Ministerio...

—¡Sois vos quien lo ha querido! —exclamó Thuillier.

—El rey estará muy contento de esta elección, puedo asegurároslo —afirmó Minard pavoneándose.

—Señores —dijo La Peyrade—, ¿permitís que un joven habitante del arrabal Saint-Jacques haga una pequeña observación, que no está desprovista de importancia?

La conciencia que todos tenían sobre el valor del abogado de los pobres creó el más profundo silencio.

—La influencia del señor alcalde del distrito limítrofe, que es inmensa en el nuestro, en el que ha dejado tan buenos recuerdos; la influencia del señor Phellion, el oráculo, digamos la verdad —añadió al distinguir el gesto que hizo Phellion—, el oráculo de su batallón; la no menos poderosa que el señor Colleville debe a la franqueza de sus modales, a su urbanidad; la del señor escribano del juez de paz, que no será menos eficaz, y lo poco que yo pueda hacer en mi modesta esfera de actividad, son otras tantas prendas de éxito; pero aún no son el éxito... Para obtener un rápido triunfo, todos debemos comprometemos a guardar la más profunda discreción sobre la manifestación que aquí acaba de producirse... Sin saberlo ni quererlo, excitaríamos la envidia, las pasiones secundarias, que más tarde nos crearían obstáculos que sería preciso vencer. El sentido político de la nueva organización social, su base misma, su síntoma y la garantía de su existencia, consisten en cierto reparto del poder con la clase media, la auténtica fuerza de las sociedades modernas, el asiento de la moralidad, de los buenos sentimientos, del trabajo inteligente; pero no podemos ocultamos que el sufragio, que se extiende a casi todas las funciones, ha hecho penetrar las preocupaciones de la ambición y el furor de ser algo, permitidme la expresión, hasta unas profundidades sociales que estos sentimientos no hubieran debido agitar. Algunos ven en ello un bien, otros un nul. No me incumbe juzgar la cuestión en presencia de espíritus ante cuya superioridad tengo que inclinarme, me limito a plantearla para que nos demos cuenta del peligro que puede correr el estandarte de nuestro amigo, El fallecimiento de nuestro honorable representante en el consejo municipal, se produjo hace apenas ocho días, y el distrito ya está agitado por ambiciones subalternas. Hay quien quiere disminuirse a toda costa. Es posible que la convocatoria no surta efecto hasta dentro de un mes. Hasta entonces, ¡cuántas intrigas!... ¡No expongamos, por favor, a nuestro amigo Thuillier a los golpes de sus competidores! ¡No lo entreguemos a la pública discusión, esa moderna arpía que no es sino el portavoz de la calumnia, de la envidia, el pretexto tras el que se escudan los enemistados, que disminuyen todo lo que es grande, que ensucia todo lo que es respetable, que deshonra lo más sagrado que existe... hagamos como hizo el terror partido en la Cámara, permanezcamos mudos y votemos!

—Habla muy bien —dijo Phellion a su vecino Dutocq.

—¡Y hay que ver cuánto sabe!...

La envidia había puesto verde y amarillo al hijo de Minard.

—¡Es cierto, y está muy bien dicho! —exclamó Minard.

—Aprobado por unanimidad —observó Colleville—, Señores, somos personas de

honor y nos basta con habernos puesto de acuerdo sobre este punto.

—Quien quiere el fin quiere los medios —afirmó Phellion con énfasis.

En aquel momento, hizo su aparición la señorita Thuillier seguida de sus dos criadas. Llevaba la llave de la bodega suida en el cinto y tres botellas de vino de Champaña; otras tres de vino añejo del Ermitage y una botella de vino de Málaga fueron puestas encima de la mesa, pero ella traía con una atención casi respetuosa una botellita, recordando a un hada Calabaza, que puso ante ella. En medio de la hilaridad causada por aquella abundancia de cosas exquisitas, fruto del reconocimiento, y que la pobre mujer, en su delirio, escanciaba con una profusión que ponía de relieve acusadoramente su parca hospitalidad de cada quince días, hicieron su aparición numerosos platos de postres: higos secos, pasas, almendras y nueces a montones, pirámides de naranjas, confituras, frutas confitadas surgidas de las profundidades de sus armarios y que, sin estas circunstancias, no habrían figurado encima del mantel.

—¡Céleste, te traeremos una botella de aguardiente que regalaron a mi padre en 1802, para que prepares con ella una ensalada de naranjas! —gritó a su cuñada—. Señor Phellion, descorchad el vino de Champaña; esta botella es para vosotros tres, ¡Señor Dutocq, tomad ésta! ¡Señor Colleville, vos que sabéis, haced saltar los taponés!...

Las dos doncellas distribuían entre tanto copas de vino de Champaña, vasos para el vino de Burdeos y copitas, pues Josefina trajo además tres botellas de vino de Burdeos.

—¡Del año del cometa! —gritó Thuillier—. Señores, habéis hecho perder la cabeza a mi hermana.

—Y esta noche, ponche y dulces —dijo ella—. He mandado buscar té a la botica. ¡Dios mío!, si hubiese sabido que se trataba de una elección hubiera matado la pava... —exclamó mirando a su cuñada.

Una carcajada general acogió estas palabras.

—¡Oh, nosotros temamos una oca! —dijo Minard hijo riendo.

—¡Esto es tirar la casa por la ventana! —exclamó la señora Thuillier viendo servir castañas confitadas y merengues.

Brígida tenía el rostro arrebolado; su aspecto era soberbio y nunca el amor de una hermana tuvo una expresión tan furibunda.

—¡Para quien la conoce es algo enternecedor! —exclamó la señora Colleville.

Las copas estaban llenas, todos se miraban como si pareciesen esperar un brindis, y La Peyrade dijo:

—¡Señores, brindemos por algo sublime!...

Todos se quedaron pasmados.

—¡Por la señorita Brígida!...

Todos se levantaron, hicieron chocar los vasos al brindar y gritaron:

—¡Viva la señorita Thuillier!

Hasta tal punto la expansión de un auténtico sentimiento engendra entusiasmo.

—Señores —dijo Phellion leyendo un papel escrito a lápiz—. ¡Por el trabajo, por sus esplendores, encamado en la persona de nuestro antiguo camarada, que ha llegado a ser uno de los alcaldes de París, por el señor Minard y su esposa!

A los cinco minutos de conversación, Thuillier se levantó y dijo:

—¡Señores, por el Rey y la familia real!... No hay que añadir nada más, porque este brindis lo dice todo.

—¡Por la elección de mi hermano! —exclamó la señorita Thuillier.

—Voy a haceros reír —dijo La Peyrade al oído de Flavie.

Y se levantó:

—¡Por las mujeres! ¡Por ese sexo encantador al que debemos tanta felicidad, si exceptuamos a nuestras madres, nuestras hermanas y nuestras esposas!...

Este brindis provocó la hilaridad general y Colleville, que ya estaba alegre, gritó:

—¡Bandido, me has robado la frase!

El señor alcalde se levantó y «reinó el más profundo silencio.

—¡Señores, por nuestras instituciones! ¡De ellas proceden la fuerza y la grandeza de la Francia dinástica!

Las botellas desaparecían en medio de un concierto de admiración sobre la sorprendente calidad y finura de aquellos caldos.

Céleste Colleville dijo tímidamente:

—Mamá, ¿me permitís que haga un brindis?

La pobrecilla había distinguido el rostro aturdido de su madrina, olvidada por todos a pesar de que era la señora de la casa, que casi ofrecía la expresión del perro que no sabe a qué amo obedecer, yendo de la fisonomía de su terrible cuñada a la de Thuillier, consultando los rostros y olvidándose de sí misma; pero la alegría, en aquella faz de ilota, acostumbrada a no ser nada y a comprimir sus ideas y sus sentimientos, producía el efecto de un pálido sol de invierno entre la bruma: iluminaba a pesar suyo aquellas carnes flácidas y ajadas. El sombrerito de gasa adornado con flores oscuras, la negligencia de su peinado, el vestido color carmelita cuyo corsé mostraba por todo adorno una gruesa cadena de oro; todo, incluso el continente, avivó el afecto de la joven Céleste, que era la única en el mundo que conocía el valor de aquella mujer condenada al silencio y que sabía todo lo que pasaba a su alrededor, que sufría por todo y que se consolaba con ella y con Dios.

—Dejad que esta querida niña haga su pequeño brindis —dijo La Peyrade a la señora Colleville.

—¡Adelante, hija mía! —exclamó Colleville—. Aún tenemos que bebemos el vino del Ermitage, ¡y es añejo!

—¡Por mi buena madrina! —dijo la joven inclinando su vaso con respeto ante la señora Thuillier, tendiéndoselo.

La pobre mujer, asustada, miró a través de un velo de lágrimas a su hermana y a su marido, pero su posición en, el seno de la familia era tan conocida y el homenaje de la inocencia a la debilidad tenía algo tan hermoso, que la emoción fue general;

todos los hombres se levantaron y se inclinaron ante la señora Thuillier.

—¡Ah, Céleste, querría tener un reino para ponerlo a vuestros pies! —le dijo Félix Phellion.

El bueno de Phellion enjugaba una lágrima, y Dutocq, incluso Dutocq, se había enternecido.

—¡Qué niña tan encantadora! —exclamó la señorita Thuillier, levantándose para ir a abrazar a su cuñada.

—¡Por mí! —gritó Colleville, adoptando una pose de atleta—, ¡Escuchad bien! ¡Por la amistad! ¡Vaciad vuestras copas! ¡Llenadlas! ¡Bien! ¡Por las bellas artes, la flor de la vida social! ¡Vaciad vuestras copas! ¡Llenadlas! ¡Porque se celebre otra fiesta como esta al día siguiente de la elección!

—¿Qué es esta botellita? —preguntó Dutocq a la señorita Thuillier.

—Es una de mis tres botellas de licor Mme. Amphoux; la segunda es para la boda de Céleste y la última para el bautizo de su primer hijo.

—Mi hermana ha perdido casi totalmente la cabeza —dijo Thuillier a Colleville.

La cena se terminó con un brindis hecho por Thuillier y que le fue apuntado por Teodosio, en el momento en que el vino de Málaga hizo que las copas brillasen como otros tantos rubíes.

—Colleville, caballeros, ha brindado *por la amistad*; yo brindo, con este vino generoso, *por mis amigos*...

Una calurosa aclamación acogió este sentimentalismo; pero, como dijo Dutocq a Teodosio:

—Es un crimen dar este vino de Málaga a unos gatzates de última categoría...

—¡Ah, si pudiésemos imitar esto, mi buen amigo! —exclamó la alcaldesa haciendo resonar su copa por la manera como sorbía el licor español—. ¡Qué fortuna haríamos!...

Zélie había llegado a su más alto grado de incandescencia; causaba espanto.

—¡Ah —respondió Minard—, la nuestra ya está hecha!

—¿Sois también del parecer, hermana —dijo Brígida a la señora Thuillier— de ir a tomar el café a la sala?...

La señora Thuillier, obediente o como si quisiera imitar a la dueña de la casa, se levantó.

XIV

DOS ESCENAS DE AMOR

—¡Oh, sois un gran hechicero! —dijo Flavie Colleville aceptando el brazo de La Peyrade para pasar del comedor al salón.

—No tengo que hechizar a nadie más que a vos —respondió él—, y, creedme, es un desquite que me tomo: ¡Hoy estáis más encantadora que nunca!

—¡Y Thuillier, que se cree un político —repuso ella para evitar el combate!

—Pero, querida, en el mundo, la mitad de las ridiculeces son fruto de conspiraciones de esta naturaleza; el hombre no es tan culpable a este respecto como se cree. ¿En cuántas familias no veis al marido, a los hijos, a los amigos de la casa, empeñados en la tarea de persuadir a una madre rematadamente estúpida de que tiene ingenio, o a una madre de cincuenta años de que es joven y bella? De ahí provienen defectos inconcebibles para los indiferentes. Hay quien debe su asquerosa fatuidad a la idolatría de un amante, y su fatuidad de poeta a los que fueron pagados para hacerle creer que era un gran poeta. Todas las familias tienen su gran hombre y el resultado de ello, como en la Cámara, es una oscuridad general, con todas las lumbreras de Francia... En fin, las personas inteligentes se ríen entre ellas, y esto es suficiente. Vos sois el ingenio y la belleza de este pequeño mundo burgués; por esto os rindo culto, pero mi segundo pensamiento fue sacaros de aquí, pues os amo sinceramente y con más amistad que amor, aunque se haya deslizado mucho amor —agregó estrechándola contra su corazón a favor del hueco de la ventana adonde la condujo.

—La señora Phellion se sentará al piano —dijo Colleville—. Hoy todo tiene que bailar; las botellas, las monedas de veinte sueldos de Brígida y nuestras hijitas. Voy a buscar mi clarinete.

Y entregó su taza de café vacía a su mujer, sonriendo al verla hacer tan buenas migas con Teodosio.

—¿Qué le habéis dado a mi marido? —preguntó Flavie a su seductor.

—¿Tenemos que decimos todos nuestros secretos?

—¿Es que no me amáis? —respondió ella, mirándole con la socarronería coquetona de una mujer a punto de decidirse.

—¡Oh! Ya que vos me contáis todos los vuestros —repuso él entregándose a aquella exaltación recubierta de alegría provenzal, tan encantadora y natural en apariencia—, no querría ocultaros una espina que tengo clavada en el corazón...

Volvió a llevársela al hueco de la ventana y le dijo sonriendo:

—El pobre Colleville ha visto en mí al artista oprimido por todos esos burgueses, que tiene que callar en su presencia porque se siente incomprendido, mal juzgado, postergado; pero ha percibido el calor del fuego sagrado que me devora. Sí, efectivamente —dijo con un tono de profunda convicción—, yo soy un artista de la palabra al estilo de Ber ryer; podría hacer llorar a los jurados llorando yo también, pues soy nervioso como una mujer. Y entonces ese hombre, que siente horror por toda esta burguesía, ha bromeado sobre esto conmigo; hemos empezado por reír, y, al llegar a la parte seria, me ha encontrado tan preparado como él. Le he expuesto el plan que hemos formado para que Thuillier llegue a ser algo, y le he hecho entrever todo el partido que sacaría de un maniquí político; «Aunque sólo fuese, le dije, para

llegar a ser el señor de Colleville, y poner a vuestra encantadora esposa donde yo la querría ver, en una buena oficina de recaudación, donde deberíais haceros nombrar diputado; pues, para llegar a ser todo lo que debéis ser, os bastará con ir unos años a los Altos o a los Bajos Alpes, a un lugarejo en el que todos os querrán y donde vuestra esposa seducirá a todo el mundo... Y esto, añadí, no os faltará, sobre todo si dais vuestra querida Céleste a un hombre que posea influencia en la Cámara...» La razón, dicha en broma, tiene la virtud de penetrar más profundamente que lo haría por sí sola, en algunos caracteres: Colleville y yo nos hemos convertido en los mejores amigos del mundo. Incluso ha llegado a decirme, cuando estábamos a la mesa: «¡Bandido, me has robado la frase!» Esta noche nos tutearemos... Después, una pequeña fiestecita, en la que los artistas, puestos al régimen casero, nunca dejan de comprometerse, y a la que le arrastraré, nos hará amigos del todo y quizás aún más de lo que son él y Thuillier, pues le dije que éste reventaría de celos al verle el botón de la condecoración... ¡Aquí tienes, mi querida adorada, lo que un sentimiento profundo da el valor de crear! ¿No es necesario que Colleville me adopte, para que yo pueda ser en vuestra casa de su opinión?... Vos me haríais lamer a los leprosos, tragar sapos vivos y seducir a Brígida; sí, yo empalaría mi corazón con esa estaca tan grande, si hubiese que utilizarlo como una muleta para arrastrarme a vuestros pies.

—Esta mañana —dijo ella—, me habéis asustado...

—¿Y esta noche, ya estáis tranquila?... Sí —añadió—, conmigo nunca os sucederá nada malo.

—¡Oh! Sois un hombre extraordinario, justo es reconocerlo...

—Nada de eso; los esfuerzos más pequeños, como los más grandes, son los reflejos de la llama que vos habéis encendido, y quiero ser vuestro yerno para que no podamos abandonarnos jamás... Mi mujer, ¡Dios mío!, no puede ser más que una máquina de hacer hijos; pero el ser sublime, la divinidad, lo serás tú —le susurró al oído.

—¡Sois Satanás! —le dijo ella con especial terror.

—No, soy un poco poeta, como todos los hombres de mi país. ¡Vamos, sed mi Josefina!... Iré a veros mañana, a las dos. Siento el más ardiente deseo de saber donde dormís, de ver los muebles que utilizáis, el color de las telas, cómo están dispuestas las cosas que os rodean, ¡de admirar la perla en su concha!

Y se alejó muy hábilmente después de decir esto, sin querer escuchar la respuesta.

Flavie, para quien el amor, durante toda su vida, jamás había adoptado el novelesco lenguaje apasionado, permaneció turbada pero dichosa, con el corazón palpitante, diciéndose que era difícil escapar a semejante influencia. Por primera vez, Teodosio se puso un pantalón nuevo, medias de seda gris y esarpines, un chaleco de seda negra y una corbata de raso también negro, en cuyos nudos brillaba un alfiler escogido con gusto. Llevaba un terno nuevo, de última moda, y unos guantes amarillos que se destacaban sobre el blanco de los puños; era el único hombre que tenía modales y un porte digno en aquel salón que los invitados iban llenando.

La señora Pron, de soltera Barniol, llegó con dos pensionistas de diecisiete años, confiadas a su cuidados maternales por una familias que vivían en Bourbon y en La Martinica. El señor Pron, profesor de retórica en un colegio de curas, pertenecía a la clase de los Phellion, pero en vez de mostrarse superficial, de ser pródigo en frases y en demostraciones, de poner constantemente ejemplos, era seco y sentencioso. El matrimonio Pron, las flores del salón Phellion, recibían los lunes; les unía una íntima amistad con los Phellion a través de los Barniol. Aunque era profesor, el pequeño Pron bailaba. El gran renombre de la institución Lagrave, a la que pertenecieron los esposos Phellion durante veinte años, no había hecho más que aumentar bajo la dirección de la señora Barniol, la más hábil y más antigua de las maestras auxiliares. El señor Pron gozaba de una gran influencia en la parte del barrio circunscrita por el bulevar del Montparnasse, el Luxemburgo y la calle de Sèvres. Así, tan pronto vio a su amigo Phellion, sin necesidad de consejos, le tomó por el brazo para ir a iniciarle, en un rincón, en la conspiración Thuillier. Al cabo de diez minutos de conversación, ambos fueron en busca de Thuillier, y el hueco de la ventana opuesta a aquella en la que Flavie permanecía sumida en sus reflexiones, sin duda pudo escuchar un trío tan digno, en su género, como el de los tres suizos en *Guillermo Tell*.

—¡Mirad! —dijo Teodosio a Flavie—. Ved al honrado y puro Phellion convertido en un intrigante... Dad una razón al hombre más probo y pataleará perfectamente en las más sucias connivencias; pues, en fin, vuelve a pescar al pequeño Pron, y éste le va pisando los talones, únicamente en interés de Félix Phellion, que acapara en estos momentos a nuestra pequeña Céleste... Vamos, id a separarlos... Ya hace diez minutos que están juntos y que Minard hijo da vueltas a su alrededor como un bulldog irritado.

Félix, todavía bajo los efectos de la profunda emoción producida por la acción generosa y el grito surgido del corazón de Céleste, cuando nadie, salvo la señora Thuillier, pensaba ya en ello, tuvo una de esas ingenuas delicadezas que son el honrado charlatanismo del amor verdadero, pero que él no acostumbraba a hacer; las matemáticas le daban distracciones. Se acercó a la señora Thuillier, suponiendo acertadamente que ésta atraería a Céleste a su lado. Este profundo cálculo, sin profunda pasión, salió tanto mejor a Félix, cuanto que el abogado Dinard, que solamente veía en Céleste una dote, no tuvo aquella súbita inspiración y tomaba café hablando de política con Laudigeois, el señor Barniol y Dutocq, por orden de su padre, quien pensaba en la renovación de la legislatura de 1842.

—¡Quién no querría a Céleste! —dijo Félix a la señora Thuillier.

—¡Pobrecilla, sólo ella me quiere en el mundo! —respondió la ilota conteniendo sus lágrimas.

—¡Oh, señora, somos dos a quereros! —repuso el cándido Mateo Laensberg riendo.

—¿Qué estáis diciendo? —preguntó Céleste, acercándose a su madrina.

—Hija mía —contestó la piadosa víctima atrayendo a su ahijada para besarla en

la frente—, él dice que sois dos a quererme.

—No os molestéis por esta pretensión, señorita —dijo en voz baja el futuro candidato a la Academia de Ciencias—, y dejadme hacer lo imposible para realizarla... Sabed que yo soy así: la injusticia me subleva profundamente... ¡Oh, cuánta razón tuvo el Salvador de los hombres al prometer el porvenir a los mansos de corazón, a los corderos inmolados!... Un hombre que sólo os hubiese amado, Céleste, os adoraría después de vuestro sublime impulso estando a la mesa. ¡Únicamente la inocencia puede consolar al mártir!... Sois una joven buena y seréis una de esas mujeres que son la gloria y la felicidad de una familia. ¡Dichoso aquel que pueda agradaros!

—Mi querida madrina, decidme: ¿con qué ojos me ve Félix?

—Te aprecia, angelito mío, y rezaré a Dios por vosotros...

—¡Si supieseis lo contento que estoy de que mi padre pueda ser útil al señor Thuillier... y cómo me agradaría ser útil a vuestro hermano!...

—En fin —dijo Céleste—, que queréis a toda la familia, ¿no es eso?

—Sí, claro que sí —respondió Félix.

El amor verdadero se envuelve siempre en los misterios de pudor, incluso en su expresión, pues se demuestra por sí mismo; no siente necesidad, como el amor falso, de provocar un incendio, y un observador, si hubiese podido escurrirse al interior del salón Thuillier, hubiera podido escribir un libro comparando las dos escenas, viendo los enormes preparativos de Teodosio y la simplicidad de Félix: éste era la naturaleza, aquél la sociedad; lo verdadero y lo falso frente a frente. Al ver, en efecto, a su hija extasiada, gozosa, exhalando su alma por todos los poros de su rostro y hermosa como una doncella que recoge las primeras rosas de una declaración indirecta, Flavie sintió un impulso de celos en el corazón, se acercó a Céleste y le dijo al oído:

—No os portáis bien, hija mía; todo el mundo os observa, y os comprometéis hablando tanto con Félix, sin saber si esto nos conviene.

—Pero, mamá, estamos con mi madrina.

—¡Oh!, perdón, mi querida amiga —dijo la señora Colleville—. No os veía...

—Hacéis como todo el mundo —replicó San Juan Boca de Oro.

Aquella frase picó a la señora Colleville, quien la recibió como una aguzada flecha; dirigió a Félix una mirada altiva y sentándose al lado de la señora Thuillier, dijo a Céleste al tiempo que le indicaba una silla contigua:

—Vamos a sentarnos aquí, hija mía.

—Me mataré trabajando —aseguró entonces Félix a la señora Thuillier—, o seré miembro de la Academia de Ciencias, y haré algún gran descubrimiento para obtener su mano a tuerza de gloria.

—¡Ah! —se dijo la pobre mujer—. Me hubiera convenido mi sabio tranquilo y cariñoso como él... Me habría desarrollado lentamente al amparo de una vida oscura... ¡Dios mío, tú no lo has querido, pero une y protege a estas dos criaturas! Están hechas la una para la otra.

Y permaneció pensativa, escuchando la algazara que armaba su cuñada, un verdadero caballo desbocado y que hechaba una mano a sus dos sirvientas para quitar la mesa y despejar el comedor, a fin de dejarlo libre para los bailarines y bailarinas, vociferando como un capitán de fragata que preparase un ataque desde su banco de cuarto:

—¿Aún tenéis jarabe de grosella? ¡Id a comprar horchata! No hay bastantes vasos y queda poco vino aguado. Tomad estas seis botellas de vino corriente que acabo de subir. ¡Tened cuidado de que no se lleve ninguna Coffinet, el portero!... Carolina, hija, quédate junto al aparador... Tomaréis un poco de jamón, para el caso de que dure el baile hasta la una de la madrugada. ¡Nada de despiltarros! No os olvidéis de nada... Vigiladlo todo. Pasadme la escoba; poned aceite en las lámparas y sobre todo no hagáis ningún desaguisado... Arreglad los restos de los postres, a fin de adormir el aparador... ¡Ved si mi hermana viene a ayudarnos! No sé en qué piensa esa gandula... ¡Dios mío, qué lenta es!... ¡Bah, quitad las sillas, así tendrán más sitio!

El salón estaba abarrotado por los Barniol, los Colleville, los Laudigeois, los Phellion y todos aquellos que se sintieron atraídos por el rumor de la celebración de un baile familiar en casa de los Thuillier, rumor que había circulado por el Luxemburgo entre las dos y las cuatro, hora en que la burguesía del barrio sale a pasear.

—¿Estáis dispuesta, Brígida? —preguntó Colleville irrumpiendo en el comedor—. Son las nueve, y en el salón están apretados como sardinas. Cardot, su mujer, su hijo, su hija y su futuro yerno acaban de llegar, acompañados del joven suplente Vinet, y el arrabal de Saint-Antoine se esta volcando en estos momentos. Pasaremos el piano del salón aquí, ¿eh?

Y dio la señal probando su clarinete, cuyas alegres notas fueron acogidas con vítores en el salón.

No vale la pena describir un baile como éste. Los tocados, los rostros, las conversaciones, todo estaba en consonancia con un detalle que debe bastar a las imaginaciones menos rígidas, pues en todas las cosas, un solo hecho sirve para caracterizar su color y su carácter. Se hacían circular en bandejas que habían perdido su barniz y en algunos lugares su color, vasos comunes llenos de vino puro, de vino aguado y de agua azucarada, Las bandejas con vasos de horchata o de jarabe sólo aparecían a largos intervalos. Se organizaron cinco mesas de juego, con veinticinco jugadores; hubo dieciocho bailarines de ambos sexos. A la una de la madrugada, algunos de los presentes arrastraron la señora Thuillier, la señorita Brígida y la señora Phellion, así como a Phellion padre, en las extravagancias de una contradanza vulgarmente llamada la *Panadera*, y en la que Dutocq apareció con la cabeza velada, al estilo de los cabileños. Los servidores que esperaban a sus amos y los de la casa formaban el público, y, como aquella interminable contradanza duró una hora, quisieron llevar a Brígida en triunfo cuando ésta anunció la cena; pero comprendió la necesidad de esconder doce botellas de vino de Borgoña añejo. Todos se divertían

tanto, matronas y jovencitas igualmente, que Thuillier halló manera de decir:

—¡Quién nos iba a decir esta mañana que hoy celebraríamos semejante sarao!...

—Donde uno se divierte más —observó el notario Cardot— es en esta especie de bailes improvisados. ¡No me habléis de esas reuniones en que todo el mundo asume un aire grave!...

Esta opinión constituye un axioma en la burguesía.

—¡Ah, bah! —dijo la señora Minard—. Yo quiero mucho a papá y a mamá...

—No lo decimos por vos, señora; la alegría ha elegido su residencia en vuestra casa —repuso Dutocq.

Una vez terminada la *Panadera*, Teodosio arrancó a Dutocq del aparador, donde estaba tomando una lonja de jamón, y le dijo:

—Vámonos; mañana temprano tenemos que estar en casa de Cérizet, para tener todos los informes sobre el asunto en el que ambos pensamos y que no es tan fácil como cree Cérizet.

—¿Y cómo? —preguntó Dutocq, llevándose la lonja de jamón para comerla en el salón.

—¿Es que no conocéis las leyes?...

—Las conozco lo bastante para comprender los peligros que encierra este asunto. Si el notario quiere la casa y nosotros se la soplamos, tiene recursos suficientes para arrebátárnosla, y podrá meterse en la piel de un acreedor inscrito. En la legislación actual del régimen hipotecario, cuando una casa se vende por petición de uno de los acreedores, si el precio que se consigue por la adjudicación no basta para pagar todos los créditos, tienen derecho a pujar en la subasta; y el notario, una vez advertido, cambiará de parecer.

—Desde luego, esto merece cierta atención —observó La Peyrade.

—¡Sea! —dijo el escribano—. Iremos a ver a Cérizet.

Estas palabras: «Iremos a ver a Cérizet», fueron oídas por el abogado Minard, que seguía inmediatamente a los dos asociados, pero carecían de sentido para él. Aquellos dos hombres estaban tan lejos de él, de su camino y de sus proyectos, que les escuchó sin entenderlos.

—Éste ha sido uno de los días más hermosos de nuestra vida —dijo Brígida, cuando se encontró sola con su hermano, a las dos y media de la madrugada, en el salón desierto—. ¡Qué gloria, ser elegido así por tus conciudadanos!

—No te llates a engaño, Brígida. Todo esto, hija mía, se lo debemos a un hombre...

—¿A quién?

—A nuestro amigo La Peyrade.

XV

EL BANQUERO DE LOS POBRES

No fue al día siguiente, limes, sino al otro, martes, cuando Dutocq y Teodosio fueron a ver a Cérizet, pues el escribano observó que éste se ausentaba el domingo y el lunes, aprovechando la falta total de prácticas durante aquellos dos días, consagrados por el pueblo al jolgorio. La casa a la que se dirigían es uno de los rasgos salientes de la fisonomía del arrabal Saint-Jacques, y su estudio es aquí tan importante como el de la casa Thuillier o la de Phellion. No se sabe (verdad es que aún no se ha nombrado una comisión para estudiar este fenómeno), cómo ni por qué los barrios de París se degradan y encanallan, tanto en lo moral como en lo físico, como tampoco se comprende que la antigua residencia de la corte y de la Iglesia, el Luxemburgo y el Barrio Latino, se hayan convertido en lo que son hoy día, a pesar de ser uno de los más bellos palacios del mundo, de la audaz cúpula de Santa Genoveva, de la de Mansard en el Val-de-Grâce, y de los encantos del Jardín Botánico. Muchos se preguntan por qué desaparece la elegancia de la vida, por qué pululan las casas Vauquer, Phellion y Thuillier, con los pensionados, en el antiguo emplazamiento de tantos nobles y piadosos edificios, y por qué el barro, las industrias sucias y la miseria se apoderan de una montaña, en vez de extenderse lejos de la vieja y noble villa... Una vez muerto el ángel que derramaba obras benéficas sobre este barrio, surgió en él usura de baja estofa. Al consejero Popinot sucedió un Cérizet; y, cosa extraña, que por cierto vale la pena estudiar, el efecto producido, socialmente hablando, apenas difería. Popinot prestaba sin interés y sabía perder; Cérizet no perdía nada y obligaba a los desgraciados a reventarse, a volverse prudentes. Los pobres adoraban a Popinot, pero no odiaban a Cérizet. Aquí funciona el último engranaje de las finanzas parisienses. En lo alto, la casa Nucingen, los Keller, los du Tillet y los Mongenod; un poco más abajo, los Palma, los Gigonnet y los Gobseck; más abajo aún, los Samanou, los Chaboisseau y los Barbet; y luego, finalmente, después del Monte de Piedad, aquel rey de la usura que tendía sus lazos en las esquinas para estrangular todas las miserias sin olvidar ni una; ¡la industria Cérizet!

La levita de alamares ya debe de haber hecho entrever al lector el tugurio de aquel escapado de la comandita y de la sexta cámara.

Era una casa devorada por el salitre y cuyas paredes, rezumando fétida humedad, estaban esmaltadas por grandes y numerosas placas de mohos. Situada en la esquina de las calles Postes y Poules, mostraban una planta baja parcialmente ocupada por un comercio de vinos de ínfima categoría, con la tienda pintada de rojo vivo, decorada con visillos de calicó encamado, provista de un mostrador de plomo y armada de formidables barrotes.

Encima de la puerta de un fétido pasadizo se balanceaba una espantosa linterna, sobre la que se leía: *Habitaciones para dormir*. Las paredes estaban surcadas por

emees de hierro que atestiguaban la poca solidez del inmueble, cuyo propietario era el vinatero de los bajos. Además de éstos, ocupaba el entresuelo. La señora viuda Poiret (Michonneau de soltera), regentaba el hotel amueblado, que se componía de los pisos primero, segundo y tercero, compuestos por habitaciones para uso de los obreros y de los estudiantes más desdichados.

Cérizet ocupaba un aposento de la planta baja y otro en el entresuelo, al que subía por una escalera interior; el entresuelo recibía la luz de un horrible patio enlosado del que ascendían olores mefíticos. Cérizet pagaba cuarenta francos al mes a la viuda Poiret, para que ésta le hiciese el almuerzo y la cena. De este modo conquistó la benevolencia de la dueña del hotel, al convertirse en su huésped, y la del vinatero al procurarle una venta enorme de vinos y licores, beneficios que se realizaban antes de la salida del sol. El mostrador del tío Cadenet se abría antes que el de Cérizet, quien comenzaba sus operaciones el martes, alrededor de las tres de la madrugada en verano y a las cinco en invierno.

La hora en que se abría el mercado central, al que se dirigían muchos de sus clientes de ambos sexos, determinaba la de su repugnante comercio. El tío Cadenet, por su parte, en consideración a toda aquella clientela debida totalmente a Cérizet, le alquilaba las dos habitaciones por la módica suma de ochenta francos anuales, suscribiendo un contrato de arrendamiento por doce años, que solo Cérizet tenía derecho de rescindir, sin indemnización, de tres en tres meses. Cadenet traía personalmente todos los días una excelente botella de vino para la cena de su precioso inquilino y, cuando Cérizet estaba sin blanca, no tenía más que decir a su amigo: Cadenet, préstame cien escudos. Pero siempre se los devolvía puntualmente.

Se decía que Cadenet tenía pruebas de que la viuda Poiret había confiado dos mil francos a Cérizet, lo que podría explicar los progresos realizados por sus asuntos desde el día en que se estableció en el barrio con un último billete de mil francos, y la protección de Dutocq. Cadenet, animado por una codicia que el éxito aumentaba, ofreció al principio de aquel año veinte mil francos a su amigo Cérizet, pero éste los rechazó so pretexto de que ello podría convertirse en motivo de distensión con sus asociados.

—Yo sólo podría aceptarlos al seis por ciento —dijo a Cadenet—, y vuestro comercio os da más... Asociémonos más adelante para un asunto serio; pero una buena ocasión vale al menos cincuenta mil francos y cuando tengáis esta suma, entonces podremos hablar...

Cérizet llevó el asunto de la casa a Teodosio, después de reconocer que entre los tres, es decir, la señora Poiret, Cadenet y él, nunca podrían reunir cien mil francos.

El prestamista por semanas se sentía perfectamente seguro en aquella zahurda, donde hubiera encontrado ayuda en caso necesario. Algunas mañanas, no había menos de sesenta u ochenta personas, hombres y mujeres, en la tienda de vinos y el pasadizo, sentadas en los peldaños de la escalera o en el despacho, donde el desconfiado Cérizet no admitía más de seis personas a la vez. Los primeros en llegar

conservaban su tumo, y, como todos iban pasando por números, el vinatero o su mozo numeraban a los hombres en el sombrero y a las mujeres en la espalda.

En la plaza se cambiaban números altos por números bajos, pagando, naturalmente, como se hace con los simones. Algunos días en que había prisa por dirigirse al mercado, un número alto se pagaba con un vaso de aguardiente y un sueldo. Los que salían del despacho llamaban a los siguientes para que entrasen, y era frecuente que surgiesen disputas. Cadenet las zanjaba diciendo:

—¿Conseguiréis algo obligándome a llamar a la guardia y la policía? Entonces, *él* cerrará el despacho.

Él era el nombre que todos daban a Cérizet. Cuando, durante el día, una desgraciada cualquiera desesperada, sin pan en su hogar y viendo a sus hijos pálidos de hambre, iba a pedir prestados diez o veinte sueldos, preguntaba al vinatero o al mozo:

—¿Está *él*?

Cadenet, hombrecillo rechoncho, vestido de azul, con mangas por fuera de tela negra, delantal de vinatero y tocado con una gorra, parecía un ángel a aquellas pobres madres cuando respondía:

—*Él* me ha dicho que sois una mujer honrada y que puedo daros cuarenta sueldos. Vos sabréis para qué los queréis...

Y, cosa increíble, *él* era objeto de las bendiciones generales, como antes todos bendecían a Popinot.

Pero todos maldecían a Cérizet el domingo por la mañana, al hacer las cuentas; le maldecían sobre todo el sábado, cuando tenían que trabajar para devolverle la suma prestada, más los intereses. Pero del martes al viernes de cada semana, *él* era la Providencia, *él* era Dios.

El aposento que ocupaba, antigua cocina del primer piso, tenía las paredes desnudas; las vigas del techo, blanqueadas, con lechada de cal, estaban ahumadas. Los muros, a lo largo de los cuales había puesto bancos, y los adoquines de gres que formaban el piso, conservaban y devolvían, al propio tiempo, la humedad. La chimenea, cuya campana aún se conservaba, fue reemplazada por una estufa de hierro en la que Cérizet quemaba hulla cuando hacía frío. Bajo aquella campana se extendía un piso de medio pie de altura y que medía una toesa cuadrada, en el que estaban fijos una mesa que valía veinte sueldos y un sillón de madera provisto de un cojín redondo horadado de cuero verde. Por detrás de su asiento, Cérizet hizo revestir el muro de tablas de barco. Además, estaba flanqueado por un pequeño biombo de madera blanca, de dos hojas, que le protegía del viento que se colaba por el lado de la ventana y de la puerta, sin que impidiese llegar hasta él el calor de la estufa. La ventana tenía por el interior unos enormes postigos forrados de plancha y que podían atrancarse con una barra. La puerta también inspiraba respeto, con un armazón por el estilo.

En el fondo de aquella habitación y en un ángulo, giraba sobre sí misma una

escalera procedente de algún almacén derribado y adquirida en la calle Chapón por Cadenet, quien la hizo ajustar al piso del entresuelo. Para suprimir toda comunicación con el primer piso, Cérizet exigió que la puerta del entresuelo que daba al rellano fuese tapiada. Ese domicilio, pues, era una fortaleza. En el piso superior, la habitación de aquel hombre no poseía más mobiliario que una alfombra comprada por veinte francos, una cama de pensionista, una cómoda, dos sillas, un sillón y una caja de hierro que hacía las veces de escritorio, obra de un excelente cerrajero y que él adquirió de ocasión. Se afeitaba ante el espejo de la chimenea; poseía dos pares de sábanas de calicó, seis camisas de percal y el resto en proporción. Cadenet vio una o dos veces a Cérizet vestido como un elegante; esto quiere decir que, en el último armario de su cómoda, guardaba un disfraz completo con el que podía ir a la Ópera, presentarse en sociedad y no ser reconocido, ya que de no haber sido por su tono de voz, Cadenet le hubiera preguntado: «¿En qué puedo servirlos?»

Lo que más agradaba de aquel hombre *a sus clientes*, era su jovialidad, sus réplicas prontas y agudas; hablaba en su lenguaje. Cadenet, sus dos mozos y Cérizet, que vivían en medio de la más espantosa miseria, conservaban la calma del empleado de funeraria con los herederos, de un viejo sargento de la guardia en medio de los muertos; ya no gemían al escuchar los gritos del hambre y la desesperación, como tampoco gimen los cirujanos al oír a sus pacientes en los hospitales, y decían, como los soldados y los ayudantes, estas palabras insignificantes:

—Tened paciencia. ¡Vamos, un poco de valor! ¿De qué sirve desesperarse? Os mataréis, ¿y qué?... Uno se acostumbra a todo; vamos, sed razonables...

Aunque Cérizet tenía la precaución de guardar el dinero que necesitaba para sus operaciones de la madrugada en un doble fondo del sillón en el que se sentaba, de no tomar más que cien francos a la vez, que se metía en los bolsillos del pantalón y de no sacar sus reservas sino entre dos hornadas, manteniendo la puerta cerrada y no abriéndola de nuevo hasta después de haberse cerciorado del contenido de su faltriquera, no tenía nada que temer de las personas desesperadas que acudían de todas partes a aquella cita con el dinero. Desde luego, existen muchas maneras de ser honrado o virtuoso, y la *Monografía de la virtud*^[2] no tiene más base que este axioma social. El hombre falta a su conciencia, falta ostensiblemente a la delicadeza, a esta flor de la honra que, aunque se pierda, todavía no hace incurrir en la falta de consideración general; por último, falta decididamente al honor, y, si cae en manos de la policía correccional, aún no se le puede hacer comparecer ante la Audiencia de lo criminal; pero, después del veredicto infamante del tirado, puede verse honrado en presidio al aportar a él la particular probidad que los delincuentes muestran entre si consistente en no denunciarse, en compartirlo lealmente lodo, en correr los mismos riesgos. Pues bien, esta última honradez, que quizá sea un cálculo o una necesidad y cuya práctica ofrece ciertas ocasiones de grandeza al hombre y de retomo al bien, reinaba totalmente entre Cérizet y sus parroquianos. Cérizet no cometía jamás un error, ni sus pobres tampoco: no se negaban nada mutuamente, ni capital, ni intereses.

Muchas veces, Cérizet, que, por otra parte, había salido del pueblo, rectificó el error cometido involuntariamente la semana anterior, lo cual redundó en beneficio de una desventurada familia a la que aquella equivocación pasó desapercibida. Así, pues, pasaba por ser un perro, pero un perro honrado; su palabra se consideraba sagrada en el seno de aquella ciudad doliente. Una mujer murió, debiéndole treinta francos:

—¡Ahí tenéis mis beneficios! —dijo a su asamblea—, Y vosotros venís aquí a dar voces. Sin embargo, no atormentaré a sus pequeñuelos... Cadenet les ha llevado pan y aguapié.

Después de este rasgo, que en realidad estuvo hábilmente calculado, se decía de él en los dos arrabales:

—¡Al fin y al cabo, no es un mal hombre!...

El préstamo por semanas, entendido como lo entendía Cérizet, no es un flagelo tan cruel como el del Monte de Piedad, salvadas todas las proporciones. Cérizet prestaba diez francos el martes, a condición de que le devolviesen doce el domingo por la mañana. En cinco semanas, duplicaba su capital, pero realizaba muchas transacciones. Su bondad consistía en no recuperar de vez en cuando más que once francos con cincuenta céntimos; le quedaban debiendo los intereses. Cuando daba cincuenta francos por sesenta a un pequeño frutero, o cien francos por ciento veinte a un vendedor de manteca, incurría en ciertos riesgos.

Al llegar por la calle Postes a la de Poules, Teodosio y Dutoq vieron, gracias a la claridad arrojada por los quinqués del vinatero, un numeroso grupo de hombres y mujeres, y se asustaron al contemplar aquella masa de caras enrojecidas, arrugadas, maquilladas, serias por los sufrimientos, ajadas, desgredadas, calvas, abotargadas por el vino y enflaquecidas por los licores, unas amenazadoras y otras resignadas, éstas burlonas, aquéllas inteligentes, otras aleladas, que surgían entre aquellos terribles harapos que el dibujante nunca consigue sobrepasar, ni siquiera en sus más extravagantes fantasías.

—Me reconocerán —dijo Teodosio arrastrando a Dutocq—. Hemos cometido una tontería viniendo a buscarle en medio de su trabajo.

—Tanto más cuanto que no pensamos que Claparon esté acostado en su tugurio, cuyo interior no conocemos. Mirad, hay inconvenientes para vos, pero no los hay para mí; yo puedo tener que hablar con mi copista y voy a decirle que venga a cenar, pues hoy se celebra audiencia y no podemos almorzar; nos citaremos en la *Chaumière*, en uno de los gabinetes del jardín...

—Malo; pueden oímos sin que nos demos cuenta —respondió el abogado—. Prefiero el *Petit Rocher de Cancale*: allí podremos ocupar un gabinete y hablar bajo.

—¿Y si os ven con Cérizet?

—Bien, en tal caso, vayamos al *Cheval Rouge*, en el muelle de la Tournelle.

—Esto me gusta más; a las siete, no encontraremos a nadie.

Así, pues, Dutocq se adelantó solo en medio de aquel congreso de pordioseros y oyó que la multitud repetía su nombre, ya que era difícil no encontrarse allí algún reo,

por la misma razón que Teodosio hubiera encontrado clientes suyos.

En estos barrios, el juez de paz es el tribunal supremo, donde van a morir todas las disputas, en especial después de la ley que le ha dado competencia soberana en los casos cuyas costas no excedan de ciento cuarenta francos. Todos abrieron paso al escribano, a quien temían tanto como al juez de paz. Dutocq vio a varias mujeres sentadas en la escalera: horrible exposición, parecida a la de esas flores dispuestas escalonadamente, entre las que había mujeres jóvenes, pálidas y doloridas; la diversidad de los colores, de las pañoletas, de los sombreros, de los vestidos y de los delantales, quizás hiciese aquella comparación más exacta de lo que debe ser una comparación. Dutocq quedó medio asfixiado al abrir la puerta de la pieza por la que ya habían pasado sesenta personas dejando en ella sus olores.

—¿Vuestro número? ¿El número? —gritaron todas las voces.

—¡Cerrad el pico! —gritó alguien desde la calle, con voz nunca—. Es el escribano del juez de paz.

Reinó el más profundo silencio. Dutocq encontró a su copista vestido con un chaleco de piel, amarillo como los guantes de la gendarmería, debajo del cual Cérizet llevaba otro de punto. Imagínese el lector a aquel rostro enfermo surgiendo de semejante funda, cubierto de una mala tela de lana y algodón entretejidos que, al dejar ver la frente y el cuello pelado, devolvía a aquella cabeza su carácter feo y amenazador a la vez, sobre todo a la luz de una vela de las de doce por libra.

—Esto no puede ser, papá Lantimeche —decía Cérizet a un viejo alto que aparentaba unos setenta años y que permanecía de pie ante él, con el gorro de lana roja en la mano, mostrando una cabeza calva y un pecho cuyos pelos blancos surgían a través de su mala blusa de trabajo—. Explicadme lo que os proponéis hacer. Cien francos, incluso a condición de devolverme ciento veinte, no se sueltan como un perro en una iglesia...

Las otras cinco personas allí presentes, entre las que se encontraban dos mujeres, ambas nodrizas, una de las cuales hacía calceta y la otra daba el pecho a una criatura, soltaron la carcajada.

Cuando vio Dutocq, Cérizet se levantó respetuosamente y fue con presteza a su encuentro, añadiendo:

—Tenéis tiempo de reflexionar. Esta suma de cien francos, pedida por un viejo compañero cerrajero, me preocupa, la verdad.

—¡Se trata de un invento! —exclamó el viejo obrero.

—¡Un invento y cien francos!... Vos no conocéis las leyes; necesitáis dos mil francos —terció Dutocq—. Os hará falta una patente, protecciones...

—Es verdad —dijo Cérizet, quien, desde luego, contaba con azares de este género—. Escuchad, papá Lantimeche, venid mañana a las seis de la mañana y hablaremos. No me gusta hablar de inventos en compañía...

Cérizet escuchó a Dutocq, cuyas primeras palabras fueron:

—¡Si es bueno, vamos a medias!

—¿Os habéis levantado tan temprano sólo para decirme esto? —preguntó el desconfiado Cérizet, ya molesto por el *vamos a medias*—. Podíais habérmelo dicho en la escribanía.

Y miró a Dutocq de soslayo, mientras éste le decía la verdad, le hablaba de Claparon y de la necesidad de darse prisa en el asunto de Teodosio; pero pareció enredarse en sus propias palabras.

—De todos modos, esta mañana ya me hubierais visto en la escribanía —respondió Cérizet acompañando a Dutocq hasta la puerta.

—Me parece que éste —dijo al volver a su sitio— ha apagado de un soplo su linterna para que yo no vea claro. Bien, dejaremos nuestra plaza de copista... ¡Ah, madrecita! —exclamó—, conque vos inventáis niños... ¡Tiene gracia, aunque el truco es muy conocido!

XVI

COMO FUE CONQUISTADA BRÍGIDA

Resulta completamente inútil describir la entrevista de los tres asociados, pues las disposiciones convenidas constituyeron la base de las confidencias de Teodosio a la señorita Thuillier; pero sí es necesario observar que la habilidad demostrada por La Peyrade casi asustó a Cérizet y a Dutocq. A partir de aquella conferencia, el banquero de los pobres estuvo germinando en su conciencia la idea de zafarse hábilmente de aquella delicada partida, viendo que se hallaba en compañía de jugadores tan experimentados. Ganar la partida a toda costa y vencer a los más diestros, aunque sea con malas artes, es una tentación de la que difícilmente se libran los vanidosos amigos del tapete verde. De aquí provino el terrible golpe que La Peyrade había de recibir.

Sin embargo, conocía a sus dos asociados, pero al propio tiempo, a pesar de que contenía constantemente sus fuerzas intelectuales y de los continuos cuidados que requería su personaje de diez facetas, nada le fatigaba como el papel que tenía que representar con sus dos cómplices. Dutocq era un redomado bribón y Cérizet había sido comediante; los tres eran expertos en muecas. Un rostro inmóvil, como el de Talleyrand, les hubiera hecho romper sus relaciones con el provenzal, que se hallaba entre sus garras, y éste debía mostrar una soltura, una confianza, un juego franco, que abiertamente sólo podía hacerlo un artista en la plenitud de sus facultades. Producir una ilusión ante la platea de un teatro es un triunfo de todos los días, pero engañar a la señorita Mars, a Frédérik Lemaitre, Potier, Taima o Monrose es el colmo del arte.

Así, pues, aquella conferencia produjo como resultado en La Peyrade, tan sagaz como Cérizet, un miedo secreto que, durante el último período de aquella inmensa

partida, le abrasó la sangre y caldeó por momentos su corazón, hasta el punto de ponerle en el estado morbosos del jugador que sigue la ruleta con la mirada cuando arriesga su última apuesta. Los sentidos adquieren entonces una extraordinaria lucidez en su acción, y la inteligencia posee un alcance para el que la ciencia humana carece de medidas.

Al día siguiente de aquella conferencia, La Peyrade fue a cenar con los Thuillier y, con el vulgar pretexto de hacer una visita a la señora de Saint-Foudrille, la esposa del ilustre sabio, con la que quería relacionarse, Thuillier se llevó a su mujer y dejó a Teodosio con Brígida. Tanto Thuillier como su hermana y Teodosio, no se dejaron engañar por aquella comedia, y el viejo lechuguino del Imperio daba el nombre de diplomacia a esta maniobra.

—Joven, no abuséis de la inocencia de mi hermana, respetadla —dijo solemnemente Thuillier antes de partir.

—Señorita —dijo Teodosio, acercando su sillón a la poltrona en que Brígida hacía calceta—, ¿ya habéis pensado en sacar partido del comercio del distrito en beneficio de Thuillier?

—¿Cómo? —preguntó ella.

—¿No sostenéis relaciones comerciales con Barbet y Métivier?

—¡Ah, tenéis razón!... ¡A fe mía que no sois torpe! —contestó tras una pausa.

—¡Es un placer servir a las personas que se quieren! —respondió él sentenciosamente y desde lejos.

Seducir a Brígida, tras aquella larga batalla entablada desde hacía dos años, era como conquistar el gran reducto del Moscova, el punto culminante. Pero había que poseer a aquella solterona como en la Edad Media, se decía que el diablo poseía a las personas, a fin de hacer imposible en ella todo despertar. Desde hacía tres días, La Peyrade medía sus fuerzas para afrontar aquella tarea, y la había rodeado para reconocer sus dificultades. La lisonja, aquel medio infalible en unas manos hábiles, fracasaba con una mujer que desde hacía mucho tiempo sabía que no tenía la menor belleza. Sin embargo, para el hombre voluntarioso nada hay inexpugnable, y los Lamarque siempre sabrán conquistar Caprea. Así, no podemos omitir nada de la memorable escena que se desarrolló aquella noche; todo tiene su valor: las pausas, las miradas bajas, las expresiones y hasta las inflexiones de la voz.

—Vos ya habéis demostrado queremos mucho... —repuso Brígida.

—¿Os lo ha dicho vuestro hermano?...

—No, solamente me ha dicho que teníais que hablarme...

—Sí, señorita, porque vos sois el hombre de la familia; pero, pensándolo bien, he visto que hay muchos peligros para mí en este asunto; una persona sólo se compromete así por sus deudos... Se trata de toda una fortuna, de treinta a cuarenta mil francos de renta, sin la menor especulación. ¡Un inmueble!... De momento me dejé engañar por la necesidad de dar una fortuna a Thuillier... Esto es algo que fascina, como le dije... pues, a menos de ser un imbécil, uno se pregunta; «¿Por qué

nos querrá tanto bien?» Y, como le he dicho: trabajando para él, tengo la impresión de que trabajo en mi propio beneficio. Si él quiere ser diputado, son absolutamente necesarias dos cosas: pagar el censo y hacer que su nombre se recomiende por medio de cierta celebridad. Si yo llevo mi afecto hasta el extremo de querer ayudarle a escribir un libro sobre el crédito público o sobre lo que sea, también pensar en su fortuna... y sería absurdo que vos le dieseis esta casa...

—¿Para mi hermano?... ¡Mañana mismo la pondría a su nombre! —exclamó Brígida—. Vos no me conocéis...

—No os conozco totalmente —repuso La Peyrade—, pero sé de vos cosas que me han hecho lamentar no haberlo dicho todo desde el principio, en el momento que concebí el plan al que Thuillier deberá su nombramiento. Al día siguiente habrá quien estará celoso y la tarea, desde luego, será ruda: hay que confundirlo, despojar de cualquier excusa a sus rivales.

—Pero el asunto... —dijo Brígida—. ¿En qué consisten las dificultades?

—Señorita, las dificultades provienen de mi conciencia... y tened por cierto que yo no os prestaré mi ayuda para esto sin consultar antes a mi confesor... En cuanto a la sociedad, ¡oh!, el asunto es perfectamente legal y yo soy incapaz de proponer una combinación que pudiese provocar censura... No olvidéis que figuro en el registro del Colegio de Abogados, y soy miembro de una corporación muy rigurosa... En primer lugar, mi excusa consistirá en no sacar un céntimo de esto...

Brígida estaba sobre ascuas, tenía el rostro arrebolado, rompía los hilos de lana, los ataba y no sabía a qué carta quedarse.

—Hoy no se pueden tener cuarenta mil francos de renta en inmuebles a menos que se disponga de un millón ochocientos mil —afirmó Brígida.

—Os garantizo que veréis el inmueble, que calcularéis sus probables beneficios, y que quiero convertir a Thuillier en propietario del mismo, por cincuenta mil francos.

—Pues bien, si nos conseguís esto —exclamó Brígida en alto grado de irritación, atormentada por su codicia, que se había despertado—, adelante, mi querido señor...

Y se interrumpió.

—¿Decíais, señorita?

—Tal vez lo hubierais hecho para vos...

—¡Ah!, si Thuillier os ha dicho mi secreto, me voy de esta casa.

Brígida levantó la cabeza.

—¿Os ha dicho que yo amaba a Céleste?

—¡No, a fe de joven honrada! —exclamó Brígida—; pero yo iba a hablaros de ella.

—¡Ofrecérmela!... ¡Oh, que Dios nos perdone! No quiero deberla más que a ella misma, a sus padres, a una libre elección... No, yo no deseo de vos más que vuestra benevolencia, vuestra protección... Prometedme, al igual que Thuillier, como precio de mis servicios, vuestra influencia y vuestra amistad; decidme que me trataréis como a un hijo... Y entonces, os consultaré. Aceptaré vuestra decisión, no hablaré a mi

confesor. Mirad, desde hace dos años observo la familia a la que querría dar mi nombre, y que sería dichoso si pudiese dotar con mi energía... pues yo llegaré... La he observado bien, y os digo que tenéis una honradez a la antigua, un juicio recto e inflexible... Conocéis los negocios, y todo el mundo aprecia estas cualidades... Con una madre política de vuestra categoría, yo encontraría la vida interior libre de una serie de detalles de fortuna que nos cierran el paso en política, tan pronto como hay que ocuparse de ellos... ¡Os admiré tanto, el domingo por la noche!... ¡Ah, qué hermosa estabais! ¡Cómo despejasteis todo esto! Creo que no empleasteis más de diez minutos en dejar libre el comedor... Y, sin necesidad de salir de vuestra casa, supisteis encontrar todo cuanto hacía falta para los refrescos, para la cena... Yo me decía: «¡Ésta sí que es una verdadera señora de su casa!...

Brígida dilató las aletas de la nariz, respiró las palabras del joven abogado, y éste la miró de soslayo, para disfrutar de su triunfo. Había tocado su cuerda sensible.

—¡Oh! —replicó ella—. ¡Estoy acostumbrada a llevar una casa!

—¡Interrogar una conciencia limpia y pura! —repuso Teodosio—. Sí, esto me basta.

Estaba de pie, volvió a sentarse y añadió:

—Vamos a hablar de nuestro asunto, mi querida tía, pues seréis un poco mi tía...

—¿Queréis callaros, picaro? —le interrumpió Brígida— Vamos, hablad.

—Voy a deciros las cosas muy crudamente, y observad que me comprometo al decíroslo, pues debéis saber que conozco secretos merced a mi posición como abogado... Así, figuraos que cometemos juntos un crimen de lesa bufe. Un notario de París se ha asociado con un arquitecto, y ambos han comprado terrenos y han edificado; en estos momentos hay una baja precipitada... se han equivocado en sus cálculos..., pero no nos ocupemos de todo esto... Entre las casas que construyó su ilícita compañía, sí, ilícita, porque los notarios no pueden mezclarse en negocios, hay una que, al no estar acabada, sufre una depreciación tan grande que apenas será tasada en cien mil francos, a pesar de que el solar y la construcción costaron cuatrocientos mil.

Toda vez que solamente quedan por hacer los interiores, nada más fácil de evaluar, y como estas cosas las tienen a punto los contratistas, para darlas baratísimas, la suma a gastar no sobrepasará los cincuenta mil francos. Pero tened en cuenta que, por su situación, la casa producirá más de cuarenta mil francos, una vez pagados los impuestos. Es toda de piedra labrada, y las paredes divisorias de manipostería; la fachada está cubierta de suntuosas esculturas y han gastado en ella más de veinte mil francos. En cuanto a las ventanas, son de vidrios, con fallebas de nuevo sistema, llamadas *cremonos*.

—Bien, ¿en qué consiste la dificultad?

—Voy a explicárosla: el notario se reservó esta parte del pastel que tuvo que abandonar, y, encubierto bajo el nombre de sus amigos, es uno de los prestamistas que espera vender el inmueble en pública subasta: después de ir a la quiebra, no los

han demandado, pues esto costaría demasiado caro y se vende por subasta voluntaria; ahora bien, dicho notario se ha dirigido a uno de sus clientes pidiéndole su nombre para comprar; mi cliente es un pobre diablo y me ha dicho: «Aquí hay una fortuna. Si se la pudiéramos birlar al notario...»

—¡En el comercio, esto se hace! —dijo vivamente Brígida.

—Si no hubiese más que esta dificultad —prosiguió Teodosio—, sería muy fácil, como decía uno de mis amigos a un alumno suyo, que se quejaba de lo difícil que es hacer obras maestras en pintura: «¡Mi querido pequeño, si no fuese así, hasta los lacayos las harían!» Pero, señorita, si se atrapa a ese sinvergüenza de notario que, creedme bien, merece que lo atrapen, pues ha comprometido muchas fortunas particulares, como es un hombre muy ladino, aunque sea notario, quizá será difícil pescarle dos veces. Cuando se compra un inmueble, si los que han invertido dinero en él se ven amenazados de perderlo por la insuficiencia del precio, tienen la facultad de hacer una puja, dentro de cierto plazo, es decir, de ofrecer más y reservarse el inmueble. Si no se puede engañar a ese desaprensivo hasta que expire el plazo concedido para la puja, hay que buscar una nueva astucia en vez de la primera. Pero, este asunto, ¿es verdaderamente legal?... ¿Puedo intervenir en beneficio de la familia en la que deseo ingresar?... Esto es lo que me pregunto desde hace tres días.

Brígida, hay que reconocerlo, vacilaba, y Teodosio apeló entonces a su último recurso.

—Consultadlo con la almohada; mañana hablaremos de ello...

—Escuchad, hijo mío —dijo la solterona, mirando al abogado con una expresión casi amorosa—. Ante todo, conviene ver la casa. ¿Dónde está?

—Cerca de la Madeleine. ¡En lo que será el corazón de París dentro de diez años! ¡Y si supieseis que ya se pensaba en estos terrenos desde 1819! La fortuna del banquero du T'illet procede de ahí... La famosa quiebra del notario Roguin, que tanto asustó a París y dio un golpe tan tremendo a la consideración de que gozaba el notariado, aquella quiebra, a consecuencia de la cual se hundió el célebre perfumista Birotteau, no tuvo otra causa: especularon prematuramente con estos terrenos.

—Me acuerdo muy bien —respondió Brígida.

—No hay ninguna duda de que la casa podrá estar terminada a fines de este año, y los alquileres empezarán a mediados del año próximo.

—¿Podemos ir mañana?

—Mi bella tía, estoy a vuestras órdenes.

—¡Vamos! No me llaméis nunca así delante de los demás... En cuanto al asunto —prosiguió—, debo reservar mi opinión hasta haber visto la casa...

—Tiene seis pisos, nueve ventanas de fachada, un hermoso patio, cuatro tiendas y hace esquina. ¡Oh, el notario sabe lo que se trae entre manos! Pero se produce un acontecimiento político, y las rentas y todos los negocios se van por los suelos. Yo, en vuestro lugar, vendería cuanto posee el señor Thuillier y el papel del Estado, que tenéis, para comprar para Thuillier este bello inmueble, y reharía la fortuna de esta

pobre devota con las futuras economías... ¿Creéis que las rentas pueden subir más de lo que están hoy día?... ¿Ciento veintidós? Es fabuloso; hay que darse prisa.

Brígida se relamía, viendo el medio de conservar su capital y enriquecer a su hermano a expensas de la señora Thuillier.

—Desde luego, mi hermano tiene razón —dijo a Teodosio—, Sois un hombre como hay pocos y que llegará lejos...

—¡Pero él irá precediéndome! —respondió Teodosio con un candor que conmovió a la solterona.

—Vos seréis de la familia —dijo ella.

—Surgirán obstáculos —contestó Teodosio—. La señora Thuillier está un poco trastornada y no me quiere mucho.

—¡Ah, eso querría verlo! —exclamó Brígida—. Hagamos el negocio, si es factible; y dejadme vuestros intereses en mis manos.

—Thuillier, miembro del Consejo general, poseedor de un inmueble que se alquila al menos por cuarenta mil francos, condecorado y autor de una obra política grave y seria... será diputado en una de las próximas elecciones. Pero, *internos*, sólo un suegro de verdad merece estos desvelos...

—Tenéis razón.

—Aunque yo no tenga fortuna, habré duplicado la vuestra, y, si este negocio se hace con discreción, buscaré otros...

—Mientras no haya visto la casa —observó la señorita Thuillier— no puedo decidir nada...

—Muy bien, mañana tomaremos un coche e iremos a verla; obtendré una autorización para visitar el inmueble.

—Hasta mañana al mediodía —respondió Brígida tendiendo la mano a Teodosio para que él la estrechase; pero el abogado depositó en ella el beso más tierno y respetuoso que aquella mujer había recibido en su vida.

—¡Adiós, hijo mío! —dijo la solterona, acompañándole hasta la puerta.

Después agitó vivamente la campanilla para llamar a una de sus sirvientas, y, cuando ésta apareció, le dijo:

—Josefina, id inmediatamente a casa de la señora Colleville, y decidle que venga a hablar conmigo.

Un cuarto de hora más tarde, Flavie entraba en el salón por el que Brígida se paseaba, presa de una espantosa agitación.

—Amiga mía, se trata de hacerme un gran favor y que concierne a nuestra querida Céleste... Ya conocéis a Tullia, la bailarina de la Ópera; estoy cansada de oír hablar de ella a mi hermano, en otro tiempo...

—Si, querida, pero ahora ya no es bailarina, sino la señora condesa du Bruel. ¡Su marido es nada menos que par de Francia!...

—¿Seguís en buenas relaciones con ella?

—Hace mucho tiempo que no nos vemos...

—Pues bien, yo he sabido que Chaffaroux, el rico contratista, es tío suyo —dijo la solterona—. Es un hombre viejo y rico; id a ver a vuestra antigua amiga y conseguid de ella un billete para su tío, en el que le diga que considerará un gran favor, el mayor que puede hacerle a ella, dar un consejo de amigo sobre un asunto que vos le expondréis, y que le iremos a buscar a su casa mañana a la una. ¡Pero que la sobrina recomienda a su tío que guarde el más profundo secreto! ¡Id, hija mía! Céleste, nuestra querida hija, será millonaria, y recibirá de mi mano, sabedlo bien, un marido que la pondrá en el pináculo.

—¿Queréis que os diga la primera letra de su nombre?

—Decid...

—¡Teodosio de La Peyrade! Tenéis razón. Es un hombre que, apoyado por una mujer como vos, puede llegar a ser ministro.

—¡Es Dios quien lo ha puesto en nuestra casa! —exclamó la solterona.

En aquel momento regresaron el señor y la señora Thuillier.

XVII

EL REINADO DE TEODOSIO

Cinco días después, en el mes de abril, el bando que convocaba a los electores para nombrar a un miembro del consejo municipal, el 20 del mismo mes, fue publicado en el *Moniteur* y puesto en las paredes de París. Desde hacia bastantes semanas estaba en funciones el ministerio llamado del 1.º de marzo. Brígida se hallaba de un humor excelente, ya que pudo comprobar la verdad de los asertos de Teodosio. El viejo Chaffaroux visitó la casa de los sótanos al desván y tuvo que reconocer que se trataba de una obra maestra de la construcción. El pobre Grindot, el arquitecto interesado en los asuntos del notario y de Claparon, creyó trabajar para el contratista, mientras que el tío de la señora du Bruel imaginó que se trataba de los intereses de su sobrina, y dijo que con treinta mil francos terminaría la casa. Así, desde hacía una semana. La Peyrade era el dios de Brígida; ella le demostraba con los argumentos más ingenuamente ímprobos, que era preciso agarrar la fortuna por los pelos cuando se presentaba.

—Bien, si hay en esto algún pecado —le decía ella en el jardín—, ya os confesaréis de él...

—Vamos, amigo mío —exclamó Thuillier—, ¡qué diablo! Uno se debe a sus parientes...

—Bien, me decidiré a hacerlo —respondió La Peyrade con voz conmovida—, pero con las condiciones que yo mismo impondré. No quiero que, por haberme casado con Céleste, me tachen de avidez, de codicia... Si me causáis remordimiento,

haced al menos que continúe siendo lo que soy a los ojos del público. No des a Céleste, mi viejo Thuillier, más que la nuda propiedad de la casa que te conseguiré.

—Es muy justo...

—No os quedéis sin nada —prosiguió Teodosio—, y que mi querida tía haga lo mismo en el contrato. Poned el resto de los capitales disponibles a nombre de la señora Thuillier en el libro mayor, y ella hará lo que desee. De esta forma viviremos en familia. Yo me encargo de hacer mi fortuna, una vez que deje de inquietarme el porvenir.

—¡Me parece muy bien! —exclamó Thuillier—. Así habla un hombre honrado.

—¡Dejadme que os bese en la frente, hijo mío! —exclamó la solterona—. Pero, como de todos modos hace falta una dote, daremos sesenta mil francos a Céleste.

—Para que se vista —observó La Peyrade.

—Los tres somos personas de honor —repuso Thuillier—. De acuerdo, vos nos proporcionáis el negocio de la casa, escribiremos juntos mi obra política y procuraréis obtenerme la condecoración...

—Así será, del mismo modo que seréis concejal el 1.º de mayo. Solamente os pido, mí buen amigo, y a vos también, tía, que guardéis el más profundo secreto, y no prestéis oídos a las calumnias que me asesinarán, cuando todos los que voy a burlar se vuelvan contra mí... Tened en cuenta que me convertiré en un desarrapado, en un bribón, un hombre peligroso, un ambicioso, un pescador de fortuna... ¿Sabréis escuchar estas acusaciones con calma?

—No os preocupéis —aseguró Brígida.

A partir de aquel día, Thuillier se convirtió en *buen amigo*. Buen amigo fue el nombre que le daba Teodosio, con inflexiones de voz de una variedad en la ternura que hubieran sorprendido a Flavie. Pero *tía*, el apelativo que tanto halagaba a Brígida, era un nombre que sólo se pronunciaba entre los Thuillier, al oído ante los demás, y a veces para Flavie. La actividad de Teodosio y Dutocq, de Cérizet, de Barbel, de Métivier, de los Minard, los Phellion, los Laudigeois, de Colleville, de Pron, de Barnio y de sus amigos, fue excesiva. Grandes y pequeños ponían manos a la obra. Cadenet obtuvo treinta votos en su sección y escribió para siete electores que no sabían a quien elegir. El 30 de abril, Thuillier fue proclamado miembro del Consejo general del departamento del Sena, por imponente mayoría, pues sólo le faltaron sesenta votos para ser elegido por unanimidad. El 1.º de mayo, Thuillier se reunió con los demás miembros de la corporación municipal para ir a las Tullerías a felicitar al Rey con motivo de su onomástica, y regresó radiante. Había entrado allí siguiendo los pasos de Minard.

Diez días después, un cartel amarillo anunciaba la venta por subasta voluntaria de la casa, tasada en setenta y cinco mil francos; la adjudicación definitiva tendría lugar a fines de julio. A este respecto, Claparon y Cérizet llegaron a un acuerdo por el cual Cérizet aseguraba la suma de quince mil francos, de palabra, naturalmente, a Claparon, para el caso en que consiguiese engañar al notario después del plazo fijado

para la puja. La señorita Thuillier, advertida por Teodosio, se adhirió plenamente a esta cláusula secreta, comprendiendo que era necesario pagar a los autores de esta amable traición. La suma debía pasar por las manos del digno abogado. Claparon se citó a medianoche con su cómplice, el notario, en la plaza del Observatorio. El cargo del notario aunque puesto en venta por una decisión de la cámara disciplinaria de los notarios de París, aún no se había vendido.

Aquel joven, sucesor de Leopoldo Hannequin, quiso *correr* tras la fortuna en vez de tratar de alcanzarla andando; todavía se veía otro porvenir y trataba de arreglarlo todo. En aquella entrevista, llegó hasta los diez mil francos para comprar su seguridad en aquel sucio negocio; sólo debía devolverla a Claparon después de la firma de una contra letra suscrita por el comprador. El notario sabía que esta suma era el único capital que serviría a Claparon para reha cer su fortuna, y se creyó seguro de él.

—¿Quién, en todo París, podría darme semejante comisión por un asunto así? — le dijo Claparon con una falsa expresión de ingenuidad—. Dormid tranquilo; tendré por comprador aparente a uno de esos hombres de honor, demasiado estúpido para tener ideas como las vuestras... Es un viejo empleado retirado; vos le daréis fondos para pagar y él os aceptará vuestra contra-letra.

Cuando el notario hubo dejado ver bien a Claparon que sólo podía disponer de diez mil francos, Cérizet ofreció doce mil a su antiguo asociado y después pidió quince mil a Teodosio, reservándose no devolver más que doce mil a Claparon. Todas estas escenas entre aquellos cuatro hombres estuvieron sazonadas por las más hermosas frases relativas a los sentimientos y a la honradez y sobre las mutuas obligaciones que se debían unos hombres destinados a trabajar juntos y a encontrarse. Mientras se ejecutaban estos trabajos submarinos en beneficio de Thuillier, a quien Teodosio se los describía expresando el más profundo disgusto por tener que hundirse en aquellos tejemanejes, los dos amigos meditaban juntos acerca de la gran obra que el *buen amigo* debía publicar, y el miembro del consejo general del Sena adquiría la convicción de que él nunca podía hacer nada sin aquel hombre genial, cuyo ingenio le dejaba pasmado y cuya facilidad le sorprendía, de manera que, a medida que pasaban los días, cada vez consideraba más necesario convertirle en su yerno. Así, desde el mes de mayo, Teodosio cenaba cuatro días, de los siete que tenía la semana, con el *buen amigo*.

Fue el momento en que Teodosio reinó sin discusión en aquella familia; contaba entonces con la aprobación de todos los amigos de la casa. Veamos cómo. Los Phellion, al oír entonar las alabanzas de Teodosio a Brígida y a Thuillier, temieron desairar a aquellas dos potencias y las corearon, aun cuando aquellos perpetuos elogios pudiesen importunarles o parecerles excesivos. Otro tanto ocurrió con la familia Minard. Además, la conducta de La Peyrade, que se había convertido en el *amigo de la casa*, fue constantemente sublime; desarmaba la desconfianza por la manera como sabía desaparecer; estaba allí como un mueble más; hizo creer a los Phellion y a los Minard que había sido pesado y medido por Brígida y Thuillier,

quienes le encontraron demasiado ligero para no ser más que un joven al que serían útiles.

—Tal vez se figura —dijo un día Thuillier a Minard—, que mi hermana le tendrá en cuenta en su testamento. ¡Qué poco la conoce!

Estas palabras, obra de Teodosio, aplacaron las inquietudes del receloso Minard.

—Nos quiere y es leal con nosotros —dijo un día la solterona a Phellion—, pero tiene que estamos agradecido: le damos sus recibos del alquiler y casi puede decirse que come en nuestra compañía...

Aquel sofión de la solterona, inspirado por Teodosio y repetido en cuchicheos por las familias que frecuentaban el salón Thuillier, dispó todos los temores, y Teodosio dio más visos de verosimilitud a las pretendidas indiscreciones de Thuillier y su hermana, con un servilismo de parásito. Durante las partidas de *whist*, justificaba las faltas cometidas por el *buen amigo*. Su sonrisa, fija y bondadosa como la de la señora Thuillier, estaba siempre a punto para todas las necedades burguesas de la hermana y el hermano.

Consiguió lo que quería con más ardor: el desdén de sus verdaderos antagonistas, y se hizo con él un manto para ocultar su poderío. Durante cuatro meses, tuvo la dilatada figura de una serpiente digiriendo y engullendo su presa. Al mismo tiempo, corría al jardín con Colleville y Flavie, para reír y quitarse la máscara, para descansar y adquirir nuevo temple, entregándose junto a su futura mamá política a unos arrebatos nerviosos de pasión que la asustaban o la enternecían.

—¿Es que no os causo compasión? —le decía la víspera de la adjudicación preparatoria, en que Thuillier obtuvo la casa por setenta y cinco mil francos—. ¡Un hombre como yo, arrastrarse como hacen los gatos, contener mis epigramas, tragarme la hiel... y encima de esto, tener que soportar vuestras negativas!

—¡Amigo mío, hijo mío! —contestaba Flavie, que aún no se había decidido.

Estas palabras son un termómetro que debe indicar a qué temperatura aquel hábil artista manejaba su intriga con Flavie. La pobre mujer flotaba entre su corazón y la moral, entre la religión y la pasión misteriosa.

Mientras tanto, el joven Félix Phellion, con una devoción y una constancia dignas de todo elogio, daba lecciones al joven Colleville; no escatimaba horas, creyendo trabajar en provecho de su futura familia. Para agradecer sus desvelos y por consejo de Teodosio, los Colleville invitaban al profesor a cenar los jueves, y el abogado no faltaba jamás. Flavie hacía tan pronto una bolsa como unas zapatillas o una petaca al dichoso joven, quien exclamaba:

—Me siento más que pagado, señora, con la felicidad que siento al seros útil...

—Nosotros no somos ricos, señor profesor —respondía Colleville—, pero, ¡pardiez!, ingratos aún lo somos menos.

El viejo Phellion se frotaba las manos al escuchar a su hijo a la vuelta de estas veladas, y ya veía a su querido, a su noble Félix, casándose con Céleste...

Sin embargo, cuanto más amaba, más grave y seria se volvía Céleste con Félix,

tanto más teniendo en cuenta que su madre la sermoneó vivamente una noche, diciéndole:

—No deis ninguna esperanza al joven Phellion, hija mía. Ni vuestro padre ni yo somos dueños de casaros; aún tenéis esperanzas. Más que de agradar a un profesor sin blanca, se trata de aseguraros el afecto de la señorita Brígida y de vuestro padrino. Si no quieres matar a tu madre, ángel mío, sí, matarme... obedéceme ciegamente en este asunto, y métete bien en la cabeza que ante todo deseamos tu felicidad.

Como la adjudicación definitiva estaba indicada para finales de julio, Teodosio aconsejó a Brígida, a fines de junio, que arreglase todo. La solterona vendió la víspera los efectos públicos de su cuñada y los suyos propios. La catástrofe del tratado de las cuatro potencias, verdadero insulto a Francia, es un hecho histórico, pero es necesario recordar que, de julio a finales de agosto, las rentas francesas, intimidadas por la perspectiva de una guerra a la que se abandonó quizá con exceso Thiers, descendieron veinte francos, y se vio el tres por ciento a sesenta. Esto no fue todo: aquel desastre financiero influyó en los inmuebles de París de la manera más lamentable, y todos los que se hallaban en venta en aquellos momentos fueron adjudicados en baja. Tales acontecimientos convirtieron a Teodosio en un profeta, en un hombre genial a los ojos de Brígida y de Thuillier, a quienes la casa fue definitivamente adjudicada en el precio de setenta y cinco mil francos. El notario, complicado en aquel desastre político y cuyo cargo había sido vendido, se vio obligado a ir a pasar unos días al campo; pero llevó consigo los diez mil francos de Claparon. Aconsejado por Teodosio, Thuillier hizo un acuerdo con Grindot para trabajar a tanto alzado. El arquitecto creyó trabajar para el notario al acabar la casa, y, como durante aquel período de inquietud financiera las obras suspendidas dejaban a los obreros con los brazos cruzados, el arquitecto pudo acabar ventajosamente y de una manera espléndida su obra predilecta.

Por veinticinco mil francos doró cuatro salones... Teodosio exigió que el acuerdo se hiciese por escrito y que en él se pusiesen cincuenta mil francos en vez de veinticinco mil.

Esta adquisición decuplicó la importancia de Thuillier. En cuanto al notario, había perdido la cabeza ante unos acontecimientos políticos cuyos efectos fueron como una tromba en un día radiante.

Seguro de su dominación, fuerte a causa de tantos favores y dueño de Thuillier por la obra que ambos hacían en común, pero admirado sobre todo por Brígida debido a su discreción, pues nunca había hecho la menor alusión a sus dificultades económicas y no hablaba jamás de dinero, Teodosio se mostró menos servil que anteriormente. Brígida y Thuillier le dijeron:

—Nada puede haceros perder nuestra estima, os encontráis aquí como en vuestra casa; la opinión de Minard y Phellion, que tanto parecéis temer, tiene para nosotros el dolor de una estrofa de Víctor Hugo. Así es que dejadles que digan... ¡Levantad la cabeza!

—Aún los necesitamos para el nombramiento de Thuillier en la Cámara —observó Teodosio—. Seguid mis consejos; os parecen bien, ¿no es verdad? Cuando la casa sea definitivamente vuestra, la habréis conseguido por nada, pues podréis comprar papel al tres por ciento por sesenta francos, a nombre de la señora Thuillier, a fin de devolverle toda su fortuna... Esperad solamente que expire el plazo de la puja y tenedme preparados los quince mil francos para esos pillos.

Brígida no esperó más: invirtió todos sus capitales, salvo una suma de ciento veinte mil francos, y... descontando la fortuna de su cuñada, compró doce mil francos de renta al tres por ciento, a nombre de la señora Thuillier, por doscientos cuarenta mil francos y diez mil más, también de renta, en el mismo fondo, a su nombre, prometiéndose que nunca más se preocuparía por el descuento. Veía ya a su hermano con cuarenta mil francos de renta, además de su retiro, doce mil para la señora Thuillier, y para ella dieciocho mil. En total, sesenta mil francos anuales, y el alojamiento, que calculaba en ocho mil más.

—¡Ahora valemos tanto como los Minard! —exclamó.

—Aún no cantemos victoria —le dijo Teodosio—. El plazo de la puja para la subasta sólo expira dentro de ocho días. Yo me he ocupado de vuestros asuntos, y los míos van de mal en peor...

—¡Mi querido hijito, tenéis amigos! —exclamó Brígida—. ¡Y si os hacen falta veinticinco luses, siempre los encontraréis aquí!...

Teodosio, al oír esta frase, cambió una sonrisa con Thuillier, quien se lo llevó afuera para decirle:

—Disculpad a mi pobre hermana; ve el mundo por el cuello de una botella... Pero si tenéis necesidad de veinticinco mil francos, os los prestaré... a cuenta de mis primeros alquileres.

—Thuillier, estoy con una soga al cuello —exclamó Teodosio—. Desde que soy abogado debo letras de cambio... ¡Pero chitón! —añadió, asustado de haber dejado escapar el secreto de su situación—. Estoy entre las garras de irnos bellacos... y quiero demostrar que soy más listo que ellos...

XVIII

DIABLOS CONTRA DIABLOS

Revelando su secreto, Teodosio perseguía una doble finalidad: probar a Thuillier y prevenir un golpe funesto que podría recibir en la lucha sorda y siniestra prevista desde hacía mucho tiempo. Bastarán dos palabras para explicar su horrible situación.

En medio de la profunda miseria que había atravesado, únicamente Cérizet fue a verle en una buhardilla en la que permanecía acostado por carecer de ropas con que

vestirse, en una época en que el clima era extremadamente frío. Solamente tenía la camisa que llevaba puesta. Desde hacía tres días, durante los cuales no dejaba de preguntarse cómo lograría salir de aquel apuro, vivía de un pan, que cortaba a trozos con cierta discreción. Al tercer día se presentó su antiguo protector, recién salido de la cárcel, indultado. No vale la pena referir los proyectos que aquellos dos hombres hicieron junto a un fuego de tarugos, uno envuelto en la manta de su patrona y el otro en su infamia. Al día siguiente, Cérizet, que por la mañana se había encontrado con Dutocq, le trajo un pantalón, un chaleco, un traje, un sombrero y unas botas, todo ello comprado en el Temple, y se llevó a Teodosio a cenar. El provenzal devoró en casa Pinson, en la calle de l'Anceime-Comédie, la mitad de una cena que costó cuarenta y siete francos. A los postres, entre copa y copa, Cérizet dijo a su amigo.

—¿Quieres aceptarme letras por valor de cincuenta mil francos, presentándote en calidad de abogado?

—No te darán ni cinco mil francos por ellas —le respondió Teodosio.

—Eso a ti no te importa, tú las pagarás íntegramente; es la participación del señor que te obsequia y mía, en un asunto en el que tú no tienes nada que arriesgar, pero en el que tendrás el título de abogado, una hermosa clientela y la mano de una joven de la edad de un perro viejo y que tiene por lo menos veinte o treinta mil francos de renta. Ni Dutocq ni yo podemos casarnos con ella; tenemos que equiparte, darte aspecto de hombre honrado, alimentarte, alojarte y amueblarte... Por ello necesitamos garantías. No lo digo por mí, que te conozco, sino por ese señor, de quien yo seré el testaferro... Te damos patente de corso para que puedas dedicarte a la trata de blancas. Si no capturamos esa dote, pasaremos a otros ejercicios... Entre nosotros no tenemos necesidad de tomar las cosas con pinzas, naturalmente... Te daremos instrucciones, pues hay que preparar el asunto con tiempo; el camino es difícil... Mira, aquí tenga estos sellos...

—¡Camarero, una pluma y tinta! —dijo Teodosio.

—¡Me gustan las personas como tú! —exclamó Dutocq.

—Firma «Teodosio de La Peyrade» y añade tú mismo: «Abogado, calle Sait-Dominique-d'Enfer», bajo las palabras: *Acepto por diez mil*. Nosotros pondremos las fechas y te perseguiremos al vencimiento, todo en secreto, a fin de poder meterte en la cárcel. Los armadores deben adoptar sus precauciones cuando el capitán y el bergantín se hacen a la mar.

Al día siguiente al de su recepción, el alguacil del juez de paz hizo a Cérizet el favor de entablar secretamente una acción; iba por las noches a ver al abogado, y todo se puso en regla sin la menor publicidad. El tribunal de comercio pronuncia un centenar de estos fallos por sesión. Ya sabemos cuán rígido es el reglamento del consejo del Colegio de Abogados de París. Esta corporación y la de los procuradores, imponen una severa disciplina sobre sus miembros. Un abogado susceptible de ir a Clichy sería expulsado de la profesión. Así, pues, Cérizet, aconsejado por Dutocq, adoptó contra su maniquí las únicas medidas que podían asegurarles veinticinco mil

francos a cada uno del dote de Celeste. Al firmar aquellos efectos, Teodosio vio únicamente su vida asegurada, pero a medida que el horizonte se aclaraba, a medida que, al desempeñar su papel, ascendía de peldaño en peldaño para ocupar una posición cada vez más elevada en la escala social, soñaba con librarse de sus dos colaboradores. Y al pedir veinticinco mil francos a Thuillier, esperaba tratar al cincuenta por ciento el rescate de las letras que había aceptado a Cérizet.

Por desgracia, esta infame especulación no es un hecho excepcional; tiene lugar en París bajo formas tan poco disimuladas, que el historiador no puede omitirla en una pintura exacta y completa de la sociedad. Dutocq, libertino rematado, aún debía quince mil francos de su cargo, y, confiando en el éxito, esperaba, en términos familiares, alargar la correa hasta fines del año 1840. Hasta entonces, ninguno de aquellos tres personajes había rugido ni se había movido. Cada uno de ellos se percataba de su fuerza y conocía el peligro. Igual era la desconfianza, igual la observación, igual la aparente confianza, igualmente sombríos el silencio o la mirada, cuando las mutuas sospechas florecían en la superficie de los rostros o en el discurso. Especialmente desde hacía dos meses, la posición de Teodosio adquiría la importancia de fuerte destacado. Dutocq y Cérizet habían colocado un montón de pólvora bajo su esquite, y mantenían la mecha constantemente encendida, pero el viento podía soplar y el diablo inundar el polvorín.

El momento en que los animales feroces van en busca de su pitanza siempre se ha considerado el más crítico, y había llegado aquel momento para aquellos tres tigres hambrientos. Cérizet decía a veces a Teodosio, con aquella mirada revolucionaria que los soberanos han conocido dos veces en este siglo:

—Yo te he hecho rey, y no soy nada. Es no ser nada no serlo todo.

Una reacción envidiosa caía como un alud en Cérizet. Dutocq se encontraba a merced de su copista enriquecido. Teodosio hubiera querido que un incendio quemase a sus dos asociados y sus papeles. Los tres procuraban demasiado ocultarse sus pensamientos, para no adivinarlos. Teodosio llevaba una vida de tres infiernos al pensar por debajo de los naipes en su juego y en su futuro. Las palabras que dijo a Thuillier fueron un grito de desesperación; arrojó la sonda en las aguas del viejo burgués, y sólo encontró veinticinco rail francos.

«¡Y quizá nada —se dijo— cuando haya vuelto a su casa, dentro de un mes!»

Experimentó un profundo aborrecimiento por los Thuillier. Pero sujetaba a Thuillier por un arpón que había penetrado hasta el fondo de su amor propio con el proyecto de una obra titulada *Del impuesto y la amortización*, en la que debía coordinar las ideas publicadas por *Le Globe* sansimoniano, coloreándolas con su estilo meridional y sistematizándolas. Los conocimientos de Thuillier sobre la materia debían servir mucho a Teodosio. Se sentó en una cuerda y con una base de operación tan pobre, resolvió combatir la vanidad de un necio. Según los caracteres, se encuentra granito o arena. Por reflexión, quedó satisfecho de su confianza.

—Al ver que le aseguro su fortuna con la remisión de los ■ quince mil francos, en

el momento en que tengo tanta necesidad de dinero, me considerará como el dios de la honradez.

He aquí como Claparon y Cérizet procedieron con el notario la antevíspera del día en que expiraba el plazo de la subasta. Cérizet, a quien Claparon dio el santo y seña e indicó el escondrijo del notario fue a decirle:

—Un amigo mío, Claparon, a quien conocéis, me ha rogado que os viniese a ver; os espera pasado mañana por la noche donde vos sabéis; tiene el papel que esperáis de él y lo cambiará con vos contra entrega de los diez mil convenidos, pero yo debo estar presente en la entrega de la suma, pues se me deben cinco mil francos... Y os aviso, mi querido señor, de que el nombre de la contra-letra está en blanco.

—No faltaré —contestó el ex notario.

Aquel pobre diablo esperó toda la noche con las angustias que son de imaginar, ya que se trataba de su salvación o de su ruina definitiva. Pero al amanecer, en vez de Claparon, vio venir a un guardia de comercio que, exhibiendo un auto de prisión en toda regla, le ordenó que le acompañase a Clichy.

Cérizet se las había entendido con uno de los acreedores del infortunado notario, al que se comprometió a entregar a cambio de la mitad de la deuda. La víctima de aquella celada, para conservar su libertad, se vio obligada a pagar seis mil francos al contado, de los diez mil destinados a Claparon. Su deuda ascendía a seis mil francos, precisamente.

Al recibir su parte de aquella extorsión, Cérizet se dijo:

—He aquí mil escudos para hacer que se largue Claparon.

Cérizet se volvió hacia el notario y le dijo:

—Claparon es un miserable, caballero. Ha recibido quince mil francos del comprador que se convertirá en propietario... Amenazadle con descubrir su escondrijo a sus acreedores, y ponedle una querrela por quiebra fraudulenta; os dará la mitad.

En su furor, el notario escribió una carta fulminante a Claparon. Éste, desesperado, temiendo que le detuviesen, quiso huir, y Cérizet se encargó de procurarle un pasaporte.

—Me has gastado muchas jugarretas, Claparon —dijo Cérizet—, pero escucha, vas a juzgarme. Toda mi fortuna se reduce a mil escudos... ¡voy a dártelos! Vete a América y comienza allí tu fortuna mientras yo rehago la mía.

Aquella misma noche, Claparon, disfrazado de vieja por Cérizet, marchó al Havre en diligencia. Cérizet se encontró dueño de los quince mil francos exigidos por Claparon, y esperó a Teodosio tranquilamente, sin prisas. Aquel hombre, de una inteligencia verdaderamente rara, ocultaba, bajo el nombre de un acreedor por la suma de dos mil francos, a un regatón que resultaría muy útil en una puja. Fue una idea de Dutocq, que se apresuró a poner en práctica. Había que pedir quince mil francos más para apartar a aquel nuevo competidor: por consiguiente, él debía recibir un suplemento de siete mil quinientos francos, que necesitaba para cerrar un trato

completamente parecido al de Thuillier, indicado por Claparon, a quien la desdicha atontaba. Se trataba de una casa sita en la calle Geoffroy-Marie, que debía venderse por una suma de sesenta mil francos. La señora viuda Poiret le ofrecía diez mil francos, el vinatero otro tanto, y billetes por valor de diez mil francos. Aquellos treinta mil francos, y lo que él tendría, unidos a los seis mil que poseía, le permitían tentar la fortuna, sobre todo teniendo en cuenta que los veinticinco mil francos que Teodosio le debía parecíanle seguros.

—El plazo para puja en la subasta ya ha vencido —se dijo Teodosio yendo a rogar a Dutocq que llamase a Cérizet—. ¿Y si probase a librarme de mi sanguijuela?

...

—No podéis tratar este asunto más que con Cérizet, pues Claparon también está metido en ello —respondió Dutocq.

Por lo tanto, Teodosio fue de siete a ocho a la covachuela del banquero de los pobres, a quien el escribano había prevenido aquella mañana de la visita de su capital humano.

Cérizet recibió a La Peyrade en la horrible cocina donde se trinchaban las miserias y se cocían los dolores que hemos entrevisto. Ambos paseaban como dos fieras enjauladas, representando la escena siguiente:

—¿Me traes los quince mil francos?

—No, pero los tengo en casa.

—¿Y por qué no en el bolsillo? —preguntó Cérizet con acritud.

—Vas a saberlo —respondió el abogado, quien entre la calle Saint-Dominique y la Estrapade había adoptado su partido.

El provenzal, al retorcerse sobre las parrillas donde le habían puesto sus dos asociados, tuvo una buena idea que surgió chispeando de las ascuas ardientes. El peligro tiene sus resplandores. Contó con el poder de la franqueza que impresiona a todo el mundo, hasta a un bribón. Casi siempre se agradece que el adversario se desnude de cintura para arriba en un duelo.

—¡Bien! —dijo Cérizet—. Ya empieza la farsa...

Aquella frase siniestra pasó completa por la nariz, adquiriendo un horrible acento.

—Tú me has colocado en una posición magnífica, y yo no lo olvidaré nunca, amigo mío —prosiguió Teodosio con calor.

—¡Ah, vaya! —dijo Cérizet.

—Escúchame: no quiero que dudes de mis intenciones.

—¡Esto nos faltaba! —replicó el prestamista por semanas.

—No.

—Lo que veo, es que no quieres aflojar los quince mil del ala...

Teodosio se encogió de hombros y miró de hito en hito a Cérizet que, impresionado por aquellos dos movimientos, guardó silencio.

—¿Vivirías en mi posición, sabiendo que estabas bajo un cañón cargado de metralla, sin sentir deseos de acabar?... Escúchame bien. Tú haces transacciones

arriesgadas, y estarías satisfecho si tuvieras una sólida protección en el corazón mismo de la justicia parisién... De continuar mi camino, dentro de tres años puedo ser suplente del procurador del Rey, quizás abogado general... Hoy te ofrezco una parte de amistad sincera que, desde luego, puede serte útil, aunque sólo lucra para reconquistar más adelante una plaza honorable, listas son mis condiciones...

—¡Con que condiciones! —exclamó Cérizet.

—Dentro de diez minutos te traeré veinticinco mil francos, a cambio de la cancelación de todas las letras que yo te acepté...

—¿Y Dutocq? ¿Y Claparon? —exclamó Cérizet.

—Los dejarás plantados —dijo Teodosio al oído de su amigo.

—¡Muy bonito! —respondió Cérizet—. ¡Y tú acabas de inventar este truco de prestidigitador porque tienes quince mil francos que no son tuyos!...

—A los que añadido otros diez mil... Pero, además, ya nos conocemos...

—Si puedes sacar diez mil francos a tus burgueses —dijo con presteza Cérizet—, igual puedes pedirles quince... Por treinta, cuenta conmigo... Franqueza por franqueza.

—¡Pides lo imposible! —exclamó Teodosio—. En estos momentos, si te hubieses fiado de Claparon, hubieras perdido tus quince mil francos, pues la casa es de nuestro amigo Thuillier...

—Voy a decírselo —replicó Cérizet fingiendo ir a consultar a Claparon y subiendo al cuartucho del que el tal Claparon acababa de partir diez minutos antes de la llegada de Teodosio, metido en un coche de punto que huyó a toda velocidad.

Los dos adversarios hablaban, naturalmente, en voz baja, para que no les oyesen, y cuando Teodosio alzó la voz, Cérizet hizo un gesto para dar a entender al abogado que Claparon podía escucharles. Los cinco minutos durante los cuales Teodosio escuchó algo que parecía el zumbido de dos voces fueron un suplicio para él, ya que era toda su vida lo que estaba en juego. Cérizet descendió y se acercó a su asociado con la sonrisa en los labios, los ojos brillantes con una malicia infernal y estremeciéndose de júbilo, un verdadero Lucifer lleno de jovialidad.

—En cuanto a mí, yo no sé nada —dijo moviendo los hombros—. Pero Claparon tiene conocidos, ha trabajado para banqueros de alto bordo, y se ha echado a reír diciendo: «¡Ya me lo parecía!...» No tendrás más remedio que traerme mañana los veinticinco mil francos que ofrezco, pero no con eso rescatarás las letras, querido.

—¿Por qué? —preguntó Teodosio, sintiendo que tenía la columna vertebral líquida, como si una descarga de fluido eléctrico interior la hubiese fundido.

—¡La casa es nuestra!

—¿Y cómo?

—Claparon ha hecho una puja en nombre de un regatón, el primero que le demandó, un pequeño sapo llamado Sauvignou; el abogado Desroches presentará la demanda y mañana por la mañana recibiréis una citación... En vista de la importancia del asunto, vale la pena que Claparon, Dutocq y yo busquemos fondos... ¿Qué habría

sido de mí sin Claparon? Así es que le he perdonado... Le perdono, y, aunque acaso no me creas, mi querido amigo... ¡le he abrazado! Tienes que cambiar tus condiciones.

Aquella última frase resultaba espantosa, sobre todo comentada por la fisonomía de Cérizet, quien se daba el gusto de representar una escena del *Legatario*, en medio del despacho en el que se libraba del carácter del provenzal.

—¡Oh, Cérizet! —exclamó Teodosio—. ¡Y yo que deseaba para ti tanto bien!

—Tienes que saber, querido —respondió Cérizet—, que entre nosotros, hace falta tener esto...

Y se golpeó el corazón.

—Tú no lo tienes. En cuanto crees tener nos cierras el paso, quieres aplastarnos... Yo te saqué de la miseria y de los horrores del hambre. Hubieras muerto como un imbécil... Te colocamos en presencia de la fortuna, te dimos la más hermosa apariencia social, te pusimos donde había dinero disponible... ¡Y mira lo que has hecho! Ahora ya te conozco; iremos armados.

—¡Es la guerra! —dijo Teodosio.

—Tú tiras primero contra mí —dijo Cérizet.

—Si me aniquiláis, adiós esperanzas, y, si no lo conseguís, tendréis en mí a un enemigo.

—Esto mismo decía ayer a Dutocq —replicó fríamente Cérizet—. Pero, ¿qué se le va a hacer? Elegiremos uno de los dos procedimientos... de acuerdo con las circunstancias... Soy buen chico —prosiguió tras una pausa—. Tráeme esos veinticinco mil francos mañana a las nueve y Thuillier conservará la casa... Nosotros continuaremos sirviéndote en todo, y tú nos pagarás. Después de lo que acaba de pasar, hijito, ¿no te parece bien?...

Y Cérizet dio una palmada en el hombro de Teodosio con un cinismo más infamante que lo fuera antaño el hierro del verdugo.

—Bien, dame de plazo hasta el mediodía —repuso el provenzal—, pues, como tú dices, el camino es difícil...

—Trataré de convencer a Claparon; el buen hombre tiene prisa...

—Bien, hasta mañana —dijo Teodosio, como si de pronto se hubiese decidido.

—Adiós, amigo —contestó Cérizet con un tono nasal que deshonoraría a la palabra más hermosa del idioma—. ¡Ya está hecho un buen chupóptero! —se dijo mirando a Teodosio, que se alejaba por la calle caminando como un hombre aturdido.

XIX

ENTRE ABOGADOS

Cuando Teodosio se encontró en la calle Postes, dirigióse con paso rápido a la casa de la señora Colleville, cada vez más exaltado, hablando en voz alta. A causa del juego de sus pasiones atizadas y de aquella especie de incendio interior que muchos parisienses conocen, puesto que estas situaciones horribles abundan en París, alcanzó un especial frenesí y una elocuencia que solamente una frase lo hará comprender. Al llegar a la esquina de Saint-Jacques du Haut-Pas, gritó, en dirección a la callejuela de las Deux-Eglises:

—¡Lo mataré!...

—¡Mirad a uno que no está contento! —dijo un obrero, que calmó con esta broma la incandescente locura que se había apoderado de Teodosio.

Al salir de la casa de Cérizet, tuvo la idea de confiarse a Flavie y contárselo todo. Las naturalezas meridionales son así, fuertes hasta ciertas pasiones, en que todo se aplasta. Entró. Flavie estaba sola en su habitación; vio a Teodosio y se dio por violada o muerta.

—¿Qué tenéis? —exclamó.

—Tengo... —dijo él—. ¿Me queréis, Flavie?

—¿Acaso podéis dudarlo?

—¿Me queréis verdaderamente... aunque fuese un criminal?

—¿Habrá matado a alguien? —se preguntó Flavie.

Y respondió con un movimiento afirmativo de cabeza.

Teodosio, feliz al poder asirse a aquella rama de sauce, fue de su silla al canapé de Flavie y allí dos torrentes de lágrimas brotaron de sus ojos, en medio de los sollozos capaces de hacer llorar a un viejo juez.

—No estoy para nadie —fue a decir Flavie a su doncella.

Cerró las puertas y volvió junto a Teodosio, sintiéndose conmovida en el más alto grado maternal. Encontró al hijo de Provenza con la cabeza inclinada y llorando. Le había tomado su pañuelo: cuando Flavie quiso retirárselo, estaba empapado en lágrimas.

—¿Qué ocurre? ¿Qué tenéis? —preguntó.

La naturaleza, más penetrante que el arte, sirvió admirablemente a Teodosio, que ya no representaba un papel sino que era él mismo, y aquellas lágrimas, aquella crisis nerviosa, fueron la firma de sus precedentes escenas de comedia.

—¡Sois un niño! —dijo ella con voz dulce y acariciando los cabellos de Teodosio, en cuyos ojos las lágrimas se secaban.

—¡En el mundo no existe nadie más que vos para mí! —exclamó él, besando con frenesí las manos de Flavie—, Y, si me quedáis vos, si sois para mí lo mismo que el cuerpo es al alma, o como el alma es al cuerpo —añadió corrigiéndose con una gracia infinita—, bien, tendré valor.

Se levantó y empezó a pasear.

—Sí, lucharé, recuperaré fuerzas como Anteo, abrazando a mi madre, y estrangularé con mis manos estas serpientes que me enlazan, que me dan besos de

serpiente, que me babea las mejillas, que quieren chuparme la sangre y la honra. ¡Oh, la miseria!... ¡Oh, qué grandes son los que saben mantenerse erguidos en la miseria, con la frente alta!... ¿Hubiera debido dejarme morir de hambre en mi camastro, hace tres años y medio? ¡El féretro es un lecho bien dulce en comparación con la vida que llevo!... ¡Hace ya dieciocho meses que como en la mesa del burgués... y, en el momento de vislumbrar una vida honrada, dichosa, de ver un magnífico porvenir, en el momento en que me adelanto para sentarme al festín social, el verdugo me golpea en el hombro!... Sí, el monstruo me ha golpeado en el hombro, diciéndome: «¡Paga el diezmo del diablo, o muere!...» ¡Y yo no conseguiré engañarles... no les hundiré el brazo en las fauces hasta las entrañas!... ¡Oh, sí, lo haré! Mirad, Flavie, ¿tengo los ojos secos?... ¡Oh, ahora me río, siento mi fuerza y vuelvo a encontrar mi poder!... ¡Oh, decidme que me amáis... volved a decídmelo! ¡En estos momentos, será para mí como la palabra «Gracia» para el condenado!

—¡Sois terrible, amigo mío! —dijo Flavie—. ¡Oh, me habéis destrozado!

Ella no comprendía nada, pero se desplomó en el canapé como muerta, agitada por aquel espectáculo, y entonces Teodosio se postró de hinojos.

—¡Perdón, perdón!... —le dijo.

—Pero, en fin, ¿qué tenéis? —le preguntó ella.

—Quieren perderme. ¡Oh, prometedme a Céleste y veréis la vida tan hermosa que os ofreceré!... ¡Si vaciláis... bien, será como decirme que seréis mía, y os tomo!...

E hizo un movimiento tan vivo, que Flavie, asustada, se levantó y dio unos pasos...

—¡Oh, ángel mío! A vuestros pies, aquí... ¡Qué milagro! ¡Ciertamente, Dios está a mi lado! Veo como una claridad. ¡Se me acaba de ocurrir una idea!... ¡Oh, gracias, mi buen ángel, gran Teodosio!... ¡Me has salvado!

Flavie no pudo por menos de admirar a aquel ser camaleónico: con una rodilla hincada en tierra, las manos en cruz sobre el pecho, los ojos vueltos al cielo y un éxtasis religioso, recitaba una plegaria, era el católico más ferviente, y se persignó. Era algo tan hermoso como la comunión de San Jerónimo.

—¡Adiós! —dijo melancólicamente con una voz seductora.

—¡Oh! —exclamó Flavie—. Dejadme ese pañuelo.

Teodosio descendió como un loco, saltó a la calle y corrió a casa de los Thuillier; pero retomó, vio a Flavie en la ventana y le hizo una señal de triunfo.

—¡Qué hombre! —se dijo ella.

—Mi buen amigo —dijo él con tono dulce y tranquilo, casi zalamero, a Thuillier—, estamos entre las manos de unos bribones atroces, pero voy a darles una pequeña lección.

—¿Qué sucede? —preguntó Brígida.

—Quieren veinticinco mil francos, y, para imponemos la ley, el notario y sus cómplices han hecho una puja en la subasta: coged cinco mil francos, Thuillier, voy a aseguraros vuestra casa. ¡Me crearé enemigos implacables! —exclamó—. Querrán

matarme moralmente. Pero con tal de que resistáis a sus infames calumnias y no cambiéis nunca para mí, me daré por satisfecho. ¿Qué es esto, al fin y al cabo? Si triunfo, habréis pagado por la casa ciento veinticinco mil francos en vez de ciento veinte.

—¿Y esto no volverá a empezar? —preguntó Brígida, inquieta, abriendo mucho los ojos bajo los efectos de una violenta sospecha.

—Los únicos que tienen derecho a pujar son los acreedores inscritos, y como solamente éste ha hecho uso de ese derecho, podemos estar tranquilos. El crédito no asciende más que a dos mil francos, pero hay que pagar a los abogados en esta clase de asuntos y saber soltar un billete de mil francos al acreedor.

—Ve, Thuillier —dijo Brígida—, vete a buscar el sombrero y los guantes; encontrarás el dinero donde tú sabes...

—Como he soltado los quince mil francos sin éxito, no quiero que pase más dinero por mis manos... Thuillier pagará personalmente —dijo Teodosio al verse a solas con Brígida—. Habéis ganado veinte mil francos en el trato que os he hecho hacer con Grindot; él creía servir al notario, y vos poseéis un inmueble que, dentro de cinco años, valdrá cerca de un millón. ¡Hace esquina con el bulevar!

Brígida le escuchaba inquieta, como un gato que oyese ratones bajo el piso. Miraba a Teodosio a los ojos, y, a pesar de lo justo de sus observaciones, concebía ciertas dudas.

—¿Qué tenéis, títa?

—¡Oh, pasaré trances mortales hasta que seamos propietarios!...

—Daríais a gusto veinte mil francos, ¿verdad? —dijo Teodosio—, para que Thuillier fuese lo que nosotros llamamos dueño incommutable. Pues bien, no olvidéis que os he ganado dos veces esta fortuna.

—¿Adónde vamos? —preguntó Thuillier.

—A casa del señor Godeschal, a quien hay que tomar como abogado...

—¡Pero si le negamos la mano de Céleste! —exclamó la solterona.

—Pues precisamente si voy a visitarle es precisamente por eso —respondió Teodosio—. He podido juzgarle y es un hombre de honor. Se sentirá dichoso al poder serviros.

Godeschal, sucesor de Derville, fue durante más de diez años pasante de Desroches. Teodosio, que conocía esta circunstancia, oyó aquel nombre murmurado al oído, como por una voz interior en medio de su desesperación, y entrevió la posibilidad de conseguir arrebatarse de manos de Claparon el arma con que Cérizet le amenazaba. Pero, ante todo, el abogado debía penetrar en el gabinete de Desroches para enterarse de cual era la situación de sus adversarios. Únicamente Godeschal podía ser su guía, a causa de la intimidad subsistente entre el pasante y su antiguo jefe.

Los abogados de París, entre ellos, cuando tienen la amistad que unía a Godeschal y Desroches, viven en una auténtica confraternidad, que da por resultado cierta

facilidad en arreglar los asuntos solucionables. Se hacen mutuamente todas las concesiones posibles, en concepto de compensación, mediante la aplicación del proverbio: *pasadme el ruibarbo, que yo os pasaré la sena*, que se pone en práctica en todas las profesiones, entre ministros, en el ejército, entre jueces, entre comerciantes, por doquiera donde la enemistad no ha elevado barreras demasiado fuertes entre las partes.

«Gano unos honorarios bastante buenos con esta transacción», es una razón que no necesita ser explicada, pues está en el gesto, en el acento, en la mirada. Y como los abogados son personas que se reconocen en este terreno, el asunto se soluciona. El contrapeso de esta camaradería existe en lo que pudiéramos llamar la *conciencia profesional*. Así, la sociedad debe creer en el médico que, al extender un certificado de medicina legal, dice: «Este cuerpo contiene arsénico». Ninguna consideración hace ceder el amor propio del actor, la probidad del legislador, la independencia del ministerio público. De este modo, el abogado de París dice con la misma bondad: «Tú no puedes obtener esto, mi cliente está furioso», con que el otro responde: «Bien, ya veremos...»

Pero La Peyrade, hombre astuto, había barrido demasiado los pasillos del Palacio de Justicia con su toga para no saber de que modo las costumbres judiciales serían útiles para sus proyectos.

—Quedaos en el coche —dijo a Thuillier al llegar a la calle Vivienne, en la que Godeschal hizo sus primeras armas y donde se había establecido—. Únicamente subiréis si se encarga del asunto.

Eran las once de la noche y La Peyrade no se equivocó en sus cálculos al suponer que encontraría un procurador de fecha reciente ocupado a aquellas horas en su bufete.

—¿A qué debo la visita del señor abogado? —dijo Godeschal yendo al encuentro de La Peyrade.

Los extranjeros, los provincianos y los hombres de mundo no saben quizá que los abogados son para los procuradores lo que los generales son para los mariscales; existe una línea divisoria severamente mantenida entre el colegio de abogados y la corporación de procuradores judiciales de París. Por venerable que sea un procurador, por sólida que sea su cabeza, debe ir a ver al abogado. El procurador es el administrador que traza el plan de campaña, que reúne las municiones, que lo pone todo en acción; el abogado libra la batalla. No sabemos por qué la ley da al cliente dos hombres en vez de uno, como tampoco sabemos por qué el autor necesita un impresor y un librero. El colegio de abogados prohíbe a sus miembros la realización de ningún acto de la incumbencia de los procuradores. Es rarísimo que un gran abogado ponga los pies en el despacho de un procurador; ambos se ven en el Palacio de Justicia; pero en la sociedad no existen barreras, y algunos abogados, sobre todo en la situación de La Peyrade, faltan a la propia dignidad yendo a veces a visitar a los procuradores, aunque estos casos son raros y casi siempre están justificados por una

urgencia cualquiera.

—Pues veréis —dijo La Peyrade—, se trata de un asunto grave, sobre todo de una cuestión de delicadeza que tenemos que resolver entre los dos, Thuillier está abajo, en un coche, y yo vengo, no a título de abogado, sino como amigo de Thuillier. Vos sois el único que puede hacerle un favor inmenso, y les he dicho que tenéis un alma demasiado noble (pues no en balde sois el digno sucesor del gran Derville) para no poner a sus órdenes toda vuestra capacidad. He aquí el asunto de que se trata.

Después de explicar, de manera totalmente ventajosa para él, la canallada a la que había que responder con habilidad, ya que los procuradores tienen más clientes mentirosos que veraces, el abogado resumió su plan de campaña.

—Mi querido maestro, esta misma noche tendríais que ir a ver a Desroches para ponerle al corriente de esta conjura y conseguir de él que haga venir mañana por la mañana a su cliente, ese Sauvignou; le confesaremos entre los tres, y, si quiere un billete de mil francos además de su crédito, se lo daremos, sin contar quinientos francos de honorarios para vos y otros tantos para Desroches, sí Thuillier tiene el desistimiento de Sauvignou mañana a las diez... ¿Qué quiere, el tal Sauvignou? ¡Su dinero! Un regatón como él no resistirá mucho ante el cebo de un billete de mil francos, aunque sea simple instrumento de unos codiciosos que se ocultan tras él. El debate entre los que le hacen mover y él nos importa poco... Se trata de salvar a la familia Thuillier...

—Voy inmediatamente a ver a Desroches —dijo Godeschal.

—No, primero Thuillier tiene que firmaros unos poderes y entregaros cinco mil francos. En casos así, se necesita dinero contante y sonante...

Después de una entrevista a la que asistió Thuillier, La Peyrade se llevó a Godeschal en coche y le dejó en la calle Béthisy, en casa de Desroches, alegando que pasaban por allí para volver a la calle Saint-Dominique-d'Enfer, y, en el umbral de la puerta de Desroches, La Peyrade se despidió hasta el día siguiente, a las siete.

El porvenir y la fortuna de La Peyrade dependían del éxito de aquella reunión. Así, no hay que sorprenderse de que se saltase los usos y costumbres de la profesión, al ir al bufete de Desroches para estudiar a Sauvignou, mezclándose en el combate, a pesar del peligro que corría al ponerse ante los ojos del más temible de los procuradores parisienses.

Al entrar y mientras saludaba, observó a Sauvignou. Como su nombre ya le hacía presentir, era un marsellés, un primer obrero colocado, como indicaba su nombre de «regatón», que en este caso significaba trabajador a destajo, entre los obreros y el maestro carpintero, para presentar pliego en una subasta de las obras emprendidas. El beneficio que consigue el contratista está constituido por la suma ganada, resultante de la diferencia entre el precio del regatón y el que da el constructor, después de deducir los materiales accesorios, aunque sólo se trate de la mano de obra.

Cuando el carpintero quebró Sauvignou se hizo reconocer, mediante sentencia del tribunal de comercio, como único acreedor del inmueble, y se inscribió en el registro.

Aquel asuntillo terminó la baja fulminante. Sauvignou, hombrecillo rechoncho, vestido con una blusa de tela gris y cubierto con una gorra, estaba sentado en un sillón. Tres billetes de mil francos puestos ante él, en la mesa de Desroches, decían de manera harto elocuente a La Peyrade que la discusión ya había terminado y que los procuradores acababan de fracasar. Los ojos de Godeschal decían el resto, y la mirada que Desroches dirigió al abogado de los pobres, fue como un golpe de azadón dado en una fosa. Estimulado por el peligro, el provenzal se mostró magnífico; puso la mano sobre los billetes de mil francos y los plegó para apretarlos.

—Thuillier desiste —dijo a Desroches.

—Bien, ya estamos de acuerdo —respondió el terrible procurador.

—Sí, vuestro cliente nos traerá cincuenta mil francos de gastos realizados en el inmueble, según el trato suscrito entre Thuillier y Grindot. Ayer no os lo dije —añadió volviéndose hacia Godeschal.

—¿Habéis oído esto? —dijo Desroches a Sauvignou—. He aquí el objeto de un proceso que yo no haría sin garantías...

—Pero, señores —dijo Sauvignou—, yo no puedo tratar de nada sin haber visto al buen hombre que me entregó quinientos francos a cuenta por haberle firmado unos poderes.

—¿Eres de Marsella? —preguntó La Peyrade en provenzal a Sauvignou.

—¡Oh, si empieza a hablar en provenzal, está perdido! —dijo Desroches por lo bajo a Godeschal.

—Sí, señor.

—Pues bien, pobre diablo —prosiguió Teodosio—, tienes que saber que quieren arruinarte... ¿Sabes lo que debes hacer? Embólsate estos tres mil francos, y, cuando venga el otro, toma tu regla y dale una tunda diciéndole que es un picaro que quería servirse de ti, que revocas tus poderes y que le devolverás su dinero la semana que no tenga viernes. Luego, con estos tres mil quinientos francos y tus ahorros, vuélvete a Marsella. Y si te sucede algo, ven a ver a este señor... Él sabrá donde encontrarme y yo te sacaré del aprieto, pues debes saber que no solamente soy un buen provenzal, sino uno de los primeros abogados de París, y el amigo de los pobres...

Cuando el obrero encontró en su paisano una autoridad para santificar las razones que tenía a fin de traicionar al prestamista por semanas, capituló, pidiendo tres mil quinientos francos.

Una vez concedidos los mil quinientos francos, dijo Sauvignou:

—Esto bien vale una buena paliza, pues podrían llevarme al correccional...

—No, no le pegues más que si te dice tonterías —le respondió La Peyrade—. Entonces sería en legítima defensa...

Cuando Desroches le afirmó que La Peyrade era un abogado litigante, Sauvignou firmó el desistimiento con el recibo de los gastos, los intereses y el principal de su crédito, hecho por duplicado entre Thuillier y él, ambos asistidos de sus respectivos procuradores, a fin de que aquel instrumento sirviese para liquidar definitivamente el

asunto.

—Os dejamos los mil quinientos francos —dijo La Peyrade al oído de Desroches y Godeschal—, pero a condición de que me deis el desistimiento; haré que Thuillier lo firme ante Cardot, su notario; el pobre hombre no ha pegado el ojo en toda la noche...

—¡Bien! —repuso Desroches—. Podéis estar contento —añadió, haciendo firmar a Sauvignou—, por haber ganado con tanta presteza mil quinientos francos.

—¿Son completamente míos, señor escribano? —preguntó el provenzal, dando muestras de inquietud.

—¡Oh, de una manera totalmente legítima! —respondió Desroches, tínicamente debéis notificar esta mañana, por vía judicial, la revocación de los poderes que otorgasteis a vuestro mandatario, con fecha de ayer; pasad a mi despacho, por aquí, haced el favor...

Desroches dijo a su primer pasante lo que tenía que hacer, ordenando a un estudiante que enviase el alguacil al domicilio de Cérizet antes de las diez.

—Os estoy muy agradecido, Desroches —dijo La Peyrade estrechando la mano del procurador—. Pensáis en todo. No olvidaré este favor...

—No depositéis vuestra acta en el despacho de Cardot hasta después del mediodía.

—¡Eh, paisano! —interpeló el abogado en provenzal a Sauvignou—. Pasea a tu Margot todo el día por Belleville, y, sobre todo, no vuelvas a tu casa...

—Ya os entiendo —contestó Sauvignou—. ¡Mañana, a tomar las de Villadiego!

—¡Muy bien dicho! —exclamó La Peyrade, lanzando un grito de provenzal.

—Aquí hay gato encerrado —dijo Desroches a Godeschal cuando el abogado regresó a su despacho, procedente del de su procurador.

—Lo único que hay es que los Thuillier adquirirán un magnífico inmueble por nada —aseguró Godeschal.

—La Peyrade y Cérizet me hacen el efecto de dos buzos que luchan bajo el agua. ¿Qué diré a Cérizet, de cuyos asuntos me ocupo? —preguntó Desroches al abogado, después de aquella fina observación hecha en voz baja.

—Que Sauvignou os ha forzado la mano —replicó La Peyrade.

—Y vos, ¿no tenéis nada? —espetó a quemarropa Desroches a La Peyrade.

—¡Oh, yo, puedo darle lecciones!

—Mañana lo sabré todo —dijo Desroches a Godeschal—. ¡No existe nada que hable tanto como un vencido!

La Peyrade salió llevándose su acta. A las once estaba en la audiencia del juez de paz, tranquilo y firme. Al ver venir a Cérizet pálido de rabia, con los ojos llenos de veneno, le dijo al oído:

—Querido, yo también soy buen chico. Continuo teniendo a tu disposición veinticinco mil francos en billetes de banco, contra la entrega de todas las letras aceptadas por mí que tienes en tu poder...

Cérizet miró al abogado de los pobres sin poder hallar una palabra de respuesta; estaba verde, se tragaba su bilis.

XX INFAMIAS DE PALOMAS

—¡Soy propietario incommutable! —exclamó Thuillier al volver de la notaría de Jacquinet, el yerno y sucesor de Cardot—. Ningún poder humano puede arrancarme mi casa. ¡Ellos me lo han dicho!

Los burgueses tienen mucha más fe en los notarios que en los procuradores. El notario está mucho más cerca de ellos que cualquier otro funcionario ministerial. El burgués de París no visita sin espanto a su procurador, cuya audacia beligerante le inquieta, mientras que sube siempre con renovado placer al despacho de su notario, cuya sabiduría y prudencia admira.

—Cardot, que busca una buena vivienda, me ha pedido uno de los pisos de la segunda planta —prosiguió—. Si quiero, me presentará mañana un inquilino principal que propone un contrato de alquiler por dieciocho años, a cuarenta mil francos y con impuestos a su cargo... ¿Qué te parece, Brígida?

—Hay que esperar —repuso la solterona—. ¡Ah, nuestro querido Teodosio me ha hecho pasar mucho *canguelo!*...

—¡Vaya, mi buena amiga! ¿Pero es que tú no sabes que Cardot, después de preguntarme quien me había hecho realizar este asunto, me ha dicho que le debía un regalo de por diez mil francos por lo menos? ¡En realidad, se lo debo todo!

—Pero él es el niño de la casa —respondió Brígida.

—Es preciso hacer justicia a este pobre muchacho: no me pide nada.

—Bien, mi buen amigo —dijo La Peyrade, al volver a las tres de ver al juez de paz—. ¡Ya sois riquísimo!

—Y todo por ti, mi querido Teodosio...

—Y vos, títa, ¿ya habéis vuelto a la vida?... ¡Ah, no habréis pasado más miedo que yo!... Antepongo siempre vuestros intereses a los míos. Mirad, no he respirado libremente hasta esta mañana, a las once; ahora estoy seguro de tener en pos de mí enemigos mortales, en la persona de los dos sujetos a quienes he burlado por vos. Mientras volvía, me preguntaba cual debía ser vuestra influencia para obligarme & cometer esta especie de crimen, o si la dicha de pertenecer a vuestra familia, de llegar a ser vuestro hijo, borraría la mancha que tengo en mi conciencia...

—¡Bah! Ya te confesarás —dijo Thuillier, el espirite fuerte.

—Ahora —dijo Teodosio a Brígida—, estáis seguros de que podéis pagar el precio de la casa, ochenta mil francos, y los treinta mil a Grindot; en total, con lo que

habéis pagado de costas, ciento veinte mil francos, y estos últimos veinte mil hacen ciento cuarenta. Si alquiláis a un inquilino principal, pedidle el último año anticipado, y reservad para mi mujer y para mí todo el primer piso encima del entre-suelo. En estas condiciones, aún encontraréis cuarenta mil francos por doce años. Si queréis abandonar este barrio para ir al de la Cámara, podréis alojarnos con nosotros en ese enorme primer piso, que tiene cochera, caballerizas y todo cuanto constituye una gran existencia. ¡Y ahora, Thuillier, voy a conseguirte la cruz de la Legión de Honor!

Ante este último rasgo, Brígida exclamó:

—¡A fe mía, hijo, habéis llevado tan bien nuestros asuntos, que os dejo que concluyáis el de la casa!...

—No abdicáis, mi bella tía —dijo Teodosio—, y Dios me libre de dar un paso sin vos. Sois el genio tutelar de la familia. Pienso únicamente en el día que Thuillier se sienta en la Cámara. Vos recuperaríais cuarenta mil francos dentro de dos meses, lo cual no impedirá que Thuillier reciba sus diez mil de alquiler al finalizar el primer trimestre.

Después de haber dado esta esperanza a la solterona, que no podía ocultar su júbilo, se llevó a Thuillier al jardín, y, sin ambages, le dijo:

—Mi buen amigo, encuentra el medio de pedir diez mil francos a tu hermana, sin que sospeche que han de ser para entregármelos; dile que esta suma es necesaria para facilitar tu nombramiento de caballero de la Legión de Honor, toda vez que es preciso dar algunas propinas en el ministerio, y que tú sabes entre quien tienes que distribuir esta suma.

—De acuerdo —dijo Thuillier—. Además, se la devolveré de los alquileres.

—Procura tener el dinero esta noche, mi bien amigo; voy a salir para iniciar las gestiones de tu cruz, y mañana sabremos a qué atenemos...

—¡Qué hombre eres! —exclamó Thuillier.

—Hay que conseguir esto antes de que caiga el ministerio del 1.º de marzo —le respondió ladinamente Teodosio.

El abogado corrió a casa de la señora Colleville y le dijo al entrar:

—He vencido; tendremos para Céleste un inmueble de un millón, cuya nuda propiedad le será reconocida en el contrato por Thuillier; pero guardemos este secreto, pues vuestra hija será solicitada por pares de Francia. De esta ventaja, por supuesto, únicamente yo debo beneficiarme. Ahora vestios y vayamos a ver a la señora condesa du Bruel; ella puede conseguir la cruz para Thuillier. Mientras os arregláis, voy a hacer un poco la corte a Céleste, y hablaremos en el coche.

La Peyrade había visto en el salón a Céleste y a Félix. Phellion. Flavie tenía tanta confianza en su hija, que la dejó sola con el joven profesor. Después del gran éxito alcanzado por la mañana, Teodosio sentía necesidad de empezar a dirigirse a Céleste. Había llegado el momento de enemistar a los dos enamorados y no vaciló ni un segundo, cuando trató de pegar el oído a la puerta del salón antes de entrar, a fin de saber qué letra aprendían del alfabeto amoroso, sintiéndose invitado, por decirlo de

algún modo, a cometer aquel crimen doméstico, al escuchar voces airadas procedentes de una discusión. El amor, según uno de nuestros poetas, es el privilegio que dos seres se otorgan, para darse mutuamente muchos disgustos por nada.

Una vez Céleste hubo elegido en su corazón a Félix por compañero de su vida, más que estudiarlo, deseó unirse a él mediante aquella comunión del corazón que es el principio de todos los afectos y que, en los espíritus jóvenes, conduce a un examen voluntario. La discusión que Teodosio iba a escuchar tenía su origen en una disensión profunda surgida desde hacía algunos días entre el matemático y Céleste.

Aquella criatura, fruto moral de la época durante la cual la señora Colleville trató de arrepentirse de sus faltas, era de una piedad a toda prueba; pertenecía a la verdadera grey de los fieles, y, en ella, el catolicismo absoluto, templado por el misticismo que tanto agrada a las almas jóvenes, era una poesía íntima, una vida dentro de la vida. Las jovencitas parten de aquí para convertirse en mujeres excesivamente ligeras o en santas. Pero durante aquel hermoso período de su juventud, esconden en el corazón un poco de absolutismo; en sus ideas tienen siempre ante los ojos la imagen de la perfección, y todo debe ser celeste, angélico o divino para ellas. Fuera de su ideal no existe nada, todo es fango y suciedad. Esta idea obliga entonces a tirar muchos diamantes a la paja, por parte de jóvenes que, una vez mujeres, adoran a los falsos diamantes.

La verdad era que Céleste se dio cuenta, no de la irreligión, sino de la indiferencia de Félix en materia religiosa.

Como la mayor parte de los geómetras, químicos, matemáticos y grandes naturalistas, había analizado racionalmente la religión, reconociendo en ella un problema tan insoluble como la cuadratura del círculo. *Deísta in petto*, continuaba profesando la religión de la mayoría de los franceses, sin concederle mayor importancia que la nueva ley promulgada en julio. Era necesario que Dios estuviese en el cielo, como el busto de un rey sobre un pedestal en la alcaldía. Félix Phellion, digno hijo de su padre, no había cubierto su conciencia con el más ligero velo; dejaba que Céleste la leyese con el candor y la distracción de un buscador de problemas, y la joven mezclaba la cuestión religiosa con la cuestión civil; experimentaba un profundo horror por el ateísmo, ya que su confesor le decía que el deísta es primo hermano del ateo.

—¿Habéis pensado, Félix, en hacer lo que me prometisteis? —le preguntó Céleste cuando la señora Colleville los dejó solos.

—No, mi querida Céleste —respondió Félix.

—¡Oh, faltar a una promesa! —se quejó ella dulcemente.

—Se trataba de una profanación —dijo Félix—. Os quiero tanto y con una ternura tan poco firme contra vuestros deseos, que prometí algo que iba contra mi conciencia. La conciencia, Céleste, es nuestro tesoro, nuestra fuerza, nuestro apoyo. ¿Cómo queréis que vaya a una iglesia para ponerme de rodillas ante un sacerdote en quien solamente veo al hombre?... Me hubierais despreciado si os hubiese obedecido.

—Así, mi querido Félix, ¿no queréis ir a la iglesia? —dijo Céleste, dirigiendo al ser amado una mirada bañada en llanto—. ¿Si fuese vuestra esposa, me dejaríais ir sola a la iglesia?... Vos no me amáis como yo os amo... pues, hasta el presente, abrigo en mi corazón, por un ateo, un sentimiento contrario al que Dios quiere de mí.

—¡Un ateo! —exclamó Félix Phellion—, ¡Oh. no! Escuchad, Céleste... ciertamente existe un Dios, creo en él pero me lo imagino de una manera más hermosa que vuestros curas; yo no le hago descender hasta mí, sino que intento elevarme hasta él... Escucho la voz que ha puesto en *mí*, la voz que los hombres honrados llaman conciencia, y trate de no oscurecer los rayos divinos que me llegan. Asimismo, nunca haré daño a nadie ni iré contra los mandamientos de la moral universal, que fue la moral de Confucio, de Moisés, de Pitágoras, de Sócrates, como lo fue de Jesucristo... Permaneceré ante Dios, mis acciones serán mis plegarias, no mentiré jamás, mi palabra será sagrada, nunca cometeré ninguna acción vil o impura. Estas son las enseñanzas que me legó mi virtuoso padre, y que yo quiero transmitir a mis hijos. Haré todo el bien que pueda, aunque tenga que sufrir por ello. ¿Qué más podéis pedir a un hombre?...

Esta profesión de fe de Phellion hizo que Céleste inclinase dolorosamente la cabeza.

—Leed con atención —le dijo ésta— la *Imitación de Jesucristo*... Tratad de convertirlos a la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, y reconoceré cuán absurda son vuestras palabras... Escuchad, Félix: el matrimonio no es, según, la Iglesia, asunto de un día, la simple satisfacción de nuestros deseos; está hecho para la eternidad... ¡Cómo! ¿Estaríamos unidos noche y día, seríamos una sola carne, un solo verbo, y tendríamos en nuestro corazón dos lenguajes, dos religiones, una causa de perpetua disensión? Me condenaríais a un llanto que yo os ocultaría y que me causaría el estado de vuestra alma. ¿Podría dirigirme a Dios, cuando viese su diestra alzada sin cesar contra vos?... ¡Vuestra sangre de deísta y vuestras convicciones podrían pasar a mis hijos!... ¡Oh, Dios mío, cuántas desdichas para una esposa!... No, estas ideas son intolerables... ¡Oh, Félix, abrazad mi fe, ya que yo no puedo abrazar la vuestra! No abráis abismos entre nosotros. Si me amaseis, ya habríais leído la *Imitación de Jesucristo*...

Los Phellion, hijos del *Constitutionnel*, no eran muy amigos de los curas. Félix cometió la imprudencia de responder a esta especie de plegaria brotada del fondo de un alma ardiente:

—Céleste, repetís una lección que os ha enseñado vuestro confesor, y nada es más fatal para la felicidad, creedme, que la intervención de las sotanas en los matrimonios...

—¡Oh! —exclamó Céleste, indignada, y que sólo había sido inspirada por el amor—, ¡Vos no amáis!... ¡La voz de mi corazón no llega al vuestro! No me habéis comprendido, pues no me habéis escuchado, y os perdono, porque no sabéis lo que decís.

La joven se envolvió en un silencio soberbio y Félix fue a tamborilear con los dedos en un vidrio de la ventana: música familiar de los que se entregan a reflexiones dolorosas. Félix, en efecto, se planteaba aquellas singulares y delicadas cuestiones de conciencia para un Phellion:

—Céleste es una rica heredera, y, cediendo a sus ideas, contra la voz de la religión natural, haré un casamiento ventajoso: acto infame. Como padre de familia, no debo permitir que los curas tengan la menor influencia sobre mí; si hoy cedo, cometo un acto de debilidad que será seguido de muchos otros igualmente perniciosos para la autoridad del padre y del marido. Todo esto no es digno de un filósofo.

Y volvió junto a su amada.

—Céleste, os lo suplico de rodillas: no mezclemos lo que la ley, en su sabiduría, ha separado. Vivimos para dos mundos, la sociedad y el cielo. Que cada cual escoja su camino de salvación, pero, en cuanto a la sociedad, ¿no es obedecer a Dios observar sus leyes? Cristo dijo: «Dad al César lo que es del César». César es el mundo político... ¡Olvidemos esta pequeña querella!

—¡Una pequeña querella! —exclamó la joven entusiasta—. Quiero que vos tengáis mi corazón como yo todo el vuestro, y vos los dividís en dos partes... ¿No es esto una desgracia? Olvidáis que el matrimonio es un sacramento...

—¡Los curas que os rodean os han sorbido el seso! —exclamó el matemático, impaciente.

—Señor Phellion —replicó Céleste interrumpiéndole vivamente—, ¡basta sobre el particular!

Fue entonces cuando Teodosio creyó necesario entrar, para encontrar a Céleste pálida y al joven profesor inquieto como un amante que acabase de irritar a su querida.

—¡He oído la palabra *basta!*... ¿Así, había demasiado?...

Y miró alternativamente a Céleste y Félix.

—Hablábamos de religión —respondió Félix—, y yo decía a la señorita cuán funesta es la influencia religiosa en el seno de los matrimonios...

—No se trataba de eso, señor —dijo Céleste con acritud—, sino de saber si el marido y la mujer pueden formar un solo corazón cuando uno es ateo y la otra católica.

—¿Es que hay ateos? —exclamó Teodosio demostrando una profunda estupefacción—. ¿Es que una católica puede contraer matrimonio con un protestante? ¡No existe salvación posible para dos esposos que no estén perfectamente conformes en el terreno de las opiniones religiosas!... Yo que soy, a decir verdad, del Condado y pertenezco a una familia que cuenta con un pontífice entre sus antepasados, pues nuestras armas son de gules con clave de plata y tenemos por soporte a un fraile que sostiene una iglesia y a un peregrino que empuña un bordón de oro, con las palabras *Yo abro y yo cierro* por divisa, soy en esto de un absolutismo feroz. Pero hoy día,

merced al sistema de educación moderno, parece bastante normal suscitar estas cuestiones... Yo, me decía, no me casaría con una protestante aunque tuviese millones, y sin embargo, la amaría hasta perder la razón. La fe no se discute. *Una fides unus Dominas*, esta es mi divisa en política.

—¿Lo oís? —exclamó triunfalmente Céleste mirando a Félix Phellion.

—Yo no soy un devoto —prosiguió La Peyrade—, voy a misa a las seis de la mañana, cuando nadie me ve; asomo los viernes; soy, en fin, un hijo de la Iglesia, y no emprendería nada importante sin antes rezar, según la vieja costumbre de nuestros antepasados. Nadie se da cuenta de mi religión... Durante la revolución de 1789, sucedió en mi familia un hecho que nos unió aún más que antes a nuestra santa madre la Iglesia. Una pobre señorita de La Peyrade perteneciente a la rama mayor que posee la pequeña heredad de La Peyrade, pues nosotros somos Peyrade des Canquoëlles, pero ambas ramas heredan una de otra; esta señorita se casó seis años antes de la Revolución, con un abogado que, según la moda del tiempo, era volteriano, es decir, incrédulo, o deísta, si lo preferís. Abrazó las ideas revolucionarias y abundó en las extravagancias que ya sabéis, el culto a la diosa Razón. Vino a nuestra región imbuido de estas ideas y convertido en un fanático de la Convención. Su mujer era muy bella y él la obligó a representar el papel de la Libertad; la infortunada terminó loca, y murió en la demencia. Bien, en los tiempos que corren, quizá volveremos a ver lo de 1793.

Esta historia, inventada a su capricho, causó tal impresión en la imaginación nueva y juvenil de Céleste, que ésta se levantó, saludó a los dos jóvenes y se retiró a su habitación.

—¡Ah, caballero, qué habéis dicho! —exclamó Félix, herido en el corazón por la mirada fría que Céleste acababa de dirigirle, afectando una profunda indiferencia—. Ella ya se cree transformada en diosa de la Razón.

—¿De qué se trataba, pues? —preguntó Teodosio.

—De mi indiferencia en cuestiones religiosas.

—La gran plaga del siglo —respondió Teodosio con semblante grave.

—Aquí estoy —dijo la señora Colleville, apareciendo elegantemente vestida—. Pero, ¿qué tiene mi pobre hija? Está llorando...

—¿Está llorando, señora? —exclamó Félix—. Decidle, señora, que voy a ponerme a estudiar la *Imitación de Jesucristo*.

Y Félix salió con Teodosio y Flavie, a quien el abogado estrechaba el brazo a fin de hacerle comprender que, cuando estuviesen en el coche, le explicaría la demencia del joven sabio.

Una hora después, la señora Colleville y Céleste, con Colleville y Teodosio, entraban en casa de los Thuillier, para ir a cenar con ellos. Teodosio y Flavie se llevaron a Thuillier al jardín, y aquél le dijo:

—Mi buen amigo, tendrás la cruz dentro de ocho días. Escucha, nuestra querida amiga te contará la visita que hemos efectuado a la señora condesa du Bruel...

Y Teodosio dejó a Thuillier al ver que la hermana de éste llegaba con Desroches; se acercó al procurador, impulsado por un espantoso y glacial presentimiento.

—Mi querido colega —dijo Desroches al oído de Teodosio—, vengo a ver si podéis procuraros veinticinco mil francos, más dos mil seiscientos ochenta con sesenta céntimos para las costas.

—¿Vos sois el procurador de Cérizet? —exclamó el abogado.

—Ha entregado los documentos a Louchard, y vos sabéis ya lo que ahora os espera: un auto de detención. Cérizet cree que tenéis veinticinco mil francos en vuestro escritorio. ¿Se equivoca? Vos se los habéis ofrecido y encuentra muy natural no dejarlos en vuestra casa...

—Os agradezco vuestra gestión, mi querido colega —dijo Teodosio—. Ya había previsto ese ataque...

—Dicho sea entre nosotros —respondió Desroches—, lo habéis burlado muy bonitamente... Ese pícaro no retrocederá ante nada para vengarse, pues lo pierde todo; si queréis liaros la manta a la cabeza e ir a la cárcel...

—¡Prefiero pagar! —exclamó Teodosio—. Pero aún, quedan cinco letras aceptadas por valor de cinco mil francos cada una: ¿Qué piensa hacer con ellas?

—¡Oh! Después de lo que ha pasado esta mañana, no puedo aseguraros nada. Pero mi cliente está liquidado y tiene sus pequeños proyectos...

—Vamos a ver, Desroches —dijo Teodosio, sujetando al rígido y flaco Desroches por la cintura—. ¿Aún tenéis los documentos en vuestra casa?

—¿Queréis pagar?

—Sí, dentro de tres horas.

—Pues bien, estad en mi casa a las nueve; me daréis esos fondos y yo os entregaré las letras; pero a las nueve y media, si no venís, las entregaré a Louchard...

—Perfectamente; hasta esta noche, a las nueve —contestó Teodosio.

—A las nueve —respondió Desroches, cuya mirada abarcó a toda la familia que se hallaba reunida en el jardín.

Céleste, que tenía los ojos enrojecidos, conversaba con su madrina, Colleville y Brígida, Flavie y Thuillier, en los peldaños de la gran escalinata por la que se ascendía del jardín a la sala de entrada. Desroches dijo a Teodosio, que le había acompañado hasta allí:

—Podéis pagar muy bien vuestras letras de cambio.

Con una sola mirada, Desroches reconoció el inmenso trabajo realizado por el abogado.

XXI

UNA CLIENTE DE CÉRIZET

La mañana siguiente al amanecer, Teodosio se dirigió a visitar al banquero de los menestrales para ver el efecto que había producido en su enemigo el pago efectuado puntualmente la víspera, y realizar una última tentativa por desembarazarse de aquel tábano.

Encontró a Cérizet de pie, conferenciando con una mujer y recibió una invitación imperativa para que se mantuviera a distancia, a fin de no turbar su conversación. Por lo tanto, el abogado tuvo que conformarse con simples conjeturas acerca de la importancia de aquella desconocida, importancia puesta de manifiesto por el deferente aspecto del prestamista por semanas. Teodosio tuvo el presentimiento, excesivamente vago no obstante, de que el objeto de aquella conferencia influiría en la disposición de Cérizet, pues vio en su fisonomía ese cambio completo que produce la esperanza.

—Pero, mi querida mamá Cardinal...

—Sí, mi buen señor...

—¿Qué queréis?

—Hay que decidirse...

Estos principios o estos finales de frase eran los únicos resplandores que la conversación animada y sostenida en voz baja, de oreja a boca y de boca a oreja, arrojaba sobre el testigo inmóvil, cuya atención se fijó en la señora Cardinal.

Esta señora era una de las primeras parroquianas de Cérizet; se trataba de una revendedora de pescado fresco. Si bien los parisienses conocen estas particulares creaciones típicamente suyas, los extranjeros no sospechan su existencia, y la tía Cardinal, en estilo tecnológico, merecía todo el interés que despertaba en el abogado. Se encuentran tantas mujeres de este tipo en las calles, que los viandantes no les prestan mayor atención que a los tres mil cuadros de una exposición. Pero aquí, en esta digresión, la Cardinal tenía

todo el valor de una obra maestra aislada, porque constituía un tipo completo en su género.

Aparecía erguida en unos zuecos fangosos, pero sus pies, cuidadosamente envueltos en zapatillas, estaban protegidos además por unas gruesas medias. Su vestido de indiana, enriquecido por un faralá de barro, mostraba la huella del tirante que sostiene la canastilla de vendedora, cortando la cintura por detrás y un poco hacia abajo. Su principal prenda de vestir era un chal de cachemira de los llamados de *pelo de conejo*, cuyos dos cabos se anudaban encima de su *polisón*» pues hay que emplear este término del mundo elegante para describir el efecto que producía la presión del tirante transversal en sus faldas, que se alzaban en forma de col. Una tela basta de Rúan, que servía de pañoleta, dejaba ver un cuello colorado y rayado como el estanque de la Villette cuando los muchachos han patinado sobre él. Su tocado consistía en un pañuelo de seda amarilla, arrollado de una manera muy pintoresca.

Baja y rechoncha, con una tez de subido color, la tía Cardinal debía de beber su vasito de aguardiente todas las mañanas. Había sido hermosa. En el mercado le

reprochaban, con su lenguaje de figuras atrevidas, que hubiese hecho más de un jornal de noche. Su órgano vocal, para ponerse al diapasón de una conversación honrada, se veía obligado a ahogar el sonido, como se hace en la habitación de un enfermo, pero entonces salía espeso y pastoso de aquella garganta acostumbrada a lanzar hasta las profundidades de las buhardillas el nombre del pescado de cada temporada. Su nariz de Roxelane, su boca bien dibujada, sus ojos azules, todo lo que en otros tiempos constituyó su belleza, se hallaba enterrado entre los pliegues de una grasa vigorosa, que revelaba las costumbres propias de la vida al aire libre. El vientre y los senos llamaban la atención por una amplitud al estilo de Rubens.

—¿Y queréis que duerma sobre la paja? —decía la matrona a Cérizet—. ¡Los Poupiller me importan un bledo!... ¿Acaso soy una Poupiller?... ¿Dónde queréis que metamos a los Poupiller?...

Estas desabridas palabras fueron reprimidas por Cérizet, quien dijo a la pescadera uno de esos *¡chitón!* prolongados a los que obedecen todos los conspiradores.

—Bueno, id a ver lo que hay y volved —dijo Cérizet empujando a la mujer hacia la puerta y susurrándole unas palabras al oído.

—Bien, mi querido amigo —dijo Teodosio a Cérizet—. ¿Tienes ya tu dinero?

—Sí —respondió Cérizet—. Hemos medido nuestras garras: son de la misma dureza, la misma longitud y la misma fuerza... ¿Y ahora, qué?

—¿Debo decir a Dutocq que ayer recibisteis veinticinco mil francos?

—¡Oh, mi querido amigo, ni una palabra... si me aprecias! —exclamó Cérizet.

—Escucha —prosiguió Teodosio—, es necesario que sepas de una vez lo que pretendes. Estoy completamente decidido a no permanecer veinticuatro horas más en la parrilla donde me asáis a fuego lento. Que tú engañes a Dutocq, me resulta completamente indiferente, pero quiero que nosotros dos nos entendamos... Veinticinco mil francos son una fortuna, pues ya debes reunir otros diez mil ganados con tus operaciones. Tienes lo suficiente para convertirte en un hombre honrado. Si me dejas tranquilo, Cérizet, si no haces nada por evitar que me convierta en el marido de la señorita Colleville, seré algo así como abogado del Rey en París; harás muy bien asegurándote una protección en esa estera.

—He aquí mis condiciones; no admiten discusión: son para tomarlas o dejarlas. Harás que tenga la casa Thuillier a título de principal inquilino, mediante un contrato de arrendamiento por dieciocho años, y a cambio yo te entregaré una de las cinco letras de cambio. No volverás a encontrarme en tu camino y para las cuatro restantes, tendrás que entendértelas con Dutocq... Has conseguido vencerme y Dutocq no tiene talla para luchar contigo...

—Consiento en ello, si accedes a darme cuarenta y ocho mil francos por el alquiler de la casa, el último año adelantado, y hacer que el contrato principie a partir del mes de octubre próximo.

—Bien, pero no daré más que cuarenta y tres mil francos en efectivo; con tu letra de cambio totalizarán cuarenta y ocho. He visto la casa, la he examinado y estoy de

acuerdo.

—Una última condición —dijo Teodosio—. ¿Me ayudarás contra Dutocq?

—No —respondió Cérizet—. Ya está listo conmigo, sin que yo tenga que darle con el asador: aflojará la mosca. Sé razonable. El pobre hombre no sabe como pagar los últimos quince mil francos de su cargo, y a ti te basta con saber que puedes rescatar tus letras por quince mil francos.

—Bien, dame quince días para extender tu contrato...

—¡No puedo esperar más que hasta el lunes próximo! El martes, tu letra por cinco mil francos estará en casa de Louchard, a menos que pagues el lunes, o que Thuillier me haya extendido el contrato.

—De acuerdo, sea el lunes —repuso Teodosio—. ¿Somos amigos?...

—Lo seremos el lunes —respondió Cérizet.

—Entonces, hasta el lunes. ¿Me invitarás a cenar? —preguntó riendo Teodosio.

—En el *Rocher de Cancale* si firmo el contrato. Dutocq también estará allí... nos vamos a reír... Hace mucho tiempo que no me río...

Teodosio y Cérizet se dieron un apretón de manos, diciéndose recíprocamente:

—¡Hasta pronto!

Cérizet no se había calmado con tanta prontitud sin motivo. En primer lugar, según decía Desroches, «la bilis no facilita los negocios», y el usurero comprendió demasiado lo justo de la frase para no resolverse fríamente a sacar partido de su situación y a *yugular* (la palabra técnica) al astuto provenzal.

—Tenéis que tomaros el desquite —le dijo Desroches—... y ese muchacho no se os escapará... Tratad de extraerle la quintaesencia.

La verdad era que desde hacía diez años, Cérizet había visto enriquecerse a muchas personas que se convirtieron en principal inquilino. El principal inquilino, en París, viene a ser, respecto a los propietarios de casas, lo que los colonos a los terratenientes. Todo París ha visto como uno de sus más célebres sastres construía a sus expensas en el famoso emplazamiento de Frascati, en el ángulo del bulevar y la calle de Richelieu el inmueble más suntuoso, dando, como principal inquilino, cincuenta mil francos de alquiler por esta casa que, a pesar de los gastos de construcción, que ascendieron a setecientos mil francos aproximadamente, los diecinueve años de arrendamiento producirán, a fin de cuentas, unos beneficios muy saneados.

Cérizet, al acecho de los posibles negocios, pasó revista a las ocasiones de ganancia que podía ofrecer el emplazamiento de la casa *robada* por Thuillier, según decía él a Desroches, y reconoció la posibilidad de alquilarla por más de sesenta mil francos al cabo de seis años. Poseía cuatro tiendas, dos en cada fachada, ya que ocupaba una esquina del bulevar.

Cérizet esperaba ganar por lo menos diez mil francos anuales durante doce años, sin contar los imprevistos y las gratificaciones que le darían a cada renovación de contrato los comerciantes que se establecieran en las tiendas, y a los que de momento

sólo concedería un arriendo por seis años. Además, se proponía vender su fondo de usurero a la señora viuda Poiret y a Cadenet por diez mil francos, y ya poseía más de treinta mil; así, se hallaba en disposición de pagar el año de anticipo que los propietarios acostumbran a exigir, como garantía, a los principales inquilinos. Por lo tanto, Cérizet pasó la noche más contento que irnos pascuas; se durmió acunado por un hermoso sueño, viéndose en situación de tener una profesión honrada, convirtiéndose en un burgués como Thuillier, Minard y tantos otros.

Renunció entonces a la adquisición de la casa en construcción de la calle Geoffroy-Marie. Pero tuvo un despertar inesperado: encontró a la Fortuna de pie, derramando sobre él sus cuernos dorados, en la persona de la señora Cardinal.

Siempre había tenido consideraciones hacia aquella mujer, y le prometía, especialmente desde hacía un año, la suma necesaria para comprar un asno y un carrito, a fin de que pudiera hacer su comercio en grande e ir de París a los alrededores de la capital. La señora Cardinal, viuda de un forzudo del mercado central, tenía una hija única cuya belleza alabaron a Cérizet otras comadres. Olimpia Cardinal tenía alrededor de trece años cuando, en 1837, Cérizet empezó a *prestar* en el barrio, y, con el propósito de un libertinaje infame, rodeó de las mayores atenciones a la Cardinal. La sacó de la más profunda miseria, confiando en convertir a Olimpia en su amante, pero, en 1838, la muchacha abandonó a su madre y sin duda se convirtió en una *de la vida*, para emplear la expresión con la que el pueblo parisién alude al abuso de los preciosos dones de la naturaleza y la juventud.

Buscar una muchacha, en París, es como buscar un pececillo en el Sena: hay que confiar en una pesca casual y afortunada. Esta casualidad se produjo. La tía Cardinal que, para obsequiar a una comadre, la llevó al teatro de Bobino, reconoció a su hija en la persona de la joven primera dama, a quien el primer actor tenía sometida desde hacía tres años. La madre, muy halagada de momento al ver a su heredera con un hermoso vestido entretejido con hilo metálico, peinada como una duquesa, con medias de seda, zapatitos de raso y aplaudida al salir a escena, terminó por llamarla a gritos desde su butaca.

—¡Tendrás noticias mías, asesino de tu madre!... ¡Yo sabré si los malos cómicos de la legua tienen derecho a pervertir a las jóvenes de dieciséis años!...

Quiso ver a su hija a la salida, pero la joven primera dama y el primer actor saltaron sin duda por encima de las candilejas y se fueron mezclados con el público, en vez de salir por la puerta del escenario, frente a la cual la viuda Cardinal y la tía Mahoudeau, su buena amiga, armaron un estrépito infernal, que tuvo que ser apaciguado por dos guardias municipales. Los miembros de aquella augusta institución, ante quienes las dos comadres tuvieron que bajar el diapasón de su voz, dijeron a la Cardinal que su hija, de dieciséis años, ya estaba en edad de actuar en el teatro y que, en vez de vociferar a la puerta llamando al director, podía citarla ante el juez de paz o la policía correccional, como prefiriese.

Al día siguiente, la señora Cardinal se propuso ir a consultar a Cérizet, en vista de

que éste trabajaba con el juez de paz, pero, antes de dirigirse a su antro de la calle Poules, quedó fulminada cuando el portero de la casa donde vivía el viejo Poupillier, su tío, le dijo que éste no viviría ni dos días, pues ya estaba en las últimas.

—Bien, ¿y qué queréis que haga? —contestó la viuda Cardinal.

—Contamos con vos, mi querida señora. Vos no nos olvidaréis, por el buen consejo que os damos. Se trata de lo siguiente: En estos últimos tiempos, como vuestro pobre tío apenas podía moverse, confió en mí para que fuese a cobrarle los alquileres de su casa de la calle Notre-Dame de Nazareth y los atrasos de una inscripción de renta que tiene sobre el Tesoro, por valor de mil ochocientos francos...

En aquel instante, los ojos de la viuda Cardinal dejaron de vagar y se quedaron fijos.

—Sí, hijita —prosiguió el tío Perrachi, que era un portero pequeño y jorobado—, y, en vista de que vos sois la única que pensáis en él, que le lleváis pescado de vez en cuando y que vais a verle, quizás disponga de algo a vuestro favor... Mi mujer, durante estos últimos días, ha cuidado de él y le ha hablado de vos, pero el pobre hombre no quería que os dijésemos que estaba tan enfermo... Creo que ya es hora de que os dejéis ver. Pensad que ya hace dos meses que no se mueve de casa.

—Debéis reconocer, mi viejo rastacuero —respondió la tía Cardinal al portero, zapatero de profesión, mientras se dirigía con rapidez excesiva a la calle Honoré-Chevalier, donde habitaba su tío en una mísera buhardilla—, que antes me hubiera crecido pelo en la palma de la mano que imaginarme esto... ¡Cómo! ¡Mi tío Poupillier rico! ¡El buen pobre de la iglesia de Saint-Sulpice!

—¡Ah! —repuso el portero—. Se trataba a cuerpo de rey y todas las noches se acostaba con su buena amiga, una enorme botella de vino del Rosellón. Mi mujer llegó a probarlo, pero él nos decía que era vino de seis sueldos. Se lo proporcionaba el vinatero de la calle Canettes.

—No habléis de esto, amigo —dijo la viuda Cardinal al separarse del portero que acababa de darle estas explicaciones—. Pensaré en vos... si hay algo.

Este Poupillier, antiguo tambor mayor de los guardias franceses, pasó al servicio de la Iglesia, dos años antes de 1789, convirtiéndose en suizo de Saint-Sulpice. La Revolución le desposeyó de su empleo y se hundió en una miseria espantosa, viéndose entonces obligado a adoptar la profesión de modelo, pues *gozaba* de un hermoso físico.

Cuando se restauró el culto, volvió a empuñar la alabarda, pero en 1816 fue destituido, tanto a causa de su inmoralidad como de sus opiniones políticas: pasaba por ser bonapartista. Sin embargo, como retiro, permitieron que se quedase a la puerta del templo, donde daba agua bendita a los fieles. Más adelante, un asunto enojoso, del que nos ocuparemos en seguida, le hizo perder su hisopo, pero halló un nuevo medio de continuar en el santuario, consiguiendo que le tolerasen en calidad de pobre a la puerta de la iglesia. Por aquella época ya tenía setenta y dos años cumplidos, pero él se atribuyó noventa y seis y dio principio al oficio de centenario.

Era imposible encontrar en todo París una barba y una cabellera como las de Poupillier. Andaba encorvadísimo, apoyándose en un bastón con mano temblorosa, una mano recubierta del líquen que se ve en el granito, y tendía el clásico sombrero, mugriento, de anchas alas, remendado, en el que caían abundantes limosnas. Sus piernas, envueltas en trapos y andrajos, arrastraban unas espantosas alpargatas de esparto a cuyo interior adaptaba unas excelentes suelas de crin. Se salpicaba el rostro con ingredientes que simulaban las manchas producidas por graves enfermedades, o rugosidades, y representaba admirablemente la senilidad del centenario. Tuvo cien años a partir de 1830, cuando en realidad sólo contaba ochenta. Era el jefe de los pobres, el amo de la plaza, y todos cuantos iban a mendigar bajo las arcadas de la iglesia, a salvo de la persecución de los agentes de policía y bajo la protección del suizo, del bedel, del donador de agua bendita y también de la parroquia, le pagaban un diezmo particular.

Cuando, al salir del templo, un heredero, un recién casado o un padrino decía: «Esto es para todos vosotros y para que nadie nos moleste», Poupillier, designado por el suizo, su sucesor, se embolsaba las tres cuartas partes de las dádivas y sólo daba la parte restante a sus acólitos, cuyo tributo ascendía a un sueldo diario. El dinero y el vino fueron sus dos últimas pasiones, pero organizó la segunda y se entregó totalmente a la primera, sin descuidar su bienestar. Bebía por la noche, después de cenar, con la iglesia cerrada, y se quedó dormido durante veinte años en brazos de la embriaguez, convertida en su última querida.

Por la mañana ya estaba en su puesto al amanecer, completamente preparado. Desde la mañana hasta la hora de la cena, que tomaba en casa del tío Lathuile, ilustrado por Charlet, roía mendrugos de pan por todo alimento, y los roía como un artista, con una resignación que le valía numerosas limosnas. El suizo y el que repartía agua bendita, con los que quizás estaba de acuerdo, decían de él:

—Es el pobre de la iglesia; conoció al párroco Languet, el que construyó Saint-Sulpice; fue suizo durante veinte años, antes y después de la Revolución; ahora tiene cien años.

Aquella pequeña biografía, conocida por todas las devotas, era una enseña inmejorable, y ningún sombrero tuvo mejor parroquia en todo París. Se compró la casa en 1826 y la renta en 1830.

A juzgar por el valor de ambos bienes, sin duda recaudaba alrededor de seis mil francos anuales, que debió de colocar con una usura semejante a la de Cérizet, pues la casa valía cuarenta mil francos y la renta le costó cuarenta y ocho mil. La sobrina, a quien su tío había engañado como a los porteros, a los pequeños funcionarios de la iglesia y a las almas devotas, le consideraba más desdichado que ella, y cuando tenía pescado sobrante, se lo llevaba al pobre hombre.

Por lo tanto, se consideró con derecho a sacar partido de sus liberalidades y de su compasión con un tío que debía tener multitud de colaterales desconocidos, pues ella era la tercera y única hembra Poupillier; tenía cuatro hermanos y su padre, recadero

que disponía de un carrito de mano, le hablaba en su infancia de tres tías y de cuatro tíos que tenían los destinos más extravagantes.

Después de visitar al enfermo, se fue a todo correr a consultar a Cérizet, informándole de como había encontrado a su hija y los motivos, las objeciones y los indicios que le hacían suponer que su tío Poupillier ocultaba un montón de oro dentro de su jergón. La tía Cardinal no se consideraba suficientemente lista para apoderarse legal o ilegalmente de aquella herencia, y por lo tanto fue a confiarse a Cérizet.

El usurero de los pobres, semejante a los obreros que trabajan en las alcantarillas, al fin acababa por encontrar diamantes en el fango en que chapoteaba desde hacía cuatro años, al descubrir una de esas casualidades que, según se dice, se encuentran a veces en estos arrabales, de los que salen algunos herederos con zuecos. Este era el secreto de la mansedumbre que demostró ante el hombre cuya ruina había jurado. Fácil resulta imaginar su ansiedad al esperar el regreso de la viuda Cardinal, a quien aquel profundo intrigante, dedicado siempre a tramar tenebrosas conjuras, dio los medios de comprobar sus sospechas sobre la existencia del tesoro, prometiéndole un éxito completo si ella quería confiarle la misión de recoger aquella cosecha. No era hombre de los que retroceden ante un crimen, sobre todo cuando veía la posibilidad de quedarse con los beneficios haciéndoselo cometer a otro. Compraría entonces la casa de la calle Geoffroy-Marie, y se vería finalmente convertido en un burgués de París, en un capitalista en situación de emprender los más hermosos negocios.

XXII

DIFICULTADES DE QUE SE TROPIEZA EN EL ROBO MÁS SENCILLO

—¡Mi querido Benjamín —dijo la pescadera, abordando a Cérizet con un rostro inflamado tanto por la codicia como por la rapidez de la carrera—, mi tío duerme sobre más de cien mil francos en oro... y estoy segura de que los Perrache, con la excusa de cuidarle, han echado el ojo sobre la pasta!

—Repartida esa fortuna entre cuarenta herederos —observó Cérizet—, tocarían a una cantidad insignificante por cabeza. Escuchad, tía Cardinal: yo me casaré con vuestra hija. Dadle el oro de vuestro tío, y os dejaré la renta y la casa en usufructo.

—¿No correremos ningún riesgo?

—Ninguno.

—De acuerdo —dijo la viuda Cardinal, estrechando la mano de su futuro yerno—. Seis mil libras de renta: ¡menuda vida nos daremos!

—Y además, un yerno como yo —añadió Cérizet.

—¡Seré una parisina burguesa! —exclamó la Cardinal.

—Ahora —prosiguió Cérizet, después de una pausa durante la cual el yerno y la

suegra se abrazaron—, tengo que ir a estudiar el terreno. No os mováis de aquí: diréis al portero que esperáis a un médico. El médico seré yo, y haced como sí no me conocieseis.

—¡Estás hecho un buen zorro, picarón! —dijo la tía Cardinal dando un golpecito en el vientre de Cérizet a guisa de despedida.

Una hora después, Cérizet, vestido de negro, disfrazado con una peluca rojiza y una fisonomía artísticamente dibujada, se presentó en la calle Honoré-Chevalier, en un cabriolé de alquiler. Dijo al portero remendón que le indicase donde se alojaba un pobre llamado Poupillier.

—¿Sois acaso el médico que esperaba la señora Cardinal? —le preguntó el portero.

Cérizet había reflexionado sin duda acerca de la gravedad que tenía representar aquel papel, ya que evitó responder.

—¿Es por aquí? —preguntó, dirigiéndose al azar hacia uno de los lados del patio.

—No, señor —respondió al tío Perrache, acompañándole a una escalera de servicio que conducía a la buhardilla ocupada por el mendigo.

Al curioso portero le quedaba el recurso de interrogar al cochero del cabriolé, y le dejaremos ocupado en la tarea de proseguir sus indagaciones por ese lado.

La casa en que vivía Toupillier era una de las que están condenadas a perder la mitad de su profundidad a causa del plan de alineación, pues la calle Honoré-Chevalier es una de las más angostas del barrio de Saint-Sulpice. El propietario, al que la ley prohibía elevar nuevos pisos o restaurar el inmueble, se veía obligado a alquilar aquella bicoca en el estado en que la había adquirido. El edificio, excesivamente feo por el lado de la calle, se componía de un primer piso coronado por buhardillas, sobre una planta baja y de un pequeño cuerpo de vivienda que formaba ángulo recto por cada lado. El patio terminaba con un jardín en el que había unos cuantos árboles plantados, y que dependía de la vivienda del primer piso. Aquel jardín, separado del patio por una verja, hubiera permitido a un propietario rico vender la casa a la ciudad y reedificarla en el emplazamiento del patio, pero todo el primer piso estaba arrendado por dieciocho años a un personaje misterioso del que ni la policía oficial del portero ni la curiosidad de los demás inquilinos habían conseguido averiguar nada.

Dicho inquilino, que entonces contaba sesenta y seis años, hizo colocar en 1829 una escalera al pie de la ventana de la parte del inmueble que daba al jardín, para bajar y pasear por él sin cruzar el patio. La mitad de la planta baja, a la izquierda, estaba ocupada por un encartonador que, diez años antes, transformó las cocheras y caballerizas en talleres, y la otra parte por un encuadernador. Ambos artesanos ocupaban respectivamente la mitad de las buhardillas que daban a la calle. Las buhardillas, situadas bajo uno de los cuerpos del edificio que formaba ángulo, estaban unidas con la vivienda del misterioso personaje. Finalmente, Toupillier pagaba cien francos por el desván que coronaba el otro cuerpo de edificio de la izquierda, al que

se ascendía por una escalera iluminada por tragaluces. La puerta cochera ofrecía aquel hueco circular indispensable en una calle estrecha en la que los coches no podían cruzarse.

Cérizet asió una cuerda que hacía las veces de pasamanos para subir por la especie de escala que conducía al desván donde agonizaba el centenario; en aquella habitación le esperaba el terrible espectáculo de la miseria fingida.

En París, todo cuanto se hace expresamente está admirablemente logrado. Los pobres, a este respecto, saben exhibir su mercancía tan bien como los tenderos y como los falsos ricos que quieren obtener crédito.

El piso jamás fue barrido; las baldosas desaparecían bajo una especie de cama de establo o cuadra compuesta de basuras, polvo, barro seco y todo lo que Toupillier tiraba al suelo. Una mala estufa de hierro, cuyo tubo penetraba por el hueco de una chimenea condenada, era el mueble más aparente de aquel tugurio; en el fondo de una alcoba, estaba puesta una cama de las llamadas de tumba, con cenefas en el pabellón que la coronaba de sarga verde, comida por la polilla. La ventana, casi tapiada, tenía en sus vidrios como una nube de mugre que dispensaba ponerle visillos. Las paredes enjalbegadas mostraban un tono fuliginoso debido al carbón y a las pellas que el mendigo quemaba en su estufa. En la chimenea había un jarro de agua desportillado, dos botellas y un plato resquebrajado. Una mala cómoda carcomida contenía la ropa blanca y los trajes limpios; el mobiliario consistía en una mesita de noche de la clase más vulgar, una mesa que valía cuarenta sueldos y dos sillas de cocina casi desprovistas de paja. El traje, en extremo pintoresco, del falso centenario, estaba colgado de un clavo, y bajo aquellos harapos se veían las informes alpargatas con que se calzaba, su prestigioso bastón y su sombrero, todo lo cual formaba una especie de panoplia de la miseria.

Al entrar, Cérizet examinó de una rápida ojeada al viejo. Tenía la cabeza apoyada en una almohada parda de mugre, sin funda, y su perfil anguloso, parecido al que en el siglo pasado los grabadores se divirtieron haciendo con paisajes de rocas amenazadoras, se dibujaba en negro sobre el fondo verde de las cortinas. Poupillier, hombre que casi medía seis pies, miraba fijamente un objeto ideal situado a los pies de la cama; ni siquiera se movió al oír chirriar la pesada puerta, forrada de hierro y con fuerte cerradura, que guardaba sólidamente su domicilio.

—¿Tiene conocimiento? —preguntó Cérizet, ante cuya presencia la Cardinal retrocedió, pues sólo le reconoció por la voz.

—Más o menos —contestó la señora Cardinal.

—Venid —dijo Cérizet desde la escalera—, para que no pueda oímos. He aquí mi plan —agregó hablando al oído de su futura suegra—. Está débil, pero no tiene mala cara y aún disponemos de ocho días, por lo menos. Además, iré a buscar un médico que nos conviene. Volveré una de estas noches con seis cabezas de adormidera. En el estado en que se encuentra, ¿sabéis?, una decocción de adormideras le sumirá en un profundo sueño. Yo os enviaré un catre, so pretexto de que tenéis que pasar las

noches junto a él. Lo transportaremos dormido de la cama verde al catre, y, cuando hayamos reconocido la suma que contiene ese precioso mueble, no nos faltarán precisamente medios de transporte. El médico nos dirá si puede vivir muchos días, y sobre todo si está capacitado para testar.

—¡Hijo mío!...

—Pero antes hay que saber quienes son los habitantes de esta barraca; los Perrache pueden dar la alarma y tendremos tantos espías como arrendatarios.

—¡Bah! Yo ya sé —respondió la Cardinal— que el señor du Portail, el inquilino del primero, es un vejete que cuida a una loca a quien oí llamar Lydia esta mañana por una vieja flamenca cuyo nombre es Katt^[3]. Ese viejo tiene por único criado a un ayuda de cámara, otro viejo llamado Bruno, que lo hace todo, excepto la cocina.

—Pero esos encuadernadores —repuso Cérizet—, empiezan a trabajar muy temprano. En fin, ya veremos —añadió, como hombre que aún no tiene un plan bien formado—. Sin embargo, pasaré por la alcaldía de vuestro distrito para sacar la partida de nacimiento de Olimpia y preparar la publicación de las amonestaciones. La boda será del sábado próximo en ocho días.

—¡Vete, vete, picarón! —dijo la tía Cardinal empujando por el hombro a aquel temible yerno.

Cuando bajaba, Cérizet se quedó sorprendido al ver al vejete, el du Portail de marras, paseando por el jardín con uno de los personajes más importantes del gobierno, el conde Marcial de la Roche-Hugon. Permaneció en el patio, examinando aquel caserón construido en tiempos de Luis XIV y cuyos muros amarillentos se inclinaban como el viejo Poupillier, a pesar de ser de piedra labrada; contempló los dos talleres y contó los obreros que en ellos trabajaban. Aquella casa era tan silenciosa como un claustro. Al ver que también le observaban, Cérizet se fue, pensando en todas las dificultades que presentaba la extracción de la suma escondida por el moribundo, aunque tuviese poco volumen.

—¿Quitársela durante la noche? —se dijo—. Los porteros están al acecho, y, de día, me verían veinte personas... No es tan fácil transportar veinticinco mil francos en oro sin que se note.

Las sociedades tienen dos términos de perfección: el primero es el estado de una civilización cuya moral, igualmente infusa, ni siquiera permite la idea del crimen: los jesuitas alcanzaban aquel término sublime, presentado por la Iglesia primitiva; el segundo es el estado de otra civilización en que la vigilancia mutua que se ejercen los ciudadanos hace el crimen imposible. El término que gusta a la sociedad moderna es aquel en que una mala acción presenta tales dificultades, que verdaderamente es preciso no razonar para tratar de cometerla. En efecto, todas las fechorías que la ley no alcanza a castigar no quedan realmente impunes, y el juicio social es aún más severo que el de los tribunales. Si alguien suprime sin testigos un testamento, como hizo Minoret, el jefe de correos de Nemours, este crimen será seguido por el espionaje de la virtud, del mismo modo que la policía observa un hurto. Ninguna

indelicadeza pasa desapercibida, y dondequiera que haya lesión, se observará la huella. No se pueden escamotear los hombres ni las cosas, pues en París sobre todo, los objetos están numerados, las casas guardadas, las calles observadas y las plazas espiada. Para vivir a sus anchas, el delito quiere una sanción como la de la Bolsa, como la que daban los clientes de Cérizet, que no se quejaban y que se hubieran echado a temblar si no hubiesen encontrado a su desollador en su cocina el martes.

—Bien, mi querido señor —dijo la portera yendo al encuentro de Cérizet—. ¿Cómo está ese amigo de Dios, ese pobre hombre?...

—Yo no soy médico —respondió Cérizet, que decididamente renunciaba a aquel papel—. Soy el hombre de negocios de la señora Cardinal; acabo de aconsejarle que se haga colocar una cama para estar al lado del enfermo día y noche y poder cuidar a su tío, aunque quizás convendría una veladora.

—Yo podría servir —dijo la señora Perrache—. He velado a parturientas.

—Bien, ya veremos —contestó Cérizet—. Yo me ocuparé de esto... Decidme: ¿a quién tenéis de inquilino en el primero?

—Al señor du Portail... ¡Oh, ya hace treinta años que vive aquí! Es un rentista, caballero, un anciano muy respetable... Como usted sabe, los rentistas viven de sus rentas... Hizo negocios. Pronto hará once años que trata de devolver la razón a la hija de un amigo suyo... la señorita Lydia de La Peyrade. Está muy bien cuidada, y por dos de los médicos más famosos; esta misma mañana han celebrado consulta... Pero hasta ahora, nada ha podido curarla, e incluso hay que vigilarla mucho, pues a veces se levanta de noche...

—¡Lydia de La Peyrade! —exclamó Cérizet—. ¿Estáis bien segura de que se llama así?

—La señora Katt, el ama, que también se ocupa de la cocina, me lo ha dicho mil veces, aunque, en general, ni Bruno, el criado, ni esa señora, son muy dados a hablar. Querer sonsacarles algo es como hablar con una pared... Ya hace veinte años que somos porteros y nunca hemos sabido nada acerca del señor du Portail. Más aún, mi querido señor: es el propietario de la casita de al lado... ¿Veis esa puerta excusada? Pues bien, gracias a ella puede salir a su antojo y recibir a quien le place, sin que nos enteremos de nada. Nuestro propietario no sabe más que nosotros al respecto; cuando llaman a la puerta excusada, es Bruno quien va a abrir...

—¿Sí? —dijo Cérizet—. ¿No habéis visto pasar al caballero con quien ese viejo, que se anda con tanto misterio, está hablando en estos momentos?

—¡Toma! Pues no...

—Es la hija del tío de Teodosio —se dijo Cérizet al subir al cabriolé—. ¿Acaso du Portail será el protector que, hace algún tiempo, envió dos mil quinientos francos a ese granuja?... Y si enviase una carta anónima a ese vejete para avisarle del peligro que corre el señor abogado a causa de unas letras de cambio por valor de veinticinco mil francos.

Una hora después, llegó un catre completo para la señora Cardinal, a quien la

curiosa portera ofreció sus servicios para prepararle la comida.

—¿Queréis ver al señor cura? —dijo la tía Cardinal al enfermo, a quien la construcción del catre entretenía mucho.

—¡Quiero vino! —respondió el mendigo—. Esa es mi medicina.

—¿Cómo os encontráis, tío Poupillier? —preguntó la portera.

NOTA DEL EDITOR

Balzac comenzó a escribir Los pequeños burgueses durante el invierno de 1843 a 1844, Inicialmente la novela se titulaba Un gran artista y su personaje principal debía ser un sujeto como el poeta Canalis de Modesta Mignon novela que por aquel entonces no había ni siquiera proyectado. Parece que la idea de Modesta Mignon le fue sugerida por madame Hanska y que para escribirla no sólo dejó en suspenso la composición de Un gran artista, sino que le arrebató su principal personaje para transferirlo al nuevo libro, Ilógicamente Los pequeños burgueses debían haberse frustrado para siempre, pero no fue así. En 1846 Balzac reanudó la tarea de su composición, pero alterando profundamente el plan y sustituyendo su nombre primitivo. De acuerdo con su costumbre, envió a la imprenta una parte del original antes de escribir el resto, y sobre las pruebas efectuó numerosas correcciones, que equivalían a una refundición completa. Entre tanto había comenzado a escribir Los parientes pobres y Los pequeños burgueses quedaron nuevamente abandonados. Esta vez el abandono fue definitivo. Balzac vio llegar la muerte sin que hubiese vuelto a poner la pluma en las olvidadas galeradas de este libro.

Los pequeños burgueses quedaron así interrumpidos, tan brusca y radicalmente interrumpidos, que ni siquiera termina el último párrafo de la redacción auténtica, de Balzac. Madame Hanska, que mientras tanto se había casado con él y se convertía ahora en su viuda, encargó a Carlos Rabou antiguo director de la Revue de París y viejo amigo de Balzac, que terminase ésta y algunas otras obras del genial novelista. Hubiese sido una tarea difícil, incluso para un escritor de la misma talla de Balzac, en el caso de que existiera alguno entonces en Francia. El autor no había dejado proyecto, borrador siquiera, ni la menor indicación acerca del futuro desarrollo de la novela. Pero esto, que hubiera arredrado a un hombre de talento, no asustó al mediocre Rabou, el cual dio a su continuación una extensión desmesurada. Su labor fue tan poco cuidadosa que incluso equivocó el apellido de uno de los personajes, a quien Balzac llamaba Poupillier, y que él transformó en Toupillier.

Debido a la brusquedad con que se interrumpe el texto de Balzac, Rabou ligó su continuación con la versión auténtica un poco antes de producirse la interrupción. A fin de que nuestros lectores puedan deslindar debidamente la obra de Balzac de la de

su continuador cerramos el texto de la primera donde se inicia la segunda, facilitamos a continuación la parte final del texto de Balzac que Rabou suprimió, y seguidamente insertamos el texto del propio Rabou, todo ello debidamente separado a fin de prevenir cualquier confusión.

«TEXTO DEL BALZAC SUPRIMIDO POR RABOU»

—Yo no me siento nada —exclamó sonriente—; hace doce días que yo no soy nadie en mis asuntos...

—¡Los tuyos! pero no...

—Esto le vuelve —dijo la tía Cardinal.

—Me roban, se escapan de mí —repitió el lanzando amenazadoras miradas—. ¡Ah!, tú aquí, mi pequeña Cardinal, un hombre eclesiástico.

—¡Ah! cuanto placer me produce ver como os recuperáis —alegó la tía Cardinal, que a la sazón frisaba los cuarenta años.

El centenario había vuelto a recaer.

—Esto es igual, podrá testar, como dice mi «mono».

El pueblo da el sobrenombre de «monos» a los hombres de negocios. Este apelativo también se aplica a los patronos.

—No os olvidéis de mí —dijo la portera—; he sido yo quien ha dicho a Perrache que os fuera a buscar.

—¡Olvidaros!, yo olvidaría entonces al buen Dios, hija mía... Tan cierto como que yo me llamo Poupillier es que vois tendréis, de lo que yo tenga, lo suficiente para que podáis tirar con vuestro mandil...

Cérizet regresó al anochecer, tras haber realizado todas las diligencias necesarias para la obtención de las copias auténticas de las acastas indispensables para la celebración de su matrimonio, haciendo publicar las amonestaciones las dos alcaldías. Una sola taza de adormidera había proporcionado al viejo Poupillier el más profundo de los sueños. La sobrina y Cérizet cogieron al centenario y lo transportaron a la otra cama. Después, con impúdica rapidez, deshicieron la cama y examinaron el jergón, la caja fuerte de los mendigos. El jergón como un cajón, constituyendo el descubrimiento de este doble fondo, para los herederos, razón suficiente para explicar la pesadez de aquel lecho, intentado mover inútilmente durante la mañana por la tía Cardinal. A fuerza de investigar, Cérizet acabó por descubrir que la traviesa delantera tenía, disimulada en el medio, una tablilla encajada como las que cierran las cajas de dominó. Tiró de esta lengüeta, y pudo ver cuatro cajones de tres pulgadas de espesor llenos de piezas de oro.

—Las reemplazaremos por algunos sueldos grandes —dijo, empujando el codo de

la «tía» Cardinal.

—¿Cuánto hay ahí?

—Noventa mil francos, al menos treinta mil por cajón —respondió Cérizet— la dote de vuestra hija. Pero volvamos a colocarle sobre la cama, por que nada será tan fácil como explotar esta mina, una vez conocido este ingenioso secreto...

—Él habrá encontrado esta cama de avaro en la casa de algún tratante en muebles —explicó la «tía» Cardinal.

—Veamos si puedo llevarme mil piezas de cuarenta francos —dijo Cérizet, atiborrando de oro los dos bolsillos de su pantalón, en los que metió trescientas piezas de oro, los dos bolsillos de su chaleco, en los que introdujo doscientas, y los dos bolsillos de su levita donde metió doscientas cincuenta envueltas en su pañuelo y otras doscientas cincuenta en el de la «tía» Cardinal—. ¿Se nota que voy muy cargado? —dijo, yendo y viniendo.

—¡Pues, no!

—¡Bien! cuatro viajes serán suficientes para transportar el oro de los cajones hasta mi casa.

El viejo adormecido fue colocado sobre su cama y Cérizet se dirigió hasta la plaza de Saint-Sulpice, donde tomó un coche de alquiler para ir hasta su casa.

Para no despertar sospechas, cuando regresó por segunda vez, volvió acompañado por un médico del barrio de Saint-Marcel, habitual visitador de los pobres y que conocía sus enfermedades, cuya consulta terminaba sobre las nueve horas. El médico declaró que el anciano no duraría más de tres días, viéndole tan profundamente absorto debido a la taza de agua de adormidera; inmediatamente que el médico hubo partido, Cérizet tomó una...

«TEXTO DE CARLOS RABOU»

—¡Os digo que quiero vino! —repitió el viejo con una enérgica insistencia que nadie hubiera esperado en su estado de debilidad.

—Antes debemos saber si os conviene, tío —dijo la Cardinal con tono acariciador—. Hay que preguntárselo al médico.

—¡Yo no quiero médicos! —exclamó Toupillier^[4]—. Y vos, ¿qué hacéis aquí? No necesito a nadie.

—Mi buen tío, venía a saber si algo os podía abrir el apetito; tengo platija bien fresca. ¿Qué os parece? ¿Una platijita con una rodaja de limón?

—¡Vuestro pescado es una porquería —respondió Toupillier—, todo está pasado! El último que me trajisteis, hace más de seis semanas, aún está en la cómoda; podéis llevároslo.

—¡Dios mío! ¡Qué ingratos son estos enfermos! —dijo la Cardinal por lo bajo a la tía Perrache.

Al mismo tiempo, para demostrar su solicitud, arregló la almohada bajo la cabeza del enfermo, diciendo:

—¡Vamos, tío! ¿No es verdad que estamos mejor así?

—Dejadme tranquilo —vociferó Toupillier encolerizado—. ¡Quiero estar solo! ¡Traedme vino... y dejadme en paz!

—No os enfadáis, títo, ya iremos a buscar ese vino.

—¡Vino de a seis, en la calle Canettes! —gritó el pordiosero.

—Sí —repuso la tía Cardinal—, pero dejadme contar lo que llevo encima. Quiero amueblar un poco mejor vuestra cueva. ¡Un tío es un segundo padre, no hay que regatearle nada!

Al propio tiempo se sentó con las piernas separadas en una de las dos sillas cojitrancas y vació el contenido de sus bolsillos encima de su delantal: un cuchillo, su tabaquera, dos papeletas de empeños, mendrugos de pan y muchas monedas de calderilla, entre las que acabó por encontrar algunas piezas de plata.

Aquella exhibición destinada a poner de manifiesto la más generosa y solícita abnegación, no produjo el menor resultado. Toupillier ni siquiera pareció darse cuenta. Agotado por la febril energía con que pidió su remedio favorito, hizo un esfuerzo para cambiar de posición, y volviendo la espalda a sus dos enfermeras, después de pedir otra vez que le trajesen vino, únicamente dejó oír una respiración fatigosa, parecida a un estertor y que acusaba el estado del pecho, que empezaba a obstruirse.

—Bueno, tendremos que ir a buscarle vino —dijo la Cardinal, reintegrando con bastante mal humor a sus bolsillos todo el cargamento que había sacado de ellos.

—No hace falta que os molestéis, tía Cardinal —dijo la portera, ofreciéndole nuevamente sus servicios.

La pescadera tuvo una momentánea vacilación, pero pensando que quizás podría sacar algo en claro de una conversación con el vinatero, y que mientras Toupillier yaciese encima del tesoro, la portera podía quedarse a solas con él sin inconveniente, dijo:

—Gracias, señora Perrache. Será mejor que me acostumbre a conocer a sus proveedores.

Después de distinguir detrás de la mesita de noche una botella mugrienta que podía contener más de dos litros, preguntó a la portera:

—¿Así, ha dicho calle Canettes?

—En la esquina de la calle Guisarde —respondió la Perrache—. El tío Legrelu, un hombre alto y apuesto que gasta grandes patillas y es calvo.

Y después añadió, bajando la voz:

—Debéis saber que su vino de a seis, es del Rosellón, de primera calidad. Naturalmente, el vinatero ya lo sabe basta que le digáis que vais de parte de su

parroquiano, el pobre de Saint-Sulpice.

—No hace falta decirme las cosas dos veces —respondió la Cardinal, abriendo la puerta y haciendo una falsa salida—... ¡Ah, otra cosa! —dijo volviendo—, ¿Queréis decirme qué quema en su estufa, por si hay que calentarle algún potingue?

—La verdad es que no guarda apenas nada para el invierno —respondió la portera—, y ahora que estamos en pleno verano...

—¡Y ni siquiera un cazo! ¡Ni un simple puchero! —continuó la Cardinal—. ¡Qué casa, Señor! Querría algo para ir de compras, porque me da vergüenza que todos vean lo que traigo del mercado.

—Puedo prestaros un capazo —dijo la portera, siempre solícita y servicial.

—Gracias, lo llenaré —respondió la vendedora de pescado fresco, más preocupada por lo que pudiera llevarse de casa del pobre que por lo que pudiese traer a ella—, ¿No habrá por casualidad en el barrio un auvemés que venda leña y carbón?

—En la esquina de la calle Férou encontraréis lo que buscáis: un bonito establecimiento con leños pintados en arcada alrededor de Ja tienda, que se diría que van a hablar.

—Desde aquí lo veo —afirmó la señora Cardinal.

Antes de salir definitivamente, tuvo una hipocresía de una gran profundidad. Pareció vacilar, como si no quisiera dejar sola a la portera con el enfermo. Pero entonces dijo:

—Señora Perra che, no dejéis a mi querido tío ni un momento, hasta que yo vuelva...

XXIII

EL ARMARIO DE HIERRO

El lector habrá podido observar que Cérizet, en el asunto que iba a emprender, se mostraba más bien indeciso e irresoluto. El papel de médico, que de momento pensó asumir, acabó por darle miedo, y se presentó a los Perrache como el hombre de negocios de su cómplice. Una vez solo, pasó revista a la situación y reconoció que su plan, bastante complicado al principio y que requería la intervención de un médico, una enfermera y un notario, se presentaba rodeado de las más graves dificultades. Un testamento regular a favor de la señora Cardinal no era algo que pudiera improvisarse a la ligera. Había que acostumbrar de antemano a esta idea el espíritu desabrido y suspicaz del pordiosero, pero la muerte, en un abrir y cerrar de ojos, podía desbaratar los más sabios preparativos.

En cuanto a renovar la escena del *Legatario* de Regnard, no podía ni pensar en ello, en medio de los refinamientos de una policía y de una civilización, que parecen

empeñadas solamente en disputar al drama y a la novela lo poco que aún puede quedarles de aire respirable.

Al renunciar a hacer testar al moribundo, sin duda se dejaba ir a parar a los legítimos herederos la renta de mil ochocientos francos inscrita en el libro mayor y la casa de la calle Notre-Dame de Nazareth. La señora Cardinal, a la que había querido asegurar la propiedad de aquellos dos bienes, sólo recibiría entonces su parte; pero abandonar aquella porción aparente de la herencia, era el medio más seguro de apropiarse de la porción oculta. Y además, una vez puesta a salvo esta porción, ¿quién les impediría intentar de nuevo lo del testamento?

Así reduciendo la *operación* a términos mucho más sencillos Cérizet la dejó resumida a la maniobra de las cabezas de adormidera que ya había mencionado, y, provisto únicamente de esta arma de guerra, se disponía a volver a casa de Toupillier, para dar nuevas instrucciones a la señora Cardinal, cuando la encontró, con la cesta que acababa de recibir bajo el brazo y en la que llevaba la panacea del enfermo.

—¡Vaya! —dijo el usurero—. ¿Así es como permanecéis en vuestro puesto?

—No he tenido más remedio que salir para comprarle vino —respondió la Cardinal—. ¡Grita como un condenada, diciendo que le dejen en paz, que quiere estar solo y que le den tisana! Ese hombre cree que el Rosellón de primera clase es lo que mejor puede sentarle a su enfermedad; yo le daré para que beba hasta hartarse; al menos, cuando se halle *bebido*, puede ser que esté más tranquilo.

—Tenéis razón —replicó sentenciosamente Cérizet—. No hay que contrariar nunca a los enfermos; pero este vino hay que corregirlo mezclándole esto (y al propio tiempo levantó una de las tapas de la cesta para introducir en ella las cabezas de adormidera). Procuraréis al pobre viejo un buen, sueñecito de cinco o seis horas por lo menos; por la noche vendré a buscaros, y creo que nada nos impedirá entonces examinar un poco en qué consiste la herencia.

—Comprendido —contestó la señora Cardinal guiñando un ojo.

—¡Hasta la noche, pues! —dijo el usurero, sin prolongar por más tiempo la conversación.

Tenía la sensación de que se trataba de un asunto difícil y dudoso, y no quería que le viesen en la calle hablando con su cómplice.

Al volver a la buhardilla del pobre, la Cardinal lo encontró sumido en la misma somnolencia. Despidió a la señora Perrache y fue a la puerta para recibir un haz de leña aserrada que había encargado al auvernés de la calle Férou.

Echó las cabezas de adormideras en dos terceras partes del vino que había traído, poniéndolo después en un cazo de arcilla que había comprado y que se adaptaba a esa abertura practicada en la parte superior de la estufa de los pobres para recibir su marmita. Encendió un buen fuego bajo el recipiente, a fin de obtener rápidamente la decocción convenida.

La crepitación de la leña y el calor, que no tardó en difundirse por la habitación, despertaron a Toupillier de su letargo. Al ver encendida la estufa, exclamó:

—¡Hacer fuego aquí! ¿Queréis incendiar la casa?

—Pero tío —respondió la Cardinal—, es leña que he comprado con mi dinero, para templar un poco vuestro vino. El médico no quiere que lo toméis frío.

—¿Dónde está ese vino? —preguntó entonces Toupillier, un poco más calmado al pensar que aquel fuego no se hacía a sus expensas.

—Tiene que hervir —respondió la enfermera—. El médico lo ha recomendado mucho. Sin embargo, si me prometéis ser bueno, os daré medio vaso de vino frío para que os calme la sed. ¡Lo hago por mi cuenta, no digáis nada!

—¡No quiero médicos, son todos unos matasanos! —gritó Toupillier, reanimado ante la perspectiva de beber—. ¿Y el vino? —añadió con el tono de un hombre en el límite de la paciencia.

Convencida de que, si bien aquella complacencia no hacía daño, tampoco podía hacer bien, la Cardinal llenó a medias un vaso, y, mientras que con una mano lo ofrecía al enfermo, con la otra le levantó sobre su camastro para ponerle en posición de beber.

Con sus dedos descamados y ávidos, Toupillier se apoderó del vaso y después de beberse su contenido de un trago, dijo:

—Está bueno, aunque un poco aguada.

—¡Ah, no digáis eso, tío! Yo misma he ido a buscarlo a casa del tío Legrelu, y os lo sirvo al natural; pero dejad que *el* otro hierva a fuego lento, el médico ha dicho que podíamos dároslo cuando tuvieseis sed.

Toupillier se resignó, encogiéndose de hombros. Al cabo de un cuarto de hora, la pócima estaba en disposición de serle servida y la Cardinal, sin que él se lo pidiese nuevamente, le presentó una taza colmada hasta el borde.

La avidez con que el pobre se bebió el contenido de la taza no le permitió darse cuenta de momento de que el vino estaba adulterado, pero al último sorbo notó un sabor soso y nauseabundo y tiró la taza sobre la cama, gritando que querían envenenarle.

—¡Mirad! Aquí tenéis lo que hago con el veneno —respondió la pescadera, echándose al coleteo lo que restaba en el fondo de la taza. Después aseguró al mendigo que, si no encontraba al vino su sabor ordinario, ello se debía a que tenía *mal sabor* de boca.

Durante este debate, que continuó por algún tiempo, el narcótico empezó a actuar, y, al cabo de una hora, el enfermo se encontraba profundamente dormido.

Al no tener nada que hacer, mientras esperaba a Cérizet, se le ocurrió una idea a la Cardinal: pensó que, para llevar a cabo con mayor comodidad las idas y venidas que serían necesarias cuando llegase el momento de exportar el tesoro, convendría amortiguar la vigilancia de los Perrache. Por consiguiente, después de tomar la precaución de tirar las cabezas de adormidera al excusado, llamó a la portera y le dijo:

—Tía Perrache, venid a probar *su* vino. A mí ya me parecía que no podía tomar

gran cosa. Después de la primera taza, ya no quiere más.

—A vuestra salud —dijo la portera, chocando su vaso con el de la Cardinal, que tuvo buen cuidado de brindar con vino natural.

Menos entendida que el pobre, la señora Perrache no encontró nada anormal en el líquido, que además bebió frío, ningún sabor que pudiera hacerle sospechar su virtud narcótica; por el contrario, declaró que era delicioso y lamentó que su marido no estuviese allí para tomar su parte del escote.

Después de una larga conversación, las dos comadres se separaron. Entonces, con las salchichas que había adquirido y lo que quedaba de vino, la Cardinal se preparó una colación, que coronó con una siesta. Sin hablar de las emociones del día, la influencia de «no de los vinos más espirituosos del mundo hubiera bastado para explicar la profundidad y la duración de su sueño; cuando se despabiló, el día empezaba a declinar.

Su primer cuidado fue echar un vistazo a la cappa del enfermo. Éste tenía el sueño agitado y soñaba en voz alta.

—¿Diamantes —decía—, diamantes? ¡A mi muerte! ¡No antes!

—¡Toma! —se dijo la señora Cardinal—. Sólo faltaría que también hubiese diamantes...

Y cuando vio que Toupillier parecía presa de una violenta pesadilla, en vez de aliviarle ayudándole a cambiar de posición, se inclinó sobre su cabeza para no perder ni una de sus palabras, esperando recoger alguna importante revelación.

En aquel momento, un golpe seco dado a la puerta, cuya llave había tenido buen cuidado de retirar la excelente enfermera, le anunció la llegada de Cérizet.

—Bien, ¿qué hay? —preguntó éste al entrar.

—Ya se ha tomado la droga. Lleva por lo menos cuatro horas durmiendo como un bendito. Hace un momento, soñando en voz alta, hablaba de diamantes.

—¡Buen Dios! —exclamó Cérizet—. No sería nada sorprendente que los encontrásemos. Estos pobres, cuando se meten a ser ricos, lo amontonan todo...

—Ahora decidme, amiguito —dijo la Cardinal—. ¿Cuál ha sido vuestra idea al decir a la tía Perrache que no sois un médico, sino mi hombre de negocios? Esta mañana quedamos en que vendrías fingiendo ser médico...

Cérizet no quiso decir que la usurpación de aquel título le pareció grave, por temor a intimidar a su cómplice.

—Vi que aquella mujer —respondió—, se disponía a consultarme, y la esquivé de esa manera.

—¡Vaya! —dijo la Cardinal—. Las personas inteligentes se encuentran. Yo también tuve la idea de presentar las cosas de ese modo. Al ver venir a un hombre de negocios, la señora del remendón pareció quedar satisfecha... ¿Os vieron entrar los Perrache?

—Me ha parecido que la portera dormía en su sillón —contestó Cérizet.

—No me extraña —repuso la Cardinal con tono significativo.

—Ah, sí, ¿de veras? —preguntó Cérizet.

—¡Pardiez! —dijo la revendedora—. Donde bebe uno, beben dos. Le he dado lo que quedaba de la droga.

—En cuanto al marido —prosiguió Cérizet—, está allí, con sus herramientas de zapatero. Por cierto que me ha hecho un gracioso saludo, que pudiera haberse ahorrado muy bien, pues cualquiera diría que me conoce.

—Dejad que sea noche cerrada, entonces organizaremos una comedia que le dejará con un palmo de narices.

Efectivamente, un cuarto de hora después, con una inspiración que dejó pasmado al usurero, la pescadera organizó ante el ingenuo portero la comedia de un *señor* que no quiere dejar que le acompañen y con el que hay que redoblar la cortesía. Fingiendo acompañar al supuesto médico hasta la puerta de la calle, por el centro del patio, hizo ver que el viento le había apagado el candil, y, so pretexto de encenderlo de nuevo, apagó el de Perrache. Todo aquel trajín, acompañado de exclamaciones y de una aturdidora locuacidad, fue llevado a un ritmo tan vivo que, llamado ante la justicia, el portero no hubiera vacilado en declarar bajo juramento que entre las nueve y las diez de la noche el doctor, cuya llegada pudo comprobar, había salido del piso del pobre abandonando la casa.

Cuando los dos cómplices quedaron así dueños del teatro de operaciones, la Cardinal hizo de Béranger sin saberlo, y como si se hubiese tratado de ocultar los amores de Lisette, para evitar que un vecino indiscreto entreviese algo de la escena que se preparaba, dispuso su chal de pelo de conejo a guisa de cortina ante la ventana.

En el barrio del Luxemburgo, la actividad cesa muy temprano, y, un poco antes de las diez, todos los ruidos exteriores estaban casi extinguidos. Solamente un vecino, enfrascado en la lectura de un folletín, tuvo en jaque a los asociados durante algún tiempo, pero tan pronto hubo puesto el apagavelas sobre su luz, Cérizet fue del parecer de poner manos a la obra. Al empezar sin demora, tendrían mayor seguridad de que el durmiente aún seguía bajo los efectos del narcótico, y luego, si la búsqueda del tesoro no resultaba demasiado larga, nada impediría que la Cardinal, con el pretexto de ir a buscar a la botica un remedio requerido por una crisis sobrevenida en el estado del enfermo, se hiciese abrir el portal de la calle. Según la costumbre de los porteros despertados en su primer sueño, era de esperar que los Perrache tirarían del cordón desde la cama, sin levantarse.

Esto permitiría a Cérizet salir al mismo tiempo que su cómplice, y entre ambos, en el primer viaje, podrían poner a buen recaudo una parte de la suma. Para la extracción del resto, sería fácil ingeniárselas durante el día siguiente.

Poderoso en el consejo, Cérizet era un hombre de acción torpe hasta el extremo de que sin la robusta asistencia de la Cardinal, nunca hubiera conseguido alzar de su cama lo que podría llamarse el cadáver del ex tambor mayor. Bajo su pesado sueño, presa de la más completa insensibilidad, Toupillier se había convertido en una masa inerte que, por fortuna, podía manejarse sin demasiadas precauciones. Buscando en

su codicia fuerzas redobladas, la atlética señora Cardinal, pese a la insignificante ayuda que le prestaba el hombre de negocios, consiguió efectuar sin tropiezos el traslado de su tío, y finalmente la cama quedó entregada a su ardiente búsqueda.

De momento nada encontraron, y la pescadera, viéndose obligada a explicar de qué manera se había cerciorado aquella mañana de que su tío yacía encima de *cien mil francos en oro*, se vio en la necesidad de convenir que una conversación con los Perrache y su ardiente imaginación, hicieron casi todo el gasto de su pretendida certidumbre. Cérizet estaba indignado: ¡Haber acariciado durante todo el día la idea y la esperanza de una fortuna, haberse decidid© a cometer un acto arriesgado y comprometedor para, a fin de cuentas, hallarse ante la nada! La decepción era tan cruel que, sí no hubiese temido la fuerza muscular de su futura suegra, se hubiera abalanzado contra ella, dando suelta su furor.

Por lo menos, se limitó a expresar su cólera en palabras. Al verse duramente sermoneada, la Cardinal se contentó con responder que aún quedaba esperanza, y, con una fe capaz de mover montañas y mientras continuaba revolviendo la cama de arriba a abajo, se dispuso a vaciar el jergón de paja, que había explorado vanamente en todos los sentidos; pero Cérizet no permitió esta medida extrema, observando» que después de la autopsia del jergón, quedaría en el suelo un detrito de paja que podría infundir sospechas.

Para no tener nada que reprocharse, la Cardinal, a pesar de la oposición de Cérizet, que encontraba aquello ridículo.

quiso desplazar al menos el fondo del lecho, y era necesario que, a causa de la pasión de su búsqueda, tuviese los sentidos terriblemente despiertos, pues mientras levantaba el armazón de madera, percibió el ruido de un pequeño objeto que acababa de soltarse y caer al suelo.

Dando a este detalle, que para cualquier otro hubiera pasado desapercibido, una importancia aparentemente injustificada, la ardiente exploradora tomó inmediatamente el candil, y, después de hurgar durante un rato entre las inmundicias de todas clases que recubrían el suelo, su mano acabó por tropezar con su trozo de hierro pulido, de media pulgada de largo, y cuyo uso resultaba inexplicable para ella.

—¡Es una llave! —exclamó Cérizet, que se aproximó con bastante indiferencia, pero cuya imaginación se lanzó inmediatamente al galope.

—¡Ah, ah! ¿Veis? —dijo la Cardinal con acento de triunfo—. ¿Pero, qué se puede abrir con ella? —añadió a guisa de reflexión—. ¿Un armario de muñecas?

—En absoluto —repuso Cérizet—. Es un invento moderno. Hay cerraduras enormes que funcionan con este pequeño instrumento.

Al propio tiempo, de una rápida ojeada abarcó todos los muebles que había en la habitación, se acercó a la cómoda, de la que sacó todos los cajones, miró al interior de la estufa y dentro de la mesa, pero por ninguna parte aparecía una cerradura a la que pudiera adaptarse aquella llave.

La Cardinal tuvo de súbito una iluminación.

—¡Esperad! —dijo—. Ahora recuerdo que, desde la cama donde estaba acostado, ese viejo ratero no quitaba la vista de la pared de enfrente.

—¿Un armario oculto en la pared? Esto no es imposible —dijo Cérizet, apoderándose con emoción del candil.

Y, después de examinar con atención la puerta de la alcoba, situada enfrente de la cabecera de la cama, constató únicamente la existencia de un inmenso tapiz de polvo y telarañas.

Utilizó entonces el sentido del tacto, que va más al fondo de las cosas, poniéndose a sondear y golpear la pared en todas direcciones. Y acabó por percibir, en el sitio adonde Toupillier no cesaba de dirigir su mirada, en un espacio bastante circunscrito, que la pared sonaba a hueco, y, al mismo tiempo, se dio cuenta de que golpeaba sobre madera. Frotó entonces vigorosamente el lugar con su pañuelo dispuesto en forma de almohadilla, lo limpió, y, bajo la capa polvorienta que había quitado, no tardó en descubrir una tabla de roble herméticamente ajustada al muro, en uno de cuyos lados se distinguía un agujerito redondo, el de la cerradura a la que se adaptaba la llave.

Mientras Cérizet accionaba el pestillo, que funcionó sin dificultad, la Cardinal, que sostenía el candil, se había vuelto pálida y jadeante; pero, ¡cruel decepción!, una vez abierto el armario, sólo apareció un espacio vacío en el que penetró inútilmente la claridad que la pescadera se apresuró a acercarle.

Dejando que aquella bacante lanzara exclamaciones de desesperación y apostrofara a su queridísimo tío con los más furiosos epítetos que imaginarse pueda, Cérizet contempló el armario, sin perder su sangre fría.

Después de introducir el brazo en la abertura y de palpar el fondo, exclamó:

—¡Un armario de hierro!

Y añadió con tono impaciente:

—¡Vamos, hacedme luz, señora Cardinal!

Luego, como la luz no penetraba lo bastante en el espacio que quería explorar, arrancó la vela del gollete de la botella, donde, a falta de palmatoria, la Cardinal la había introducido, y sujetándola con la mano, la pasó cuidadosamente por toda la superficie de la plancha de hierro, cuya existencia acababa de comprobar.

—¡No tiene cerradura! —dijo después del examen más minucioso—. Debe de haber un secreto.

—¡Será traidor ese viejo tacaño! —murmuró la señora Cardinal, mientras Cérizet tanteaba todos los rincones con sus dedos huesudos.

—¡Ah, ya lo tengo! —dijo después de unos tanteos que duraron más de media hora.

Durante este tiempo, la vida de la señora Cardinal estaba como suspendida.

Bajo la presión a que fue sometida, la plancha de hierro

subió con presteza, desapareciendo en el espesor de la pared, y, en medio de un montón de oro tirado directamente en una excavación que acababa de quedar al descubierto, apareció un joyero de tafilete rojo que, por sus dimensiones, hacia

suponer que se trataba de una magnífica presa.

—Me quedo con los diamantes para la dote —dijo Cérizet, al verse en presencia del espléndido aderezo que contenía el joyero—. Vos, la madre, no sabríais como deshaceros de esto: os dejo el oro como vuestra parte. En cuanto a la renta y la casa, no valen la pena que nos esforcemos por obligar al buen hombre a que haga otro testamento.

—¡Un minuto, pequeño! —respondió la Cardinal, que encontró algo precipitado aquel reparto—, De momento, contemos el valor de todo esto.

—¡Silencio! —susurró Cérizet, como si aguzase el oído.

—¿Qué pasa? —preguntó la Cardinal.

—¿No habéis oído ruido abajo?

—No he oído nada —respondió la pescadera.

Cérizet le hizo una seña para que callara y escuchó con más atención.

—Oigo ruido de pasos por la escalera —dijo un poco después.

Y volvió a poner con presteza el joyero en el armario de hierro, cuya puerta trató de bajar.

Mientras se agotaba en esfuerzos inútiles, los pasos se aproximaban.

—¡Sí, alguien sube! —dijo con espanto la Cardinal.

Para añadir, agarrándose a una idea salvadora:

—¡Ah, bah! Quizás es la loca..., dicen que sale a pasear de noche.

Sea como fuere, la loca tenía una llave de la buhardilla, pues, un momento después, una llave se introducía en la cerradura. De una rápida ojeada, la Cardinal midió la distancia que la separaba de la puerta y soplo la luz para buscar cierto amparo en la oscuridad.

¡Recurso inútil! El aguafiestas que acababa de entrar, llevaba una palmatoria en la mano.

Cuando vio que se trataba de un vejete de aspecto esmirriado, la señora Cardinal, echando llamaradas por los ojos, se abalanzó al encuentro del intruso como una leona a la que quisieran arrebatarse sus cachorros.

—Callaos, mujer —le dijo el viejo con tono socarrón—. Han ido a buscar a los guardias y estarán aquí dentro de un momento.

Aquellas palabras *los guardias*, hicieron que se le doblasen las piernas a la señora Cardinal, como se dice vulgarmente.

—¿Por qué habéis llamado a los guardias, señor? —preguntó sobresaltada—. Nosotros no somos ladrones.

—Es igual, en vuestro lugar, yo no les esperaría —contestó el viejo—. A veces incurren en desagradables equivocaciones.

—Así, pues, ¿Podemos *tomar soleta*? —dijo la pescadera con expresión de incredulidad.

—Sí, cuando me hayáis entregado lo que, *por casualidad*, se ha extraviado en vuestros bolsillos.

—¡Oh, mi buen señor! Nada en las manos, nada en los bolsillos; no hemos venido a perjudicar a nadie, yo sólo vine para velar a este pobre querubín de tío; registradme, si no me creéis.

—¡Bien, marchaos, de acuerdo! —repuso el vejete.

La pescadera no se lo hizo repetir y descendió rápidamente la escalera.

Cérizet parecía querer tomar el mismo camino.

—Vos, caballero, es otra cosa —le dijo el viejo—. Tenemos que hablar, pero, si sois dócil, todo puede arreglarse amistosamente.

Ya fuese porque el efecto del narcótico hubiese cesado, o bien porque el ruido que se había hecho a su alrededor hubiese puesto fin a su sueño, Toupillier abrió los ojos, dirigió a su alrededor la mirada del hombre que trata de saber donde está y luego, un poco después, al ver abierto su querido armario, halló en su emoción la fuerza para lanzar dos o tres veces el grito de: «¡Ladrones!», de una manera que podía despertar a toda la casa.

—No, Toupillier —le dijo el anciano enclenque—, no os han robado; yo he llegado a tiempo, y no han tocado nada.

—¡Y vos no hacéis detener a ese bribón! —exclamó el mendigo señalando a Cérizet.

—Este señor no es un ladrón —replicó el viejo—. Al contrario, es un amigo que ha subido conmigo para prestarme ayuda.

Al propio tiempo se volvió hacia Cérizet para decirle en voz baja:

—Yo creo, mi querido amigo, que será preferible aplazar la entrevista que deseo sostener con vos. Mañana, a las diez, en casa del señor du Portad, la casa medianera con ésta. Después de lo que ha pasado esta noche, os acarrearía ciertas molestias, debo advertiros, no aceptar esta invitación; yo no dejaría de encontraros, pues tengo el honor de saber que sois el que, durante mucho tiempo, los diarios de la oposición se acostumbraron a llamar «el valeroso Cérizet».

Pese a la profunda ironía de aquel recuerdo, y juzgando que no recibiría un trato más riguroso que la señora Cardinal, Cérizet quedó más que contento de aquel desenlace, y, después de prometer puntualidad a la cita, se apresuró a escurrir el bulto.

XXIV

EN CASA DE DU PORTAIL

Al día siguiente, Cérizet no faltó a la cita que le había sido intimada.

Después de ser reconocido previamente a través de un portillo y de declarar su nombre, le franquearon el acceso a la casa y se vio inmediatamente introducido en el

gabinete de du Portail, a quien encontró escribiendo.

Sin levantarse e indicando con una seña a su visitante que tomase asiento, el pequeño anciano continuó escribiendo una carta. Después de cerrarla y lacrarla con un cuidado y una perfección en el sello que hacían pensar en una naturaleza extremadamente pulcra y meticulosa, o en un hombre que hubiese ejercido la carrera diplomática, du Portail llamó a Bruno, su ayuda de cámara, y le dijo, entregándole la carta:

—Para el señor juez de paz del distrito.

Acto seguido secó cuidadosamente la pluma de hierro que acababa de utilizar, volvió a colocar simétricamente en su sitio todos los objetos desarreglados de su escritorio, y solamente cuando hubo terminado este pequeño ajetreo, se volvió hacia Cérizet para decirle:

—¿Sabéis que esta noche hemos perdido al pobre señor Toupillier?

—No, la verdad —contestó Cérizet, adoptando el aspecto más simpático que pudo aparentar—. Vos me dais la primera noticia, señor.

—Hubierais podido sospecharlo, al menos. Cuando se hace tomar a un moribundo un enorme tazón de vino caliente y que además debía de estar narcotizado, pues, por haber bebido solamente un vaso, la tía Perrache ha permanecido toda la noche sumida en un sueño casi letárgico, es evidente que se ha hecho todo lo posible para precipitar el desenlace.

—Ignoro, señor —dijo Cérizet con dignidad—, lo que la señora Cardinal haya podido administrar a su tío. Sin duda yo he cometido la ligereza de asistir a esa mujer en las gestiones *conservatorias* que ella se creía en el deber de realizar para obtener una herencia sobre la que tenía, según me dijo, derechos adquiridos; pero en cuanto a atentar contra la vida de ese pobre viejo, soy incapaz de ello, y nunca se me ha ocurrido pensar en nada parecido.

—¿Sois vos quién me ha escrito esta carta? —dijo bruscamente du Portail sacando un papel colocado bajo una bola de vidrio de Bohemia, para mostrárselo a su interlocutor.

—¿Esta carta? —respondió Cérizet con la vacilación propia de un hombre que no sabe si debe mentir o confesar.

—Estoy seguro de lo que digo —prosiguió du Portail—. Tengo la manía de los autógrafos y poseo uno vuestro, que me procuré en la época en que la oposición os redujo al estado glorioso de mártir; he comprado las escrituras, y desde luego, sois vos quien ayer, mediante este anónimo, me enteró de los apuros económicos que atraviesa en estos momentos el joven La Peyrade.

—Sabiendo —dijo entonces el hombre de la calle Poulesque tenéis recogida en vuestra casa a una señorita de La Peyrade, que debe de ser la prima de Teodosio, creí adivinar en vos ese protector desconocido cuya ayuda generosa ha recibido mi amigo en más de una ocasión; y como siento un vivo afecto por ese pobre muchacho, en su interés me he permitido...

—Habéis hecho muy bien —le atajó du Portail—. Estoy encantado de conocer a un amigo de La Peyrade. Ni siquiera debo ocultaros que anoche fue, sobre todo, esta calidad lo que os protegió. Pero, ¿qué significan estos veinticinco mil francos en letras de cambio? ¿Es que le van mal los negocios a nuestro amigo? ¡Lleva acaso una vida disipada!

—Al contrario —repuso Cérizet—, es un puritano. A causa de su extrema devoción no ha querido, como abogado, más clientela que la de los pobres. De todos modos, está a punto de casarse con una rica heredera.

—¡Ah, conque se casa! ¿Con quién?

—Se trata de una señorita Colleville, hija del secretario de la alcaldía del distrito XII. Por sí misma, esa joven no tiene ninguna fortuna, pero un tal señor Thuillier, su padrino, miembro del consejo general del Sena, promete dotarla convenientemente.

—¿Y quién puso en marcha ese asunto?

—La Peyrade siente mucho afecto por la familia Thuillier, en la que fue introducido por Dutocq, escribano del juez de paz del distrito.

—Pero vos me escribís que el librador de dichas letras de cambio es ese Dutocq. ¿Se trata entonces de un asunto de corretaje matrimonial?

—Podría haber algo de eso —repuso Cérizet—. Como sabéis, caballero, en París esta clase de transacciones son cosa corriente; incluso los propios eclesiásticos se mezclan en ellos a veces.

—¿Está muy adelantada la boda? —preguntó du Portail.

—Sí, por cierto. Desde hace unos cuantos días, sobre todo, se han realizado muchos progresos en este sentido.

Pues bien, mi querido señor, cuento con vos para que no llegue a realizarse; tengo otras intenciones acerca de Teodosio, otro partido que proponerle.

—¡Permitidme! —respondió Cérizet—. Frustrar su boda es ponerle en la imposibilidad de pagar su deuda, y tengo el honor de haceros observar que esas letras de cambio son con gastos. El señor Dutocq es escribano de un juez de paz, lo cual quiere decir que en asunto de intereses no es fácil vencerle.

—Vos compraréis el crédito del señor Dutocq —respondió du Portail—. Poneros de acuerdo con él sobre el particular. Si fuese necesario y si Teodosio se mostrase demasiado recalcitrante ante mis proyectos, esas letras de cambio se convertirían en un arma preciosa en nûes tías manos; vos os encargaríais de presentar una demanda en vuestro nombre, sin que tuvieseis que preocuparos por nada; yo me encargaría de saldar la suma principal y los gastos.

—¡Sois franco en cuestión de negocios, caballero! —dijo Cérizet—. Verdaderamente, es un placer ser agente vuestro. Ahora, cuando creáis llegado el momento de ponerme más al corriente de la misión que me hacéis el honor de confiarme...

—Hace un momento —prosiguió du Portail— hablabais de la prima de Teodosio,

la señorita Lydia de la Peyrade Esta joven, que ya ha pasado la primera juventud, pues frisa en la treintena, es hija natural de la célebre señorita Beaumesnil, del Teatro Francés, y de La Peyrade, comisario general de policía durante el Imperio y tío de nuestro amigo. Hasta el momento en que su muerte, sobrevenida repentinamente, dejó sin recursos a su hija, que él idolatraba y que había reconocido, me unió con ese hombre excelente ¡ más viva amistad.

Satisfecho de demostrar que él también sabía algo de las interioridades de du Portail, Cérizet respondió:

—Y vos, caballero, cumplisteis santamente los deberes de esta amistad, pues al tomar en vuestra casa a la interesante huérfana, asumíais una tutela difícil: por cuanto puedo saber, el estado de salud de la señorita de La Peyradere quiere irnos cuidados tan perseverantes como afectuosos.

—Sí —repuso du Portail—, la pobre criatura recibió tan cruel impresión a la muerte de su padre, que su razón que dó un poco trastornada, pero como desde hace algún tiempo se opera un cambio feliz en su estado, precisamente ayer hice que el doctor Bianchon celebrara una consulta con los dos médicos principales, De Bicêtre y De la Salpêtrière. Estos señores, por unanimidad, son del parecer que el matrimonio y un primer alumbramiento provocarían infaliblemente la curación de la enferma. Como comprenderéis, se trata de un remedio demasiado fácil y agradable para que no lo probemos.

—¿Entonces —dijo Cérizet—, se trata de casar a Teodosio con su prima, la señorita Lydia de La Peirade?

—Vos lo habéis dicho —repuso du Portail—, pero no hay que esperar que pida una abnegación totalmente gratuita a nuestro joven amigo, en el caso de que acepte este partido. Lydia tiene una figura agradable, posee talento, un carácter encantador y dispondrá, en favor de su marido, de una posición importante en los asuntos públicos; posee además una bonita fortuna, compuesta de lo que le ha dejado su madre, de todo cuanto yo poseo y que, a falta de herederos hábiles que me sucedan, yo me propongo asegurarle mediante contrato matrimonial; y, por último, con un legado bastante importante que ha llegado a su poder esta misma noche.

—¡Cómo! —exclamó Cérizet—. ¿Acaso el viejo Toupillier?...

—Mediante este testamento ológrafo, el pobre la constituye su heredera universal. Así, como veis, yo he tenido cierto mérito al echar tierra a vuestra fuga y a la de la señora Cardinal, pues se trataba sencillamente de algo que nos pertenecía lo que vos pretendíais hurtar.

—¡Dios mío! —dijo Cérizet—, yo no pretendo excusar el extravío de la señora Cardinal; sin embargo, en su calidad de heredera consanguínea, desposeída por una extraña, creo que tenía cierto derecho, me parece, a la indulgencia que habéis tenido a bien demostrarle.

—En esto os equivocáis —respondió du Portail—, y la aparente liberalidad de que es objeto la señorita de La Peyrade, no es más que una restitución.

—¿Una restitución? —dijo Cérizet con curiosidad.

—Una restitución —repitió du Portail—, y nada más fácil de establecer. ¿Os acordáis del robo de unos diamantes efectuado hace irnos diez años, y de que fue víctima una de nuestras celebridades dramáticas?

—En efecto —respondió Cérizet—. Yo era entonces gerente de uno de *mis* periódicos y redactaba la sección de *Vida de París*. ¡Pero, un momento! Esa celebridad, era la señorita Beaumesnil.

—Precisamente, la madre de la señorita Lydia de La Peyrade.

—Así —dijo Cérizet—, ese miserable Toupillier... Pero no, recuerdo que el ladrón fue condenado. Se llamaba Carlos Crochard. Incluso se murmuraba que era hijo natural de un gran personaje, el conde de Granville, fiscal general en París durante la Restauración.

—Pues bien —prosiguió du Portail—, he aquí lo que sucedió: El robo, como recordaréis igualmente, se cometió en un hotel de la calle de Toumon, habitado por la señorita Beaumesnil. Carlos Crochard, que era un lindo mozo, disfrutaba allí, a lo que parece, de gran confianza.

—Sí, sí —observó Cérizet—. Aún tengo muy presente el embarazo de la señorita de Beaumesnil cuando fue a declarar, y también la súbita mudez que se apoderó de ella cuando el presidente del tribunal le preguntó su edad.

—El robo —continuó du Portail— se cometió audazmente en pleno día, y, una vez en su poder el joyero, Carlos Crochard se dirigió a la iglesia de Saint-Sulpice, donde estaba citado con un cómplice. Después de recibir los diamantes de sus manos, el cómplice, que ya estaba provisto de pasaporte, debía partir inmediatamente al extranjero. Quiso la casualidad que en vez del hombre que él esperaba encontrar y que se retrasó unos minutos, al entrar en la iglesia, Carlos Crochard se diese de manos a boca con un célebre agente de la policía de seguridad, que él conocía perfectamente, teniendo en cuenta que el joven bribón no era la primera vez que tenía tratos con la justicia. La ausencia de su colaborador, el encuentro con aquel agente, que le pareció que le miraba de manera singular, la turbación de su conciencia, y, por último, un movimiento rápido que, por una extraordinaria casualidad, hizo el agente en aquel mismo instante para dirigirse a una de las puertas, hicieron pensar al ladrón que se hallaba sometido a vigilancia. En su sobresalto, perdió la cabeza y quiso desembarazarse a toda costa del joyero, con el se hallaba en flagrante delito, si, como no tenía ya la menor duda, le detenían a la salida de la iglesia, que se figuró rodeada por la policía. Viendo entonces a Toupillier sentado en su silla del coro, pues nuestro amigo era entonces quien daba el agua bendita, se acercó a él y, cerciorándose de que nadie podía oírles, le dijo: «Amigo, ¿Queréis guardarme este paquetito? Es una caja con bordados. Voy aquí al lado, a casa de una condesa que es una mala pagadora; en vez de saldar mi factura, querrá ver este *artículo*, que es una de las últimas novedades, y me pedirá que se lo entregue a crédito. Prefiero no llevarlo encima. Sobre todo —agregó—, no toquéis el papel que envuelve la caja, pues nada hay más

difícil que rehacer un paquete con los mismos pliegues.»

—¡Qué torpe! —exclamó ingeniosamente Cérizet—. Con sus indicaciones, inspiraba deseos al otro de mirar lo que había.

—Sois un hábil moralista —replicó du Portail—. Una hora después, al no haber descubierto nada inquietante, cuando Carlos Crochard se presentó para recuperar su depósito, Toupillier había desaparecido. Como podéis figuraros, al día siguiente, a partir de la primera misa, Carlos Crochard se apresuró a abordar al donador de agua bendita, que encontró reintegrado al ejercicio de sus funciones; pero la noche, como se dice, aporta consejo: el buen hombre declaró con el mayor descaro que no había recibido nada y que no sabía de qué le hablaban.

—¡Y no había medio de atacarle ni de provocar un escándalo! —observó Cérizet, que casi miraba con simpatía un golpe tan audazmente ejecutado.

—Sin duda —prosiguió du Portail—, el robo ya se había propalado y Toupillier, que era un hombre de una inteligencia muy despierta, calculó muy bien que, al acusarle, el ladrón se denunciaba a sí mismo y se vería obligado a restituir lo robado. Durante la vista, Carlos Crochard no dijo una palabra de su tremendo chasco. Condenado a diez años de trabajos forzados, durante los seis que pasó en presidio.

ya que le fue redimida una parte de su condena, no reveló a nadie el abuso de confianza de que había sido víctima.

—¡Menuda jugada! —dijo Cérizet; aquella historia le apasionaba, y la consideraba como un entendido y un artista.

—En el Ínterin —continuó du Portail—, la señora Beaumesnil falleció, dejando a su hija los restos de una gran fortuna y especialmente los diamantes, que le legaba mediante una cláusula especial, *caso de que fuesen recuperados*.

—¡Ah, ah! —exclamó Cérizet—. Veo mal las cosas para Toupillier, pues, al habérselas con un hombre de vuestro temple...

—Dominado por la idea de la venganza, lo primero que hizo Carlos Crochard al recuperar la libertad fue denunciar a Toupillier como encubridor del aderezo. Cuando estuvo en manos de la justicia, Toupillier se defendió con una expresión de bondad tan singular que, como además la acusación no disponía de ninguna prueba, el juez de instrucción terminó por soltarle. A causa de ello, sin embargo, perdió su plaza de repartidor de agua bendita y sólo a costa de grandes dificultades obtuvo permiso de mendigar a la puerta de Saint-Sulpice. Yo estaba convencido de su culpabilidad: a pesar del sobreseimiento, conseguí que le sometiesen a una estrecha vigilancia, pero ante todo contaba conmigo mismo. Como soy rentista y tengo mucho tiempo libre, me adherí a la piel de nuestro ladrón y convertí en el objetivo más importante de mi vida la tarea de desenmascararle. Por aquella época él vivía en la calle del Coeur-Volant; conseguí alquilar una habitación contigua a la suya y una noche, a través de un agujero practicado pacientemente con un berbiquí en el tabique que nos separaba, vi cómo nuestro hombre sacaba el joyero de un escondrijo dispuesto con mucho ingenio, y pasaba casi una hora contemplando extasiado nuestros diamantes,

centelleantes bajo la luz, y se llevaba a los labios para besarlos con pasión; aquel hombre los amaba por sí mismos y nunca pensó en venderlos para sacar dinero.

—Comprendo —dijo Cérizet— una manía como la de Cardillar aquel joyero que dio tema para un melodrama.

—Eso mismo —afirmó du Portail—. Aquel miserable estaba enamorado de su joyero. Así, cuando poco después de esto me presenté en su casa y le dije que lo sabía todo, para que no le despojase de lo que él llamaba el consuelo de su vida, me pidió que se lo dejase en usufructo, comprometiéndose, como muestra de agradecimiento, a instituir a la señora de La Peyrade su heredera universal. Al propio tiempo, me reveló la existencia de una elevada suma en oro que redondeaba todos los días y, además, la propiedad de un inmueble y de una renta del Estado.

—Si hubiese obrado de buena fe —dijo Cérizet—, la proposición era aceptable; el interés del capital inmovilizado en el aderezo de brillantes estaba ampliamente representado con los demás objetos de la herencia.

—Como veis, mi querido amigo —añadió du Portail—, no hice mal en fiarme de él. Además, adopté mis precauciones: le exigí que viniese a ocupar un alojamiento de mi casa, para poder vigilarle de cerca; yo mismo me ocupé de disponer el escondrijo cuyo secreto habéis descubierto con tanta prontitud, pero lo que vos ignorabais era que ese secreto, al propio tiempo que abría el armario de hierro, hacía sonar en mi casa un timbre de una sonoridad potentísima, destinado a advertirme de todas las tentativas de robo que hubiesen podido efectuarse contra nuestro tesoro.

—¡Pobre señora Cardinal! —exclamó jocosamente Cérizet—. ¡Cuán engañada andaba!

—Así que esta es la situación —agregó du Portail—. Por el interés que siento hacia el sobrino de mi viejo amigo, y también porque, a causa del parentesco, veo con muy buenos ojos este casamiento, quiero que Teodosio contraiga matrimonio con su prima, quien le aportará esa dote. Como es posible que a causa del estado mental de la futura esposa La Peyrade no quiera acceder a mis pretensiones, no he considerado oportuno hacerle directamente esta proposición. Vos os habéis cruzado en mi camino, sé que sois hábil y astuto, y enseguida he pensado encargáros de esta pequeña negociación matrimonial. Sin embargo, que quede bien entendido: le hablaréis de una joven rica, que tiene un pequeño inconveniente, pero, en cambio, una dote muy saneada; no nombraréis a nadie y vendréis a hacerme saber inmediatamente cómo se ha tomado la proposición.

—Vuestra confianza —dijo Cérizet— me alegra tanto como me honra, y trataré de justificarla lo mejor posible.

—No hay que hacerse ilusiones —prosiguió du Portail—. Una negativa será la primera reacción de un hombre que tiene otras intenciones, pero no nos daremos por vencidos. Yo no renuncio fácilmente a mis ideas cuando las creo justas, y, aunque nuestro celo por la felicidad de La Peyrade os tuviese que llevar hasta encerrarle en Clichy, estoy decidido a no llevarme un chasco en una combinación cuyas buenas

intenciones él no dejará de reconocer, estoy seguro. Así, sea ello lo que fuere, comprad el crédito del señor Dutocq.

—¿A la par? —preguntó Cérizet.

—Sí, a la par, si otra cosa no es posible; ahora no importarán irnos cuantos miles de francos más o menos. Solamente, una vez concluida la transacción, que Dutocq nos asegure su concurso, o al menos su neutralidad. Según lo que me habéis dicho del otro matrimonio, creo que será inútil haceros observar que no hay tiempo que perder para poner manos a la obra.

—Dentro de dos días estoy citado con La Peyrade —observó Cérizet—, pues tenemos que tratar de un asuntillo. ¿No estimáis que sería conveniente esperar a esta entrevista, durante la cual lanzaré incidentalmente la proposición? Creo que, en caso de resistencia, esto hará salir mejor librada *nuestra* dignidad.

—Sea —contestó du Portail—. Además, la demora es insignificante. Pero pensad, caballero, que si tenéis éxito, en vez de un hombre dispuesto a pedirnos cuentas muy severas de vuestras imprudentes complacencias con la señora Cardinal, tendréis en mí a un hombre agradecido, dispuesto a servirnos en todo y cuyo crédito tiene mayor alcance de lo que generalmente se supone.

Después de palabras tan mesuradas y corteses, ambos interlocutores no podían por menos de separarse en muy buena inteligencia y satisfechísimos uno del otro.

XXV

DONDE LA OVEJA DEVORA AL LOBO

Lo mismo que el *Tourniquet Saint-Jean*, el *Rocher de Cancale*, adonde ahora se trasladará la escena, hoy no es más que un recuerdo. Una taberna con mostrador de estaño reemplaza a aquel *templo del gusto*, aquel santuario europeo que vio pasar a toda la gastronomía del Imperio y la Restauración.

La víspera del día convenido entre ellos, La Peyrade recibió el siguiente aviso de Cérizet:

«Mañana, con contrato o sin él, en el *Rocher* a las seis y media.»

En cuanto a Dutocq, Cérizet tenía ocasión de verle todos los días, ya que era su copista; por lo tanto, le previno de palabra, pero el lector advertido observará una diferencia en la hora dada a este segundo invitado: «A las seis y *cuarto*, en el *Rocher*», le dijo Cérizet. Era evidente que quería disponer por lo menos de un cuarto de hora antes de que llegase La Peyrade.

Aquel cuarto de hora, el usurero esperaba emplearlo en chalanear la compra de las letras de Dutocq, y pensó que, hecha a quemarropa y sin ninguna preparación, la proposición tenían mayores probabilidades de ser aceptada rápidamente. No dejando

al vendedor tiempo para reaccionar, quizás conseguiría que aflojase las riendas, y, una vez comprado el crédito por un precio inferior a la par, el hombre de la calle Poules tendría que ver si resultaba seguro para él embolsarse la diferencia o si valdría más alabarse ante du Portail de la rebaja que habría conseguido. Conviene decir, por otra parte, que incluso sin tener en cuenta los intereses, Cérizet hubiera intentado igualmente rebañar un pequeño beneficio de *su amigo*, pues esto constituía en él un instinto y una necesidad de su naturaleza; en los negocios sentía por la línea recta el mismo horror que los ingleses amigos de los jardines sienten por ella al trazar sus avenidas.

Como aún tenía que pagar una parte del precio de su cargo y se veía obligado a efectuar grandes economías, Dutocq vivía con tales estrecheces que una cena en el *Rocher de Cancale* constituía en su parca existencia un acontecimiento especial. Por lo tanto, hizo gala de aquella exactitud, que es prueba del interés que despierta una entrevista, y a las seis y cuarto en punto hizo su aparición en el reservado del restaurante, donde Cérizet le estaba esperando ya.

—Tiene gracia —dijo—, hemos vuelto exactamente a la misma situación que inauguró nuestras relaciones comerciales con La Peyrade, con la sola diferencia de que el lugar donde se celebra la entrevista de los tres emperadores en esta ocasión ha sido mejor escogido, y eso que me gusta bastante el Tilsitt de la calle Montorgueil, que sustituyó al Tilsitt de la calle de l’Ancienne-Comédie, el triste restaurante Pinson.

—A fe mía —respondió Cérizet—, no me atrevería a asegurar si los resultados obtenidos justifican esta sustitución, ya que, en fin, ¿dónde están los beneficios que nos debía reportar la constitución de nuestro triunvirato?

—En definitiva, era una operación a plazos —añadió Dutocq—. No se puede decir que La Peyrade haya perdido mucho tiempo para preparar, si se me permite el retruécano, su instalación en las Tulleries. El mozo, justo es reconocerlo, ha hecho grandes progresos.

—No tantos —aseguró Cérizet—. Su matrimonio, actualmente, se encuentra horriblemente comprometido.

—¿Cómo! ¿Comprometido?

—Sí, yo tengo el encargo de proponerle una esposa en período de reparación, y dudo mucho que le dejen escoger.

—¿Pero qué diablo! ¿De modo que vais a desaconsejarle el casamiento sobre el que teníamos una hipoteca para proponerle otro?

—Amigo mío, uno no siempre es dueño de las circunstancias, y he visto que, debido a la nueva combinación que se presenta, la que nosotros habíamos dispuesto se va a paseo; entonces traté de sacar partido de la negociación.

—¿Vaya! Por lo visto se disputan al tal Teodosio. ¿Y qué partido es ese? ¿Tiene fortuna?

—La dote es bastante pasadera y muy bien vale por la de la señorita Colleville.

—¿Entonces me importa un rábano! La Peyrade ha aceptado una letras de cambio,

y pagará.

—Pagará, pagará..., esta es la cuestión. Vos no sois comerciante. Teodosio tampoco lo es; a lo mejor se le ocurre discutir las letras. ¿Quién os dice que enterado de su origen, y al no celebrarse la unión con los Thuillier, el tribunal no las anulará, considerándolas como obligaciones sin causa? Yo me río de esta discusión: no tengo nada que perder y, además, ya he adoptado mis precauciones; pero vos, escribano de un juez de paz, ¿no entrevéis, a consecuencia de este proceso, una discusión con la cancillería?

—Pero también, mi querido amigo —dijo Dutocq, con el humor propio de un hombre que se ve enfrentado con un argumento al que no encuentra nada que responder—, vos tenéis pasión por revolver los asuntos y meteros en todo...

—Os repito —prosiguió Cérizet— que este asunto no lo he buscado, y vi tan claramente desde el principio que era inútil luchar contra la mala racha que nos caía encima, que adopté la decisión de salvarme a costa de un sacrificio.

—¿Y en qué consiste ese sacrificio?

—¡Pardiez!, he vendido mi crédito, dejando que quienes me lo han comprado se las entiendan con el señor abogado.

—¿Quién es el comprador?

—¿Quién queréis que sea, después de lo que os he contado? Unas personas que tienen bastante interés en que se celebre el otro enlace, hasta llegar al extremo de obligar a mi Teodosio, aunque tengan que valerse de una acción judicial.

—¿Entonces, mis letras son igualmente necesarias para esas personas?

—Indudablemente, pero no he querido disponer de ellas sin consultaros antes.

—Bien, ¿y cuánto ofrecen por ellas?

—¡Toma!, querido, lo que yo mismo he aceptado: como yo sé mejor que vos el peligro que representa su competencia, me he decidido a liquidar en malas condiciones.

—¿Y cuáles son esas condiciones?

—He dejado las letras en quince mil.

—¡Vamos, hombre! —exclamó Dutocq encogiéndose de hombros—, Esto es que, al parecer, encontraréis el medio de resarciros con el corretaje del asunto, que quizás, a fin de cuentas, no es más que una maquinación tramada entre vos y La Peyrade.

—Al menos, querido, no tenéis pelos en la lengua; os pasa una infamia por la cabeza y la declararéis con el más encantador abandono. Afortunadamente, ahora mismo podréis oír cómo hago mi proposición a Teodosio, y por su actitud podréis juzgar si hay entendimiento entre los dos.

—¡Sea! —dijo Dutocq—. Retiro mi insinuación, pero verdaderamente vuestros comitentes son unos corsarios; no se degüella así a la gente; si recibo otro golpe como éste, yo no tendré una prima, como vos, con la que pueda retirarme.

—He aquí, mi pobre amigo, cuál ha sido mi razonamiento. Me he dicho: este bueno de Dutocq está muy enredado tratando de encontrar el dinero necesario para

terminar de pagar su cargo; encuentra la manera de saldar esta deuda de golpe, y este acontecimiento demuestra lo que hay de aleatorio en el compromiso de La Peyrade, le ofrecen dinero contante y sonante y, por lo tanto, la operación quizás no sea tan mala.

—De acuerdo, pero... ¡perder los dos quintos!

—¡Veamos! —prosiguió Cérizet—. Hace un momento mencionábais la prima; yo vislumbro un medio de encontraros una para vos, y si quisiérais comprometeros a batir en brecha el asunto Colleville, haciendo lo contrario del papel que habéis desempeñado hasta ahora, no desesperaría de llegar a conseguiros la cifra de veinte mil francos.

—¿Entonces, creéis que esta nueva combinación no será del agrado de La Peyrade? ¿Suponéis que opondrá resistencia? ¿Acaso se trata de una heredera sobre la que ese picaro ya ha tomado algo en arras?

—Todo cuanto puedo deciros es que, para concluir este asunto, habrá que vencer obstáculos.

—Yo no pido más que ayudaros y fastidiar a La Peyrade, pero cinco mil francos es perder demasiado, ¿no es parece?

En aquel momento la puerta del reservado se abrió y un muchacho introdujo al invitado que esperaban.

—Podéis servir —dijo Cérizet—, ya no esperamos a nadie más.

Se veía que Teodosio empezaba a tomar impulso hacia las altas esferas sociales; la elegancia constituía para él una constante preocupación. Se había vestido de noche, con frac y zapatos charolados, mientras que sus dos comensales le recibían con levita y con botas llenas de fango.

—Señores —dijo—, creo que llego con cierto retraso, pero ese diablo de Thuillier, con ese libro que estoy pergeñando para él, se ha vuelto insoportable. Cometí el desgraciado error de decirle que veríamos juntos las pruebas; a cada renglón tengo que sostener una lucha. «Lo que yo no comprendo, dice siempre, el público tampoco lo comprenderá. Yo no soy un hombre de letras, pero soy un hombre práctico...» Y hay que batallar en todas las frases. Creí que la sesión de hace un momento no iba a terminar jamás.

—¡Qué se le va a hacer, querido! —contestó Dutocq—. Cuando se quiere llegar, es preciso tener valor para realizar ciertos sacrificios. Una vez celebrada la boda, levantaréis la cabeza.

—¡Ah, sí! —añadió La Peyrade con un suspiro—. La levantaré, pues empiezo a estar terriblemente cansado de este pan de angustia que me dais a comer desde hace tanto tiempo.

—Cérizet nos alimentará hoy de una manera más succulenta —observó Dutocq.

Y, de momento, únicamente se ocuparon de hacer los honores al menú que el principal inquilino había encargado, con sus recuerdos de tiempos más felices. Como sucede en las cenas de negocios, en que todos están preocupados por las cuestiones

del orden del día, pero, sin embargo, evitan abordarlas por miedo a comprender sus ventajas, demostrando demasiada prisa e interés, la conversación, durante mucho tiempo, se redujo a generalidades, y sólo al llegar los postres, Cérizet se decidió a preguntar a La Peyrade qué se había resuelto acerca de la cifra que debía figurar en el contrato.

—Nada, querido —respondió La Peyrade.

—¿Cómo, nada? Sin embargo, os he dejado tiempo más que suficiente para resolver algo...

—Y, en efecto, algo se ha resuelto: que no habrá principal inquilino, pues la señorita Brígida se encarga de la administración de la finca.

—Esto es distinto —dijo Cérizet, sorprendido—. Después del compromiso adoptado conmigo, reconozco que estaba muy lejos de esperarme semejante desenlace.

—¡Qué se le va a hacer, querido! Yo me comprometí, salvo rectificación, y no he sido dueño de dar otro sesgo al asunto. En su calidad de amo femenino, y como prueba del movimiento perpetuo, la señorita Thuillier habrá pensado que podía encargarse de administrar el inmueble, y que así se embolsaría el beneficio que tú te reservabas. Yo bien le he hecho ver el trajín y las preocupaciones de toda clase que iba a asumir. «Bah, ¡bah!, me ha respondido ella, esto me estimulará la sangre y será excelente para mi salud.»

—¡Pero es lamentable! —respondió Cérizet—. La pobre mujer no sabrá por dónde empezar; no se imagina lo que es una casa deshabitada y que es necesario llenar de inquilinos de arriba abajo.

—Yo le he expuesto todos estos argumentos —respondió La Peyrade—, pero no le han hecho mella. La verdad es ésta, mis queridos demócratas: vosotros maquinásteis la revolución del 89, os imaginásteis realizar un excelente negocio destronando al noble y sustituyéndolo por el burgués, y, sencillamente, habéis terminado en la miseria. Esto parece una paradoja, pero no era el plebeyo quien se podía tallar y sujetar a prestación personal a discreción, sino el noble. La aristocracia, que, en aras de su dignidad, tenía vedado el acceso a una serie de menesteres propios de los villanos, incluso el de saber escribir, se encontraba en realidad bajo la dependencia de toda aquella nube de servidores a los que no tenía más remedio que recurrir y en quienes debía confiar para realizar la casi totalidad de los actos de su vida. Vino entonces el remado de los intendentes, de esos amanuenses ladinos y marrulleros por cuyas manos pasaban todos los intereses de las grandes familias y que, incluso sin merecer la detestable reputación que adquirieron a causa de las circunstancias, engordaban con las migajas de las espléndidas fortunas que administraban. Ahora tenemos una multitud de aforismos utilitarios: «Por quien se está mejor servido es por uno mismo. No es una vergüenza ocuparse de los propios negocios», y otros mil preceptos burgueses que, al convertir la acción en algo que está al alcance de todos, han suprimido el papel de los intermediarios. ¿Cómo queréis

que la señorita Brígida Thuillier no tenga la pretensión de administrar su casa, si hay duques y pares de Francia que van personalmente a la Bolsa, realizando personalmente sus gestiones, se hacen leer las actas antes de firmarlas y van a discutir las a casa del notario, al que antes aplicaban un nombre despectivo?

Durante el discurso de La Peyrade, Cérizet tuvo tiempo de reponerse del golpe que acababa de recibir en pleno pecho, y llevando la conversación al otro asunto, en cuyo mandatario se había convertido, dijo con tono negligente:

—Todo cuanto acabas de decirnos, querido, es muy ingenioso, pero lo que más parece demostrar nuestro fracaso es el hecho de que no gozas de la influencia que querías hacernos creer, cerca de la señorita Thuillier. Ahora se nos escapa completamente, y no veo que tu matrimonio sea cosa hecha, tal como Dutocq y yo nos complacíamos en suponer.

—Sin duda —contestó La Peyrade—, aún tendremos que esforzarnos un poco para completar nuestro plan, pero lo considero muy avanzado.

—Yo, en cambio, sostengo que has perdido terreno, y es muy sencillo: acabas de hacer un inmenso favor a tus amigos, y eso no se perdona.

—En fin, ya veremos —repuso La Peyrade—. Aún los tengo bastante sujetos.

—Nada de eso. Creíste hacer maravillas al abrumarles de favores, y ahora que ya se han emancipado, te tratan de cualquier modo; el corazón humano está hecho así, y especialmente el de los burgueses. No lo digo, ¿sabes?, porque llegado el caso yo tenga lo necesario para contrarrestar este desprecio, esta caída que ahora inicias, sino porque en tu lugar yo no me creería en terreno sólido, y si se presentase alguna proposición aceptable...

—¡Cómo! ¿Por qué no he podido conseguirte ese contrato tengo que tirar la soga tras el caldero?

—Te repito —prosiguió Cérizet— que no veo las cosas a través de mis intereses, pero como no pongo en duda que, como amigo verdadero, has hecho lo imposible por alcanzar el éxito, encuentro en la manera como te han echado, con buenos modos, eso sí, un síntoma muy inquietante, y esto me decide a decirte algo que de lo contrario no te hubiera dicho, pues considero que cuando se tiene un objetivo hay que avanzar hacia él sin mirar atrás ni adelante y sin dejarse desviar por ninguna inspiración.

—¡Vamos! —dijo La Peyrade—. ¿Qué significa toda esta verborrea? ¿Qué tienes que proponerme? ¿Cuánto me va a costar esto?

—Querido —respondió Cérizet, sin hacer caso de la impertinencia—, tú mismo apreciarás en lo que puede valer el hallazgo de una joven bien educada, de inmejorables prendas, hermosa y de talento, con una dote equivalente, cuando menos, a la de Céleste, que tiene de primera mano, sin contar ciento cincuenta mil francos en diamantes, como la señorita Georges en los carteles de provincia, y a quien interesa sobre todo un hombre de temperamento ambicioso, un marido dispuesto a alcanzar cierta posición en la política.

—¿Y ese tesoro lo tienes en la mano? —preguntó La Peyrade con expresión de

incredulidad.

—Más aún, estoy autorizado a ofrecértelo; casi te he dicho ya que estaba encargado de hacerlo.

—Amigo mío, tú te burlas de mí, y, a menos de suponer en ese mirlo blanco algún terrible vicio redhibitorio...

—Convengo en ello —repuso Cérizet—. Hay alguna cosi-11a que decir, no por el lado de la familia, ya que, a decir verdad, esa joven no la tiene...

—¡Ah! —exclamó La Peyrade—. Una hija natural... ¿Y qué más?

—¿Qué más? Hace ya algún tiempo que se ha quedado para vestir santos; es posible que haya cumplido ya veintinueve años, pero nada más fácil que convertir con la imaginación a una joven madurita en una viuda joven.

—¿Y estos son todos los inconvenientes?

—Sí, todos los que son irreparables.

—¿Cómo debo entender esto? ¿Es que habrá que someterla a una operación de rinoplastia?

Dirigida a Cérizet, esta frase tenía un tono agresivo que, por otra parte, había sido fácil notar en toda la conversación del abogado, desde el principio de la cena. Pero no en traba en los propósitos del negociador ofenderse por aquellas observaciones.

—No —respondió—. Tiene la nariz tan bien hecha como el pie y el talle, pero quizás pudiera sufrir un poco de histerismo.

—¡Magnífico! —exclamó La Peyrade—. Y como del histerismo a la enajenación mental no hay más que un paso...

—Pues bien, sí —añadió vivamente Cérizet—. Los sufrimientos le han trastornado un poco el cerebro, pero los médicos son unánimes en su diagnóstico: con el primer hijo desaparecerá totalmente esa pequeña mácula de su espíritu.

—Considero a los señores doctores infalibles —respondió el abogado—, pero pese a que has intentado desalentarme, me permitirás, amigo mío, que insista en mi empeño por casarme con la señorita Colleville. Quizás resulte una ridiculez manifestarlo, pero la verdad es que me estoy enamorando insensiblemente de esa jovencita. No es que su belleza sea deslumbradora y que el brillo de la dote me haya cegado, pero encuentro en esta criatura una ingenuidad unida con un gran fondo de *razón*, y, lo que para mí es decisivo; su piedad sincera y sólida tiene algo que me atrae; la creo capaz de hacer feliz a su marido.

—Sí —dijo Cérizet, quien después de representar la enmedia se acordó de Molière y recitó este verso:

Y será confitado en dulzura y placeres.

La alusión a Tartufo fue vivamente sentida por La Peyrade, el cual, recogéndola, añadió:

—Al contacto con la inocencia, me desinfectaré del ambiente innoble en el que he vivido demasiado tiempo.

—Y pagarás tus letras de cambio —agregó Cérizet—, loque te aconsejo que

hagas con la menor demora posible, pues Dutocq, aquí presente, me decía hace un momento que no le molestaría ver, finalmente, qué color tiene tu dinero.

—¿Yo? En absoluto —dijo Dutocq—. Al contrario, considero que nuestro amigo hace muy bien aplazando las cosas.

—Pues bien, yo —dijo La Peyrade— soy del parecer do Cérizet, y opino que cuanta menos obligación haya de pagar una deuda, y cuanto más, por consiguiente, sea discutible y dudosa, más prisa hay que tener en saldarla.

—¡Pero, mi querido La Peyrade —añadió Dutocq—, os lo tomáis con un tono de amargura!...

Sacando la cartera del bolsillo, dijo La Peyrade:

—¿Tenéis aquí esas letras, Dutocq?

—¡Pardiez!, no, querido —contestó el escribano—. ¿Cómo las voy a llevar encima, si están en manos de Cérizet?

—Muy bien —añadió el abogado levantándose—. Cuando queráis pasar por mi casa, pago a horas hábiles; Cérizet puede deciros algo al respecto.

—¡Cómo! ¿Nos dejas sin tomar café? —dijo Cérizet en el colmo del asombro.

—Sí, a las ocho tengo que asistir a un arbitraje. Además, ya nos hemos dicho todo cuanto teníamos que deciros; tú no tienes el contrato, tienes tus veinticinco mil francos, y los de Dutocq están preparados para cuando guste pasar por mi casa: por consiguiente, no creo que nada me impida ir adonde me llaman mis asuntos y despedirme afectuosamente de vosotros.

XXVI

LOS ENCUENTROS

—¡Vaya! —dijo Cérizet al ver salir a La Peyrade—. Esto es una ruptura.

—Y acentuada con el mayor cuidado posible —observó Dutocq—. ¡Con qué gesto ha sacado su cartera!

—¿Pero de dónde diablos ha podido sacar ese dinero? —preguntó el usurero.

—Sin duda —repuso irónicamente el escribano—, de don de sacó el que le hacía falta para retirar las letras de las que os visteis obligados a deshaceros a un precio ruinoso.

—Mi buen Dutocq —añadió Cérizet—, os explicaré las circunstancias en que este insolente saldó su deuda conmigo, y veréis si con ello no me ha robado quince mil francos.

—Es posible; pero vos, mi amable copista, pretendéis, sacarme diez mil.

—Nada de eso; yo tenía el encargo de compraros vuestro crédito y, en definitiva,

mis ofertas ya ascendían a veinte mil cuando entró el bello Teodosio...

—En fin —dijo el escribano—, al salir de aquí iremos a vuestra casa y me devolveréis las letras de cambio, pues como podéis comprender, mañana, a una hora razonable, pasará por lo que ese caballero llama su caja. No quiero que se enfríe su deseo de pagar.

—Y haréis muy bien, porque os prometo que dentro de algún tiempo habrá gresca en su vida.

—¿Hay que tomarse en serio esa historia de la loca con quien pretendíais casarle? Reconozco que en su lugar, y en vista del sesgo victorioso que toman sus asuntos, yo tampoco hubiera aceptado la proposición; las Ninas y las Ofelias son muy interesantes en el teatro, pero casarse con ellas...

—Casarse con ellas, cuando aportan una hermosa dote, le convierte a uno en su tutor —respondió sentenciosamente Cérizet—, y en tal caso se tiene la fortuna, aunque no se tenga a la mujer.

—Desde luego —respondió Dutocq—. Es un punto de vista.

—Si queréis —añadió Cérizet—, iremos a tomar el café fuera de aquí. Esta cena ha acabado de una manera tan estúpida, que tengo prisa por salir de este reservado, donde siento que me falta aire para respirar.

Y llamó al camarero.

—¡La cuenta! —le dijo.

—Señor, ya está pagada.

—¡Cómo! ¿Pagada, por quién?

—Por el caballero que acaba de salir.

—¡Pero esto es inimaginable! —exclamó Cérizet—. ¡Soy yo quien encarga la cena y vos dejáis que la pague un desconocido!

—No he sido yo, señor —observó el camarero—, Ese caballero fue a pagar a la señora de la caja; ella habrá pensado que ya estábais de acuerdo, aunque no es muy corriente los clientes disputen por ir a pagar la cuenta.

—Bien, podéis iros —dijo Cérizet, despidiendo al camarero.

—¿Los señores no tomarán café? —preguntó éste antes de salir—. También está pagado.

—Precisamente por eso no lo tomaremos —contesté Cérizet con humor—. Es verdaderamente inconcebible que, en una casa como ésta, se cometan semejantes equivocaciones. ¿Concebís esta insolencia? —añadió cuando el camarero hubo salido.

—¡Puáh! —dijo Dutocq tomando el sombrero—, Es un proceder propio de un colegial: quiere demostrar que tiene dinero. Se ve a la legua que no está acostumbrado a tenerlo.

—No, no, nada de eso —replicó Cérizet—. Es una manera de señalar la ruptura. Es como si dijese: «No quiero, deberos ni una cena.»

—En realidad, querido —objetó Dutocq mientras bajaba por la escalera—, este banquete se daba para celebrar vuestra entronización como principal inquilino. Al no poder conseguir el contrato, comprendo que le remuerda la conciencia ante la idea de dejaros pagar una cena que, como mis letras de cambio, se había convertido en una obligación sin causa.

Cérizet no prestó atención a esta maliciosa versión de los hechos. Llegaron frente a la caja tras la que se encontraba la señora que dejó pagar la cuenta indebidamente y, para dejar a salvo su dignidad, el usurero se creyó obligado a hacerle una escena.

A continuación los dos comensales salieron juntos, y el hombre de la calle Poules llevó a su jefe a tomar café en un innoble cafetín del pasaje Saumon.

Una vez allí, el anfitrión de aquella cena que le había salido tan barata recobró su buen humor. Era como un pez en seco al que acabasen de devolver el agua; llegado a aquel estado de degradación que le hacía sentirse mal

en los lugares frecuentados por las personas decentes, Cérizet, con una especie de voluptuosidad, volvió a encontrarse en su elemento en aquel cafetín, donde se jugaba ruidosamente una partida de billar a beneficio de un *antiguo vencedor de la Bastilla*.

Cérizet gozaba en aquel establecimiento de cierto renombre como hábil jugador de billar, y le invitaron para tomar parte en la partida comenzada. En el lenguaje técnico, *compró una bola*, es decir, que uno de los participantes en el torneo le vendió su turno y sus posibilidades. Dutocq aprovechó aquel arreglo para escurrir el bulto e ir a ver cómo seguía un amigo enfermo, según manifestó.

Poco después, arremangado y con la pipa entre dientes, Cérizet acababa de ejecutar una de esas tiradas de maestro que provocan aclamaciones frenéticas en la galería, cuando, al pasear triunfalmente su mirada en derredor, vio un terrible aguafiestas.

Mezclado entre los asistentes, con el mentón apoyado en el pomo del bastón, du Portail le contemplaba.

Un vivo rubor se extendió por las mejillas de Cérizet, quien vaciló en saludar y reconocer al rentista, cuya presencia en aquel lugar resultaba insólita. Sin tomar partido acerca de tan desagradable encuentro, quedó muy preocupado y su juego se resintió de su distracción. Poco después, una tirada desafortunada lo eliminó de la partida.

Mientras se arreglaba el traje, con bastante mal humor, du Portail se levantó, y rozándole, le dijo al salir, en voz baja:

—En la calle Montmartre, al fondo del pasaje.

Cuando se reunieron, Cérizet tuvo el mal gusto de querer explicarle la actitud desalmada en que acababa de sorprenderle.

—Sin embargo, para haberos visto ahí —le dijo du Portail—, era necesario que yo también estuviese.

—Es verdad —respondió el usurero—. Me ha sorprendido mucho encontrar en ese lugar a un pacífico habitante del barrio de Saint-Sulpice.

—Lo que os demuestra —añadió el rentista con un tono que atajaba toda curiosidad—, que tengo costumbre de visitarlo todo, y que mi estrella me ayuda a encontrar a las personas a quienes deseo encontrar; pensaba en vos en el momento en que entrasteis. Bien, ¿qué habéis hecho?

—Nada que valga la pena —contestó Cérizet—. Después de hacerme una canallada y desposeerme de un magnífico asunto, nuestro hombre lia rechazado la proposición de la manera más desdeñosa. No hay la menor esperanza de obtener el crédito de Dutocq; La Peyrade parece tener dinero, pues quería retirar sus letras en el acto y mañana por la mañana no hay duda de que saldrá su deuda.

—Así, ¿da por realizado su casamiento con esa tal señorita Colleville?

—No solamente lo da por hecho, sino que ahora pretende fingir que se casa por amor. Me ha lanzado un discurso para persuadirme de que se hallaba verdaderamente enamorado.

—Está bien —dijo du Portail queriendo demostrar que «cuando era necesario también hablaba el lenguaje de los cafetines—. *Parad los gastos* (lo que quería decir: «No hagáis nada más»). Yo me encargo de dar mate a ese caballero. Solamente os pido que vengáis a verme mañana, para informarme acerca de la familia en la que pretende ingresar. Este asunto os ha salido mal; tranquilizaos: conmigo, ya encontraremos otro.

Dicho esto, hizo una seña al cochero de un simón que pasaba vacío, montó en él y, dirigiendo a Cérizet un saludo amistoso y al mismo tiempo protector, dio la dirección de la calle Honoré-Chevalier.

Al bajar por la calle Montmartre para volver al barrio de l'Estrapade, Cérizet se devanaba los sesos para adivinar quien podía ser aquel vejete lacónico, de palabra imperiosa, que parecía arrojar sobre sus interlocutores, cuando les hablaba, un garfio de abordaje, y que venía desde tan lejos, para pasar la velada en un lugar donde, teniendo en cuenta la distinción que demostraba su persona, se encontraba indudablemente muy desplazado.

Al llegar a la altura del mercado, Cérizet aún no había encontrado la solución de su problema, pero en aquel momento, un fuerte puñetazo recibido en la espalda le atrancó rudamente a sus pensamientos.

Volviéndose con presteza, se halló en presencia de la señora Cardinal, cuyo encuentro en aquellos parajes, por otra parte, adonde iba todas las mañanas a aprovisionarse para su comercio, no tenía nada de extraordinario.

Desde aquella noche en la calle Honoré-Chevalier, a pesar de la clemencia de que fue objeto, la digna pescadera no halló prudente hacer más que breves apariciones en su domicilio, y desde hacía dos días ahogaba el dolor de su chasco en las tiendas de los licoristas, llamadas *establecimientos de consolación*.

Con palabra gruesa y rostro encendido, dijo a Cérizet:

—Dime, papáito, ¿cómo te ha ido con el vejete?

—En pocas palabras —respondió el usurero—, le hice comprender que entre él y

yo sólo existía un malentendido. En todo esto, mi pobre señora Cardinal, habéis obrado con una ligereza verdaderamente imperdonable. ¡Cómo! Cuando me pedisteis mi concurso para entrar en posesión de la herencia de vuestro tío, ¿no sabíais que existía una hija natural a la que él había manifestado desde hacia mucho tiempo la intención de dejárselo todo en su testamento? Ese vejete que vino a interrumpiros en vuestra ridícula tentativa de heredar por anticipado, no era más que el tutor de la legataria.

—¡Ah, conque es un tutor! —exclamó la Cardinal—. ¡Qué simpáticos son los tutores! ¡Decir a una mujer de edad como yo, sólo por que ha querido cerciorarse de si su tío le dejaba algo, que iría a buscar a los guardias! ¡Qué horror, qué asco!

—¡Vamos! —observó Cérizet—. No os quejéis, tía Cardinal, que habéis salido muy bien librada.

—¿Y vos que forzasteis las cerraduras y queríais acaparar los diamantes, con el pretexto de casaros con mi hija? ¡Con lo que le gustáis a mi hija! ¡Y además, la mía es legítima! «¡Jamás, madre, me dijo, daré mi corazón a un hombre que tiene la nariz así!»

—¿Entonces, habéis encontrado a vuestra hija?

—Anoche, sin ir más lejos; ha dejado a ese farsante y tengo la satisfacción de deciros que se encuentra en una situación magnífica, nadando en oro, comiendo en vajilla de plata y disponiendo de coche, siendo muy estimada por un abogado dispuesto a casarse con ella en seguida, pero que tiene que esperar a que se mueran sus padres, porque resulta que el padre es alcalde y esta boda podría contrariar al gobierno.

—¡Vaya, mi buena mujer! —dijo Cérizet—. ¿Qué diablos de galimatías es éste? ¿Decís que el padre resulta ser madre?^[5]

—¡Quitad de ahí, hombre! Alcalde de su distrito, que es el once. El señor Minard, un negociante retirado de cacao, que está podrido de dinero.

—¡Ah! ¡Muy bien, muy bien! Ya le conozco. ¿Y decís que Olimpia está con su hijo?

—Pero no viven juntos, para evitar las malas lenguas, aunque él va con buenas intenciones; el joven vive en casa de su padre, y, entre tanto, han comprado su ajuar y le han instalado con mi hija en un piso que está por el lado de la Chaussée-d'Antin un barrio estupendo, ¿no es verdad?

—Todo esto me parece muy bien preparado —dijo Cérizet—, y ya que, en definitiva, el cielo no nos había destinado el uno para el otro...

—Sí, así es. Creo que esta criatura acabará por darme muchas satisfacciones, aunque hay algo que querría consultaros.

—¿De qué se trata? —preguntó Cérizet.

—Se trata de que, al tener a mi hija arreglada, yo no puedo continuar pregonando pescado fresco por las calles. Además, habiéndome desheredado mi tío, me parece que tengo derecho a una pensión *elemental*.

—¡Vos soñáis, mi pobre mujer! Vuestra hija es menor. Sois vos quien ha de mantenerla y no ella quien tiene que alimentaros.

—¿Entonces —dijo la señora Cardinal acalorándose—, los que no tienen deben dar a los que tienen? Esto es propio de la ley; es tan amable como los tutores, que hablan de ir a buscar a los guardias por un quítame allá esas pajas. ¡Pues bien, sí, que vaya a buscar a los guardias, que me hagan guillotinar! Eso no me impedirá decir que los ricos son todos irnos ladrones y que convendría que el pueblo hiciese una revolución para lograr que se le reconocieran sus derechos; sí, buen mozo, tú, mi hijo, Minard, el abogado y ese tutor pequeñajo, para todos habrá.

Viendo que su ex mamá política había alcanzado un grado de exaltación muy inquietante, Cérizet se apresuró a dejarla. No obstante, cuando ya estaba a más de cincuenta pasos de ella, aún le alcanzaban sus epítetos y entonces se prometió pagarle en la misma moneda la primera vez que fuese al banco de la calle Poules a pedirle *facilidades de pago*.

Al llegar cerca de su casa, Cérizet, que cualquier cosa antes que valiente, se sobresaltó al distinguir una figura, emboscada junto a la puerta que, cuando él se aproximó, se dirigió a su encuentro.

Afortunadamente, se trataba de Dutocq, que venía en busca de sus letras de cambio. Cérizet se las devolvió de muy mal talante, quejándose por la desconfianza que demostraba una visita a hora tan intempestiva.

Dutocq hizo caso omiso de aquella susceptibilidad y al día siguiente, de buena mañana, se presentó en casa de La Peyrade.

La Peyrade pagó en el acto y respondió con marcada frialdad a unas frases sentimentales que se le escaparon a Dutocq cuando hubo percibido aquella suma.

Todo, en su actitud exterior, denunciaba al esclavo que acaba de romper sus cadenas y no se promete hacer un uso muy evangélico de su libertad.

En el momento en que acompañaba a su acreedor, éste se dio de manos a boca con una mujer vestida de sirvienta que se disponía a llamar en la puerta de La Peyrade.

Aquella mujer, por lo visto, era conocida de Dutocq, pues éste le dijo:

—¡Ah, ah, madrecita! Conque tenemos necesidad de consultar a un abogado... Tenéis razón, en el consejo de familia se han dicho sobre vos cosas muy graves.

—Yo no tengo miedo a nadie, gracias a Dios, y puedo ir con la cabeza muy alta —respondió la que así acababa de ser interpelada.

—¡Tanto mejor! —añadió el escribano del juez de paz—. ¡Tanto mejor! Pero probablemente pronto seréis requerida por el juez encargado de llevar el asunto. Por lo demás, estáis en buenas manos; el amigo La Peyrade os tendrá toda clase de consideraciones.

—El señor se equivoca —respondió la sirvienta—. No he venido a consultar al señor abogado por lo que se imagina.

—En fin, conservaos bien, mi querida dama, pues os prevengo que os

desplumarán de lo lindo. Los padres están furiosos contra vos, y nadie les hará apearese de la idea de que sois muy rica.

Al hablar así, Dutocq no quitaba ojo de Teodosio, quien no pudo sostener aquella mirada e invitó a su cliente a entrar.

Vamos a ver lo que había sucedido la víspera entre aquella mujer y La Peyrade.

XXVII

A DEVOTO, DEVOTA Y MEDIA

La Peyrade, como recordará el lector, tenía la costumbre de ir todas las mañanas a oír la primera misa que se celebraba en su parroquia. Desde hacía algún tiempo se veía objeto de una atención particular, cuya interpretación resultaba un tanto embarazosa, por parte de la mujer que acabamos de ver entrar en su casa, y que, para hablar como la Dorina del *Tartufo*, procuraba estar allí a *sus horas precisas*.

¿Un impulso del corazón? Esta explicación no era compatible con la gran madurez y el aspecto beato de aquella devota que, bajo su exiguo sombrero, llamado a lo *jansenista*, por el que aún se reconoce algunas fervientes adeptas de esta secta en el barrio de Saint-Jacques, procuraba ocultar los cabellos, como una religiosa; por otra parte, sus vestiduras, de una limpieza casi excesiva y una cruz de oro que llevaba al cuello, colgada de una cinta de terciopelo negro, excluían la idea de una mendicidad tímida y vacilante que anduviese con tapujos antes de osar declararse.

La mañana del día en que debía tener lugar la cena del *Rocher de Cancalle*, cansado de unas maniobras que acabaron por convertirse para él en una preocupación y viendo además que su enigma con sombrero redondo se disponía a abordarle, La Peyrade se acercó a ella y le preguntó si tenía que solicitarle algo.

—Caballero —le respondió la mujer con un acento muy misterioso—, ¿sois vos el célebre señor de La Peyrade, el abogado de ios pobres?

—Soy La Peyrade y he tenido ocasión, en efecto, de hacer algunos favores a los indigentes del barrio.

Esta fue la variante modesta del provenzal que, en aquel momento, no parecía ser de su región.

—¿Y si el señor tuviese la bondad de escucharme en consulta?

—El lugar —repuso La Peyrade— no está muy bien elegido para semejante conferencia. Lo que tenéis que decirme me parece importante, porque ya hace tiempo que tratáis de abordarme; yo vivo aquí cerca, en la calle Saint-Dominique-d'Enfer, y, si os queréis tomar la molestia de pasar por mi bufete...

—¿No será una molestia para vos, caballero?

—En absoluto; mi oficio consiste en escuchar a los clientes.

—¿A qué hora, para no molestaros demasiado?

—Cuando queráis; estaré en casa toda la mañana.

—Entonces, aún tengo tiempo de oír una misa y comulgar; en esta no me hubiera atrevido, pues estaba demasiado distraída pensando en vos. Cuando haya hecho mi meditación, podré presentarme en vuestra casa alrededor de las ocho, si no os molesta.

—Claro que no, dejaos de tantas ceremonias —dijo La Peyrade con una sombra de impaciencia.

Quizás en aquel pequeño movimiento de malhumor entrase un poco de celos profesionales, pues evidentemente se trataba de una jugadora capaz de darle tantos de ventaja.

A la hora convenida, ni un minuto antes ni un minuto •después, la devota llamó a la puerta del abogado, el cual,

después de conseguir con grandes dificultades que se sentase, la invitó a hablar.

La beata sufrió entonces un acceso de esa tosecita dilatoria con la que se consigue un respiro cuando se está en presencia de una cuestión espinosa. Por último se decidió a abordar el objeto de su visita y dijo:

—He venido para que el señor tenga la bondad de informarme si es cierto que un hombre muy caritativo y actualmente fallecido, dejó unos fondos para recompensar a los domésticos que se han portado bien con sus señores.

—En efecto —respondió La Peyrade—. El señor de Montyon fundó irnos premios a la virtud que, desde luego, se otorgan con frecuencia a servidores que se distinguieron por su celo y que pueden ponerse de ejemplo; pero una buena conducta no basta; para tener derecho a estas recompensas, deben haberse realizado acciones muy abnegadas, de una abnegación verdaderamente cristiana.

—La religión —prosiguió la beata— nos recomienda humildad, y ciertamente yo no me atrevería a hacer mí propio elogio, pero como desde hace más de veinte años estoy al servicio de un anciano, que es de lo más insípido, un sabio, que lo ha gastado todo en sus inventos y al que ahora me veo obligada a mantener, algunas personas han pensado que quizás yo reúna los méritos suficientes para aspirar al premio.

—Efectivamente, estas son las condiciones que la Academia exige a los candidatos que elige —respondió La Peyrade—. ¿Cómo se llama vuestro señor?

—Es el tío Picot; no le conocen por otro nombre en el barrio, por donde a veces sale vestido como una máscara, con gran algazara de los chiquillos que le siguen gritando: «¡Buenos días, tío Picot! ¡Buenos días, tío Picot!», Pero él es así, no se preocupa de su aspecto; sólo piensa en sus ideas y yo me reviento para hacerle una comida apetitosa, pero da lo mismo: vos le preguntaréis que ha comido para cenar y será incapaz de responderos; sin embargo, es un hombre lleno de recursos y ha formado alumnos muy buenos: es posible que el señor abogado conozca al hijo de Phellion, el que es profesor en el colegio de Saint-Louis y que aún nos visita con bastante frecuencia.

—¿Entonces —preguntó La Peyrade—, vuestro señor es un matemático?

—Sí, señor, las matemáticas son la causa de su desdicha; se ha metido en unas ideas tan enrevesadas que, a lo que parece, no tienen pies ni cabeza, después de estropearse la vista en el Observatorio, no muy lejos de aquí, donde estuvo empleado durante años.

—Bien —repuso La Peyrade—, se trataría de conseguir algunos certificados que atestiguaran vuestra prolongada fidelidad al servicio de ese anciano, después yo redactaría una memoria para la Academia y haría algunas gestiones.

—¡Qué bueno es el señor! —dijo la devota juntando las manos—. Si me permitiese habrle también de una pequeña dificultad...

—¿De qué se trata?

—Me han dicho, señor, que para obtener esos premios, había que ser insolvente.

—No es necesario; sin embargo, la Academia, en efecto, prefiere elegir a personas poco acomodadas y que tengan ocasión de hacer sacrificios superiores a sus fuerzas.

—Creo que puedo alabarme de haber hecho sacrificios, teniendo en cuenta que una pequeña herencia que recibí de mis padres pasó íntegra a la casa, y que desde hace más de quince años no he cobrado un céntimo de mi sueldo, lo que, a trescientos francos anuales, con los intereses compuestos, representa una bonita suma, como reconocerá el señor.

Al oír estas palabras de interés compuesto, que dejaba entrever cierta cultura financiera, La Peyrade miró con más atención a esta Antígona.

—En fin —dijo—, habládme de esa dificultad que os preocupa...

—Señor —respondió la devota—, creo que nadie puede encontrar mal que un tío riquísimo que acaba de morir en Inglaterra y que nunca había hecho nada por la familia, mientras vivía, me haya dejado en su testamento la cantidad de veinticinco mil francos.

—Desde luego —afirmó el abogado—. Nada hay en esto que no sea naturalísimo y muy legal.

—Pues bien, señor, sin embargo, me han dicho que esto podría perjudicarme ante los señores jueces.

—Es posible, porque, al saber entonces que poseéis un capitalito, los sacrificios que sin duda os proponéis continuar haciendo por vuestro señor, tendrían un carácter menos meritorio.

—Ciertamente, yo no abandonaré nunca a ese buen hombre, pobrecillo, a pesar de sus defectos, y de que con él, esta modesta suma que acabo de recibir corre los mayores riesgos.

—¿Y cómo es eso? —preguntó La Peyrade con curiosidad.

—¡Oh, señor! Bastará que sepa que tengo un poco de dinero, aunque sólo sea un puñado, para despilfarrarlo todo en sus inventos sobre movimiento continuo y de otras máquinas con las que ya se ha arruinado, y a mí con él.

—¿Luego vos desearíais que este legado que acabáis de recibir permaneciese completamente ignorado, tanto para la Academia como para vuestro señor? —«.lijo La Peyrade.

—¡Qué inteligente es el señor abogado y qué bien comprende las cosas! —contestó la beata sonriendo.

—Y sin embargo, por otra parte —continuó el abogado—, vos no queríais estar en posesión de ese dinero, ¿no es cierto?

—¿Para que mi señor lo encuentre y se lo quede? Además, como debéis comprender, señor, para poder ofrecer algunas golosinas a ese buen hombre, no me disgustaría que este capital me produjese algún interés.

—¿Y el interés más elevado posible? —apuntó el abogado.

—¡Eso mismo! El cinco o el seis por ciento, señor.

—¿Entonces, deseabais consultarme desde hace tanto tiempo sobre la memoria para obtener un premio a la virtud y acerca de una posible inversión?

—¡Qué bueno es el señor, qué caritativo, qué alentador!

La memoria, después de reunir unos cuantos informes, resultará fácil, pero una inversión que ofrezca todas las garantías y cuyo secreto os sea guardado religiosamente, ya resulta menos fácil de indicar.

—¡Ah, si me atreviese! —dijo la devota.

—¿Qué? —preguntó La Peyrade.

—El señor ya me comprende...

—¿Yo? No os comprendo en absoluto.

—Sin embargo, hace un momento he rezado para que el señor quisiera aceptarme esa suma; tendría una completa confianza en que me la devolvería y que no diría una palabra a nadie.

La Peyrade recogía en aquel momento el fruto de su comedia de afecto hacia las clases menesterosas. Solamente fue el coro de porteras del barrio, que le ponía por las nubes, quien pudo infundir en aquella sirvienta la confianza ilimitada que depositaba en él. Pensó inmediatamente en Dutocq, y no estuvo muy lejos de creer que era la providencia quien le enviaba a aquella mujer. Pero cuantas más tentaciones le daban de aprovechar aquella ocasión para fundar su independencia, más deseos sentía de aparentar ceder a una violencia que se le hacía, y las objeciones que presentó fueron infinitas.

En suma, no tenía mucha fe en el carácter de su cliente, y no le preocupaba, como vulgarmente se dice, desnudar a un santo para vestir a otro, sustituir a un acreedor que a fin de cuentas era su cómplice, por una comadre que, de un momento a otro, podía volverse exigente y dejarse dominar por una impaciencia y unos deseos de que le reembolsase aquella suma, acompañados por unos estallidos de ira que dañarían gravemente su reputación. Se decidió entonces a jugarse el todo por el todo.

—Mi querida señora —dijo a la devota—, yo no tengo necesidad de dinero y no soy lo bastante rico para pagaros, sin hacer uso de esta cantidad, los intereses que

producirán esos veinticinco mil francos. Todo cuanto puedo hacer es colocarla a mi nombre ante el notario Dupuis; es un hombre piadoso al que podréis ver los domingos sentado en uno de los bancos de nuestra iglesia parroquial. Los notarios, como sabéis no entregan recibo; yo tampoco os lo daré, prometiéndoo solamente que dejaré entre mis papeles, en caso de muerte, una nota que os asegure la restitución de este depósito. Como veis, es una cuestión de confianza ciega, y además, me encargo de ella a disgusto y únicamente para no desairar a una persona cuyos sentimientos piadosos y el empleo caritativo que piensa hacer de su pequeña fortuna, recomiendan particularmente mi benevolencia.

—Si el señor considera que el asunto no puede arreglarse de otra manera...

—Es lo único que me parece posible —repuso La Peyrade—. Además, no desespero de conseguiros el seis por ciento de interés, y confiad en que os serán pagados con la más perfecta puntualidad. De todos modos, es posible que transcurran de seis meses a un año antes de que el notario esté en disposición de restituiros el capital, porque los fondos que los notarios suelen colocar en hipoteca se inmovilizan así por un tiempo más o menos largo. Ahora, cuando hayáis logrado el premio a la virtud, que, según todas las apariencias yo haré que consigáis, como ya no tendréis que ocultar vuestro pequeño peculio, interés que hoy comprendo perfectamente, debo deciros que en caso de indiscreción esta cantidad os será devuelta inmediatamente, y no me importará decir muy alto la manera como ocultasteis vuestra herencia a ese señor, por el que todos considerarán que demostrasteis la más absoluta fidelidad. Esto, comprendedlo, os presentaría como a una falsa buena mujer y perjudicaría grandemente vuestro renombre de santidad.

—¡Oh, señor! —exclamó la devota—. ¿Podéis creer que soy capaz de decir lo que no se debe?

—¡Dios mío! Mi buena señora, en los negocios hay que preverlo todo; el dinero enemista a los mejores amigos y obliga a hacer cosas que nadie hubiera creído posibles. Así es que reflexionad, volved a verme dentro de unos días y es posible que para entonces hayáis encontrado una combinación mejor y que yo mismo, que en estos momentos hago a la ligera algo que en el fondo me repugna, quizás haya descubierto unas dificultades para esta combinación que por ahora no vislumbro.

Esta amenaza hábilmente lanzada como conclusión había de provocar un desenlace inmediato.

—Ya lo he pensado bien —respondió la devota—, con un hombre tan religioso como el señor, no se puede correr ningún riesgo.

Y sacando de entre sus ropas una pequeña cartera, extrajo de ella veinticinco billetes de banco. La presteza con que los contó constituyó una revelación para La Peyrade. Aquella mujer parecía acostumbrada a manejar dinero, y le vino en mientes una idea singular...

—¡Y si ahora resultase que me convierto en un encubridor!... —pensó—. No, para redactar la memoria que debo presentar a la Academia —dijo a la devota—

necesito, como os he dicho hace un momento, hacer algunas averiguaciones, y por la tarde encontraré una ocasión natural para ir a visitaros. ¿A qué hora estaréis sola en casa?

—A las cuatro. El señor sale para ir a pasear al Luxemburgo.

—¿Y dónde habitáis?

—En la calle del Val-de-Grâcefi, 9.

—Pues bien, esta tarde, a las cuatro. Si como espero, los informes son favorables, aceptaré vuestro dinero. Por otra parte, si no aspiraseis al premio de la virtud, no sería necesario que rodeaseis de misterio vuestra herencia; podríais entonces invertirla en condiciones más normales que las que yo me veo obligado a proponer.

—¡Oh, qué prudente es el señor! —dijo la devota, que ya consideraba el asunto concluido...—. Este dinero, gracias a Dios, yo no lo he robado, y el señor puede pedir informes míos en el barrio.

—Esto es precisamente lo que tengo que hacer de manera imprescindible —dijo con sequedad La Peyrade, a quien no le gustaba aquella inteligencia despierta que, bajo aquel exterior de simpleza, adivinaba todos sus pensamientos—. Los premios a la virtud no se dan bajo palabra, y, sin llegar a ser una ladrona se puede no ser tampoco una hermana de la caridad; entre ambos extremos existen muchas variantes.

—Como el señor desee —repuso la beata—. Es demasiado grande el favor que me hace para no dejar que tome todas las precauciones.

Y, después de un saludo lleno de unción, salió, llevándose su dinero.

—¡Diablo! —pensó La Peyrade—. Esta mujer me da ciento y raya; traga saliva con expresión agradecida y sin hacer la menor mueca. Yo aún no he llegado a dominarme de esa manera.

Tuvo miedo de haber sido demasiado timorato y pensó que su acreedora podía haber cambiado de parecer en el intervalo de la visita que le había anunciado.

Pero el mal ya estaba hecho y, aunque entregado a la preocupación que le causaba aquella ocasión tal vez frustrada, antes se hubiera dejado cortar un brazo que ceder al impulso de adelantar un solo minuto la hora fijada para su visita.

Los informes que recogió en el barrio fueron bastante contradictorios: irnos presentaban a su cliente como una santa y otros la pintaban como una mujer muy taimada; pero en suma, nada ponía en entredicho su moralidad, de una manera que hiciese retroceder a La Peyrade ante la buena fortuna que ella fue a ofrecerle.

Cuando la volvió a ver a las cuatro, la encontró animada por la misma disposición.

Con el dinero en el bolsillo, se dirigió al *Rochar de Cancale* y acaso haya que atribuir a las diferentes emociones por las que pasó durante aquel día, la manera impulsiva y poco meditada como llevó a cabo la ruptura con sus dos asociados. Aquel proceder, tan extemporáneo, no era pro» pió de su temperamento, pero el dinero calentito que llevaba en el bolsillo se le había subido un poco a la cabeza y su contacto le produjo una animación y un deseo impaciente de emancipación que no

pudo dominar del todo. Arrojó a Cérizet por la ventana sin haber consultado siquiera a Brígida, y, sin embargo, no tuvo el valor que requería su doblez, pues atribuyó a la solterona una decisión surgida únicamente de su voluntad y del agrio recuerdo de sus altercados con el hombre que le había tenido tanto tiempo bajo su dominio.

En resumen, durante todo aquel día. La Peyrade no se mostró como el hombre completo e infalible que el lector conoce; ya una primera vez, cuando llevaba los quince mil francos que le entregó Thuillier, se vio arrastrado con Cérizet a una actitud insurreccional, que luego requirió la hazaña del asunto Sauvignou. Es que, en definitiva, acaso resulta más difícil ser fuerte en la fortuna que en la adversidad.

El Hércules Farnesio, tranquilo y en reposo, expresa más enérgicamente la plenitud de la potencia muscular que todos los demás Hércules violentos, agitados y representados en el eretismo de sus trabajos.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE LOS ADVENEDIZOS

I

UNA NUEVA VISITA DE PHELLION

Entre las dos partes de este relato, tuvo lugar un acontecimiento importante en la vida de Phellion.

No hay nadie que no haya oído hablar de las desdichas del Odeón, aquel fatal teatro que, durante años, devoró a todos sus directores. Con razón o sin ella, el barrio en que se halla situada esta imposibilidad dramática, está convencido de que interesa en alto grado su prosperidad, y más de una vez el alcalde y las eminencias del distrito han sido vistos, con un valor que les honra, entregándose a las combinaciones más desesperadas para galvanizar a este cadáver.

Intervenir en cosas de teatro es una de las ambiciones sempiternas de la pequeña burguesía. Así, pues, los salvadores sucesivos del Odeón siempre se han visto magníficamente recompensados al recibir una aparente participación en la administración de la empresa.

Fue a consecuencia de una combinación de esta especie cuando Minard, en su calidad de alcalde del distrito XI, fue llamado a presidir la comisión de lectura, con la facultad de nombrar como asesores a cierto número de notables del barrio Latino, dejados a su elección.

No tardaremos en saber exactamente cuál era la realidad de los proyectos de La Peyrade respecto a la dote de Céleste. Digamos, por el momento, que dichos proyectos, al irse madurando; se propalaron de manera inevitable, y como en tal caso parecían excluir lo mismo la candidatura de Minard el abogado que la de Félix el profesor, las prevenciones manifestadas en otros tiempos por Minard padre contra el viejo Phellion se transformaron en una disposición inequívoca hacia un cordial entendimiento: nada une y amansa más que el sentimiento de un fracaso sufrido en común.

Visto sin la prevención que inspiraba la rivalidad paterna, Phellion se convirtió para Minard en un romano de la integridad más incorruptible, y en un hombre cuyos pequeños rasgos fueron aceptados por la Universidad, es decir, una inteligencia sana y comprobada.

Por consiguiente, cuando el alcalde tuvo que formar el personal de la aduana dramática en cuyo jefe se había convertido, pensó inmediatamente en Phellion y en cuanto a este gran ciudadano, el día en que le ofrecieron un puesto en aquel augusto tribunal, le pareció que una corona de oro acababa de ceñir sus sienes.

Se comprenderá que no fue a la ligera y sin un profundo recogimiento como un hombre de la solemnidad de Phellion aceptó la santa y elevada misión que acababan de ofrecerle. Se dijo que iba a ejercer una magistratura, un sacerdocio.

—Juzgar a los hombres —respondió a Minard, quien se sorprendía de su prolongada vacilación—, ya es tarea abrumadora, pero juzgar las inteligencias, ¿quién puede creerse a la altura de semejante misión?

Sin embargo, también esta vez la familia, ese escollo con que tropiezan todas las resoluciones poderosas, trató de inmiscuirse en el vedado de su conciencia, y la idea de los palcos y las entradas de que el futuro miembro de la comisión dispondría en favor de los suyos, despertó en sus deudos una fermentación tan ardiente, que la libertad de su determinación se vio momentáneamente comprometida. Mas por fortuna, Bruto pudo decidirse en el sentido hacia donde le empujaba un verdadero motín de toda la tribu phellionesca; atendiendo a la observación de Barniol, su yerno, y también por inspiración personal, se persuadió de que por sus votos, siempre a favor de las obras de moralidad irreprochable, y por su firme deseo de cerrar el paso a todas las piezas dramáticas a las que las madres de familia no pudiesen llevar a sus hijos, estaba llamado a rendir los más insignes servicios a las buenas costumbres y al orden público.

Phellion, para servirnos de su expresión, se había convertido, pues, en un miembro del *aréopago* presidido por Minard y, también para hablar con él, *salía* de ejercer estas funciones, tan *interesantes como delicadas*, cuando tuvo lugar la conversación que vamos a reproducir. Necesaria para la buena inteligencia de los acontecimientos posteriores de esta historia, y que por ende pone en todo su relieve el instinto envidioso, uno de los rasgos más salientes del carácter burgués, esta conversación no podía por menos de figurar en el lugar aquí indicado.

La sesión de la comisión fue en extremo borrascosa.

Con motivo de una tragedia titulada *La Muerte de Hércules*, las tendencias clásica y romántica, que el señor alcaide tuvo buen cuidado de equilibrar al componer la comisión, estuvieron a punto de andar a la greña.

Por dos veces, Phellion pidió la palabra y todos se sorprendieron de la cantidad de metáforas que puede contener el discurso de un jefe de batallón de la guardia nacional, cuando sus convicciones literarias corren peligro.

La votación dio la victoria a las opiniones cuyo elocuente vocero fue Phellion. Al bajar con Minard la escalera del teatro, dijo:

—¡Hoy hemos hecho un buen trabajo! Esta *Muerte de Hércules* me ha recordado mucho la *Muerte de Héctor*, del *malogrado* Luce de Lancival; la obra que acabamos de recibir está esmaltada de versos sublimes.

—Sí —asintió Minard—, la versificación está hecha con gusto; tiene frases muy felices y os aseguro que pongo a esta literatura bastante por encima de los anagramas del señor Colleville.

—¡Oh! —dijo Phellion—. Los anagramas de Colleville son simples juegos de

ingenio que no tienen nada en común con los severos acentos de Melpómene.

—Pues bien, yo —repuso Minard—, puedo afirmaros que concede una extrema importancia a esas tonterías, y tanto a propósito de los anagramas como de otras muchas cosas, ese señor músico acostumbra dar gato por liebre. Además, desde que emigraron al barrio de la Madeleine, he podido percatarme de que no solamente el señor Colleville, sino su mujer, su hija, los Thuillier y toda la camarilla, se dan unos aires de importancia bastante difíciles de justificar.

—¡Qué le vamos a hacer! —contestó Phellion—. Hay que tener cabeza muy sólida para soportar la embriagadora humareda de la opulencia. Nuestros amigos son ahora riquísimos gracias a la adquisición de ese inmueble, al que han decidido trasladarse; hay que excusarles un primer momento de embriaguez. Además, la cena que nos ofrecieron ayer para el estreno de la casa era tan agradable para la vista como succulenta.

—Yo también —afirmó Minard—, puedo jactarme de haber celebrado en mi casa algunas cenas bastante notables, a las que no desdeñaron asistir personajes muy encumbrados en el gobierno, pero no por eso me he hinchado desmesuradamente, y tal como era, así continuó siendo.

—Vos, señor alcalde, estáis acostumbrado desde hace mucho tiempo a la bella existencia que os habéis creado merced a vuestra gran capacidad comercial; nuestros amigos, en cambio, pasajeros desde ayer en el risueño bajel de la fortuna, aún no tienen, como se dice, espíritu marineró.

Y con el deseo de atajar una conversación en la que Phellion consideraba que el señor alcalde se ponía muy *cáustico*, hizo como si quisiera despedirse de él. Para regresar a sus respectivos domicilios, no seguían el mismo camino.

—¿Atravesáis el Luxemburgo? —preguntó Minard sin dejarse falsear la compañía.

—Lo atravieso, pero me quedo allí. Estoy citado con mi esposa al final de la gran avenida, donde ella me espera con los pequeños Barniol.

—Bien —dijo Minard—, tendré el placer de saludar a la señora Phellion, y al mismo tiempo tomaré un poco el aire, pues aunque es agradable ocuparse de cosas bellas, la cabeza se fatiga en la tarea que acabamos de desempeñar.

Minard se dio perfecta cuenta de que Phellion no respondía de buen grado a sus indirectas un poco agrias acerca de la nueva morada de los Thuillier, Por lo tanto, no trató de abordar nuevamente este tema con él, pero cuando tuvo a la señora Phellion por interlocutora, seguro de que sus maldades encontrarían más eco, dijo:

—Bien, mi bella señora, ¿qué os pareció Ja cena de ayer?

—Era muy buena —respondió la señora Phellion—. A partir de la sopa de cangrejos, ya me di cuenta de que un gran artífice como Chevet había reemplazado a la cocinera del pueblo. Pero faltaba alegría: no había la cordialidad de nuestras pequeñas reuniones del barrio Latino. Además, ¿no encontrasteis, como yo, que ni la señora ni la señorita Thuillier parecían ser las dueñas de la casa? Yo terminé por

creerme en casa de la señora... ¿Cómo se llama? Aún no he conseguido recordar su nombre.

—Torna, condesa de Godollo —dijo Phellion interviniendo—. Sin embargo, es un nombre de lo más eufónico.

—Todo lo eufónico que quieras, amigo mío, pero a mí eso no me hace el efecto de un nombre.

—Es un nombre magiar, o, para decirlo más vulgarmente, un nombre húngaro. Nuestro propio nombre, si quisiéramos hilar delgado, podríamos decir que parece tomado de la lengua griega.

—Es posible, pero nosotros tenemos la ventaja de ser conocidos no solamente en nuestro barrio, sino en todo el mundo docente, donde hemos llegado a alcanzar una posición honorable, mientras que esa condesa húngara, que tiene vara alta en casa de Thuillier, ¿de dónde ha salido? Teniendo en cuenta sus modales de gran dama, pues no se puede negar que esa mujer tiene unos aires muy distinguidos, ¿cómo es posible que haya podido encapricharse por Brígida, que, dicho sea entre nosotros, todavía huele al terruño y a hija de conserje hasta dar náuseas? ¿Sabes qué pienso? Creo que esa amiga tan fiel es una intrigante, que olfatea allí una fortuna y prepara una pequeña explotación para más adelante.

—¡Vaya! —dijo Minard—. ¿Es que aún no conocéis cómo empezó la relación de la señora condesa de Godollo con los Thuillier?

—Es una de sus inquilinas, que ocupa el entresuelo, debajo de ellos.

—Muy bien, pero hay algo más. Zélie, mi mujer, lo sabe por Josefina, que hace tiempo quiso entrar a nuestro servicio; no llegamos a un acuerdo porque nuestra Francisca, que pensaba dejarnos para casarse, acabó por cambiar de parecer. Sabed pues, mi bella dama, que únicamente a la señora de Godollo cabe atribuir la emigración de los Thuillier, de los cuales resultó ser mueblista.

—¡Cómo! —exclamó Phellion—. ¡Esa mujer tan elegante, de la que se podría decir: *Incessu patuit dea*, lo que en francés traducimos bastante imperfectamente por la expresión: tener un porte de reina!

—Permitidme —dijo Minard—. Yo no pretendo decir que la señora condesa de Godollo realizase directamente el comercio de muebles, pero en la época en que la señorita Thuillier, siguiendo los consejos de La Peyrade, se decidió a administrar personalmente la casa de la Madeleine, ese caballerete, que no ejerce sobre ella toda la influencia que él pretende hacer creer, ni siquiera consiguió decidirla, sin disparar un tiro, para que fuese a ocupar en su inmueble la suntuosa vivienda en la que ayer fuimos recibidos. La señorita Brígida objetó que tendría que cambiar de costumbres y que sus relaciones no la seguirían a un barrio apartado...

—Es cierto —interrumpió la señora Phellion—, que para decidirse a utilizar un coche todos los domingos, habría que tener en perspectiva otros placeres que los que ofrece ese salón... ¡Y pensar que, salvo el día del baile familiar con motivo de las elecciones de concejales, nunca se le ha ocurrido a nadie abrir el piano!

—A decir verdad —repuso Minard—, nos hubiera sido muy agradable ver solicitado alguna vez un talento como el vuestro, pero la buena de Brígida es incapaz de tener estas ideas. Sólo vio que habría que encender dos bujías más. No escucha más música que la producida por las monedas de cien sueldos. Así, cuando La Peyrade y Thuillier insistieron en que dejase el piso de la calle Saint-Dominique-d’Enfer, ella se mostraba sobre todo preocupada por los gastos que le acarrearía aquella mudanza. Pensaba, con razón, que en aquella morada suntuosa, los viejos cachivaches de su antigua vivienda hubieran hecho el efecto más singular.

—He aquí como todo se encadena —afirmó Phellion—, y como el lujo, desde la cumbre de la sociedad, al infiltrarse en las clases inferiores, provoca tarde o temprano la ruina de los imperios.

—Abordáis con esto, mi querido comandante —repuso Minard—, una de las cuestiones más arduas de la economía política; muchos espíritus esclarecidos piensan, en cambio, que el lujo es una cosa muy necesaria para la buena marcha del comercio, que ciertamente constituye la vida de los Estados. De todos modos, este punto de vista, que no es el vuestro, podría ser el de la señora de Godollo, pues se dice que tiene su casa amueblada con mucha coquetería, y para hacer que la señorita Thuillier siguiese su mismo camino de elegancia, he aquí lo que le propuso: «Una de mis amigas, le dijo, una princesa rusa para quien uno de los primeros mueblistas de París acaba de confeccionar un mobiliario soberbio, ha sido llamada súbitamente por el zar, señor que no bromea. La pobre mujer, por consiguiente, se ve en la necesidad de convertir en dinero de todo cuanto posee, y apenas por una cuarta parte del precio que le cuesta ese mobiliario, estoy segura que lo cederá a quien esté dispuesto a pagarlo al contado; todo es casi nuevo e incluso hay numerosos objetos que ni siquiera se han utilizado».

—Entonces —exclamó la señora Phellion—, todo el lujo desplegado anoche ante nuestros ojos, ¿es una magnificencia económica y de ocasión?

—Exactamente, señora —repuso Minard—, y lo que decidió a la señorita Brígida a aprovecharse de esta magnífica ocasión, no fue tanto el deseo de renovar su mobiliario como la idea de hacer un excelente negocio; en esa mujer, ¿sabéis?, siempre hay un poco de la señora Ressource, la del *Avaro*.

—Creo, señor alcalde, que os equivocáis —observó Phellion—. La señora Ressource es un personaje de *Turcaret*, obra inmoral del difunto Le Sage.

—¿Lo creéis así? —respondió Minard—. Es posible; pero, en fin, lo cierto es que si el abogado se ha afanado para que Brígida comprase la casa, la extranjera ha conquistado Su actual ascendiente gracias a ese chanchullo de los muebles. Asimismo, también habréis observado la lucha que parece dibujarse entre estas dos influencias: la mobiliaria y la inmobiliaria, ¿no es verdad?

—Desde luego —asintió la señora Phellion con una dilatación del ánimo que demostraba todo el interés que para ella adquiriría la conversación—. Me pareció que esa gran dama se permitía contradecir al señor abogado, y que incluso ponía cierta

acritud en su contradicción.

—¡Oh! Es evidente —repuso Minard—, y el intrigante se da perfecta cuenta de ello. También me pareció muy preocupado por esta hostilidad. En cuanto a los Thuillier, consiguió dominarlos fácilmente, pues, ínter nos, no son muy inteligentes, pero se da cuenta de que ha encontrado un temible adversario y busca con inquietud su punto flaco.

—¡A fe mía —dijo la señora Phellion—, esto es justo! Desde hace algún tiempo, ese caballero, que antes se mostraba encogido y humilde, se da unos aires dominadores en esa casa que son intolerables: se las daba en voz alta de yerno, y, en suma, en el asunto de la elección de Thuillier, se burló de todos nosotros al hacernos servir de escabel para su ambición matrimonial.

—Sí —contestó Minard—, pero en el momento actual, puedo aseguraros que nuestro hombre va de capa caída. En primer lugar, no encontrará todos los días inmuebles de un millón para hacérselos comprar a su *buen amigo*, como él le llama, por un trozo de pan.

—¿Así, obtuvieron esa casa muy barata? —preguntó la señora Phellion.

—La consiguieron por nada a consecuencia de una intriga innoble que me contaba el otro día Desroches, el procurador, y que, si el asunto fuese conocido por el consejo del colegio de abogados, incluso podría comprometer mucho a ese señor letrado. Después, tenemos en perspectiva la elección de la Cámara. A nuestro buen Thuillier, el apetito le viene comiendo, pero ya empieza a percatarse de que La Peyrade, cuando se trate de cortarle esta tajada, encontrará mayores dificultades para engañarnos a todos nosotros. Por eso se vuelven del lado de la señora de Godollo, que parece tener relaciones muy elevadas en el mundo político. Además, sin hablar de este asunto, que aún parece lejano, la condesa cada día se hace más necesaria a Brígida, ya que, justo es reconocerlo, sin la ayuda que le presta la gran dama, la pobre mujer, en medio de su salón dorado, parecería un harapo en la canastilla de una recién casada.

—¡Oh, señor alcalde, qué cruel sois! —dijo la señora Phellion haciendo melindres.

—No, pero veamos —repuso Minard—, ¿Es que, en conciencia, Brígida o la señora Thuillier son capaces de tener un salón? Es la húngara quien ha dirigido todo el arreglo del piso y les procuró el criado cuyo buen porte e inteligencia ya habéis observado; ella fue quien ayer dispuso el menú de la cena y ella, en fin, es la providencia de la familia que, sin su intervención, se hubiera convertido en la chacota de todo el barrio. Y, cosa por cierto bien particular, en vez de ser, como pensabais al principio, una parásita al estilo del provenzal, esa extranjera, que parece poseer una bonita fortuna particular, se muestra no sólo desinteresada, sino generosa. Así, los dos vestidos de Brígida y de la señora Thuillier, que todas las damas habéis observado, son un regalo hecho por ella, y si ayer os sorprendió no encontrar a nuestras dos anfitrionas vestidas con su desaliño acostumbrado, se debe a que ella misma se ocupó

de su atavío.

—¿Pero cuál es la finalidad —preguntó la señora Phellion— de esa tutela tan maternal y abnegada?

—Mi querida amiga —contestó solemnemente Phellion—, las acciones humanas no siempre tienen por móvil, gracias a Dios, el egoísmo y la consideración de un vil interés. Aún existen corazones que gustan de hacer el bien por el bien mismo. Esa mujer pudo ver en nuestros amigos a unas personas que no saben hallar su camino hacia una esfera cuya altura no habían medido bien, y, después de alentar sus primeros pasos mediante la compra del mobiliario, tal como las nodrizas cobran apego a los niños que crían, luego se habrá complacido en prodigarles la leche de sus enseñanzas y sus consejos.

—El bueno del marido parece como que no quiere la cosa —dijo Minard a la señora Phellion—, pero, ¡ved como se lleva la pieza!

—¿Yo me llevo la pieza? —repitió Phellion— Esto no entra en mis intenciones ni en mis costumbres.

—Sin embargo, me parece que es difícil decir más claramente que los Thuillier son unas grullas y que la señora de Godollo se ha encargado de criarlos a la broqueta.

—No acepto para mis amigos —dijo Phellion—, esta calificación que atenta a su prestigio. Quise decir que quizás estuviesen faltos de experiencia y que la noble dama ponía a su servicio su conocimiento del mundo y sus costumbres, pero protesto contra toda interpretación que vaya más allá de mi pensamiento, limitado a lo que he dicho.

—Sin embargo, mi querido comandante, tendréis que convenir que, en la idea de dar a Céleste al tal La Peyrade hay algo más que falta de experiencia mundana. Hay inepticia e inmoralidad a la vez, pues, en fin, los galantes manejos del abogado con la señora Colleville...

—Señor alcalde —interrumpió Phellion con redoblada solemnidad—, el legislador Solón no quiso castigar el parricidio, que consideraba un crimen imposible. Yo creo que otro tanto puede decirse del desorden al que parecéis aludir. La señora Colleville concediendo sus favores al señor de la Peyrade y pensando al propio tiempo en darle a su hija... ¡No, señor mío, no! Esto es más de lo que mi imaginación puede concebir. Interpelada al respecto ante un tribunal, como María-Antonieta, la señora Colleville respondería: «¡Apelo a todas las madres!»

—Sin embargo, amigo mío, permíteme que te diga que la señora Colleville es muy ligera de cascos y lo ha demostrado en más de una ocasión y con mucha gracia.

—Dejémoslo aquí, querida —dijo Phellion—. Además, tenemos que ir a cenar, y tengo la impresión de que poco a poco dejamos derivar la conversación hacia los fangosos lodazales de la maledicencia.

—Os hacéis muchas ilusiones, mi querido comandante —repuso Minard dando la mano a Phellion—, pero son ilusiones respetables y os las envidio. Señora, a vuestros pies —agregó el alcalde saludando respetuosamente a la señora Phellion.

Y cada cual se fue por su lado.

II QUE ERA DE LA PEYRADE

Los informes del señor alcalde del distrito XI no se hallaban desprovistos de exactitud. En el salón de los Thuillier, desde que estos se trasladaron al barrio de la Madeleine, entre la áspera Brígida y la doliente señora Thuillier se dibujaba, en efecto, la figura de una mujer llena de gracia y seducción que infundía a aquel salón una fisonomía de la más imprevista elegancia.

Verdad era que, por intermedio de aquella mujer, convertida en inquilina suya, Brígida pudo hacer una especulación mobiliaria no menos feliz, pero mucho más confesable, que la adquisición del famoso inmueble. Por seis mil francos... entró en posesión de un mobiliario recién salido de los talleres del mueblista y que aparentaba un valor mínimo de treinta mil francos.

Verdad era también que a consecuencia de aquel favor que le llegó a lo más profundo del corazón, la solterona mostró hacia la bella extranjera mucha de aquella deferencia respetuosa que la burguesía, pese a su desconfiada rivalidad, regatea mucho menos de lo que se cree a los títulos nobiliarios y a las posiciones elevadas de la jerarquía social. Como aquella condesa húngara era una mujer de gran tacto y exquisita educación, al asumir en casa de sus protegidos la alta dirección que consideré conveniente ejercer, se guardó muy bien de dar a su influencia un aspecto pedagógico molesto e imperioso. Por el contrario, halagando las pretensiones de Brígida, que deseaba ser un ama de casa modelo, para todos los gastos materiales de su propio hogar, fingió seguir los consejos de *miss* Thuillier, nombre cariñoso que daba complaciente; de tal manera que, reseñándose en su casa y en la de sus vecinos el capítulo de los gastos suntuarios, parecía más bien practicar una especie de enseñanza mutua que ejercer una protección.

Asimismo, incluso para La Peyrade, la ilusión era imposible: ante el crédito de la extranjera, el suyo, evidentemente, palideció, pero el antagonismo de la condesa no se limitaba a una simple lucha de influencias. Después de declararse francamente contra su candidatura a la mano de Céleste, otorgaba una protección inequívoca al amor de Félix, el profesor; y Minard, a quien no se le escapó esa tendencia, se dio buena maña en comunicar esta última observación a quienes interesaba, en medio de las otras noticias con las que se mostraba tan pródigo.

La Peyrade estaba muy afligido de sentirse socavado por aquella hostilidad cuya causa le era inexplicable, y ello tanto más cuanto que tenía que reprocharse haber tenido cierta participación en la introducción de aquella inquietante adversaria en el corazón de la plaza.

Su primer error consistió en ceder al estéril placer de despojar a Cérizet de su título de inquilino principal. Sí Brígida, siguiendo sus consejos y sus deseos, no se hubiese encargado de la administración del inmueble, casi podía asegurarse que no

hubiera trabado conocimiento con la señora de Godollo.

Otra imprudencia consistió en hacer que los Thuillier abandonasen su tebaida del barrio Latino.

Por aquella época, que señalaba el apogeo de su crédito, Teodosio daba por hecho su matrimonio, y tenía una prisa casi infantil por lanzarse hacia las elegantes esferas que a partir de entonces parecían abiertas ante él. Por lo tanto, corrió en ayuda de las incitaciones de la húngara, pareciéndole que así enviaba primero a los Thuillier para que le preparasen la cama en la rica mansión que un día tendría que compartir con ellos. Vio otra ventaja en este arreglo: la de apartar a Céleste del contacto casi diario con un rival que no dejaba de parecerle peligroso. Privado de la comodidad de las puertas contiguas, Félix se vería obligado a espaciar sus visitas, y resultaría más fácil derrocarlo del corazón en el que sólo estaba instalado a condición de que diese las satisfacciones religiosas a las que se mostraba tan refractario.

Pero todas estas combinaciones del provenzal tropezaron con más de un inconveniente.

Ampliar el horizonte de los Thuillier, era para La Peyrade correr el riesgo de crear una competencia para aquella admiración exclusiva cuyo objeto fuera hasta entonces. Era la especie de ambiente provinciano en que vivían, a falta de términos de comparación, Brígida y el *buen amigo* debían de ponerle a una altura de la que la yuxtaposición de otras superioridades y otras elegancias no podía por menos de hacerle descender. De este modo, incluso dejando aparte los golpes que le fueron asestados sordamente por la señora de Godollo, la idea de la colonización ultramontana era mala, bajo el punto de vista de los Thuillier; bajo el de los Colleville no era mucho mejor.

Estos siguieron a sus amigos a la casa de la Madeleine; donde les fue concedido un entresuelo que daba a la parte de atrás, por un precio al alcance de su presupuesto. Pero a Colleville le parecía que le faltaba aire y luz, al piso y, obligado todos los días a ir del boulevard de la Madeleine al arrabal de Saint-Jacques, donde tenía su despacho, echaba pestes contra aquel cambio del que era víctima, llegando a veces a pensar que La Peyrade se convertía en un tirano. Por otra parte, so pretexto de ponerse a la altura del barrio en que fue a vivir, la señora Colleville se lanzó a una espantosa orgia de sombreros, de manteletas y de ropas nuevas que, al requerir la presentación de una multitud de cuentas extraordinarias, provocaban diariamente escenas más o menos tempestuosas entre los cónyuges. En cuanto a Céleste, tenía sin duda menos ocasiones de ver al joven Phellion, pero también tenía menos probabilidades de que él la arrastrase a controversias religiosas, y la ausencia, que sólo es un peligro para los amores mediocres, la hacía pensar con más ternura y menos teológicamente en el nombre de sus sueños.

Todos estos falsos cálculos de Teodosio no eran nada...

por lo demás, para explicar otra causa de mengua que pesaba sobre su situación.

En un plazo de ocho días y mediante un anticipo de diez mil francos, al que

Thuillier se resignó de muy buen grado, creyó que la cruz de la Legión de Honor vendría a realizar el pensamiento secreto de toda su vida.

Pero habían transcurrido casi dos meses y no había la menor noticia del glorioso sonajero, de forma que el antiguo subjefe, a quien tanto le hubiera agradado pasear su cintita roja por el asfalto del bulevar de la Madeleine, donde se había convertido en uno de los concurrentes más asiduos, disponía únicamente de las florecillas campestres para adornar su ojal, privilegio de todo el mundo, del que se sentía mucho menos orgulloso que *nuestro* Béranger.

La Peyrade se había referido a una resistencia imprevista e inexplicable que paralizó todo el celo y los esfuerzos de la condesa du Bruel, pero Thuillier aceptaba de mal grado esta explicación, y, en sus días de decepción aguda, faltaba muy poco para que se pusiera a gritar, como el Chicaneau de los *Litigantes*: «¡Eh, devolvedme el dinero!».

Sin embargo, el estallido nunca se producía, porque La Peyrade le mantenía a raya con la famosa obra *El Impuesto y la Amortización*. La terminación de la misma se suspendió a causa del ajetreo de la mudanza. Durante aquel período agitado, Thuillier no pudo cuidarse de la corrección de las pruebas, sobre las cuales, como recordará el lector, se había reservado el derecho de un meticuloso examen.

Comprendiendo que para restablecer su influencia, en vías de evaporarse, había que dar un gran golpe, fue precisamente esta disposición precavida la que el abogado consideró como punto de partida de un plan igualmente profundo y aventurado que trazó en su mente.

Un día, cuando ya habían llegado las últimas hojas de la obra, surgió una discusión acerca del término *nepotismo*... que Thuillier quería hacer desaparecer de una de las frases escritas por La Peyrade, arguyendo que nunca lo había visto emplear en ninguna parte, y que era un *neologismo*, es decir, según las ideas literarias de la burguesía, algo equivalente a la idea del 93 y del Terror.

Por lo general, La Peyrade se tomaba con bastante paciencia las ridículas observaciones de su *buen amigo*, pero aquel día se acaloró excesivamente, dijo a Thuillier que terminase solo el trabajo al que aplicaba una crítica tan luminosa e inteligente y durante varios días no volvieron a verle Thuillier creyó, de momento, en un impulso pasajero de malhumor, pero cuando la ausencia de La Peyrade se prolongó, sintiendo la necesidad de realizar una gestión conciliadora, se dirigió a casa del provenzal para excusarse y poner fin al enfado. Pero como de todos modos quería dar a aquella gestión un aspecto que dejase a salvo su amor pro pió, dijo al entrar con aire desenvuelto:

—Bien, querido, teníamos razón los dos: *nepotismo* quiere decir la autoridad que los sobrinos (*nepotes*) de los papas asumían en los negocios. Lo he buscado en el diccionario y no da otra explicación; pero, según me dijo Phellion, parece ser que, en el lenguaje político, se ha extendido el sentido de esta palabra para referirse a la influencia que algunos ministros corrompidos dejan ejercer ilegalmente a ciertas

personas: así, creo que podemos conservar la expresión, aun que Napoleón Landais no la interprete de la misma manera La Peyrade, que mientras recibía a su visitante fingía estar muy ocupado clasificando sus legajos, se contentó con encogerse de hombros, sin responder nada.

—Bien —prosiguió Thuillier—. ¿Has visto las pruebas de las dos últimas hojas? No podemos permanecer parados.

—Si no has enviado nada a la imprenta —respondió La Peyrade—, no podemos tener pruebas; por mi parte, no he tocado el manuscrito.

—Pero, mi querido Teodosio —añadió Thuillier—, no es posible que te hayas amoscado por tan poca cosa. Yo no me las doy de escritor; sin embargo, como firmo, creo que tengo derecho a dar mi opinión sobre una palabra.

—Pero el señor Phellion sí es un escritor —respondió el abogado—, y puesto que vas a consultarle, no veo por qué no puedes ponerte de acuerdo con él para terminar juntos una obra en la que, por mi parte, me he prometido no seguir cooperando.

—¡Dios mío, qué carácter! —exclamó el hermano de Brígida—. Ahora te enfureces porque yo tengo dudas sobre una expresión y me he permitido consultar a otro. Tú bien sabes que he leído pasajes a Phellion, a Colleville, a Minará y a Barniol, como si la obra fuese mía, para ver el efecto que producirá en el público, pero esto no es un motivo para que quiera firmar con mi nombre lo que ellos puedan escribir. ¿Quieres que te de una idea de la confianza que tengo en ti? La señora condesa de Godollo, a quien anoche leí algunas páginas, me decía que este libro me suscitará dificultades con el procurador del rey: ¿Tú crees que esto me ha detenido?

—Lo que creo —replicó La Peyrade con ironía—, es que el oráculo de la casa ve muy bien las cosas, y no tengo el menor deseo de que tu cabeza ruede por el cadalso.

—Todo esto no son más que tonterías —dijo Thuillier—. ¿Tienes o no tienes la intención de dejar en suspenso la obra?

—Las cuestiones literarias —respondió el abogado— sirven para enemistar a los mejores amigos, más aún que las cuestiones política; quiero suprimir entre nosotros este motivo de discusión.

—Pero, mi querido Teodosio, yo nunca me ha presentado como un hombre de letras; creo tener sentido común y digo lo que pienso, tú no debes enojarte conmigo por eso, y, ciertamente, si me juegas la mala pasada de negarme tu colaboración, es que tienes contra mí algún otro agravio que yo ignoro.

—¿Dónde está la mala pasada? Nada es más fácil para ti que no publicar un libro; continuarás siendo Jerónimo Thuillier como antes.

—Sin embargo, creo recordar que tú mismo afirmaste que esta publicación podría favorecer mi elección futura; además, te lo repito, he leído fragmentos a todos nuestros amigos, he anunciado que iba a publicarla, en pleno consejo municipal, y si ahora la obra no aparece, estoy deshonrado y se dirá que el gobierno me ha sobornado.

—Basta con decir que eres amigo de Phellion el incorruptible, esto responderá a

todo. Incluso podrías ofrecer Céleste al bobo de su hijo; esa alianza aún te protegería mejor contra toda sospecha.

—Teodosio —añadió entonces Thuillier—, tú te callas algo que no me dices; no es natural que por una simple discusión

sobre unas palabras quieras perder a tu amigo tan querido.

—¡Pues bien, sí! —contestó La Peyrade, como si por fin se decidiese a hablar—. No me gusta la ingratitud.

—A mí tampoco me gusta —repuso Thuillier con calor—. Si te propones acusarme de un proceder tan bajo y tan vil, te exijo una explicación; dejémonos de equívocos de una vez. ¿De qué te quejas? ¿Qué puedes reprochar al que hace unos días aún llamabas tu amigo?

—Nada y todo —respondió La Peyrade—. Tu hermana y tú sois demasiado listos para romper abiertamente con un hombre, que arriesgando su reputación, os ha puesto un millón en la mano; pero yo no soy tan simple que no sepa distinguir los matices. Tenéis a vuestro alrededor personas ocupadas en vilipendiarme en secreto, y Brígida no tiene más que una preocupación: la de hallar una manera honrada de no cumplir sus promesas. Los hombres como yo no llevan al protesto semejantes efectos, y no pienso imponerme, pero reconozco que no me esperaba semejante proceder.

—Veamos —dijo Thuillier con interés, al ver brillar unas lágrimas en los ojos del abogado, que le engañó completamente—, yo no sé qué puede haberte hecho Brígida, pero una cosa es segura: que yo nunca he dejado de ser tu amigo más fiel.

—No —objetó La Peyrade—, después del fracaso en la obtención de la cruz, ya no sirvo, como se dice, ni para tirar a los perros. ¿Puedo luchar acaso contra ciertas fuerzas ocultas? ¡Dios mío! Tal vez sea ese libro, del que has hablado demasiado y que inquieta al gobierno, lo que obstaculice tu nombramiento. Estos ministros son tan estúpidos, que preferirían esperar verse obligados por el éxito de la publicación que hacerlo de buen grado, para recompensar solamente tus servicios. Pero estos son misterios de la política que el espíritu de tu hermana no alcanza a comprender.

—¡Qué diablos! —exclamó Thuillier—. Yo me considero un hombre observador, y no veo que Brígida haya cambiado contigo.

—Es cierto —dijo La Peyrade—. Eres tan observador que ni siquiera ves a su lado a esa señora de Godollo sin la cual ella no puede vivir.

—¡Tate, tate! —dijo Thuillier, ladino—. ¡Conque lo que tenemos es un poco de celos!

—Celos —repuso La Peyrade— no sé si es la palabra adecuada, pero tu hermana, en fin, no es un espíritu superior a lo corriente, y me sorprende que un hombre de tu superioridad intelectual se haya dejado arrebatar la autoridad de que ella usa y abusa...

—¡Qué se le va a hacer, querido! —interrumpió Thuillier aspirando el cumplido—. ¡Es tan completa su abnegación hacia mí!

—Admito estas debilidades —repuso La Peyrade—, pero, te lo repito, tu hermana no te llega ni a la suela de los zapatos. Pues bien, yo digo que cuando un hombre de la valía que tú tienes la amabilidad de reconocerme le hace el honor de aconsejarla y de consagrarse a ella como yo he hecho, no le resultará agradable verse suplantado en su confianza por una mujer venida de no sé donde, y esto a causa de unos cuantos pingajos de cortinas y unas viejas butacas que le ha hecho comprar.

—Para las mujeres, tú bien lo sabes —respondió Thuillier—, las cuestiones domésticas son lo primero.

—Y puedes creer también que Brígida, que se mete en todo, pretende igualmente tener vara alta en las cuestiones del corazón, y, ya que eres tan perspicaz, hubieras debido ver que ahora, para Brígida, nada hay más lejos de realizarse que mi casamiento con la señorita Colleville; sin embargo, mi amor fue solemnemente autorizado por vosotros.

—¡No faltaría más! —contestó Thuillier—, Ya me gustaría ver quien se atreve a alterar nuestras disposiciones.

—Sin hablar de Brígida —respondió el abogado—, puedo decirte que alguien se ocupa concienzudamente de alterarlas, y ese alguien es la señorita Céleste; a pesar del obstáculo que parece interponer entre ellos sus divergencias en el terreno religioso, no por ello deja de sentirse ingenuamente atraída por el pequeño Phellion.

—¿Pero por qué no decir a Flavie *que* arregle esto?

—Flavie, mi querido amigo, nadie mejor que tú la conoce a fondo. Antes que madre, es mujer; yo me vi en la necesidad de hacerle un poco la corte, y como tú comprenderás,

a pesar de que quiere este matrimonio, no lo desea muy vivamente.

—Pues bien —dijo Thuillier—, yo me encargo de hablar con Céleste; no se dirá que una jovencita nos impone su ley, —Precisamente lo que no deseo —exclamó La Peyrade— es que tú te mezcles en todo esto; fuera de tus relaciones con tu hermana, tienes una voluntad de hierro, y no quiero que se diga que, usando de tu autoridad, has puesto a Céleste en mis brazos. Yo pretendo, por el contrario, que esa niña conserve la mayor libertad para disponer de su corazón, únicamente creo que puedo exigir que se decida a escoger entre Félix y yo, porque no puedo continuar en una situación que me consume. Esta boda, aplazada hasta la época en que te nombren diputado, no pasa de ser un sueño: me es imposible aceptar que la cuestión más importante de mi vida se deje de este modo a todos los azares del porvenir, y además, en esta combinación que habíamos decidido, se percibe un perfume de venta que no me conviene. Mi querido amigo, debo hacerte una confidencia a la que me obligan todos los disgustos que padezco. Dutocq puede decírtelo: antes de que dejaseis el piso de la calle Saint-Dominique, en su presencia, me fue ofrecida con toda seriedad una rica heredera, de fortuna superior a la que vosotros pensáis dejar a la señorita Colleville. Yo me negué, porque he cometido la tontería de enamorarme y porque una alianza con una familia tan honorable como la vuestra me parece de las más

deseables; pero, al fin y al cabo, conviene que Brígida se meta en la cabeza que, si Céleste me rechaza, yo no quedo en el arroyo.

—Desde luego, lo creo —convino Thuillier—, pero dejar toda la decisión del asunto a esa cabecita si, como tú dices, tiene preferencia por Félix...

—Me es igual —afirmó el abogado—. Conviene a toda costa que yo salga de esta posición, que para mí resulta insostenible. Tú hablas de tu libro y yo no soy capaz de terminarlo; aunque te hayan gustado las mujeres, debes saber el dominio que estos seres malévolos ejercen sobre todo nuestro ser.

—¡Bah! —dijo Thuillier con fatuidad—. Me han tenido.

pero yo no me he entregado con frecuencia; las tomaba y las dejaba.

—Sí, pero yo, con mi naturaleza meridional, me apasiono y además Céleste ejerce sobre mí un atractivo que no se debe únicamente a la fortuna. Educada por vos, bajo vuestros ojos, habéis hecho de ella una criatura adorable. La única debilidad, y grande, que habéis cometido, ha sido permitir que ese joven, que no le conviene de ninguna manera, se instalase en su imaginación.

—Tienes diez veces razón, pero es una amistad de la infancia, Félix y ella jugaron juntos y tú apareciste mucho más tarde; incluso es una prueba de la gran estima que sentimos por ti el hecho de que tan pronto como te presentaste, renunciásemos a nuestros antiguos proyectos.

—Tú, sí —contestó La Peyrade—. Con una cabeza y unas manías literarias que, por otra parte, a menudo rebosan ingenio y buen sentido, tienes un corazón de oro; contigo, las relaciones son seguras y sé lo que quieres; pero Brígida, cuando le hables de adelantar el momento de la boda, ya verás qué resistencia opondrá a esta insinuación.

—Yo creo que Brígida siempre te ha querido y te quiere aún como *yerno*, si puedo expresarme así; pero, aunque ella no te quisiera, te ruego pienses que, en las cosas importantes, yo sé imponer mi voluntad. Únicamente quiero que me aclares bien lo que deseas; acto seguido, saldremos con el pie izquierdo y ya verás como todo va bien.

—Quiero dar los últimos toques a tu libro —dijo La Peyrade—, puesto que, ante todo, eres tú quien me interesa.

—Desde luego —asintió Thuillier—, no se trata de naufragar a la vista del puerto.

—Bien, parte de la idea de que estoy aniquilado, deshecho, por esas perspectivas matrimoniales que todavía están en el aire, y piensa que no me sacarás ni una página si no resolvemos esta cuestión de la manera que sea.

—Vamos a ver —dijo Thuillier—. ¿Cómo te planteas tú la cuestión?

—Naturalmente, sí la decisión de Céleste tiene que serme adversa, deseo una solución inmediata. Si estoy condenado a hacer una boda de cabeza, al menos que no pierda la ocasión de haberte hablado.

—Sea; pero... ¿qué plazo nos concedes?

—Me parece que en quince días una joven ya puede saber lo que quiere.

—Sin duda alguna —aseguró Thuillier—, pero me repugna dejar que Céleste pronuncie una sentencia inapelable.

—Yo estoy dispuesto a correr este riesgo; así saldré de la incertidumbre, lo que para mí es lo más importante, y luego te diré, entre nosotros, que no me arriesgo tanto como parece; un hijo de Phellion, o sea la tozudez encamada en la necesidad, necesita mucho más de quince días para acabar con sus dudas filosóficas, y Céleste, desde luego, no lo aceptará como marido si no le ha dado garantías de su conversión.

—Esto es probable. ¿Pero si Céleste nos diese largas, si no quisiera aceptar la alternativa?

—Eso es cuenta tuya —dijo el provenzal—. Yo no sé cómo entendéis la familia en París, pero sé que en nuestro condado de Aviñón no hay ejemplo de que una jovencita haya gozado jamás de semejante libertad. Si entre tú, tu hermana, suponiendo que juegue limpio, y los padres de la niña, no conseguís imponer en la joven que vosotros dotáis algo tan sencillo y razonable como es elegir con toda libertad entre dos pretendientes, entonces, adiós muy buenas. No queda más que escribir sobre la puerta de la casa que Celeste es reina y soberana en la mansión.

—Aún no hemos llegado a esto —dijo Thuillier con aire oficioso.

—En cuanto a ti, amigo mío —prosiguió La Peyrade—, tendrás que esperar a que Céleste se decida; entonces, feliz o desgraciado, pondré manos a la obra, y en tres días todo estará listo.

—En fin —dijo Thuillier—, ahora ya sé a qué atenerme contigo; voy a hablar de ello con Brígida.

—La conclusión a que has llegado es bastante triste —comentó La Peyrade—, pero, por desgracia, así es.

—¡Cómo! ¿Qué quieres decir?

—Como puedes suponer, preferiría oírte decir que la cosa está hecha; pero las viejas arrugas no se borran.

—¡Vaya! ¿Crees que soy un hombre sin voluntad, sin iniciativa?

—No, pero me gustaría estar escondido en un rincón, para ver cómo abor das el asunto con tu hermana.

—¡Par diez! Lo abordaré francamente, y responderé a todas las objeciones con un *Quiero que así sea*, bien seco.

—¡Ah, mí pobre amigo! —dijo La Peyrade dándole unas palmadas en el hombro—. Desde la Chrysale de las *Mujeres sabias*, ¡cuántos rayos de la guerra hemos visto arriando sus banderas ante las voluntades femeninas acostumbradas a dominarlos!

—¡Eso ya lo veremos! —dijo Thuillier haciendo una salida teatral.

El vivo deseo de ver aparecer su libro y la hábil duda manifestada sobre la inflexibilidad de su voluntad, lo convinieron en un tigre furioso; salió dispuesto a entrar a sangre y fuego en su casa, si algo o alguien se le resistía.

III

PARÍS BIEN VALE UNA MISA

De regreso a su casa, Thuillier planteó inmediatamente la cuestión a Brígida, Ésta, con su crudeza llena de buen sentido y de egoísmo, observó que al adelantar así la fecha antes fijada para el casamiento de La Peyrade, cometían el error de desarmarse; ya no estarían seguros, cuando llegase el momento de las elecciones, de que el abogado pondría toda la carne en el asador; ocurriría lo mismo que ocurrió con la cruz, decía la solterona.

—Con una diferencia —respondió Thuillier—, a saber que la cruz no depende directamente de La Peyrade, mientras que la influencia que ha sabido alcanzar en el distrito XII la utilizará a su voluntad.

—¿Y si su voluntad —repuso Brígida— cuando le hayamos sacado de apuros, fuese la de trabajar por su cuenta? ¡Piensa que es muy ambicioso!

Este peligro no dejó de impresionar al futuro candidato, quien, sin embargo, creyó hallar ciertas garantías en la moralidad de La Peyrade.

—No es propio de un hombre delicado —repuso Brígida— proponer semejantes condiciones, y esta manera de hacernos bailar como perros ante un terrón de azúcar para terminar *tu* libro, no me gusta en absoluto. ¿No podrías prescindir de la ayuda de ese hombre, buscando la de Phellion, por ejemplo? O bien, la señora de Godollo, creo, que conoce a tanta gente en la política, quizá te encontraría un periodista; dicen que son todos unos manirroto; por veinte escudáis te acabarían esa dichosa obra.

—¿Y el secreto —respondió Thuillier— estaría en manos de dos o tres personas? ¡No, tengo necesidad absoluta de La Peyrade! Él se da cuenta, y nos impone sus condiciones. Pero, en resumen, nosotros le prometimos a Céleste, y al fin y al cabo se trata sólo de adelantar la fecha un año a lo sumo... ¿Qué digo? Adelantarla unos meses, unas semanas quizás; el rey nos plantifica una Cámara cuando nadie se lo espera.

—¿Pero si Céleste no quisiese saber nada de él? —objetó Brígida.

—¡Céleste, Céleste! —respondió Thuillier—. Es preciso que haga lo que se le mande. Teníamos que haberlo pensado cuando nos comprometimos con La Peyrade, pues, al fin y al cabo, empeñamos nuestra palabra, y, además, sólo faltaba que se permitiese a la jovencita que escoja entre él y Phellion...

—¿De manera —contestó la escéptica señorita Thuillier— que si Céleste se pronunciase a favor de Félix, tú aun seguirías creyendo en la fidelidad de La Peyrade?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Éstas son sus condiciones. Además, nuestro amigo lo ha calculado todo, sabe perfectamente que Félix nunca se decidirá a aportar a Céleste una cédula de confesión, y que sin esto esa mascarita nunca le aceptará por marido. Por lo tanto, el inego que se trae La Peyrade es habilísimo.

—Demasiado hábil —dijo Brígida— Por lo demás, arregla las cosas como te plazca, yo me lavo las manos; todas esas argucias no son de mi agrado.

Thuillier vio a la señora Colleville para decirle que advirtiese a Céleste acerca de los proyectos que tenían sobre ella.

Celeste nunca contó con una sanción oficial en sus sentimientos hacia Félix Phellion. Flavie, por el contrario, le prohibió expresamente en otra época que diese la menor esperanza al joven profesor; pero como por el lado de la señora Thuillier, su madrina, la única depositaria de sus confidencias, se sentía bastante apoyada en su inclinación, se dejaba arrastrar dulcemente por ella, sin preocuparse mucho por los obstáculos con que pudiera tropezar un día su elección. Por lo tanto, cuando la conminaron a elegir entre Félix y La Peyrade, la ingenua niña sólo se dejó impresionar por uno de los dos términos de la alternativa, considerando muy ventajoso aquel arreglo que le permitía disponer de su persona, siguiendo los dictados de su corazón.

Pero La Peyrade no se equivocaba en sus cálculos, al suponer que la intolerancia religiosa de la joven, por una parte, y la inflexibilidad filosófica de Phellion hijo, por otra, supondrían un obstáculo invencible a su acercamiento.

La misma noche del día en que Flavie quedó encargada de comunicar a Céleste la soberana voluntad de Thuillier, los Phellion fueron a pasar la velada en casa de Brígida, y se desarrolló una discusión muy viva entre los dos jóvenes. La señorita Colleville no necesitaba que su madre le insinuase que hubiera sido altamente inconveniente esgrimir como argumento, en su controversia con Félix, la aprobación condicional dada a sus mutuos sentimientos. Céleste tenía demasiada delicadeza y demasiado ardor religioso para desear la conversión del hombre que amaba de otra manera que no fuese por su propia convicción. Por consiguiente, pasaron toda la velada enzarzados en debates teológicos, y el amor es un proteo tan extraño y puede adoptar tantas formas imprevistas que, vestido aquella noche con toga y birrete, no parecía tan desmañado como pudiera suponerse. Pero Phellion hijo estuvo desafortunadísimo en aquella entrevista, cuya solemnidad ignoraba. Además de no hacer ninguna concesión, adoptó aires ligeros e irónicos en la discusión, y terminó por poner tan fuera de sí a la pobre Céleste, que ésta le dijo que consideraba sus relaciones rotas definitivamente, prohibiéndole que volviese a presentarse ante ella.

Un enamorado más experimentado que el joven sabio hubiera procurado volver a ver a Céleste al día siguiente de la ruptura, pues nunca se está más cerca de entenderse en los asuntos del corazón que en el momento en que se acaba de manifestar la necesidad de una separación eterna.

Pero esta ley no es una regla de logaritmo, y Félix Phellion, incapaz de adivinar, se creyó proscrito de la manera más seria y definitiva; de tal forma que, durante los quince días concedidos a la joven para deliberar, como dice el Código en materia de sucesión beneficiaría, pese a que Céleste le esperó día a día y minuto a minuto, pues además la muchacha no pensaba en La Peyrade, a quien se diría que consideraba

totalmente ajeno a la cuestión, el lamentable joven no tuvo ni la idea más remota de romper su proscripción.

Afortunadamente para este estúpido enamorado, velaba un hada bienhechora, y he aquí lo que sucedió la víspera del día en que Céleste tenía que declarar su elección:

Era un domingo, día que los Thuillier continuaban dedicando a sus recepciones periódicas.

Convencida de que la sisa, llamada vulgarmente *baile de la canasta*, es la ruina de las fortunas más sólidas, la señora Phellion tenía la costumbre de ir personalmente de compras a sus proveedores habituales. Desde tiempos inmemoriales, en la casa Phellion, el domingo era día de cocido, y la esposa del gran ciudadano, vestida con ese traje de dibujo descuidado que se endosan las amas de casa cuando van de compras, regresaba prosaicamente de la carnicería, seguida por la cocinera, que llevaba en su capazo un magnífico trozo de codillo de vaca. Por dos veces ya había llamado a la puerta de su casa, y una terrible tempestad se amontonaba sobre la cabeza del criadito que, con su tardanza en ir a abrir, ponía a su señora en una situación mucho más intolerable que la de Luis XIV, el cual sólo estuvo a punto de esperar. En su febril impaciencia, la señora Phellion acababa de dar un tercer y terrible tirón a la campanilla. ¡Júzguese cuáles serían su confusión y su sobresalto cuando en aquel momento se detuvo ruidosamente un pequeño cupé a la puerta de la casa y vio apearse del coche a una dama, reconociendo en aquella visitante tan intempestiva y matinal a la elegante condesa Toma de Godollo!

Con el rostro empurpurado, la infortunada burguesa perdió la cabeza, y, deshaciéndose en excusas, iba a complicar aún más su posición, ya tan falsa, con alguna torpeza suprema, cuando, afortunadamente atraído por aquel campanilleo incesante, Phellion, vestido con una bata y tocado con un casquete griego, salió de su gabinete para ver lo que sucedía. Después de una frase que, por su giro pomposo, compensaba ampliamente el desaliño en el vestir que ella se disponía a excusar, el gran ciudadano, con aquella serenidad que no le abandonaba nunca, ofreció galantemente la mano a la extranjera y, después de haberla instalado en el salón, le dijo:

—¿Puedo preguntar, sin pecar de indiscreto, a qué se debe el honor inesperado de la visita que nos hace la señora condesa?

—Deseaba —respondió la húngara— hablar con la señora Phellion de un asunto que debe de preocuparle vivamente. No he tenido ocasión de verla sin testigos; por eso, aunque apenas la conozco, me he permitido venir a visitarla en su casa.

—¡Cómo! Señora, es un honor insigne para nuestra pobre morada... Pero ¿qué hace la señora Phellion? —añadió con impaciencia aquel hombre tan digno, dirigiéndose hacia la puerta.

—No, os lo ruego —dijo la condesa—, por favor, no la molestéis. He venido a interponerme de la manera más inoportuna en medio de sus quehaceres domésticos.

Brígida comienza a educarme muy bien, y sé el respeto que merecen las labores de un ama de casa. Además, no puedo quejarme, ya que tengo la compensación de vuestra presencia, con la que no contaba.

Antes de que Phellion pudiese responder a este cumplido, apareció su esposa: una, cofia con cintas había reemplazado el sombrero de ir a la compra y un enorme chal ocultaba las restantes insuficiencias de su atavío matinal. Al ver entrar a su mujer, el gran ciudadano inició una discreta retirada.

—Señor Phellion —dijo la condesa—, no estáis de más en la entrevista que deseo sostener con la señora; por el contrario, vuestra gran discreción puede ser utilísima para aclarar una cuestión en la que estáis tan interesado como vuestra distinguida esposa: se trata del casamiento de vuestro señor hijo.

—¡El casamiento de mi hijo! —contestó la señora Phellion con expresión sorprendida—. Yo no sé que en este momento haya nada parecido sobre el tapete.

—¿Me equivoco al pensar que el enlace de Félix con Céleste —repuso la condesa— es uno de vuestros deseos, ya que no uno de vuestros proyectos?

—No hemos hecho, señora, ninguna gestión exterior en este sentido —observó Phellion.

—Harto lo sé —repuso la húngara—, puesto que, por el contrario, todos los miembros de vuestra familia parece haberse propuesto contrarrestar mis esfuerzos; pero, en fin, lo que sí está claro, a pesar de toda la reserva, y subrayo la palabra, y de toda la torpeza con que se ha llevado este asunto, la verdad es que los dos jóvenes se aman y serán muy de compadecer si no son el uno para el otro. Precisamente, lo que aquí me ha traído esta mañana es el deseo de prevenir ese desastre.

—No podemos por menos de sentirnos profundamente conmovidos, señora —dijo Phellion—, ante el interés que demostráis por la felicidad de nuestro hijo, pero, la verdad, tal interés...

—Resulta tan inexplicable —le interrumpió vivamente la condesa—, que os hace desconfiar un poco, ¿no es eso?

—¡Oh, señora! —exclamó Phellion inclinándose con una expresión de respetuosa denegación.

—¡Dios mió! —continuó la húngara—. La explicación de mi proceder es muy sencilla. Después de estudiar a Céleste, he descubierto en esta querida e ingenua criatura un valor moral que me haría lamentar vivamente verla sacrificada.

—Es cierto —convino la señora Phellion—, Céleste es un ángel de dulzura.

—En cuanto a Félix, tengo la osadía de interesarme por él, en primer lugar porque es, para mí, el digno hijo del más virtuoso de los padres...

—¡Por favor, señora! —repuso Phellion saludando de nuevo.

—Pero también le aprecio por esa desmaña del amor verdadero que brilla en todas sus acciones y en todas sus palabras. Nosotras las mujeres hallamos un encanto inexplicable al ver la pasión bajo una forma que no nos amenace con decepciones ni con desengaños.

—Mi hijo, en efecto, no es brillante —afirmó la señora Phellion con una punta de amargura que casi no se notaba—. No es un joven elegante.

—Pero posee cualidades más esenciales —repuso la condesa—, y un mérito que él mismo ignora, lo cual es la última consagración de la superioridad intelectual.

—En verdad, señora —dijo Phellion—, nos obligáis a escuchar unas cosas...

—Que no andan lejos de la verdad —le interrumpió la condesa—. Otro motivo que también me lleva a interesarme por la felicidad de estos jóvenes es que no me preocupo en absoluto por la del señor de La Peyrade, que es falso y ambicioso. Ese hombre trata de edificar todo el éxito de su conquista sobre la ruina de sus esperanzas.

—Es cierto —observó Phellion— que el señor de La Peyrade posee unas profundidades tenebrosas en las que difícilmente puede penetrar la luz.

—Y como yo tengo la desgracia de tener por marido —continuó la señora de Godollo—, a un hombre dotado de idéntico carácter, el solo pensamiento de los tormentos que tendría que soportar Céleste con una unión tan fatal, me ha dado, preocupada por su porvenir, el impulso caritativo que quizás desde ahora cese de sorprenderos.

—No teníamos necesidad, señora —dijo Phellion—, de explicaciones tan concluyentes con que acabáis de iluminar nuestra conducta, pero confieso que, para no cometer otra vez las faltas con que hemos contrariado vuestros generosos, esfuerzos, no me parecería fuera de lugar que nos las hicierais tocar con el dedo.

—¿Cuánto tiempo hace que ninguna persona de vuestra familia ha ido a casa de los Thuillier? —preguntó la condesa.

—Si la memoria no me es infiel —contestó Phellion—, estuvimos allí el domingo siguiente a la cena celebrada para estrenar el piso.

—O sea una ausencia de quince días completos —añadió la húngara—. ¿Y creéis que en quince días no puede suceder nada?

—Desde luego, muchas cosas pueden suceder, pues nos bastaron tres gloriosos días, en 1830, para derrocar una dinastía perjura y fundar el orden de cosas que nos gobierna.

—¿Lo veis? —dijo la condesa—. Y durante aquella velada, ¿no sucedió nada entre Céleste y vuestro señor hijo?

—Desde luego —respondió Phellion—. Tuvieron una explicación muy desagradable acerca de las opiniones religiosas de Félix, pues, justo es decirlo, esta buena Céleste, que en todo lo demás es de un carácter encantador, en el capítulo de la devoción muestra cierto fanatismo.

—Esto os lo concedo —dijo la condesa—, pero fue educada por la madre que sabéis, y no le mostraron el rostro de la piedad sincera, sino su mueca; las Magdalenas arrepentidas de la especie de la señora Colleville siempre parecen querer retirarse al desierto en compañía de una calavera, No creen en la existencia de otro medio más económico de alcanzar la salvación. Al fin y al cabo, lo único que pidió

Céleste a Félix fue que leyese la *Imitación de Jesucristo*.

—Y la leyó, señora —repuso Phellion—. Le pareció ser un libro muy bien escrito, pero esa lectura, por desgracia, no hizo mella alguna en sus convicciones.

—Y consideráis hábil no haber cedido ni siquiera un poco ante su enamorada en lo tocante a la inflexibilidad de sus convicciones.

—Mi hijo, señora, nunca recibe de mí la menor lección de habilidad: la lealtad y la rectitud son los únicos principios que traté de inculcarle.

—Me parece, señor, que no es faltar a la lealtad dar un rodeo para no herir a un espíritu enfermo; pero, en fin, admitamos que Félix no tuviese más remedio que ser esa barra de hierro contra la que iban a romperse todas las súplicas de Céleste. ¿Era razón suficiente, después de aquella escena, que no fue la primera del género y que tenía carácter de ruptura, para encerrarse quince días seguidos en su tienda, cuando tenía ocasión de encontrarse con ella en el salón de Brígida, terreno completamente neutral? Y, sobre todo, ¿debía rematar este enfado con un proceder que no llego a comprender y que, conocido por nosotros hace un momento, ha sumido el corazón de Celeste en la desesperación, haciendo que al propio tiempo se apoderase de ella el sentimiento de la irritación más viva?

—¿Mi hijo, capaz de semejante proceder? ¡Es imposible, señora! —exclamó Phellion—. Ignoro a qué os referís, pero no vacilo en manifestar que parecéis estar muy mal informada.

—Sin embargo, nada hay más real. El joven Colleville, que hoy tiene día libre, acaba de decimos que, desde hace más de una semana, Félix, que antes iba con toda puntualidad a darle lecciones particulares de repaso los días alternos, ha cesado completamente de ocuparse de él. A menos que vuestro señor hijo esté enfermo, no vacilo en afirmar que esta ausencia es el colmo de la torpeza. En la situación en que se encontraba con la hermana, necesitaba dar dos lecciones diarias al hermano, en vez de escoger este momento para dejar de ocuparse de él.

Los Phellion, marido y mujer, se miraron como si se consultasen antes de responder.

—Mi hijo, señora —dijo la señora Phellion—, no está precisamente enfermo; pero, ya que nos ponéis en la pista al revelamos un hecho que, debo convenir, es muy extraño y está a mil leguas de su proceder habitual y de su carácter, debo manifestaros que, desde el día en que Céleste le dijo que todo había terminado entre los dos, a Félix le ocurre algo extraordinario, que nos tiene sumamente inquietos al señor Phellion y a mí.

—Sí, señora —confirmó Phellion—, este joven se halla sumamente inquieto.

—Pero ¿qué tiene? —preguntó la condesa con interés.

—La noche de la escena —contestó Phellion—, mi hijo, al volver a casa, vertió lágrimas ardientes en el seno de su madre, manifestándonos que, en su opinión, se había terminado la felicidad para él en la vida.

—Hasta aquí —dijo la señora de Godollo—, esto no tiene nada de particular; los

enamorados siempre suelen ver las cosas de una manera muy lúgubre.

—Sin duda —repuso la señora Phellion—, pero que a partir de aquel momento Félix no haya hecho la menor alusión a su desdicha y desde el día siguiente haya vuelto a entregarse a su trabajo con una especie de frenesí, ¿también os parece natural?

—Eso podría tener su explicación: se dice que el estudio produce un grandísimo consuelo.

—Nada más cierto —afirmó Phellion—, pero en todo el porte externo de Félix hay algo exaltado y al mismo tiempo una concentración que os costaría imaginaros. Le hablamos, y parece como si no nos oyese; en la mesa, se olvida de comer, o toma sus alimentos con una distracción que la medicina considera muy perjudicial para la buena digestión; sus deberes y sus ocupaciones corrientes, él que de ordinario es tan regular, hay que recordárselas; en fin, el otro día, mientras estaba en el Observatorio, donde ahora va a pasar todas las noches para regresar a horas intempestivas, entré en su habitación y examiné sus papeles: quedé espantado, señora, al ver un cuaderno cubierto de cálculos algebraicos que, por su extensión, me parecían rebasar las fuerzas de una inteligencia humana.

—Quizá trate de resolver algún gran problema —observó la condesa.

—O esté en camino de volverse loco —añadió la señora Phellion lanzando un suspiro y bajando la voz.

—No es probable —dijo la señora de Godollo—. Con un temperamento tan tranquilo y un espíritu tan recto, no está expuesto a semejante desgracia. Yo sé una mucho más amenazadora que puede ocurrir de aquí a mañana, si esta noche no adoptamos una gran decisión: ¡Puede perder definitivamente a Céleste!

—¿Cómo es posible? —dijeron simultáneamente los esposos Phellion.

—¿Acaso ignoráis —repuso la condesa— que existía un compromiso por parte de Thuillier y su hermana acerca del futuro matrimonio de Céleste y el señor de La Peyrade?

—Ni siquiera lo sospechábamos —respondió la señora Phellion.

—No obstante, el cumplimiento de este compromiso estaba fijado para una fecha bastante lejana y dependía de ciertas condiciones. El señor de La Peyrade, después de haber logrado la adquisición de la casa de la Madeleine, debía conseguir la cruz para el señor Thuillier, redactar para él una obra política y, por último, hacerle ocupar un escaño en la Cámara de los diputados. Era como en las novelas de caballería, donde el héroe, antes de obtener la mano de la princesa, tiene que dar muerte a un dragón.

—¡Qué ingeniosa es la señora! —dijo la señora Phellion a su marido, quien le hizo una seña para que no interrumpiese.

—No tengo tiempo de serlo —repuso la condesa—, y, además, no valdría la pena de que os contase con detalle las maquinaciones con que el señor de La Peyrade ha conseguido precipitar el desenlace; pero lo que sí me importa haceros saber es que, merced a estas duplicidades, Celeste ha sido colocada en la alternativa de elegir entre

él y Félix. Dieron quince días a la pobre niña para que reflexionase y se decidiese; mañana expira el plazo fatal y, en fin, gracias a la desgraciada disposición en que la ha puesto la actitud de vuestro señor hijo, existe un gravísimo peligro de verla sacrificar la verdad de sus sentimientos y de sus instintos a los malos consejos que le inspira su despecho amoroso.

—¿Pero nosotros qué podemos hacer, señora? —preguntó Phellion.

—¡Luchar, caballeros! Presentarse esta noche en casa de los Thuillier dispuestos a todo; decidir a Félix para que os acompañe; sermonearle para que suavice un poco la rigidez de sus opiniones filosóficas. París, decía Enrique IV, bien vale una misa; pero, además, que esquivé esas cuestiones y encuentre en su corazón acentos capaces de emocionar a una mujer que le ama; para tener razón ante ella, esto ya representa un gran progreso. Yo estaré allí, le ayudaré con todas mis fuerzas, y quizás, gracias a una inspiración momentánea, imagine algún medio para dar mayor eficacia a mi ayuda. Lo que sí es seguro, es que esta noche libramos una gran batalla y que si no nos esforzamos todos por hacer valer nuestro derecho, la victoria puede corresponder a La Peyrade.

—Mi hijo no está aquí, señora —respondió Phellion—, y lo lamento, pues quizás vuestra abnegación y vuestras calurosas palabras hubieran conseguido arrancarle de su torpeza; pero, en fin, voy a exponerle toda la gravedad de la situación, y podéis estar seguros de que esta noche nos acompañará a casa de nuestros amigos los Thuillier.

—Inútil deciros —añadió la condesa, levantándose—, que debemos evitar cuidadosamente todo cuanto pudiese hacer creer que estamos de acuerdo; no nos hablaremos de momento, y, a menos que el acercamiento no se realice de una manera completamente natural, valdrá más que no nos dirijamos la palabra.

—Podéis contar con mi prudencia, señora —respondió Phellion—, y al propio tiempo, tened la seguridad...

—De vuestros sentimientos más distinguidos —añadió riendo la condesa.

—No, señora —respondió gravemente Phellion—, yo reservo esta fórmula para el final de mis cartas, pero os ruego que creáis en mi gratitud más calurosa e inalterable.

—Hablaemos de esto cuando estemos fuera de peligro —dijo la señora de Godollo dirigiéndose a la puerta—, y si la señora Phellion, la más tierna y virtuosa de las esposas, quiere concederme un pequeño lugar en su amistad, me consideraré más que pagada por mis afanes.

La señora Phellion se enzarzó en irnos cumplidos interminables. Acompañada hasta su coche, la condesa ya estaba lejos, cuando Phellion todavía la seguía con sus más respetuosos saludos de despedida.

IV

LA BUENA SANGRE NO PUEDE MENTIR

A medida que, en el salón de Brígida, el elemento procedente del barrio Latino se hacía menos asiduo y más raro, se infiltraba en él el París más vivo. Entre sus colegas del consejo general y los altos empleados de la prefectura del Sena, el concejal había efectuado importantes levas; el alcalde y los tenientes de alcalde del distrito, a quienes Thuillier fue a cumplimentar al llegar al barrio, se apresuraron a corresponder a esta cortesía, y lo mismo hicieron algunos oficiales superiores de la primera legión. La propia casa aportó su contingente, y muchos inquilinos recientes contribuían con su presencia a renovar el aspecto de las reuniones dominicales. Entre ellos hay que citar a Roubourdin (véase *Los Empleados*), el antiguo jefe del negociado de Thuillier en el ministerio de Finanzas. Como tuvo la desgracia de perder a su esposa cuyo salón, en otros tiempos, había tenido en jaque al de la señora Colleville, Roubourdin ocupaba, como si fuese soltero, el tercer piso situado encima del que fue alquilado a Cardot, el notario honorario. A consecuencia de una odiosa injusticia, abandonó voluntariamente las funciones públicas. Cuando Thuillier volvió a encontrarle, era director de uno de esos numerosos ferrocarriles proyectados, cuya ejecución siempre quedaba aplazada debido a las vacilaciones y rivalidades parlamentarias. Digamos, de paso, que el encuentro con aquel hábil administrador, que se había convertido en un hombre importante en el mundo financiero, fue para el digno y honesto Phellion una ocasión de mostrar una vez más su gran carácter. Cuando tuvo lugar la dimisión que Roubourdin se vio obligado a presentar, solamente Phellion, entre los demás empleados de su negociado, fue el cortesano de su desdicha. Como disponía de gran número de plazas, Roubourdin, cuando se encontró con su *incondicional*, se apresuró a ofrecerle una posición dulce y lucrativa a la vez.

—Caballero —le respondió Phellion—, vuestra benevolencia me conmueve y me honra, pero mi franqueza me obliga a manifestaros algo que os ruego no toméis a mal: no creo en los ferrocarriles o *railways* como lo llaman los ingleses.

—Esta es una opinión como otra cualquiera —dijo Roubourdin sonriendo—, pero de momento retribuimos muy bien a nuestros empleados y me gustaría teneros junto a mí en calidad de tal. Sé por experiencia que sois un hombre en quien se puede confiar.

—Caballero —repuso el gran ciudadano—, entonces cumplí con mi deber y nada más; en cuanto al ofrecimiento que tenéis la bondad de hacerme, no puedo aceptarlo; satisfecho con mi humilde fortuna, no experimento ni la necesidad ni el deseo de volver a ingresar en la carrera administrativa, y me siento obligado a decir, como el poeta latino:

Claudite jam rivos, pueri, sat prata biberunt^[6].

Después de aquel relevo de personal, el salón de los Thuillier tenía necesidad de

otro elemento de vida, y, para hablar como Madelon de las *Preciosas Ridículas*, era necesario conjurar aquel *ayuno espantoso de diversiones*, señalado por la señora Phellion en su conversación con Dinard. Gracias a los buenos oficios de la señora de Godollo, la gran ordenadora, que por fortuna supo emplear útilmente las antiguas relaciones de Colleville en el mundillo musical, algunos artistas fueron a divertirse con la berlanga y el boston. Anticuados y envejecidos, aquellos dos juegos no tardaron en batirse en retirada ante el *whist*, la única manera, según dijo la húngara, de matar el tiempo entre personas decentes.

Como Luis XVI comenzó por meter mano personalmente en las reformas bajo las cuales había de hundirse más tarde su trono, Brígida fomentó al principio toda aquella revolución interior, y el deseo de mantener el rango que le correspondía en el barrio que escogió como morada, la hizo dócil a todas las sugerencias de comodidad y elegancia. Pero el día en que transcurre la escena a la que vamos a asistir, un detalle, en apariencia indiferente, le reveló todo el peligro de la pendiente en que estaba colocada. La mayoría de los nuevos invitados traídos por Thuillier ignoraba la alta supremacía que tenía su hermana en la casa; al llegar, pues, pidieron a Thuillier que les presentase a la señora, y, naturalmente, Thuillier no podía decirles que su mujer era una reina ociosa que gemía bajo la mano de hierro de una Richelieu de quien dependía toda la autoridad. Por lo tanto, solamente después de rendir homenaje a la soberana de derecho, los recién llegados eran presentados a Brígida, y, a causa de la frialdad que la impaciencia debida a este desplazamiento de poder daba a su acogida, no quedaban muy animados para continuar cultivando su trato.

Al advertir esta especie de destronamiento, aquella reina Isabel, con el profundo instinto de dominación que constituía la más ardiente de sus pasiones, se dijo:

—Si no tengo cuidado, pronto no seré nada aquí.

Y, ahondando en esta idea, acabó por pensar que, de realizarse el proyecto de hacer vida en común con La Peyrade, convertido en el marido de Céleste, la situación que empezaba a inquietarla no haría más que complicarse. A partir de entonces, y a causa de una súbita intuición, Félix Phellion, joven bondadoso, demasiado enfrascado en sus matemáticas para llegar a convertirse nunca en un rival temible de su soberanía, le pareció un partido mucho más conveniente que el emprendedor abogado, y ella fue la primera, cuando vio llegar a los esposos Phellion, en inquietarse por la ausencia de su hijo. Pese a la gestión efectuada por la señora de Godollo, aquel terrible enamorado ponía en práctica el último verso de la famosa elegía de Millevoje:

Y su amante no vino.

Como es fácil imaginar, Brígida no fue la única en darse cuenta del rigor con que el desventurado joven parecía mirar sus días de recepción: la señora Thuillier, con el mayor candor, y Céleste, con una reserva fingida, tampoco ocultaron su desilusión. En cuanto a la señora de Godollo, que a pesar de tener una voz notabilísima se hizo rogar hasta entonces para cantar, cuando vio el poco caso que Félix hizo a sus

recomendaciones, invitó a la señora Phellion a que le acompañase al piano y, entre dos estrofas de una romanza de moda, le dijo:

—Bien, ¿y vuestro hijo?

—Vendrá —respondió la señora Phellion—. Su padre le ha reprendido severamente, pero hay esta noche una conjunción de no sé qué planetas y esos señores del Observatorio están entusiasmados; no ha podido excusarse...

—¡Es inconcebible que sea torpe hasta tal punto! —«lijo la condesa—. ¡No nos bastaba con la teología en este asunto, y ahora hay que mezclar también la astronomía!

Y como la impaciencia infundió a su voz una vehemencia singular, acabó su romanza en medio de lo que los ingleses llaman una tempestad de aplausos.

La Peyrade, que la temía excesivamente, no fue de los últimos que fueron a expresarle su admiración, cuando ella regresó a su sitio, pero la húngara recibió sus cumplidos con una frialdad rayana en la descortesía, que contribuyó a incrementar su mutua hostilidad.

Él fue a consolarse con la señora Colleville. Flavie aún tenía demasiadas pretensiones de belleza para no sentirse enemiga de una mujer que acaparaba todos los homenajes.

—¿Vos también consideraréis que esta mujer canta bien? —preguntó desdeñosamente la señora Colleville al abogado.

—Al menos, he ido a decírselo —respondió La Peyrade—, porque sin ella no hay salvación ante Brígida. Pero mirad un poco a vuestra Céleste: no quita ojo de la puerta, y, a cada bandeja que entra, aunque ya no sea hora de anunciar a nadie, una nueva decepción se pinta en su semblante.

Es preciso observar, ya que viene a cuento, que desde que empezó el reinado de la señora de Godollo, circulaban bandejas por el salón los días de recepción, y esto sin mezquindad, cargadas de copas, de pastelillos y de jarabes de casa Tanrade, la repostería más elegante de París.

—¡Dejadme tranquila! —respondió Flavie—. Sé lo que piensa esa tontuela, y podéis estar seguros de que se casará con vos.

—¿Pero, creéis que quiero casarme sólo por mí? —dijo La Peyrade—. ¿No es una necesidad que sufro con vistas a asegurar el porvenir de todos nosotros? ¡Vamos, ya os veo con lágrimas en los ojos! Os dejo, porque no sois razonables. ¡Qué diablo! Como dice ese Prudhomme de Phellion padre, quien quiere el fin quiere los medios.

Y se acercó a un grupo formado por Céleste, las señoras Thuillier y de Godollo, Colleville y Phellion.

La señora Colleville le siguió, y bajo la influencia del sentimiento de celos que acababa de experimentar, se convirtió en una madre feroz, diciendo:

—Celeste, ¿por qué no cantáis? Muchos de estos señores desean oiros.

—¡Oh mamá —respondió Céleste—, cantar después de la señora condesa, con mi pobre hilillo de voz! Además, como sabéis, estoy un poco acatarrada.

—Es decir que, como siempre, os mostráis desagradable y llena de pretensiones; cada cual canta como canta» y todas las voces tienen su mérito.

—Mi querida amiga —terció Colleville que, al acabar de perder veinte francos en la mesa de juego, hallaba en su malhumor el valor de sustentar una opinión contraria a la de su media naranja—, eso de que cada cual canta como canta, es un axioma de burgués. Se canta con una voz, cuando se tiene voz, y, sobre todo, no se canta después de una voz de cantante de ópera como la de la señora condesa. Yo disculpo perfectamente a Céleste porque no quiera arrullarnos con una de sus lánguidas tonadillas.

—¿Vale la pena —murmuró Flavie separándose del grupo—, gastar tanto dinero en profesores sin lograr resultado alguno?

—Así —dijo Colleville a Phellion, continuando la conversación que la señora Colleville había interrumpido—, ¿Félix ya no habita en la tierra, sino que se pasa la vida en los astros?

—Mi querido y viejo colega —respondió Phellion—, estoy, como vos, muy disgustado con mi hijo al verle descuidar así a los más antiguos amigos de su familia; y, aunque la contemplación de esos grandes cuerpos luminosos suspendidos en el espacio por la mano del Creador, presente, en mi opinión, mayor interés que el que parece creer vuestro cerebro consumido, considero que Félix, si esta noche no viniese como me ha prometido, faltaría a todas las conveniencias, y yo no dejaré de decíselo sin ambages, os lo prometo.

—La ciencia —observó La Peyrade— es una bella cosa, pero tiene la desgracia de crear osos y maniáticos.

—Sin contar —añadió Céleste—, con que despoja de toda idea de religión.

—En esto, hija mía, os equivocáis —terció la condesa— Pascal, gran ejemplo de la falsedad de vuestro punto de vista, dijo, si no recuerdo mal, que un poco de ciencia nos aleja de la religión y que mucha ciencia nos acerca a ella.

—Sin embargo, señora —repuso Céleste—, todo el mundo está de acuerdo en considerar a Félix muy sabio; cuando daba lecciones a mi hermano, nada era tan claro y tan comprensible como sus explicaciones, decía Francisco; pero no creo que esto contribuya a hacerle más religioso.

—Os digo, hijita mía, que Félix no es irreligioso, y que con un poco de dulzura y paciencia, nada sería más fácil que llevarle al buen sendero.

—¿Llevar a un sabio por el camino religioso! Señora —dijo La Peyrade—, esto me parece difícil; esos caballeros ponen por encima de todo el objeto de sus estudios. Id a decir a un geómetra o a un geólogo, que la Iglesia, por ejemplo, exige imperiosamente la santificación del domingo mediante la suspensión de toda clase de trabajo; esto les hará encogerse de hombros, aunque Dios no desdeñó descansar.

—Sin embargo, es verdad —observó Céleste con candor—. Al no venir esta noche, Félix no sólo comete una falta contra las conveniencias sociales, sino también un pecado.

—Pero decidme, guapísima —respondió la señora de Godollo—, ¿estimáis que reunimos aquí para cantar romanzas, tomar sorbetes y hablar mal unos de otros, práctica corriente en los salones, es algo más agradable a Dios que ver a un sabio en su observatorio, ocupado en contemplar y descubrir los magníficos secretos de la creación?

—Hay tiempo para todo —repuso Céleste—, y, como decía el señor de La Peyrade, ni siquiera Dios desdeñó el descanso.

—Pero, mi querida amiga —añadió la señora de Godollo—, Dios tenía tiempo; Él es eterno.

—He aquí —dijo La Peyrade—, una de las más lindas e ingeniosas impiedades que se puedan oír; estas son las razones que agradan a las gentes de mundo. Los mandamientos de Dios se interpretan, aunque sean de lo más imperioso y explícito; unos se aceptan, otros se dejan, se hacen distinciones; el librepensador los somete a su religión soberana, y quién sabe si la libre acción está muy lejos del pensamiento libre...

Durante este discurso del abogado, la señora de Godollo consultó el reloj de péndulo: señalaba las once y media. El salón empezaba a vaciarse. Solamente una mesa de juego seguía funcionando, ocupada por Thuillier, Minard padre y dos nuevos conocidos de la casa. Phellion acababa de abandonar el grupo del que hasta entonces había formado parte, para acercarse a su mujer, que conversaba en un rincón con Brígida. Por su exagerada pantomima, demostraba hallarse presa de un profundo sentimiento de indignación. Por lo tanto, todo anunciaba que la esperanza de ver llegar al rezagado se había perdido definitivamente.

—Caballero —dijo la condesa a La Peyrade—. ¿Hacéis el honor de considerar buenos católicos a esos señores de la calle Postes?

—Sin duda alguna —contestó el abogado—. La religión no tiene sostenedores más firmes.

—Pues bien, esta mañana —continuó la condesa—, he tenido el placer de que me recibiese el padre Anselmo. Al propio tiempo que es un modelo de todas las virtudes cristianas, el buen padre pasa por ser un sapientísimo matemático.

—Yo no he dicho, señora, que ambas virtudes fuesen inconciliables.

—Pero sí habéis asegurado que un buen cristiano no podía dedicarse a ninguna especie de trabajo en domingo; así, pues, el padre Anselmo debe de ser un gran incrédulo, ya que en el momento que penetré en su habitación le encontré ante una pizarra, con la tiza en la mano y ocupada en resolver un problema sin duda bastante difícil, pues la pizarra estaba cubierta de signos algebraicos en sus tres cuartas partes, y debo añadir que el escándalo parecía tenerle sin cuidado, puesto que una persona que no puedo nombrar, pero que es un joven sabio que promete mucho, compartía con él aquella profana ocupación.

Céleste y la señora Thuillier se miraron, y ambas se vieron en los ojos como un resplandor de esperanza.

—¿Por qué no me podéis nombrar a ese joven sabio? —acabó por decir la señora Thuillier, que ya había prescindido de toda astucia al expresar su pensamiento.

—Porque no cuenta, como el padre Anselmo, con su santidad para absolverle de esta flagrante violación del domingo, además —añadió la señora de Godollo de manera significativa—, me suplicó que no dijese a nadie que le había encontrado en el lugar donde lo vi.

—¿Así, conocéis a muchos jóvenes sabios? —preguntó Céleste—. Pues con éste y el señor Phellion, ya son dos.

—Mi querida hija —repuso la condesa—, sois una pequeña curiosa, pero no haréis que diga lo que no deseo, sobre todo después de la confidencia del padre Anselmo, porque vuestra imaginación inmediatamente se lanzaría al galope.

Ya se había lanzado al galope y cada palabra de la condesa parecía aumentar la ansiedad de la joven.

—No me sorprendería en absoluto —dijo La Peyrade con ironía—, que el colaborador del padre Anselmo fuese precisamente Félix Phellion; Voltaire conservó excelentes relaciones con los jesuitas, de quienes recibió educación; únicamente no hablaba con ellos de cuestiones religiosas.

—Pues bien, mi joven sabio habla de ella con su verdadero colega científico, le somete sus dudas, y éste fue el punto inicial de sus relaciones en el terreno de la ciencia.

—¿Y el padre Anselmo —preguntó Céleste—, espera convertir a ese joven?

—Está seguro de ello —respondió la condesa—. A su joven colaborador, dejando aparte la educación religiosa de la que carece, le fueron inculcados los mejores sentimientos; sabe, además, que su retorno a la religión haría la felicidad de una joven encantadora a quien ama con un amor correspondido.

—Ahora, mi querida niña, no me haréis decir más, y pensad lo que os plazca.

—¡Oh, madrina! —dijo Céleste, cediendo a toda la ingenuidad de su expresión—. ¡Si fuese él!

Y se precipitó llorando en brazos de la señora Thuillier.

En aquellos momentos, el criado abrió la puerta del salón y, complicación singular, anunció a Félix Phellion.

El joven profesor entró sudoroso, con la corbata en desorden y el aspecto sofocado.

—¡Bonita hora de presentarse! —comentó Phellion con serenidad.

—Padre mío —dijo Félix, dirigiéndose hacia el lado donde estaban sentadas la señora Thuillier y Céleste—, no podía irme antes de que terminase el fenómeno. No he encontrado coche y he tenido que venir corriendo.

—Los oídos debían de zumbaros por el camino —observó La Peyrade con tono burlón—, pues, desde hace unos momentos, ocupáis el pensamiento de estas damas, que se habían planteado un gran problema a vuestra costa.

Félix no respondió, y viendo entrar a Brígida, que venía del comedor, donde fue a

ordenar al criado que no pasara más bandejas, corrió a saludarla.

Después de escuchar algunos reproches por lo raro de su presencia, y de oírse perdonar con un amabilísimo *Más vale tarde que nunca*, volvió hacia su polo y quedó muy sorprendido al oír que la señora de Godollo le decía:

—Caballero, me perdonaréis una indiscreción que en el calor de la conversación he cometido respecto a vos: he dicho a estas damas, pese a vuestra recomendación expresa, dónde os he encontrado esta mañana.

—O donde yo he tenido el honor de encontraros —corrigió Félix—; pero entonces, señora, no os he visto.

Una sonrisa imperceptible aleteó en los labios de La Peyrade.

—Me visteis tan bien, que me hablasteis para pedirme la discreción más absoluta. Sin embargo, yo no os he hecho faltar a la verdad: he dicho que veis a veces al padre Anselmo y que, hasta el momento, sostenéis con él relaciones científicas, pero que defendéis vuestras dudas en su presencia, lo mismo que ante Céleste.

—El padre Anselmo —dijo estúpidamente Phellion.

—Sin duda un gran matemático —observó La Peyrade—, que no desespera de convertirlos. La señorita Céleste ha llorado de alegría al saberlo.

Félix paseó una mirada de asombro a su alrededor. La señora de Godollo le miraba con unos ojos cuyo lenguaje hubiera entendido incluso un perro faldero.

—Yo hubiera querido hacer algo agradable para la señorita Céleste —acabó por decir—; pero creo, señora, que os habéis equivocado.

—Escuchadme, señor, voy a precisar, y si vuestra exage rada vergüenza os obliga a ocultar desesperadamente algo que no tiene nada de inconfesable, pues ha sido un motivo de alegría para aquéllos que os quieren, os ruego que me desmintáis; cargaré con el castigo que merece mi ligereza al divulgar un secreto que, lo reconozco, me habéis suplicado encarecidamente que guardara con la mayor discreción.

La señora Thuillier y Céleste eran dignas de lástima: la duda y la espera nunca habían aparecido pintadas más enérgicamente en semblante humano.

Midiendo cada una de sus palabras, la señora de Godollo prosiguió:

—Dije a estas damas, porque sé hasta qué punto se interesan por vuestra salvación, y porque os acusaban de menospreciar temerariamente los mandamientos de la ley de Dios al trabajar el domingo, que os había encontrado esta mañana en la casa de la calle Postes, donde vive el padre Anselmo, un sabio como vos y con el que estabais ocupado en la resolución de un problema; añadí que vuestras relaciones científicas con ese hombre tan santo y esclarecido suscitaron otras explicaciones entre vosotros dos; que vos le sometisteis vuestras dudas religiosas y que él no desesperaba de resolverlas. No hay nada, en la confirmación que daréis a mi relato, nada, repito, que pueda humillar vuestro amor propio; sencillamente, es una sorpresa que queráis dar a Céleste, y yo he cometido la torpeza de descubrirla; pero, al oíros responder que digo la verdad, la haréis tan feliz, que nada puede obligaros a regateamos las palabras que ella espera de vos.

—¡Vamos, caballero! —dijo La Peyrade—. No tiene nada de ridículo buscar la luz; vos, tan recto y tan enemigo de la mentira, no podéis negar lo que la señora condesa afirma con tal resolución.

—Bien —contestó Félix tras una breve vacilación—. ¿Queréis permitirme, señorita Céleste, que os diga dos palabras a solas, sin testigos?

Céleste se levantó obedeciendo a un signo de aprobación de la señora Thuillier. Félix la tomó de la mano y la condujo a una ventana a dos pasos de la cual se hallaban en aquel momento.

—Céleste —le dijo—, os lo suplico, esperad aún. Mirad —añadió, indicándole la constelación del Carro—, más allá de esos astros visibles, hay todo un porvenir para nosotros. En cuanto al padre Anselmo, no puedo decir nada, porque no es verdad. Se trata de un cuento oficioso; pero tened paciencia, pues sabréis unas cosas...

Céleste le dejó y él permaneció ocupado en la contemplación del cielo.

—¡Está loco! —murmuró la joven con acento desesperado, volviendo a ocupar su sitio junto a la señora Thuillier.

Y Félix confirmó este pronóstico lanzándose fuera del salón, sin darse cuenta del sobresalto con que Phellion y su madre se iban en pos de él.

Mientras todos quedaban estupefactos ante aquella salida, La Peyrade se acercó respetuosamente a la señora de Godollo y le dijo:

—Convenid conmigo, señora, en que es muy difícil sacar del agua a un hombre decididamente empeñado en ahogarse...

—Nunca me hubiera imaginado —respondió la condesa— que pudiera existir tanta simplicidad, rayana ya en la tontería. Me paso al enemigo, y cuando él lo considere conveniente, le recibiré en mi casa, para tener una explicación franca y leal.

V

HUNGRIA Y PROVENZA

Al día siguiente, Teodosio se sintió dominado por dos curiosidades: ¿Cómo resolvería Céleste la acción que había aceptado? ¿Qué quería decirle y qué deseaba de él aquella condesa Torna de Godollo?

El primero de aquellos interrogantes tenía que pasar delante, incuestionablemente y, sin embargo, por un instinto secreto, La Peyrade se sentía más vivamente atraído por la solución del segundo problema. Pero, al decidirse a ir primero por este lado, comprendió que debía presentarse armado de punta en blanco en la entrevista a que había sido invitado.

Había llovido por la mañana y aquel gran calculador sabía el demérito que puede causar en un hombre una salpicadura de lodo que empañe el charol de una bota. Por

lo tanto, envió a su portero en busca de un cabriolé, y, alrededor de las tres, abandonó la calle Saint-Dominique d'Enfer, para dirigirse a las elegantes latitudes del barrio de la Madeleine.

Como el lector sospechará acertadamente, su traje había sido objeto de ciertas atenciones, para que permaneciese a igual distancia de la sencillez propia de un traje de mañana y el aspecto ceremonioso de un conjunto de tarde. Obligado por razones profesionales a llevar corbata blanca, de la que sólo se separaba en raras ocasiones, y sin atreverse a hacer su presentación más que de frac, se sentía inclinado hacia uno de aquellos dos extremos, en los que consideraba inconveniente presentarse. Pero con el frac abrochado y los guantes pajizos reemplazados por unos semiclaros, perdía sus aires solemnes y evitaba aquel aspecto solícito y provinciano que da un traje de salón paseado por las calles en la hora en que el sol aún no ha desaparecido tras el horizonte.

El hábil diplomático se guardó bien de no hacerse conducir hasta la puerta de la casa donde estaba citado. No quería que le viesen descender de un coche de punto desde el entresuelo, y, en cuanto al primero, temía que le hubiesen visto deteniéndose en el piso inferior; ello no hubiera dejado de provocar infinidad de comentarios;

Por lo tanto, tuvo buen cuidado de hacer parar el coche en la esquina de la calle Royale y de allí, por la acera casi seca y adoptando la precaución de andar de puntillas, llegó sin tropiezos. Una vez en el portal de la casa, tuvo la suerte de que no le viesen los porteros; el marido Bedel en la iglesia de la Madeleine, estaba entonces de servicio; y la mujer ocupada en enseñar un piso aún vacío a un posible inquilino. Así, huyendo a todas las miradas, Teodosio pudo deslizarse hasta la puerta del santuario en que iba a penetrar.

El movimiento delicado que su mano imprimió a un cordón de seda adornado con trocitos de cartón envueltos en hilo de oro, hizo sonar una campanilla en el interior del piso. Transcurridos algunos segundos, un campanilleo más imperioso y de un tono más argentino que la parecía tratar se de una llamada dirigida a una camarera que lardaba en abrir, según el deseo de su señora. En efecto, un momento después, una doncella de mediana edad y de porte demasiado bueno para vestir como las doncellas de comedia, se encontró cara a cara con él.

El abogado dio su nombre y la doncella le rogó que esperase en un corredor de un lujo severo. Casi al instante, la camarista volvió a buscarle y, al propio tiempo que le anunciaba, le introdujo en el salón más coquetón y más espléndido que es posible disponer bajo el techo de un entresuelo.

La divinidad de aquellos lugares se hallaba sentada ante una mesa cubierta por un tapete de dibujo veneciano en el que el oro lucía con brillo tornasolado, mezclado con los rutilantes colores de un pequeño punto de tapicería. Cuando el abogado entró, ella le saludó sin levantarse, y, mientras la doncella le acercaba un sillón, la condesa le dijo:

—¿Permitís, caballero, que cierre una carta urgente?

El abogado se inclinó en signo de asentimiento. La bella extranjera tomó entonces de un pupitre de concha incrustada, estilo Boulle una hoja de papel inglés azulado que metió en un sobre; después de escribir la dirección, se levantó para llamar.

La doncella apareció al instante para encender una lamparilla de alcohol encajada en un pequeño escritorio adornado por encantadoras esculturas; encima de la lámpara estaba colocado una especie de crisol de plata sobredorada en el que había un poco de lacre de sellar aromático; una vez que el calor del fuego fundió la cera, la camarista la derramó en el sobre y ofreció a su señora el sello con las armas de su casa. La condesa selló la carta con sus bellas manos y dijo:

—Haced que la lleven sin demora a estas señas.

La doncella hizo un movimiento para tomar la carta, pero, ya fuese por inadvertencia o precipitación, el sobre cayó a los pies de La Peyrade, quien, agachándose con presteza para recogerlo, leyó involuntariamente la dirección. Rezaba: *Su Excelencia el Señor Ministro de Asuntos Extranjeros*, Y, más arriba, en un ángulo, la palabra significativa: *Particular*, asignaba un carácter de intimidad a la misiva.

—¡Perdón, caballero! —dijo la condesa al recibir la carta que el abogado tuvo la delicadeza de devolver a manos de la señora, a fin de demostrarle su solicitud—. Tened cuidado de no perderla, señorita —dijo al propio tiempo con tono seco la bella extranjera a la inhábil camarista.

Una vez despedida la doncella, la húngara dejó el asiento que ocupaba ante la escribanía y fue a sentarse en un canapé tapizado de raso y gris perla.

Durante todas estas maniobras, La Peyrade se complació en hacer inventario de las magnificencias que le rodeaban. Varios cuadros de grandes maestros se destacaban sobre el fondo mate y oscuro de las paredes, animado por flecos y galones de seda; encima de una consola de madera dorada, un inmenso jarrón japonés, y ante las ventanas, dos jardineras en las que un *lilium rubrum*, de pétalos retorcidos, dominaba unas camelias blancas y rojas y magnolias enanas de la China con flores de un blanco azufrado, rodeadas por un ribete de color punzó. En un rincón, una panoplia compuesta por armas del aspecto más curioso y rico, lo que se explicaba por la nacionalidad, siempre un poco salvaje, de la señora de la casa; por último, algunos bronce y estatuillas de un gusto exquisito, y, en los asientos, esparcido sobre una muelle alfombra de dibujos turcos, una gran anarquía de formas y de telas. Tal era el mobiliario de aquel salón, que el abogado había tenido ocasión de visitar con Brígida y Thuillier antes de que el piso fuese ocupado. Lo encontró tan transfigurado, que no lo reconoció.

Con un poco más de mundología, el abogado se hubiera sorprendido menos de los cuidados maravillosos que la condesa puso en la decoración de aquel aposento. El salón de una mujer es su reino, y su reino absoluto, pues en él gobierna y reina, en toda la extensión de la palabra; allí libra sus batallas, de las que casi siempre sale victoriosa. ¿No escoge, en efecto, todos los ornamentos de su salón, no armoniza

todos los colores y lo ilumina a su antojo? Por poco inteligente que sea como tramoyista, es imposible que, allí donde todos los objetos que la rodean fueron dispuestos por su propia mano, ella no brille en todo su esplendor;

o imposible también que no se pongan de relieve todas sus prerrogativas. Se puede decir que no se conocen todas las perfecciones de una mujer, cuando no se la ha visto en la atmósfera prismática de su salón, pero guardaos también de pretender juzgarla y conocerla cuando sólo la habéis visto allí.

Acurrucada con coquetería en uno de los ángulos del canapé, sosteniendo negligentemente la cabeza con un brazo cuya forma y blancura podía seguir la vista casi hasta la altura del codo, bajo la manga ampliamente acampanada de una bata de terciopelo negro, con su piececito de Cenicienta cómodamente introducido en una linda zapatilla de cuero de Rusia y puesto sobre un cojín de terciopelo de raso naranja, realzado con flores en relieve, la bella húngara parecía un retrato de Lawrence o de Winterhalter, sin contar con la ingenuidad de la pose.

—Caballero —dijo sonriendo con un ligero acento extranjero que prestaba aún mayor encanto a sus palabras—, no puedo evitar sentirme muy halagada por el hecho de que un hombre de vuestro ingenio y de vuestra rara penetración haya podido ver en mí a una enemiga.

—Pero, señora condesa —respondió La Peyrade, dejando leer en sus ojos un asombro teñido de desconfianza—, habréis de convenir en que todas las apariencias abonaban mi simplicidad. Un pretendiente se interpone entre mi persona y un matrimonio que se me ofrecía rodeado de todas las conveniencias. Este rival me hace el favor de mostrarse milagrosamente torpe, de dejarse apartar fácilmente, y, de pronto, surge el más gracioso e inesperado de los aliados, que se afana por protegerle precisamente en el terreno donde es más vulnerable.

—¡Reconoced —dijo riendo la condesa —que este protegido es un hombre hábil, que me ha secundado valientemente!

—Yo creo que su torpeza —respondió La Peyrade —no era demasiado imprevista para vos, y la protección con que os dignáis honrarle no deja por ello de ser más cruel para mí.

—¡Lo verdaderamente lamentable —repuso la extranjera con un encantador melindre—, es que esto os evitaría tener que casaros con la señorita Céleste! ¿Tanto queréis, caballero, a esa colegiala?

En esta frase, pero especialmente en el tono con que fue pronunciada, había más que desdén, había odio. Este matiz no debía escapársele a un observador como La Peyrade. Sin embargo, como no se atrevía a ir muy lejos basándose en aquella simple observación, dijo:

—Señora, la expresión vulgar *mudar de vida* resume esta situación en que un hombre, después de haber luchado mucho tiempo, cansado de sus esfuerzos y sin ilusiones, hace un pacto como este con su futuro. Ahora bien, cuando el medio de mudar de vida se presenta bajo la forma de una joven que tiene más virtud que

belleza, debo convenirlo, pero que aporta a su marido la fortuna indispensable al bienestar de toda asociación conyugal, ¿qué tiene de sorprendente que el corazón se deje cautivar por el reconocimiento y que acoja la imagen de la apacible felicidad que parece ofrecérsele?

—Yo siempre había pensado —respondió la condesa— que el alcance de la inteligencia estaba en razón directa de la ambición, y me figuraba que un hombre tan profundamente hábil como para no querer ser más, de momento, que el abogado de los pobres, tenía aspiraciones menos humildes y pastorales.

—¡Oh, señora! —repuso La Peyrade—. La mano de hierro de la necesidad crea resignaciones más bien extrañas; la cuestión del pan cotidiano borra y anula todas las demás. ¿No es cierto que el propio Apolo, *para vivir*, tuvo que convertirse en el pastor de Admeto?

—El aprisco de Admeto —objetó la señora de Godollo— era al menos un aprisco real, pero no creo que Apolo se hubiese resignado a guardar las ovejas de un... burgués.

La suspensión introducida en su frase por la bella extranjera parecía sobreentender un nombre propio, y La Peyrade comprendió que por pura clemencia no se aludió al nombre de Thuillier en la conversación, pues la frase se detuvo en el género, en vez de llegar hasta el individuo.

—Yo creo, señora, que hay tanta verdad como inteligencia en vuestra distinción —respondió La Peyrade—, mas Apolo no lo hace por su gusto.

—No me gustan las personas que se alaban excesivamente —dijo secamente la condesa—, pero aún me gustan menos, las que venden su mercancía a un precio inferior al comente; siempre he temido que tratasen de convertirme en víctima de algún engaño sabio y complicado. Conocéis muy bien, caballero, vuestro valor, y vuestra hipócrita humildad me disgusta sobremanera, pues me demuestra que mis benévolas insinuaciones ni siquiera han servido para crear un principio de confianza entre nosotros.

—Os juro, señora, que hasta el presente, la vida no me ha recompensado como para hacerme creer que poseo una abrumadora superioridad.

—Al fin y al cabo —contestó la húngara—, tal vez haya que admitir la modestia de un hombre que acepta el lamentable desenlace que yo he tratado de impedir.

—Como quizá también haya que admitir —observó La Peyrade con arteria— la realidad de una benevolencia que, para salvarme, hasta el momento se ha limitado a castigarme rudamente.

La húngara lanzó a su interlocutor una mirada de reproche; mientras arrugaba con la mano una de las cintas de su bata, bajó los ojos y dejó escapar un suspiro tan imperceptible y ligero que podía pasar por un incidente de la respiración más regular.

—Sois rencoroso —dijo ella— y juzgáis a las personas de una pieza. Después de todo —añadió como si reflexionase—, quizá tengáis razón al recordarme que he tomado el camino más largo para venir a entrometerme de manera hartamente ridícula en

irnos intereses que me son extraños. Continudad, mí querido señor, tratando de realizar ese glorioso enlace, en el que halláis tantas conveniencias reunidas, y dejadme deseáros únicamente que no tengáis que arrepentiros de una victoria que, por mi parte, no trataré de aplazar.

El provenzal no fue mimado precisamente por la fortuna. La miseria contra la que había luchado durante tanto tiempo no desemboca en el camino de los encuentros galantes, y, después de sacudirse su rudo abrazo y de consagrarse enteramente a la penosa tarea de construirse un futuro, como demostraba la comedia representada con la señora Colleville, dejó que las cosas del corazón ocupasen únicamente una mínima parte en su vida. Como los hombres vivamente ocupados, pero obsesionados por el demonio de la carne, se resignaba a aquel innoble amor que se vende hecho y que, recogido por la noche en las esquinas, por otra parte puede conciliarse perfectamente con la devoción exterior. Por lo tanto, fácil será imaginarse la perplejidad de aquel novicio en materia de aventuras, cuando se vio puesto entre el temor de dejar escapar una deliciosa ocasión y el de encontrar una serpiente entre las flores que parecían abrirse bajo su mano. Una reserva excesiva, una solicitud demasiado tibia, podían herir el amor propio de la bella extranjera y agotar de repente la fuente en la que parecía invitarle a beber; pero, por otra parte, si aquella apariencia de interés no fuese más que una añagaza, si la benevolencia, que él no conseguía explicarse y en cuyo objeto se convirtió de pronto, no tuviese más que una finalidad, la de hacerle dar un paso en falso que serviría para comprometerle ante los Thuillier, ¡qué fracaso para su reputación de habilidad y qué papel haría! Todos le compararían al perro que deja la presa para tumbarse a la sombra.

Como sabe el lector, La Peyrade pertenecía hasta cierto punto a la escuela de Tartufo, y la franqueza con que el maestro declara a Elmira que, sin un poco de sus favores, por los que él suspira, no podrá tener fe en sus tiernas insinuaciones, le pareció al abogado que, salvo una forma más aterciopelada, podía aplicarse perfectamente al caso actual.

Así, pues, dijo:

—Señora condesa, me convertís en un hombre muy digno de compasión, Yo me dirigía con ánimo risueño a esa boda y vos me hacéis perder la fe en ella; y luego, cuando haya roto mi compromiso, ¿qué empleo queréis que haga de esta libertad recobrada, teniendo en cuenta que mi capacidad es tan alta?

—La Bruyère dijo, si no me equivoco, que nada refresca tanto la sangre como haber evitado la comisión de una tontería.

—De acuerdo, pero éste es un beneficio negativo, y yo tengo una edad y una situación económica que me obligan a preocuparme por alcanzar resultados más serios. El interés que os dignáis demostrarme no debe detenerse ante la idea de hacer tabla rasa de mis sentimientos, Quiero a la señorita Colleville con un amor, ciertamente, que no tiene nada de imperioso ni de dominador, pero, en fin, la quiero, me han prometido su mano y, antes de renunciar a ella...

—Así —dijo vivamente la condesa—, en un caso determinado vos no estaríais lejos de una ruptura —añadiendo de una manera más reposada—, y habría cierta posibilidad de haceros comprender que, entregándoos de este modo a la primera ocasión, comprometíais todo vuestro porvenir, pues podrían presentarse otros partidos.

—Pero al menos, señora, habría que presentirlos, que vislumbrarlos.

Esta perseverancia en recibir garantías pareció ofender a la condesa.

—La fe, señor —dijo—, sólo es una virtud cuando se cree a ciegas. Vos dudáis de vos mismo, lo que me parece otra clase de torpeza. No soy afortunada en mis protecciones.

—Pero, en fin, señora, ¿tan indiscreto es que insista para saber al menos de una manera remota lo que vuestra benevolencia ha podido soñar para mí?

—Indiscretísimo —respondió fríamente la húngara—, pues me es fácil ver que no prometéis más que una docilidad, condicionada. No se hable más de ello. Vuestras relaciones con la señorita Colleville se hallan muy avanzadas, ella os conviene bajo muchos aspectos, tomadla por esposa; os repito que no volveréis a encontrarme en vuestro camino.

—¿Me conviene, en efecto, la señorita Colleville? —repuso La Peyrade—. Precisamente aquí es donde habéis hecho nacer mis dudas hace un momento. ¿Y no consideraríais que resulta un poco cruel hacerme sucesivamente dos afirmaciones contradictorias sin ninguna prueba en su apoyo?

—¡Ah —dijo la condesa con una ligera impaciencia—, mi opinión tiene que estar respaldada por pruebas justificativas! Caballero, hay algo muy concluyente y que puedo afirmaros: Celeste no os ama.

—Creo, efectivamente —respondió La Peyrade con humildad—, que más bien se trata de realizar un matrimonio de conveniencia.

—Y ella no puede amaros —continuó la señora de Godollo animándose—, porque no puede comprenderos. Su verdadero marido sería ese jovencito rubio, tímido y soso como ella; del contrato de esas dos naturalezas sin vida ni calor surgirá esa tibieza mutua que, según la opinión de la clase en que ha nacido y en que ha vivido, constituye el summum de la felicidad conyugal. Vamos, intentad dar a entender a esa tontuela que la fortuna, cuando tiene la suerte de encontrarse con el talento en su camino, tiene que considerarse muy honrada por el encuentro. ¡Y sobre todo, tratad de hacérselo entender a las personas odiosas y mezquinas que la rodean! ¡Burgueses enriquecidos, bajo cuyo techo os proponéis ir a reposar de vuestra dura labor y vuestras largas pruebas; y pensad que, veinte veces al día hallarán insultantemente liviana vuestra aportación, pesada al lado del dinero que ellos aportan! Por un lado, la *Ilíada*, el *Cid*, el *Freyschiitz* y los *frescos del Vaticano*; por el otro, cien mil escudos contantes y sonantes: y decidme, ¿de qué lado se volverá su admiración? ¿Sabéis con quién comparo al artista, al hombre de imaginación caído en la atmósfera burguesa? Con Daniel arrojado al foso de los leones, pero sin el milagro

de las Sagradas Escrituras.

Aquella inventiva contra la burguesía fue pronunciada sen un tono de acalorada convicción que difícilmente podía dejar de resultar contagioso.

—¡Ah, señora —exclamó La Peyrade—, con qué elocuencia decís las cosas que frecuentemente acuden a mi ánimo inquieto y conturbado! Pero yo siempre me he sentido acorralado por esta fatalidad cruel, la necesidad de una posición...

—¡Necesidad, posición! —le interrumpió la condesa, elevando aún más la temperatura de la conversación—. Palabras vacías de sentido, que ni siquiera tienen sonido para los hábiles, pero que hacen retroceder a los necios como temibles impedimentos. ¡Necesidad! ¿Acaso existe para las naturalezas escogidas, para las que saben lo que quieren? Un ministro gascón pronunció una frase que debería grabarse en el dintel de todas las carreras: «Todo liega para quien sabe esperar». ¿Ignoráis, pues, que el matrimonio, para los hombres de temple superior, es una cadena que los ata a las últimas vulgaridades de la existencia, o unas alas que los transporta a las más elevadas cumbres del mundo social? La mujer que os convendría, caballero, y que acaso no se haría esperar mucho en vuestra vida, si no fuese por vuestra increíble prisa por entregarla a la primera dote que pase, serla la que fuese capaz de comprenderos, porque os hubiese adivinado; la que fuese una colaboradora para vos, una confidente intelectual, y no un cocido animado; la que, hoy convertida en vuestra secretaria, pudiese ser mañana la mujer adecuada de un diputado, de un embajador; aquélla, en fin, que fuese capaz de ofreceros su corazón como resorte, su salón como teatro, sus relaciones como escala y que, como única recompensa por la fuerza y el impulso que os aportase, no pidiese más que brillar junto a vuestro trono con la gloria y la prosperidad que hubiese presentido en vos.

Embriagada en cierto modo por sus propias palabras, la húngara estaba magnífica: sus ojos brillaban y las aletas de la nariz palpitaban; parecía ver las perspectivas que abría su viva elocuencia, y tocarlas con sus manos trémulas. Por un momento, La Peyrade quedó deslumbrado por aquella especie de sol que surgía esplendoroso en su vida.

Sin embargo, como era un hombre prodigiosamente prudente, y se había impuesto la ley de no prestar más que con una fianza buena y solvente, se sintió obligado a pesar nuevamente la situación.

—Señora condesa —dijo—, hace un momento me reprochabais que hablase como un burgués, pero ahora yo temo que habléis como una diosa. Os admiro, os escucho, pero no estoy convencido. Estas fidelidades, estas abnegaciones sublimes quizá se encuentran en el cielo, pero, en la tierra, ¿quién puede alabarse de haber sido su objeto?

—Os equivocáis, caballero —contestó la condesa con solemnidad—. Semejantes fidelidades son raras, pero no son increíbles ni imposibles; únicamente hay que saber hallarlas, y, sobre todo, saber retenerlas cuando se os ofrecen.

Dicho esto, se levantó majestuosamente.

La Peyrade comprendió que había terminado por disgustarla, y que la condesa le despedía; se levantó a su vez, se inclinó con respeto y pidió el favor de que volviese a recibirle alguna vez.

—Caballero —le respondió la señora de Godollo—, nosotros los húngaros, gentes primitivas y casi salvajes, cuando abrimos la puerta de nuestra casa, la abrimos de par en par, pero cuando la cerramos, lo hacemos con doble cerrojo.

Esta respuesta digna y ambigua fue acompañada de una leve inclinación de cabeza. Aturdido, confundido por aquellos modales, para él tan nuevos, y que no guardaban el menor parecido con los de Flavie, Brígida y la señora Mínard, La Peyrade salió, preguntándose si había llevado bien el juego.

VI

LA ROCA TARPELLA ESTÁ CERCA DEL CAPITOLIO

Al salir de casa de la señora de Godollo, La Peyrade sintió necesidad de reflexionar. En el fondo de la conversación que acababa de sostener con aquella extraña mujer, ¿qué se ocultaba: una trampa o un rico partido que se le ofrecía? En la duda, dar prisas a Céleste para que se decidiese no era hábil ni prudente, pues solicitar una solución era comprometerse y cerrar la puerta a las ocasiones, aún mal definidas, que acababan de revelarse.

El resultado de la consulta que Teodosio celebró consigo mismo paseando por el bulevar fue que, de momento, únicamente debía tratar de ganar tiempo; por consiguiente, en vez de presentarse en casa de los Thuillier, volvió a la suya para escribir el billete siguiente:

«Mí querido Thuillier:

»Sin duda no encontrarás extraordinario que hoy no me haya presentado en tu casa; además de que tengo miedo de la sentencia que se pronuncie, no deseo parecer un acreedor impaciente y mal educado. Unos días más o menos poco importan en semejante trance, y en cambio la señorita Colleville puede considerarlos útiles para alcanzar una resolución enteramente libre. Así, pues, no te veré hasta que tú me escribas. Aprovechando un poco de tranquilidad, he añadido algunas páginas a nuestro manuscrito, y ahora ya falta muy poco para que estemos en disposición de entregarlo todo a la imprenta.

»Con saludos cordiales,

»*Teodosio de La Peyrade.*»

Dos horas después, vestido con un traje que evidentemente era una tradición a la librea que aún no se decidían a ponerle, el criado al que se había referido Minard trajo

una respuesta concebida en los siguientes términos:

«Ven esta noche sin falta; hablaremos de todo con Brígida.

»Un afectuoso saludo de tu amigo,

»*Jerónimo Thuillier.*»

—¡Bien! —se dijo La Peyrade—. La cosa no marcha sola y todavía tendré tiempo de cambiar de parecer.

Por la noche, cuando se hizo anunciar en casa de Thuillier, la condesa de Godollo, que entonces estaba con Brígida, se apresuró a levantarse y a despedirse. Al pasar junto al abogado, le dirigió una salutación ceremoniosa. No se podía deducir nada concluyente de aquella brusca partida, que podía significar cualquier cosa.

Después de hablar un poco de la lluvia y del buen tiempo, como es propio entre las personas reunidas para tratar de asuntos delicados sobre los que no están seguras de entenderse, Brígida, que había enviado a su hermano a dar una vuelta por el bulevar diciéndole que la dejase hacer, dijo:

—Amigo mío, sois muy amable de no haber venido como un bandolero a ponernos la pistola en el pecho, pues aún no estamos preparados para responderos. Me parece —agregó tomando su metáfora de su antigua profesión de usurera— que Céleste tiene necesidad de una pequeña renovación.

—¿Así —preguntó vivamente La Peyrade—, no se ha decidido a favor de Félix Phellion?

—¡Pícaro! —repuso la solterona—. Anoche arreglasteis muy bien las cosas, pero vos no podéis saber que tiene cierta inclinación por ese joven.

—Habría que ser ciego para no verlo —contestó el abogado.

—Mas esto, por otra parte, no es un obstáculo para mis proyectos —prosiguió la señorita Thuillier—, pero explica que tenga que pedirnos un poco de crédito para Céleste, y también porque deseo aplazar el matrimonio para una fecha más alejada. Quería daros tiempo para que conquistaseis el espíritu de la jovencita, pero entre vos y Thuillier habéis desbaratado todos mis planes.

—Yo creo —dijo La Peyrade— que nada se ha hecho sin vuestro consentimiento y aprobación, y, si durante estos quince días no se ha hablado de nada, ha sido por pura discreción; Thuillier me dijo que ya os habíais puesto de acuerdo en todo.

—Pero en cambio, Thuillier sabe muy bien que yo nunca he querido inmiscuirme en vuestras combinaciones, y tal vez si vos no hubieseis estado tan raro en estos últimos tiempos, yo hubiera sido la primera en manifestaros que no las aprobaba. Sin embargo, puedo decir que no he hecho nada para impedir su éxito.

—Nosotros queríamos más —añadió La Peyrade—, Vuestro concurso nos era necesario.

—Es posible, pero yo, que conozco a las mujeres mejor que vos, pues soy de la partida, ya sospechaba que, entre los dos novios a escoger, Céleste únicamente veía la

autorización de pensar a su antojo en el que más le agradase, y precisamente yo siempre la había dejado indecisa respecto a Félix, pues sabía muy bien el momento en que convendría poner orden en su cabecita.

—En una palabra —repuso La Peyrade—, que me rechaza.

—Mucho peor que esto: os acepta, pues dice que había dado su palabra; pero es tan fácil ver que se considera una víctima, que en vuestro lugar yo no me sentiría halagad© ni tranquilizado por semejante éxito.

Si hubiese estado en otra disposición de ánimo, La Peyrade hubiera contestado que aceptaba el sacrificio y que era cuenta suya conquistar aquel corazón que, de momento, sólo se le entregaba a regañadientes; pero como le convenía cierto aplazamiento, preguntó a Brígida:

—¿Cuál es entonces vuestro parecer? ¿Por qué partido debo decidirme?

—Por el partido —respondió Brígida— de acabar primero el libro de Thuillier, porque mi hermano ya está perdiendo los estribos, y luego conviene que me dejéis maniobrar en defensa de vuestros intereses.

—¿Pero, están en manos amigas? ¡Porque, títa, no puedo ocultarme que desde hace algún tiempo habéis cambiado mucho conmigo!

—¿Que yo he cambiado con vos? ¿Dónde veis tal cosa, visionario?

—¡Oh, son simples matices! —prosiguió La Peyrade—. Pero es muy evidente que desde que ha entrado esa condesa Toma en vuestra casa...

—Mi pobre muchacho, la húngara me ha hecho favores y yo le estoy agradecida. ¿Acaso esto es motivo para que no cumpla con vos, que aún nos los habéis hecho mayores?

—Tendréis que convenir —dijo ladinamente La Peyrade— que ella os ha hablado muy mal de mí.

—No hay que ser muy listo para adivinarlo: las bellas damas como ella quieren que todo el mundo las adore, y sabe que vos únicamente pensáis en Céleste; pero todo cuanto haya podido decirme, ha resbalado sobre mí como el agua sobre un encerado.

—Entonces, títa —preguntó La Peyrade—, ¿puedo seguir contando con vos?

—Desde luego, si no me atormentáis y me dejáis hacer.

—¡Veamos! ¿Y qué haréis? —dijo La Peyrade con aire bonachón.

—De momento diré a Félix que no vuelva a poner los pies en esta casa.

—¿Es posible? —repuso el abogado—, ¿Lo consideraréis conveniente?

—Muy posible, y se lo haré decir por el propio Phellion, Como es un hombre de principios, será el primero en reco nocer que, ya que su hijo no hace lo necesario para lograr la mano de Celeste, debe privarnos de su presencia.

—¿Y después?

—Después, diré a Celeste que la dejamos en libertad de escoger un marido u otro y que, ya que no quiere a Félix, tiene que quedarse con vos, que sois un joven piadoso, tal como ella desea. Tranquilizaos, os alabaré mucho y elogiaré vuestra

generosidad al no querer aprovecharos del compromiso que ella había asumido; pero todo esto requerirá tiempo, y, si tenemos que esperar ocho días más para que se termine el libro, quizá nos veamos obligados a ingresar a Thuillier en Charenton.

—El libro puede aparecer dentro de dos días... ¿Pero de veras, títa, hacemos juego limpio? Suele decirse que las montañas no se encuentran, pero los hombres pueden encontrarse, y, ciertamente, cuando llegue el momento de la elección, yo puedo servir bien o mal a Thuillier. Figuraos que el otro día tuve un miedo atroz. Llevaba encima una carta en que él me hablaba de su libro, diciendo que lo había escrito yo. Por un momento temí haber perdido aquella carta en el Luxemburgo. ¡Menudo enredo se hubiera armado en el barrio!

—¡Hay que andarse con cuidado con individuos tan marrulleros como vos! —dijo la solterona, que comprendió perfectamente lo que había de conminatorio en esta última frase, pronunciada sin transición en la conversación—. ¿Es que tenéis algo que reprochamos? —añadió—, ¿No sois más bien vos quien ha faltado a sus promesas? ¿Qué me decís de esa cruz que debía obtener dentro de ocho días y del libro que tenía que haberse publicado ya hace tiempo?

—El libro y la cruz llegarán en su momento oportuno —respondió La Peyrade levantándose—. Decid a Thuillier que venga a verme mañana por la noche, creo que podremos corregir la última hoja. Pero, sobre todo, no prestéis demasiado oído a las maledicencias de la señora de Godollo: me parece que al hacerse dueña de la casa, quiere alejar a todos vuestros amigos, al mismo tiempo que ha puesto sus ojos en Thuillier.

—En realidad —dijo la solterona, a quien el infernal abogado, al partir, acababa de tocar en el punto siempre sensible de su autoridad—, conviene que preste atención a lo que acabáis de decirme: ¡la condesita, en efecto, es un poco coqueta!

La Peyrade consiguió otro beneficio con esta frase, hábilmente lanzada en la conversación: por la respuesta de Brígida, coligió que la condesa no había hablado de la visita que le hizo aquel mismo día. Aquella reticencia podía tener un gran alcance.

Cuatro días después, el impresor, el encuadernador y el satinador terminaron de efectuar su trabajo y Thuillier, a la caída de la tarde, pudo experimentar la indescriptible felicidad de darse un paseo por los bulevares, llegando hasta los pasajes y el Palacio Real. Su vista se animaba cuando distinguía en todos los escaparates de las librerías, brillando sobre un cartel amarillo, el famoso título:

DEL IMPUESTO Y DE LA AMORTIZACIÓN

por J. THUILLIER

Miembro del Consejo General del Sena

Persuadido de que, debido a la atención con que había corregido las pruebas, le correspondía el mérito de la obra, su corazón paternal, como el de maese Cuervo, rebosaba júbilo. Conviene añadir que tenía en muy poca estima a los editores que no

anunciaban la venta de aquella *novedad*, destinada, en su opinión, a convertirse en un acontecimiento europeo. Sin darse cuenta cabal de cómo podría arrancarlos de su indiferencia o castigarla, la verdad es que tomaba nota de aquellas casas rebeldes, a las que deseaba tanto mal como si hubiese recibido de ellas una afrenta.

Al día siguiente, pasó unas horas deliciosas escribiendo cierto número de esquelas de envío y separando medio centenar de ejemplares a los que el hecho de inscribir, de su puño y letra, la frase sacramental *Obsequio del autor*, le parecía conferirles un precio Inestimable.

Pero al tercer día de haber sido puesto a la venta su libro, vio menguada su felicidad. Tomó por editor a un joven que se había establecido desde hacía poco en el pasaje de los Panoramas, donde hacía de librero con espíritu temerario, pagando un alquiler ruinoso. Sobrino de Barbel el librero que Brígida tenía por inquilino en la casa de la calle Saint-Dominique-d'Enfer, y al que ella descontaba sus efectos, aquel Barbet *junior* era un mozo que no sospechaba nada y que, cuando su tío le presentó a Thuillier, se comprometió, a condición de que no le regateasen los anuncios, a publicar una segunda edición al cabo de una semana, necesaria porque la obra se habría agotado.

Ahora bien, Thuillier gastó cerca de mil quinientos francos en pagar la publicidad; envió numerosos ejemplares a los periódicos, y, transcurridos tres días, las ventas ascendían a SIETE ejemplares, y aun, de estos siete, tres fueron adquiridos a crédito.

Pudiera creerse que al dar a conocer al consternado Thuillier este resultado tan ridículo, aquel joven editor habría perdido algo de su aplomo.

Por el contrario, aquel Guzmán de la librería manifestó:

—Estoy encantado de lo que pasa. Si hubiésemos vendido un centenar de ejemplares, me inquietaría por los mil quinientos que hemos tirado; yo llamaría a esto disparar con dificultad, mientras que esta venta tan insignificante rae demuestra que la edición se agotará de repente.

—¿Pero, cuándo? —preguntó Thuillier, a quien le pareció algo paradójico aquel punto de vista.

—¡Pardiez! —respondió Barbet—, cuando tengamos artículos en todos los periódicos. Los anuncios sirven únicamente para despertar la atención del público; le hacen fijarse en una obra y decirse: «He aquí una publicación que debe de tener interés». *Del impuesto y de la amortización*, ¡bonito título! Pero cuanto más incitante es el título, más desconfía el público... ¡Ha caído tantas veces en la trampa! Entonces espera las críticas, mientras que, para un libro destinado a tener una venta mediocre, siempre hay un centenar de compradores inmediatos, pero después de ello, ¡adiós, muy buenas!, no colocamos ni un ejemplar.

—¿Cómo es esto? —dijo Thuillier—. ¿Así, no creéis que la venta sea para desesperarse?

—Al contrario, no puedo verla mejor. Cuando *Les Débats*, *Le Constitutionnel*, *Le*

Siècle y La Presse, solamente éstos, se hallan ocupado del libro, y sobre todo si os hace una crítica *Les Débats*, que es ministerial, en menos de cuatro días la edición se habrá agotado.

—Habláis muy tranquilo —respondió Thuillier—. ¿Pero, cómo abordar a todos esos corifeos de la prensa?

—¡Ah, de eso me encargo yo! —afirmó Barbet—. Estoy en muy buenas relaciones con todos los redactores jefes; dicen que tengo el diablo en el cuerpo y que les recuerdo a *Ladvocat* en sus buenos tiempos.

—Entonces, mi querido amigo, ya debierais haberlos visitado.

—¡Ah!, permitidme, papá Thuillier. Hay una manera de abordar a los periodistas, y, como ya habéis protestado por la cifra de mil quinientos francos que os han costado los anuncios, no me he atrevido a pedirlos que me abráis otro crédito extraordinario.

—¿Por qué otro crédito?

—Cuando os nombraron miembro del consejo general del Sena —repuso el librero—, ¿dónde se tramó vuestra elección?

—¡Pardiez! En mi casa —respondió Thuillier.

—En vuestra casa, sin duda, pero durante una comida seguida de baile, cuyo baile fue rematado por una cena. Pues bien, mi querido maestro, no existen dos maneras de abordar los asuntos; ya lo dijo Boileau:

¡Todo se hace cenando en los tiempos que estamos, y por medio de cenas nos hacemos los amos!

—¿Así, sois del parecer de que organice una cena de periodistas?

—Sí, pero no en vuestra casa, porque a los periodistas les aburre la presencia de señoras. ¡Hay que saber mantenerse en su lugar! Y además, lo que conviene no es una cena, sino un almuerzo. Por la noche, esos caballeros tienen que asistir a estrenos, confeccionar el periódico, sin contar con sus asuntillos; mientras que por la mañana, no tienen que pensar en nada; yo siempre he ofrecido almuerzos.

—Pero estos ágapes salen caros. ¡Los periodistas son unos señores muy sibaritas!

—¡Bah! Veinte francos por cabeza, con el vino aparte. Suponed que invitáis a una docena, con un centenar de escudos podréis arreglarlo todo muy bien. Incluso es preferible un almuerzo, bajo el punto de vista del ahorro; una cena no la podríais organizar por menos de un billete de quinientos francos.

—¡No os entusiasméis, joven! —dijo Thuillier.

—¡Toma! Todo el mundo sabe que ser diputado cuesta caro, y lo que preparáis con esto es vuestra candidatura.

—¿Cómo haré para contar con esos caballeros? ¿Acaso debo ir a invitarles personalmente?

—En absoluto; vos les habéis enviado vuestro libro, los citáis en casa de Felipe o en Véfour, y lo comprenderán a las mil maravillas.

—Diez invitados —murmuró entonces Thuillier, que empezaba a entrar en la idea

—. No creo que haya tantos periódicos importantes...

—Es cierto —repuso el editor—, pero también hay que contar con los perrillos ladrones, que son los que gritan más. Este almuerzo será sonado; es preciso evitar que piensen que hacéis una selección, pues os crearíais tantos enemigos como periodistas excluyeseis.

—Entonces, según vos, ¿bastaría con enviar invitaciones?

—Sí, yo haré una lista, vos escribiréis las cartas y me las enviaréis; yo me encargaré de hacerlas llevar y entregaré muchas en propia mano.

—Si estuviese seguro de que este gasto causará el efecto deseado —dijo Thuillier con indecisión.

—Me gusta ese *si estuviese seguro* —repuso Barbet dándose aires de importancia —; pero, mi querido maestro, se trata de un dinero puesto en hipoteca: con esto os garantizo la venta de los mil quinientos ejemplares que, a cuarenta sueldos, deduciendo las comisiones, hacen tres mil francos. Como veis, se cubre con exceso vuestros gastos ordinarios y extraordinarios.

—En fin —dijo Thuillier al tiempo que se marchaba—, Hablaré de ello con La Peyrade.

—Como vos queráis, mi querido maestro, pero decidlos pronto, porque nada se enmohece tanto como los libros: escribir en caliente, servir en caliente y comprar en caliente, he aquí los tres tiempos del ejercicio para el autor, el editor y el público, y, fuera de esto, no se hacen más que chapucerías, en las que es mejor no tener arte ni parte.

Cuando Thuillier consultó a La Peyrade, éste no consideró que el remedio fuese muy heroico, pero como en el fondo alimentaba contra Thuillier unos sentimientos de la más aguda animosidad, estuvo encantado de que impusiesen a la necesidad capaz y a la inexperiencia importante de su amigo, aquel nuevo impuesto del cual él le hablaba.

Por lo que respecta a Thuillier, el afán de presentarse como un publicista y de que hablasen de él, le dominaba hasta tal punto que, pese a lamentar la nueva sangría ocasionada a su bolsa, ya se había decidido al sacrificio, incluso antes de solicitar el parecer del abogado. Por lo tanto, la aprobación muy comedida y circunspecta de La Peyrade bastó para afianzarle en su determinación, y aquella misma noche volvió a la tienda de Barbet *junior* para pedirle la famosa lista de las invitaciones.

Barbet redactó con presteza su pequeño catálogo, y, en vez de diez invitados, como había anunciado, llegó a la cifra de quince, sin contarse a sí mismo va La Peyrade, que Thuillier deseó tener como segundo en aquella reunión, en la que se encontraría un poco embarazado.

Cuando Thuillier pasó la vista por la lista que el editor acababa de entregarle, dijo:

—¡Vaya, mi querido amigo! Veo que ponéis aquí los nombres de unos periódicos de los que nunca ha oído hablar a nadie. ¿Qué son *El Mor atizador*. *La Linterna de Diógenes*, *El Pelicano* y *El Eco del Castor*?

—¡No se os ocurra —respondió Barbet— despreciar *El Eco del Castor*, un periódico que se imprime en el distrito XII, por el que pensáis presentaros y que está patrocinado por todos los curtidores más importantes del barrio Mouffetard!

—Pase por éste —respondió Thuillier—, pero, ¿y *El Pelicano*?

—¿*El Pelicano*? ¿El diario que se encuentra en la sala de espera de todos los dentistas, los primeros anunciantes desvergonzados del mundo? ¿Cuántas muelas creéis que se arrancan diariamente en París, por término medio?

—¡Vamos, ya está bien! —exclamó Thuillier, que con su autoridad borró varios nombres, a fin de reducir a catorce el número de invitados.

—Y si falta uno —observó Barbet—, seremos trece.

—¡Vaya, hombre! —dijo Thuillier, dándoselas de espíritu fuerte—. ¡Bueno estoy yo para creer en estas supersticiones!

Y, terminada la lista y reducida a catorce, acto seguido, en una esquina de la mesa del editor, Thuillier escribió las invitaciones a dos días fecha, en vista del apremio y de que Barbet le afirmó que nadie encontrarla anormal la brevedad del plazo.

La reunión se convocó en Véfour, el restaurante por excelencia de los burgueses y los provincianos. Barbet incluso llegó antes que Thuillier, quien lucía un nudo de corbata que, por sí solo, hubiera bastado para causar sensación entre aquella burlona sociedad en cuyo seno iba a manifestarse.

Por su cuenta y riesgo, el editor hizo cambiar varios artículos del menú, y, especialmente, en vez del vino de Champaña burguesamente puesto a los postres, ordenó que pusiesen a la mesa, desde el principio de la comida, dos botellas con hielo, junto con algunas libras de camarones, en los que el anfitrión no había pensado.

Thuillier, que aprobó todas estas medidas sin demasiado entusiasmo, fue seguido por La Peyrade; luego se produjo una gran laguna en la llegada de los invitados: el almuerzo estaba señalado para las once y a las doce menos cuarto aún no había aparecido nadie.

Barbet, que no se inmutaba jamás, expresó la consoladora idea de que en las invitaciones para almorzar como en los entierros, todo el mundo sabe que las once quiere decir el mediodía.

En efecto, un poco antes de esa hora, se presentaron dos caballeros con barba de chivo, que exhalaban un fuerte olor de cafetín. Thuillier les agradeció efusivamente el *honor* que se dignaban hacerle; después comenzó una nueva espera, cuyas torturas no es necesario referir.

A la una, el contingente reunido ascendía a cinco invitados, sin contar a Barbet y La Peyrade. Es inútil decir que ningún periodista que se preciase un poco y tuviese cierta categoría respondió a aquella invitación absurda. No hubo más remedio que sentarse a la mesa; las escasas frases de cortesía que Thuillier cosechó acerca del *inmenso* interés de su publicación no bastaron para ocultarle la amargura de aquel desengaño, y, sin la alegría del editor, que recogió las riendas que Thuillier dejaba flotar, sombrío como Hipólito camino de Micenas, nada hubiera podido compararse a

la frialdad lúgubre y glacial de aquella reunión.

Una vez servidas las ostras y los vinos de Champaña y de Chablis destinados a regarlas, ya empezaban pese a todo a hacer subir el termómetro, cuando un joven de gorra que irrumpió en el salón del banquete, asestó a Thuillier el golpe más terrible e inesperado.

—¡Jefe —dijo el recién llegado a Barbet (era un dependiente de su librería), estamos aviados! La policía se ha presentado en la librería; hay un comisario y dos agentes que vienen a confiscar el libro de este señor. Me han dado este papel para vos.

—Ved de qué se trata, señor abogado —dijo Barbet a La Peyrade, pasándole el papel sellado.

Bajo este golpe, su aplomo habitual se tambaleó un poco.

—Una citación perentoria para comparecer ante la Audiencia de lo criminal —contestó La Peyrade después de leer unas líneas de la enrevesada escritura del alguacil.

Thuillier, pálido como la muerte, preguntó con voz ahogada al editor:

—¿Acaso no cumplisteis todas las formalidades?

—¡Oh, no es una cuestión de forma! —añadió La Peyrade—. Se trata de una confiscación por un pretendido delito de prensa, incitación al odio y al escarnio del gobierno. Mi pobre Thuillier, en tu casa te espera sin duda una citación parecida.

—¡Pero entonces, esto es una traición! —exclamó Thuillier, perdiendo por completo la cabeza.

—Vamos, amigo, tú sabrás lo que has puesto en tu libro; yo no he visto en él nada reprochable.

—Es un malentendido —dijo Barbet recobrando su compostura—. Todo se explicará, y, como resultado de ello, tendremos una magnífica publicidad. ¿No es verdad, caballeros?

—¡Camarero, recado de escribir! —exclamó uno de los periodistas interpelados.

—¡Oh! Ya tendrás tiempo de hacer el artículo esta tarde —le dijo uno de sus cofrades—. ¿Qué tiene que ver esa bomba con este filete salteado?

Palabras que eran una parodia de la célebre frase de Carlos XII de Suecia, interrumpido por un proyectil mientras dictaba a uno de sus secretarios.

—Señores —dijo Thuillier levantándose—, os ruego que me disculpéis. Si como cree el señor Barbet hay un error en todo esto, conviene aclararlo inmediatamente; por lo tanto, con vuestro permiso, me voy ahora mismo al tribunal, La Peyrade —añadió con tono significativo—, supongo que no te negarás a acompañarme. Y vos, mi querido editor, no haríais mal en venir con nosotros.

—¡Desde luego que no voy! —respondió Barbet *júnior*—, Cuando como, como; si el tribunal ha hecho una tontería, tanto peor para él.

—¡Pero si la acción judicial es grave! —exclamó Thuillier en el colmo del sobresalto.

—En tal caso diré, y es cierto, que no he leído ni una sola palabra de vuestro libro. Lo único que me disgusta es pensar que esos condenados *jurys* no son muy amigos de las barbas; tendré que afeitarme la mía, si debo comparecer ante ellos.

—Mi querido anfitrión, haced el favor de sentaros —dijo el redactor jefe del *Eco del Castor*—. Nosotros os defenderemos: ya tengo preparado un artículo que armará un revuelo tremendo entre los vendedores de pellas; esa honorable corporación constituye una verdadera potencia.

—¡No, señores, no! —exclamó Thuillier—. Un hombre como yo no puede permanecer ni media hora bajo la acusación que se me ha hecho. Continúad sin nosotros; espero volver a veros bien pronto. ¿Vienes, La Peyrade?

—¡Es encantador! —dijo Barbet viendo partir a Thuillier y a su acólito—. ¡Dejar un almuerzo después de las ostras para ir a hablar con un suplente cualquiera! Vamos, señores, cerremos filas —agregó con entusiasmo.

—¡Toma! —dijo uno de los periodistas hambrientos, después de mirar distraídamente al jardín del Palacio Real, al que daba el salón del restaurante—. ¡Por ahí pasa Barban chu! ¿Y si le invitase a subir?

—¡Pues no faltaba más! —replicó Barbet *júnior* parodiando un anuncio que todo el mundo ha podido leer en las esquinas: *Un padre de familia solicita un sustituto*.

—¡Barbanchu, Barbanchu! —gritó entonces el mismo periodista.

Barbanchu, tocado con su sombrero puntiagudo, tardó bastante tiempo en reconocer la *nube* desde lo alto de la cual le hablaban.

—¡Por aquí! —gritó la misma voz, que le pareció celestial cuando vio que quien le llamaba era un hombre que tenía una copa de vino de Champaña en la mano.

Y cuando vieron que vacilaba, todos le gritaron a coro:

—¡Sube, querido, vamos, sube! ¡Hay buena pitanza!

VII

TODO O NADA

Al salir del tribunal, Thuillier ya no podía hacerse la menor ilusión. Se hallaba bajo los efectos de una acción legal de las más graves, y por la manera severa como había sido recibido, todo le hacía creer que al propio tiempo sería tratado sin ninguna indulgencia.

Entonces, como sucede siempre entre los cómplices cuando fracasa la empresa organizada en común, comenzaron para La Peyrade las agrias interpelaciones: «¡No había prestado atención a nada de lo que escribía; se lanzó a rienda suelta con sus estúpidas ideas sansimonianas; le importaban un bleo las consecuencias, pues no era él quien tendría que pagar la multa e ir a la cárcel!» Luego, cuando La Peyrade

respondió que el asunto no le parecía grave y que él se encargaba de alcanzar un veredicto de no culpabilidad, Thuillier le respondió:

—¡Pardiez! Todo os parece muy sencillo. El señor no ve en esto más que una causa que le permitirá lucirse; pero yo no pondría mi honor ni mi fortuna en manos de un pájaro de vuestra calaña. Si el asunto pasa a la Audiencia, tomaré un abogado famoso. ¡Ya tengo bastante con vuestra colaboración!

La Peyrade sintió que montaba en cólera al escuchar aquellos injustos reproches. Sin embargo, se veía desarmado y como no deseaba una ruptura, acabó por separarse de Thuillier diciendo que perdonaba a un hombre exaltado por el miedo y que por la tarde iría a ver si había recuperado un poco la calma; al propio tiempo, tratarían de entenderse acerca de las gestiones que podían intentarse.

Alrededor de las cuatro, en efecto, el provenzal pasó por la casa del bulevar de la Madeleine. La irritación de Thuillier se había apaciguado, dando lugar a una espantosa consternación. Media hora después, hubiérase dicho que no habría estado más deshecho y abatido si hubiesen ido a buscarlo para conducirlo al patíbulo. Cuando el abogado entró, la señora Thuillier le hacía tomar una infusión de tila. La pobre mujer había salido de su acostumbrada apatía y se mostraba como una auténtica Eponina junto a otro Sabino.

En cuanto a Brígida, que no tardó en aparecer trayendo un pediluvio, se mostró sin merced ni medida hacia el abogado; sus reproches ásperos, amargos y desproporcionados en relación con la falta, suponiendo que se hubiese cometido, hubieran hecho salir de sus casillas al hombre más plácido. La Peyrade se sintió perdido en casa de los Thuillier, donde parecían explotar con celo la ocasión de faltarle de palabra y permitirse todas las libertades con la más repugnante ingratitud. Al escuchar una irónica alusión a la manera como sabía hacer condecorar a sus amigos, Teodosio se levantó y despidióse, sin que nadie hiciese nada por retenerle.

Después de haber caminado un rato por la calle, el provenzal, en medio de su indignación, se acordó de la señora de Godollo. A decir verdad, desde la primera entrevista, su pensamiento había vuelto con frecuencia a la bella extranjera.

Ella no se había levantado para irse únicamente una vez, cuando él llegó a casa de los Thuillier encontrándose la condesa presente: aquella maniobra se repitió durante todos sus encuentros, y, sin alcanzar a discernir su sentido, La Peyrade se dijo que, en todos aquellos casos, aquel deseo manifiesto de esquivarle significaba algo muy distinto de la indiferencia. Después de la primera visita, no hubiera sido hábil volver inmediatamente a casa de la bella extranjera; pero en el momento actual, había transcurrido ya el plazo necesario para hacer suponer que continuaba siendo enteramente dueño de sus actos. Así, pues, volvió sobre sus pasos y, sin preguntar al portero si la condesa estaba en casa, como si fingiese subir de nuevo al piso de los Thuillier, llamó a la puerta del entresuelo.

Como en la primera visita, la doncella le rogó que esperase mientras iba a avisar a su señora, pero el aposento donde le hizo esperar no era el comedor, sino un saloncito

dispuesto como biblioteca.

Su antecámara fue larga; él no sabía qué pensar. Sin embargo, se tranquilizaba diciéndose que, si se hubiese tratado de despedirle, no le hubieran hecho esperar tanto.

Por último regresó la doncella, pero tampoco venía esta vez para introducirle.

—La señora condesa —le dijo—, está ocupada, y ruega al señor que tenga la bondad de esperar examinando algunos libros de su biblioteca, porque sus asuntos acaso la retendrán más tiempo del que desearía.

Como esta excusa, tanto en el fondo como en la forma, no tenía nada de desalentadora, el abogado se dispuso a cumplir el consejo que le habían dado contra el aburrimiento. Sin necesidad de abrir ninguno de los armarios de palisandro tallado que contenían la colección más lujosamente encuadernada que él jamás hubiese visto, en una larga mesa de patas torneadas, cubierta por un tapete verde, encontró una mezcla de libros más que suficiente para el *consumo* de un hombre cuya atención estaba fija en otra parte.

Pero a medida que abría los libros puestos a su disposición, le parecía como si se hubiesen complacido en someterle al suplicio de Tántalo: tan pronto era una obra inglesa • como una alemana o una rusa; incluso encontró una impresa en caracteres turcos. ¿Acaso se habían divertido disponiendo aquella trampa políglota para que cayese en ella?

Un volumen acabó por llamar su atención. La encuadernación, al contrario de todos aquellos que para él eran ira misterio, resultaba mucho menos lujosa que galante. Destacándose y contrastando con los demás libros en un rincón de la mesa, permanecía abierto, con el lomo al aire y los cantos apoyados en el tapete verde, sobre el que se alzaba como una pequeña tienda. La Peyrade lo tomó, teniendo cuidado en conservar la página, al parecer, intencionadamente señalada por alguien.

Era un tomo de la edición ilustrada de las obras de Scribe; el grabado que pudo contemplar el provenzal representaba la escena principal de un vodevil del Gimnasio, titulado *El odio de una mujer*.

Deben ser muy pocas, entre nuestras lectoras, las que no conozcan la trama de esta obra, que, según se dice, fue inspirada al ilustre autor de tantas pequeñas obras maestras por una frase que escuchó un día de labios de su portera; «Hay algunos, decía aquella mujer, que fingen escupir en la fuente, para asquear a los demás y quedárselo todo para ellos».

Efectivamente, el principal personaje del *Odio de una mujer* es una joven viuda que persigue con furioso encarnizamiento a un pobre joven que ya no puede más. Para todos se trata de un odio a muerte. Con sus maldades, ella casi le hace perder su reputación y le frustra un rico matrimonio, pero en resumen, lo hace para darle mucho más de lo que le quita, pues al desenlace se entrega ella misma y convierte a su pretendida víctima en su marido.

Si el azar fue quien aisló aquel volumen y lo abrió por el lugar preciso por el cual

La Peyrade lo encontró señalado, hay que convenir, después de lo sucedido entre él y la condesa, que el azar tiene a menudo un aspecto muy hábil e ingenioso.

Pensando en la significación profunda que podía tener aquella combinación más o menos fortuita, La Peyrade se puso a leer algunas escenas para ver si, tanto en el detalle como en el conjunto, la alusión podía aplicarse estrechamente a su situación. Mientras efectuaba esta lectura con tus interés al que no dejaba de mezclarse la distracción, se oyó un ruido de puertas y el abogado, al reconocer la voz argentina y un poco despreocupada de la bella húngara, comprobó que acompañaba a alguien.

—Así, pues —decía el interlocutor de la gran dama (ya que era un interlocutor) —, ¿puedo prometer a la señora embajadora que esta noche honraréis su baile con vuestra presencia?

—Desde luego, comendador, si es que mi jaqueca que en estos momentos parece ir cediendo, me hace el favor de abandonarme por completo.

—Entonces, hasta la vista, mi adorable criatura —dijo la voz del interlocutor.

Después las puertas se cerraron y todo permanece silencioso como antes.

Aquel nombre de comendador tranquilizó un poco a La Peyrade, pues no es un título muy en uso entre los jóvenes lechuguinos. Sin embargo, sentía curiosidad por saber quién era aquel personaje con el que la condesa había permanecido encerrada tanto tiempo. Al no oír venir a nadie, el abogado se acercó a la ventana que daba a la calle y entreabrió los visillos con precaución, dispuesto a dejarlos caer al menor ruido y dar una media vuelta para evitar el verse sorprendido en flagrante delito de curiosidad. Un elegante cupé, parado a pocos pasos de la casa y que él no había, observado antes de entrar, se puso en movimiento, un lacayo vestido con una librea vistosa, pero de buen gusto, se apresuró a abrir la portezuela, y un viejecillo de aspecto vivaracho y elegante, pese a representar una de esas raras reliquias del pasado que aún no se han divorciado del rapé, se instaló con presteza en el coche, que se alejó al instante con rapidez. La Peyrade pudo observar que lucía un inmenso pasador de condecoraciones. Aquel arco iris combinado con una peluca empolvada indicaba de manera inconfundible una personalidad diplomática.

La Peyrade tuvo tiempo de volver a tomar el libro, pues sucediera lo que sucediera no le parecía inútil que le sorprendiesen enfrascado en su lectura, cuando un campanillazo interior, seguido al instante por la aparición de la

doncella, le anunció que aquella larga espera tocaba a su fin.

Invitado por la doncella a seguirla, el abogado tuvo buen cuidado de no dejar el volumen tal como lo había encontrado, y, pocos instantes después, se hallaba en presencia de la condesa.

Una expresión dolorosa se pintaba en el semblante de la bella extranjera, que con aquella languidez no perdía nada de sus seducciones. Sobre el canapé en que estaba sentada, aparecía abierto, a su lado, un manuscrito redactado en papel de cantos dorados, y escrito con esa escritura ancha y opulenta que indica la mano oficial de

algún gabinete ministerial o alguna cancillería. Tenía en la mano un frasco de cristal con tapón de oro cincelado, cuyo contenido aspiraba con frecuencia, pues un fuerte olor de vinagre inglés dominaba los otros perfumes del aposento.

—¿Os encontráis mal, señora? —preguntó La Peyrade con interés.

—¡Oh! No es nada —respondió la extranjera—. Una jaqueca, a las que estoy muy sujeta. Pero vos, señor, ¿qué ha sido de vos? Ya empezaba a perder toda esperanza de volver a veros. ¿Venís a anunciarme alguna gran noticia? La fecha de vuestra boda con la señorita Colleville ya debe estar lo bastante próxima como para merecer los honores de una participación.

Este principio desconcertó un poco a La Peyrade.

—Señora —respondió en un tono ligeramente áspero—, os considero al corriente de lo que ocurre en casa de los Thuillier y por lo tanto me extraña que ignoréis que el suceso a que aludís no sólo no está próximo sino que, hoy día, incluso puedo añadir que ni siquiera es probable.

—No, os lo juro, no sé nada; me he prohibido rigurosamente demostrar el menor interés por el asunto en el que, de todos modos, cometí la tontería de inmiscuirme; hablamos de todo con la señorita Brígida, con la sola excepción del casamiento de Céleste.

—Y sin duda es el deseo de dejarme en completa libertad sobre el particular lo que os ha hecho huir cada vez que he tenido el honor de encontraros en casa de mis amigos.

—Efectivamente —contestó la condesa—, ésta debe ser la razón que me ha obligado a cederos el puesto. De lo contrario, ¿cómo se explica mi actitud huraña?

—¡Oh, señora, hay tantas razones que pueden hacer evitar la presencia de un hombre! Por ejemplo, si su actitud ha desagradado, o si los consejos que se le han dado con una rara benevolencia, no han sido acogidos con una solicitud demasiado respetuosa.

—¡Oh, mi querido señor! —repuso la condesa—. No tengo tal ardor de proselitismo como para enfadarme con las personas que no siguen dócilmente mis consejos; igual que cualquier otra persona, me hallo muy expuesta a ver las cosas al revés.

—Al contrario, señora, en la cuestión de mi matrimonio habéis visto las cosas muy justamente.

—¿Cómo? —dijo vivamente la condesa—. ¿Es que la confiscación del libro, al producirse después de esperar vanamente la cruz que no llega, ha producido una ruptura?

—No —observó La Peyrade—. Mi influencia en la casa Thuillier descansa en bases más sólidas, y teniendo en cuenta los favores que he hecho a la señorita Brígida y a su hermano, esos dos contratiempos son fácilmente reparables...

—¿Vos creéis? —le interrumpió la condesa con expresión de incredulidad.

—Evidentemente —respondió La Peyrade—, cuando la señora condesa du Briel

se meta en la cabeza el obtener esa cintita roja, a pesar de los obstáculos que se interponen en el camino de sus buenos deseos, logrará este resultado que, al fin ya la postre, no está por encima de las fuerzas humanas.

La condesa acogió esta seguridad con una sonrisa e hizo un signo negativo con la cabeza.

—Pero, señora, apenas hace unos días, la condesa Du Bruel decía a la señora Colleville que esta resistencia imprevista le había picado su amor propio, y que iría a ver personalmente al ministro.

—Sin embargo, después hubo un embargo judicial, cosa que parecéis olvidar, y por lo general no se espera a que un hombre esté sentado en el banquillo de los acusados para condecorarle. Esa confiscación, por si no lo habéis observado, acusa al señor Thuillier y quizá vos mismo, caballero, pues vos sois el verdadero culpable, con una malevolencia de la que no os dais cuenta. El tribunal, en esta ocasión, no parece haber actuado de oficio.

La Peyrade miró a la condesa.

—Reconozco, en efecto —repuso después de aquella rápida mirada—, que aún busco, en la obra retirada de la circulación, qué puede haber motivado la medida adoptada.

—Yo también opino —dijo la extranjera—, que los servidores de Su Majestad tienen que poseer una gran imaginación para persuadirse de que se hallaban en presencia de un libelo sedicioso, pero esto no hace más que probar el poder de la fuerza subterránea que desbarata todas vuestras intenciones a favor de ese excelente señor Thuillier.

—¿Conocéis a nuestros enemigos secretos, señora? —preguntó La Peyrade.

—Tal vez —contestó la condesa, con una nueva sonrisa.

—Señora —añadió La Peyrade, emocionado—, si me atreviese a manifestar una sospecha...

—Decid —respondió la señora de Godollo—. No me enfadaré porque tratéis de adivinar.

—Pues bien, señora, los enemigos de Thuillier y míos *son* una mujer.

—Supongamos que sea así —dijo la condesa—. ¿Sabéis cuántas líneas pedía Richelieu, escritas de puño y letra de un hombre, para hacerle ahorcar?

—Cuatro —repuso La Peyrade.

—Entonces, quizá os explicaréis que un tomo de más de doscientas páginas haya podido proporcionar a una mujer un poco... intrigante, materia para una demanda judicial.

—¡Me lo explico todo, señora! —exclamó La Peyrade con animación—. Creo que esta mujer es una dama distinguida con tanta malicia e ingenio como Richelieu, y que, como una maga adorable, no sólo hace moverse a la policía y a los gendarmes, sino que además inmoviliza en la mano de los ministros las cruces que están a punto de caer de ellas.

—En tal caso —replicó la condesa—, ¿de qué sirve luchar con ella?

—¡Ah, yo desisto de la lucha! —aseguró La Peyrade, midiendo en los innúmeros afanes que aquella persona se había dado la extensión de la benevolencia de que era objeto.

Y luego añadió, con un fingido tono contrito:

—¡Dios mío, señora! ¿Tanto me odiáis?

—No tanto como pudierais creer —respondió la condesa—. Pero, de todos modos, ¿si os odiase?

—¡Ah! Señora —dijo La Peyrade con exaltación—, sería el más dichoso de los infortunados, pues ese odio me parecería mil veces más precioso y dulce que vuestra indiferencia. Pero vos no me odiáis. ¿Por qué habríais de abrigar hacia mí este bendito sentimiento femenino que Scribe, en una de sus perlas del Gimnasio, pintó con tanta delicadeza e ingenio?

La señora de Godollo no respondió; bajó los ojos y prosiguió, mientras un movimiento más pronunciado de su respiración comunicaba a su voz una ligera alteración:

—¡El odio de una mujer! ¿Es posible que un hombre de vuestro estoicismo esté tan desocupado que pueda pensar en él?

—¡Oh! Sí, señora —respondió La Peyrade—. Pienso en él y me preocupa, pero no para volverme contra ella, sino, por el contrario, para bendecir el rigor con que se digna tratarme. Una vez conocida y declarada mi bella enemiga, no desesperaré de doblegarla, pues nunca volveré a seguir un camino que no sea el suyo, ni me pondré jamás bajo una bandera que ella no haya hecho suya, ya que para pensar esperaré su inspiración, para creer, su voluntad, para actuar, la menor de sus órdenes, porque seré en todo su auxiliar, más aún, su esclavo, y aunque ella quisiera rechazarme con su lindo pie y castigarme con su mano tan blanca, todo lo soportaría lleno de dicha. A cambio de tanta resignación y obediencia, yo no querría más que una merced: besar las pisadas de ese pie que me rechazaría, y el favor de cubrir con mis lágrimas esa mano que se levanta amenazadora contra mí.

Durante aquel largo grito surgido del corazón arrebatado y desenfrenado, que la alegría del triunfo entrevisto arrancó a la naturaleza tan impresionante del provenzal, éste se deslizó de su asiento y acabó por encontrarse a pocos pasos de la condesa, con una rodilla en tierra, en convencional actitud teatral, pero que en la vida real tiene más aceptación de lo que muchos se figuran.

—Levantaos, caballero —le dijo la condesa—, y tened la bondad de contestarme.

Luego le dijo, dirigiéndole una mirada inquisitiva y frunciendo sus bellas cejas:

—¿Habéis pesado bien el alcance de las palabras que acabáis de pronunciar? ¿Habéis medido toda su importancia y toda su profundidad? Con la mano sobre el corazón y sobre la conciencia, ¿sois capaz de mantener todo cuanto estas palabras prometen? ¿No seréis uno de esos pérfidos humildes que sólo fingen abrazar nuestras rodillas para hacer perder mejor el equilibrio a nuestra razón y a nuestra voluntad?

—¡Yo —exclamó La Peyrade—, jamás reaccioné contra la fascinación que para mí comenzó el día de nuestra primera entrevista! Cuanto más he resistido y me he debatido contra ella, señora, más debéis creer en su sinceridad y en su dominación tardía. Lo que he dicho, lo pienso. Lo que hoy pienso en voz alta, lo pensé para mis adentros a partir del momento en que tuve el honor de ser recibido por vos, y los largos días que he pasado luchando contra estos sentimientos avasalladores, los han convertido en una voluntad meditada que cuenta consigo misma y que ni siquiera vuestros rigores conseguirían desalentar.

—Los rigores, es posible —dijo la condesa—, pero las bondades, ya es cosa distinta. Os ruego que os examinéis con atención: nosotras, las extranjeras, no comprendemos en absoluto esa ligereza que las francesas ponen a menudo incluso en los compromisos más serios. Para nosotras, un sí es un vínculo sagrado; nuestra palabra es un acto. No queremos ni hacemos nada a medias. En las armas de mi familia, hay una divisa que ahora viene muy a cuento: *Todo o nada*; es mucho decir y casi nunca es bastante.

—¡Oh! Así lo entiendo yo también —repuso el abogado—. Lo primero que haré al salir de aquí será ir a romper con este innoble pasado que por un instante ha parecido que quisiera poner en equilibrio con el embriagador porvenir que vos no me prohibís que espere.

■—No —dijo la condesa—. Hacedlo con más calma y mesura; no me gustan las acciones irreflexivas y mal me haríais la corte produciendo un estropicio. Esos Thuillier no son malas personas en el fondo; os han humillado sin saberlo porque pertenecen a un mundo que no es el vuestro. ¿Acaso es culpa suya? Desatad los nudos sin romperlos, y, sobre todo, tomaos tiempo para reflexionar. ¡Vuestra conversión a mi religión es de fecha tan reciente! ¿Qué hombre puede tener la seguridad de lo que su corazón le dirá mañana?

—Yo, señora —respondió La Peyrade—, yo soy ese hombre. Nosotros, los del Sur, tampoco amamos a la francesa.

—Yo creía que hablábamos de odio —dijo la húngara con una encantadora sonrisa.

—¡Ah, señora! —exclamó el abogado—. Incluso después de explicarla y comprenderla, esta palabra tiene algo que hace daño; prefiero me digáis, no que me amáis, sino que las palabras que os dignasteis dirigirme durante nuestra primera entrevista eran la expresión completa de vuestro pensamiento.

—Amigo mío —respondió la condesa acentuando estas palabras—, uno de vuestros moralistas ha dicho: «Hay personas que dicen: *Esto es, o Esto no es*; no tienen necesidad de prestar juramento, pues su carácter jura por ellas». Hacedme el favor de considerarme una de tales personas.

Y tendió al abogado la mano con un gesto lleno de pudor y de gracia.

El abogado, fuera de sí, se precipitó sobre aquella mano para comérsela a besos.

—¡Basta, no seáis niño! —dijo la extranjera retirando suavemente la prisionera

—. ¡Adiós, hasta pronto! Creo que se me ha pasado la jaqueca.

La Peyrade recogió el sombrero y pareció lanzarse fuera del piso, pero al llegar a la puerta se detuvo y, volviéndose, dirigió a la bella extranjera una mirada llena de ternura.

La condesa le despidió con un encantador movimiento de cabeza y cuando vio que La Peyrade se disponía a volver sobre sus pasos, le conminó con el dedo a ser prudente y quedarse donde estaba.

El abogado acabó entonces de salir. En la escalera se detuvo para aspirar, por decirlo así, la felicidad que rebosaba en su corazón; las palabras de la condesa, los ingeniosos preparativos que hizo para ponerle en el camino de sus sentimientos, le parecieron sendas garantías de su sinceridad, y partió lleno de fe.

Presas de aquella embriaguez causada por la dicha, y que se traduce no sólo en los gestos, en las miradas y en el porte, sino también, a veces, en unos actos que, en rigor, la razón no autorizaría, después de detenerse un instante en la escalera, La Peyrade subió unos cuantos escalones, y, desde un lugar donde veía el piso de los Thuillier, exclamo:

—¡He aquí, finalmente, la gloria, la fortuna, la felicidad, y, además, podré darme el placer de la venganza! ¡Después de Dutocq y Cérizet, os aplastaré a vosotros, mala ralea burguesa! —agregó.

Y amenazó con el puño a la inocente puerta de dos be tientes.

Después salió corriendo, y la expresión popular era en aquellos momentos válida para él: parecía como si el mando le resultase pequeño.

VIII

ES ASÍ CÓMO, AL PARTIR, ME DESPIDO DE VOS

Al día siguiente, pues no hubiera podido aguantar más la tempestad que bullía en su interior. La Peyrade se presentó en casa de Thuillier. Se hallaba en un estado de ánimo hostil y amargo por demás. Así, el lector podrá juzgar cuál sería su estupefacción: antes de que pudiera ponerse en guardia contra aquella demostración de unión y de olvido, Thuillier se precipitó a sus brazos.

—Amigo mío —exclamó el ex subjefe al dejarte libre de aquel abrazo—, mi fortuna política está hecha; todos los periódicos, sin excepción, hablan esta mañana de la confiscación de mi libro, ¡y hay que ver cómo pone al gobierno la prensa de la oposición!

—Es muy sencillo —replicó el abogado, sin compartir aquel entusiasmo—. Te has convertido en un tema para esos periódicos, pero esto no mejora en absoluto tu situación, y sólo servirá para que el tribunal redoble sus esfuerzos por condenarte.

—De acuerdo —dijo Thuillier irguiendo altivamente la cabeza—. Iré a la cárcel, como Béranger, Lamennais y Armand Carrel.

—Mi querido amigo, la persecución es muy bonita de lejos, pero cuando oigas cerrar tras de ti los gruesos cerrojos del calabozo, puedes estar seguro de que el oficio de preso político te parecerá mucho menos encantador.

—En primer lugar —objetó Thuillier—, nunca se niega a los condenados políticos la gracia de ir a cumplir su condena en una casa de salud, y, además, yo todavía no estoy condenado, me parece; tú mismo decías ayer que podía esperar una sentencia absolutoria.

—Sí, pero después he sabido cosas que hacen muy dudoso este resultado. La misma mano que te impidió tener la cruz hizo que la policía se incautase de tu libro; serás asesinado con premeditación.

—Ya que conoces a ese peligroso enemigo —dijo Thuillier—, supongo que no te negarás a indicármelo.

—No lo conozco —respondió La Peyrade—. Únicamente sospecho quién es: se trata de competir en astucia.

—¿Cómo? ¿Competir en astucia? —dijo Thuillier con la curiosidad de un hombre que tuviese plena consciencia de no tener nada que reprocharse al respecto.

—Ciertamente —repuso el abogado—. Habéis convertido a Céleste en una especie de reclamo para atraer estorninos a vuestro salón; no todo el mundo tiene la longanimidad de Godeschal, que, después de haber sido despedido con buenos modos, se mostró tan generoso en la cuestión de la subasta.

—Explícate mejor —dijo Thuillier—. No acabo de comprenderte.

—Sin embargo, nada es más fácil de comprender. ¿Cuántos pretendientes hay a la mano de la señorita Colleville, sin contarme a mí? Godeschal, Minard hijo, Phellion hijo y Oliver Vinet, el suplente, a todos los cuales habéis hecho perder el tiempo como a mí.

—¡Olivier Vinet, el suplente! —exclamó Thuillier como bajo una súbita iluminación—. De ahí, en efecto, debe de haber partido el disparo. Se dice que su padre tiene mucha influencia. ¿Pero puede afirmarse que le hemos hecho perder el tiempo, para servirme de tu expresión hartamente inconveniente? Pasó una velada con nosotros y no presentó ninguna exigencia, como tampoco la presentaron Minard hijo y Phellion hijo. Godeschal es el único que se atrevió a hacernos una petición directa, y fue rechazado sin vacilar y sin que louviésemos en capilla.

—Es verdad —observó La Peyrade, que seguía buscando pendencia—. ¡No sólo se hace esperar a los que tienen palabras precisas y expresas!

—¿Puede saberse qué pretendes con todas tus insinuaciones? —dijo Thuillier—. ¿No lo arreglaste todo el otro día con Brígida? Parece que no tengas otra cosa que hacer más que venir a hablarme de tus amores, cuando la espada de la justicia está suspendida sobre mi cabeza.

—Muy bien —repuso La Peyrade con ironía—, ahora explotarás tu interesante

posición de detenido. Ya sabía que esto acabaría así y que, una vez hecha la obra, comenzarían de nuevo las negativas rotundas.

—¡Al diablo con tu obra! —respondió Thuillier—. Te encuentro bastante ridículo con tu deseo de que haya allanado todas las dificultades, cuando, por el contrario, ha ocasionado complicaciones deplorables.

—¿Deplorables, dices? ¡Ha hecho tu fortuna política!

—A decir verdad, querido —dijo Thuillier con sentimiento—, nunca pensé que elegirías el cuarto de hora de la adversidad para venir a ponernos la pistola al cuello y hacerme objeto de tus cicaterías y tu malicia.

—¡Vamos! —replicó La Peyrade—. ¡Ahora sales con el cuarto de hora de la adversidad, y hace sólo un momento te arrojabas en mis brazos, como un hombre que acaba de experimentar una dicha insigne! Tienes que decidirte: o te presentas como un hombre digno de compasión o como un triunfador glorioso.

—Puedes hacer frases ingeniosas —respondió Thuillier— pero no me harás incurrir en contradicciones; yo soy lógico, aunque no sea brillante. Es muy natural que me consuele viendo cómo la opinión pública se manifiesta a mi favor, recogiendo en sus órganos los más honorables testimonios de su alta simpatía; pero, en suma, ¿no crees que hubiera preferido que las cosas hubiesen seguido su curso, y, al verme objeto de una baja venganza por parte de personas tan influyentes como los Vinet, pudiese medir la extensión de los peligros a los que me expongo?

—¡Entonces —añadió La Peyrade con una insistencia despiadada—, tú eres decididamente Juan el llorón!

■—Sí —respondió Thuillier con tono solemne—, Juan el llorón, que llora una amistad que yo creía fiel y verdadera, y que sólo sabe ofrecerme sarcasmos cuando espero que me ayude.

—¿Qué ayuda? —preguntó La Peyrade—. ¿No me declaraste ayer que ya tenías bastante de mi colaboración en todos los terrenos? Me ofrecí para defenderte y tú me respondiste que tomarías un gran abogado.

—Sin duda, en el primer instante de sorpresa en que me sumió un golpe tan inesperado, pude decir esta tontería; pero, pensándolo bien, ¿quién mejor que tú está en condiciones de explicar las intenciones del escrito salido de tu pluma? Yo era ayer un hombre fuera de sí, y tú, hoy, con tu amor propio herido, que no sabe perdonar un primer impulso, eres un hombre bien cáustico y cruel.

—¿Así —preguntó La Peyrade—, me propones formalmente que te defienda ante el jurado?

—¡Claro que sí, querido! No veo que pueda poner mi causa en otras manos. Pagaría irnos honorarios exorbitantes a un gran letrado del Palacio de Justicia y no me defendería tan hábilmente como tú lo harás.

—Pues bien, yo me niego. Como ves, los papeles han cambiado diametralmente; ayer pensaba, como tú, que yo era el hombre de este proceso, y hoy pienso que, en efecto, debes buscar una eminencia del foro, porque, teniendo a Vinet por

antagonista, el asunto ha adquirido unas proporciones que crean una responsabilidad verdaderamente abrumadora a quien se encargue de él.

—Comprendo —dijo Thuillier con ironía—. El señor continúa pensando en la magistratura y no quiere enemistarse con un hombre del que ya se ha hablado como posible ministro de Justicia. Es una actitud prudente, pero no sé hasta qué punto ayudará esto al asunto de tu boda.

—Es decir —respondió La Peyrade cogiendo la ocasión al vuelo—, que sacarte de las garras del jurado es un treceavo trabajo de Hércules que se me impone para alcanzar la mano de la señorita Colleville. Ya sospechaba que las exigencias se multiplicarían en proporción a las pruebas de mi fidelidad, pero eso es precisamente lo que me cansa, y, para atajar esta explotación del hombre por el hombre, he venido a decirte esta mañana que te eximo de tu palabra: así, puedes disponer de la mano de Céleste; por lo que a mí respecta, ya no la pretendo.

Lo inesperado y la forma tajante de esta declaración dejaron a Thuillier sin palabra y sin voz, y tanto más cuanto que en aquel instante entró Brígida. El humor del ama de casa también se había modificado mucho desde la víspera, pues su acogida fue encantadora por su amistosa familiaridad.

—¡Ah! Me alegro de veros, ilustre abogado —dijo a La Peyrade.

—Buenos días, señorita —respondió gravemente el provenzal.

—¡Bien! —continuó la solterona, haciendo caso omiso de los modales ceremoniosos de La Peyrade—. ¡El gobierno se ha metido en un buen atolladero al incautarse de vuestro libro! ¡Hay que ver cómo le sacuden los periódicos esta mañana! Toma —agregó dando a Thuillier una hoja de pequeñas dimensiones impresa en papel de azúcar con caracteres gruesos pero poco legibles—, éste aún no lo habías leído; el portero acaba de subírmelo; es *El Eco del Castor*, un diario de nuestro antiguo barrio. No sé, caballeros, si seréis de mi opinión, pero encuentro que este artículo no puede estar mejor escrito. Tiene gracia ver lo distraídos que son los periodistas: escriben tu nombre sin h. ¿Por qué no presentas una reclamación?

Thuillier tomó el periódico y leyó el artículo inspirado al redactor jefe del diario de los curtidores por su estómago agradecido. En toda su vida Brígida no había prestado atención a los periódicos salvo para saber si tenían las dimensiones requeridas para envolver determinado paquete, pero, convertida de repente a la religión de la prensa por el ardor de su amor paternal, se puso detrás de Thuillier y, releyendo por encima del hombro de su hermano los párrafos más importantes de la página que le parecía tan elocuente, los subrayaba con el dedo.

—Sí —convino Thuillier, doblando el periódico—, es un artículo caluroso y muy halagador para mí... ¡Pero hablemos de algo muy distinto! El caballero aquí presente me declara que no quiere defenderme ante los tribunales y que renuncia a la mano de Céleste.

—Es decir —repuso Brígida—, que renuncia a ella y no celebraremos la boda inmediatamente después de que te haya defendido. Pues bien, yo considero razonable

la pretensión de este pobre muchacho. Cuando nos haya hecho ese último favor, ya no habrá más aplazamientos, y, le guste o no la combinación a Céleste, será necesario que la acepte, porque, en fin, las cosas no pueden eternizarse.

—Ya la oyes, querido —dijo La Peyrade, comentando lo que Brígida había dicho—, cuando te haya defendido, se celebrará la boda. Tu hermana es la franqueza personificada y no se anda con diplomacias.

—¡Diplomacias! —repitió Brígida—. ¡Buena estoy yo para andarme con diplomacias! Digo las cosas como las pienso: el obrero ha trabajado, pues hay que pagarle.

—¡Quieres callarte! —exclamó Thuillier golpeando el suelo con el pie—. No pronuncies una palabra que no revuelva el puñal en la herida.

—¡Cómo! ¿El puñal en la herida? —interrogó Brígida—. ¡Vaya! ¿Es que no estáis de acuerdo?

—Ya te he dicho —repuso Thuillier—, que La Peyrade venía a liberarme de mi palabra y el motivo que aduce es que, para concederle la mano de Céleste, le exigimos un nuevo favor, y cree que ya nos ha hecho demasiados.

—Nos los ha hecho, sin duda —respondió Brígida—, pero me parece que no hemos sido ingratos con él. Además, él es quien se ha tirado la plancha, y tendría mucha gracia que ahora nos dejase en la estacada.

—Vuestro razonamiento, mi querida señorita —dijo La Peyrade—, podría ser aparentemente exacto, si no hubiese en París más abogado que yo; pero como las calles están adoquinadas con ellos, y ayer mismo hablaba Thuillier de tomar a un letrado famoso, no tengo el menor escrúpulo en negarme a aceptar su defensa. Y ahora, en cuanto al matrimonio en cuestión, a fin de que no se convierta de nuevo en objeto de otro chalaneo brutal y a quemarropa, renuncio a él de la manera más solemne, y ya nada impedirá a la señorita Colleville quedarse con todas las comodidades del señor Phellion.

—Como os plazca, mi querido señor —respondió Brígida—. Si ésta es vuestra última palabra, no nos costará nada encontrar un marido para Céleste, ya sea Phellion hijo u otro; pero permitidme que os diga que la razón que nos dais no es la verdadera, pues, en fin, no podemos ir más deprisa que los violines: aunque la boda quedase decidida hoy, aún habría que publicar las amonestaciones, y sois lo bastante inteligente para comprender que en la alcaldía no pueden casaros antes de que se hayan cumplido estas formalidades; para entonces, Thuillier ya habrá sido juzgado.

—Sí —dijo La Peyrade—, y, si pierdo la causa, seré yo quien habré hecho condenar a Thuillier a la cárcel, como también fui yo quien ayer hizo que el libro fuese incautado.

—¡Pardiez! Me parece que, si no hubieseis escrito nada, la policía no hubiera encontrado donde hincar el diente.

—Mi querida amiga —dijo Thuillier, viendo que La Peyrade se encogía de hombros—, tu razonamiento no es válido, pues el escrito no era impugnado por

ningún lado. La Peyrade no tiene la culpa de que unos personajes muy encumbrados se hayan propuesto hundirme. ¿Recuerdas a Oliver Vinet, ese pequeño suplente que trajo Cardot a una de nuestras veladas? Parece ser que él y su padre están furiosos porque no le hemos querido para Céleste, y han jurado mi perdición.

—Bien —repuso Brígida—. ¿Y por qué se la hemos negado, si no es por los bellos ojos de este señor? Al fin y al cabo, un suplente de París era muy buen partido.

—Sin duda —asintió La Peyrade con despreocupación—. Sólo que no aportaba un millón como dote.

—¡Ah! —exclamó Brígida animándose—. Si queréis que hablemos aún de la casa que nos hicisteis comprar, os diré que si hubieseis tenido el dinero que hacía falta para quitársela al notario, no hubierais venido a buscarnos. No creáis que me deje engañar por vos; hablabais hace un momento de chalaneo, pero fuisteis vos quien nos lo propuso con estas palabras: «Dadme a Céleste, que yo os daré la casa»; éstas fueron vuestras propias palabras; y además tuvimos que hacer unos sacrificios con los que de momento no habíamos contado.

—Vamos, Brígida —dijo Thuillier—, ¡te paras en unas tonterías!

—¡Tonterías, tonterías! —repitió Brígida—. La suma convenida al principio, ¿fue o no fue rebasada?

—Mi querido Thuiller —observó La Peyrade—, yo creo, como vos, que la cuestión ya está debatida y que sólo conseguiremos agriarla con machaqueos inútiles. Mi decisión ya estaba tomada antes de venir y todo cuanto oigo no hace más que confirmarme en ello; yo no seré vuestro *verno*, pero eso no impide que continuemos siendo buenos amigos.

Y se levantó para salir.

—¡Un momento, señor abogado! —dijo entonces Brígida cerrándole el paso—. Hay algo que yo no encuentro debatido, y, ya que ahora no tendremos que hacer bolsa común, me gustaría que tuvierais la amabilidad de decirme adonde ha ido a parar una suma de diez mil francos que Thuillier os entregó para esos canallas del Ministerio que tenían que conseguimos la cruz, de la que aún no tenemos noticias.

—Brígida —repuso Thuillier con angustia—, tienes una lengua diabólica: debías olvidar este detalle, que te dije en un acceso de malhumor, y que me prometiste no mencionarlo jamás a nadie.

—No —respondió la implacable Brígida—, pero ahora nos separamos. Y antes de separarnos, tenemos que hacer liquidación. ¡Diez mil francos! Esa cantidad ya me pareció excesiva para una cruz verdadera, pero, para una cruz al temple, caballero, convendréis que es un precio exorbitante.

—Vamos, La Peyrade, amigo mío —dijo Thuillier acercándose al abogado, que estaba pálido de ira—, no escuches a Brígida, el afecto que siente por mí la hace desvariar.

Sé muy bien cómo son los burócratas y no me sorprendería que hubieses tenido que añadir dinero de tu bolsillo.

—Señor —respondió La Peyrade—, por desgracia no estoy en disposición de enviaros, al volver a mi casa, la cantidad de la que se me exige cuentas con tan insultante brutalidad. Pero os ruego que me concedáis un plazo, y, si para ayudaros a tener paciencia os sirve una letra, estoy dispuesto a aceptárosla.

—¡Vete al diablo con tu letra! —exclamó Thuillier—, Tú no me debes nada. En realidad somos nosotros quienes estamos en deuda contigo, pues Cardot me dijo que la parte que te correspondía por la magnífica adquisición que nos preparasteis era por lo menos de diez mil francos.

—¡Qué generoso es Cardot con el dinero ajeno! —dijo Brígida—. Le dábamos a Céleste, que vale mucho más de diez mil francos.

La Peyrade era un cómico demasiado bueno para no encontrar en la humillación que acababa de sufrir la ocasión para un desenlace teatral. Con lágrimas en la voz, que no tardaron en subírsele a los ojos, dijo:

—Señorita, cuando tuve el honor de que me recibieseis en vuestra casa, yo era pobre y durante mucho tiempo me visteis doliente e incómodo, porque sabía que la pobreza expone a todas las afrentas posibles. A partir del día en que pude aportaros la fortuna que ya no buscaba para mí mismo, adquirí un poco más de aplomo, y vuestras propias bondades me ayudaron a salir de mi encogimiento y superar mi timidez. Pero hoy, cuando hago una acción leal que os quita un gran peso de encima, ya que, si queréis ser franca, reconoceréis que habíais deseado otro marido para Céleste, podemos renunciar a una idea que mi delicadeza me impedía llevar a cabo, quedando sin embargo amigos. Para esto bastaría con mantenerse dentro de los límites de esa cortesía cuyo modelo tenéis todos los días ante vos, pues aunque la señora de Godollo no sea bondadosa conmigo, tengo la seguridad de que su excelente educación no le permitiría aprobar vuestro odioso proceder. No obstante, gracias a Dios, tengo en mi corazón sentimientos religiosos, el Evangelio no es para mí letra muerta, y, entendedlo bien, señorita, *yo os perdono*: no es a Thuillier, quien no los aceptaría.

sino a vos, por toda venganza, a quien próximamente enviaré los diez mil francos que, según vos, he aplicado a mis necesidades. En el momento en que hayan vuelto a vuestras manos, si vos, abandonando vuestras injustas sospechas, tuvieseis algún escrúpulo, podríais ingresarlo en las oficinas de la beneficencia...

—¡En las oficinas de la beneficencia! —exclamó Brígida, interrumpiéndole—. ¿Para que los distribuyan entre un hatajo de holgazanes y devotas que con ese dinero organizarían francachelas después de haber ido a comulgar? ¡No, gracias! Yo también he sido pobre, amiguito; durante mucho tiempo hice bolsas para meter el dinero de los demás antes de meter el mío, pero ahora lo tengo y lo guardo. Así, cuando queráis, estaré dispuesta a recibir esa suma; tanto peor para vos si no sabéis resolver los negocios que os encargan y gastáis pólvora en salvas.

Viendo que no había producido el efecto deseado y que ni siquiera arañó el granito de que estaba hecha Brígida, La Peyrade le dirigió una mirada desdeñosa y salió majestuosamente.

Observó un movimiento de Thuillier para retenerle, pero un gesto imperioso de Brígida, siempre reina y señora, dejó inmobilizado a su hermano.

De regreso a su casa, el abogado completó su emancipación escribiendo a la señora Colleville que, considerando roto su compromiso con Céleste, se creía obligado, a causa de las conveniencias y la delicadeza, a no mostrarse nuevamente en su casa.

Al día siguiente, Colleville, al dirigirse a su despacho, subió al piso de La Peyrade y le preguntó qué significaban las *tonterías* que había escrito a Flavie y que la habían sumido en la desesperación.

El abogado repitió con mucha gravedad al marido los términos de la epístola muy poco amorosa que había escrito a la mujer.

—¿Ya esto llamas ser un amigo? —dijo Colleville, que, como recordará el lector, tuteaba desde hacía mucho tiempo al provenzal—. El hecho de que no te cases con la hija, ¿es motivo para que riñas con los padres? Es como si nos hicieses responsables de las cosas que hayáis podido decirnos los Thuillier y tú. ¿Acaso nos concierne a nosotros este asunto? ¿No ha tenido siempre contigo mi mujer toda clase de atenciones?

—Nada ha sido más lisonjero para mí —respondió La Peyrade— que las bondades de la señora Colleville.

—¿Y por esto quieres hacerla morir de pena? Desde ayer no suelta el pañuelo: te aseguro que terminará enferma.

—Escuchad, mi querido Colleville —respondió La Peyrade—. Os debo la verdad y sois digno de oírla: además de que ya no puedo volver a verme con la señorita Céleste...

—Pues bien, no la volverás a ver —interrumpió el bueno de Colleville—. Cuando tú llegues, la pequeña se irá a su habitación. Además, no tardará en casarse.

—De acuerdo, pero debo añadir que mi asidua presencia en vuestra casa ha suscitado calumnias y se han difundido rumores malévolos. Siento el deseo y tengo el deber de hacerlos cesar.

—¡Cómo! —exclamó el marido—. ¡Un hombre de tu ingenio preocuparse por semejantes simplezas! ¿Acaso quieres detener las lenguas? Piensa que hace veinticinco años que mi mujer da que hablar, porque es bastante mejor parecida que Brígida y la señora Thuillier. En este caso, yo soy un griego mayor que tú, pues todos esos chismes no han alterado ni un cuarto de hora la paz de nuestra casa.

—Bien —dijo La Peyrade—, a pesar de que esto os honra porque da a entender que tenéis un gran temple, yo creo que es imprudente despreciar así a la opinión.

—¡Vamos, hombre! —repuso Colleville—. ¡Yo me río de la opinión! Es Minard quien propala estos infundios, porque su mujer, gorda como una cocinera, nunca ha conseguido llamar la atención de un hombre honesto. El señor alcalde haría mucho mejor vigilando la conducta de su hijo, que se está arruinando con una ex actriz de Bobino.

—En fin, querido —añadió La Peyrade—, tratad de hacer entrar en razón a Flavie.

—¡Por fin! —exclamó Colleville, dando un vigoroso apretón de manos al abogado—. Ya la llamas Flavie como antes... He vuelto a encontrar a mi amigo.

—Desde luego —respondió La Peyrade con un tono más cordial—. Los amigos son siempre los amigos.

—Sí, los amigos son los amigos —repitió Colleville—. ¡Amistad, don de los dioses, que nos consuela de todos los sinsabores de la existencia! Así, estamos de acuerdo: vendrás a ver a mi esposa para devolver a mi desgraciado hogar la calma y la serenidad.

La Peyrade le despidió con una vaga promesa, y, cuando se vio libre del importuno, se preguntó si aquel temperamento de marido, mucho más frecuente de lo que se supone, era realidad o comedia.

IX CARA DE PALO

En el momento en que La Peyrade se disponía a ir a depositar a los pies de la condesa el homenaje de la libertad que había reconquistado con mano tan ruda, recibió un billete perfumado que apresuró los latidos de su corazón; reconoció en el sello aquel famoso *Todo o nada* que le fue dado como regla de las relaciones que se inauguraban para él.

«Mi querido señor —le decía la señora de Godollo—, me he enterado de vuestra conclusión. ¡Gracias! Pero ahora conviene que prepare la mía, pues vos no me atribuiréis la idea de que pienso eternizarme en un mundo que apenas es el nuestro, y en el que ya no me retiene ningún interés. Para preparar mi cambio y no tener que dar cuentas del asilo que el entresuelo ofrecerá al desterrado voluntario del primero, necesito este día y el siguiente. Así, pues, no vengáis a verme hasta pasado mañana. Para entonces ya habré ejecutado a Brígida, como se dice en la Bolsa, y tendré muchas, cosas que contaros.

Tua tota,

Condesa de GODOLLO.»

Aquel *Toda vuestra* en latín resultó encantador para La Peyrade, quien, por lo demás, no se sorprendió por ello, ya que el latín, en Hungría, era una segunda lengua nacional. Los dos días de espera a que se vio condenado atizaron aún más el ardiente

fuego de la pasión que le invadía, y, al cabo de esos dos días, al llegar a la casa de la Madeleine, su amor había alcanzado un grado de incandescencia tal que, pocos días antes, él mismo no hubiera creído posible.

Esta vez, la mujer del portero vio a La Peyrade; pero aparte de que podía suponerse que iba a casa de los Thuillier, le era por completo indiferente que se conociese el verdadero objetivo de su visita. Ya se había roto el hielo, su dicha era oficial y se sentía más dispuesto a gritárselo a la cara de los transeúntes que convertirlo en un misterio.

Después de subir con presteza por la escalera, el abogado se disponía a tirar del cordón de la campanilla, cuando, al tender la mano hacia él, se dio cuenta de que el cordón de seda había desaparecido.

Lo primero que se le ocurrió pensar a La Peyrade fue que una de esas graves indisposiciones que hacen insoportable para un enfermo cualquier clase de ruido, podía explicar la supresión del objeto desaparecido; pero muchas otras observaciones invalidaron al propio tiempo aquella explicación, que, por otra parte, no hubiera tenido nada de consoladora.

Desde el vestíbulo hasta la puerta de la condesa, una alfombra, sujeta a cada peldaño por una varilla de cobre, facilitaba a los visitantes una ascensión mullida; aquella alfombra había sido suprimida.

Delante de la puerta, un cancel recubierto de terciopelo verde realzado con listones dorados cerraba su hueco; el cancel había desaparecido, dejando como único recuerdo unas desconchaduras hechas en la pared por los obreros que lo quitaron.

El abogado, en su emoción, creyó por un momento haberse equivocado de piso, pero, echando una ojeada por encima de la barandilla, se cercioró de no haber rebasado el entresuelo. ¿Se estaba mudando de casa la señora de Godollo?

El provenzal se resignó entonces a llamar en casa de la gran dama como pudiera hacerlo en la de una modistilla, pero bajo su mano resonó aquella sonoridad hueca que revela el vacío, *intonuere cavernae* y, al mismo tiempo, por debajo de la puerta vanamente golpeada por su puño cerrado, distinguió aquella claridad más viva que señala un piso deshabitado, cuando ya no hay cortinas, alfombras, ni muebles que puedan ahogar el ruido y amortiguar la luz.

Obligado a creer entonces en una mudanza ya realizada. La Peyrade supuso que, cuando se efectuó la ruptura con Brígida, alguna grosería de la solterona hizo necesaria aquella medida radical y violenta: ¿pero cómo no fue avisado de ella, y cuál era el propósito al dejarle presa de aquel ridículo desengaño que el pueblo presume de manera tan pintoresca con la expresión de «Encontrar cara de palo», equivalente a «Darse de narices con la puerta»?

Antes de irse de allí y como si aún fuese posible la duda. La Peyrade se decidió a lanzar un último y violento asalto contra la puerta.

—¿Quién aporrea la puerta de este modo, como si siquiera derribar la casa? — gritó entonces la portera, atraída por el ruido al pie de la escalera.

—¿Ya no vive aquí la señora de Godollo? —preguntó La Peyrade.

—No, señor, se ha mudado. Si el señor me hubiese dicho que iba a su casa, le hubiera evitado el trabajo de derribar la puerta.

—Sabía que tenía que abandonar el piso —dijo La Peyrade, no queriendo demostrar que ignoraba el proyecto de mudanza—, pero no creía que se fuese tan pronto.

—Sin duda tenía prisa —añadió la portera—, porque esta mañana se ha ido en el coche correo.

—¡En el coche correo! —repitió La Peyrade con estupefacción—. ¿Entonces, debo entender que se ha ido de París?

—Es de suponer que sí —respondió la terrible portera—. No es costumbre tomar caballos y un postillón para irse de un barrio a otro.

—¿Y no os dijo adónde iba?

—¡Oh! ¿Acaso se figura el señor que nos da explicaciones?

—No, pero, en fin, su correo..., pueden llegarle cartas después de su partida...

—Tengo orden de entregar sus cartas al señor comendador, ese caballero anciano que la visitaba con frecuencia, y que sin duda el señor ya conoce por haberlo visto en su casa.

—Sí, sí, desde luego —contestó La Peyrade, conservando su compostura en medio de aquella serie de golpes sucesivos—. ¿Ese viejecito empolvado que venía casi diariamente?

—Diariamente no es la palabra, pero venía frecuentemente. Es a él a quien tengo órdenes de entregar las cartas de la señora condesa.

—Y para las demás personas conocidas de ella —añadió el provenzal con negligencia—, ¿no os ha dejado ningún encargo?

—Nada, señor.

—Muy bien, mi querida señora —repuso La Peyrade—, os estoy muy agradecido. Y se dispuso a salir.

—Tal vez la señorita sepa más que yo —dijo la portera—. ¿No sube a verla el señor? Está en casa, lo mismo que el señor Thuillier.

—No, es inútil —contestó La Peyrade—. Venía para dar cuenta a la señora de Godollo de un recado que me había encargado. Ahora no tengo tiempo.

—Pues ya os lo digo. Partió esta mañana en la posta. ¡Oh!, Dios mío, si el señor hubiese venido hace sólo dos horas, aún la hubiera encontrado en casa; pero al haber tomado la posta, ya debe de estar muy lejos.

Con su manía de repetir siempre las cosas, aquella mujer, que acababa de dar al provenzal las noticias más crueles, parecía insistir en los detalles que más vivamente debían torturarle. Salió de la casa con el corazón desesperado. Dejando aparte la preocupación que le causaba aquella partida precipitada, los celos acababan de invadirle, y, en aquel período agudo de su terrible desengaño, las explicaciones más desoladoras acudieron a su mente.

Después de soñar un poco, pensó:

«Estas mujeres diplomáticas se encargan a veces de realizar misiones secretas, en las que son necesarias la discreción más absoluta y una extremada rapidez de movimientos.»

Pero luego dijo para sus adentros, cambiando por completo de idea:

«¿Y si fuese una de esas intrigantes que los gobiernos extranjeros emplean como agentes? ¿Y si la historia, más o menos verídica, de esa princesa rusa obligada a vender su mobiliario a Brígida fuese idéntica a la de mi dama húngara? Sin embargo —añadió a consecuencia de una tercera evolución de su cerebro, sumido en una espantosa anarquía de ideas y sentimientos—, su educación, sus modales, su lenguaje, todo anuncia una mujer admirablemente situada en el mundo. Además, si no hubiese sido más que un ave de paso, ¿qué necesidad tenía de darse tanto trabajo para acapararme?»

La Peyrade aún hubiera continuado mucho tiempo debatiendo así el pro y el contra, si de pronto no hubiese notado que le agarraban fuertemente por el brazo, mientras una voz conocida le gritaba:

—¡Mi querido abogado, tened cuidado! ¡Os amenaza un terrible accidente y vos corréis a vuestra perdición!

La Peyrade, al salir de su ensimismamiento, se encontró en brazos de Phellion.

La escena sucedía al pie de una casa en curso de derribo, situada en la esquina de las calles Duphot y Saint-Honoré.

Phellion, cuyo gusto por las obras de construcción recordará el lector, apostado en la acera de enfrente, asistía desde hacía un cuarto de hora al drama de un lienzo de pared a punto de caer bajo los esfuerzos reunidos de una brigada de peones, y, reloj en mano, el gran ciudadano calculaba cuánto duraría la resistencia que podría oponer aquella masa de manipostería y estuco a la obra de destrucción de que era objeto.

Fue precisamente en el momento álgido de la peripecia inminente cuando La Peyrade, perdido en sus tumultuosos pensamientos y sin darse cuenta de los gritos de advertencia que le dirigían desde todas partes, iba a meterse en el radio donde era probable que tuviese lugar la caída del *aerolito*. Visto por Phellion, que, por lo demás, se hubiera precipitado igualmente en socorro de un desconocido, no hay duda de que gracias a él La Peyrade se salvó de una muerte espantosa, pues en el momento en que el habitante del barrio Latino le arrastraba vivamente hacia atrás, el muro cayó a pocos pasos de él, con el ruido de un cañonazo y en medio de una enorme polvareda.

—¿Sois sordo y ciego? —corrió a decirle, con el tono ameno que puede suponerse, el obrero apostado para advertir a los transeúntes del peligro.

—¡Gracias, mi querido señor! —dijo La Peyrade, que había vuelto a la tierra—. Sin vos, me hubiera hecho aplastar estúpidamente.

Y estrechó la mano de Phellion.

—Mi recompensa —respondió éste— está en la misma satisfacción de saber que os he arrancado a un peligro tan inminente, y puedo decir que esa satisfacción está

para mí entreverada de orgullo, ya que no me he equivocado ni en dos segundos en el cálculo que realicé para predecir el momento en que ese temible bloque se apartaría de su centro de gravedad. ¿Pero, en qué pensabais, mi querido señor? Sin duda en el discurso que en vuestra defensa debéis pronunciar en el asunto Thuillier, pues por la prensa me he enterado de la amenaza que la vindicta pública hace pesar sobre la cabeza de nuestro estimado amigo. Es una bella causa, caballero, la que tendréis que defender; con la mano sobre la conciencia y acostumbrado como estoy, por mi labor como miembro de la comisión de lectura del Odeón, a juzgar obras inteligentes, después de haber leído algunos pasajes del escrito incriminado, no considero que el contenido de ese libro pueda justificar las medidas tan rigurosas de que ha sido objeto... Entre nosotros —añadió el gran ciudadano bajando la voz—, reconozco que el gobierno ha demostrado en esta cuestión unas miras muy mezquinas.

—Yo también soy de este parecer —dijo La Peyrade—, pero no me encargaré de la defensa; he dicho a Thuillier que se busque la ayuda de un abogado de renombre.

—Quizá sea un buen consejo —convino Phellion—, y, de todos modos honra a vuestra modestia. Sin duda veníais de ver a vuestro querido amigo, ¿no es verdad? Yo pasé por su casa el día en que estalló la bomba, y en este momento me dirigía allí de nuevo. El día de mi primera visita no le encontré; sólo vi a Brígida, enzarzada en una gran discusión con la señora de Godollo: es una mujer que tiene opiniones políticas. A fe mía, predijo la incautación del libro.

—¿Sabéis que la condesa se ha ido de París? —dijo La Peyrade, agarrando por los pelos la ocasión de abordar el tema de su monomanía momentánea.

—¡Ah, se ha ido! —repitió Phellion—. Pues bien, señor, aunque entre ella y yo existiese poca simpatía, debo deciros que considero su partida como una desgracia; esa mujer dejará un gran vacío en el salón de mis amigos. Os digo esto porque es lo que pienso y no acostumbro a ocultar mi pensamiento.

—En efecto —observó La Peyrade—, era una mujer muy distinguida y con la que creo que hubiera terminado por entenderme, a pesar de sus prevenciones; pero esta mañana, sin decir a nadie el lugar hacia dónde se dirigía, repentinamente, ha tomado la posta.

—¡La posta! —replicó Phellion—. No sé si sois de mi parecer, pero yo creo, caballero, que verdaderamente es una manera muy agradable de viajar. Luis XI, ciertamente, al que debemos esta institución, tuvo una idea muy feliz por lo que a esto respecta, aunque, por otra parte, su gobierno sanguinario y despótico no esté precisamente a salvo de reproches, según mis escasas luces. He utilizado ese medio de locomoción una sola vez en mi vida, y declaro que lo encuentro muy superior, pese a su inferioridad en velocidad relativa, a esta carrera alocada de los *railways* o ferrocarriles, en los que la rapidez únicamente se logra a costa de la seguridad del viajero y del contribuyente.

La Peyrade apenas prestaba atención a la fraseología de Phellion. «¿Adonde puede haber ido?» Examinaba esta idea bajo todos los aspectos, obsesión que le

hubiera hecho mostrarse indiferente incluso ante un relato mucho más interesante, pero, lanzado como una locomotora, el gran ciudadano continuaba:

—Fue durante la época de los últimos partos de la señora Phellion. Ella estaba entonces en el Perche, con su madre, cuando supe que unos trastornos muy graves acompañaban a su fiebre de leche. Herida de plata, como se dice, nunca es mortal, y aterrorizado ante el peligro que corría mi esposa, fui corriendo a la casa de Correos para sacar una plaza en el coche de postas. No había ninguna libre: todas estaban reservadas con más de una semana de antelación. Entonces me decidí a ir a la calle Pigalle, donde, a precio de oro, conseguí que pusiesen a mi disposición una silla y dos caballos, cuando la formalidad del pasaporte, que había olvidado sacar y sin el cual, por virtud de un decreto de los cónsules del 17 nivoso del año XII, no se entregan caballos a ningún viajero...

Estas últimas palabras constituyeron para La Peyrade un rayo de luz que, sin esperar el final de la odisea postal del gran ciudadano, se lanzó corriendo hacia la calle Pigalle, incluso antes de que Phellion, que se quedó con su frase en el aire, tuviese tiempo de advertir su repentina desaparición.

Llegado al establecimiento de los correos reales, La Peyrade no supo de momento a quién debía dirigirse para obtener los informes que había venido a procurarse. Así, pues, estaba explicando al portero que le era necesario entregar una carta urgentísima que acababa de llegar para una señora conocida suya que había cometido la distracción de no dejarle sus señas, y que esperaba enterarse de su punto de destino por medio del pasaporte que hubo de presentar para que le diesen caballos, cuando el postillón, sentado en un ángulo del aposento por donde La Peyrade había comenzado sus indagaciones, tomó la palabra para decir:

—¿Es una dama que viaja con su doncella y que fui a recoger cerca de la Madeleine?

—Exactamente —contestó La Peyrade avanzando con presteza hacia aquel hombre providencial y deslizándole un escudo de cien sueldos en la mano.

—¡Es una viajera muy estrambótica! —añadió el postillón—. Me dijo que la llevase al Bosque de Bolonia, por donde me hizo circular durante una hora; después torcimos hacia la barrera de l'Etoile, donde me dio una buena propina y tomó un coche de punto, diciendo que llevase la berlina a un alquilador del patio de los Coches, en el barrio, de Saint-Honoré.

—¿Cómo se llama ese hombre? —preguntó vivamente La Peyrade.

—El tío Simonin —respondió el postillón.

Provisto de estos informes, La Peyrade reemprendió su carrera. Un cuarto de hora después se hallaba en presencia del hombre que alquilaba carrozas: éste sabía únicamente que una dama que vivía en la plaza de la Madeleine alquiló una berlina de postas, sin caballos, para medio día; que la berlina le fue devuelta por la mañana a las nueve y que antes del mediodía volvió a entrar en la cochera, conducida por un postillón de los correos reales.

No importa se dijo La Peyrade, ahora ya estoy seguro de que no se ha ido de París y que no huye de mí. Sin duda habrá simulado este viaje para acabar con los Thuillier; y yo, necio de mí, debo de tener en mi casa una carta que me informa de todo.

Agobiado por la emoción y la fatiga, y para comprobar con más presteza la realidad de su presentimiento, La Peyrade montó en un coche de punto y en menos de un cuarto de hora, pues había prometido una espléndida propina, el cochero le condujo a la calle de Saint-Dominique-d'Enfer.

Una vez allí, aún tuvo que sufrir la tortura de la espera. Desde que Brígida ya no habitaba en la casa, el servicio de Coffinet, el portero, pecaba de muy irregular, y cuando La Peyrade se precipitó hacia la portería en busca de *su* carta que, en efecto, creyó percibir en la casilla que le correspondía, los esposos Coffinet se hallaban ausentes y tenían la puerta cuidadosamente cerrada. La portera estaba ocupada haciendo limpieza en la casa y el marido, aprovechando esta circunstancia, se dejó arrastrar a una taberna vecina, donde, entre trago y trago, defendía ante un republicano, que hablaba de ella con muy poco respeto, la causa de los propietarios.

Sólo al cabo de veinte minutos el digno portero, acordándose de la *propiedad* confiada a su custodia, se decidió a volver a ocupar su puesto. Imagínese el lector el diluvio de reproches con que le saludó La Peyrade. Él se excusó diciendo que había ido a hacer un recado urgente por encargo de *la señorita*, y que no podía estar a la vez en la puerta y en el lugar adonde le habían enviado sus señores.

Por último entregó al abogado una carta con matasellos de París. Más con el corazón que con los ojos, el provenzal reconoció el sobrescrito y, dándole la vuelta, las armas y la divisa le confirmaron que por fin había llegado al término de la más cruel emoción que experimentara en su vida.

Leer aquella misiva ante aquel espantoso portero le hubiera parecido una profanación. A causa de un sentimiento refinado propio de todos los enamorados, se dio el gusto de hacer alto ante su felicidad y no quiso rasgar el sello de la bienaventurada epístola hasta el momento en que, en su casa, a puerta cerrada y sin que ninguna distracción pudiese surgir, se encontrase en disposición de proporcionarse el placer de saborear la deliciosa sensación que su corazón ya parecía paladear.

Después de subir corriendo la escalera, el enamorado provenzal cometió la niñería de dar una vuelta a la llave de la puerta y, una vez instalado a sus anchas ante su escritorio, después de haber rasgado el sello con una destreza religiosa, se vio obligado a llevarse la mano al corazón, que parecía querer saltársele del pecho.

La condesa le escribía:

«Querido señor, desaparezco para siempre, porque mi misión ha terminado. Os agradezco habérmela hecho tan atractiva como fácil. Al reñir con los Thuillier y los Colleville, que ahora se hallan perfectamente al corriente de los auténticos

sentimientos que os inspiran, y al tener buen cuidado de comentar con ellos, de la manera más desagradable para su amor propio burgués, las circunstancias ya pasablemente *agravantes* de vuestra brusca y despiadada ruptura, me siento orgullosa y feliz de haberos hecho tan señalado favor. Esa jovencita no os quiere y lo único que vos amáis en ella son los bellos ojos de su dote. Por lo tanto, os he salvado a ambos de un infierno. A cambio de la novia que habéis rechazado tan ásperamente, os destinamos una encantadora joven, más rica y más bella que la señorita Colleville, y, para, por último, hablar de mí, más libre que vuestra indigna servidora,

Señora TORNA, CONDESA DE GODOLLO.»

«P. D. — Para más pormenores, visitad sin tardanza al señor du Portail, rentista, en la calle Honoré-Chevalier, cerca de la calle Cassette, en el barrio de Saint-Sulpice, quien ya os espera.»

Tras haber leído esto, el abogado de los pobres se tomó la cabeza entre ambas manos. Ya no veía, no oía ni pensaba: estaba aniquilado.

X

UNA MALA RACHA

La Peyrade necesitó algunos días para reponerse del mazazo que acababa de abatirse sobre él. La espera, en efecto, era terrible: al salir de aquel sueño de oro que le presentaba tan risueñas perspectivas a su porvenir, se encontró burlado en las condiciones más duras para su amor propio y sus pretensiones a la profundidad y habilidad, enemistado con los Thuillier de manera irreparable, cargado con una deuda de veinticinco mil francos a largo plazo, es cierto, pero también comprometido a pagar a Brígida otra suma de diez mil francos que, si debía velar por su dignidad, no tenía más remedio que saldar en un plazo muy breve; y, por último, lo que ya era el colmo de la humillación y el desengaño, al analizarse bien, no se sentía radicalmente curado de la arrebatadora pasión que había experimentado por la mujer autora de aquel gran desastre e instrumento de su ruina.

O bien aquella Dalila era una dama de gran alcurnia, tan encumbrada que podía permitirse las más comprometedoras fantasías, y entonces habría tenido el capricho de representar el papel de gran coqueta en un proverbio en que él había representado el papel de bobo; o bien era una buscona de alto linaje puesta a sueldo de aquel du Portail para convertirse en agente de sus intrigas matrimoniales. Así, mala vida o mal corazón, éstos eran los dos términos del juicio que podía merecer aquella peligrosa

sirena, y, tanto en un caso como en otro, a lo que parece, no hacía figura muy airosa ante su desolada víctima.

Pero hay que ponerse en el lugar de aquel hijo de la Provenza, de sangre ardiente y cabeza fogosa, que, por primera vez en su vida, al encontrarse cara a cara con el amor ambarino y envuelto en encajes, creyó beber la pasión en copa de oro cincelado. Como al despertar todavía se conserva la impresión del sueño que nos ha trastornado, y quedamos prendados de lo que nunca fue más que una sombra La Peyrade tuvo que apelar a toda su energía moral para apartar el recuerdo de la pérfida condesa. Digamos más: no cesó de aspirar a ella; únicamente procuró revestir con un pretexto honesto el inmenso deseo que experimentaba de encontrarse con ella nuevamente; llamó a este deseo curiosidad, afán de venganza, y, en consecuencia, he aquí la ingeniosa deducción a que llegó:

—Cérizet me había hablado de una rica heredera, y la condesa, en su carta, me indica que toda la intriga en la que me envolvió me conduce a un rico matrimonio. Los ricos matrimonios que se tiran de este modo a la cabeza de los demás no abundan, ciertamente, para que en el espacio de pocas semanas esta misma ocasión se me haya podido ofrecer dos veces. Por lo tanto, el partido que me ofrecía Cérizet y éste que acaba de presentármese, continúa siendo esa loca con la que se esfuerzan en casarme de manera tan singular y denodada. Otrosí, Cérizet, al ser del complot, debe de conocer a la condesa; y, por último, a través de él puedo encontrar la pista de la húngara. De todos modos, conseguiré informes acerca del extraño convenio en cuyo objeto me he convertido. No hay duda de que una familia que para alcanzar sus fines pone en juego unos titeres tan encopetados, debe de ocupar una posición considerable en el mundo: por consiguiente, hay que ir a ver a Cérizet.

Y fue a verle.

Desde la cena del *Rocher de Cancale*, los dos antiguos amigos no habían vuelto a encontrarse. Una o dos veces, en casa de los Thuillier, adonde Dutocq iba poco a causa del alejamiento de su nueva morada, La Peyrade preguntó al escribano del juez de paz qué hacía su copista.

—No habla nunca de vos —le respondió Dutocq.

De aquí a concluir que el resentimiento, el *manet altamente repostum*, aún permanecía vivo en el vengativo usurero, no había más que un paso.

La Peyrade no se detuvo ante esta consideración. Al fin y al cabo, no iba a pedir un favor: iba con el pretexto de reanudar un asunto en el que había intervenido Cérizet, y éste nunca intervenía en nada si no había algo que ganar. Por lo tanto, el abogado resolvió ir a ver al copista en su escribanía: no era tanto una visita como si hubiese ido a hablarle en su tugurio de la calle Poules, cuyos alrededores no tenían nada de atractivo.

Eran aproximadamente las dos cuando La Peyrade penetró en el local del juez de paz del distrito XII. Atravesó una primera estancia en la que esperaba la multitud de los litigantes y encartados que ponen continuamente en relación con el magistrado de

primera instancia la colocación y el levantamiento de los sellos después de una defunción, las actas notariales, los actos de conciliación, las disputas entre amos y criados, entre propietarios e inquilinos, entre clientes y proveedores, y por último las contravenciones a la justicia.

Sin detenerse en aquella sala de espera, La Peyrade siguió hasta una segunda habitación que precedía al gabinete del escribano. Allí Cérizet trabajaba ante una mala mesa de madera ennegrecida, sentado frente a un empleadillo, que en aquellos momentos no se hallaba en su puesto.

Al ver entrar al abogado, Cérizet le dirigió una mirada feroz y sin molestarse en abandonar su asiento ni la redacción de un juicio que estaba pergeñando, dijo:

—¡Vaya! Conque sois vos, señor de La Peyrade. ¿Cómo van esos bonitos negocios con vuestro amigo Thuillier?

—Y tú, ¿cómo estás? —le preguntó La Peyrade con un tono a la vez resuelto y amistoso.

—Yo —respondió Cérizet—, ya puedes verlo, siempre remando en mi galera; y, para seguir con esta metáfora náutica, ¿puedo preguntarte qué viento te trae por aquí? ¿No será, tal vez, el viento de la adversidad?

La Peyrade, sin responder, tomó una silla para sentarse junto a su interlocutor, y luego le dijo con gravedad:

—Querido, tenemos que hablar.

—Según parece —insistió el venenoso Cérizet—, después de la incautación del libro se han enfriado mucho las relaciones con los Thuillier, ¿no es cierto?

—Los Thuillier son unos ingratos —respondió La Peyrade—. He roto con ellos.

—Ruptura o despedida —dijo Cérizet—, su puerta te está igualmente cerrada, y, según lo que me ha dicho Dutocq Brígida habla de ti de una manera más que ligera. Ahí tienes, amigo mío, lo que pasa por querer hacer las cosas solo: surgen complicaciones y no se tiene a nadie para limar las asperezas. Si tú me hubieses conseguido el contrato, me hubiera introducido en casa de los Thuillier, Dutocq no se hubiera apartado de ti y te hubiéramos conducido suavemente a puerto.

—¿Y si yo no quisiera arribar a puerto? —repuso La Peyrade con cierta vivacidad—. Te digo que estoy de los Thuillier hasta la coronilla, que he sido el primero en romper y que les he dicho que no me tapasen el sol. Si Dutocq te dice otra cosa, puedes asegurarle que miente. ¿Está claro? Creo que me explico.

—Bien, pues esto es precisamente lo que yo decía, querido: si tanto detestas a toda esa *Thuilliería*, tenías que haberme introducido en su casa y habrías visto cómo te hubiera vengado aprovechándome de ello.

—Por este lado no te falta razón —asintió La Peyrade—, y sería de desear que te hubiese soltado entre ellos; pero te repito que no pude hacer nada en el asunto del contrato.

—Sin duda —repuso Cérizet—, tu conciencia te obligaba a decir a Brígida que la suma de doce mil francos que yo pensaba ganar con ella estaría mucho mejor en su

bolsillo.

—Por lo visto —añadió el abogado—, Dutocq continúa ejerciendo la honorable profesión de espía que antes practicaba en el ministerio de Finanzas, y, como es propio de los que se dedican a estos turbios manejos, sus informes son tan ingeniosos como verídicos.

—¡Ten cuidado! —observó Cérizet—. Hablas de mi jefe y en su antro.

—Veamos —dijo La Peyrade—. He venido para hablar contigo de cosas serias: ¿quieres hacerme el favor de dejar a los Thuillier y sus dependencias y prestarme atención?

—Habla, querido —contestó Cérizet dejando la pluma, que no había cesado de correr sobre el papel sellado—. Te escucho.

—Hace unos días —prosiguió La Peyrade—, me hablaste de una joven casadera, rica, mayor de edad y ligeramente histérica, como tú decías por eufemismo.

—¡Vaya! —exclamó el usurero—. ¡Sí que te has hecho esperar!

—Al ofrecerme esa heredera —preguntó La Peyrade—, ¿qué era lo que te proponías?

—¡Pardiez, que hicieses un magnífico negocio! No tenías más que agacharte para recogerlo. Yo recibí el encargo formal de hacerte la proposición y en ello no había el menor corretaje; me fiaba enteramente de tu generosidad.

—Pero tú no fuiste el único que recibió orden de tantearme; había también una mujer con una misión parecida.

—¿Una mujer? —respondió Cérizet con el tono más natural—, No lo sabía.

—Sí, una extranjera, bastante joven y bonita, que sin duda habrás visto entre la familia de la futura, por la que parece sentir un vivísimo afecto.

—Nunca ha intervenido ninguna mujer en estas negociaciones —dijo Cérizet—. Todo me hace creer que yo era el único que se encargó de ellas.

—¡Cómo! —preguntó La Peyrade dirigiendo una mirada inquisitiva al copista del escribano—. ¿No has oído hablar nunca de la condesa Toma de Godollo?

—En toda mi vida. Es la primera vez que oigo pronunciar este nombre.

—Entonces —añadió La Peyrade—, debe de tratarse de otro partido, pues esta mujer, después de numerosos preliminares harto singulares y que sería demasiado largo contarte, me ha ofrecido formalmente la mano de una joven mucho más rica que la señorita Colleville.

—¿Y mayor de edad... e histérica? —preguntó Cérizet.

—No, no me han embellecido la proposición con estos atributos, pero existe otro detalle que quizás te dará unas pista. La señora de Godollo me ha emplazado, para el caso de que quiera llevar adelante este asunto, a que vea a un tal señor du Portail, rentista.

—¿De la calle Honoré-Chevalier? —preguntó vivamente Cérizet.

—Exactamente.

—Entonces, se trata desde luego del mismo partido, ofrecido por dos lados

distintos. Lo único que encuentro extraño es que no me hayan comunicado esta participación.

—¿De modo —dijo La Peyrade— que no sólo no sospechabas la intervención de la condesa, sino que no la conoces y no puedes darme la menor noticia de ella?

—De momento, no —repuso el usurero—, pero podría informarme, porque el modo de proceder que han tenido conmigo me parece un poco insultante; por otra parte, esta doble gestión te demostrará hasta qué punto esa familia te considera conveniente.

En aquel instante, la puerta del gabinete se entreabrió con precaución; una mujer asomó la cabeza y una voz, que La Peyrade reconoció inmediatamente, dijo dirigiéndose al copista del escribano:

—¡Ah, perdón! El señor está ocupado. ¿Puedo decir unas palabras al señor cuando esté solo?

Cérizet, cuyas miradas eran tan rápidas como sus manos, pudo observar que La Peyrade, puesto de manera que podía ser visto por la intrusa, tan pronto oyó su voz melosa y lánguida se apresuró a volver la cabeza, a fin de ocultarle su rostro. Por lo tanto, en vez de verse despedida con cajas destempladas, como les sucedía a la mayor parte de los solicitantes que se dirigían al más desabrido y menos acogedor de los escribanos, éste dijo a la discreta visitante:

—Entrad, entrad, señora Lambert. Tendríais que esperar demasiado.

Al encontrarse frente a La Peyrade, su acreedora, a quien el lector sin duda ya ha reconocido, exclamó:

—¡Ah, señor abogado de los pobres! ¡Qué contenta estoy de volver a ver al señor! He pasado varias veces por su casa para saber si había tenido tiempo de ocuparse de mi pequeño asunto.

—Es verdad —contestó La Peyrade—. En estos últimos tiempos mis numerosas ocupaciones que me han obligado a ausentarme con frecuencia de mi bufete, pero ya está todo en regla y a punto para entregarlo al secretariado.

—¡Oh, qué bueno es el señor! —dijo la beata juntando las manos.

—¡Vaya! ¿Tienes negocios con la señora Lambert? —preguntó Cérizet—. No me lo había dicho. ¿Eres tal vez el consejero del tío Picot?

—No, por desgracia —dijo la devota—. Mi maestro no quiso seguir los consejos de nadie. ¡Es un hombre tan entero y voluntarioso! Pero, mi digno señor, ¿es verdad que el consejo de familia va a reunirse?

—Sin duda —respondió Cérizet—, y mañana a lo más tardar.

—Pero, caballero, yo creía que esos señores del tribunal real habían dicho que la familia no tenía ningún derecho.

—Sí, en efecto —repuso el escribano—, el tribunal de primera instancia y luego el tribunal real, al que apelaron los parientes, han rechazado la demanda de incapacitación.

—¡Naturalmente! —exclamó la beata—. ¡Querer hacer pasar por loco a un

hombre tan lleno de recursos!

—Pero los parientes se mantienen en sus trece; vuelven a presentar el caso bajo otra forma y exigen que se nombre un consejo judicial. Por eso el consejo de familia se reunirá mañana y creo que esta vez, mi querida señora Lambert, el tío Picot podría ser declarado incapaz. Existen declaraciones muy graves; está muy bien hacer cantar a la gallina, pero... ¡desplumarla hasta el hueso!

—¡Cómo! ¿Acaso el señor cree?... —dijo la devota acercando sus manos juntas al mentón con un encogimiento de hombros.

—Yo no creo nada —repuso Cérizet—, no soy juez en este asunto; pero los parientes afirman que habéis escamoteado sumas considerables y hecho inversiones sobre las que exigen una explicación.

—¡Dios mío! —exclamó la beata—. Pueden ver lo que quieran; no tengo ni un título de renta, ni una acción, ni un billete, ni el menor valor en mi poder.

—¡Ah! —dijo Cérizet mirando a La Peyrade con el rabillo del ojo—. Pero existen amigos complacientes que prestan asilo... Aunque, por lo demás, esto no me concierne; cada cual se las arregla como puede. ¿Qué queríais decirme, en definitiva?

—Quería rogaros, caballero —respondió la beata—, y suplicar al señor escribano, para que me hagáis la merced de hablar en nuestro favor al señor juez de paz; el señor vicario de Saint-Jacques también ha prometido recomendarnos... Si continúan atormentando a ese pobre hombre —añadió llorando—, acabarán por matarle.

—El señor juez de paz, no quiero ocultároslo —aseguró Cérizet—, no está muy bien dispuesto; ya visteis que el otro día no quiso recibirnos. Por lo que se refiere al señor escribano y a mí, no podemos hacer gran cosa; además, mi buena señora, lleváis la bolsa demasiado cerrada, ¿sabéis?

—El señor me preguntó si tenía algunos ahorrillos en alguna parte; no puedo decirle que los tenga, cuando, por el contrario, todo se ha gastado en casa del pobre señor Piicot, al que me acusan de haber ro-ro-bado.

La señora Lambert ya no podía contener sus sollozos.

—Mi opinión particular —prosiguió Cérizet—, es que os hacéis pasar por más pobre de lo que sois, y, si el amigo La Peyrade, que parece gozar de toda vuestra confianza, no tuviese la lengua atada por los juramentos de su profesión...

—¿Yo? —replicó vivamente La Peyrade—. Yo no sé nada de los asuntos de esta señora; únicamente me pidió que le redactase una memoria para una cuestión que no tiene nada de judicial ni de financiera.

—¡Ah, conque es esto! —dijo Cérizet—. La señora fue a visitarte a causa de esa memoria, el día en que Dutocq la encontró en tu casa; ya sabes, al día siguiente de nuestra famosa cena en el *Rocher de Cancale*, donde te mostraste altivo como un romano.

Luego, sin que pareciese dar demasiada importancia a aquel recuerdo, agregó:

—Bien, mi buena señora Lambert, diré a mi jefe que hable con el señor juez de paz, y si encuentro una ocasión oportuna, le hablaré yo mismo; pero, os lo repito, os

mira con mucha prevención.

La señora Lambert se retiró con numerosas reverencias y protestas de agradecimiento.

Cuando la beata hubo salido, La Peyrade dijo:

—Tú no pareces creer que esta mujer fuese a verme para que le redactase una memoria; sin embargo, nada es más cierto; pasa por ser una santa en la calle donde vive, y ese viejo a quien dicen que ella ha expoliado, vive únicamente gracias a su abnegación, según los informes que me han dado. A consecuencia de ello, han metido en la cabeza de la buena señora el deseo de aspirar a un premio Montyon, y me ha rogado que hiciese valer, exponiéndolos en una memoria, sus méritos para alcanzar dicha recompensa.

—¡Toma, los premios Montyon! —exclamó Cérizet—. Es una idea, querido, y hemos hecho mal en no cultivarlos. Yo sobre todo, que soy el banquero de los pobres como tú eres su abogado. En cuanto a tu cliente, tienes suerte de que los parientes del tío Picot no formen parte de la Academia Francesa, pues le harían conceder este premio a la virtud en la policía correccional de la sexta cámara... Pero, volviendo a nuestras ovejas, yo te decía que, después de todas estas tergiversaciones tuyas, harías muy bien acabando de una vez, y, como tu condesa, te emplazo para que vayas a ver a du Portail.

—¿Pero, quién es ese du Portail? —preguntó La Peyrade.

—Un vejete más listo que el hambre —respondió Cérizet, y que me hace el efecto de poseer un crédito de mil demonios. Ve a verle. La vista es gratis, como dicen.

—Sí —convino La Peyrade—, es posible que vaya, pero antes quiero que te informes de quién es la tal condesa de Godollo.

—¿Qué importa la condesa? En este asunto no es más que una comparsa.

—En fin, tengo mis motivos —añadió el abogado—. Dentro de dos o tres días, debes saber a qué atenerte por lo que a ella respecta; volveremos a vernos entonces.

—Amigo mío —dijo Cérizet—, me parece que te entretienes con bagatelas. ¿No será, por casualidad, que te has enamorado de Ja mediadora?

«¡Condenado bribón! —pensó La Peyrade—. Lo adivina todo, es imposible ocultarle nada.»

—No —repuso en voz alta La Peyrade—, no estoy enamorado; por el contrario, trato de ser prudente. Te confieso que el casamiento con una loca no me atrae demasiado, y antes de embarcarme en semejante asunto quiero conocer el terreno que piso. La manera tortuosa de proceder no sirve precisamente para tranquilizarme, y ya que se ponen en juego tantas influencias, me conviene conocerlas una por una. Así, no trates de pasarte de listo y darme unos informes sobre la señora condesa Toma de Godollo que te saques de la gorra y sean como las señas personales de un pasaporte: mentón redondo, rostro ovalado...; lo que se llaman sillas de montar para todos los caballos. Te prevengo que puedo comprobar la veracidad de tus informes y si veo que pretendes engañarme, romperé toda relación con tu du Portail.

—¡Querer engañaros, monseñor! —respondió Cérizet imitando la voz y el acento de Frédérick Lamaître—. ¿Quién se atrevería a hacerlo...?

Mientras pronunciaba esta frase un tanto burlona, hizo su aparición Dutocq, que regresaba acompañado de su empleadillo. Había tenido que salir para realizar una diligencia judicial.

—¡Vaya! —dijo el escribano al ver a La Peyrade y Cérizet juntos—. He aquí la *trinidad* formada de nuevo; pero el objeto de la alianza, el *casus foederis*, se ha ido al agua. ¿Qué habéis hecho, mi querido La Peyrade, a la buena de Brígida? Os tiene un odio mortal.

—¿Y Thuillier? —preguntó el abogado.

Era la escena de Molière al revés, en la que Tartufo pedía noticias de Orgon.

—Thuillier empezó por no seros tan hostil; pero parece ser que el asunto de la incautación empieza a tomar un giro favorable, y como ahora tiene menos necesidad de vos, poco a poco va dejándose arrastrar a las aguas de su hermana. En el caso de que la progresión continúe, no dudo que dentro de algunos días, si la cámara del consejo declara sobreseída la demanda, os convertiréis para él en un hombre digno de la horca.

—Pero en fin, yo estoy libre de acusación —repuso La Peyrade—, y no es fácil que me vuelvan a ver por allí... Adiós, queridos amigos —agregó—. Y tú, Cérizet, de lo que te he hablado, actividad, seguridad y discreción.

Cuando La Peyrade llegó al patio de la alcaldía, fue abordado por la señora Lambert, que le esperaba allí.

—Señor abogado —le dijo la beata, compungida—, espero que no creeréis todas las villanías que ha dicho el señor Cérizet en vuestra presencia. El señor sabe muy bien que si yo tengo dinero, se debe a la herencia de mi tío de Inglaterra.

—¡Está bien, está bien! —contestó La Peyrade—. Pero comprenderéis que con todos esos rumores que ponen en circulación los parientes de vuestro amo, ese premio a la virtud es más que problemático.

—Si la voluntad de Dios es que yo no lo obtenga...

—Conviene que comprendáis también lo importante que es para nosotros guardar el secreto del favor que os he hecho. A la primera apariencia de una indiscreción, ya os lo he dicho, esa suma os será devuelta implacablemente.

—¡Oh, el señor puede estar tranquilo!

—Bien, adiós, mi querida señora —añadió La Peyrade con tono protector.

Y al separarse de ella, oyó una voz nasal que gritaba por la ventana de una escalera:

—¿Señora Lambert?

Era Cérizet, que sospechando aquel coloquio, se asomó para comprobarlo.

—Señora Lambert —repitió—, el escribano ha vuelto, y si queréis hablarle...

La Peyrade no encontró ningún medio para impedir aquella conferencia, en la que comprendió que el secreto de su depósito podía correr los mayores peligros.

—Decididamente —murmuró al irse—, tengo una mala racha. No sé cuándo acabará esto.

XI UNA CONDESA DEL OTRO MUNDO

Había en Brígida un instinto tan violento de dominación, que vio la desaparición de la señora de Godollo sin el menor pesar e incluso con una cierta secreta alegría.

Sentía que aquella mujer tenía sobre ella una superioridad abrumadora que, a pesar de haber servido para contribuir al ornato de su casa, sin embargo le causaba desazón; y, cuando tuvo lugar su separación, que, por lo demás, se hizo con cortesía y bajo un pretexto plausible y honrado, *miss Thuillier* respiró. Hizo como esos reyes que permanecen mucho tiempo bajo el dominio de un valido imperioso y necesario, cuyo corazón se ilumina el día en que la muerte viene a librarles de aquel dueño cuyos servicios e influencia rival sólo soportaban con impaciencia.

Thuillier, por lo que respecta a La Peyrade, no hubiera estado lejos de experimentar un sentimiento semejante. Pero la señora de Godollo no era más que la elegancia, mientras que el abogado era la utilidad de la casa que ambos acababan de abandonar casi simultáneamente, y al cabo de algunos días, para hablar como los prospectos, la existencia política y literaria del *buen amigo* experimentaba una terrible necesidad del provenzal.

El consejero municipal recibió de pronto el encargo de redactar un importante informe. No pudo declinar aquella tarea, que había puesto en sus manos la fama de hombre de letras y hábil escritor que le granjeó la publicación de su libro, y, ante el peligroso honor que acababan de conferirle sus colegas del consejo general, se sintió asustado por su soledad y su falta de dotes.

Se encerró en su gabinete, donde se atiborró de café negro, tajó varias plumas y escribió veinte veces en un papel que contaba exactamente con las mismas dimensiones del

que había visto emplear a La Peyrade: *Informe a los señores miembros que componen el consejo municipal de la villa de París*. Puso después a la cabeza de la hoja un espléndido SEÑORES, para salir luego furioso de su gabinete quejándose de un estrépito espantoso que *le cortaba el hilo de sus ideas*, a pesar de que en toda la casa solamente habían cerrado una puerta, abierto un armario o movido una silla, todo esto no hacía que el trabajo adelantase ni que pudiese pasar del principio.

Pero afortunadamente, sucedió que Roubourdin quiso cambiar algo en la distribución de su piso y fue, como era lógico, a someter esta pretensión al propietario. Thuillier se apresuró a concederle lo que solicitaba, y acto seguido habló

a su inquilino del informe que le habían encargado, pues le gustaría, según dijo, conocer sus ideas sobre el particular.

Rabourdin, al que ninguna cuestión administrativa era ajena, se apresuró a lanzar gran cantidad de ideas claras y lúcidas sobre el tema que le fue expuesto. Era de aquellos que miran con indiferencia la calidad de las inteligencias ante las que hablan: ya sea un necio o un hombre ingenioso quien los escuche, igualmente les sirven para expresar en voz alta su pensamiento y se convierten en un excitante de un efecto más o menos parecido. Cuando terminó, Rabourdin se dio cuenta de que Thuillier no le había entendido, pero él se escuchó con placer; por otra parte, agradecía la atención, incluso obtusa, de su oyente y la complacencia con que el propietario accedió a lo que le solicitaba.

—Además —dijo al salir—, debo de tener entre mis papeles alguna cosa sobre el tema que os preocupa; la buscaré y os la enviaré.

En efecto, aquella misma noche envió a casa de Thuillier un voluminoso manuscrito. Thuillier se pasó la noche pescando en aquel precioso repertorio de ideas, y acabó por extraer más de las que necesitaba para constituir un trabajo notable, incluso utilizando torpemente los materiales que le sirvieron para su refrito.

Leído dos días después ante el consejo, el informe alcanzó un lisonjero éxito y Thuillier volvió a su casa radiante por las felicitaciones que había cosechado. A partir de aquel momento, memorable en su vida, pues en su vejez aún hablaba «del informe que tuvo el honor de presentar ante el consejo general del Sena» su estimación por La Peyrade bajó mucho. Desde entonces le pareció que podía pasarse muy bien sin el provenzal, y, ante esta idea de emancipación, hubo que añadir otro agradable suceso ocurrido casi en el mismo instante y que contribuyó a levantarle aún más el ánimo.

Se preparaba una crisis parlamentaria: ello hizo pensar al Ministerio que, para arrebatarse a sus adversarios un motivo de oposición que seguía ejerciendo una gran influencia en la opinión pública, debía aflojar las medidas rigurosas que, desde hacía algún tiempo, había multiplicado contra la prensa. Comprendido en esta especie de hipócrita amnistía, Thuillier recibió cierta mañana una carta del abogado que había nombrado en vez de La Peyrade. Aquella carta le anunciaba que la cámara del consejo le había absuelto de la acusación, y que ordenaba el levantamiento del embargo que pesaba sobre la edición.

Entonces, la previsión de Dutocq se cumplió. Con aquel peso menos sobre el pecho, Thuillier tuvo el sobreseimiento insolente, y, coreando a Brígida, terminó por hablar de La Peyrade como de una especie de intrigante a quien había alimentado, el cual le había *sustraído* sumas considerables, que, por si aún no fuese bastante, demostró una negra ingratitud, y que por lo tanto se alegraba enormemente de no contarle ya entre el número de sus relaciones. Orgon estaba en plena rebeldía y, como Dorina, estaba próximo a gritar:

*¡Un pícaro que vino descalzo y andrajoso,
con traje de ocho cuartos, hecho un zarrapastroso!*

Cérizet, a quien Dutocq refirió todas aquellas indignidades, no hubiera dejado de contarlas corregidas y aumentadas a La Peyrade; pero la entrevista durante la cual el copista del escribano debía proporcionar informes sobre la señora de Godollo no se celebró el día fijado. La Peyrade esclareció el asunto por su cuenta. Veamos lo que le sucedió:

Siempre acosado por el pensamiento de la bella húngara, esperando, o mejor dicho, sin esperar el resultado de las indagaciones de Cérizet, recorría París en todos los sentidos y se le veía, como el más desocupado de los vagos, en los lugares más frecuentados; su corazón le decía que, tarde o temprano, encontraría el objeto de aquella ardiente búsqueda.

Una noche, hacia mediados de octubre, el otoño, como sucede con frecuencia en París, era magnífico, y en los bulevares por los que el provenzal paseaba su amor y su melancolía, la animación y la vida al aire libre continuaban como en el corazón del estío.

En el bulevar de los Italianos, antes llamado bulevar de Gante, al pasar ante las sillas alineadas frente al *Café de París*, donde, mezcladas con algunas señoras de la *Chaussée-d'Antin*, acompañadas de sus hijos y maridos, van a lucirse por la noche un ramillete de bellezas nocturnas que sólo esperan que las recoja una mano enguantada, La Peyrade recibió un terrible golpe en el corazón: de lejos había creído percibir a su adorada condesa.

Estaba sola, con un atavío resplandeciente impropio del lugar y de su aislamiento; ante ella, subido en una silla, se meneaba un perrito blanco al que acariciaba con sus bellas manos.

Después de asegurarse de que no se había equivocado, el abogado se disponía a lanzarse hacia aquella visión celestial, cuando se le adelantó un *león* de la especie más triunfante; sin quitarse el cigarro y sin llevarse siquiera la mano al sombrero, el bello joven trabó conversación con su ideal. Cuando vio al provenzal pálido y dispuesto a abordarla, la sirena, indudablemente sintió miedo, pues se levantó y, tomando vivamente el brazo del hombre que hablaba con ella, le dijo:

—¿Tenéis vuestro coche, Emilio? Esta noche es la clausura de Mabilie y tengo ganas de asistir a ella.

El nombre de aquel lugar disoluto, lanzado así al rostro del desventurado abogado, fue sin embargo una caridad, pues le evitaba una necia acción, como hubiera sido la de abordar, colgada del brazo de un hombre constituido súbitamente en su caballero, a la indigna criatura en la que unos momentos antes pensaba con tesoros de ternura.

—¡No vale la pena que la insulte! —dijo para sus adentros.

Pero como los enamorados no levantan fácilmente el sitio, una vez iniciado, el provenzal no se consideró todavía informado a fondo.

No lejos del lugar que acababa de abandonar la húngara estaba sentada otra mujer, igualmente sola, pero ésta de edad madura, empenachada y que ocultaba bajo

un chal de cahemira, vieja bandera cuyos colores el tiempo había deslustrado, los restos lamentables de una elegancia ajada y de un lujo averiado y pasado de moda.

En suma, su aspecto no tenía nada de imponente ni que inspirase respeto, al contrario. Por lo tanto, La Peyrade fue a sentarse junto a aquella matrona, dirigiéndole la palabra sin cumplidos:

—¿Por ventura conocéis, señora —le preguntó—, a esa mujer que acaba de marchar del brazo de un caballero?

—Sin duda alguna, señor. Conozco a casi todas *estas* damas que vienen por aquí.

—¿Y cómo se llama?

—Señora Komorn.

—¿Y es tan inexpugnable como la fortaleza cuyo nombre lleva? —continuó el abogado.

Recordará el lector que cuando tuvo lugar la insurrección de Hungría, los novelistas y la prensa no cesaron de cansar nuestros oídos repitiéndonos el nombre de la famosa ciudadela de Komorn, y La Peyrade sabía que las indagaciones siempre dan mejor resultado si se hacen con una apariencia de despreocupación y ligereza.

—¿Es que el señor se propone trabar conocimiento con ella?

—No lo sé —respondió el provenzal—, pero no es de esas mujeres que se olviden.

—Y además, es muy peligrosa, señor —repuso la matrona—. Insaciable e incapaz de reconocer con cierta generosidad lo que se hace por ella. Yo os hablo con conocimiento de causa; cuando llegó aquí procedente de Berlín, hace seis meses, me la recomendaron vivamente.

—¡Ah! —dijo La Peyrade.

—Sí, yo tenía entonces una hermosa propiedad cerca de Ville-d'Avray, con parque, caza, aguas vivas para la pesca, y como allí me aburría sola y no tenía bastante fortuna para vivir como una castellana, muchos de estos señores y estas damas me dijeron: «Señora Louchard, deberíais organizar reuniones en vuestra casa...»

—¡Señora Louchard! —repitió La Peyrade—. ¿Sois acaso pariente del señor Louchard, el guardia de comercio?

—Soy su esposa, caballero, pero estamos separados judicialmente... Es un hombre horrible que desea que vuelva a su lado; pero yo puedo perdonarlo todo menos la falta de consideración: ¡con deciros que un día se atrevió a levantarme la mano!

—En fin —repuso La Peyrade, volviendo a su interlocutora a la cuestión—, las veladas se organizaron y la señora de Godollo... quería decir la señora de Komorn...

—Fue una de las primeras que se alojaron en mi casa; allí conoció a un italiano, un hombre correctísimo, un refugiado político, pero de mucha altura. Como comprenderéis, no me convenía que en mi casa se tramasen intrigas; sin embargo, aquel hombre estaba tan enamorado y se sentía tan desgraciado porque la señora

Komorn no quisiera acogerle, que acabé por interesarme en ese amorío, que para esta señora resultó excelente bajo el punto de vista monetario, ya que sacó cantidades considerables al italiano. Pues bien, ¿creeréis que al tener una necesidad momentánea y pedirle que me prestase una pequeña suma, se negó a complacerme y se fue de mi casa, llevándose con ella a su amante quien, por lo demás, no tiene por qué alabarse de haberla conocido...?

—¿Qué le sucedió, pues? —preguntó La Peyrade.

—Le sucedió que esa serpiente sabe todas las lenguas de Europa; que es una mujer que se pierde de vista, taimada y artera, hasta el punto de que, al parecer, está en relación con la policía, entregó al gobierno unas cartas comprometedoras que el italiano no supo ocultar y que le valieron la expulsión.

—Y desde la partida de ese italiano, ¿qué ha hecho la señora Komorn...?

—Después tuvo varias aventuras y desbarató algunas fortunas, pero creía que se había ido. Durante más de dos meses desapareció por completo, hasta que el otro día volví a verla, más resplandeciente que nunca. Yo no aconsejo al señor que se lance tras ella; sin embargo, el señor tiene aspecto meridional, debe ser apasionado y quizá todo cuanto acabo de decirle no ha servido más que para subírsele a la cabeza: en este caso, estando advertido, no correrá gran peligro, pues ya sabe a qué atenerse; por lo demás, no puede negarse que es una mujer seductora, ¡oh, muy seductora!... Me quería mucho aunque nos hayamos separado airadamente, pero, hace sólo un momento, aún me pidió mi dirección diciéndome que vendría a visitarme.

—En fin, señora, pensaré en ello —dijo La Peyrade levantándose y saludando a su interlocutora.

El saludo le fue devuelto con gran frialdad; aquella brusca partida no era propia de un *hombre serio*.

Al ver la despreocupación con que el abogado llevaba a cabo su interrogatorio, casi podría creerse en su curación súbita; pero aquel desinterés superficial y sangre fría no era más que la calma inusitada de la atmósfera que preludia una tempestad.

Al separarse de la señora Louchard, La Peyrade subió precipitadamente en un coche de punto y, una vez en él, un diluvio de lágrimas, semejante al que había presenciado la señora Colleville el día de la subasta en que se creyó engañado por Cérizet, señaló la primera explosión de su dolor.

La inversión de los Thuillier, preparada con tanta paciencia, a costa de tan rudos sacrificios, inútil; Flavie, cumplidamente vengada de la odiosa comedia que habla representado con ella, y sus asuntos, en peor estado que atando Cérizet y Dutocq le encerraron, como a un lobo devorador de ovejas, en el aprisco de donde se dejó expulsar como un estúpido corderillo. Sus proyectos de venganza contra la mujer que supo dar al traste tan fácilmente con toda su habilidad y el recuerdo aún vivo de las seducciones que le hicieron sucumbir, tales fueron los pensamientos y las emociones de su noche de insomnio, o agitada por sueños penosos.

Al día siguiente, La Peyrade ya no pensaba. Era presa de una fiebre violenta, y

sus manifestaciones se hicieron tan graves que el médico, cuya presencia se consideró necesaria, tuvo que adoptar precauciones contra los síntomas casi declarados de una congestión cerebral: sangría, sanguijuelas, hielo en la cabeza, tal fue para el provenzal el agradable desenlace de su sueño de amor; pero también conviene que nos apresuremos a añadir que la crisis de que fue víctima el hombre físico produjo la curación completa del hombre moral: el abogado no tardó en guardar para la húngara traidora más que el sentimiento de un frío desdén, que ni siquiera se elevaba hasta la idea de una venganza.

Una vez restablecido y pensando en su futuro, en el que había perdido tanto terreno, La Peyrade se preguntó si no debía tratar de hacer las paces con los Thuillier, o si le convenía volverse del lado de aquella joven loca y riquísima que tenía un lingote en el lugar donde las demás tienen el cerebro; pero todo cuanto podía recordarle su desastrosa campaña provocaba en él una repulsión invencible, y además, ¿qué seguridad tendría en sus tratos con aquel du Portail, que utilizaba como medios de acción instrumentos de semejante calaña?

Las grandes conmociones del alma son como las tempestades que purifican la atmósfera: moralizan y aconsejan resoluciones fuertes y generosas. La Peyrade, al término del cruel desengaño que acababa de sufrir, acabó por hacer examen de conciencia, preguntándose qué significado tenía aquella existencia formada por intrigas bajas y ruines que llevaba desde hacía más de un año. ¿No podía hacer un empleo mejor y más noble de las facultades eminentes que sentía en su interior? La jurisprudencia le estaba abierta como a todos los demás; era un camino recto y ancho que podía conducirle a todas las satisfacciones de una ambición legítima. Como Fígaro que, para subsistir, mostró más ciencia y cálculo que los empleados desde hacía cien años para gobernar todas las Españas, para instalarse y sostenerse en la casa Thuillier, y para casarse con la hija de un clarinete y una coqueta, él malgastó más ingenio, más arte y, también habla que decirlo, ya que en una sociedad corrompida se trata de un elemento que hay que tener en cuenta, más falta de probidad de la que hubiera necesitado para abrirse camino en una carrera.

—Basta de relaciones con los Dutocq y los Cérizet —se dijo—; basta de la nauseabunda atmósfera que se respiraba en el mundo de los Minard, los Phellion, los Colleville, los Barniol y los Laudigeois. Partamos hacia París —añadió—, y sacudámonos esta provincia *intra muros*, mil veces más ridícula y mezquina que la provincia departamental; ésta, al lado de sus pequeñeces, tiene al menos su individualidad en las costumbres, una dignidad *sui generis*; es francamente como es, el antípoda de la vida parisién; la otra no es más que su parodia.

La Peyrade, por consiguiente, fue a ver a dos o tres procuradores que le ofrecieron introducirle en el Palacio de Justicia para defender unas causas secundarias; aceptó las que se presentaron directamente y, tres semanas después de su ruptura con los Thuillier, ya no era el abogado de los pobres, sino abogado defensor.

XII TOMA Y DACA

La Peyrade ya había defendido algunas causas con éxito, cuando una mañana le llegó una carta que le inquietó mucho.

El decano del colegio de abogados le emplazaba para que pasase aquel mismo día por su gabinete del Palacio de Justicia, pues tenía que comunicarle *algo grave*.

El provenzal pensó inmediatamente en la casa de la Madeleine; si aquel asunto hubiese llegado a oídos del consejo disciplinario, le hubiera hecho directamente responsable ante aquel tribunal, cuya severidad no ignoraba.

Ahora bien, du Portail, al que no fue a ver a pesar de la promesa condicional hecha a Cérizet, se enteró de toda la histórica subasta por boca del propio Cérizet. No hay duda de que para aquel hombre, a juzgar por la intervención de la húngara, todos los medios eran buenos. En su empeño por concertar el casamiento de la loca, ¿no habría tomado aquel maniático el partido de denunciarle? Al verle iniciar valientemente y con ciertas apariencias de éxito una carrera que podía darle independencia fortuna, ¿no se habría propuesto su perseguidor vedarle el acceso a aquella carrera? Esta suposición, ciertamente, tenía tantos visos de verosimilitud que el abogado esperó con ansiedad la hora en que pudiera comprobar la naturaleza exacta de la amenazadora citación.

Mientras el provenzal almorzaba frugalmente, entregado a sus conjeturas, la señora Coffinet, que tenía el honor de hacer la limpieza de su casa, entró a preguntarle si podía recibir a Esteban Lousteau^[7].

¡Esteban Lousteau! La Peyrade recordaba haber oído ya aquel nombre en alguna parte.

—Hacedle pasar a mi despacho —dijo a la portera.

Y un instante después recibió a su visitante, cuya cara no le era desconocida.

—Señor —dijo el visitante de La Peyrade—, hace algún tiempo tuve el honor de comer con vos en Véfour; fui invitado a esa reunión, que resultó un poco accidentada, por vuestro amigo el señor Thuillier.

—¡Ah, muy bien! —respondió el abogado ofreciéndole asiento—, ¿Perteneceis a la redacción de algún periódico?

—Soy redactor jefe de *El Eco del Castor*, y precisamente quería hablaros de esta publicación. ¿Sabéis lo que pasa?

—No —contestó La Peyrade.

—¡Cómo! ¿Ignoráis que el Ministerio tuvo ayer un revés espantoso, pero en vez de presentar su dimisión, como era de esperar, disuelve la Cámara y apela a la opinión del país?

—No sabía ni una palabra —aseguró La Peyrade—. No he leído los diarios de esta mañana.

—Esto ha desatado todas las ambiciones parlamentarias —continuo Lousteau—, y si mis informes no mienten, el señor Thuillier, que ya pertenece al consejo general, tiene intención de presentarse candidato por el distrito XII.

—En efecto —asintió La Peyrade—, esto debe de ser lo que piensa.

—Pues bien, yo querría, caballero, poner a su disposición un instrumento cuyo valor supongo que no despreciaréis. *El Eco del Castor*, periódico especial, puede ejercer una influencia decisiva en las elecciones del barrio.

—¿Y vos estaríais dispuesto —preguntó el abogado—, a hacer que este periódico apoyase la candidatura de Thuillier?

—Aún haría más —respondió Esteban Lousteau—. Vengo a proponer al señor Thuillier que adquiera la publicación; una vez convertido en su propietario, dispondrá de ella a su antojo.

—Pero, en primer lugar —preguntó La Peyrade—, ¿cuál es la situación de la empresa? En su calidad de periódico especial, como decíais hace un momento, es un diario que apenas he visto y que me sería totalmente desconocido sin el notable artículo que tuvisteis la amabilidad de consagrar a la defensa de Thuillier cuando se produjo la incautación de la obra.

Esteban Lousteau se inclinó para dar las gracias y continuó:

—La situación del diario es excelente y podríamos dejarlo en condiciones razonables, pues estamos a punto de interrumpir su publicación.

—¡Qué extraño en un diario que prospera!

—Al contrario, nada más natural —respondió Lousteau—. Los fundadores que, dicho sea sin retruécano, son todos representantes de la gran industria de los cueros, constituyeron este diario con un objetivo determinado. Una vez alcanzada esta finalidad, *El Eco del Castor* se convertía en un efecto sin causa. En tal caso, para unos accionistas que no gustan de engorros ni de colas de asuntos y que no corren tras los pequeños beneficios, lo mejor es liquidar.

—Pero, en fin —preguntó La Peyrade—, ¿el periódico cubre sus gastos?

—Esta cuestión nunca nos ha interesado —respondió Lousteau—. No procuramos tener suscriptores; el mecanismo del negocio consiste en una acción directa e inmediata ejercida por el ministerio de Comercio para lograr la elevación de los aranceles en la importación de cueros extranjeros: como comprenderéis, fuera de los círculos de la tenería, el tema no era muy propio para apasionar a una gran masa de lectores.

—Sin embargo, yo creía —insistió La Peyrade—, que un periódico, incluso de acción circunscrita, era una palanca cuya fuerza se calculaba según el número de suscriptores.

—Esto no se aplica a los periódicos que tienen una finalidad concreta —respondió Lousteau con tono doctoral—. En este caso, en cambio, los suscriptores estorban, porque hay que ocuparse de captarlos y distraerlos, y entre cantose descuida el objetivo primordial. Un periódico con una finalidad concreta debe ser una lente

que, enfocada constantemente en un punto fijo, dispare a una hora determinada el cañón del Palacio Real.

—En fin —dijo La Peyrade—, ¿qué valor atribuíis a una publicación que tiene pocos suscriptores o ninguno, que no cubre gastos y que hasta el momento ha perseguido un objetivo completamente distinto al que trataría de alcanzar de ahora en adelante?

—Antes de responderos —repuso Lousteau—, os haré otra pregunta: ¿deseáis comprarlo?

—Depende —contestó el abogado—. Naturalmente, antes tengo que ver a Thuillier; pero desde ahora le digo que él no conoce en absoluto las cosas de la prensa y que, para sus ideas un poco burguesas, la propiedad de un diario tiene que ser algo ruinoso. Por lo tanto, si al lado de esta idea totalmente nueva para él y que de momento le asustará, no presentáis unas cifras que tengan algo de formidable, no vale la pena abordar el asunto, pues para mí está claro que no se hará.

—No —repuso Lousteau—, ya os he dicho que seremos razonables, pues estos señores me dan carta blanca; únicamente quiero haceros observar que ya hemos recibido varias proposiciones y que, al dar la preferencia a Thuillier, nos proponemos hacerle pagar una suma muy conveniente y especial. ¿Cuándo debo esperar vuestra respuesta?

—Mañana, creo. ¿Queréis que tenga el honor de ir a veros a vuestra casa o a la redacción del periódico?

—No, mañana —contestó Lousteau, levantándose—, estaré aquí a la misma hora, si os conviene.

—Perfectamente —dijo La Peyrade acompañando a su visitante en quien creyó ver más suficiencia que habilidad.

Por la manera como el provenzal acogió la proposición de que actuase de intermediario cerca de Thuillier, el lector habrá comprendido que en sus ideas acababa de operarse una súbita revolución. Incluso aunque no hubiese recibido aquella inquietante nota del decano del colegio de abogados, la nueva situación ofrecida a Thuillier por la madurez de su ambición parlamentaria le hubiera dado qué pensar. Evidentemente, el *buen amigo* volvería a él, y su afán por obtener el acta de diputado se lo entregaría atado de pies y manos. ¿No habría llegado el caso de abordar nuevamente la cuestión de su enlace con Céleste, rodeándose de todas las precauciones autorizadas por el recuerdo del pasado? Lejos de ser un obstáculo para ninguna de las buenas resoluciones que le inspiraron su desengaño amoroso y su fiebre cerebral, aquel desenlace, en cambio, aseguraba la perseverancia y el éxito de las mismas, pero si, como temía, el decano del colegio de abogados le echaba una de esas reprimendas capaces de hacer abortar toda una carrera, entonces parecía lo más natural ir a buscar el remedio en la fuente de todos sus males; en casa de los Thuillier, sus cómplices y los autores de su deposición, a los que su instinto y el derecho le decían que fuese a pedir asilo.

Así, pues, La Peyrade fue a ver al decano en el Palacio de Justicia, mientras todas estas ideas bullían en su cabeza.

Había acertado en sus presunciones: mediante una relación perfectamente hecha y muy circunstancial, toda su actuación en el asunto de la casa quedaba señalada a la atención de sus colegas, e incluso conviniendo en que una denuncia anónima sólo debía acogerse con la máxima desconfianza, el alto dignatario de la profesión dijo al inculpado que estaba dispuesto a escuchar sus explicaciones.

La Peyrade no se atrevió a encerrarse en una negativa absoluta; la mano que consideraba autora del golpe le pareció demasiado resuelta y hábil para no haberse provisto de pruebas. Pero si bien aceptó en el fondo la realidad material de los hechos, trató de presentarlos bajo un sesgo favorable. Sin embargo, vio que su respuesta no era convincente, pues el decano llegó a esta conclusión:

—Al regreso de las vacaciones, daré cuenta al consejo del colegio de abogados de la denuncia y de los argumentos con que la habéis combatido. Únicamente al consejo corresponde pronunciarse en un asunto de tal importancia.

Despedido con estas palabras, La Peyrade se sintió amenazado en su futuro profesional; pero le habían concedido una tregua y, en caso de condena, una combinación para apoyar la cabeza. Fue por lo tanto a ponerse la toga, que aún tenía el derecho de llevar, y se dirigió a la sala quinta, donde tenía una vista.

Al salir de la audiencia, cargado con un haz de legajos atados con una correa de tela de algodón y que, demasiado voluminosos para llevar bajo el brazo, se sostienen con la mano y el antebrazo, apoyados a un lado del pecho, el provenzal se puso a pasear por la sala de los pasos perdidos, con ese aspecto atareado que caracteriza al abogado obligado a multiplicarse. Ya fuese porque se hubiese acalorado realmente al presentar su informe, o porque pareciese estar bañado en sudor, para que todos los que pasaban pudiesen constatar que su toga no era, como para muchos de sus colegas, un mero disfraz, sino una armadura para el combate, con el pañuelo en la mano se secaba la frente mientras paseaba, cuando distinguió en lontananza a *su* Thuillier, que acababa de descubrirle en la espaciosa sala y se dirigía hacia él.

Aquel encuentro no le sorprendió. Al salir de su casa dijo a la señora Coffinet que iba al Palacio de Justicia, donde estaría hasta las tres, y que podía enviarle allí a todas las personas que preguntasen por él.

Como no quería dar a Thuillier demasiadas facilidades para que le abordase, La Peyrade volvió de pronto sobre sus pasos, como si recordase algo que le hiciese cambiar de dirección, y fue a sentarse en uno de los bancos que adornan el recinto de la gran antecámara de la justicia. Una vez allí, desató el legajo, sacó un expediente y se sumió en él hasta las orejas, adoptando la apariencia de un hombre que no ha tenido tiempo de examinar, en el silencio de su bufete, el caso que su facilidad de palabra y de concepto le permitirá defender al vuelo. En aquella comprobación de expedientes hecha al aire libre, podía reconocer en sí mismo la actitud del abogado puntual y meticoloso que se refresca la memoria y da una última ojeada a sus baterías

antes de entablar batalla.

Ni que decir tiene que el provenzal seguía con el rabillo del ojo las evoluciones de Thuillier. Éste, creyendo que La Peyrade estaba ocupado en los asuntos más graves, no se atrevía a abordarle.

Después de varias idas y venidas, el concejal terminó por decidirse y, yéndose directamente hacia el objetivo que durante medio cuarto de hora trataba de abordar, exclamó tan pronto estuvo a su alcance:

—¡Vaya! ¡Teodosio! ¡Así que ahora vienes al Palacio!

—Yo diría —respondió La Peyrade—, que los abogados en el Palacio de Justicia son como los turcos en Constantinopla, donde uno de mis paisanos afirmaba gravemente que abundaban mucho. ¡A quien me sorprende ver por aquí es a ti!

—En absoluto —dijo Thuillier con negligencia—, vengo por el asunto de ese maldito libro. Desde luego, es cierto eso de que las cosas de palacio van despacio. Esta mañana me han vuelto a citar al tribunal. Por lo demás, no lo lamento, ya que gracias a esta molestia he tenido la feliz casualidad de encontrarte.

—Yo también —dijo La Peyrade terminando de atar sus legajos—, estoy encantado de verte, pero tengo que dejarte; he de acudir a una cita y además tú también tienes que comparecer ante el tribunal.

—Ahora vengo de allí —contestó Thuillier.

—¿Has hablado con Oliver Vinet, tu enemigo último? —le preguntó La Peyrade.

—No —respondió Thuillier.

Y nombró a otro magistrado.

—¡Eso sí que tiene gracia! —dijo el abogado—. Parece como si ese joven suplente tuviese el don de la ubicuidad; esta mañana está en la audiencia y acaba de formular unas conclusiones en el asunto que yo defendía hace un momento.

Thuillier enrojeció y, apurado, dijo:

—Hombre, yo no conozco a todos esos señores; me habré confundido.

La Peyrade se encogió de hombros, diciéndose en voz alta:

—¡Continúa siendo el mismo: mañoso, retorcido e incapaz de ir derecho al grano!

—¿De quién hablas? —preguntó Thuillier con bastante desconcierto.

—¡De quién va a ser! De ti, querido, que nos tomas por imbéciles, como si todo el mundo no supiese, desde hace más de quince días, que el asunto de tu libro ha sido sobreseído. ¿Por qué te han citado ante el tribunal?

—Me han citado —respondió Thuillier embarazado—, por no sé qué costas que es preciso pagar al registro. ¿Es que tú entiendes algo de estas citaciones enrevesadas?

—Y precisamente han escogido para convocarte —prosiguió La Peyrade— el día en que el *Moniteur* anuncia la disolución de la Cámara y presenta tu candidatura para el distrito XII.

—¿Y por qué no? —dijo Thuillier—. ¿Qué tiene que ver mi candidatura con las costas que yo tenga que pagar?

—Voy a decírtelo ahora mismo —repuso La Peyrade con sequedad—. El tribunal es algo muy amable y complaciente. «¡Toma!, se ha dicho sin duda; he aquí al bueno de Thuillier candidato de diputado; ahora debe estar un poco arrepentido de haber adoptado aquella actitud con su ex amigo La Peyrade, con quien en estos momentos no desearía haber reñido: tengo que sacarle del atolladero; voy a citarle por unas costas que no debe, tendrá que ir al Palacio de Justicia, donde La Peyrade va todos los días, de manera que podrán encontrarse sin que parezca premeditado, y así se evitará hábilmente tener que dar un paso difícil para su amor propio.»

—Amigo, estás completamente equivocado —respondió Thuillier rompiendo el hielo—. Hago las cosas de una manera tan poco tortuosa, que, precisamente ahora, vengo de tu casa y ha sido la portera quien me ha enviado aquí.

—¡Vaya, menos mal! —dijo La Peyrade—. Prefiero esta franqueza: es más fácil entenderse con personas que juegan con las cartas sobre la mesa. Bien, ¿qué deseabas de mí? ¿Venías a hablarme de tu elección? Ya me he ocupado de ella.

—¿De veras? —preguntó Thuillier—. ¿Y cómo?

—Toma —respondió La Peyrade rebuscando bajo su toga y sacándose un papel del bolsillo—, aquí tienes lo que he garrapateado hace un momento en la audiencia, mientras el abogado de la parte contraria divagaba, en opinión de los expertos.

—¿Qué es esto? —volvió a preguntar Thuillier.

—Lee y lo verás.

En el papel estaba escrito:

Presupuesto para un diario de pequeño formato a treinta francos anuales

Calculando la tirada en cinco mil, los gastos mensuales ascienden a:

Papel, cinco resmas a doce francos	1.860 fr.
Composición	2.400 fr.
Tiraje	450 fr.
Un administrador	250 fr.
Un empleado	100 fr.
Un gerente, al propio tiempo cajero	200 fr.
Un jefe de negociado	100 fr.
Plegadoras	120 fr.
Un mozo de oficina	80 fr.
Fajas y gastos de oficina	150 fr.
Alquiler	100 fr.
Sellos y correos	7,500 fr.
Redacción, noticias taquigráficas	1.800 fr.
Total por mes	15.110 fr.
Total por año	181.320 fr.

—¿Quieres crear un periódico? —preguntó Thuillier con angustia.

—Yo no quiero nada —contestó La Peyrade—. Es a ti a quien hay que preguntar si deseas ser diputado.

—Sin duda alguna, ya que al empujarme hasta el consejo general, despertaste en mi esa ambición. ¡Pero reflexiona, querido! ¡Un desembolso de ciento ochenta y un mil trescientos veinte francos! ¿Crees que mi fortuna me permite asumir semejante carga?

—Si —respondió La Peyrade—. En primer lugar podrías soportar completamente y sin pasar apuros estos gastos nada exorbitantes, teniendo en cuenta la finalidad que pretendes alcanzar. En Inglaterra se hacen muchos más sacrificios para lograr un escaño en el Parlamento. Pero, de todos modos, te ruego observes que todas las partidas de este presupuesto son muy exageradas. Incluso podrían suprimirse algunos gastos: por ejemplo, un administrador no lo necesitarías, pues entre tú, antiguo contable, y yo, antiguo periodista, nos encargaríamos de la administración y la haríamos por debajo la pata: asimismo, puede suprimirse el alquiler, ya que dispones de tu antiguo piso de la calle Saint-Dominique, que aún no está alquilado y podría ser una magnífica redacción de periódico.

—Todo esto —dijo Thuillier— representa una economía de dos mil cuatrocientos francos anuales.

—Ya es algo, pero tu error consiste en calcular sobre los gastos de un año. ¿Para cuándo están fijadas las próximas elecciones?

—Para dentro de dos meses —respondió Thuillier.

—Pues bien, en esos dos meses esto sólo te costaría treinta mil francos, y aun suponiendo que el periódico no consiguiese un solo suscriptor.

—Es cierto —convino Thuillier—. Los gastos, efectivamente, no son tan elevados como me parecían en principio; pero, en fin, ¿consideras que es indispensable un periódico?

—Tan indispensable que sin esta fuerza en las manos yo no me mezclo en la elección. Tú sólo tendrás representación, mi pobre amigo, yendo a recibir al otro lado del agua; has perdido, electoralmente hablando, un terreno inmenso. Ya no eres el hombre del barrio, se te puede matar con una palabra; lo que los ingleses llaman el *absentismo*. Tu partida ahora es muy difícil de jugar.

—Lo admito —respondió Thuillier—. Pero en cuanto a ese periódico, además del dinero, hace falta un título, un gerente, redactores...

—El título ya lo tenemos; los redactores somos tú y yo y algunos jóvenes que en París se encuentran a espaldas y en cuanto al gerente, ya tengo echado el ojo a uno.

—Entonces —preguntó Thuillier—, ¿cuál sería el título?

—*El Eco del Castor*.

—¡Pero si ya existe una hoja con ese título!

—Precisamente por eso es por lo que te aconsejo el asunto. ¿Crees que sería lo bastante loco como para hacerte fundar un periódico nuevo? ¡*El Eco del Castor!*...

Este título es un tesoro cuando se trata de apoyar una candidatura en el distrito doce. Di tan solo una palabra y pondré ese tesoro en tus manos.

—¿Cómo? —preguntó Thuillier con curiosidad.

—¡Pardiez, comprándolo! Se puede obtener por un trozo de pan.

—Ya ves —dijo Thuillier con desaliento—. Aún queda el precio de adquisición con el que no contabas.

—Te detienes en naderías —afirmó La Peyrade encogiéndose de hombros—. Tenemos otras dificultades que resolver.

—¿Otras dificultades? —repitió Thuillier.

—¡Pardiez! ¿Es que te imaginas —replicó La Peyrade— que, después de lo que ha pasado entre nosotros, voy a uncirme de cabeza a tu elección, sin saber exactamente cuál será mi parte?

—Sin embargo —dijo Thuillier un tanto asombrado— yo creía que la amistad era un cambio de servicios.

—De acuerdo; pero cuando el intercambio consiste en poner siempre de un lado y nada del otro, la amistad se cansa de ese reparto y pide algo un poco mejor ponderado.

—Pero, querido, ¿qué puedo ofrecerte más de lo que tú mismo has rehusado?

—Lo he rehusado porque se me presentaba sin franqueza y aderezado a la vinagreta de la señorita Brígida; todo hombre que se respeta se hubiera comportado igual. Dar y retener no vale, dice un viejo adagio del Palacio de Justicia, y eso es precisamente lo que vos hacéis.

—Yo creo únicamente que estás algo amoscado; pero en fin, el asunto puede reanudarse.

—Sea —convino La Peyrade—, pero no quiero estar subordinado al éxito de la elección ni a los caprichos de la señorita Céleste. Aspiro a algo serio y positivo; toma y daca; las buenas cuentas hacen los buenos amigos.

—Soy por completo de tu opinión —respondió Thuillier—, y siempre he procedido contigo con demasiada buena fe como para temer ninguna de las precauciones que quisieras tomar; pero ¿cómo entiendes tú tus garantías?

—Pues entiendo que debe ser el marido de Céleste quien te patrocine, y no Teodosio de la Peyrade.

—Precipitando los acontecimientos como lo *observaba* Brígida, hace falta un plazo de casi una quincena... ¡Piensa lo que es estar dos semanas con el arma al brazo, cuando sólo ocho nos separan de la elección!

—Pasado mañana —respondió el provenzal— podemos ser inscritos en la alcaldía, y en el intervalo de las proclamas se puede ir haciendo algo; no es sin duda uno de esos actos de los cuales no se pueda mudar de parecer, pero cuando menos se trata de un compromiso moral y representa un gran paso; podemos legalizar el contrato ante tu notario. En fin, si te decides a la adquisición de ese periódico, como no desearías tener en la cuadra un caballo inútil, no temeré que me la des con queso,

pues en mí, el arma te resultaría demasiado difícil de manejar.

—Pero, querido —objeto Thuillier—, ¿y si de todos modos ese asunto fuese demasiado oneroso?

—No es preciso decir que serás juez de las condiciones de la venta; yo no tengo el menor deseo, como tú, de comprar a la buena de Dios. Mañana, si me autorizas, no digo a tratar, sino a decir que el asunto puede convenirte, te presentaré al vendedor, y entonces no dudarás que discutiré tus intereses como si fuesen los míos propios...

—Bien, querido —dijo Thuillier—. ¡Adelante!

—¿Y una vez comprado el periódico, fijaremos el día del contrato?

—Cuando quieras —respondió Thuillier—. ¿Pero te comprometes a emplear toda tu influencia para el éxito?

—Cómo lo haría para mí mismo, lo cual no es del todo una hipótesis, pues he recibido ya algunas proposiciones para presentar mi candidatura, y si fuese vengativo...

—Ciertamente —afirmó Thuillier con humildad—, serías mejor diputado que yo. Pero según me parece, no tienes la edad legal requerida.

—Hay una razón mejor que ésa —manifestó La Peyrade—. Tú eres mi amigo; te vuelvo a hallar tal como eras, y mantendré la palabra que te había dado. Me gustaría que se pudiera decir de mí: *Hace diputados y él no ha querido serlo*. Y ahora, te dejo y voy a mi cita. Mañana al mediodía en mi casa; tendré novedades que anunciarte.

XIII

POR SIEMPRE MÉDICO

Quien ha hecho periodismo, lo hará: este horóscopo es tan seguro como el de los borrachos.

Cualquiera que ha gustado de esa vida febrilmente ocupada y, relativamente, ociosa e independiente; quien ha ejercido esa soberanía de la cual se exaltan la inteligencia, el arte, el talento, la gloria, la virtud, el ridículo y hasta la propia verdad; todo aquel que ha ocupado esa tribuna que se eleva de sus propias manos, desempeñado las funciones de esa magistratura, a la cual se es nombrado por propia autoridad; cualquiera, en fin, que ha sido por un instante ese mandatario de la opinión pública que se reivindica por sí, y su voto *universal*, y que cuando es rechazado a la vida privada se considera como un exilado, como una realeza partida para Cherburgo, en cuanto se le presenta la ocasión, ¡con qué ardor extiende la mano para recuperar su corona!...

Solamente por el hecho de haber sido La Peyrade unos años antes periodista, poniendo a su disposición Esteban Lousteau aquel arma que se llamaba *El Eco del*

Castor, cualquiera que fuese por lo demás la inferioridad del temple, se habían despertado todos sus instintos de hombre de la prensa.

El periódico había caído; La Peyrade pensó que él lo volvería a levantar. Los abonados, según propia confesión del vendedor, habían sido siempre escasos; se ejercería sobre ellos un *compelle intrare* poderoso e irresistible. En las circunstancias en que se presentaba el asunto, ¿no podía considerársele como una ocasión ofrecida por la Providencia? Amenazado con ser desposeído de su posición en el foro, el provenzal adquiriría, como dijimos en otra parte, una nueva posición de *fuerte destacado*; y condenado tal vez a defenderse, podría tomar la ofensiva y exigir que se contara con él.

Del lado de los Thuillier, el periódico le convertía en personaje decididamente considerable; tenía muchas más probabilidades de llevar a buen puerto el asunto de Ja elección y, al mismo tiempo, comprometiendo sus capitales en una empresa que sin él no podía ser más que una sima y una emboscada, los cosía en cierto modo a él; no tenía ya nada que temer de sus caprichos e ingraticudes.

Rápidamente percibido desde la visita de Esteban Lousteau, este horizonte había deslumbrado en seguida al provenzal, y ya se ha visto la forma tajante con que Thuillier había sido puesto en la situación adecuada para que se apasionase por el descubrimiento de esta piedra filosofal.

El precio de adquisición fue fabulosamente insignificante: un billete de quinientos francos, del que Esteban Lousteau no rindió nunca demasiada cuenta a los accionistas, puso a nombre de Thuillier la propiedad, el título, el mobiliario y la clientela del periódico. Inmediatamente se preocupó de su reorganización.

Mientras se operaba esta regeneración, Cérizet fue cierta mañana a casa de du Portail, con quien, más que nunca. La Peyrade estaba decidido a no entablar ninguna relación.

—Bien —dijo el pequeño anciano al banquero de los pobres—. ¿Se sabe el efecto que ha producido en nuestro hombre el comunicado transmitido al presidente del Colegio de abogados? ¿Ha trascendido algo el asunto en el Palacio de Justicia?

—¡Puf! —contestó Cérizet, a quien relaciones sin duda frecuentes con el hombre de la calle Honoré-Chevalier le habían situado vis a vis con él sobre un cierto plano de familiaridad—. De eso se trata precisamente. La anguila se nos escurre aún, ni dulzura ni violencia sirven con ese diablo de hombre. Si se ha malquistado con el presidente, está en mejores relaciones que nunca con *sus* Thuillier. La utilidad, como dice Fígaro, aproxima las distancias. Thuillier tiene necesidad de él para su candidatura en el distrito de Santiago; así, pues, un abrazo y todo se acabó.

—Y sin duda —añadió du Portad, sin impresionarse mucho—, la celebración del matrimonio está señalada para una fecha bastante próxima...

—Lo primero —manifestó Cérizet—. Y después hay otra tramoya de género bien distinto: ese rabioso ha persuadido a Thuillier para que compre un periódico; va a hacerle gastar en este asunto una cuarentena de miles de francos. El otro, una vez

entrampado, querrá recuperar su dinero; los veo, pues, ligados mutuamente para un tiempo indefinido.

—¿Qué clase de periódico es ese? —preguntó negligentemente du Portail.

—Una especie de berza que se llama *El Eco del Castor* —respondió Cérizet con desdén—. Un periodicucho que un viejo gacetillero logró fundar en el barrio por los curtidores que, como sabéis, constituyen la industria de aquel distrito. Desde el punto de vista político y literario no es negocio, pero para los Thuillier es un arma formidable.

—¡Vaya, para una elección local, no está tan mal escogido el instrumento! —observó el rentista—. La Peyrade tiene talento, es activo, posee grandes recursos de ingenio, puede hacer algo de ese *Eco*. ¿Bajo qué bandera se presenta Thuillier?

—Thuillier —respondió el banquero del mercado—, es una ostra; no tiene opinión. Hasta la publicación de su libro, como todos los burgueses, era conservador frenético; pero después de la incautación del mismo creo que ha pasado a la oposición: su primera etapa ha debido ser la izquierda moderada; pero si el viento de la elección sopla de otro lado, irá perfectamente hasta la extrema izquierda: el interés, para esas gentes, constituye la única medida de sus convicciones.

—¡Diablo! —exclamó du Portail—. Esa combinación de nuestro abogado podría llegar a adquirir la importancia de un peligro político, según el punto de vista de mis opiniones, que son muy conservadoras y gubernamentales...

Luego añadió, reflexionando:

—¿Trabajasteis en algún periódico en otro tiempo, valeroso Cérizet?

—Sí —respondió el usurero—. Incluso dirigí uno con La Peyrade, un periódico de la noche. ¡Vaya oficio bonito el que hacíamos, y del que fuimos bien recompensados!

—En ese caso —opinó du Portail—, ¿por qué no hacer actualmente periodismo con La Peyrade?

Cérizet miró a du Portail con aire asombrado.

—¡Hola!: —dijo casi al mismo tiempo—. ¿Sois acaso el diablo, señor rentista, para que nada os quede oculto?

—Sí —respondió du Portail—. Sé bastantes cosas... Pero ¿qué hay exactamente entre vos y La Peyrade?

—Pues hay que, recordando mi experiencia del oficio y no sabiendo a quien tomar, vino ayer noche a ofrecerme la gerencia.

—Esto no lo sabía —aseguró el rentista—, pero es probable, ¿Y habéis aceptado?

—Muy excepcionalmente. He pedido tiempo para reflexionar. Quería saber lo que vos pensaríais del ofrecimiento.

—¡Pardiez! Pienso que es preciso sacar tajada del mal que no se puede impedir; prefiero más saber que vos estáis dentro que no que permanezcáis al margen de la combinación.

—Muy bien; pero para introducirme existe una dificultad: La Peyrade sabe que

yo tengo deudas, y no quiere poner Jos treinta y tres mil francos de fianza que deben ser depositados a mi nombre. Yo no los tengo, y aunque los tuviera, no quisiera congelarlos exponiéndolos a las vejaciones de mis acreedores.

—Sin embargo —arguyó du Portail—, tendréis una buena parte de los veinticinco mil francos que La Peyrade os reembolsó hace poco más de dos meses.

—Me quedan exactamente dos mil doscientos francos con cincuenta céntimos —respondió Cérizet—. He hecho el recuento ayer mismo; el resto han sido destinados a saldar deudas urgentes.

—Entonces, si habéis pagado ya, no debéis nada.

—Sí, claro, lo que he pagado; pero lo que no, continúo debiéndolo.

—¡Cómo! ¿Vuestro pasivo era de más de veinticinco mil francos? —exclamó du Portail con aire incrédulo.

—¿Acaso se quiebra por menos? —respondió Cérizet, como hombre que propone un axioma.

—Ya veo que os es preciso redondear la suma —dijo con humor du Portail—. Pero la cuestión radica en saber si la utilidad de vuestra presencia en el asunto representa un interés de trescientos treinta mil trescientos treinta y tres francos con treinta y tres céntimos.

—¡Pardiez! —repuso Cérizet—. De estar yo instalado junto a Thuillier, no desesperaría por enturbiar las relaciones entre La Peyrade y él. En la dirección de un periódico hay mil desavenencias inevitables, y apoyando siempre la opinión del tonto contra el listo exaltaría el amor propio de uno y causaría al del otro heridas tales que pronto les harían imposible la vida común. Además, hablasteis de un peligro político; debéis saber que un gerente, si posee la inteligencia necesaria para no ser un hombre de paja, puede imprimir sordamente al asunto un poco del impulso que desee.

—Hay bastante verdad en lo que decís —respondió du Portail—. Pero el jaque a La Peyrade es lo que más me preocupa.

—Bien —afirmó Cérizet—. Creo disponer de otro pequeño medio bastante insidioso para hundirle ante Thuillier.

—¡Desembuchad! —exclamó du Portail con impaciencia—. No os andéis con rodeos, como si yo fuese un hombre con quien supusiera un gran beneficio trapacear.

—¿Recordáis —dijo Cérizet retrepándose— que hace algún tiempo, Dutocq y yo estuvimos muy intrigados por aquel impertinente pago de veinticinco mil francos que de repente le fue posible a La Peyrade?

—Bien —repuso vivamente el rentista—. ¿Habéis descubierto el origen de la suma, improbable en manos del señor abogado? ¿Es que tal origen tiene algo de sospechoso?

—¡Eso es! —exclamó Cérizet, pasando a contar acto seguido, y con todo detalle, el asunto de la señora Lamben, añadiendo que tras haber interrogado a aquella mujer en La escribanía de la justicia de paz, no había podido obtener de ella ninguna declaración, aunque, por su actitud, la dama hubiese confirmado, en gran medida,

todas las suposiciones de Dutocq y las suyas propias.

—Señora Lambert, calle Valde Grâce, número 9, en casa del señor Picot, profesor de matemáticas —dijo du Portail, tomando nota de la información—. Está bien —añadió—, querido señor Cérizet, volved a verme mañana.

—Tened en cuenta —añadió el usurero—, que debo dar una respuesta a La Peyrade durante el día. Tiene mucha prisa en concluir.

—Muy bien. Aceptaréis, pidiendo un plazo de veinticuatro horas para imponer la fianza, y si según la información que yo tome vemos un interés en no meternos en el asunto, vos quedaréis dispensado por haber faltado a la palabra; no se comparece por eso ante la Audiencia de lo criminal.

Independientemente de una especie de fascinación inexplicable que ejercía sobre su agente, du Portail no dejaba escapar jamás una ocasión de recordarle el tenebroso punto de partida de sus relaciones.

Al día siguiente, cuando Cérizet se hallaba en presencia del rentista, du Portail le dijo:

—Habéis acertado: obligada a disimular la existencia de sus ahorros, la señora Lambert, quien por otra parte quería realizar la ocultación a buen interés, habrá tenido la idea de ir a ver a La Peyrade; su devota apariencia externa le recomendaba a su confianza, y la suma ha debido serle entregada sin recibo. ¿En qué moneda ha sido pagado Dutocq?

—En diecinueve billetes de mil francos y en doce de quinientos.

—Eso es precisamente —prosiguió du Portad—. No debe quedarnos ya la menor duda. Y ahora, ¿qué uso pensáis hacer de esta información con Thuillier?

—Pienso insinuarle que La Peyrade, con quien desea casar a su ahijada, está acribillado de deudas; que hace préstamos usuarios y subterráneos, y para satisfacerlos va a roer el periódico hasta el tuétano, que esta situación de hombre entrampado puede estallar de un momento a otro, y no se puede apostar peor por el candidato que se coloque bajo su patrocinio.

—Todo eso no está mal —manifestó du Portad—. Sin embargo, cabe hacer otro empleo más concluyente y radical del descubrimiento.

—Veamos, os escucho —repuso Cérizet.

—¿No es cierto —dijo du Portad— que Thuillier está todavía intentando explicarse el secuestro de su famoso libro?

—Así es en efecto —respondió el usurero—. Precisamente ayer me decía La Peyrade, queriendo mostrarme hasta dónde llegaba la simplicidad de Thuillier, que le había hecho tragar la bola más ridícula. El honrado burgués está convencido de que el secuestro ha sido provocado por Olivier Vinet, sustituto del procurador general. Hubo un momento en que este joven magistrado había aspirado a la mano de la señorita Colleville, y, para el bueno de Thuillier, los rigores del tribunal son una especie de venganza por la negativa que había sufrido uno de sus hombres.

—¡Estupendo! —exclamó du Portail—. Mañana, y como preparación para otra

versión de la cual seréis el portavoz, Thuillier recibirá del señor Vinet una protesta muy viva y acentuada contra el abuso de poder al que tan neciamente ha dado crédito.

—¿Sí? —dijo Cérizet con curiosidad.

—Además deberá buscarse otra explicación —prosiguió du Portail—, y vos aseguraréis a Thuillier que es víctima de una horrenda maquinación de la policía. Ya sabéis que la policía no sirve más que para eso, para forjar maquinaciones...

—Estoy perfectamente de acuerdo con ello; he firmado veinte veces esa afirmación cuando trabajaba en los periódicos republicanos y...

—Erais el valeroso Cérizet —interrumpió du Portail—. En cuanto a la actual maquinación policiaca, hela aquí: el gobierno quedó muy descontento de ver a Thuillier llevado, al margen de su influencia, al consejo general del Sena; tenía entre ceja y ceja a un ciudadano independiente y patriota que no había contado para nada con él en su candidatura; sabía además que el gran ciudadano preparaba un libro sobre la cuestión, siempre tan delicada, de las finanzas, terreno en el cual aquel peligroso adversario poseía una consumada experiencia. Así, pues, ¿qué hizo entonces ese gobierno esencialmente corruptor? Sedujo hábilmente a un hombre del que había oído decir que Thuillier tomaba consejos, y mediante una suma de veinticinco mil francos, que es una bagatela para la policía, ese pérfido consejero, teniendo el aspecto de no haber roto un plato, se encargó de introducir en el libro dos o tres frases que podían llevar a su autor ante la Audiencia de lo criminal. ¿Y qué duda le cabrá a Thuillier, cuando sepa que, de la noche a la mañana, La Peyrade, del que le constaba que no tenía un céntimo, pagó religiosamente a Dutocq precisamente esa misma cifra de veinticinco mil francos?

—¡Diablo! —exclamó Cérizet—, El golpe no está mal montado. Las personas de la especie de Thuillier creen todo lo que se les cuenta de la policía.

—Comprenderéis entonces —continuó du Portail—, si Thuillier sentirá deseos de conservar a su lado semejante colaborador, y si aún se empeñará en darle en matrimonio a su ahijada.

—Sois un hombre fuerte, señor —dijo Cérizet, dando de nuevo su aprobación—. No obstante, debo confesaros que siento algunos escrúpulos ante el papel que voy a desempeñar. La Peyrade ha venido a ofrecerme la gerencia de ese periódico, y yo trabajaré para desbancarle...

—¿Es que habéis olvidado ese arriendo del que os ha desposeído a pesar de las promesas más solemnes? —respondió el rentista—. Además, ¿no es su felicidad lo que deseamos a ese tozudo, que se sustrae obstinadamente a las intenciones más benévolas?

—En suma —repuso Cérizet—, el acontecimiento terminará por absolverme, y voy a marchar resueltamente por el ingenioso camino que me habéis trazado. Pero pienso en una cosa: no puedo lanzar en los primeros días, así, de repente, mi revelación a Thuillier; es preciso prepararla con bastante antelación... y la imposición de la fianza debe ser inmediata.

—Escuchad, señor Cérizet —dijo du Portail con autoridad—. Si se realiza el casamiento de La Peyrade y mi pupila, tengo la intención en reconocer vuestros servicios, y seréis gratificados con una suma de treinta mil francos. Así, treinta mil francos de una parte, y de la otra veinticinco mil, serán justamente cincuenta y cinco mil los que os habrán producido las combinaciones matrimoniales de vuestro amigo La Peyrade. Pero, como en las barracas de feria, no pienso pagar sino a la salida. Si vos depositáis la fianza con dinero vuestro, eso no me inquieta, pues ya hallaréis un medio de impedir que caigan bajo la zarpa de vuestros acreedores. Si por el contrario es mi dinero el que está en juego, no tendríais el mismo ardor ni la misma Imaginación para sustraerlo al peligro. Arreglaos como podáis para imponer en vuestra cuenta treinta y tres mil francos; en caso de éxito, es dinero colocado casi al cien por cien. Ésta es mi última palabra, y no escucho objeciones.

Cérizet no tuvo tiempo de formularlas, pues en el mismo instante se abrió bruscamente la puerta del despacho de du Portail, donde se desarrollaba la escena, y una mujer esbelta y rubia, cuya fisonomía respiraba una angélica dulzura, penetró rápidamente en la estancia. Sobre sus brazos, envueltos en bellas blondas blancas, reposaba, envuelto en pañales, la forma de un niño.

—¡Vaya! —dijo—. Esa endemoniada Kate me discutía que no era el doctor, ¡yo bien sabía que le había visto entrar! Pues bien, doctor —continuó, dirigiéndose a Cérizet—, no estoy contenta con la pequeña, en absoluto; está paliducha y ha enflaquecido mucho. Creo que son los dientes...

Du Portail hizo señas a Cérizet de que asumiera el papel que le había sido conferido repentinamente, y que le recordó el que había pensado por un momento otorgarse a sí mismo en el famoso asunto Cardinal.

—Evidentemente —respondió Cérizet—, son los dientes. Los niños palidecen siempre en el momento de esta crisis; pero no hay, querida señora, síntoma alguno que deba inquietaros.

—¿Lo creéis así, doctor? —preguntó la loca (pues el lector sin duda habrá adivinado en ella a Lydia, la pupila de du Portail). Sin embargo, ved sus pobres bracitos, como se convierten en nada...

Y quitando los imperdibles de los pañales, puso a Cérizet en presencia de un paquete de trapos que, para la pobre insensata, representaba una hermosa criatura blanca y rosada.

—No, no —dijo Cérizet—; verdad es que ha enflaquecido un poco, pero la carne es firme, y el aspecto de la cara excelente.

—¡Pobre nenita! —se lamentó Lydia, abrazando su sueño con ilusión—. La encuentro mejor, en efecto, desde esta mañana. ¿Qué será preciso darle, doctor? La papilla no le gusta, y tampoco quiere caldo.

—Una sopita ligera de pan. ¿Le gustan los dulces?

—¡Oh! —exclamó la loca, cuyo semblante se despejó—. Los adora; ¿es que le sentaría bien el chocolate?

—Desde luego —contestó Cérizet—. Pero no de vainilla, porque es irritante.

—Entonces, el que llaman chocolate de salud —dijo Lydia con todas las entonaciones de la madre de familia escuchando como un dios al médico que la tranquiliza—. Tío —añadió dirigiéndose a du Portail—, llamad a Bruneau para que vaya en seguida a comprar unas libras en casa de Marquis.

—Bruneau acaba de salir —respondió el rentista—. Pero no es cosa que corra prisa, ya irá en cualquier otro momento.

—Ved, ya se duerme —dijo Cérizet, a quien no molestaba poner fin a aquella escena en la que, a pesar de su naturaleza encallecida, no dejaba de hallar algo penosa.

—Es verdad —respondió la loca, volviendo a poner en orden los pañales—. Voy a acostarla. Adiós, doctor; sois muy amable al venir de vez en cuando sin que se os mande buscar. ¡Si supierais lo desgraciadas que son las pobres madres y el bien que les hacéis con dos o tres palabras!... ¡Ah, ya vuelve a llorar otra vez!

—Naturalmente —añadió Cérizet—. Se cae de sueño; estaría mucho mejor en su cima.

—¡Ah! Voy a tocarle esa sonata de Beethoven que le gustaba tanto a papaíto; es asombroso como calma. Adiós, doctor —dijo una vez más, deteniéndose en el umbral de la puerta—. ¡Adiós, buen doctor!

Y le envió un beso.

Cérizet quedó conmovido.

—Ya veis —dijo du Portail— si no es un ángel; no existe en ella nada de maldad, nunca una palabra agria. Tristeza, algunas veces; pero siempre la inquietud que tiene su origen en la solicitud materna; eso es lo que da a los médicos la certeza de que la realidad, sustituyendo su perpetua alucinación, podría devolverle el juicio. ¡Y he aquí sin embargo lo que ese necio de La Peyrade rehúsa, a pesar de que va acompañada de una magnífica dote! Pero tendrá que transigir, o perderé mí nombre. ¡Oid! —añadió, escuchando algunos acordes de piano—. ¡Ved qué talento! Hay cien mil mujeres lúcidas que no valen lo que las locas de esta especie, y que no son razonables más que superficialmente.

Cuando finalizó la sonata de Beethoven, ejecutada con un alma y una perfección de matices que llenaron de admiración al oficial de escribanía, dijo con convencimiento:

—Soy por entero de vuestra opinión, señor. La Peyrade rehúsa un ángel, un tesoro, una perla, y de estar yo en su lugar... Pero le llevaremos a vuestros fines. Ahora ya no es con celo como quiero serviros, sino con pasión, con fanatismo...

Al acabar Cérizet este juramento de fidelidad fuera de la habitación en la que le había recibido du Portail, oyó una voz de mujer que no era la de Lydia.

—¿Está en su despacho, ese querido comendador? —decía aquella voz con ligero acento extranjero.

—Sí, señora; pero entrad en el salón. El señor no está sólo, voy a anunciarla.

Ésta «era la voz de Kate, la vieja ama de llaves holandesa.

—Ea, pasad por aquí —dijo con viveza du Portad a Cérizet, al tiempo que le abría una puerta secreta que» a través de u® negro pasillo, le condujo directamente a la escalera.

XIV

LA MADRE DE LA DEBUTANTE

El artículo mediante el cual la nueva redacción de un periódico se pone por primera vez en relación con el público, la *profesión de fe*, como se dice en estilo técnico, es siempre de alumbramiento, laborioso y difícil. En el caso particular, precisábase al mismo tiempo, si no proponer aún, cuando menos dejar presentir la candidatura de Thuillier. El proyecto de ese manifiesto, una vez redactado por La Peyrade, fue muy largamente discutido. El debate se desarrollaba en presencia de Cérizet, quien, siguiendo los consejos de du Portail, había tomado posesión de la gerencia, sin embargo, no había depositado aún la fianza, aprovechándose del margen que la administración, en caso de cambio de propiedad, acostumbra a otorgar para el cumplimiento de aquella formalidad.

Hábilmente atizada por el maestro en trapacería, que al punto se constituyó en adulator de Thuillier, la discusión se tomó tormentosa y acerba en más de un momento; pero como por el acta de la sociedad se confería a La Peyrade la decisión final en todo cuanto concernía a la redacción, acabó imperiosamente por enviar a la imprenta el artículo tal como lo había escrito.

Thuillier se sintió ultrajado por lo que llamaba un abuso del poder, y el día siguiente, hallándose a solas con Cérizet, apresuróse a verter en el seno del fiel gerente todos sus dolores y amarguras, ofreciéndole en bandeja una ocasión del todo natural para proceder a la calumniosa revelación acordada con el hombre de la calle Honoré-Chevalier.

La insinuación fue presentada con un arte y un comedimiento capaces de engañar a personas más perspicaces que Thuillier. Cérizet adoptó el fingido aire de tener miedo del secreto que le habían arrancado el entusiasmo de su celo y cierta simpatía impulsada por *la elevación de espíritu y de carácter que al punto impresionaban en Thuillier*. Éste tranquilizó al traidor, prometiéndole que de ninguna manera se vería mezclado en la explicación que pudiera provocar su confidencia. Thuillier pretendería haber sido informado por otra parte y, en caso de necesidad, haría recaer las sospechas sobre Dutocq, Dejando el dardo en la llaga, Cérizet salió para algunas disposiciones necesarias para el arreglo definitivo del asunto de la fianza.

La escena se desarrolló en el periódico. Después de su adquisición, Thuillier, que

acudía al despacho dos horas antes de lo necesario, pasaba en él toda la jornada, fatigando a todo el mundo con su actividad de argadillo; si volvía por la tarde, casi se hubiese acostado allí; y en los escasos instantes en que podía ser entrevistado por los suyos, además la fatiga producida por la multiplicidad de sus ocupaciones, tenía que afrontar una exposición de quejas como para hacer temer que sucumbiera bajo el fardo, acabando por comprometer su salud.

Torturado por la terrible revelación, Thuillier no pudo quedarse solo; tenía necesidad de confiarse, de desembuchar y aconsejarse sobre la actitud impuesta por un descubrimiento tan infernal. Envió pues a buscar un coche, y, un cuarto de hora más tarde, lo había confiado todo a su Egería, es decir, a Brígida, su bien amada hermana.

Ésta se había pronunciado muy vivamente contra todas las determinaciones tomadas por Thuillier durante los pocos días que acababan de transcurrir. En primer lugar, de ninguna manera, aunque fuese en interés de la diputación, hubiese querido que se reanudaran las relaciones con La Peyrade. Había recibido agravios de él, lo cual era una gran razón para dedicarle su inquina. Después, en el caso de que aquel intrigante, como ella le llamaba, llegara a desposarse con Céleste, el temor de ver menguada su autoridad, creándole una especie de segunda vista, había acabado por proporcionarla el instinto de todas las negras profundidades del alma del provenzal, declarando, en suma, que a ningún precio y en caso alguno se avendría a hacer una vida en buena inteligencia con él.

Frenético de ambición electoral, Thuillier había hecho caso omiso; esperaba hacer olvidar más tarde a su hermana todas sus prevenciones. Pero al plantearse seguidamente la cuestión del periódico, había hallado en Brígida una oposición cuya vehemencia iba hasta la amargura:

—¡Arruínate, querido! —había dicho ella a su hermano—. Eres dueño de hacerlo; total... como los dineros del sacristán, que cantando vienen y cantando se van.

No obstante, consumada la adquisición, al verse consultada Brígida sobre diversos detalles de administración, donde aparecía para ella un nuevo empleo de su ardor para las labores caseras; cuando pudo nombrar dos puestos de plegadoras y transformar en ordenanza del despacho a Coffinet, a su portero de la calle Saint-Dominique, reduciendo mediante este cúmulo en doscientos francos el *portazgo*; al ser encargada de comprar calicó para las cortinas de la sala de redacción, lámparas y pinzas, y recibir la misión de echar un vistazo de cuando en cuando sobre la forma en que se llevaba a cabo la limpieza de los escritorios, el barrido de las oficinas y otros pequeños detalles de orden y aseo, su mal humor se había rebajado considerablemente, de tal forma que al escuchar la confidencia de su hermano, no fue con reproches como la acogió, sino con una especie de canto de triunfo, celebrando el probable acrecentamiento de su poder.

—¡Tanto mejor! —exclamó—. ¡Que se sepa al fin que es un soplón! ¡Siempre había sospechado de ese beatón! ¡Ponle en la puerta sin explicaciones! *No tenemos*

necesidad de él para publicar el periódico. Ese señor Cérizet, que según lo que tú dices es hombre de bien, nos encontrará otro redactor. Además, al marcharse, la señora de Godollo me había prometido escribirme; en cuanto intercambiamos correspondencia, seguro que no tendrá dificultad alguna en indicarnos a alguien. ¡Nuestra pobre Céleste... qué lindo pichoncito íbamos a darle!

—¡No corras! ¡No corras! —respondió Thuillier—. La Peyrade, querida, no es sino acusado; en primer lugar hay que oírle, y después existe una escritura, un acta que nos enlaza.

—¡Ah!, muy bien —replicó a su vez Brígida—. Ya veo tu asunto; te dejarás enredar otra vez; un acta con un soplón... ¡cómo si hubiese actas para esa gente!

—¡Vamos! Calma, mi buena Brígida —dijo Thuillier—. No hay que hacer en esto una cabezonada. Desde luego, si La Peyrade no proporciona una justificación clara, categórica y probatoria, estoy decidido a romper con él, y te demostraré que no soy un gallina; pero ni el mismo Cérizet tiene la certeza... son simples inducciones, y yo venía únicamente a consultarte si debía o no provocar una explicación.

—No existe la menor duda —afirmó Brígida—. Es preciso una a fondo, o de lo contrario reniego de ti como hermano.

—Eso basta —dijo Thuillier, saliendo con solemnidad—. Y ya verás si estamos hechos para entendernos.

La instalación de *El Eco del Castor* en el apartamento de la calle Saint-Dominique d'Enfer se encontraba aún muy incompleta, ya que había tenido que realizarse de forma harto precipitada; el antiguo local, situado en la calle Noyers, en una casa de aspecto mezquino, no había parecido habitable ni un momento, y, en el reconocimiento del material que figuraba en el acta de adquisición, Thuillier se había llevado una gran decepción.

El material en cuestión podía inventariarse de la manera siguiente:

1.º Tres mesas de madera renegrida.

2.º Seis sillas guarnecidas de su paja, o poco menos, como el famoso laúd de Bolonia, inmortalizado por Molière.

3.º Un armario, igualmente de madera negra, que servía para clasificar numéricamente la colección del periódico.

4.º Una fuente de arcilla cubierta de una funda de mimbre, mueble casi pasado de moda, pero que podía contener ampliamente seis viajes de agua.

5.º Tres candeleros y un par de despabiladores, no llegando la iluminación de la antigua administración de *El Eco del Castor* ni siquiera a la altura de la bujía de *La Aurora*.

6.º Una garrafa y dos vasos.

7.º Nueve botellas vacías, varias de las cuales, de creer a la etiqueta impresa, debieron haber contenido *verdadero ron* de Jamaica y *auténtica* absenta suiza.

Pero lo que acababa de imprimir su sello al establecimiento y hacía mentir un

poco el famoso proverbio no adobado esta vez por León de Lora: «En casa del herrero, cuchillo de palo», era que en un armario de la sala de redacción apareció una magnífica provisión de tortas de turba seca para quemar, del mayor calibre, compactas y resistentes; en una palabra, mercancía de primera calidad, dejando bien a la vista que por allí habían pasado los accionistas fundadores.

Verificado este inventario, y tras el primer cuarto de hora de desencanto, Thuillier comprendió que era preciso tomar inmediatas medidas, y, abalanzándose a un cabriolé, se hizo conducir a la calle Chapón. A la mañana siguiente, una de las piezas del nuevo apartamento (sobre la puerta del cual un pintor había recibido la orden de escribir las palabras sacramentales: *Despacho y Caja*), estaba cortada por un compartimento guarnecido a la correspondiente altura de apoyo por una verja de latón; a ambos lados de la ventanilla por donde debía pasar el dinero de las suscripciones, Brígida se había encargado de disponer un aderezo de percalina verde sobre listones.

En la sala de redacción, anunciada igualmente por una inscripción bajo la cual se leía en caracteres más pequeños; *Prohibido el paso al público*, una docena de sillas de cerezo, un pupitre de roble, para escribir de pie, y una gran mesa oblonga, no recubierta aún por el tapiz de sarga verde que la señorita Thuillier había sido encargada para hallar de ocasión, un casillero con carpetas para documentos, un reloj de péndulo, colgado en la pared y que imitaba el sonido de los relojes de pueblo, y, finalmente, dos viejas cartas trazadas por Sansón, *geógrafo de Su Majestad*, constituían un mobiliario provisional muy suficiente.

Por lo demás, en el momento en que Thuillier, al regreso de su conferencia con Brígida, entró en la sala de redacción, acababa de darse la última consagración al establecimiento del periódico: un aprendiz de imprenta entraba portador de una resma de papel de cartas, con el encabezamiento del nombre y la dirección de *El Eco*. Hasta que aparece el encabezamiento en letra impresa, no puede decirse que existe un periódico. Ese membrete es en cierto modo su bautismo; y es por lo que todos los fundadores de periódicos debutan con esa preocupación simbólica; tienen siempre miedo de que su creación muera sin haber sido ondeada.

Thuillier encontró a La Peyrade en su puesto de redactor jefe; pero, al cabo de un cuarto de hora, el abogado se veía bastante embarazado por la vara alta que se había reservado sobre la elección de los artículos y la de los redactores. Siempre empujado por su familia, y como consecuencia de su nombramiento en el comité de lectura del Odeón, Phellion había venido a ofrecerse para la redacción de los artículos de la sección *teatral*.

—Mi querido señor —dijo dirigiéndose a La Peyrade, tras haber pedido a Thuillier noticias de su salud—, he seguido mucho los espectáculos en mi juventud; los juegos de la escena, en toda mi hartos larga carrera, han continuado teniendo para mí un atractivo particular, y los cabellos blancos que hoy coronan mi frente no me parecen ser un obstáculo para que vuestra interesante publicación se aproveche del

fruto de mis estudios y de mi experiencia, Por otra parte, como miembro del comité de lectura del teatro Odeón, me he vuelto a bañar en nuevas fuentes, y, de estar bien seguro de vuestra discreción, llegaría incluso a confiaros que entre mis papeles no sería imposible hallar cierta tragedia de *Sapor*, cuya lectura, en mi buena época, me valió algunos éxitos en los salones.

—Bueno —respondió La Peyrade, tratando de dorar la negativa que iba a verse obligado a formular—, pero ¿por qué no intentar ahora la representación? Podríamos ayudaros en esta tentativa...

—Desde luego —apoyó Thuillier—. Un director de teatro a quien nosotros recomendásemos la obra...

—No —respondió categórico Phellion—. En primer lugar, como miembro del comité de lectura del Odeón, que ha de apreciar a los demás, no me convendría descender yo mismo al ruedo. Soy un viejo atleta cuyo papel es el de juzgar los golpes que no puede asestar ya él mismo. En este sentido, la crítica es cabalmente de mi competencia, tanto más cuanto que tengo apreciaciones que yo creo nuevas sobre la manera de redactar un folletín teatral. *El Castigat ridendo mores* debe ser, según mis escasas luces, la gran ley, mejor dicho, la única ley del teatro. Por consiguiente, me mostraré despiadado con esas obras, simples partos de la imaginación, en las cuales la moralidad no tiene parte alguna, y en las que la prudencia de la madre de familia...

—Perdón si os interrumpo —dijo La Peyrade—. Antes de dejar que os toméis la molestia de desarrollar vuestra poética, debo confesaros que ya hemos adquirido compromisos para la sección teatral.

—¡Ah, eso es distinto! —respondió Phellion—. Un hombre honrado no tiene sino su palabra.

—Así es —apoyó Thuillier—. Tenemos ya a alguien; estábamos lejos de esperar que vendríais a ofrecernos vuestra honorable colaboración.

—En tal caso —manifestó Phellion, convertido en intrigante—, ya que en la atmósfera del periódico hay un no sé qué que se sube a la cabeza, a la de los burgueses sobre todo... y puesto que estimáis que mi pluma tal vez sería susceptible de rendiros algunos servicios, dados en *variedades*, pensamientos sueltos sobre diferentes temas, y que por tal razón no he vacilado en calificar de *diversos*, la naturaleza de los mismos podría presentar cierto interés.

—Sí —dijo la Peyrade, con una malicia que pasó desapercibida a Phellion—, pensamientos, sobre todo si fuesen del género de la Rochefoucauld o de la Bruyère... ¿Qué opinas tú de ello, Thuillier? —añadió, pues se había reservado el ceder, lo más a menudo que fuese posible, al señor propietario la responsabilidad de una negativa.

—Pues me imagino —respondió el aludido—, que pensamientos, sobre todo sin son sueltos, no deben seguirse mucho.

—Evidentemente —añadió Phellion—, quien dice pensamientos sueltos, implica la idea de un gran número de temas sobre los cuales el autor pasea su pluma sin tener

la pretensión de formar un todo.

—Bien —dijo La Peyrade—. ¿Firmaríais con vuestro nombre?

—¡Oh, no! —respondió Phellion espantado—. No desearía ofrecerme como espectáculo.

—Esa cautela, que por lo demás comprendo y apruebo —manifestó La Peyrade—, zanja por entero la cuestión: el pensamiento es un género totalmente individual y que exige imperiosamente ser personificado en un nombre. Vos mismo lo sabéis: *Pensamientos diversos, por et señor Tres Estrellas*, eso no dice nada al público.

Al ver que Phellion se disponía a formular algunas objeciones, Thuillier, que tenía prisa por habérselas mano a mano con el provenzal, decidió cortar por lo sano.

—Mi querido Phellion —dijo—. Os pido perdón si no disfrutamos por más tiempo del placer de vuestra conversación, pero hemos de tratar con La Peyrade sobre un artículo muy importante, y, en los periódicos, ¡pasa tan pronto ese diablo de tiempo! Si no os parece mal, aplazaremos la cuestión para otro día... ¿Se encuentra bien la señora Phellion?

—Perfectamente —respondió el gran ciudadano, quien se levantó sin parecer ofendido por el despido—. ¿Cuándo sale el primer número? —añadió—. Es muy esperado en el distrito.

—Creo que mañana —contestó Thuillier acompañándole a la puerta— aparecerá nuestra profesión de fe; y ya es hora, pues con todo ese fondo de cartapacios llenos de lo que en argot periodístico llamamos *tabarras*, no tardaríamos en poner en fuga a los abonados. Por lo demás, querido, recibiréis el periódico; y hasta pronto, ¿no es así? Traednos siempre el manuscrito; el punto de vista de La Peyrade es acaso un poco absoluto...

Con este bálsamo puesto en la herida, y una vez hubo salido Phellion, Thuillier llamó al ordenanza.

—¿Reconocerías bien a ese señor que sale? —preguntó el hermano de Brígida.

—Si, señor; tiene una jeta bastante rara para que pueda pasar desapercibida; y además es el señor Phellion... le he abierto la puerta más de doscientas veces.

—Pues bien, cuando vuelva, ni yo ni el señor de La Peyrade estaremos nunca. Acuérdate de esta prescripción, que es rigurosa; y ahora, puedes irte.

—¡Diablo! —exclamó La Peyrade cuando los dos asociados se encontraron solos—. ¡Cómo manejas a los latosos! Ve con cuidado de todos modos; entre ellos puede haber electores, y has hecho bien en decir a Phellion que se le enviaría el periódico. En el barrio tiene su; importancia.

—¡Vamos! —dijo Thuillier—. ¿Es que podemos dejar devorar así nuestro tiempo por todos los quimeristas que vendrán a ofrecernos su colaboración? Por lo demás, no es un pretexto el que he dado a Phellion. Tú y yo tenemos que hablar, y seriamente, así que toma asiento y escucha.

—¿Sabes, querido —replicó La Peyrade riendo—, que el ser periodista te convierte en algo muy solemne? ¡Toma asiento, Cinna! Augusto no debió decirlo de

otro modo.

—Los Cinna, por desgracia —replicó Thuillier—, son mucho más comunes de lo que se piensa.

Se hallaba aún bajo el influjo del compromiso concertado con Brígida, y se proponía ser de una ironía punzante; la peonza conservaba la violenta rotación que le había imprimido el trallazo de la solterona.

La Peyrade tomó asiento junto a la mesa redonda. Y como no dejaba de sentirse intrigado, con el fin de parecer sereno, tomó unas grandes tijeras que sirven para los recortes de prensa, y se puso a desmenuzar con ellas una hoja de papel, sobre la cual según el parecer de Thuillier, se entreveía una tentativa frustrada de escribir un artículo.

Sentado así el provenzal, Thuillier no comenzó aún, sino que, levantándose, se dirigió a la puerta entornada, con intención de cerrarla del todo. Pero, por el contrario, la puerta se abrió de par en par y apareció Coffinet.

—¿Quiere el señor recibir a dos señoras que desean hablarle? —dijo el ordenanza dirigiéndose a La Peyrade.

—¿Qué clase de damas son ésas? —preguntó el abogado.

—Dos damas muy bien vestidas... parecen madre e hija, y ésta no es nada desdeñable...

—¿Quieres que las haga pasar aquí —pregunta La Peyrade a Thuillier—, o prefieres que vaya a recibirlas a la antecámara?

—Ya que le han dicho que estabas aquí, hazlas entrar —respondió Thuillier—, pero trata de despacharlas pronto.

Y el propietario de *El Eco del Castor* se puso a pasear a grandes pasos, con las manos a la espalda, en napoleónica actitud.

El juicio de Coffinet sobre el atavío de las dos visitantes, que penetraron seguidamente en el despacho, debía ser sometido a revisión. Una mujer está bien vestida, no cuando lleva cosas lujosas y caras, sino cuando en su atavío, que por lo demás puede ser de extremada sencillez, se observa una secreta armonía de formas y colores cabal y graciosamente apropiados en su envoltura. Ahora bien, un sombrero de paso muy corto, llamado *bibi* (estilo de la época), sombreado de chucherías y echado de tal modo hacia atrás, que más bien parecía destinado a proteger los hombros que a servir de encuadramiento al rostro; un inmenso mantón de cachemira francesa, portado con la desmaña y la inexperiencia de una recién casada; un vestido de seda escocesa de grandes cuadros y con triple hilera de volantes; una profusión de cadenas y dijes, aunque por lo demás los guaníes y el calzado fuesen irreprochables, he aquí lo que constituía el atavío de la más joven de las damas. En cuanto a la otra, a la que en cierto modo remolcaba su vivaracha compañera, era baja de estatura y gruesa de talle, su tez de subido color, y lucía un vestido, un chal y un sombrero en los que un ojo experimentado hubiera reconocido al punto su proveniencia del *Temple*, o cuando menos un seguro aspecto de segunda mano. Es siempre por este

procedimiento económico como se acicalan las madres de las actrices, de las que La Peyrade tenía ante la vista un tipo inenarrable. Condenadas a prestar sus servicios a dos generaciones, las prendas con las que se visten, van contra el curso natural, remontando de los descendientes a los ascendientes.

—¿A quién tengo el honor de hablar? —preguntó La Peyrade, adelantando graciosamente dos sillas.

—Señor —respondió la más joven de las visitantes, que había entrado la primera, como Pedro por su casa—. Me presento bajo los auspicios de uno de vuestros colegas del Palacio de Justicia, el abogado señor Minará.

—¡Ah! Muy bien —dijo el provenzal—, ¿Y cuál es el interés que recomienda a mi atención?

—Señor, soy artista dramática, y he hecho mis primeras armas en este barrio, lo que me permite esperar que el periódico de la localidad querrá serme favorable; salgo del teatro del Luxemburgo, en el que durante algún tiempo he desempeñado papeles de dama joven.

—¿Y os encontráis ahora...?

—En el Folies, señor, donde estoy contratada por los Déjazet.

—¿En el Folies? —repitió La Peyrade, con un tono que pedía una explicación.

—En el Folies-Dramático —respondió sonriendo con aire agradable la señora Cardinal, a quien el lector no habrá dejado de reconocer—. Estas señoritas tienen la costumbre de abreviar los nombres; del teatro de los Délassements-Comiques, hacen, sin más, los *Délass-Com*; yo les he dicho siempre: Es un estilo muy malo; en el comercio, por el contrario, se alarga más bien, que se recorta. Así, en el ramo del *pescado*, por ejemplo, no se os dirá escuetamente la raya, sino *la raya, la raya vivita y coleando*. Yo creo que eso queda mucho mejor.

—¡Madre mía! —dijo la dama joven con una sequedad tanto más imperiosa cuanto que, arrastrada por restos de viejas costumbres, la señora Cardinal, al hacer su cita, había adoptado algo de su antigua entonación de vendedora de pescado fresco.

—¿Y debutáis en breve? —preguntó La Peyrade.

—Sí, señor, en una pieza de gran espectáculo, donde desempeño cinco papeles: de paje, de tamborcillo de los pupilos de la guardia imperial, de gran coqueta, de Dugazon cotilla, y de hada Lilas, en el que aparezco al final, en media de bengalas.

—Muy bien, señorita —dijo La Peyrade—. Recomendaré al redactor encargado de la sección teatros que se ocupe especialmente de vuestro debut.

—¿De verdad que se la alentarán? —preguntó con aire zalamero la señora Cardinal—. ¡Es tan joven! No es por decirlo, pero trabaja día y noche.

—¡Madre mía! —dijo Olimpia con autoridad—. Se me juzgará; basta con que el señor quiera prometerme que prestará cierta atención a mis comienzos... En el Folies hay muchas piezas de las cuales no dan cuenta estos señores; pero, repito, siendo hija del barrio...

—¡Naturalmente, señorita! —observó La Peyrade, con tono definitivo—. ¿Está

bien mi colega Minard?

—Muy bien; ha pasado toda la noche en nuestra casa, haciéndome repetir los papeles.

—Os ruego que le trasmitáis mis cumplimientos —dijo La Peyrade, acompañando hasta la puerta a las dos visitantes.

Olimpia Cardinal salió la primera, al igual que había entrado, dejando entre ella y su madre, que la seguía con dificultad, veinte pasos de distancia.

—¡Vaya! —dijo el abogado a Thuillier al volver—. ¿Qué dices de Minard, uno de los pretendientes a la mano de Céleste? ¡Ahí tienes a uno que se toma la espera con paciencia!

—¡No estamos para nadie! —gritó Thuillier al ordenanza, cerrando la puerta y echando el pestillo—. Y ahora, querido —añadió dirigiéndose a La Peyrade—, vamos a hablar.

XV LA EXPLICACIÓN

—Querido —comenzó Thuillier esgrimiendo la ironía (había oído decir que era lo que más tiraba de espaldas a un adversario)—, me he enterado de algo que te causará placer; ya sé por qué fue secuestrado *mi libro*.

Y se quedó mirando fijamente a La Peyrade.

—¡Pardiez! —replicó éste con el tono más natural—. Fue incautado porque se quería incautarlo. Se ha buscado, y se ha hallado, teniendo en cuenta que siempre se encuentra cuando se quiere, lo que los señores funcionarios del rey llaman *doctrinas subversivas*.

—No, veo que no entiendes —respondió Thuillier—. La incautación estaba preparada, concertada, urdida de antemano.

—¿Por quién? —preguntó La Peyrade.

—Por quienes querían matar el libro y los miserables que habían prometido entregarlo.

—En cualquier caso, quienes lo compraban —replicó el abogado—, no hacían una gran adquisición, pues hasta que fue perseguida la obra no ha metido mucho ruido.

—¿Y los que vendían? —añadió Thuillier con un redoble de ironía.

—Los que vendían —respondió La Peyrade—, eran los más hábiles.

—¡Oh! —exclamó Thuillier—. Ya sé que tú eres muy hábil; pero, permíteme decirte que la policía, cuya mano en todo esto resulta para mí evidente, no está para tirar su dinero por la ventana.

Y de nuevo se quedó mirando fijamente a La Peyrade.

—Así —replicó el abogado sin pestañear—, ¿has descubierto que la policía había chalanado de antemano el ahogamiento de tu libro?

—Eso es, querido; y hasta sé positivamente la suma pagada a la persona que se había encargado de esta «honesta» combinación.

—La persona —dijo La Peyrade reflexionando un poco— no sería imposible que yo también la conociese; pero en cuanto a la suma, no sé media palabra.

—Pues bien, yo puedo decirte la cifra; veinticinco mil francos —prosiguió Thuillier, recalcando—. He ahí lo que ha sido pagado a ese Judas.

—Permíteme, querido; veinticinco mil francos son mucho dinero. No niego que seas un hombre importante; sin embargo, para el gobierno no resultas un espantajo tan considerable que le obligue a tales sacrificios. Veinticinco mil francos es lo que se daría por la supresión de uno de esos famosos libelos dirigidos contra la administración de la lista civil; pero nuestra lucubración financiera tenía esa envergadura, y por lo tanto me parece algo fabuloso destinar

tal suma, sacada del capítulo de los fondos secretos, únicamente para darse el placer de meterte en el saco.

—Es que al parecer —replicó con acritud Thuillier—, el «honrado» mediador tenía interés en exagerar mi valor. Lo cierto es que este señor tenía una deuda de veinticinco mil francos, que le incomodaba bastante, de la cual ha estado súbitamente en situación de liberarse poco tiempo antes de la incautación; a menos que tú sepas decirme de donde había sacado ese dinero, me parece que no te resultará difícil extraer consecuencias.

Ahora fue La Peyrade quien miró con fijeza a Thuillier.

—Señor Thuillier —dijo elevando la voz—, a fin de salir de las generalidades y de los enigmas, ¿haríais el favor de nombrarme a esa persona?

—Pues bien, no. —respondió Thuillier, golpeando la mesa—. No la nombraré, debido a los sentimientos de estima y afecto que en otro tiempo nos unieron; pero bien que me habéis comprendido, señor de La Peyrade...

—Efectivamente —manifestó el provenzal con voz alterada por la emoción—. Debiera haberme supuesto que introduciendo aquí a una serpiente, no tardaría en ser manchado por su baboso veneno... ¡Pobre tonto! ¿No ves que eso es una calumnia lanzada por Cérizet, de la cual te haces eco?

—No se trata de Cérizet, quien por el contrario me ha hablado de ti inmensamente bien. Pero responde: ¿cómo, no teniendo un céntimo la víspera, lo cual me consta, te encontraste al día siguiente en situación de liquidar a Dutocq la suma redonda de veinticinco mil francos?

La Peyrade meditó un instante.

—No —dijo—. No es Dutocq quien ha hablado. No es hombre para cargarse con un enemigo de mi talla, sin que le asistan buenas razones para ello o tenga un interés especial. El infame denunciante es Cérizet, de cuyas manos he arrancado tu casa de la

Madeleine. Es Cérizet, a quien mi longanimidad ha ido a buscar en su estercolero, con el deseo de colocarle en una situación honorable; es ese miserable, para quien un favor no es más que un aliento para una nueva traición. Mira, si te dijese lo que es ese hombre, te revolverla el estómago de asco; en la esfera de la infamia, ha descubierto mundos...

Thuillier tuvo en esta ocasión la réplica hábil.

—Yo no sé lo que es Cérizet —respondió—. No le conozco sino por ti, que me lo has presentado como gerente que ofrece todo género de garantías; pero, aunque fuese más negro que el diablo, suponiendo que el descubrimiento me viniese de él, ello no te haría más inocente, amigo mío.

—Sin duda —dijo La Peyrade— he obrado mal al ponerle en relación contigo, pero teníamos necesidad de un hombre que conociera las cuestiones de los periódicos, y él tenía ese valor para nosotros. ¿Se puede sondear jamás las profundidades de semejantes almas? Yo le creía corregido. Un gerente, después de todo, me había dicho, es carne de prisión, una máquina de firmar. Había creído encontrar en él cuando menos, la manera de un hombre de paja; me engañé, no será nunca más que un hombre de fango.

—Todo eso está bien —prosiguió Thuillier—. ¿Pero de dónde te venían los veinticinco mil francos que tan oportunamente se encontraron en tu posesión? Esto es lo que te olvidas aún de explicarme.

—¡Razona un poco! —respondió La Peyrade—. ¡Un hombre de mi valor chupando de las arcas de la policía, y tan pobre como para no poder lanzar a la cara de tu arpía de hermana los diez mil francos cuya cuenta me pedía con la insolencia de que has sido testigo!

—Pero, en fin —replicó Thuillier—, si el origen de ese dinero es honrado, cosa que no pido más que creer, ¿quién te impide hacérmelo saber?

—No puedo —respondió La Peyrade—. El origen de ese dinero es un secreto que he recibido como abogado.

—¡Vamos, vamos! Tú mismo me has dicho que los estatutos de vuestra orden os prohibían mezclarlos en negocios.

—Suponiendo —dijo el abogado— que yo haya hecho algo que no sea absolutamente normal, sería extraño que después de lo que he arriesgado por ti tuvieses la desfachatez de reprocharme...

—Mi pobre amigo, intentas salirte por la tangente, pero no me harás perder la pista. Quieres guardar tu secreto, guárdalo; yo soy dueño de mi confianza y de mi estima, y abandono la paga y señal estipulada en nuestra acta, volveré a disponer del periódico.

—¡Así, me echas! —exclamó La Peyrade—. El dinero que has puesto en este asunto, tus probabilidades de diputado, todo ello sacrificado por la imputación de un Cérizet...

—Ahora —respondió Thuillier— ya se encuentran redactores para reemplazarte,

querido. Hace mucho tiempo se dijo que no hay nadie indispensable. En cuanto a la diputación, mejor es no obtenerla nunca que deberla al concurso de alguien que...

—¡Acaba! —dijo Teodosio, viendo que Thuillier vacilaba—. O mejor cállate, pues no vas a tardar en avergonzarte de tus sospechas y pedirme perdón de rodillas.

El provenzal había comprendido que sin una confesión a la cual era preciso resolverse, iban a faltarle la influencia y el porvenir que había restablecido. Así, tomando la palabra dijo con solemnidad:

—Recordarás, querido, que has sido despiadado, y que sometiéndome a una especie de tortura moral, me has puesto en la necesidad de revelar un secreto que no era mío.

—¡Adelante! —respondió Thuillier—. Tomo sobre mí toda la responsabilidad: hazme ver claro en estas tinieblas y seré el primero en reconocer mis errores.

—De acuerdo —prosiguió La Peyrade—. Esos veinticinco mil francos son los ahorros de una sirvienta que ha venido a rogarme que los tomase pagándole el interés correspondiente.

—¡Una sirvienta que tiene veinticinco mil francos de economías... caramba, caramba! Parece ser que trabajaba en una buena casa...

—Por el contrario, es la gobernanta de un viejo sabio enfermo, y precisamente a causa de la inverosimilitud de esta suma entre sus manos ha optado por poner en las mías una especie de fideicomiso.

—A fe mía, amigo —dijo Thuillier con tono ligero—, que teníamos dificultades para obtener buenos folletines, pero teniéndote a ti, ya no me inquietaré más. ¡Vaya una imaginación!

—¡Cómo! —dijo con viveza La Peyrade—. ¿Es que no me crees?

—No, no te creo. ¡Veinticinco mil francos de economías al servicio del viejo sabio! Eso es tan verosímil como si el oficial de la *Dama Blanca* se comprase un castillo con sus ahorros.

—¿Y si te demuestro palpablemente la verdad de mi explicación?

—En ese caso, al igual de Santo Tomás, me rendiré a la evidencia; pero me permitirás que espere, mi noble amigo, a que hayas hecho esa prueba.

Thuillier se encontraba soberbio.

«Daría con gusto dos luises —se decía—, porque Brígida estuviese presente para ser testigo de *cómo* le manejo.»

—Veamos —añadió La Peyrade—. Supongamos que, sin salir de este despacho y por medio de un billete escrito ante tu vista, hago comparecer aquí a la persona de quien tengo ese dinero..., ¿me creerías si ella confirma lo que yo mantengo?

Esta proposición y la seguridad con que estaba hecha, no dejaron de asombrar a Thuillier.

—¡En tal caso...! —respondió cambiando de tono—. Pero —objetó—, ¿harás eso hoy mismo, inmediatamente?

—Sin salir de aquí, ya te lo he dicho; me parece que la cosa está clara.

—¿Y quién llevará el billete que vas a escribir? —preguntó Thuillier.

Creía, precisando así cada detalle, demostrar una aplastante superioridad.

—¿Quién llevará ese billete? —repitió La Peyrade—. ¡Pardiez!, tu ordenanza, a quien se lo encargarás tú mismo.

—Bien, escribe —dijo Thuillier, decidido a apretar los tomillos hasta el fin.

La Peyrade tomó una hoja de papel con el membrete del periódico y escribió al mismo tiempo que leía en voz alta:

«Señora Lambert: es preciso que se persone inmediatamente, para un asunto urgente, en el despacho del periódico *El Eco del Castor*, calle Saint-Dominique-d'Enfer, adonde le conducirá el portador de la presente. Es esperada con impaciencia por su leal servidor.

Teodosio de La Peyrade.»

—Toma. ¿Está bien así? —dijo el abogado entregando el papel a Thuillier.

—Perfectamente —contestó éste, tomando la precaución de plegar él mismo el papel, que metió en un sobre—. Y ahora, pon la dirección —añadió.

Seguidamente llamó a Coffinet.

—Vas a llevar este billete a la dirección indicada, y volverás con la persona a quien va dirigido... Pero, ¿estará en casa? —preguntó reflexivamente.

—Es más que probable —respondió La Peyrade—. En todo caso, ni tú ni yo saldremos de aquí antes de que haya comparecido ella; es preciso que se haga la luz.

—¡Vete! —dijo Thuillier al ordenanza, adoptando un aire teatral.

En cuanto quedaron solos, La Peyrade tomó un periódico y pareció absorberse en su lectura.

Thuillier, que comenzaba a mostrarse bastante inquieto por el desenlace, sintió no haber tenido un rasgo cuya idea se le ocurrió demasiado tarde.

«Sí —se decía—. Yo debía haber roto esa carta y no haber llevado la prueba más lejos.»

Queriendo al menos tener el aire de reintegrar un tanto a La Peyrade en la posición de la cual había amenazado con desposeerle, dijo:

—Oye, acabo de pasar por la imprenta; han llegado los tipos nuevos, por lo que creo que el periódico podrá salir mañana.

La Peyrade no respondió; se levantó y fue a continuar la lectura junto a la ventana.

«Me muestra su enojo —se dijo Thuillier—. En efecto, si es inocente, tiene motivos; pero, después de todo, ¿Por qué ha traído aquí a ese Cérizet?»

Y para ocultar su embarazo y su preocupación, tomó asiento ante la mesa de redacción, cogió papel *con membrete*, y se puso a escribir una carta.

Por su parte, La Peyrade no tardó en volver a sentarse, y tomando también papel, hizo correr la pluma sobre él con la febril rapidez que anuncia a un hombre agitado.

Con el rabillo del ojo, Thuillier intentó ver lo que escribía el provenzal, y al

observar que separaba sus frases con cifras aisladas, exclamó:

—¡Vaya! ¿Es que redactas un proyecto de ley?

—Sí —respondió secamente La Peyrade—. La ley del vencido.

Poco después, abrió la puerta el ordenanza, introduciendo a la señora Lambert, a quien había hallado en casa, y que parecía un tanto asustada.

—¿Sois vos la señora Lambert? —le preguntó Thuillier con tono magistral.

—Sí, señor —respondió la beata con voz insegura.

Tras haberla invitado a sentarse, y viendo que el empleado se quedaba allí, con aire de estar esperando órdenes, Thuillier dijo:

—Está bien, vete, y no dejes entrar a nadie.

La gravedad y el tono soberano de Thuillier no habían hecho sino aumentar el sobresalto de la señora Lambert. Había creído no tener que habérselas más que con La Peyrade, y se veía recibida por un desconocido de aire arrogante, mientras que el abogado, que se había contentado con saludarla, no pronunciaba una palabra; además, la escena se desarrollaba en el despacho de un periódico, y sabido es que, para los beatos en particular, todo cuanto se relaciona con la prensa tiene algo de infernal y diabólico.

—Bien, querido —dijo Thuillier al abogado—. Me parece que ya nada te impide explicar a la señora por qué la has hecho venir aquí.

A fin de no dejar ninguna sospecha a Thuillier, La Peyrade debía abordar el asunto crudamente y sin preámbulo alguno.

—Queríamos preguntarle, señora —dijo, pues, *ex-abrupto*— si no es verdad que hace poco más o menos dos meses y medio pusisteis en mis manos, con el fin de abonaros el correspondiente interés, una suma redonda de veinticinco mil francos, ¿no es así?

Aunque notara sobre ella los ojos de Thuillier y los del provenzal, la señora Lambert, a esta pregunta lanzada a quemarropa, no pudo impedir dar un respingo.

—¡Jesús, Dios mío! —exclamó—, ¡Veinticinco mil francos! ¿De dónde podía haber sacado yo una suma semejante?

La Peyrade no dejó traslucir en su rostro el desencanto que podría suponerse. En cuanto a Thuillier, mirándole con aire de dolorosa conmiseración, dijo:

—Ya lo ves, querido...

—¿Así, estáis bien segura, señora —añadió el provenzal—, de no haberme entregado una suma de veinticinco mil francos? ¿Lo sostenéis, lo afirmáis?

—¡Oh, señor! ¿Es que veinticinco mil francos y una pobre mujer como yo podrían pasar alguna vez por la misma puerta? Lo poco que tenía, es bien sabido que fue absorbido en las atenciones caseras del pobre querido señor, cuya doméstica soy desde hace más de veinte años.

—Eso —dijo Thuillier con importancia— me parece categórico.

En La Peyrade siguió sin aparecer la sombra de una emoción; por el contrario, tenía el aire de jugar el juego de Thuillier.

—Ya lo oyes, querido —le dijo—, y en caso necesario invocaré tu testimonio. La señora no tenía veinticinco mil francos; por consiguiente no me los ha entregado, y, como el notario Dupuis, en cuyas manos los coloqué en su nombre, ha marchado esta mañana a Bruselas, llevándose los fondos de todos sus clientes, no tengo cuenta alguna que rendir a la señora, y la fuga del notario Dupuis...

—¡El notario Dupuis fugado! —exclamó la señora Lambert, sacada por esta terrible noticia fuera de sus habituales aires de dulzura y resignación cristianas—. ¡Vaya un canalla! ¡Esta mañana todavía comulgaba en la iglesia de Saint-Jacques du Haut-Pas!

—Sería sin duda para pedir un feliz viaje —apuntó irónico La Peyrade.

—El señor habla muy ligeramente —continuó la señora Lambert—, pero ese bandido no se queda con mis economías; yo se las he entregado al señor, y es el señor quien me responde de ellas; no conozco a nadie más que a él.

—¿Qué te parece? —dijo La Peyrade a Thuillier señalando a la señora Lambert, quien en toda su actitud tenía algo de la loba a la que se acaban de arrebatar sus cachorros—. ¿No es del todo natural esto? ¿Crees que entre la señora y yo se representa una comedia?

—Estoy aterrado —confesó Thuillier— de la audacia de ese Cérizet, y también de mi estupidez; no me queda sino ponerme completamente a tu discreción.

—Señora —dijo entonces alegremente La Peyrade, sin ver que con su aseveración se equivocaba de medio a medio—, *Reponeos de tan terrible alarma*; el notario Dupuis continúa siendo un santo varón, y es incapaz de hacer perder nada a sus clientes; vuestro dinero sigue estando seguro con él. En cuanto al señor, a quien yo tenía la necesidad de demostrar que, en efecto, vos me habíais entregado ese dinero, es como si dijéramos un otro yo, y por lo tanto, conocido por él vuestro secreto, es lo mismo que si lo fuera tan sólo por mí.

—Está bien, señor —dijo la señora Lambert—. ¿Los señores, entonces, no tienen ya necesidad de mí?

—No, querida señora, y os ruego me perdonéis el pequeño susto que me he visto obligado a causaros.

La señora Lambert se dirigió a la puerta con todo el aire de la humildad más respetuosa; pero cuando estuvo junto al umbral, volvió sobre sus pasos y dijo a La Peyrade con un tono por demás almibarado:

—¿Cuándo cree el señor hallarse en disposición de devolverme mi dinero?

—Ya os he dicho —respondió con sequedad La Peyrade—, que los notarios no entregan al instante las sumas en cuya colocación han intervenido.

—¿Y qué opina el señor si pasara yo en persona por el despacho del notario para preguntarle cuando me será devuelto?

—Pues creo —respondió vivamente el abogado—, que yendo a visitarle haríais una gestión perfectamente ridícula; ha recibido el dinero de mí, a mi nombre, tal como lo habíais deseado, y por lo tanto en esta cuestión no conoce a nadie más que a

mí.

—En ese caso, ¿querrá ocuparse el señor de reintegrarme esa pequeña suma, que no es nada para él? No daré prisa al señor, *en buena ley*; pero en dos o tres meses podría emplear ese dinero... se me ha hablado de una pequeña propiedad que pudiera convenirme.

—Está bien, señora Lambert —respondió La Peyrade con una irritación muy contenida—. Se hará según vuestro deseo, y en menos tiempo del que lo pensáis acaso, espero que os sea devuelto vuestro dinero.

—¿No contraría eso al señor? —preguntó la beata—. Siempre me había dicho que a la primera indiscreción que yo cometiera...

—Sí, sí, queda convenido —dijo el provenzal, interrumpiéndola.

—Así, pues, tengo el honor de ser la muy humilde servidora de los señores —añadió la beata, que esta vez salió definitivamente.

—Ya ves, querido —dijo Teodosio a Thuillier cuando quedaron solos— a lo que me llevan las complacencias que hacen falta tener para con tu espíritu enfermo: esta deuda estaba dormida, en estado crónico, y tú la haces pasar al estado agudo...

—Estoy desolado, mi querido amigo, por mi estúpida credulidad; pero no te inquietes por la exigencia de esa mujer... ya veremos de arreglarlo, y aunque habría que adelantarte la suma como anticipo sobre tu dote...

—Por lo demás, mi excelente amigo —observó La Peyrade—, tenemos necesidad de todos modos de volver a hablar de nuestros acuerdos internos; no siento el menor deseo de ser comprometido cada mañana, y hace unos momentos, esperando a esa mujer, he redactado un pequeño proyecto de acta que discutiremos y firmaremos, si te parece bien, antes de la aparición del primer número.

—Pero, en nuestra escritura de sociedad —objetó Thuillier—, me parece que tenemos un contrato...

—Que, con una indemnización de cinco mil francos, según el artículo catorce —interrumpió Teodosio—, puedes metértelo en el bolsillo cuando quieras... No, gracias, idearemos algo que sea más positivo.

En este momento entró Cérizet, con aire vivaracho y triunfal.

—Señores míos —dijo—, traigo el dinero, y en una hora quedará depositada la fianza.

Mas al notar que su noticia era acogida con una gran frialdad, preguntó:

—Vaya, ¿qué es lo que sucede?

—Pues sucede —respondió Thuillier—, que yo no me asocio con hombres de dos caras ni con calumniadores; que no tenemos necesidad ni de vos ni de vuestro dinero, y que os invito a no honrar por más tiempo con vuestra presencia estos lugares.

—¡Vaya, vaya, vaya! —exclamó Cérizet—, ¡Papá Thuillier se ha dejado meter en el saco una vez más!

—¡Salid, señor! —ordenó Thuillier—. Ya no sois nada aquí.

—Después de todo, mi querido señor —replicó el usurero—, yo no soy quien ha

venido a buscaros; uno vivía antes sin vos, y también lo hará después. Cuidad sólo de no pagar los veinticinco mil francos de vuestro bolsillo, pues quedaréis colgado.

Y diciendo esto, Cérizet metió en el suyo su cartera conteniendo los treinta y tres mil francos en billetes de Banco, y tras haber recogido su sombrero, depositado sobre la mesa al entrar, lo cepilló un poco con el antebrazo y salió.

XVI UNA ESTRELLA

Thuillier había sido inducido por la confianza de Cérizet a hacer la más desastrosa de las campañas. Convertido en el humilde servidor de La Peyrade, vióse obligado a admitir todas las condiciones impuestas por el provenzal. Quinientos francos mensuales por la atención que el abogado prestaría al periódico, y su redacción pagada aparte, a razón de cincuenta francos la columna, lo cual resultaba enorme considerando la exigüidad del formato; el compromiso de continuar el periódico durante seis meses, so pena de abonar una cantidad de quince mil francos, así como la omnipotencia más absoluta estipulada en favor del redactor en jefe, quien quedaba soberanamente dueño de insertar, controlar o rechazar todo artículo, sin tener siquiera la obligación de manifestar los motivos de su determinación. Tales fueron las estipulaciones ostensibles del tratado hecho por duplicado y de *buena fe* entre ambas partes contratantes.

Pero en virtud de otro convenio secreto, Thuillier se constituía en fiador de la suma de veinticinco mil francos de que era responsable La Peyrade ante la beata, comprometiéndose, no obstante, *el susodicho señor* La Peyrade, en el caso de que se celebrara un desposorio entre él y la señorita Céleste Coleville, y si la garantía consentida por Thuillier había tenido efecto con anterioridad, a considerar como recibida la suma que habría asido pagada en su momento y lugar. De esta manera, el astuto provenzal llegaba a involucrar la ley, que no admite actualmente señal de contrato en materia matrimonial, ya que ¿no era una verdadera señal aquella suma de veinticinco mil francos, en cuya posesión no estaba seguro de entrar Thuillier sino por la conclusión del casamiento, dejado hasta entonces en proyecto?

Concertadas así las cosas y aceptado todo por el candidato, quien, sin La Peyrade, creía que no existía ninguna probabilidad de éxito, Thuillier tuvo una feliz idea: se fue a buscar al Circo Olímpico, en el que como receptor de los billetes de entrada había reconocido a un empleado retirado de su despacho llamado Fleury, proponiéndole la gerencia. Antiguo militar, buen tirador de pistola y hábil esgrimista, el tal Fleury debía ser una persona que inspiraría respeto en el periódico. No menos hábil en el arte de *enviar a paseo a los acreedores*, fue el primero que tuvo la

ingeniosa idea, en el Ministerio de Hacienda, de formular personalmente supuestas oposiciones sobre su paga, con el fin de hacer inútiles las oposiciones formales que pudieran presentarse. El mismo procedimiento fue empleado para preservar de todo perjuicio los treinta y tres mil trescientos treinta y tres francos con treinta y tres céntimos que, según lo estipulado por la ley, debía imponer a su nombre. Constituido así definitivamente el periódico, a falta solamente de la adición de algunos redactores adjuntos que debían encontrarse más tarde, y de los cuales, debido a su facilidad de pluma, La Peyrade podía, de momento, prescindir, fue lanzado el primer número.

Thuillier inició de nuevo a través de París el recorrido de exploración que le vimos hacer con motivo de la publicación de su folleto. Entrando en las salas de lectura y en los cafés, pedía *El Eco del Castor*, y cuando se le decía, en respuesta por desgracia bastante frecuente, que no se conocía tal periódico, exclamaba con ardor:

—¡Es increíble que una casa que se respete no reciba una hoja tan divulgada!

Y salía desdeñosamente, sin darse cuenta de que en muchos lugares estaban al corriente de tal maniobra de viajante, y no le prestaban atención sino para reírse en sus propias narices.

La tarde del día en que apareció el artículo de inauguración, Brígida, aunque no fuese domingo, tuvo gran afluencia en su salón. Reconciliada con La Peyrade, a quien había llevado a cenar su hermano, la solterona le declaró que, sin adulación, su primer artículo le parecía furiosamente bien *golpeado*. Por lo demás, al decir de todos los llegados, el público se mostraba encantado del número aparecido por la mañana.

El público, para todo aquel que lanza un escrito al mundo, ya se sabe lo que quiere decir: se compone de cinco o seis familiares que, a menos de reñir con el autor, no podrían dispensarse de haber tenido conocimiento de sus lucubraciones.

—¡Yo —exclamó Coleville—, puedo decir que es el primer artículo político que he leído y que no me ha hecho dormir!

—Es cierto —aseguró Phellion—. Ese artículo me parece impregnado de un vigor unido a un aticismo que en vano se buscaría en la redacción comente de ios papeles públicos.

—Sí —adujo Dutocq—. Está bien presentado; y además posee cierta manera de redondear la frase, que no es el estilo de un cualquiera. Pero hay que ver eso con *el uso*. Yo creo que mañana *El Eco del Castor* será atacado con fuerza por los demás periódicos.

—¡Pardiez! —exclamó Thuillier—. Eso es lo que pedimos, y si el gobierno quisiera hacernos el favor de incautársenos...

—Gracias, patrón —opinó Fleury, a quien Thuillier había llevado también a cenar—. Prefiero no entrar tan pronto en el ejercicio de mis funciones.

—¡Oh! Incautados... —dijo Dutocq—. No seréis incautados; pero si creo que los periódicos ministeriales os lanzarán una buena andanada.

Al día siguiente, Thuillier se personó en el periódico a las ocho de la mañana, a fin de ser el primero en asistir a aquella formidable salva. Pero al repasar todos los

periódicos, halló que nada había en ellos... era exactamente como si *El Eco del Castor* no existiera.

Al llegar La Peyrade, encontró a su desgraciado amigo consternado.

—¿Eso os asombra? —dijo tranquilamente el provenzal—. Ayer os dejé divagar en vuestras previsiones sobre un fogoso encuentro con la prensa; pero estaba convencido de que esta mañana no habría una palabra sobre nosotros. ¿Es que, contra todo periódico que debuta con un poco de lustre, no hay siempre durante una quincena, y a veces hasta durante meses enteros, *la conspiración del silencio*?

—¡La conspiración del silencio! —repitió Thuillier con admiración.

No sabía lo que aquello significaba, pero en la misma frase hallaba grandeza y algo que hablaba a la imaginación. Cuando La Peyrade le hubo explicado que, por la conspiración del silencio, había de entenderse una posición preconcebida de mutismo absoluto que los periódicos ya existentes afectan con respecto a los que llegan, para evitar hacerles propaganda ocupándose de ellos, su espíritu apenas quedó más satisfecho que previamente lo fuera por la sonora rotundidad de la frase. El burgués está hecho así; la palabra es una moneda que, para él, tiene curso sin discusión. Por una palabra, por una frase, se exalta, se apacigua, se indigna o aplaude. Con una frase, se le conduce a hacer una revolución y a cambiar el gobierno elegido por él.

Mas el periódico no era sino el medio; la finalidad era la candidatura de Thuillier, la cual había sido insinuada más que propuesta en los primeros números; pero una buena mañana, en las columnas de *El Eco*, apareció una carta de algunos electores, agradeciendo a su mandatario del consejo general la actitud firme y francamente liberal que había sabido mantener en la gestión de los intereses comunales. «Aquella firmeza le había valido la persecución de un gobierno que, llevado a remolque del extranjero, había abandonado a Polonia, vendiéndose a Inglaterra; el distrito tenía necesidad, para representarle en la Cámara, de un hombre de convicciones probadas que, manteniendo en alto y con firmeza la bandera de la oposición dinástica, se convirtiera por la significación de su nombre, en una severa lección al poder.»

Ilustrada con un hábil comentario de La Peyrade, dicha carta tenía por firmantes a Barbet y Métivier, ambos inquilinos de al casa de la calle Saint-Dominique, y el segundo, proveedor del papel del periódico. También la firmaban así todos los suministradores de Brígida, a los cuales, en vista de la elección, había continuado ella haciendo sus compras tras su emigración; el médico, el farmacéutico y el arquitecto de Thuillier y, finalmente, Barniol, yerno de Phellion, quien profesaba opiniones bastante avanzadas, habían estampado también sus nombres al pie de dicha carta. En cuanto a Phellion, había hallado demasiado comedidas las expresiones, y siempre sin temor como sin tacha, aunque debió pensar que su negativa al concurso pudiera entorpecer los intereses del corazón de su hijo, se había abstenido valerosamente.

Este globo explorador obtuvo el efecto más feliz; los diez o doce nombres que se ponían en evidencia, pasaron por expresar la voluntad general de los electores y se denominaron «la voz del barrio». En primer lugar, la candidatura de Thuillier

adelantó suficiente camino como para que Minard vacilara en oponer la suya.

Encantada del giro que tomaban las cosas, Brígida fue la primera en decir que al fin era preciso *colar* la cuestión del casamiento, y Thuillier se mostró tanto más partidario de este parecer, cuanto que temió verse de un momento a otro obligado a pagar la suma por la cual había salido fiador. Tuvo lugar una explicación a fondo entre el provenzal y la solterona. Ella no le ocultó nada de las aprensiones que había concebido con respecto al mantenimiento de su soberana autoridad, cuando un *verno* de su talento y de su carácter se estableciera en la casa.

—Si hemos de contrariarnos —terminó por decir—, mejor es hacer vida aparte desde el principio; no por ello seremos peores amigos.

La Peyrade respondió que «por nada del mundo sufriría el arreglo del que se le hablaba; por el contrario, entre las felices probabilidades de su porvenir, contaba con la seguridad en que se hallaría al ver la buena marcha de los asuntos materiales de su casa a través de la alta dirección que se reservaba Brígida. El ya tendría bastante con la administración de los intereses exteriores, y no comprendía que pudiera suponérsele el pensamiento de intervenir en detalles para los cuales era soberanamente impropio.» En una palabra, tranquilizó y persuadió tan bien a Brígida que ella le instó a efectuar sin retraso las gestiones relativas a la publicación de las amonestaciones, reservándose para sí preparar a Céleste para un desenlace próximo y comprometiendo se a hacérselo aceptar sin pestañear.

—Mi querida pequeña —dijo una mañana a Céleste—, creo que ya no albergarás la idea de convertirte en la mujer de Félix Phellion. En primer lugar, es más ateo que nunca y además, tú misma habrás podido observar perfectamente que se le trastorna el juicio. Has podido ver en casa de los Minard, a la señora Marnus, que se ha casado con un sabio, oficial de la Legión de Honor, e incluso miembro de la Academia de Ciencias. No hay mujer más desgraciada que ella: su marido la ha llevado a vivir detrás del Luxemburgo, cerca de la calle Notre-Dame des Chainps, en la de Duguay-Trouin, una calle que no está pavimentada ni tiene alumbrado. Cuando él sale, no sabe adonde va, y se encuentra en el Campo Marte si ha tenido la intención de ir al barrio Poissonière; ni siquiera es capaz de dar su dirección a un cochero de punto, y es hombre tan distraído, que no puede decir si es antes o después de cenar^[8]. ¡Imagínate cómo debe pasar su tiempo una mujer con esos seres que tienen siempre la nariz en los lentes para mirar las estrellas!

—Pero Félix no es tan distraído como eso —objetó Céleste.

—Sin duda, porque es más joven, pero con la edad, su distracción no hará sino aumentar como su ateísmo; así, pues, todos estamos de acuerdo en que no es el marido que te conviene, y tu madre, tu padre, Thuillier y yo, en fin, todos los que tienen sentido común en la casa, estamos decididos a que te pronuncies en favor de La Peyrade, un hombre de mundo que nos ha prestado grandes servicios, y que incluso va a hacer diputado a tu padrino. Estamos dispuestos a reservarte, en su consideración, una dote como ciertamente no la reservaríamos para cualquier otra

persona. Por consiguiente, lo dicho, van a ser publicadas las amonestaciones, y de hoy en ocho días firmaremos el contrato. Habrá una gran cena para los parientes y los íntimos, seguida de una velada en la que se firmará el acta y se expondrá tu ajuar, y como soy yo quien se ocupa de ello, te aseguro que será todo de lo mejor, si es que no haces una chiquillada, y te avienes gentilmente a nuestras ideas.

—Pero, tía Brígida... —dijo tímidamente Céleste.

—No hay *peros* que valgan —replicó imperiosamente la vieja—. Así está dispuesto, y, a menos que tengáis, señorita, la pretensión de poseer más inteligencia que todos vuestros parientes...

—Haré lo que queráis, tía —respondió Céleste, que sintió como si una densa nube fuese a estallar sobre su cabeza y no hallaba fuerzas para luchar contra aquella voluntad de hierro cuya sentencia acababa de escuchar.

Seguidamente fue a verter sus penas en el alma de la señora Thuillier, su madrina, pero al oír que esta le aconsejaba paciencia y resignación, la pobre muchacha pensó que, de aquel lado, no podía esperar apoyo alguno, ni siquiera para el menor intento de resistencia, por lo que hubo de considerar consumado su sacrificio.

Precipitándose con frenesí sobre el nuevo elemento de actividad que acababa de introducir en su vida, Brígida se puso al instante en campaña para la confección del ajuar y la compra de la canastilla. Al igual de los avaros, que, para una gran ocasión, salen de sus costumbres y de su carácter, la solterona no halló nada bastante bello y tiró el dinero por la ventana, de manera que, hasta el día de la firma del contrato, el joyero, la modista, la lencera y el tapicero, todos ellos escogidos entre los establecimientos más famosos, estuvieron permanentemente en casa de Brígida.

—Es como una procesión —decía admirada Josefina, la cocinera, de la casa Minard, a Francisco—. Desde la mañana a la noche no cesa de sonar la campanilla.

La cena fue encargada en casa de Chabot y Potel y no en la de Chevet. Por ello, Brígida quiso dejar constancia de su iniciativa, y no incurrir en los errores de la señora de Godollo. El personal invitado estaba compuesto de la siguiente forma: tres Thuillier, tres Coleville, contando la futura; La Peyrade, el novio; Dutocq y Fleury, el gerente de *El Eco del Castor*, a quienes se había pedido fueran testigos, no permitiendo otra elección el número infinitamente limitado de sus relaciones; Minard y Rabourdin, elegidos como testigos por parte de Céleste; señora y señorita Minard y Minard hijo; dos colegas de Thuillier en el consejo general; el notario Dupuis, encargado de la redacción del contrato y, finalmente, el abate Gondrin, director espiritual de la señora Thuillier y de Céleste, y que debía bendecir el casamiento.

Este último era un antiguo vicario de Saint-Jacques du Haut-Pas, a quien una gran elegancia de modales y su talento para predicar habían conseguido que el señor arzobispo lo trasladara de la parroquia pobre donde había comenzado su ejercicio religioso, a la aristocrática iglesia de la Madeleine. Desde que sus dos penitentes habían vuelto a ser sus feligresas, el joven abate las visitaba de vez en cuando, y Thuillier, que había ido a exponerle a su manera la conveniencia de la elección que él

había hecho en la persona de La Peyrade, teniendo cuidado de calumniar las opiniones religiosas de Félix Phellion, había obtenido fácilmente que con su palabra llena de unción y persuasiva contribuyese a la resignación de la víctima.

En el momento de sentarse a la mesa, faltaron tres invitados: Minard hijo, Minard padre y el notario Dupuis. Este último había escrito por la mañana un billete a Thuillier, diciéndole que no se le esperase a la cena, pero que a las nueve en punto se presentaría con el contrato en el salón, y quedaría a las órdenes de la señorita Thuillier. En cuanto a Julián Minard, su madre le excusó diciendo que estaba retirado en su habitación debido a un violento mal de garganta, respecto a Minard padre, que no acudió con su mujer e hija, su ausencia quedó inexplicada, y como pasaba la hora, la señora Minard, asegurando no obstante que su marido vendría, insistió para que se sentaran a la mesa sin él. Brígida ordenó que se le tuviera la sopa caliente, porque, en las costumbres burguesas, una cena sin sopa no es una cena.

El ágape fue mediocrementemente alegre, y si bien el menú era mejor, ¿qué diferencia en cuanto a la animación y el cálido ambiente que reinó durante el famoso banquete improvisado con motivo de la elección para el consejo general!

La ausencia de tres invitados se convertía en una primera causa de enfriamiento; luego, Flavie estaba dolida; había vuelto a ver en su casa a La Peyrade y tenido con él una explicación bañada en lágrimas. Céleste, aún feliz por la elección que había sido hecha para ella, no hubiera debido, siguiendo las conveniencias, exteriorizar su alegría; tampoco se reprimía en animar su rostro, y ni siquiera se atrevía a mirar a su madrina, cuya fisonomía, si así puede decirse, tenía el aire de un largo balido, hasta el extremo de que la pobre muchacha temía que una mirada cambiada entre ellas, hiciera afluir lágrimas a sus ojos. Thuillier habla cobrado importancia por todos los costados, por lo cual presentaba un aspecto grave; y en cuanto a Brígida, no sintiéndose ya en su mundo, donde tronaba sin competencia, mostraba también incomodidad y embarazo.

Colleville se esforzó mediante algunos chistes en elevar la temperatura de la reunión, pero la sal gorda de sus humoradas de artista producía, en el ambiente donde se exteriorizaba, el efecto de una carcajada en la habitación de un enfermo, y una intimación muda para *comportarse*, partida a la vez de Thuillier, La Peyrade y su mujer, puso sordina a su facundia y a su turbulenta expansión. Cosa bastante notable, fue el personaje más grave de la reunión, quien, ayudado por Ravourdin, logró calentar la atmósfera. Hombre del más fino y cultivado espíritu, el abate Gondrin, como todas las almas puras y bien ordenadas, tenía un fondo de dulce alegría que supo hacer comunicativa, y la animación comenzó a asomar en el momento en que llegó Minard.

Tras haber presentado sus excusas alegando un asunto de alcaldía cuya resolución no podía esperar, cruzó con su mujer una mirada que más bien hubiera podido creerse trasluz de la preocupación de un asunto privado. La Peyrade y Thuillier habían recibido un palco para el estreno de *Telegrafo de amor*, aquella famosa obra de gran

espectáculo en la cual debía debutar Olimpia Cardinal, y no se tragaron la pretendida indisposición de Julián Minard. Se miraron a su vez, tras haber observado la señal de inteligencia intercambiada entre los dos esposos, y tuvieron el aire de preguntarse si no había sido descubierto el lío, y si no era la necesidad de asegurarse del desorden de su hijo el abogado lo que había retenido hasta aquella hora al señor alcalde del distrito XI.

Teniendo la costumbre de meter baza en todas partes, y pensando sin duda que debía ocultar bajo una apariencia de perfecta libertad de espíritu su cuidado paternal, Minard tras haber engullido rápidamente algunos bocados, dijo:

—Señores, ¿sabéis la gran noticia?

—¿Cuál es? —preguntaron desde varias partes con interés.

—La Academia de Ciencias —respondió Minard—, ha recibido en su sesión de hoy el comunicado de un inmenso descubrimiento: contamos en el cielo con una estrella más.

—¡Vaya! —comentó Colleville—. Eso servirá para reemplazar la que Béranger hallaba de menos, cuando, con el aria de *Octavio*, se lamentaba de la partida de Chateaubriand: *Chateaubriand, ¿por qué huir de tu patria?*

Esta cita, que la hizo cantando, exasperó a Flavie, y de no haber sido por la costumbre de que las mujeres estuvieran en la mesa al lado de su marido, la antigua primera clarinete de la Ópera Cómica no se hubiera dispensado de un ¡*Colleville!* imperioso y amenazador que le hubiese lanzado de lejos como llamada al orden.

—Lo que presta un particular interés a este acontecimiento astronómico para la reunión de la que tengo el honor de formar parte —continuó Minard—, es que el autor del descubrimiento es un habitante del distrito XII, en el cual muchos de vosotros vivís aún. o habéis vivido mucho tiempo. Por lo demás, todo es maravilloso en este gran hecho científico. La Academia, por la lectura de la memoria que se lo anuncia, ha quedado de tal modo convencida de su existencia, que al levantarse la sesión se ha trasladado una delegación al domicilio del moderno Galileo para cumplimentarle en nombre de toda la corporación; y, sin embargo, el nuevo astro no es visible ni siquiera por el telescopio; es mediante el cálculo y el razonamiento como quedan demostrados de la manera más irrefragable su existencia y el lugar que ocupa en el cielo. «Debe haber allí una estrella desconocida; no la veo, pero estoy seguro.» He aquí lo que ha dicho el sabio hablando a la Academia, a la que de buenas a primeras ha convencido con sus deducciones. Y, ¿sabéis, señores, quién es el Cristóbal Colón del nuevo mundo celeste? Un viejo, casi ciego, que apenas ve lo suficiente para andar por la calle.

—¡Es admirable! ¡Es maravilloso! —exclamaron de todas partes.

—¿Cómo se llama ese sabio? —preguntaron varias voces.

—Señor Picot, o, si lo preferís, el padre Picot, ya que de esta manera se le llama en toda la calle de Val-de-Grâce, que es donde vive. Se trata simplemente de un viejo profesor de matemáticas que, por lo demás, ha formado buenos discípulos. Por

ejemplo, Félix Phellion, a quien todos conocéis, ha cursado con él sus estudios, y es precisamente quien, en nombre de su viejo maestro, acaba de leer la memoria en la Academia.

Al nombre de Félix, y acordándose de aquella promesa que le ponía por las nubes y que ella había tomado por un acceso de locura, Céleste miró a la señora Thuillier, cuyo rostro se había animado, y que parecía decirle: «¡Valor, muchacha! ¡No está todo perdido!»

—Querido —dijo Thuillier a La Peyrade—, Félix ha de venir esta noche, y es preciso envolverle cuidadosamente para obtener la comunicación de la memoria: sería un golpe de suerte para nuestro *Eco* si pudiéramos ser los primeros en publicarla.

—¡Ah! —repuso Minard, encargándose de la respuesta—. Sería un buen servicio a la curiosidad pública, pues el asunto ha metido un ruido enorme. La delegación, al no hallar en su domicilio al señor Picot, se ha trasladado acto seguido a la residencia del ministro de Instrucción Pública, el cual ha volado inmediatamente a las Tullerías, y el *Mensajero*, aparecido esta tarde temprano, en número extraordinario, el cual, dicho sea de paso, he leído al venir en mi coche, anuncia que el señor Picot ha sido nombrado caballero de la Legión de Honor, concediéndosele una pensión de mil ochocientos francos sobre los fondos destinados al estímulo de las ciencias y las letras.

—En fin —comentó Thuillier—. ¡He aquí al menos una cruz bien puesta!

—Pero mil ochocientos francos de pensión —objetó Dutocq—, me parece bastante mezquino.

—Desde luego —convino Thuillier—, y tanto más cuanto que ese dinero, después de todo, es de los contribuyentes, y al verlo derrochado en todos los recomendados de la camarilla...

—Mil ochocientos francos —respondió Minard—, es de todos modos algo para un sabio. Esas gentes no tienen casi necesidades, y están acostumbradas a vivir con poco.

—Yo creo además —manifestó La Peyrade—, que el bueno del señor Picot no lleva una vida ordenada, pues precisamente en estos momentos su familia, que le había querido incapacitar, procede al nombramiento de un consejo judicial; pretenden que se deja explotar por una sirvienta que tiene en casa. ¡Pardiez! Thuillier, tú ya la conoces, es esa mujer que vino el otro día al periódico, y a quien se había hecho creer que Dupuis, el notario, en cuya casa tiene algunos fondos depositados, había huido con ellos.

—Si, claro —asintió Thuillier con tono significativo—. Tienes razón; la conozco.

—Es extraño —intervino Brígida, hallando la ocasión de reforzar el argumento que le había proporcionado algunos días antes las distracciones del académico Marmus— que todos esos sabios no valgan para nada, aparte de su ciencia, y que, en su vida de familia, se vea obligada una a conducirlos como a niños.

—Lo cual prueba —observó el abate Gondrin— la gran abstracción en la que le sumen sus estudios, pero, al mismo tiempo, una ingenuidad de carácter que tiene un aspecto bien conmovedor.

—Cuando no son malos como asnos recalcitrantes —re-plicó vivamente Brígida—. Yo os diré, señor abate, que, de ocurrírseme la idea de casarme, jamás me hubiera convenido un sabio. En primer lugar, ¿de qué se ocupan los sabios? De simplezas la mayor parte del tiempo; pues, en fin, si todos admiráis que se haya descubierto una estrella, ¿qué es lo que sacaremos nosotros de ello? A mí me parece que ya había bastantes estrellas con las conocidas...

—¡Bravo, Brígida! —exclamó Colleville, escabullándose de nuevo—. Estás en lo cierto, hija mía, y considero que el hombre que únicamente hubiera descubierto un nuevo plato habría merecido más de la humanidad.

—Colleville —intervino Flavio—. Debo advertiros que vuestras excentricidades son del peor gusto.

—Mi estimada señorita —dijo el abate Gondrin dirigiéndose a Brígida—, podríais tener razón si únicamente estuviésemos formados de materia, y si, enlazada a nuestro cuerpo, no existiera un alma cuyos instintos y apetitos piden también ser satisfechos. Pues bien, yo creo que ese sentimiento del infinito que está en nosotros, y que todos tratamos de satisfacer a nuestra manera, se halla servido maravillosamente por los trabajos de la astronomía, la cual nos revela cada día nuevos mundos lanzados al espacio por la mano del Creador. El infinito, en vosotros, ha tomado otro curso; ve más cerca de él, y esa pasión de felicidad de todo cuanto os rodea, ese afecto tan caluroso, tan ardiente y tan fiel que destináis a vuestro excelente hermano, es igualmente una manifestación de esas vivas aspiraciones que no tienen nada de terrestre y que, buscando su propósito y su fin, no piensan nunca en preguntar: «¿Para qué vale, para qué sirve esto?». Por lo demás, puedo deciros que las estrellas no son tan inútiles como podéis creer, pues sin ellos, los navegantes tropezarían con bastantes dificultades en su ruta, y no podrían ir a países lejanos a buscar esta vainilla que os ha servido para perfumar la deliciosa crema que habéis hecho y que yo como en este momento. Así, pues, el señor Colleville puede ver que entre los platos y las estrellas existe mayor afinidad de la que pudiera pensarse; no hay que despreciar a nadie, ni a los astrónomos ni a las buenas amas de casa...

El abate fue interrumpido por el ruido de un vivo altercado que tenía lugar en la antecámara.

—¡Os digo que entraré! —clamaba una voz.

—No, señor, no entraréis —respondió una voz de sirviente *varón*—. Ya os he dicho que están a la mesa, y no se viola así como así el domicilio de las personas.

Thuillier se tornó pálido; desde la incautación del libro, en cada visita imprevista vela una inspección de la policía.

Entre otras prescripciones hechas a Brígida por la señora de Godollo, una de las que hubo de repetirle más, era la de no levantarse nunca de la mesa que se preside

como ama de casa, si no fuese para dar la señal de abandonarla; pero considerando aquella una circunstancia excepcional, dijo vivamente a Thuillier, cuya inquietud había notado:

—Voy a ver de qué se trata... ¿Qué ocurre? —preguntó al criado en cuanto hubo llegado al teatro de la contienda.

—Que el señor quiere entrar, diciendo que no se sienta nadie a la mesa a las ocho.

—¿Y quién es usted, señor? —preguntó seguidamente Brígida a un viejo de rara vestimenta y cuyos ojos estaban cubiertos por una visera.

—Señora, no soy un mendigo ni un vagabundo— respondió el viejo con voz estentórea—. Me llamo Picot, profesor de matemáticas.

—¿Vivís en la calle Val-de-Grâce? —preguntó Brígida.

—Sí, señora, en el número nueve, al lado de la frutera.

—Entrad, señor, entrad, nos agradecerá mucho recibiros —dijo Thuillier, que, al apercibirse la reconocida identidad, se había precipitado ante el sabio.

—Llega como *Marzo en calesa* —dijo Colleville, trastocando un proverbio a la manera de León de Lora.

—¡Vaya, bribón! —dijo el sabio, volviéndose del lado donde antes entreviera al criado, el cual se había retirado al ver que todo se solucionaba amigablemente—, ¡Ya te había prevenido que entraría!

XVII

UN HOMBRE QUE SE QUEJA DE QUE LA ESTRELLA ES DEMASIADO HERMOSA

El padre Picot era un hombre de estatura elevada, rostro anguloso y severo, que, a pesar del correctivo de una peluca rubia de grandes bucles y el de la pacífica visera que ya hemos mencionado, mostraba en sus acusados rasgos, sobre los cuales el encarnizamiento en el estudio había extendido una capa de amarillenta palidez, algo de quisquilloso y batallador; por lo demás, en este sentido, ya había dado pruebas aun antes de aparecer en el comedor, donde todos se levantaron para recibirle.

Su traje era una amplia levita, intermedia entre el paletó y la bata casera, bajo la cual formaba una especie de pechera un inmenso chaleco de color gris-hierro, cerrado por dos hileras de botones, a lo húsar, desde el ombligo a la garganta; el pantalón, aunque octubre tocaba a su fin, era de tela sempiterna negra en la cual el vivo color mate de un remiendo testimoniaba su largo servicio, destacándose sobre dos relucientes placas a la altura de las rodillas nacidas a consecuencia de roce constante; pero a plena luz bel detalle que más vivamente saltaba a la vista en el atuendo del viejo sabio, eran sus pies de patagón, aprisionados en zapatos de castorina que,

obligados a amoldarse a las montañosas ondulaciones de gigantescos juanetes, hacían pensar, involuntariamente, en el lomo de un dromedario o en un caso ya avanzado de elefantiasis.

Una vez instalado sobre la silla que se habían apresurado en adelantarle, y cuando todo el mundo hubo vuelto a ocupar su sitio, el viejo clamó, con voz retumbante, en medio del silencio que había creado la curiosidad:

—¿Dónde está ese pillo, ese bribón? ¡Que se muestre, que ose hacer oír su voz!

¿A quién tenéis esa ojeriza, querido señor? —preguntó Thuillier con un tono conciliador en el que podía captarse algo de protector.

—A un bellaco que no he encontrado en su domicilio, señor, y que me han dicho que estaría en esta casa. ¿Me encuentro en efecto, en la morada del señor Thuillier, miembro del consejo general, plaza de la Madeleine, en el piso primero, sobre el entresuelo?

—Exactamente, señor —respondió Thuillier—. Y he de añadir que os halláis rodeado de todos los respetos y de todas las simpatías.

—¿Y permitiréis sin duda —añadió Minard— que el alcalde del distrito limítrofe al que habitáis se congratule por hallarse aquí en presencia del señor Picot, el mismo sin duda que acaba de inmortalizar su nombre con el descubrimiento de una estrella?

—Sí, señor —respondió el profesor, elevando aún el diapasón *estentóreo* de su voz—; yo soy Picot (Nepomuceno) al que os referís; pero no he descubierto estrella alguna, yo no me mezclo en esas tonterías; tengo los ojos muy fatigados, y es una ridiculez que pretendía colgarme ese insolente al que he venido a buscar hasta aquí. ¡Se esconde, el cobarde, y no se atreve a decir media palabra ante mí!

—¿Quién es esa persona a la que odiáis tanto? —preguntaron simultáneamente varias voces a la vez.

—Un discípulo desnaturalizado —respondió el viejo matemático—, un mal sujeto, lleno de recursos por lo demás, llamado Félix Phellion.

Este nombre fue acogido con el asombro que puede pensarse. Hallando la situación divertida, Colleville y La Peyrade estallaron en carcajadas.

—¡Ríes, miserable! —clamó el fogoso viejo levantándose—. ¡Ven, atrévete a venir a reírte al alcance de mi brazo!

Y blandiendo un enorme bastón de caña y pomo de porcelana que le servía para caminar estuvo a punto de derribar sobre la cabeza de la señora Minard un candelabro situado sobre la mesa.

—Se os ha engañado, señor —dijo Brígida abalanzándose y tomando al viejo del brazo—. Félix Phellion no está aquí. Es probable que venga para una velada que damos, pero por el momento no ha llegado aún.

—¡No comienzan temprano vuestras veladas! —dijo el viejo—. Son ya las ocho pasadas... En fin, puesto que Félix debe venir, me permitiréis que le espere. Estabais cenando, creo; no lo interrumpáis por mí.

Y tomó, más tranquilizado, posesión de su silla.

—Ya que lo permitís, señor —dijo Brígida—, vamos a continuar, o mejor dicho a terminar, pues estábamos ya en los postres. ¿Puedo ofreceros algo... una copa de champán y un bizcocho?

—Lo acepto de buen grado, señora —respondió el viejo—. Jamás he rehusado el champán, y también me gusta tomar un poco en mis comidas; pero vos cenáis tarde...

Fue hecho sitio en la mesa al viejo entre Colleville y la señorita Minard y el músico se encargó de tener lleno el vaso de su nuevo vecino, ante quien se dispuso un plato de pastelillos.

—Señor —dijo entonces La Peyrade con tono zalamero—, todos estamos sumamente sorprendidos de que tengáis que quejaros de Félix Phellion, un joven tan dulce e inofensivo... ¿Qué es lo que exactamente os ha hecho, para que le tengáis tal inquina?

Con la boca llena de la repostería que engullía en proporciones que inquietaban a Brígida, el profesor hizo seña de que iba a responder, y tras haberse equivocado de vaso y haber bebido el contenido del de Colleville, respondió:

—¿Lo que me ha hecho ese insolente? Muchas malas pasadas, pues no es la primera que tengo que reprocharle. Sabe que no puedo sufrir las estrellas, siendo pagado por no hacer ningún caso. En 1807, como agregado a la Sección de Longitudes, formé parte de la expedición científica enviada a España, bajo la dirección de mi amigo y colega Juan Bautista Biot, para terminar el arco del meridiano terrestre desde Barcelona a las Islas Baleares. Me hallaba ocupado en observar una estrella, tal vez la misma que mi bribón de discípulo acaba de descubrir, cuando habiendo estallado súbitamente la guerra entre Francia y España, al verme los campesinos instalados con un antejo sobre el monte Galazzo, se figuraron que hacía señales al enemigo. Una partida de rabiosos destrozó mis instrumentos y habló incluso de acuchillarme; ya estaba frito, perdido, a no ser por un capitán de navío que me hizo prisionero y me metió en la fortaleza de Bellver, donde pasé tres años en la más dura cautividad. Desde entonces, se comprenderá que haya tomado ojeriza a todo el sistema celeste; sin embargo soy yo quien, sin saberlo, fue el primero en divisar el famoso cometa de 1811, pero no hubiese dicho palabra a no ser por el señor Flauguergues, que tuvo la indiscreción de anunciarlo. Como todos mis discípulos, Phellion conoce mi declarada aversión por las estrellas y sabía perfectamente que la peor mala pasada que me podía hacer era cargar una sobre mis espaldas. Así, la delegación que ha venido a hacerme la farsa de cumplimentarme, ha tenido la gran suerte de no haberme encontrado en casa, pues os aseguro que los señores académicos, por muy de la Academia que fuesen, habrían pasado un mal cuarto de hora.

Todo el mundo halló infinitamente divertida la singular monomanía del viejo matemático. Únicamente La Peyrade, empezando a darse buena cuenta del papel que Félix había desempeñado en la circunstancia, sentía el haber provocado esta explicación.

—Sin embargo, señor Picot —dijo Minard—, si Félix Phellion no es más culpable que de haberos atribuido el descubrimiento, me parece que al extremo de su mal proceder había cierta reparación: la cruz de la Legión de Honor, una pensión y la gloria que va a unirse a vuestro nombre.

—La cruz y la pensión las tomo —dijo el viejo vaciando su vaso, que con gran terror de Brígida volvió a dejar sobre la mesa con una fuerza capaz de romperlo—. Hace veinte años que el Gobierno me las debía, no por descubrimientos de estrellas, pues siempre he despreciado este artículo, sino por mi famoso tratado de los *Logaritmos diferenciales*, que Kepler ha juzgado conveniente denominar monologaritmos, y que continúan las tablas de Neper; por mi *Postulatum* de Euclides, cuya solución he sido el primero en hallar; pero sobre todo por mi *Teoría del movimiento continuo*, cuatro volúmenes en 4.º, con grabados; París, 1825. Ya veis, caballero, que querer darme gloria sería llevar agua al río. Tenía tan poca necesidad del señor Phellion para crearme una posición en la ciencia, que ya hace mucho tiempo lo expulsé vergonzosamente de mi casa.

—¿Es que no sería esta la primera estrella —preguntó alegremente Colleville— de la cual haya osado haceros burla?

—¡Ha hecho algo peor! —clamó el viejo—. Ha destruido mi reputación; ha empañado mi gloria. Mi *Teoría del movimiento continuo*, cuya impresión me ha costado los ojos de la cara, cuando debió haber sido impresa en la Imprenta Real, era para hacer mi fortuna e inmortalizarme. De cuando en cuando, y fingiendo estar en relación con mi editor, ese joven sofocante me decía; «Papá Picot, vuestro libro se vende bien: aquí tenéis quinientos francos, o cincuenta escudos, hasta mil francos a veces, que estoy encargado en entregaros por vuestro librero.» El manejo duró años, y el librero, que había tenido la cobardía de entrar en el complot, me decía cuando pasaba por su establecimiento: «Pues sí, no se vende mal, eso *pita*, y veremos el fin de la primera edición.» Yo, sin desconfianza, embolsaba el dinero y me decía: «Mi libro es apreciado, la idea se abre paso poco a poco, y cualquier buen día, puedo esperar la aparición de algún gran capitalista que venga a proponerme la aplicación de mi sistema...»

—¿De *la absorción de los líquidos*? —preguntó Colleville, que estaba ocupado sin cesar en llenar el vaso del viejo maníaco.

—No, señor, del *Movimiento continuo*, cuatro volúmenes en 4.º, con grabados; París, 1825. Pero, ¡bah! Pasaban los días sin que nadie se presentara, hasta el punto de que figurándome que mi editor no le dedicaba toda la actividad deseable, quise vender a otro librero la segunda edición. Fue entonces, señor, cuando se descubrió toda la trama, y hube de arrojar por la puerta a esa serpiente. En seis años se habían vendido en total nueve ejemplares. Adormecido en una falsa seguridad, yo no había hecho nada para difundir mi libro, que pretendía venderse por sí solo, y fue así como víctima de una envidia y de una maldad negras, fui indignamente despojado del premio a mis esfuerzos.

—Pero —objetó Minard, haciéndose portavoz del pensamiento de toda la concurrencia—, ¿no podría verse en ello más bien una manera tan ingeniosa como delicada de...?

—De darme limosna, ¿no es eso? —interrumpió el viejo con voz tan restallante que hizo dar un bote en su silla a la señorita Minard—. ¡Humillarme, deshonrarme a mí, su viejo profesor! ¿Es que tengo yo necesidad de caridad? ¿Es que Picot (Nepomuceno), a quien su mujer había aportado cien mil francos de dote, ha tendido la mano jamás a nadie? Pero hoy ya no se respeta nada: se sorprende la religión, la buena fe de un buen hombre, como se nos llama, para decir en seguida al público: «Ved a esos viejos chochos, no sirven para nada; es preciso que nosotros, la joven generación; nosotros, los modernos; nosotros, la joven Francia, los destaquemos.» Boquirrubio, ¡bah!... ¡Alimentarme tú! Si los viejos chochos tienen más saber en una uña que vosotros en todo vuestro cerebro, y no valdréis nunca lo que ellos, pequeños intrigantes. Por lo demás, estoy bien tranquilo en cuanto a mi venganza, ese joven Phellion tiene que acabar mal. Lo que ha hecho hoy en plena Academia, leyendo en mi nombre una memoria, es lisa y llanamente una suplantación fraudulenta, y la ley castiga eso con trabajos forzados.

—No obstante, se trata ciertamente de una suplantación para conversión en estrella pública —comentó Colleville.

Brígida, que temblaba por sus vasos, y cuyos nervios estaban excitados por el furioso consumo del viejo, dio, levantándose, la señal de pasar al salón; varias veces, además, había oído sonar la campanilla, anunciándole que debía haber llegado ya algunos invitados a la velada. En consecuencia, se quiso transportar al viejo profesor, para lo que Colleville le ofreció complacientemente el brazo.

—No, señor —repuso él—. Permitidme que permanezca donde me encuentro. No estoy vestido para una velada y, además, la luz excesiva me fatiga la vista. Tampoco me gusta ofrecerme en espectáculo, y mejor es que la escena que debe desarrollarse entre mi discípulo y yo tenga lugar ante *cuatro ojos*.

—Bueno, déjale —dijo Brígida a Colleville.

Nadie insistió, habiéndose por otra parte despojado el buen hombre, sin saberlo, de toda su consideración. Únicamente, ante de marcharse al salón, la buena ama de casa cuidó de no dejar nada frágil al alcance de su mano, y después, por un resto de atención, preguntó:

—¿Os enviaré café?

—Lo tomo, señora —respondió el padre Picot—, y también coñac.

—¡Caramba, toma de todo! —dijo Brígida al sirviente *varón* al irse, recomendándole seguidamente que no perdiera de vista a aquel viejo loco.

Al entrar Brígida en el salón, vio que el abate Gondrin se había convertido en el centro de un gran círculo formado por casi toda la asistencia, y aproximándose a su vez, oyó que decía:

—Agradezco al cielo haberme deparado esta suerte. Jamás experimenté una

emoción semejante a la que me ha producido la escena a que acabamos de asistir, y hasta la forma un tanto burlesca de esa confidencia, ciertamente bien ingenua, ya que era del todo involuntaria, ha servido para la glorificación de la asombrosa generosidad que nos revelaba, Situado por mi ministerio en el camino de muchas caridades, testigo o intermediario de numerosas buenas acciones, declaro no haber hallado en mi vida una abnegación más conmovedora e ingeniosa: dejar que la mano izquierda ignore lo que da la derecha, es ya entrar plenamente en el cristianismo, pero llegar a despojarse de su gloria, cediendo el puesto a otro en condiciones tan extraordinarias, con la probabilidad de ser uno mismo renegado, desconocido, rechazado, es el Evangelio aplicado en toda la elevación de sus preceptos; es ser más que una hermana de la Caridad; ¡es ser el apóstol de la beneficencia!... ¡Cómo desearía conocer a ese noble joven y estrecharle la mano!

Habiendo rodeado con su brazo el de su madrina, Céleste estaba a algunos pasos del sacerdote. Con el oído atento a su palabra, a medida que hablaba y analizaba el generoso proceder de Félix, apretó con más fuerza el brazo de la señora Thuillier, diciéndole en voz baja:

—¿Oyes, madrina, oyes...?

Para destruir el inevitable efecto que aquel elogio tan caluroso debía producir en Céleste, intervino Thuillier diciendo:

—Desgraciadamente, señor abate, ese joven del que hacéis tan *gran reseña*, no es del todo desconocido. He tenido ocasión de hablar de él con vos, y de lamentar que no nos fuese posible continuar ciertos proyectos que pudiéramos haber tenido sobre su persona, debido a la independencia tan comprometedora que expone en sus opiniones religiosas.

—¡Ah, se trata del mismo joven! —manifestó el abate—. Me asombráis muchísimo; y es preciso decir que no podía ocurrírseme ni por asomo la relación.

—¡Santo Dios, señor abate! —dijo La Peyrade tomando la palabra—, ya lo veréis dentro de unos momentos, y situándole en el terreno de ciertas cuestiones, no os costará nada medir la profundidad de los estragos que el orgullo de la ciencia puede ejercer en las almas más felizmente dotadas.

—No lo veré —contestó el abate—, pues mi sotana negra no tardará en hallarse desplazada en medio de la gloria mundana que poco a poco llena este salón. Pero como me consta, señor de La Peyrade, que sois hombre sinceramente creyente y pío, y como sin duda alguna ponéis en la salvación de ese joven todo el interés que yo mismo puedo destinarle, os diré antes de irme: Tranquilizaos; tarde o temprano las almas selectas nos vuelven, y si el retomo de esos hijos pródigos se hiciera esperar mucho, viéndolos ir a Dios, yo aún no desesperaría de que obtuvieran la clemencia infinita.

Y dicho esto, el abate se puso a buscar su chapeo a fin de abandonar el salón. Sin embargo, en el momento en que creía poder escabullirse sin ser apercibido, fue detenido por Minard.

—Señor abate —le dijo el alcalde del distrito XI—, permitidme que bese vuestra mano y os felicite por las palabras de tolerancia que acaban de brotar de vuestra boca. ¡Ah, si todos los sacerdotes se parecieren a vos, cuantas conquistas haría la religión! Tengo en estos momentos una contrariedad familiar y un plan de conducta a decidir, sobre el cual me complacería en grado sumo obtener vuestro consejo e invocar la ayuda de vuestras luces.

—Cuando gustéis, señor alcalde —respondió el abate—. Por lo general me encuentro en casa, calle de la Madeleine, 8, tras la ciudad Berryer, toda la mañana después de celebrar misa a las seis.

Una vez hubo salido el cura, llevando aparte a la señora Minard, su esposo le dijo:

—En efecto, todo es verdad, y la carta anónima no nos había inducido a error: Julián mantiene sin duda alguna a una antigua actriz de Bobino, y es cierto que para asistir a su debut en el teatro Folies-Dramatiques hoy, ha simulado estar enfermo. La portera de al casa donde esa doncella vive con su madre, que se dice es una antigua vendedora de arenques, mediante un escudo de cien sueldos, me lo ha contado todo. Esta noche, al volver, tendré con mi señor hijo una seria explicación.

—¡Amigo mío —dijo teatralmente la señora Minard—, te lo suplico, nada de resoluciones violentas!

—Ten cuidado —añadió Minard—. Aquí estamos a la vista de todos. En cuanto a resoluciones, no he adoptado ninguna; acabo de pedir al abate Gondrin que se sirva tener la amabilidad de ayudarme con sus consejos, porque, ya lo ves, de los curas no se hace el menor caso, son despreciados cuando todo va viento en popa, pero cuando la adversidad cae sobre uno...

—Creo, amigo mío, que tomas la cosa demasiado en serio; es necesario que la juventud se manifieste.

—Sí —convino Minard—, pero hay cosas por las cuales yo no sabría pasar. Un hijo de familia en manos de semejantes mujeres, es el deshonor, la ruina, que entra en una casa. ¡Tú no sabes, Zélie, lo que son las artistas! Son Frinés de la especie más peligrosa, y basta que un joven pertenezca a la burguesía para que se tomen un interés particular en arruinarle. Pretenden que nuestro dinero, el de los comerciantes, es dinero robado, que somos tenderos de ultramarinos, falsificadores, y al hurgar y limpiar nuestros bolsillos lo llaman restituir lo mal adquirido. ¡Qué desgracia que no sepa ahora donde encontrar a la señora condesa de Godollo, una mujer de mundo tan experimentada! Hubiera asido muy útil consultar con ella.

Súbitamente, una espantosa batahola vino a poner fin a este aparte conyugal. Abalanzándose al comedor, de donde había procedido un estrépito de muebles volcados y de vajilla destrozada, Brígida halló a Colleville ocupado en ajustarse la corbata y en asegurarse que su traje, cruelmente deformado a la altura del cuello, no llevaba desgarrones que exteriorizaran signos de violencia.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Brígida.

—Ese viejo loco estará rabioso... —respondió Colleville—. Había venido a

degustar mi café en su compañía, ha comprendido mal una broma, y se ha exaltado al punto de agarrarme por el cuello, derribando en su forcejeo dos o tres sillas y una bandeja de vasos traída por Josefina, que no se ha apartado a tiempo.

—Porque vos le habéis fastidiado —dijo Brígida con humor—. ¿No podíais quedaros en el salón, en vez de venir aquí a hacer lo que llamáis vuestras parodias? ¡Creeis estar siempre en la orquesta de la Ópera Cómica!

Lanzadas estas agrias palabras, como mujer resuelta, viendo que era preciso desembarazarse de aquel viejo feroz que amenazaba con arrasar su casa, Brígida se aproximó al padre Picot, quien estaba ocupado tranquilamente en quemar aguardiente en un platillo.

—¡Señor! —le gritó con toda la fuerza de sus pulmones, como si hubiese hablado a un sordo (le parecía que debía ser interpelado de la misma manera un ciego). —Vengo a deciros una cosa que os contrariará: el señor Phellion y su esposa acaban de entrar en este momento, y me anuncian que Félix no vendrá.

Y, sirviéndose de la versión que había utilizado Minard padre con respecto a su hijo, añadió:

—Ha atrapado un mal de garganta y una ronquera esta noche.

—¡Qué los ha ganado en la lectura de la memorial! —exclamó con aire jubiloso el viejo profesor—. ¡Justicia, pura justicia!... Señora, ¿dónde adquirís vuestro aguardiente?

—En casa de mi abacero —respondió Brígida, estupefacta por la pregunta.

—Bien, señora, os debo esta confesión: en una casa donde se bebe un excelente champán, que me recuerda el que antaño saboreaba yo a la mesa del rector de la Universidad, el finado señor de Fontanes, resulta una vergüenza tener un aguardiente así. Os lo digo con la franqueza que me caracteriza en todo... este brebaje sólo sirve para lavar las patas de los caballos; y de no haber tenido yo la precaución de quemarlo...

—«¡Es el diablo en persona! —se dijo Brígida—. ¡Ni siquiera una excusa por los destrozos que acaba de causar» y *jorobar* aún mi aguardiente!«... Señor —prosiguió con el mismo tono elevado de voz—, ¿no creéis que al no venir Félix, vuestra familia podría inquietarse por tan larga ausencia?

—En cuanto a familia, señora, no la tengo, en vista de que quiere incapacitarme; pero desde luego mi gobernanta, la señora Lambert, debe estar, en efecto, asombrada de no haberme visto volver a casa ya a la hora que es, y no deseo otra cosa sino ir a su lado, pues cuanto más tarde llegue, tanto más violenta será la escena. Pero os confieso que en este barrio perdido me resultará algo difícil apañármelas.

—Bien, eso se soluciona tomando un coche...

—Coche para ir, coche para volver... Seguro que mis excelentes parientes tendrán derecho a considerarme pródigo.

—Precisamente tengo un recado urgente que hacer en vuestro barrio —dijo Brígida, quien vio que era forzoso decidirse a un sacrificio—. Iba a enviar a mi

portero con un cabriolé... si quisierais aprovechar la ocasión...

—Acepto, señora —respondió el viejo profesor levantándose— y, en caso necesario, vos atestiguaríais ante mis jueces que me habéis visto cicatear una carrera en coche de punto.

—Enrique —dijo Brígida a su criado—, conduce al señor a casa de Pascal, el portero, y dile que al mismo tiempo que hace el recado que le encargué, tenga buen cuidado de dejar al señor en su puerta.

—¡Buen cuidado, buen cuidado! —repitió el viejo rehusando el brazo del criado—. ¿Acaso me tomáis, señora, por un paquete o por una pieza de porcelana cascada?

Al ver a su hombre en la puerta, Brígida se permitió trastearlo un poco.

—Lo que digo, señor, es por vuestro bien; y me permitiréis que os haga observar que no tenéis un carácter muy suave.

—¡Buen cuidado! —repitió el viejo— ¿Es que acaso ignoráis, señora, que con semejantes palabras se incapacita a un hombre? Por lo demás, no responderé con groserías a la hospitalidad tan acogedora que me ha sido dispensada, sobre todo pensando que he puesto convenientemente en su sitio a ese señor que quiso faltarme.

—¡Ea, márchate de una vez, vieja bestia! —dijo Brígida cerrando la puerta a su espalda.

Antes de volver al salón, vióse obligada a beber un gran vaso de agua; la tensión a que fue sometida para acabar con aquel peligroso huésped, le había, según su expresión, *revuelto* por completo.

XVIII

ECLIPSE DE NOTARIO

Al día siguiente por la mañana, Minard padre se hizo anunciar en el despacho de Phellion. El gran ciudadano y su hijo se hallaban en aquellos momentos embargados por un interés que parecía apasionar su conversación.

—Mi querido Félix —exclamó el alcalde del distrito XI, dando acaloradamente la mano al joven profesor—, sois vos quien me hace venir aquí esta mañana; venga a ofreceros mis felicitaciones.

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó Phellion—, ¿Se decidirán por fin los Thuillier...?

—Se trata, en efecto, de los Thuillier —interrumpió el alcalde—. Pero —añadió mirando a Félix—, ¿es que hasta a vos os habrá ocultado el zorro...?

—No creo que mi hijo me haya ocultado nunca nada —dijo el gran ciudadano.

—¿Así que conocíais el sublime descubrimiento astronómico que comunicó ayer

a la Academia de Ciencias?

—Vuestra benevolencia para mí, señor alcaide —dijo vivamente Félix— os ha inducido a error. Yo solamente fui el lector y no el autor de la memoria.

—¡Bah, bah, el lector! —repuso Minard—. Todo se sabe.

—Ved —añadió Félix, presentando a Minard el *Constitucional*—, ved el periódico; no solamente anuncia que el señor Picot es el autor del descubrimiento, sino que menciona las recompensas que, sin pérdida de un momento, le ha otorgado el gobierno.

—Félix tiene razón —observó Phellion—. El periódico da fe, y yo creo que en esa ocasión el gobierno se ha mostrado de la manera conveniente.

—Pero, mi querido comandante, os repito que todo el asunto está divulgado, y vuestro hijo no sale de él sino como mozo más admirable aún. Llevar al haber de su viejo profesor su descubrimiento, a fin de atraer sobre él los favores del poder... no se conoció rasgo más bello en toda la antigüedad.

—¡Félix! —exclamó el padre, con un asomo de emoción—. Esos inmensos trabajos a los que te entregabas desde hace algún tiempo, esas continuas visitas al Observatorio...

—No, padre... el señor Minard ha sido mal informado.

—¡Mal informado —repitió Minard—, cuando sé todo el asunto por el propio señor Picot!

Ante este argumento, lanzado de manera que no dejaba una sombra de duda tras sí, acabó de aparecer la verdad en el espíritu de Phellion.

—¡Félix, hijo mío! —exclamó, levantándose para abrazar a su hijo.

Pero en seguida se vio obligado a volverse a sentar: sus piernas se negaron a sostenerle, tomóse pálido, y su naturaleza de ordinario tan impasible, pareció a punto de sucumbir ante el asalto de aquella felicidad que acababa de abatirse sobre ella.

—¡Dios mío! —dijo espantado Félix—. Se encuentra mal; haced sonar la campanilla, por favor, señor Minard.

Y al mismo tiempo corrió junto al viejo para aflojarle rápidamente la corbata y desabrocharle el cuello de la camisa, dándole luego palmadas en las manos. No obstante el desfallecimiento apenas duró lo que un relámpago; vuelto casi al instante en sí, Phellion atrajo a su hijo junto a su corazón, y teniéndolo abrazado largo rato, dijo con voz entrecortada por las lágrimas que pusieron fin a la crisis de alegría:

—¡Félix, mi noble hijo! —repetía—. ¡Tú, tan grande por el corazón como por el espíritu!

El campanillazo que había dado Minard fue tan sonoramente magistral, que toda la casa se puso en movimiento.

—No es nada, no es nada —dijo Phellion a los criados, despidiéndolos.

Sin embargo, casi en el mismo momento, al ver entrar a su mujer, recobró su habitual solemnidad.

—Señora Phellion —dijo señalándole a Félix—. ¿Cuántos años hace que pusisteis

en el mundo a este joven?

La señora Phellion, estupefacta por la pregunta, vaciló un instante y acabó por responder:

—Hará veinticinco años el próximo mes de enero.

—¿No creéis —continuó Phellion—, que Dios acogió propiciamente hasta ahora vuestros deseos maternales, permitiendo que el fruto de vuestras entrañas fuese un hombre honrado y un hijo piadoso, dotado además para las matemáticas, la ciencia de las ciencias, de una aptitud bastante distinguida?

—Sin duda —dijo la señora Phellion, comprendiendo cada vez menos adonde quería ir a parar su marido.

—Pues bien —continuó Phellion—. Debéis al cielo un suplemento de acciones de gracias, pues ha permitido que fueseis la madre de un hombre genial; esos trabajos que hemos calumniado y que nos hacían temer por la razón de nuestro querido hijo, constituían el camino duro y escarpado por el cual se llega a la gloria.

—Ah, si —dijo la señora Phellion— ¿llegará pronto el momento en que hagas que te comprendan?

—Vuestro señor hijo —terció Minard, midiendo mejor esta vez la alegría que iba a verter, por medio a ser objeto de una nueva embriaguez de felicidad—, acaba de realizar un importante descubrimiento astronómico.

—¿De veras? —preguntó la señora Phellion, yendo hacia Félix, tomándole ambas manos y mirándole con amor.

—Cuando digo importante —continuó Minard—, guardo atención a vuestra susceptibilidad maternal: es un descubrimiento sublime, aturdidor, en una palabra. No tiene más que veinticinco años y su nombre ya es inmortal desde ahora.

—¡He aquí el hombre —exclamó la señora Phellion arre-hatada y abrazando a Félix con efusión—, ante el que se prefiere a un La Peyrade!

—No se le prefiere, señora —aseguró Minard—, pues los Thuillier no se dejan embaucar por ese intrigante; pero él se impone. Thuillier se ha imaginado que sin él no podía llegar a diputado, la cual, por lo demás, no la tiene aún, y se sacrifica todo a ese interés.

—¡Pero es horrible —dijo la señora Phellion— anteponer una ambición a la felicidad de los hijos!

—¡Ah! —objetó Minard—. Céleste no es suya, sino únicamente su hija adoptiva.

—Por parte de Brígida —arguyó la señora Phellion—. Pero, ¿y de parte del *bello Thuillier*?

—Mi buena amiga —repuso Phellion—, nada de acritud; Dios, en su bondad, acaba de enviarnos un gran consuelo; y en fin, aunque muy avanzado ese casamiento, ante el cual tengo el sentimiento de decir que Félix no se conduce con toda la filosofía deseable, todavía puede no llegar a celebrarse.

Y al ver que Félix meneaba la cabeza con aire de incredulidad, Minard añadió:

—En efecto, el comandante tiene razón; ayer noche, en la firma del contrato hubo

un atasco. Verdad es que vosotros no vinisteis; se notó mucho vuestra ausencia.

—Estábamos invitados —dijo Phellion—, y hasta el último momento vacilamos si iríamos; pero ya comprenderéis que nuestra situación era falsa, y además Félix, lo cual me explico ahora, pues había leído por su cuenta en la Academia, estaba destrozado por la emoción y la fatiga. Presentamos sin él hubiera sido desairado, por lo que seguimos el consejo del sabio y tomamos la determinación de abstenernos.

La vecindad del hombre al que acababa de declarar inmortal, no impidió a Minard, en cuanto se le dio ocasión, precipitarse ávidamente sobre uno de los goces más apreciados de la vida burguesa: la chismorrería y la propalación de noticias.

—Figuraos —dijo por consiguiente—, que ayer, en casa de Thuillier ocurrió un mundo de cosas a cual más extraordinarias.

Y acto seguido contó todo el curioso episodio del padre Picot, hablando seguidamente de la calurosa aprobación dada por el abate Gondrin a la conducta de Félix, y del deseo que el joven predicador había manifestado de conocerle.

—Iré a verle —afirmó Félix—. ¿Sabéis dónde vive?

—En la calle de la Madeleine, 8, —respondió Minard—. Hace un momento acabo de salir de allí, pues tenía que exponerle un caso sumamente delicado, y he de decir que sus consejos han sido tan caritativos como luminosos; pero el gran acontecimiento de la velada, fue toda una distinguida sociedad reunida para escuchar la lectura del contrato, y el notario, tras haberse hecho esperar más de una hora larga, terminó por no venir.

—¿Entonces no ha sido firmado el contrato? —preguntó vivamente Félix.

—Ni siquiera leído, amigo mío; de repente se anunció que el notario había partido para Bruselas.

—¿Debido sin duda a un asunto de gran importancia? —insinuó ingenuamente Phellion.

—De la mayor, en efecto —respondió Minard—. Una ligera bancarrota de quinientos mil francos que deja tras sí ese señor.

—¿Quién es ese escribano público que falta de manera tan escandalosa a los santos deberes de su profesión?

—¡Pardiez! Vuestro vecino de la calle Saint-Jacques, el notario Dupuis.

—¡Cómo! —se asombró la señora Phellion—. ¡Un hombre tan devoto, que era mayordomo de la parroquia!

—Esos, señora, son precisamente los que más corren... Hay precedentes —dijo Minard.

—Pero —objetó Phellion— esa noticia lanzada en medio de una reunión privada ha debido causar el efecto de un rayo...

—Tanto más cuanto que llegó de la manera más inesperada y singular —afirmó Minard.

—Contad, contad —dijo la señora Phellion animándose.

—Parece ser —prosiguió Minard—, que ese virtuoso fullero tenía las economías

de gran número de sirvientes, y que el señor La Peyrade (pues todos esos devotos forman una pandilla), se encargaba de reclutarle capitales en este mundo.

—Siempre había dicho yo —interrumpió la señora Phellion—, que ese provenzal era un don nadie.

—Sobre todo —prosiguió el alcalde—, había colocado en casa del señor Dupuis, y por cuenta de una vieja gobernanta, una beatona también, cierta pequeña suma que a fe mía valía la pena: veinticinco mil francos, si os place... Esta gobernanta, llamada señora Lambert...

—¡Señora Lambert! —interrumpió a su vez Félix—. ¡Pero si es la gobernanta del señor Picot!... ¿Una señora con gorro estrecho, el rostro pálido y flaco, que habla siempre con los ojos bajos y no mostrando señal de cabello?

—La misma que viste y calza —contestó Minard—. Una verdadera figura de gazmoña.

—¡Veinticinco mil francos de economías! —repitió Félix—. ¡No me extraña que el pobre padre Picot ande siempre en apuros!...

—Y que haya de inmiscuirse en la venta de sus libros... —dijo finamente Minard—. Sea lo que fuere, os podéis imaginar que al enterarse de la fuga del notario esa mujer no se anduvo por las ramas. Corrió al domicilio de La Peyrade, donde le dijeron que cenaba y pasaba la velada en casa de los Thuillier, cuya dirección no le dieron bien, de manera que después de haber corrido de aquí para allá toda la tarde, cuando a eso de las diez, y después de un tiempo infinito, se estaba en el salón mirándose el blanco de los ojos, sin saber qué decir ni qué hacer, pues ni Brígida ni Thuillier son personas que sepan salir de un mal paso, y no teniendo nosotros para entretener la espera ni la voz de la señora de Godollo ni el talento de la de Phellion...

—¡Oh! Sois demasiado atento, señor alcalde —dijo melindrosamente la señora Phellion.

—En fin —prosiguió Minard—, hacia las diez, la señora Lambert llega hasta la antecámara del señor consejero general y con precaución solicita hablar al señor abogado.

—Era natural —observó Phellion—. Como intermediaria de la colocación de los fondos, esa mujer tenía derecho a pedir cuentas.

—¡Vais a ver al tartufo! —continuó Minard—. Saliendo al instante, vuelve trayendo la noticia. Como todo el mundo no deseaba sino marcharse, fue un sálvese-quien-pueda general. Y entonces, ¿qué hace nuestro hombre? Vuelve al lado de la señora Lambert, a la que ha dejado en la antecámara, y como la buena mujer no cesa de clamar que está arruinada, que está perdida, lo cual bien podía ser de su propia cosecha, pero también una escena preparada con el otro, el señor redactor jefe de *El Eco del Castor* declara solemnemente en presencia de la sociedad detenida por los clamores de la sirvienta: «Tranquilizaos, buena mujer; la imposición se ha hecho de acuerdo con vos, por consiguiente no os debo nada; mas basta que ese dinero haya pasado por mis manos para que mi conciencia me diga que soy responsable, y si no

recibís la liquidación del notario, seré yo quien os pagará.»

—Eso es —dijo Phellion—. Tal era mi opinión hace un momento: el intermediario debe responder. Yo no habría vacilado en hacer lo que ha hecho La Peyrade, y no creo que por tal conducta pueda tachársele de jesuitismo.

—Vos lo hubieseis hecho —repuso Minard—, y yo también; pero nosotros no lo habríamos anunciado a bombo y platillo, y hubiésemos pagado con nuestro dinero, como verdaderos caballeros. Pero ese agente electoral, ¿con qué pagará? ¡Con la dote!

En este momento entró un criadito, entregando una carta a Félix Phellion. Era del padre Picot, escrita a su dictado por la mano de la señora Lambert, por lo que no reproducimos la ortografía.

La escritura de la señora Lambert era de las que no se olvidan, una vez que os al han pasado por la vista. Reconociéndola al punto, Félix dijo:

—Es una carta del señor profesor.

Y, antes de abrirla, añadió:

—¿Permitís, señor alcalde?

—Debe ponerlos de vuelta y media —advirtió Minard—. Jamás vi nada tan cómico como su cólera de ayer noche.

Durante su lectura, Félix sonreía; y una vez hubo terminado, pasó la epístola a su padre, diciéndole:

—Podéis leerla en voz alta.

Y con su voz solemne, Phellion padre leyó:

«Mi querido Félix: acabo de recibir tu billete, el cual ha llegado muy a propósito, pues estaba muy enfadado contigo. Me dices que haciéndote culpable del abuso de confianza, sobre el que me proponía tener una enérgica explicación contigo, te ha guiado sobre todo una intención, que es al de mortificar a mi familia, demostrándole que un hombre capaz de los cálculos harto complicados que ha necesitado tu descubrimiento, no era para incapacitar ni pora colgársele el sambenito de un consejo judicial. Este argumento me complace, y responde bien al infame proceso, por lo que te alabo el haber tenido la idea. Pero me vendes un poco caro ese argumento, haciéndome compadre y compañero de una estrella cuyo trato bien sabes que no podía convenirme en absoluto. No es a mi edad, y después de haber resuelto el problema del *movimiento continuo* cuando uno se ocupa de semejantes fruslerías; eso está bien para boquirubios y principiantes como tú; y es lo que me he permitido ir a decir esta misma mañana al señor ministro de Instrucción Pública, por quien, ante todo, he sido recibido con la más perfecta amabilidad. Le he instado a examinar detenidamente si, habiéndose equivocado de dirección, no debía recoger su cruz y su pensión, aun cuando yo las hubiese merecido ciertamente por otra parte.

—«El gobierno, me ha respondido el ministro, no acostumbra a equivocarse; lo que hace, está siempre bien hecho, y no se anula un decreto firmado por Su Majestad;

bellos trabajos os han hecho merecedor a los dos favores que el rey os otorga, y es una deuda ya antigua la que tengo el placer de saldar en su nombre.

—»Pero, ¿y Félix?, repliqué a estas palabras ya que, en fin, para un joven no está nada mal ese descubrimiento.

»—Félix Phellion, me respondió a su vez el ministro, recibirá hoy su nombramiento de caballero de la Legión de Honor; esta misma mañana haré que firme el rey el decreto. Además, en estos momentos hay un puesto vacante en la Academia de Ciencias, y si vos no lo pretendéis...

»—¡Yo a la Academia!, le interrumpí con la franqueza de palabra que me conoces; las execro a todas, lo mismo que a los académicos: son hornos, congregaciones de perezosos, tiendas donde hay un gran rótulo y nada que vender...

»—En ese caso, ha dicho el ministro sonriendo, creo que en la primera elección Félix Phellion tiene todas las probabilidades, y en este número cuento con la influencia del gobierno, que de antemano le está reservada en la proporción que sea leal y legítima.

»He aquí, mi pobre muchacho, todo lo que he podido hacer para recompensar tu buena intención y demostrarte que no te tenía inquina. Creo que en efecto los parientes se van a quedar con un palmo de narices. Ve a hablar de todo esto hoy, hacia las cuatro, pues yo no ceno, al día siguiente, de la manera que lo vi hacer ayer en una casa donde tuve la ocasión de hablar de tus talentos de manera bastante cumplida. La señora Lambert, que está más en su ambiente con las cacerolas que con la pluma en la mano, se esmerará, y aunque sea hoy viernes, del cual jamás me dispensa, nos promete hacer una comida de vigilia digna de un arzobispo, acompañada de media botella de excelente champán, que en caso necesario se repetirá, para regar las condecoraciones.

»Tu viejo profesor y amigo,

»PICOT

»Caballero de la Legión de Honor.

»P. D. ¿Y si pudieras obtener de tu respetable madre que te confíe un frasquito de ese viejo y excelente coñac que me regalaste hace algún tiempo? No me queda ya ni una gota, y ayer lo bebí de una clase que no servía más que para lavar las patas de los caballos, cosa que no me privé decírselo bien claramente a la encantadora Hébé que me lo escanciaba.»

—Desde luego lo tendrá —aseguró la señora Phellion—. Y no un frasquito, sino un litro entero.

—Y yo —añadió Minard—, que me precio también de tener un aguardiente de calidad, le enviaré algunas botellas; mas no le diréis de parte de quien, señor caballero, que, espero aceptaréis escogerme por padrino, pues no se sabe nunca la manera en que ese hombre singular tomará una cosa.

—Mujer —dijo de pronto Phellion padre—, ¡Una corbata blanca y mi traje negro!

—¿Dónde quieres ir? ¿A visitar al ministro, para darle las gracias?

—Tráeme, te digo, esas prendas de vestir; he de hacer una visita importante, y el señor alcalde tendrá a bien excusarme.

—Yo he de irme también —respondió Minard—, pues tengo que ocuparme de un asunto relativo a mi hijo, quien no ha descubierto ninguna estrella.

Vanamente interrogado por Félix y su mujer, Phellion acabó de vestirse, se puso un par de guantes blancos, envió a buscar un coche y, al cabo de un cuarto de hora, se hacía anunciar en casa de Brígida, a quien encontró presidiendo la colocación en su sitio de la porcelana y platería de gala que habían sido utilizadas la víspera.

Abandonó esta ocupación para recibir a su visitante. Una vez sentados ambos, la solterona dijo:

—Bueno, papá Phellion, ayer nos fallasteis. Por lo demás, tuvisteis el olfato más fino que los otros, ¿Sabéis la jugada que nos ha hecho el notario?

—Lo sé todo —respondió Phellion—, y precisamente debido al respiro dado por este imprevisto a la ejecución de vuestros proyectos, tomaré pie para la importante conversación que he deseado sostener con vos. En ocasiones la Providencia parece complacerse en contrarrestar nuestros planes mejor combinados; a veces también, por los obstáculos que pone en nuestro camino, parece querer indicarnos que estamos equivocados, y nos invita a reflexionar mejor.

—¡La Providencia, la Providencia! —repitió Brígida con: cierta aspereza—. Ella tiene otras cosas que hacer para ocuparse de nosotros.

—Es una opinión —respondió Phellion—; pero yo estoy acostumbrado a ver su intervención tanto en las cosas pequeñas como en las grandes, y ciertamente que si ella hubiese permitido ayer que vuestros compromisos con el señor de La Peyrade hubiesen comenzado a ejecutarse, no me veríais en estos momentos en vuestra casa.

—¿Crees entonces —objetó Brígida— que no puede celebrarse un casamiento porque falte un notario? Sin embargo, se dice que el convento no huelga por falta de un monje.

—Estimada señorita —prosiguió el gran ciudadano—, me haréis la justicia de reconocer que, tanto mi mujer como yo, jamás hemos intentado influir en vuestras decisiones; hemos dejado amarse a nuestros jóvenes sin saber demasiado adonde podía llevar esa inclinación...

—A producirles dolores de cabeza —interrumpió Brígida—. Para eso sirve el amor, y por este motivo yo me he privado siempre de él.

—Lo que decís —prosiguió Phellion—, es verdad sobre todo para mi desgraciado hijo, ya que a pesar de las nobles distracciones con que ha intentado paliar su dolor, hoy se halla tan miserablemente vencido por él, que esta mañana, a pesar del hermoso triunfo que acaba de obtener, me hablaba de emprender un viaje de circunnavegación en derredor del mundo, desatino que le hubiese tenido ausente por lo menos tres años, eso en el caso de que escapara a los peligros de un recorrido tan prolongado.

—Pues me parece —argüyó Brígida— que acaso no estaba tan mal pensada la cosa; hubiera vuelto consolado, tras haber descubierto probablemente otras tres o cuatro estrellas.

—Con la actual nos basta —dijo Phellion, con un redoblamiento de su habitual gravedad—, y es por el beneficio de este resultado, que acaba de situar su nombre a tan gran altura en el mundo científico, por el que tengo la fatuidad de atravesarme a deciros a quemarropa: Vengo, señorita, a pedirlos para mi hijo Félix Phellion, que la ama y es correspondido, la mano de la señorita Céleste Colleville.

—Pero, padrecito —respondió Brígida—, ya es demasiado tarde; pensad que estamos *diametralmente* comprometidos con La Peyrade.

—Nunca, como se dice, es tarde para hacer bien, y ayer hubiera sido demasiado pronto para que osara presentarme. Mi hijo, teniendo que compensar la diferencia de fortunas, no hubiese podido responderos: «Si Céleste, por vuestra generosidad, tiene una dote a la cual está bien lejos de equivaler la mía, yo tengo el honor de ser miembro de la real Orden de la Legión de Honor, y dentro de poco, según todos los indicios, lo seré de la Real Academia de Ciencias, una de las cinco del Instituto.

—Ciertamente —convino Brígida—, Félix se convierte en un bonito partido, pero nosotros hemos dado nuestra promesa a La Peyrade, ambos se hallan ya inscritos en la alcaldía, y sin una circunstancia extraordinaria, será extendido el contrato; él se ocupa de la elección de Thuillier, que tiene ya muy bien encauzada y en marcha; tenemos capitales comprometidos con él en el negocio del periódico... por lo tanto, aunque quisiéramos, nos es imposible desembarazarnos de nuestra promesa.

—¿Así que —dijo Phellion—, en una de esas raras circunstancias en que la razón y la inclinación se hallan reunidas, creéis deber ceder el paso a la cuestión de los intereses? Céleste, lo sabemos, no siente ningún entusiasmo por el señor de La Peyrade. Educada con Félix...

—¡Educada con Félix! —interrumpió Brígida—. Pudo escoger entre el señor de La Peyrade y vuestro hijo, pues así es como la violentamos, y no ha querido a Félix, cuyo ateísmo es bien conocido.

—Os equivocáis, señorita, mi hijo no es ateo, pues el propio Voltaire dudaba que hubiese ateos, y no más tarde que ayer, en esta misma casa, un eclesiástico tan recomendable por su talento como por sus virtudes, haciendo un magnífico elogio de Félix, manifestó el deseo de trabar relación con él.

—¡Pardiez! ¡Para convertirlo! —replicó Brígida—. Pero en cuanto al asunto del matrimonio, siento deciros que ya es tarde. Jamás renunciará Thuillier a su La Peyrade.

—Señorita —dijo Phellion levantándose—, no experimento ninguna especie de humillación por la inútil gestión que acabo de hacer, la cual ni siquiera os pido mantengáis en secreto, ya que yo seré el primero en contarla a todos mis conocidos y amigos.

—¡Contadla a quien lo deseéis, buen hombre! —respondió Brígida con amargura

—. ¿Acaso creéis que porque vuestro señor hijo ha descubierto una estrella, si es efectivamente él quien la ha descubierta *» no ese viejo a quien ha recompensado el gobierno, es preciso desposarle con una de las hijas del rey de los franceses?

—Acabemos —dijo Phellion— Podría responderos que, sin despreciar a los Thuillier, los Orleáns me parecen de una ilustración algo superior. Pero no quiero introducir la acritud en la conversación y, rogándoos que recibáis el testimonio de mi humilde respeto, me retiro.

Y dicho esto, salió majestuosamente, dejando a Brígida, bajo el golpe de su comparación lanzada *in extremis*, a la manera de los Partos, de un humor tanto más insoportable, cuanto que ya, la víspera por la noche, la señora Thuillier, una vez se hubieron retirado todos sus invitados, había tenido la increíble audacia de pronunciar unas cuantas palabras en favor de Félix. Huelga decir que la ilota había sido rudamente maltratada, incitándosela a no meterse en lo que no la concernía. Sin embargo tal voluntariosa tentativa en su cuñada, había ya dispuesto muy mal a la solterona, y Phellion, al reincidir en el mismo tema, no podía sino exasperarla vivamente. Josefina la cocinera y el criado *varón* fueron la cabeza de turco de la escena que acababa de dar fin; Brígida halló que en su ausencia todo había sido colocado al revés, y poniendo ella misma la mano en la mesa, con riesgo de romperse el cuello, se encaramó a una silla, a fin de poder alcanzar los anaqueles más altos del armario donde se guardaba cuidadosamente y bajo llave su porcelana de las grades solemnidades.

XIX

UNA JORNADA TORMENTOSA

Aquel día, que tan mal comenzaba para Brígida, fue sin discusión uno de los más colmados y borrascosos de este relato.

Para ser un fiel y exacto historiador de aquella jornada, debemos recapitular desde las seis de la mañana, hora en que veremos a la señora Thuillier yendo a la Madeleine a oír la misa que tenía por costumbre celebrar a aquella hora tan temprana el abate Gondrin, y aproximarse luego al comulgatorio, viático que jamás dejan de proporcionarse las almas pías cuando han de tomar una gran resolución.

A las ocho, veremos a Minard padre llegando a casa del joven vicario, tal como se le había permitido la víspera, para depositar en el seno del hábil y consolador casuista sus pesares paternos.

El abate Gondrin le reprochó suavemente el haber dado a su hijo una de esas carreras que, revestida de un título que da la ilusión de una vida laboriosa, hace que la ociosidad pueda arrastrar a todas las locuras: los abogados sin causas y los médicos

sin enfermos, cuando no tienen un céntimo, son el seminario donde se recluta el espíritu de revolución y desorden; por el contrario, cuando son ricos, hacen como la joven aristocracia que, no habiendo conservado de todos sus privilegios perdidos más que el derecho al *far niente*, concede a la cría de caballos de carrera y a las artistas casi todo el tiempo libre de su existencia inútil y desocupada.

En el caso particular, los partidos violentos hacia los cuales parecía inclinarse el señor alcalde del distrito XI. eran puras quimeras. No hay ya un Saint-Lazare para uso de al juventud desordenada, y no se hace ya propaganda de las Manon Lescauts con destino a América. El abate Gondrin, por consiguiente, fue de la opinión que Minard padre tratase de arreglarlo todo con un sacrificio: era preciso dotar y casar a la sirena; la moral quedaba así satisfecha por partida doble. En cuanto a encargarse de proveer a esta solución, el joven vicario no mostró prisa alguna: él era demasiado joven para esta especie de diplomacia, en la que el escándalo puede deslizarse tan fácilmente al lado del pensamiento del bien. Puesto que la muchacha tenía una madre, Minard podría ver a esta mujer y entablar con ella la negociación.

Hacia mediodía, el abate Gondrin recibió la visita de la señora Thuillier acompañada de Céleste. La pobre muchacha deseaba un poco de desarrollo a las palabras por las cuales la víspera, en el salón de Brígida, la boca elocuente del sacerdote había caucionado la salvación de Félix Phellion. A la joven teóloga parecía muy extraño que, sin haber sido nunca practicante religioso, se pudiera ser recibido en gracia por la justicia divina, pues en suma el anatema es formal: «Fuera de la Iglesia, no hay salud.»

—Mi estimada muchacha —dijo el abate Gondrin—, comprended mejor esa frase que parece inexorable: es más bien una palabra de glorificación para aquellos que tienen la dicha de vivir en el seno de nuestra Santa Madre Iglesia, que una maldición contra quienes tienen la desgracia de estar separados de ella. Dios ve el fondo de los corazones y distingue a sus elogios; y es tan grande el tesoro de su bondad, que a nadie ha sido dado el poder medir sus riquezas y su munificencia. ¿Quién pues se atrevería a decir a Dios, a ese Ser Infinito: «Serás hasta ese punto generoso y magnífico?» Jesucristo perdonó a la mujer adúltera, y sobre el instrumento del suplicio, prometió el cielo al buen ladrón, para demostrarnos que será hecho, no según los juicios humanos, sino según su sabiduría y su misericordia. Uno que se crea cristiano a los ojos de Dios, no por ello no es menos idólatra; y otro que sea considerado como pagano, es cristiano sin saberlo, por sus sentimiento y sus acciones. Nuestra santa religión tiene de divino, que toda generosidad, toda grandeza, todo heroísmo, no son sino la práctica de sus preceptos. Ayer se lo decía al señor de La Peyrade: las almas puras, en un momento dado, son la conquista inevitable; no se trata de concederles crédito; es una confianza que produce grandes intereses y, además, nos la ordena la caridad.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Céleste—. ¡Haber sabido eso tan tarde, yo, que pudiendo escoger entre Félix Phellion y el señor de La Peyrade, no me he atrevido a

seguir el impulso de mi corazón!... Señor abate, ¿no podríais hablar vos a mi madre? ¡Es tan escuchada vuestra palabra!

—Es imposible, hija mía —respondió el vicario—. Si me estuviera confiada la dirección de la conciencia de la señora Colleville, acaso lo intentaría, ¡Pero somos acusados tan a menudo de inmiscuimos imprudentemente en los intereses de las familias! Podéis estar segura que mi intervención aquí, sin autoridad ni carácter, perjudicaría más que serviría. Es a vos y a quienes os quieren —añadió lanzando una mirada a la señora Thuillier—, a quienes toca ver si pueden ser modificadas en el sentido de vuestros deseos disposiciones que, por lo demás, están ya muy avanzadas.

Estaba escrito que la pobre muchacha bebería hasta las heces el cáliz que ella misma se había preparado con su intolerancia. Cuando acababa el abate su discurso, vino a preguntarle su vieja ama si podía recibir a Félix Phellion. Así, como la Constitución de 1830, la mentira oficiosa de la señora de Godollo se convertía en verdad.

—Pasad por aquí —dijo con presteza el vicario, conduciendo a sus dos penitentes por un pasillo reservado.

La vida tiene lances tan singulares, que a veces el mismo procedimiento puede aplicarse a la cortesana y al hombre de Dios.

—Señor abate —dijo Félix al joven vicario en cuanto estuvieron reunidos—, me he enterado de la benévola manera con que tuvisteis a bien hablar de mí ayer noche en el salón del señor Thuillier, y me habría apresurado a venir a expresaros mi gratitud, aun cuando no me trajera a vos otro interés.

El abate Gondrin pasó rápidamente por los cumplidos, a fin de saber en qué podía ser útil.

—Con una intención que quiero creer caritativa —respondió el joven sabio—, se os ha hablado ayer del estado de mi alma. Los que en ella leen tan corrientemente, saben más que yo de mi fuero interno, ya que, desde hace algunos días, me siento animado de movimientos inexorables y desconocidos. Jamás había dudado de Dios, pero, al contacto con ese infinito, en el que ha permitido que mi pensamiento fuese a seguir la huella de una de sus obras, parece como si hubiese recogido de él una noción menos confusa y más inmediata, y me pregunto si una vida recta y honrada es el único homenaje que su omnipotencia debe esperar de mí. Sin embargo, innumerables objeciones se elevan en mi espíritu contra el culto del cual sois ministro y, no obstante ser sensible a la belleza de su forma exterior, mi razón se halla inquieta con respecto a muchas de sus prescripciones y de sus prácticas. Hubiera pagado caro, acaso con la felicidad de toda mi vida, la tibieza y el retraso que he puesto en buscar la solución de estas dudas. He decidido ver el fondo. Nadie mejor que vos, señor abate, se halla en estado de resolvérmelas y deseo que me aconsejéis, indicándome por medio de qué lecturas, aparte de las horas que quisierais consagrarme a algunos coloquios, podría yo continuar la búsqueda de la luz. Es un alma cruelmente afligida la que a vos se dirige. ¿No es ésa una buena reparación para recibir la simiente de

vuestra palabra?

El abate Gordin hizo protestas de la alegría con que, no obstante su insuficiencia, trataría de responder a los escrúpulos de conciencia del joven sabio, y tras haber solicitado un lugar en su amistad, le invitó a leer, antes que nada, los *Pensamientos* de Pascal. Una afinidad natural debería, por parte de la geometría, hallarse entre el espíritu del pensador y el del joven matemático.

Mientras se desarrollaba esta escena, a la cual la elevación de los intereses tratados y la altura moral e intelectual de los personajes comunicaban un carácter de grandeza que, como todos los aspectos reposados y tranquilos, es más fácil comprender que reproducir, la agria discordia, enfermedad crónica de las familias burguesas, donde la pequeñez de los espíritus y las pasiones les deja siempre un acceso tan grande, había venido a abatirse sobre la casa Thuillier.

Encaramada sobre su silla, con los cabellos en desorden y manos y rostro polvorientos, Brígida, blandiendo un plumero, sacudía uno de los tableros del armario donde estaba ocupada en reintegrar su biblioteca de platos, fuentes y salseras, cuando fue abordada por Flavie.

—Brígida —le dijo—, cuando hayáis terminado, sería conveniente que pasarais por nuestra casa, o bien os enviaré a Céleste, pues me da en la nariz que está dispuesta a pegárnosla.

—¿Cómo es eso? —preguntó Brígida, sin dejar de emplearse en su limpieza.

—Sí, creo que ella y la señora Thuillier han ido esta mañana a ver al abate Gondrin, y he aquí que acaba de darme una acometida sobre Félix Phellion, de quien habla como un dios; de ahí a rehusar a La Peyrade, comprenderéis que no hay más que un paso.

—¡Esas malditas clericales! —murmuró Brígida—. ¡Es preciso que intervenga en todo! Yo no quería invitarle tampoco; sois vos quien insististeis.

—Pero —dijo Flavie—, era conveniente.

—¡Me importan un higo las conveniencias! —replicó la solterona—. Un constructor de frases, que no ha dicho sino cosas fuera de lugar. Enviadme a Céleste, ya le arreglaré yo...

En este momento se vino a anunciar a Brígida la visita del primer pasante del nuevo estudio en el que, a falta del notario Dupuis, debía extenderse el contrato.

Sin cuidarse del desorden de su tocado, Brígida ordenó que se hiciera entrar al aprendiz de notario, aunque, sin embargo, le hizo la concesión de no hablarle desde lo alto del aseladero donde estaba encaramada.

—El señor Thuillier —le dijo el primer pasante— se ha pasado la mañana en el estudio para explicar al patrón las cláusulas del contrato que ha tenido la atención de encargarle. Sin embargo, antes de estampar las estipulaciones en favor del casamiento, tenemos por costumbre recoger de propia boca de los donatarios la expresión directa de sus benévolas intenciones. Así el señor Thuillier nos ha dicho que él donaba en propiedad a la futura el inmueble donde habita, y que es, sin duda,

éste.

—Sí —contestó Brígida—, esas son las condiciones. Yo le doy también en plena propiedad tres mil francos de renta al tres por ciento; pero la futura se casa bajo el régimen dotal.

—Exactamente —manifestó el pasante consultando unas notas—: la señorita Brígida Thuillier, tres mil francos de renta. Queda la señora Céleste Thuillier, esposa de Luis Jerónimo Thuillier, quien dona igualmente en plena propiedad seis mil francos de renta, y otros seis mil en usufructo.

—Eso —observó Brígida— es como si lo hubiera estampado el notario; pero puesto que es vuestra costumbre, si deseáis ver a mi hermana, se os va a conducir ante su presencia.

Y acto seguido, la solterona ordenó al criado que acompañara al señor letrado al apartamento de la señora Thuillier.

Un instante después reaparecía el primer pasante, anunciando que debía haber un malentendido, y que la señora Thuillier declaraba no hacer ninguna especie de estipulación en favor de la boda.

—¡Eso pasa de castaño oscuro! —clamó Brígida—. Venid conmigo, señor.

Y como un huracán, penetró en el aposento de la señora Thuillier, quien estaba pálida y temblorosa.

—¿Qué es lo que acabáis de decir al señor, sobre que no daríais nada para la dote de Céleste? —le interpeló la solterona.

—Sí —respondió la ilota, declarándose en rebeldía, pero con voz insegura—. Mi intención es la de no hacer nada.

—Pero vuestras intenciones son enteramente nuevas —le espetó Brígida, roja de cólera.

—Son mis intenciones —se contentó con responder la insurrecta.

—¿No diréis, cuando menos, el motivo?

—La celebración de esa boda no es de mi agrado.

—¡Ah!, ¿y desde cuándo?

—Es inútil que el señor asista a nuestras explicaciones —hizo observar la señora Thuillier—; no figurarán escritas en el contrato.

—Deberías tener vergüenza —dijo Brígida—, pues el aspecto con que os presentáis es poco halagüeño... Señor —continuó dirigiéndose al pasante—, ¿es más fácil suprimir en el contrato que añadir?

El aludido hizo un gesto afirmativo.

—Poned todo lo que había sido dicho; si la señora persiste, bastará con tachar y señalar las palabras anuladas.

El pasante saludó y salió, y cuando las dos cuñadas quedaron solas, dijo Brígida:

—¡Vamos! ¿Es que perdéis la cabeza? ¿Qué es ese extravagante antojo que acaba de daros?

—No es un antojo, sino una idea bien decidida.

—Que la habéis ido a sacar de vuestro abate Gondrin. ¿Os atreveréis a decir que no salisteis con Céleste?

—Céleste, en efecto, y yo, hemos visto esta mañana a nuestro director, pero ni siquiera he abierto la boca sobre lo que me proponía hacer.

—¿Cómo es que en tu cabecita hueca ha germinado la idea de ese chisporroteo?

—Pues veréis, tal como los he dicho ayer, me parece que Céleste puede ser casada más convenientemente, y mi intención no es la de privarme de nada en favor de un matrimonio que no apruebo.

—¿Que no aprobáis?... ¡Vaya, vaya, habrá que recurrir a los consejos de al señora!

—Sé muy bien —replicó a su vez la señora Thuillier—, que no he sido nunca nada en la casa, y por mi cuenta, me he avenido hace ya mucho tiempo; pero cuando se trata de la felicidad de una criatura que considero como mía...

—¡Caramba! —exclamó Brígida—. Vos no habéis sabido nunca tenerlas... pues, ciertamente, Thuillier...

—Hermana mía —respondió con dignidad la señora Thuillier—, he comulgado esta mañana, y hay cosas que no puedo oír hoy.

—¡Eso es, así son nuestras comedoras del buen Dios! —exclamó irreverentemente Brígida—. ¡Se hacen las mosquitas muertas y siembran la discordia en las familias! ¿Acaso creéis que esto ha de quedar así? Thuillier va a volver a casa dentro de poco; él será quien os apriete las clavijas...

Invocando la autoridad conyugal en auxilio de la suya, Brígida se mostraba débil y sorprendida ante la vulneración tan profunda e imprevista a su inmemorial dominación. Aquella manera de expresarse tranquila, pero que, de momento en momentos, se hacía más resuelta, la desconcertaba por completo, no quedándole más recurso que el de las injurias.

—¡Una posma —exclamó—, una inútil que ni siquiera es capaz de recoger su pañuelo, pretende ser la dueña de la casa!

—No quiero serlo tampoco aquí —replicó la señora Thuillier dignamente—, que ayer mismo por la noche me he dejado imponer el silencio sólo dos palabras que había ensayado; pero sí que soy dueña de mi hacienda, y como creo que Céleste será un día muy desgraciada, la reservo para disponer de ella en el momento oportuno.

—¡Buena perra, bah... su hacienda! —exclamó Brígida, con ironía.

—Exactamente, la que adquirí de mi padre y de mi madre, y que aporté como dote al señor Thuillier.

—¿Y quién es el que ha hecho valer ese dinero, hasta obtener un producto de doce mil francos de renta?

—Jamás os he pedido cuenta de nada —respondió con dulzura la señora Thuillier—, y de haberse perdido en lo que le hacéis servir, no habríais tenido de mí queja; se ha aprovechado, y es justo que yo recoja los beneficios. Además, no lo reservo para mí.

—Tal vez, pues dada la posición que adoptáis, no es seguro que pasemos mucho tiempo por la misma puerta.

—¿Creéis que el señor Thuillier me repudiaría? Hacen falta motivos y, a Dios gracias, yo he sido una mujer a la que nunca ha habido nada que reprochar.

—¡Víbora, hipócrita, desalmada! —barbotó Brígida, no teniendo ningún argumento más que esgrimir.

—Hermana mía —respondió la señora Thuillier—, recordad que estáis en mi casa...

—¡Ve a paseo, cataplasma! —rugió la solterona, llegada al paroxismo de la cólera—. ¡Mira que si no me contuviese!...

E hizo un gesto que era un insulto y una amenaza.

La señora Thuillier se levantó para salir.

—¡No, no saldrás! —clamó Brígida, obligándola a sentarse de nuevo—. ¡Y hasta que Thuillier lo decida, quedarás encerrada aquí!

En el momento en que Brígida, con el rostro encendido, reapareció en la estancia donde había dejado a la señora Colleville, encontró en ella a su hermano, cuya próxima llegada había anunciado. Thuillier estaba radiante.

—Querida —dijo a la sargentona, sin percatarse de su alteración—, todo marcha sobre ruedas: la conspiración del silencio ha cesado; dos periódicos, el *Nacional* y otro carlista reproducen esta mañana uno de nuestros artículos, y hay un pequeño ataque en una hoja ministerial.

—Pues aquí no va todo bien ni mucho menos —respondió Brígida—, y si esto continúa, abandonaré la barraca.

—¿Con quién estás resentida?

—Con la insolente de tu mujer, que acaba de armarme un escándalo; todavía estoy toda temblorosa.

—¡Céleste armar un escándalo! Sería la primera vez en su vida...

—Por algo se empieza y si tú no impones orden...

—Pero ¿a propósito de qué ese escándalo?

—A propósito de que la señora no quiere a La Peyrade para su ahijada, y despechada por no poder impedir ese casamiento, declara no querer aportar nada al contrato.

—Vamos, cálmate —dijo Thuillier a quien la admisión de *El Eco* en la polémica convertía en otro Pangloss—. Voy a arreglar todo eso.

—Vos, Flavie —dijo Brígida mientras Thuillier iba a ver a su mujer—, me haréis el favor de bajar a vuestra casa y decir a la señorita Céleste que no quiero verla en este momento, porque si me respondiese de través, sería capaz de abofetearla; iréis a decirle que no me gustan las conspiraciones, que se la ha dejado en libertad de escoger al señor Phellion, y ella no lo ha querido, habiéndose, en consecuencia, dispuesto todo a tenor de ello, y que si no quiere verse reducida a la dote que estáis decidida a darle, y que a un empleado de Banco no le costaría nada llevar en el

bolsillo de su chaleco...

—Pero, mi querida Brígida —interrumpió Flavie irguiéndose ante la impertinencia—, podrías dispensarte de recordarnos tan duramente nuestra pobreza, ya que, después de todo, jamás hemos pedido nada y pagamos religiosamente nuestro alquiler; y, sin ir tan lejos, Félix Phellion bien tomaría a Céleste con la dote que un empleado de Banco llevaría en su *talego*.

Y subrayó esta última palabra por el acento con que la pronunció...

—¡Ah, también os entrometéis vos! —exclamó Brígida—. ¡Pues bien, id a buscar a vuestro Félix! Sé perfectamente que ese casamiento nunca os ha convenido demasiado... es desagradable no ser más que la suegra de su yerno.

Flavie había recuperado la sangre fría que por unos instantes la abandonara y, sin responder a la insinuación, se contentó con encogerse de hombros.

En este momento reapareció Thuillier; su aire de beatitud le había abandonado.

—Mi querida Brígida —dijo a su hermana—, eres del más excelente corazón, pero a veces también de una violencia...

—¡Vaya! —exclamó la solterona—. ¿A que tengo también que responder de este lado?

—Desde luego, nada te reprocho en el fondo, y acabo de reprender seriamente a Céleste; pero hay formas que es preciso saber guardar... ¡Ah, querida amiga, levantar la mano sobre su hermana!...

—¿Qué yo he levantado la mano sobre esa pécora? ¡Esa si que es buena!

—Y además —continuó Thuillier—, no se encarcela a una mujer de la edad de Céleste.

—¿Que yo he encarcelado a esa mujer?

—No lo negarás, pues he hallado cerrada con dos vueltas la puerta de su habitación.

—¡Pardiez!, porque en mi cólera contra las infamias que vomitaba contra mí, habré dado vuelta a la llave sin darme cuenta.

—¡Vamos, vamos! —reconvino Thuillier—, Esos no son procedimientos para personas de nuestra clase.

—¿Así, que soy yo ahora la que no tiene razón? Bien, hijito, ya te acordarás del día de hoy, y veremos como irá tu casa cuando yo no me ocupe de ella...

—Tú te ocuparás siempre —dijo Thuillier—. Tu vida consiste en ello, y serías la primera en sentirlo si no lo hicieras.

—Eso ya lo veremos —replicó Brígida—. ¡Ser tratada como la última de las últimas después de veinte años de abnegación!

Y abalanzándose hacia la puerta, que cerró tras sí con violencia, la solterona abandonó el apartamento.

Thuillier no se impresionó mucho por la espectacular salida.

—¿Estabais vos presente, Flavie, cuando tuvo lugar la escena? —preguntó.

—No, sucedió en la habitación de Céleste. ¿La ha maltratado?

—Lo que he dicho: alzar la mano sobre ella y castigarla como a una niña... Céleste puede ser una mujer algo adormilada, pero hay límites que no se deben pasar.

—No es siempre tolerante ni apacible esa buena Brígida —observó Flavie—. También nosotras acabamos de tener aquí hace unos momentos una pequeña agarrada.

—En fin —añadió Thuillier—, todo se apaciguará. Os decía pues, mi querida Flavie, que esta mañana hemos tenido el más importante éxito: el *Nacional* transcribe íntegramente dos párrafos de un artículo en el cual hay precisamente muchas frases sobre mí.

Thuillier fue interrumpido aún en el relato de su buena fortuna política y literaria.

—Señor —dijo entrando Josefina la cocinera—, ¿podéis decirme dónde está la llave del baúl grande?

—¿Para qué? —preguntó Thuillier.

—Para la señorita, que me ha dicho se la lleve a su habitación.

—¿y para qué la necesita?

—La señorita sin duda va a hacer un viaje: ha sacado toda su ropa de la cómoda y del armario, y está plegando sus vestidos como cuando se quiere embalarlos.

—¡Otra locura más! —dijo Thuillier—. Id a ver, Flavie, cual es la cabezonada que ahora medita.

—¡A fe mía que no! —respondió la señora Colleville—. Id vos mismo: en su estado de exasperación es capaz de pegarme.

«—¿Qué necesidad tenía mi estúpida mujer de levantar la caza del contrato? —se dijo Thuillier—. Ha debido verdaderamente decir cosas bien mordaces para que Brígida se haya salido de tal modo de sus casillas.»

—¿No me dice el señor dónde está la llave? —insistió Josefina.

—¡No sé nada! —respondió Thuillier de mal humor—, Buscadla, o bien dile a la señorita que se ha perdido.

—¡Ah, vaya! —comentó Josefina—. ¡Soy yo quien tiene que decírselo!

XX

CONTINUACIÓN DE LA JORNADA TORMENTOSA

En este mismo momento resonó la campanilla de la puerta exterior.

—Sin duda es La Peyrade —dijo Thuillier con satisfacción.

El provenzal, en efecto, apareció un momento después.

—Por mi fe, amigo mío —dijo Thuillier—, ya era hora de que llegases, pues la casa se encuentra revolucionada por tu causa, y se requiere que con tu brillante palabra intentes devolvemos la tranquilidad y la paz.

Y seguidamente relató al abogado la causa y las circunstancias de la guerra que acababa de estallar.

Teodosio, dirigiéndose luego a la señora Colleville, dijo:

—Bien, en las relaciones en que estamos, creo que no habrá inconveniente en que solicite tener, durante unos instantes, una entrevista con la señorita Céleste.

Todavía aquí el provenzal daba pruebas de su acostumbrada habilidad: comprendía que en la misión pacificadora que se le confería, Céleste Colleville era el nudo gordiano.

—Voy a enviar a buscarla —dijo Flavie—, y os dejaremos a solas con ella.

—Mi querido Thuillier —añadió La Peyrade—, vais a poner a la señora Céleste, sin violencia y con pocas palabras, en situación de dar su consentimiento, haciéndola creer que la habéis llamado con esa finalidad. Después de vuestra intervención, os despediré, y yo me encargo del resto.

Fue enviado el criado al entresuelo, al apartamento de la señora Colleville, con el encargo de decir a Céleste que su padrino deseaba hablarle.

Una especie de habitación de servicio, en la que, en medio del tráfico casero de Brígida, había comenzado la situación que sigue su curso, no era el lugar adecuado para la entrevista solicitada por La Peyrade, por lo que se pasó al salón para esperar a Céleste. En cuanto apareció ésta, y para ajustarse al programa que había sido determinado, Thuillier dijo:

—Querida niña, tu madre nos hace saber cosas que me asombran: ¿será verdad que, debiendo haber sido firmado ayer tu contrato no estés todavía decidida al casamiento que hemos preparado para ti?

—Padrino mío —respondió Céleste un tanto sorprendida de la brusquedad de la interpelación—, no me parece que yo haya dicho eso a mamá.

—¿Es que no me hacíais hace irnos instantes —dijo Flavie— el más exaltado elogio de Félix Phellion?

—He hablado de él como todo el mundo lo hace.

—¡Veamos! —dijo Thuillier con autoridad—. No se trata de equívocos; ¿rehúsas, sí o no, casarte con el señor de La Peyrade?

—Mi buen amigo —intervino entonces el provenzal—, tienes una manera ruda y rotunda de plantear las cosas, que a mí, sobre todo hallándome presente, no me parece muy apropiada. En mi calidad de principal interesado, ¿quisieras permitirme tener con la señorita una explicación que, en efecto, acaso puede ser necesaria? Creo que no me será negado este favor por la señora Colleville; en mi posición, me parece que lo que pretendo no tiene nada que pueda inquietar a su prudencia maternal.

—Me prestaría con mucho gusto a vuestro deseo —respondió Flavie—, si no temiese que todas esas consideraciones pueden comprometer lo que está irrevocablemente decidido.

—Yo, mi querida señora, deseo por el contrario que hasta el último momento quede la señorita Céleste en posesión de su completa libertad. Dignaos pues, como

decimos en el Palacio de Justicia, tomar nota de mi solicitud.

—¡Sea! —dijo la señora Colleville—. Os creéis muy hábil; pero si os dejáis envolver por esa muchachita, tanto peor para vos. ¿Venís, Thuillier —añadió—, ya que estamos de más aquí?

En cuanto los dos futuros estuvieron a solas, La Peyrade, acercando una butaca para Céleste y tomando de él asiento en otra, dijo:

—Señorita, me atrevo a creer que tendréis la franqueza de reconocer que hasta la fecha no os he cansado con la expresión de mis sentimientos. Conocía vuestra inclinación de corazón, y al mismo tiempo la repulsa de vuestra conciencia, pero esperaba que a la larga, haciéndome muy pequeño, podría acabar por pasar entre dos corrientes contrarias. Sin embargo, en el punto en que nos hallamos, no creo ser indiscreto ni impaciente suplicándoos me hagáis saber la determinación que habéis tomado.

—¡Dios mío! Señor —respondió Céleste—, ya que mostráis tanta buena fe y sinceridad, os diré lo que ya sabéis, que educada con Félix Phellion, conociéndole desde hace mucho más tiempo que a vos, la idea del casamiento, siempre tan inquietante para una muchacha, me asustaba menos con él que con cualquier otro.

—En cierta época, no obstante —observó Teodosio—, se os autorizó a decidir sobre vuestra elección...

—Sin duda, pero en aquel tiempo había entre nosotros la dificultad de las ideas religiosas.

—¿Y ha desaparecido hoy ese escollo?

—Casi —respondió Céleste—. Tengo por costumbre subordinar mi opinión a la de personas más instruidas y esclarecidas que yo, y vos mismo, señor, habéis oído la manera en que se expresó el señor abate Gondrin.

—¡Dios no quiera —replicó el provenzal— que yo me permita invalidar la sentencia de juez tan eminente! Sin embargo, me atrevería a haceros observar que entre los miembros del clero hay matices: algunos pasan por demasiado severos, y otros por excesivamente indulgentes. El señor abate Gondrin es más bien un predicador que un casuista...

—Pero Félix —respondió a su vez y con cierta vehemencia Céleste— parece querer dar razón a las esperanzas del señor vicario, pues sé que esta mañana se ha presentado a él.

—En tal caso —dijo La Peyrade con una punta de ironía—, ha ido decididamente a ver al padre Anselmo... Mas admitiendo que en en cuanto a los principios religiosos, el señor Phellion se halle en estado de daros toda especie de satisfacción, ¿habéis pensado, señorita, en el gran acontecimiento que acaba de tener lugar en su vida?

—Sin duda, y ello, a lo que me parece, no es razón para malquererle.

—No, pero sí para que él mismo se aprecie más. Esa modestia, esa humildad que era uno de los mayores encantos de su carácter, temo por vos que no la suplante por

confianza y una satisfacción íntima que, desarrollando en él una personalidad excesiva, pudiera llegar a alterar e incluso a secar, el manantial de los sentimientos afectuosos; y además, señorita, no podéis negar que quien ha descubierto un mundo quiere descubrir dos: ¿deseáis tener como rival a todo el firmamento?

—Defendéis vuestra causa con mucho talento —respondió Celeste sonriendo—, y como abogado os creo un marido tan inquietante como el señor Phellion como astrónomo.

—Señorita —volvió a decir el provenzal hablando más seriamente—, creo que vuestro corazón se halla admirablemente en su sitio y es capaz de las mayores delicadezas... bien, así ¿sabéis lo que ocurre al señor Phellion? No ha perdido nada de la devoción que sentía por su viejo profesor; su piadoso fraude es ya conocido, su descubrimiento le ha sido restituido, y de creer al señor Minard, a quien he visto hace un instante, va a ser nombrado inmediatamente caballero de la Legión de Honor, y en fecha muy próxima miembro de la Academia de Ciencias. De ser yo mujer, os confieso que me disgustaría mucho que en el mismo momento de querer otorgar mi favor a un hombre, de repente viniera a caer sobre él tal avalancha de felicidad; temería que el público rae acusara de practicar el culto de quien está en el candelera.

—¡Oh, señor! —respondió vivamente Céleste—. ¡Supongo que no me creeréis capaz de semejante bajeza de sentimiento!

—Yo no —dijo el provenzal—. Precisamente hace muy poco afirmaba lo contrario; pero el mundo es tan temerario, tan injusto y, al mismo tiempo, tan rotundo en sus juicios...

Y viendo que habla sembrado la inquietud en el espíritu de la joven, que no respondió nada a tal observación, La Peyrade prosiguió:

—Ahora, para hablaros de un aspecto mucho más grave de vuestra situación, de algo que no es ya un hecho puramente personal que ocurra, si así puede decirse, en vuestra intimidad, ¿sabéis que en estos momentos y en esta casa, sin quererlo, sois la causa de las más dolorosas y penosas escenas?

—¿Yo, señor? —preguntó Céleste, con una sorpresa mezclada de espanto.

—Sí; de vuestra madrina, por el gran cariño que os tiene, habéis hecho una mujer completamente nueva. Por primera vez en la vida toma decisiones propias. Con esa energía de voluntad que se explica cuando nunca se ha hecho uso de ella, declara que no intervendrá en vuestro contrato para ninguna especie de libertad, y no tengo necesidad de deciros en qué dirección va este inesperado rigor.

—Señor, os suplico me creáis si os digo que soy ajena por completo a esta idea de mi madrina.

—Yo lo sé de sobra —respondió La Peyrade—, y eso no sería por lo demás sino una pequeña desgracia, de no haber tomado la señorita Brígida como un insulto tal actitud de su cuñada, a la que había hallado siempre dócil y acomodaticia a sus impulsos. Han tenido lugar explicaciones desagradables hasta la violencia. Colocado entre la espada y la pared, Thuillier no ha podido impedir nada; por el contrario, sin

quererlo, ha envenenado las cosas, las cuales han llegado a tal extremo, que si en estos momentos pudierais trasladaros al aposento de la señorita Thuillier sin exponeros a ser objeto de cualquier terrible movimiento de cólera, la hallaríais ocupada en hacer sus maletas para abandonar la casa.

—¡Qué es lo que decís, señor! —exclamó espantada Céleste.

—La verdad, y podéis haceros confirmar el hecho por los criados, pues siento que os cueste trabajo creer mis explicaciones.

—¡Pero eso es imposible! —contestó la pobre muchacha, cuya agitación aumentaba a cada palabra del diestro provenzal—. ¡Yo no puedo ser la causa de desgracias tan grandes!

—Es decir que no lo queréis, pues el mal ya está hecho, ¡y haga el cielo que no lo sea de manera irremediable!

—¿Qué es preciso hacer, Dios mío? —dijo Céleste retorciéndose las manos.

—Sacrificamos, señorita, es lo que os respondería yo sin vacilar, caso de que no me estuviera reservado el papel a la vez envidiable y doloroso de victimario.

—Señor —manifestó Céleste—, interpretáis muy mal la resistencia que yo he podido presentar, y que apenas ha sido expresada; he podido tener una preferencia, pero jamás me he considerado como una víctima. Haré lo que sea preciso para devolver a esta casa la tranquilidad que he perturbado, y lo ejecutaré sin repugnancia y hasta de buen grado.

—Eso sería para mí mucho más de lo que puedo pretender —dijo La Peyrade con hipócrita humildad—, aunque para el resultado que juntos buscamos, debo deciros que haría falta algo más, en apariencia cuando menos. La señora Thuillier no ha salido de sus casillas para calmarse en seguida con la garantía de vuestra resignación; esto en mi boca es maravillosamente ridículo, pero la situación lo exige, y sería preciso, por lo que respecta a vos, que vuestra madrina pudiese creer en un insigne mal gusto, dándoos para el éxito de mi cortejo una diligencia muy poco verosímil, y que, sin embargo, debería ser lo bastante bien representada como para producirle ilusión.

—Sea —repuso Céleste—. Sabré mostrarme risueña y feliz. Mi madrina, señor, es para mí como otra madre, ¿y qué es lo que no se aceptaría por una madre?

La posición era tal, y Céleste exponía taxi ingenuamente la profundidad al mismo tiempo que la absoluta determinación de su sacrificio, que de haber tenido algo de corazón, a La Peyrade le hubiese asqueado su papel; mas Céleste no era para él sino un peldaño, y siempre que la escalera conduzca y eleve, ¿quién ha reparado en mirar si lo hacía o no con entusiasmo? Fue pues decidido que Céleste iría a ver a su madrina, y que la convencería del error en que había incurrido con respecto a un sentimiento de repulsión del que jamás había sido objeto La Peyrade. Neutralizada la oposición de al señora Thuillier, todo resultaba fácil; el abogado se encargaba de hacer la paz entre las dos cuñadas, y puede suponerse que no le faltaron las palabras adecuadas para hacer entrever a la cándida muchacha un porvenir en el que, a fuerza

de abnegación y de amor, la borraría todo pesar por la necesidad moral que había sufrido.

Cuando abordó Céleste a su madrina, no halló para convencerla tantas dificultades como se imaginaba. Para llegar adonde lo había hecho en su rebelión, había sido preciso a la pobre mujer, que procedía contra todos sus instintos y todo su temperamento, una tensión de voluntad casi sobrehumana. En el momento en que recibió las *falsas confianzas* de su muy querida ahijada, se produjo la reacción y es de creer que le hubiesen faltado fuerzas para continuar por el camino que había tomado. Así, pues, se dejó engañar con bastante facilidad por la comedia que se representaba en beneficio del provenzal. Una vez calmada la tempestad de este lado, La Peyrade no tuvo dificultad en hacer comprender a Brígida que había ido un poco más lejos de lo conveniente en la represión del alzamiento contra su autoridad; cesando pues de quedar en entredicho tal autoridad, Brígida ya no guardó rencor a su hermana por haber estado a punto de pegarla, y mediante algunas buenas palabras y un abrazo, y pagando Céleste los gastos de aquella guerra, todo quedó zanjado.

Después de la cena, que tuvo lugar en familia, se hizo anunciar en casa de la señorita Thuillier el notario al que había de acudir el día siguiente sin ceremonia, pues no era posible dar una nueva edición de la velada abortada. El letrado venía a someter a las partes interesadas el proyecto de contrato, antes de despacharlo. Esta atención no era sino muy explicable en un hombre que entraba en relación con un personaje de la importancia de Thuillier, y que no debía descuidar nada para incluirle sólidamente en su clientela.

La Peyrade era demasiado hábil para formular ninguna especie de observación sobre el proyecto al que se dio lectura. Ante ciertos cambios solicitados por Brígida, y que dieron al notario una elevada idea de la capacidad de la solterona para los negocios, fue bien fácil «para el provenzal observar que se tomaban con él ciertas precauciones que iban más allá de lo que el decoro permitía, pero no quiso crear dificultades; sabía que un contrato no es nunca de malla tan tupida como para que un hombre decidido e inteligente no pueda atravesarlo; y se fijó la reunión para el día siguiente, a las dos, en el estudio del notario, con la sola presencia de los componentes de la familia.

XXI

SEGUNDA APARICIÓN DEL COMENDADOR

Durante una parte de la noche, autorizado por la benévola actitud que había aconsejado a Céleste y que ella hacía con el mejor semblante, La Peyrade se burló, en cierto modo, de la pobre muchacha obligándola, por el falso calor de su

agradecimiento y de su amor dichoso, a responderle en un tono que se hallaba a mil leguas del verdadero estado de aquel corazón enteramente ocupado por Félix Phellion.

Viendo desplegar así al provenzal todas sus seducciones, Flavie recordaba la manera en que la había cortejado a ella en otro tiempo. «¡Monstruo!», se decía para sus adentros; pero no tenía más remedio que poner buena cara a aquella tortura, y unos momentos después, la aparente prestación de un gran servicio por La Peyrade a la casa Thuillier, iba a dar la última consagración a su influencia y a su crédito.

Anuncióse a Minard, y éste dijo entrando:

—Queridos amigos, vengo a haceros una pequeña revelación que no dejará de sorprenderos y que no servirá de lección a todos cuando se trate de introducir a extraños, en nuestras casas.

—¿Qué sucede? —preguntó Brígida con curiosidad*

—Esa húngara que tenía sorbido el seso a todo el mundo, esa señora Toma, condesa de Godollo...

—¿Sí?... —dijo la solterona.

—Pues —prosiguió Minard—, no era nada de nada y durante dos meses os ha tenido engañada la más impúdica de las cortesanas.

—¿Quién os ha narrado ese cuento? —preguntó Brígida, no decidiéndose fácilmente a admitir que ella hubiese caído en el engaño.

—No se trata de ningún cuento —respondió el alcalde—. Sé la cosa por mí mismo, *de visu*.

—¡Vaya, vaya! ¿Frecuentáis a las cortesanas? —replicó Brígida volviendo a tomar la ofensiva—. ¡Eso sí que es bonito... y si Zélie lo supiera!...

—No es él quien las frecuenta —afirmó Thuillier con aire agudo—, sino su señor hijo... conocemos sus andanzas...

—Pues bien, sí —dijo Minard arrebatado por el mal humor que le producía la acogida hecha a su comunicación—. Y ya que ese descarado ha tenido la audacia de recomendaros a su cómica para que habléis de ella en vuestro periódico, no tengo nada que ocultaros. Julián, en efecto, se da el postín de mantener a una actriz de teatruchos, y es en compañía de esta criatura con quien he visto a *vuestra amiga* la señora de Gogollo. Me parece que hablo claro, y que después de esto no quedará ninguna duda.

—Eso puede estar claro para vos —respondió Brígida—, pero a menos que no seáis uno de esos padrazos a quienes sus hijos presentan sus queridas, cábeme preguntaros cómo os habéis podido encontrar en compañía de la *rubia* de Julián.

—¡Ah! ¿Os figuráis que soy hombre dispuesto a echar una mano a los desórdenes de mi hijo? —replicó Minard encrespándose.

—Yo no me figuro nada —añadió Brígida—. Sois vos quien nos dijisteis: «Me he encontrado en compañía...»

—Yo no he dicho eso —interrumpió Minard—, sino que había visto a la señora

de Gogollo, cuyo verdadero nombre es el de señora Komorn, y que es tan condesa como vos y la señora Colleville, en compañía de la indignada criatura con la cual gasta su tiempo y su dinero mi hijo. ¿Será preciso ahora explicaros el cómo y el por qué del encuentro?

—Naturalmente —respondió Brígida con tono de incredulidad—. No estará de más la explicación.

—De acuerdo. Para mostraros como cierro los ojos al libertinaje de mi hijo, advertido por una carta anónima, en cuanto fui informado de ese libertinaje, quise asegurarme personalmente, porque, en general, sé el caso que debe hacerse de las cartas anónimas.

—¡Vaya! —dijo Brígida en forma de paréntesis, dirigiéndose a La Peyrade—. ¡Es raro que no hayamos recibido ninguna sobre vos, señor abogado!

—Si no queréis escucharme —añadió Minard, ofendido por verse interrumpido—, es inútil pedirme detalles.

—Desde luego que se os escucha— afirmó Brígida—. Habéis querido ver por vuestros propios ojos...

—Eso es —prosiguió Minard—. Así, el día de vuestra cena, en la que me hice esperar, fui al Folies-Dramatiques, teatro de los extravíos de Julián, y donde debía debutar su criatura. Quería cerciorarme de su ese bribón que, fingiendo estar enfermo, había abandonado la casa inmediatamente después de nuestra salida, se encontraba en su puesto de aplaudidor de oficio; resulta cruel, en efecto, constatar que es ahí adonde descienden los insensatos a quienes domina la pasión por una artista.

—¿Y estaba allí? —preguntó Brígida con aire muy poco simpático por el dolor del señor alcalde.

—No, señorita, no estaba. No le vi en la sala; pero ante cierto movimiento que se produjo en el escenario, al levantarse el telón, dirigiendo mi vista hacia aquel lado, percibí a ese hijo, la vergüenza de mi vejez, conversando con el aire más familiar del mundo con un bombero, y asomando tanto entre bambalinas, que uno de los groseros frequentadores de gallinero le gritó: «¡Esconde la jeta, intrigante!» ¡Juzgad cómo debió alegrarse mi corazón paternal por esa agradable interpelación!

—Lo que sucede —dijo Brígida—, es que habéis malcriado a ese querido Julián.

—Lo he mimado tan poco —prosiguió Minard—, que a no ser por la intervención de su madre, yo estaba dispuesto a tomar contra él las más enérgicas medidas; pero habiendo oído ayer las palabras tan sensatas y tan plenas de tolerancia del abate Gondrin, se me ocurrió la idea de ir a recabar sus consejos, siguiendo los cuales me determiné a esto...

—¿Es que los curas entienden de esas cosas? —dijo Brígida con desdén.

—La prueba de que entienden es que el plan que me había insinuado el señor vicario ha sido un completo éxito. Yendo a ver a la madre de esa peligrosa criatura, le dije que con objeto de poner fin al desorden del que sin duda ella estaba tan afligida como yo, me hallaba dispuesto a un sacrificio: constituirle una renta de mil quinientas

libras o entregarle una suma de treinta mil francos pagada de una vez, para que sirviese de dote a su hija, añadiendo que por parte de mi hijo no había ya nada más que esperar, puesto que iba a cesar de pasarle subsidios. «¡Vaya!, eso viene de perilla —me respondió esa mujer—, pues precisamente hay un oficial de escribanía del Juzgado de paz del distrito XII, que Olimpio, y que en estos momentos intenta reanudar las relaciones.»

—¿No os ha dicho el nombre de ese oficial de juzgado? —preguntó La Peyrade.

—Creo que no —respondió Minard—. En todo caso lo he olvidado; todo se ha arreglado en un instante con la madre, quien me pareció una buena mujer.

—Pero en todo eso —observó Brígida—, no veo aparecer a la señora de Godollo.

—Tened paciencia —contestó Minard—. «Lo único que temo, me dijo la madre de la actriz, son los malos consejos de una polaca, una tal señora *Cramone*, que pule y dirige a mi hija; acaso si la vieseis y lograseis hacerle entrever un regalo, podría prestarse a nuestro juego; precisamente está aquí, ¿queréis que la llame? Sin nombraros la diré que se trata de un señor que desea hablarle.» Di mi conformidad, se fue a buscar a la extranjera, ¡y juzgad mi sorpresa al hallarme en presencia de la señora de Godollo. la cual, en cuanto me vio, escapó riendo como una loca!

—¿Estás seguro de que efectivamente se trata de ella? —preguntó Brígida—. Si no hicisteis más que vislumbrarla...

El astuto provenzal no era hombre que desperdiciara aquella ocasión presentada en bandeja para reaccionar contra la mistificación de la húngara.

—El señor alcalde no se ha equivocado —dijo con autoridad.

—¡Hola! ¿Vos la conocíais también —repuso la señorita Thuillier—, y nos habéis dejado tener tratos con ese parásito?

—Muy al contrario —manifestó La Peyrade—. Sin escándalo, sin decir nada a nadie, he librado de él a vuestra casa. Vos recordaréis la brusquedad con que se largó esa desgraciada; fui yo quien, habiendo descubierto lo que era, le había dado dos días para que ahuecara el ala, amenazándola con revelároslo todo en caso de que vacilara.

—Querido amigo —dijo Thuillier, estrechando la mano del abogado—, habéis obrado con tanta prudencia como resolución. Todavía es un favor más que os debemos.

—¡Ya veis señorita —añadió La Peyrade dirigiéndose a Céleste—, la extraña protectora que tenía una persona conocida vuestra!

—Gracias a Dios —respondió la señora Thuillier—. Félix está por encima de todas esas ruindades.

—Bien, papá Minard —aseguró Brígida—, *motas* sobre todo esto... Por nuestra parte tendremos la boca cosida con respecto a las calaveradas de Julián... ¿Tomaréis una taza de té?

—Con mucho gusto —respondió Minard.

—Céleste —dijo la solterona— llama a Enrique para que ponga al fuego la tetera grande.

Aunque la reunión en el estudio del notario no estaba fijada sino para el día siguiente por la tarde, antes de las ocho, Brígida comenzaba lo que su hermano llamaba su *trasteo*, expresión popular que traduce aquella actividad turbulenta, enredadora y matinal que La Fontaine ha pintado con tanta exactitud en su fábula *La vieja y las dos criadas*.

Brígida declaró que si no se ponía manos a la obra temprano, jamás se estaría listo. Impidió a Thuillier ir al periódico, diciendo que si llegaba a marcharse no se le volvería a ver; atosigó a Josefina la cocinera para que adelantase la hora de la comida, y a pesar de lo que había sucedido la víspera, le costó mucho no azuzar a la señora Thuillier, quien no practicaba como ella lo hubiese deseado su famoso axioma de que más vale estar adelantados que con retraso.

Yendo seguidamente a armar el mismo jaleo al apartamento de los Colleville, puso su *veto* sobre un atavío en exceso rebuscado que meditaba Flavie, e indicó expresamente a Céleste el vestido y el sombrero que constituirían el suyo. En cuanto a Colleville, que según él no podía dispensarse de aparecer en su despacho de la alcaldía, le obligó a ponerse de tiros largos desde por la mañana, le hizo ajustar también la hora de su reloj con la del suyo y le advirtió ante todo que si se retrasaba, no se le esperaría.

Cosa bastante divertida fue que Brígida, poniendo a todo el mundo la espalda al costado, estuvo a punto de no hallarse lista para la hora indicada. So pretexto de ayudar a cada uno, independientemente de sus ocupaciones corrientes, de las cuales jamás se hubiera desligado, tema la mano y la vista sobre tantas cosas, que acabó por verse desbordada. Por lo demás, el retraso en que estuvo a punto de incurrir, fue cargado en cuenta de un peluquero que, extraordinariamente, había enviado a buscar para que le *hiciera la raya*. Habiendo ideado el artista arreglarle un peinado a la moda, viose obligado a recomenzar todo su trabajo, a fin de amoldarse a las costumbres de su cliente, las cuales consistían precisamente en mantenerse despeinada, y en tener siempre el aspecto de lo que vulgarmente se llama un *gato enfurruñado*.

Hacia la una y media, La Peyrade, Thuillier, Colleville, la señora Thuillier y Céleste se habían trasladado al salón. Flavie no tardó en reunírseles; llegó poniéndose aún sus pulseras, para evitar cualquier borrasca, y tuvo el placer de ver que se había anticipado a Brígida. En cuanto a ésta, furiosa ya al ver que se había retrasado, contaba con un motivo más de exasperación. La circunstancia le había parecido que exigía que llevara corsé, refinamiento al que estaba completamente desacostumbrada. Ahora bien, la desgraciada, que en aquellos momentos estaba ocupada en atarlo y en buscar el lugar exacto en que deseaba ser apretada, sabía bien lo que los días de corsé tenían de terrible y tormentoso.

—Preferiría tener que abrochar el obelisco —decía—. Creo que se prestaría mejor a ello, y en todo caso no estaría tan mal *embocado*.

Mientras entre sí, pero sin ruido, se divertía con el flagrante delito de

holgazanería a que estaba expuesta la reina Isabel, entró el portero y entregó a Thuillier un paquete sellado que acababan de depositar en su garita, y que llevaba la siguiente inscripción: *Señor Thuillier, director de EL ECO DEL CASTOR, Muy urgente.*

El destinatario se apresuró a abrirlo, hallando en el interior un número de un periódico ministerial que ya se había mostrado poco cortés y benévolo hacia la nueva administración, rehusando el *cambio* que acostumbran hacer entre sí, de bastante buen grado, las publicaciones de este género.

Intrigado por aquel envío efectuado a su casa y no al despacho de *El Eco*, y que tenía todo el carácter de una aparente premeditación, Thuillier desplegó vivamente el número que le llegaba, y con la emoción que puede suponerse leyó el siguiente artículo, señalado a su atención por un recuadro de tinta roja:

«Un órgano oscuro iba a morir en la sombra y con bella muerte, cuando un ambicioso de nuevo cuño ha tenido la idea de galvanizarlo. Su pretensión es la de hacer de él una estribera para ascender a funciones municipales en el puesto tan envidiado de la diputación. Por suerte, tal intriga, sacada a la luz del día, no puede llegar a buen término. Los electores no se dejarán embaucar por las torpes insinuaciones de ese papel rectangular, y, llegado el momento, si el ridículo no ha hecho ya la debida justicia a esta absurda candidatura, demostraremos al señor pretendiente que, para aspirar al insigne honor de representar al país, no basta con tener el dinero necesario para comprar un periódico de desecho y al sostenimiento de un abogadote que ponga en buen francés la espantosa jerga de sus artículos y sus folletos. Por hoy nos limitamos a este pequeño aviso, pero prometemos a nuestros lectores que serán tenidos al corriente de esta comedia electoral, caso de que se tenga el triste valor de continuarla.»

Thuillier releyó dos veces esta declaración de guerra, que estuvo lejos de dejarle un rostro impasible, y acto seguido, llevando aparte a La Peyrade, le dijo:

—Toma, aquí tienes algo muy grave.

El provenzal leyó el artículo.

—¿Qué ocurre? —dijo por todo comentario.

—¿Cómo que qué ocurre? —preguntó Thuillier.

—Sí, ¿qué es lo que ves ahí de grave?

—¿Qué veo de grave? Me parece que el artículo no puede ser más injurioso para mí.

—¿No sospechas —siguió el provenzal—, que se trata de algún virtuoso Cérizet, lanzándote, por espíritu de venganza, este petardo a las piernas?

—Bien sea Cérizet u otro, quien ha escrito esta diatriba es un insolente —dijo Thuillier exaltándose—, y la cosa no va a quedar así.

—Yo —arguyó La Peyrade—, creo que no debemos responder. Tú no eres nombrado ni designado, si bien resulte difícil no tomar el ataque como dirigido en efecto contra tu persona. Considero necesario dejar que nuestro adversario se meta

más en harina, y llegado el momento oportuno, le daremos el estacazo.

—¡En absoluto! —exclamó Thuillier—. ¡Es imposible quedar impasible ante semejante insulto!

—¡Diablos! —exclamó a su vez el abogado—. ¡Qué epidermis tan sensible! Pero piensa, querido, que eres candidato y periodista, y que es preciso encallecerte un poco más.

—Yo, amigo mío, tengo por principio no tolerar que me pisen el pie. Por otra parte ahí se anunciaba intención de reincidir. Así, pues, es preciso atajar de golpe tales impertinencias.

—¡Caray, mira!... —dijo La Peyrade—. Verdad es que, en el periodismo como en las candidaturas, el temperamento cascarrabias tiene sus ventajas, pues uno se hace respetar, parándose muchos ataques.

—Eso es —asintió Thuillier—, *principiis obsta*; y si no hoy, porque no tengo tiempo, mañana mismo emplazo el artículo ante los tribunales.

—¡Los tribunales! —exclamó el provenzal—. ¿Quieres hacerles intervenir en eso? ¡Pero si no hay materia para procesar a nadie!... Ni tú ni el periódico sois mencionados, y, además, lo más lastimoso es un proceso; se aparece a los chiquillos que se pegan y luego van a quejarse a mamá o al maestro. Si aún me dijeras que vas a hacer intervenir a Fleury en el asunto, lo comprendería, aunque la cuestión sea bien personal y resulte difícil ver en ella una de esas ofensas hechas a la razón social del periódico, y cuyo enderezamiento es incumbencia del gerente.

—¡Ah, vamos! —replicó Thuillier—. ¿Te imaginas, por ejemplo, que voy a arriesgarme con Cérizet o con cualquier otro esbirro del poder? Yo, querido, siempre tengo a gala, sobre todo, el valor cívico que no se sacrifica a un prejuicio, y que, en vez de tomarse la justicia por su mano, recurre a los medios de defensa que ofrece la ley. Además, con la jurisprudencia del Tribunal de casación sobre el duelo, no tengo en absoluto el menor deseo de ponerme en situación de que me expatrien o de ir a cumplir dos años de cárcel.

—En fin —dijo La Peyrade—, ya volveremos a hablar de todo eso; atención a tu hermana, pues lo creería todo perdido si se tratase en su presencia de este pequeño entorpecimiento.

Al ver entrar a Brígida, Colleville había gritado:

—¡Completo!

Entonando a continuación el estribillo de *La parisina*.

—¡Dios! ¡Colleville, que eso es de mal tono! —dijo la retrasada, apresurándose a echar una piedra en el cercado ajeno a fin de que no se lanzara otra en el suyo.

—Bien, ¿estamos ya listos? —añadió arreglándose su manteleta ante un espejo—. Veamos qué hora es, pues no hay que llegar con mucho adelanto, como provincianos.

—Las dos menos diez —contestó Colleville—. Voy exacto como el reloj de las Tullerías.

—Ya hasta —opinó Brígida—. Para trasladarnos a la calle Caumartin no

necesitamos más tiempo... ¡Josefina! —gritó dirigiéndose hacia la puerta del salón —, cenaremos a las seis, así que apáñatelas para poner el pavo en el asador y cuidar que no se queme como el otro día... ¡Vaya!, ¿qué es eso? —añadió cerrando con brusco movimiento la puerta que tenía entreabierta—. ¡Un latoso!... espero que Enrique tendrá la inspiración de decirle que hemos salido todos.

Mas no fue así, sino que Enrique vino a anunciar que un señor de edad, condecorado y de aspecto muy distinguido, pedía ser recibido para un asunto urgente.

—Podías haberle dicho que no había nadie.

—Es lo que hubiese hecho, si la señorita no hubiera abierto en el mismo momento la puerta del salón, donde ese señor ha visto a toda la familia reunida.

—En fin —comentó Brígida—, tú nunca te equivocas.

—¿Qué debo responder? —preguntó el criado.

—Di al señor —contestó Thuillier—, que siento enormemente no poder recibirle en estos momentos, pues nos esperan en casa de un notario para un contrato matrimonial, pero que si puede volver dentro de dos horas...

—Ya le he dicho todo eso —aseguró Enrique—, y me ha respondido que era precisamente a causa de ese contrato matrimonial por lo que ha venido, y que su visita os interesaba más que a él mismo.

—En ese caso recíbele y despáchale en un vuelo —aconsejó Brígida—. Resultará más breve que todas las explicaciones de Enrique, que es un orador.

De haber sido consultado La Peyrade, tal vez no hubiera llegado a igual conclusión, pues había tenido ya más de una prueba de las trabas que una influencia oculta se consagraba a poner en las ruedas de su casamiento, y el aspecto de la visita le pareció pésimo.

—Hazle pasar a mi despacho —dijo Thuillier al criado, siguiendo el consejo de su hermana; y abriendo una pequeña puerta que conducía del salón a la plaza en la que iba a recibir al importuno visitante, tomó la delantera.

Con el ojo aplicado casi al instante al agujero de la cerradura, Brígida dijo:

—¡Bueno, bueno! Mi imbécil de Thuillier hace tomar asiento al visitante, y precisamente en el fondo, de manera que no pueda oírse nada de su conversación.

La Peyrade, entretanto, se paseaba con una agitación cubierta por una expresión de indiferencia en el rostro, y hasta se aproximó a las tres mujeres que se habían agrupado dirigiendo a Céleste algunas afabilidades, que ella acogió con el aire risueño y feliz que estaba en el espíritu de su papel. En cuanto a Colleville, mataba el tiempo componiendo un anagrama con estas seis palabras: *el periódico El Eco del Castor*, y no tardó en hallar una versión, si bien resultaba poco tranquilizadora para el porvenir del diario, y además le faltaba una letra para completar la última palabra, por lo que su *obra* no estaba del todo a punto.

—¡Y ahora toma tabaco! —decía entre tanto Brígida, que continuaba teniendo el ojo pegado a la cerradura—. Tiene una caja de oro despampanante, jamás la he visto de semejante tamaño... bueno, acaso no sea sino dorada —reflexionó—, pero es él

quien sigue estando en el uso de la palabra, y Thuillier le escucha como un bobo... Tanto peor, voy a entrar y decir que no se hace esperar así a las damas.

Y en el mismo momento en que tenía puesta la mano sobre el pestillo, oyó hablar muy alto al interlocutor de Thuillier, lo cual hizo que volviera a aplicar el ojo a la cerradura.

—¡Por fin se ha levantado! —dijo con satisfacción.

Mas viendo poco después que se había equivocado y que el pequeño viejo no había abandonado su butaca sino para proseguir la conversación de manera más animada, paseándose de un lado a otro de la habitación, exclamó:

—¡Vaya! A fe mía que entro y le digo a Thuillier que nos adelantamos y que venga a reunírsenos cuando haya terminado.

Y en diciéndolo, la solterona dio en la puerta dos golpes muy imperiosos y secos, penetrando resueltamente en el despacho de su hermano.

A su vez, La Peyrade tuvo el mal gusto, excusado por su viva curiosidad, de mirar asimismo lo que pasaba a través del ojo de la cerradura. En primer lugar, creyó reconocer al pequeño viejo, con el título de comendador, se le había aparecido una vez en casa de la señora de Godollo; seguidamente observó que Thuillier hablaba a su hermana con una impaciencia y gestos de autoridad que no recordaban en absoluto sus hábitos de deferencia y sumisión.

—Parece ser —dijo Brígida volviendo a entrar en el salón— que Thuillier encuentra muy interesante la conversación de ese individuo, pues me ha ordenado brutalmente que los deje, aunque el hombrecillo me dijo con mucha cortesía que no tardarían. «¡Y sobre todo, que se me espere!», ha añadido Jerónimo. Desde que publica un periódico, ya no le reconozco, parece como si quisiera tratar a baquetazos a todo el mundo...

—Mucho me temo que se deje enredar por algún intrigante —observó La Peyrade—. Estoy casi seguro de haber visto a ese vejete en casa de la señora Komorn el día en que fui a comunicarle que abandonara el lugar; debe tratarse de alguien de la misma cuerda.

—¡Habría sido necesario prevenirme! —respondió Brígida—. Le hubiese pedido noticias de la condesa, a fin de hacerle comprender que sabemos mucho sobre su húngara.

En este momento se oyó un remover de butacas, y Brígida corrió a su puesto de observación en la cerradura.

—Sí —dijo—. Ya se va; Jerónimo le acompaña hasta la puerta con muchos saludos.

Como Thuillier todavía tardase algún tiempo en reaparecer, Colleville pudo aproximarse a la ventana, exclamando al ver al vejete subir al elegante cupé que el lector ya conoce:

—¡Caramba, qué librea galoneada! En todo caso se trata de un intrigante de alto bordo.

Entró por fin Thuillier, con rostro preocupado, y con palabra sumamente grave dijo:

—Querido La Peyrade, no nos habías dicho que otro asunto de casamiento te había ocupado seriamente...

—Sí, por cierto; te dije que me habían ofrecido una riquísima heredera, pero como me sentía atraído hacia aquí, no quise seguir el asunto que, por consiguiente, no ha sido nunca tratado seriamente.

—Pues bien, creo que haces mal en tratar ligeramente esa proposición.

—¡Cómo! ¿Eres tú quien, en presencia de estas damas me reprochas el haberme mantenido fiel a mis primeros deseos y a nuestros antiguos compromisos?

—Amigo mío, la conversación que acabo de tener ha sido para mí muy instructiva, y cuando sepas todo lo que yo sé y muchos otros detalles que sólo a ti te incumben y que deben serte confiados, pienso que estarás de acuerdo conmigo. Lo cierto es que hoy no iremos a casa del notario; y en cuanto a ti, lo mejor que puedes hacer, es ir sin demora a casa del señor du Portail.

—¡Todavía ese nombre me persigue como un remordimiento! —exclamó La Peyrade.

—Sí, vé al instante, te espera; es un preliminar indispensable para que sigamos más adelante. Una vez hayas visto a ese honrado rentista, sí persistes en reclamar la mano de Celeste, podríamos llevar a efecto nuestros proyectos; hasta entonces no nos moveremos.

—De seguro, mi pobre muchacho —dijo Brígida a su hermano—, que te has dejado engatusar por un tramposo; es un hombre de la pandilla de la Godollo.

—La señora de Godollo —respondió Thuillier—» no es en absoluto lo que pensáis, y lo mejor que se podrá hacer en esta casa, será no decir nunca sobre ella una palabra, ni para bien ni para mal. En cuanto a La Peyrade, ya que no es la primera vez que se le hace esta invitación, verdaderamente no comprendo por qué vacila en ir a ver al señor du Portail.

—¡Vamos!... —insistió Brígida—, ¿Es que le ha embrujado por completo ese vejete?

—Te digo que ese vejete es todo lo que demuestra su exterior. Tiene siete cruces, un carruaje y magníficos servidores, y me ha dicho cosas que me han sumido en la mayor perplejidad.

—Entonces, acaso se trate de un echador de cartas a domicilio, del género de la señora Fontaine, que tanto me trastornó en una ocasión en que, creyendo con la señora Minard poder reímos a costa de la vieja hechicera, fuimos a consultarla.

—En fin, si no es un brujo —arguyó Thuillier—, se trata al menos de un hombre que tiene mucha influencia, y me parece que sería descabellado no tomar en cuenta sus consejos. En cuanto a ti, Brígida, a quien no ha hecho más que vislumbrar, me ha definido cabalmente tu carácter, diciéndome que eres toda una mujer, nacida para el mando.

—El hecho es —opinó Brígida, saboreando este cumplido, como si hubiese comido natillas— que ese viejo tiene un aire muy distinguido. Escuchad, pues, querido —añadió dirigiéndose a La Peyrade—, puesto que un gran personaje influyente insiste tanto en ello, id a ver a du Portail; me parece que eso no compromete a nada.

—Ciertamente —apoyó Colleville—. Yo iría treinta veces a ver a todos los du Portail o los du *Portaux*^[9] de la tierra, caso de que me lo recomendaran.

Tomando la escena el sesgo de parecerse a la del *Barbero de Sevilla*, en la que todo el mundo dice a Basilio que vaya a acostarse puesto que tiene fiebre, La Peyrade tomó su sombrero con mal humor, y se trasladó donde le llamaba su destino: *Quo sua fata vocabant*.

XXII

EN CASA DE DU PORTAIL

Al llegar a la calle de Honoré-Chevalier, La Peyrade vaciló; el aspecto descalabrado de la casa en cuestión le hizo que sospechara que había tomado mal el número. No le parecía que un personaje de la importancia que pudiera suponerse a aquel señor du Portail, quien pesaba tan cruelmente sobre su vida, pudiera vivir en semejante lugar. Fue pues con vacilación como se dirigió al señor Perrache, el portero. Sin embargo, una vez llegado a la antesala del apartamento que se le indicó, el buen porte y maneras del viejo ayuda de cámara Bruneau y el aspecto extremadamente confortable de todo el mobiliario, parecieron disipar por completo sus recelos. Introducido, casi al instante de ser anunciado, en el despacho del rentista, su sorpresa no pareció mediocre al hallarse en presencia del pretendido comendador, amigo de la señora de Godollo o, si se prefiere así, ante el vejete que había visto momentos antes en casa de los Thuillier.

—Por fin es posible veros, señor refractario —dijo du Portal levantándose para acercar un asiento—, ¡Tendría que tiraros de la oreja!

—¿Puedo saber, señor —replicó La Peyrade con altivez, y sin ocupar la butaca que se ofrecía—, qué interés tenéis en entrometeros en mis asuntos? Yo os conozco, y añadiré que el lugar donde os percibí una sola vez, no me había creado un deseo desmesurado de trabar conocimiento con vos.

—¿Dónde me visteis? —preguntó du Portail.

—En casa de una especie de andorrera que se hace llamar la señora condesa de Godollo.

—De lo que, señor, por consiguiente, se deduce que vos estabais allí también, y por motivo mucho menos desinteresado que yo.

—No he venido con intención de hacer un asalto de ingenio. Tengo derecho, señor, a exigir explicaciones de vuestro comportamiento para conmigo; me atrevo pues a rogaros que no alejéis el momento por donaires a los cuales no estoy dispuesto, ni por asomo, a prestar oídos.

—Bien, amiguito —replicó du Portail—, cuando menos, dignaos sentaros, pues en cuanto a mi no estoy de humor para torcerme el cuello efectuando la conversación de abajo a arriba.

La intimación no era sino muy razonable, y hecha en un tono que hacía pensar que el rentista estaba curado de espanto sobre las altiveces y petulancias. Por lo tanto, La Peyrade tomó el partido de acceder al deseo de su huésped; pero cuidó de deparar a su obediencia la mayor desgana que le fue posible.

—El señor Cérizet —comenzó du Portail—, hombre sumamente bien asentado en el mundo y que tiene el honor de ser uno de vuestros amigos...

—No trato ya con ese hombre —atajó con viveza La Peyrade, comprendiendo la maliciosa intención del viejo.

—En fin —prosiguió du Portail—, en la época en que teníais alguna vez ocasión de verle, invitándole a cenar, por ejemplo en el *Rocher de Cancale*, yo había encargado al virtuoso señor Cérizet el sondearos sobre un casamiento...

—Que yo he rehusado —interrumpió de nuevo Teodosio—, y que rehusó más enérgicamente que nunca.

—Esa es la cuestión —siguió el rentista—. Yo, por el contrario, creo que lo aceptaréis, y para hablar de este asunto deseaba hace tiempo celebrar una entrevista con vos.

—Pero ¿qué es de vos esa loca que me lanzáis al cuello? No se trata de vuestra hija ni de una pariente, supongo, ya que de serlo pondríais más discreción en la caza del marido que buscáis para ella.

—Esa muchacha —dijo du Portail— es la hija de uno de mis amigos; perdió a su padre hace ya más de diez años, y desde entonces la recogí en mi casa y le he prestado todos los cuidados que requería su dolorosa situación. Su fortuna, que ha aumentado mucho, unida a la mía, ya que tengo intención de instituir la heredera, la convierte en un partido muy rico. Ya sé que no sois enemigo de las grandes dotes, pues vais a buscarlas en los más ínfimos lugares... en las casas Thuillier, por ejemplo o, para servirme mejor de vuestra propia expresión, en casa de *andorreras* a las que apenas conocéis; me he figurado pues, que no estaríais mal dispuesto a tomar una de mi mano, visto que la enfermedad de mi muchacha ha sido declarada fácilmente curable por los médicos, mientras que vos no sanaréis jamás al señor ni a la señorita Thuillier de ser el uno un majadero y la otra una comadre, como tampoco a la señora Komorn de ser una mujer de una virtud muy mediocre y aturdida.

—Puede convenirme —respondió La Peyrade— casarme con la hija de un majadero y una comadre, si soy yo quien la escoge; igualmente, si la pasión me arrebatara, puedo convertirme en el marido de una coqueta; pero aunque fuese la reina

de Saba la que se pretendiera imponerme, ni vos, señor, sabedlo bien, ni otros más poderosos o más hábiles, harían que la aceptara.

—Por eso quiero dirigirme a vuestro buen sentido y a vuestra inteligencia, mas para ello hace falta tratar con personas capaces de comprender. Veamos, razonemos un poco vuestra situación, y no os asustéis si, al igual que un cirujano que quiere curar a su enfermo, pongo la mano sin misericordia en las llagas de una existencia hasta el presente muy afanosa y atormentada. El primer extremo a constatar, es que el asunto Céleste Colleville está completamente fallido para vos.

—¿Y eso por qué? —preguntó La Peyrade.

—Porque vengo de casa de Thuillier y le he aterrorizado pintándole todas las desgracias que se había atraído y se atraería aún si persistía en la idea de daros en matrimonio a su ahijada. Ahora ya sabe que soy yo quien ha paralizado la buena voluntad de la señora condesa de Bruel en el asunto de la condecoración, que he hecho secuestrar su folleto, que he introducido en su casa a esa húngara que tan bien os ha engañado a todos, y que por mí ha comenzado hoy en los periódicos ministeriales un fuego graneado cuya vivacidad crecerá cada día, por no hablar de otros artefactos que, en caso necesario, serán dirigidos contra su candidatura. Así que ya lo veis, estimado señor: no solamente carecéis de medios para lograr la elección de Thuillier sino que constituís un escollo para sus ambiciones; me basta con deciros que el lado desde el que os impusisteis a esta familia, que en el fondo no os ha querido nunca sinceramente, se halla completamente arruinado y desmantelado.

—¿Quién sois vos —preguntó La Peyrade—, para haber hecho todo eso de lo que os alabáis?

—No os responderé que sois sumamente curioso, pues ya os lo diré en seguida; mas prosigamos, si os place, la autopsia de vuestra existencia, hoy perdida y a la cual preparo una gloriosa resurrección. Tenéis veintiocho años, una carrera apenas esbozada y en la cual os prohíbo deis un paso más. Dentro de irnos días, el consejo de la orden de los abogados se reunirá y censurará de manera más o menos absoluta vuestra conducta en el asunto de ese inmueble que habéis tenido el candor de poner en manos de Thuillier. Ahora bien, no debéis haceros ilusión alguna: aunque no incurrieseis más que en una advertencia severa, y menciono la menor de las desgracias, un abogado no es como ese cochero a quien una censura del Parlamento pueda impedir conducir su carruaje; si vos sois censurado, eso quiere decir tanto como borrado del cuadro...

—¿Y sin duda es a vuestra benevolencia —dijo La Peyrade— a la que debería ese precioso resultado?

—De lo cual me jacto —contestó du Portad—, pues para remolcaros al puerto, era necesario, como primera medida, quitaros todo vuestro aparejo; de no haberlo hecho así, querríais seguir bogando con vuestras propias velas en los bajos fondos de la burguesía.

Viendo que decididamente se las había con una potencia, el diestro provenzal

juzgó conveniente modificar su actitud, y con aire mucho más reservado dijo:

—Permitiréis, señor, que difiera cuando menos mi agradecimiento hasta tener una información más detallada y amplia.

—Heos aquí, pues, —prosiguió du Portad— con veintiocho años, sin un céntimo, sin posición, con antecedentes muy... mediocres, con antiguos conocidos como Dutocq y el *valeroso* Cérizet, debiendo a la señorita Thuillier diez mil francos, que en buena conciencia habríais de devolvérselos, si no hubieseis tomado el compromiso de amor propio; la señora Lambert veinticinco mil francos, que sin duda tenéis bastante prisa de reintegrar en sus manos; en fin, ese matrimonio, vuestra última esperanza, vuestra tabla de salvación, os resulta ahora imposible. Entre nosotros, si hay algo razonable que proponeros, ¿no creéis estar un poco a mi disposición?

—Siempre habrá tiempo —respondió La Peyrade— de probaros lo contrario, y no he de tomar una resolución mientras no me sean conocidos los designios que tenéis a bien albergar sobre mi persona.

—Os he hablado de un matrimonio —dijo du Portad—, el cual, en mi pensamiento, se une estrechamente a otra combinación de existencia que, para vos, se presenta rodeada de una especie de devolución hereditaria. ¿Sabéis lo que hacía en París ese tío vuestro al que encontrasteis hacia 1829? Entre sus familiares pasaba por millonario, y muerto repentinamente antes de que pudierais reuniros con él, no dejó ni siquiera la suma necesaria para el entierro; el coche fúnebre de los pobres y la fosa común fue su fin.

—¿Le conocisteis pues? —preguntó Teodosio.

—Era —respondió du Portad— mi amigo más querido y más antiguo.

—Así —dijo vivamente La Peyrade—, ¿una suma de cien luises, que en los primeros tiempos de mi estancia en París me facilitó una mano desconocida?...

—Procedía efectivamente de mí —respondió el rentista—. Por desgracia, envuelto en un remolino de asuntos de los cuales vos mismo podréis daros cuenta dentro de un momento, no pude proseguir con la manifestación de afecto hacia vos, a través del recuerdo tan hondo para mí de vuestro tío. Ello explica que, sobre la paja de una buhardilla, os haya dejado llegar, como los nísperos, a esa madurez de la miseria, que debía llamar sobre vos la mano de un Dutocq y de un Cérizet.

—Señor, no por ello quedo menos reconocido —dijo La Peyrade—, y de haber sabido que erais vos ese generoso protector que no pude descubrir, creedme que sin esperar a vuestro deseo, hubiera sido el primero en buscar la ocasión de veros y daros las gracias.

—Dejemos a un lado los cumplidos —añadió du Portad—. Para abordar el punto serio de nuestra conferencia, ¿qué diríais si os revelara que ese tío cuya protección y apoyo veníais a buscar a París, era uno de los agentes de esa potencia oculta que sirve de tema a tantas fábulas ridículas y es objeto de tantos estúpidos prejuicios?

—No comprendo bien del todo —contestó La Peyrade con inquieta curiosidad—. ¿Tomaríais a mal el que os rogara que precisara algo mejor?

—Por ejemplo, yo supongo —prosiguió du Portad—, que vuestro tío, de estar aún con vida, os diría: «Mi querido sobrino, tú buscas la fortuna y la influencia; tienes la pretensión de destacar entre la masa, de participar en todos los grandes asuntos de tu tiempo; querrías hallar empleo a tu inteligencia viva, alerta, llena de recursos y ligeramente inclinada a la intriga y, en fin, emplear en una esfera elevada y distinguida esa potencia de voluntad y de invención que hasta ahora has dedicado a la necia e inútil explotación de lo más seco y coriáceo que hay en el mundo, o sea al burgués. Pues bien, baja al cabeza, mi querido sobrino, y entra conmigo por esta pequeña puerta que voy a abrirte y que da acceso a una gran casa de bastante mala fama, pero que no obstante vale más que su reputación. Traspasado su umbral, te enderezarás con toda la altura de tu genio, si es que tienes alguna chispa de él: los estadistas, los mismos reyes te asociarán a sus más secretos pensamientos; tú serás su oculto colaborador, y por ande no será para ti prohibido e inabordable ninguno de los goces que el dinero y la elevación de las funciones pueden prometer a un hombre.

—Pero, señor —objetó La Peyrade—, sin osar aún comprenderos, os haré observar que mi tío ha muerto bastante miserable como para que la caridad pública debiera encargarse de su inhumación...

—Vuestro tío —respondió du Portail— era un hombre de raro talento, pero en su carácter había aspectos ligeros a consecuencia de los cuales comprometió todo su porvenir. Era derrochador, ardiente en el placer y negligente por el porvenir; quiso también disfrutar de ese goce hecho para el hombre vulgar, y que para las grandes vocaciones excepcionales es el peor de los estorbos y de las trampas... me refiero a la familia: tuvo una hija por la que estaba loco, y por ahí fue por donde enemigos terribles abrieron una brecha en su vida y pudieron preparar la espantosa catástrofe que la remató. Vuestro tío, ya veis que entro en el argumento, murió fulminado por el veneno.

—¿Sería eso —dijo La Peyrade— un aliento para ir por esa tenebrosa senda que me hubiera invitado a seguir?

—¿Y si soy yo, estimado señor —replicó du Portail—, quien os muestra el camino?

—¡Vos, señor! —respondió La Peyrade estupefacto.

—¡Sí, yo, que fui discípulo de vuestro tío, y más tarde su protector y su providencia; yo, cuya influencia no ha hecho sino acrecentarse durante cerca de medio siglo; yo, que soy rico, que veo a los gobiernos, a medida que se derriban mutuamente como castillos de naipes, venir a pedirme la seguridad y la fuerza de su porvenir; yo, que soy el director del gran teatro de marionetas en el que tengo *Colombinas* del tipo de la señora de Godollo; yo, que mañana mismo, de ser necesario para el éxito de uno de mis vodeviles o de mis dramas, podría mostrarme a vos portador del gran cordón de la Legión de Honor, de la Orden de la Jarretera o el collar del Toisón de Oro!... ¿Y queréis saber por qué ni vos ni yo moriremos envenenados, por qué, más que las realezas contemporáneas, podría transmitir mi

etro al sucesor de mi elección? Porque como vos, mi joven amigo, a pesar de vuestro aspecto meridional, yo era frío, profundamente calculador, no perdiendo nunca mi tiempo en bagatelas intrascendentes, y cuando por necesidades circunstanciales había de mostrar calor, no lo tenía nunca sino en la superficie. Es más que probable que hayáis oído hablar de mí; pues bien, para vos abro un claro en mi nube: miradme, fijaros bien; no tengo ni el pie hendido ni una cola al final de la espalda; por el contrario, en mi aparece la imagen del más inofensivo de los rentistas del barrio de Saint-Sulpice. En este barrio, donde puedo decir que disfruto de la estima universal desde hace veinticinco años, me llamo du Portail, mientras que para vos, si me lo permitís, me voy a llamar CORENTIN...

—¡Corentin! —exclamó La Peyrade con sorpresa mezclada de espanto.

—Sí, señor, y ya veis que revelándoos ese secreto, pongo la mano sobre vos y os recluto. ¡Corentin, *el policía más grande de los tiempos modernos*, como dice de mí el autor de un artículo de la *Biografía de los hombres vivientes*, a quien debo por lo demás hacer justicia diciendo que no sabe una palabra de mi vida!

—Señor —dijo La Peyrade—, desde luego guardaré el secreto; pero el puesto que queréis ofrecerme a vuestro lado...

—Os espanta, o cuando menos os inquieta —interrumpió vivamente el rentista—. Aun antes de haberos percatado bien, la palabra os da miedo. ¡La *policía!*... ¿os reprocharíais no compartir ese terrible prejuicio que la señala en la frente?

—A buen seguro —respondió La Peyrade— es una institución útil, mas no creo que se la haya calumniado siempre. De ser honorable el oficio de quienes la ejercen, ¿por qué habrían de ocultarse?

—Porque tienen la misión de reprimir todo lo que amenaza a la sociedad, cuanto se prepara y se trama en la sombra —respondió Corentin—. ¿Acaso los ladrones y los conspiradores se colocan en el sombrero la etiqueta de *Yo soy Guillot, pastor de este rebaño*, y se precisaría, cuando tratamos de capturarlos, que nos hiciéramos preceder de la bocina que hacen sonar los barrenderos por orden del comisario de limpieza pública, para ordenar a las porteras que saquen las basuras y barran la acera de sus puertas?

—Señor —dijo La Peyrade—, allí donde el sentimiento es universal, no se trata ya de un prejuicio, sino de una opinión, que debe constituir la regla de todo aquel que pretenda al estimación de sí mismo y de los demás.

—Y claro, cuando vos despojasteis a ese notario en quiebra —espetó mordaz Corentin—, y cuando robasteis a un cadáver para enriquecer a los Thuillier, pretendíais a vuestra propia estimación y a la del consejo de vuestra orden, ¡Quién sabe todavía si en vuestra vida no tendréis otras acciones más negras! Yo soy más honrado que vos, puesto que, fuera de mis funciones, no tengo ningún acto dudoso que reprocharme, y cuando se me ha presentado ocasión de hacer el bien, lo he hecho siempre por todas partes. ¿Creéis acaso que, después de once años, la custodia de esa loca han sido todo rosas? Pero se trataba de la hija de vuestro tío, de mi viejo amigo,

y cuando al sentir que los días de mi vejez avanzan, os pido sin miramientos que me relevéis en el puesto...

—¡Cómo! —exclamó La Peyrade—. ¿Sería esa loca la hija de mi tío La Peyrade?

—Sí, señor, la muchacha con la que quiero que os desposéis, es, en efecto, la hija de Peyrade, pues él había democratizado su apellido, o si lo preferís, la hija del padre Canquoëlle nombre de guerra que había tomado del pequeño dominio de los Canquoëlles, donde vuestro padre se moría de hambre con once hijos. ¿Creéis que, a pesar de la discreción que vuestro tío guardaba sobre su familia, no la conozco a fondo, como si fuera un miembro más de ella? ¿Es que antes de destinaros a vuestra prima, no había yo tomado todos mis informes? Vos hacéis remilgos con la policía; pero como dicen las gentes del pueblo, ya está hecho el mejor hociquito. Vuestro tío, gracias a la policía, fue el confidente y casi el amigo de Luis XVIII, quien hallaba en su conversación un infinito placer, y en cuanto a vuestra prima, es una hija de ocasión. Por vuestro carácter e inteligencia, y por la estúpida posición que os habéis creado, todo vuestro ser gravita hacia el desenlace que os preparo, el cual es el de reemplazarme, o si os place, de suceder a Corentin, ¡de esto se trata, señor!... ¡Y vos creéis que no os tengo cogido, y que por necias consideraciones de amor propio burgués, lograréis burlarme!...

Preciso era que La Peyrade se hallara obstinado más de lo que pudiera suponerse en una negativa, pues el ardor del gran hombre de la policía y aquella especie de apropiación que se hacía de su persona, hicieron asomar a su rostro una sonrisa.

Corentin, entre tanto, se había levantado, y midiendo a grandes pasos al habitación en la que se desarrollaba la escena, exclamó como si hablara consigo mismo:

—¡La policía! De ella se podría decir lo que Basilio decía a Bartolo sobre la calumnia: ¡*La policía, señor! La policía, ¡no sabéis lo que desempeñáis!* Y de hecho —prosiguió un poco después—, ¿quién la desprecia? Los imbéciles, que no saben si no insultar a quien vela por su seguridad. Suprimid la policía y suprimiréis la civilización. ¿Les pide ella su estimación a esas gentes? La policía no quiere inspirarles más que un sentimiento: el miedo, esa gran palanca con la cual se gobierna a los hombres, raza impura, cuyos detestables instintos apenas se consiguen reprimir con Dios, el infierno, el verdugo y los gendarmes.

Deteniéndose acto seguido y posando una mirada desdeñosa sobre La Peyrade, añadió el panegirista:

—¿Sois, pues, de esos necios que no ven en la policía más que un atajo de soplones y de delatores, y que no sospechan que en la misma existen políticos refinados, diplomáticos de primera categoría, Richelieus en traje civil? ¿Es que Mercurio, señor, Mercurio, el más espiritual de los dioses del paganismo, no era la policía encamada? Verdad es que también era el dios de los ladrones. Nosotros, por consiguiente, valemos más que él, ya que no admitimos ese cúmulo.

—Sin embargo —objetó La Peyrade—, Vautrin, el famoso jefe de la policía de

seguridad...

—Naturalmente— convino Corentin—, en los bajos fondos siempre hay lodo... pero no os engañéis tampoco al respecto. Vautrin es un hombre de genio, sus pasiones, al igual que a vuestro tío, le han llevado torcidamente. Pero subid más alto (ya que ahí reside toda la cuestión: saber el tramo de la escalera al que ha detenerse el ánimo y la inteligencia de encaramarse): ¿acaso es un soplón el señor prefecto de la policía, ministro honrado, respetado y colmado de atenciones? Pues bien, yo, señor, soy el prefecto de la policía secreta de la diplomacia y de la alta política... ¡y vos vaciláis en subir a este trono del que piensa descender un Carlos V envejecido! Parecer pequeño y hacer cosas inmensas, vivir en una cueva cómodamente arreglada como ésta y mandar en la luz; tener a sus órdenes un ejército invisible, siempre presto, siempre abnegado, leal y sumiso; conocer el reverso de cada cosa, no equivocarse ni dejarse engañar nunca por ningún hilo, pues a todos se les tiene aquí en mano; ver a través de todos los tabiques, penetrar en todos los secretos, hurgar en todos los corazones y en todas las conciencias... eso es, señor, lo que es miedo, y sin embargo no temíais revolearos en el pantano oscuro y cenagoso de la casa Thuillier. ¡Vos, caballo de raza, os dejabais uncir a un coche de punto, a la innoble labor de la diputación y del periódico de ese burgués enriquecido!...

—Se hace lo que se puede —respondió La Peyrade.

—Por lo demás, cosa bien notable —prosiguió Corentin no respondiendo sino a su pensamiento—, más justo y más agradecido que la opinión, el idioma nos ha puesto en nuestro lugar, pues de la palabra *policía* sinónimo de civilización y antipode de vida salvaje, al querer que se escribiera: *Un estado policía*. Así nosotros nos preocupamos bien poco, os lo juro, del prejuicio que trata de mancillamos; nadie mejor que nosotros conoce a los hombres, y conocerlos es haber llegado a despreciar su desprecio tanto como su estimación.

—Hay ciertamente mucho de verdad en la tesis que desarrolláis tan calurosamente —terminó por decir La Peyrade.

—¡Mucho de verdad! —respondió Corentin yendo a sentarse de nuevo—. Decid que es la verdad, nada más que la verdad, pero que no es toda la verdad. Por lo demás, mi querido señor, basta por hoy. Sucederme en mis funciones y desposaros con vuestra prima, con una dote que no bajará de los quinientos mil francos, he aquí mi oferta. No os pido la respuesta en este momento: no tendría confianza en una decisión que no fuese seriamente reflexionada. Mañana estaré aquí toda la mañana; ¡ojalá mi convicción haya logrado la vuestra!

Luego, despidiendo a su interlocutor con un leve saludo seco y tajante, añadió:

—No os digo adiós sino hasta la vista, señor de La Peyrade.

A continuación, Corentin se acercó a una consola, en la que halló todo cuanto hacía falta para preparar un vaso de agua azucarada, que en verdad se lo había ganado bien, y, sin mirar al provenzal, que salía un tanto aturdido, no pareció ocuparse más que de aquella prosaica operación.

¡Bien necesario fue que, al día siguiente de la entrevista con Corentin, una visita de la señora Lambert, convertida en acreedora exigente e inoportuna, viniera a pesar sobre las resoluciones de La Peyrade! Como ya se lo había dicho la víspera el tentador, en su carácter, en su espíritu, en sus aspiraciones, en las imprudencias de su pasado... ¿no estaba acaso abocado a una pendiente irresistible que le arrastraba hacia la extraña solución de la existencia que repentinamente se le ofrecía?

XXIII PRIMO Y PRIMA

La fatalidad, si puede así decirse, puso mucho lujo en las ligaduras bajo las cuales debía sucumbir. Era el 31 de octubre y las vacaciones del Palacio de Justicia tocaban a su fin; el 2 de noviembre debía reanudarse la actividad de los tribunales, y para ese día, en el momento que la señora Lambert salía de su casa, recibió el abogado, por añadidura, una invitación de comparecencia ante el consejo de de su orden.

A la señora Lambert, que le instaba vivamente a liquidar con ella, so pretexto de que abandonaba la casa del señor Picot y regresaba próximamente a su país, le había dicho:

—Venid a verme pasado mañana, a la misma hora; tendré preparado vuestro dinero.

A la intimación de ir a rendir cuentas ante sus compañeros de profesión, respondió que no reconocía al consejo el derecho de interpelarle sobre un hecho de su vida privada. Era una respuesta mediocre. Inevitablemente debía producir su exclusión del cuadro del colegio de abogados; mas tenía un aire de dignidad y de protesta por donde podía salvarse el amor propio.

Finalmente escribió a Thuillier, anunciándole que de su visita a du Portail había resultado para él la necesidad de aceptar la proposición de otro casamiento. Por lo tanto, devolvía a Thuillier su palabra y recuperaba la suya. Todo esto dicho secamente, sin expresar ningún pesar por la alianza a la cual renunciaba. En un postscriptum añadía: «Habremos de hablar sobre mi posición en el periódico», indicando así que en sus proyectos podía caber el no conservarla.

Cuidó de sacar una copia de esta carta y, una hora más tarde, cuando en el despacho de Corentin fue interrogado sobre el resultado de sus reflexiones, por respuesta dio a leer al gran policía la dimisión matrimonial que acababa de formular.

—Está bien —dijo Corentin—, pero acaso sea necesario conservar vuestra posición en el periódico durante algún tiempo; la candidatura de ese cretino desquicia los planes del gobierno, y pondremos una zancadilla al señor consejero municipal. En vuestra posición de redactor en jefe omnipotente, tendréis ocasión de

hacerle alguna buena jugada, y no creo que vuestra conciencia esté dispuesta a una gran revuelta contra esta misión...

—Desde luego que no —respondió La Peyrade—. El recuerdo de las humillaciones a que he estado sometido durante tanto tiempo, más bien me hará hallar una singular voluptuosidad al fustigar a esa ralea burguesa.

—¡Tened cuidado! —dijo Corentin—, Sois joven y debéis guardaros de esos movimientos biliosos. En nuestro austero oficio, no queremos ni odiamos nada, Los hombres son para nosotros peones de madera o marfil, según su calidad, *con* los cuales jugamos nuestras partidas. Debemos ser como la cuchilla que corta lo que se le da a partir, pero que únicamente requiere hallarse bien afilada, no deseando el bien ni el mal a nadie. Y ahora, hablemos de vuestra prima, a la cual supongo tendréis cierta curiosidad en ser presentado.

La Peyrade no tenía que fingir el anhelo, pues el que experimentaba era auténtico.

—Lydia de La Peyrade —dijo Corentin— frisa en la treintena; pero la virginidad, unida a una demencia dulce, que ha tenido alejadas de ella todas las pasiones, ideas e impresiones en las que se desgasta la vida, la ha embalsamado en cierto modo en una eterna juventud. No la supondrías más de veinte años. Es rubia y esbelta; su rostro, lleno de finura, notable sobre todo por su dulce expresión angélica. Privada de su juicio como consecuencia de la terrible catástrofe que hizo sucumbir a su padre, su monomanía tiene algo de conmovedor: tiene siempre en brazos, o reposando a su lado, un paquete de lienzo que mece y rodea de solícitos cuidados, como si se tratara de una criatura enferma; y excepto Bruneau, mi ayuda de cámara, y yo, a quien ella reconoce, todos los demás hombres son para ella médicos, a quienes consulta y escucha como oráculos. Una crisis sobrevenida hace algún tiempo en su temperamento, ha convencido a Horacio Bianchon, ese príncipe de la ciencia, que si la realidad pudiera sustituir a esa larga comedia de maternidad, la razón volvería a recobrar su imperio. ¿No es una tarea amable la de rehacer la luz en esta alma en la que el día no está sino velado? Y el lazo de parentesco que la naturaleza ha puesto entre vos y ella, ¿no parecía designaros más especialmente a emprender esta curación, que abona aún el que Bianchon y otros dos eminentes doctores que han conferenciado con él sobre el estado de la enferma, hayan dictaminado que no cabe duda alguna que se realizará perfectamente? Y ahora voy a ponerlos en presencia de Lydia; tratad de desempeñar bien vuestro papel de médico, pues la única ocasión que la aparta de su habitual dulzura, es cuando no se atiende, como ella quiere, a su eterno deseo de consulta.

Después de haber atravesado varias piezas, La Peyrade y su guía estaban a punto de penetrar en el aposento donde acostumbraba a estar Lydia, cuando no tenía necesidad de más espacio para mecer, andando, a su criatura imaginaria pero, de pronto, fueron detenidos por dos o tres acordes magistralmente arrancados a un piano cuya sonoridad era deliciosa.

—¿Qué es eso? —preguntó La Peyrade.

—Es Lydia —respondió Corentin, con lo que hubiera podido llamarse un movimiento de orgullo paternal—. Es una compositora admirable, y si ya no escribe música, como en los tiempos en que estaba lúcida, hace nacer bajo sus dedos melodías tales que a menudo me llagan al alma... Al alma de Corentin —añadió sonriendo el vejete—, lo cual creo que es hacer un gran elogio de la ejecutante... Pero sentémonos para escucharla; si entrásemos, el concierto daría fin al instante, y comenzaría la consulta.

La Peyrade estaba estupefacto escuchando una improvisación, en la que la unión tan singularmente perfecta de la inspiración y de la ciencia, abría a su impresionable naturaleza un manantial de emociones tan profundas como imprevistas. Corentin gozaba con la sorpresa que a cada momento expresaba el provenzal con exclamaciones admirativas, y haciendo resaltar el mérito de la pianista, decía:

—¡Vaya ejecución! ¡El mismo Litz no le llega al tobillo!

A un *scherzo* muy vivo, la ejecución hizo suceder las primeras notas de un *adagio*.

—¡Ah, va a cantar! —dijo Corentin, reconociendo el tema.

—¿También canta? —preguntó La Peyrade.

—Como Pasta y la Malibrán... ¡escuchad!

En efecto, tras algunos compases de un ritornello en arpeggios, estalló una voz vibrante cuyo timbre pareció remover al provenzal hasta lo más profundo de su ser.

—¡Cómo os impresiona la música! —añadió Corentin—. Decididamente estabais hecho el uno para el otro.

Con un gesto, el provenzal impuso silencio al hablador y, a medida que se desgranaban las notas, su emoción, acrecentada de momento, acabó por arrancarle esta exclamación, que pareció a su vez impresionar vivamente a Corentin:

—¡Oh, Dios mío, es en efecto la misma aria, la misma voz!

—¿Es que ya habéis visto en alguna parte a Lydia? —preguntó el gran policía.

—No sé... no lo creo —respondió La Peyrade con voz entrecortada— En todo caso, sería hace mucho tiempo... Pero esa aria... esa voz... me parece...

—Entremos —dijo Corentin.

Y abriendo bruscamente la puerta, arrastró tras sí al provenzal.

De espaldas a la puerta, e impidiéndole los sonos del giano oír lo que pasaba tras ella, Lydia no se dio cuenta de nada.

—¡Mirad! —dijo Corentin a La Peyrade—. ¿Tenéis un recuerdo?

El interpelado avanzó algunos pasos, y en cuanto pudo tan sólo distinguir el perfil de la loca, exclamó fuera de sí, llevándose las manos a la cabeza:

—¡Es ella!

A la exclamación lanzada por Teodosio, Lydia se habla vuelto, fijando su atención sobre Corentin.

—¡Qué malo sois y qué molesto, viniendo a interrumpirme así! —le dijo—. ¡Bien sabéis que no me gusta que me escuchen! ¡Ah, pero no! —añadió viendo el traje

negro de La Peyrade—. Me traéis al doctor... muy amable de vuestra parte, iba a pedir que lo enviaseis a buscar, pues la pequeña no hace más que llorar desde esta mañana; por más que le cante para que se duerma, no sirve de nada.

Y corrió a buscar lo que llamaba su criatura a un rincón donde con dos sillas volcadas y los cojines de un diván había hecho algo que se asemejaba a una cunita suspendida.

Mientras iba hacia La Peyrade, llevando en una mano su preciso fardo, arreglaba con la otra el gorro de su *pequeña querida*, no teniendo ojos más que para la desvariada creación de su cerebro enfermo. Y a medida que se aproximaba, tembloroso, pálido, y con su vista clavada en ella, Teodosio, que ahora veía de lleno a la señorita de La Peyrade, retrocedía con un movimiento en el que se marcaba el terror, no deteniéndose sino en el momento en que una silla situada tras él le hizo perder el equilibrio recibéndole en su caída.

Un hombre del poder de Corentin, y que por otra parte conocía hasta los menores detalles del horrible drama en el cual Lydia había perdido la razón, había ya adivinado y comprendido todo, pero su idea era la de hacer estallar en medio de aquellas espantosas tinieblas la viva luz de la evidencia.

—Ved, doctor —decía entre tanto Lydia, separando los pañales y colocando los imperdibles entre sus labios, a medida que los desataba—. Ved si no adelgaza a ojos vistas...

La Peyrade no cuidaba de responder; con el rostro oculto por su pañuelo, dejaba escapar de su pecho una jadeante respiración febril a los que le predisponían su estado mental, asiendo violentamente del brazo a Teodosio y obligando a dejarle ver sus facciones, la loca dijo:

—¡Pero miradla, doctor! —para exclamar seguidamente, al encararse con el provenzal—. ¡Dios mío!

Y dejando caer el paquete de lienzos que tenía en brazos, se echó vivamente hacia atrás. Sus ojos se tomaron de salvaje extravío, y pasando rápidamente sus manos blancas por su frente y cabellos, que desordenó, pareció hacer un esfuerzo para obtener de su memoria un recuerdo adormecido y rebelde. En seguida, al igual que una yegua espantada que acaba de olisquear el objeto del que ha recibido una impresión de terror, se acercó lentamente, y encorvándose a medias para ver más de cerca el rostro que el provenzal intentaba ocultar en medio de un indecible silencio, se entregó durante unos segundos a este examen. Súbitamente, un terrible grito se escapó de su pecho, y corrió refugiarse en los brazos de Corentin, aferrándose a él e un abrazo desesperado.

—¡Socorro, sacadme! —gritaba—. ¡Es él! ¡El malvado! ¡El indigno! ¡El es quién lo ha hecho todo!...

Y con su dedo extendido, parecía clavar en su sitio al miserable que era la causa de su horror.

Tras esta explosión, balbució unas deshilvanadas palabras y sus ojos se velaron;

Corentin sintió el relajamiento de todos los músculos que durante unos momentos lo habían apretado como un tomillo, y recibió en sus brazos a Lydia, privada de sentido, sin que La Peyrade, anonadado.

pensara siquiera en aproximarse para ayudar a sostenerla y a colocarla sobre un diván.

—No os quedéis aquí, señor —dijo Corentin—. Id a mi despacho; no tardaré en reunirme con vos.

Y, en efecto, pasados unos minutos, después de dejar a la enferma al cuidado de Kate y Bruneau, y enviar a Perrache a toda prisa en busca del doctor Bianchon, Corentin se encontraba con La Peyrade.

—Ya veis, señor —le dijo con solemnidad—, si prosiguiendo con una especie de pasión la idea de este casamiento, entraba bien en las vías de Dios.

—Señor —contestó La Peyrade, con compunción—, debo en efecto confesaros...

—Es inútil —atajó Corentin—. Vos no tenéis nada que enseñarme, y soy yo quien tiene mucho que deciros. El viejo La Peyrade, vuestro tío, con la esperanza de obtener una dote para su hija, a la que idolatraba, se había metido, lo que vos no haréis jamás, si me hacéis caso, en el peligroso manejo de un asunto privado. En su camino, en este asunto, encontró a ese Vautrin del que ayer me hablasteis, y al que la policía no había absorbido aún, como lo hizo después. Vuestro tío, con todo lo hábil que era, no tenía potencia suficiente para combatir con aquel hombre, quien por lo demás cualquier medio servía a sus propósitos: el asesinato, el veneno, la violación. (Véase *Esplendores y miserias de las cortesanas*.) A fin de paralizar la acción de vuestro tío, Lydia no fue raptada, sino atraída fuera de su casa y conducida a otra de apariencia honesta, en la que permaneció secuestrada durante diez días, aunque sin concebir demasiada inquietud sobre su cautiverio y la ausencia de su padre, ya que habían logrado convencerla de que todo se hacía por orden de su progenitor, por lo que, señor, como recordaréis, cantaba...

—¡Oh! —exclamó La Peyrade, cubriéndose el rostro con las manos.

—Puesta a rescate —prosiguió Corentin—, la infortunada muchacha estaba destinada a horrible trato en el caso de que en un plazo de diez días su padre no ejecutara lo que; le había sido intimada. Un narcótico, y un hombre desempeñando el papel que se hizo ejecutar al verdugo con la hija de Séjan...

—¡Señor, señor, por favor! —exclamó La Peyrade suplicante.

—Ya os decía ayer —prosiguió Corentin— que acaso teníais sobre la conciencia algo más que la casa de Thuillier... ¡pero erais tan joven entonces! Sin experiencia, traíais de vuestro país esa brutalidad, ese frenesí de la sangre meridional que se desborda en una ocasión cualquiera; además, se había descubierto vuestro parentesco con la víctima, y para los artistas en el crimen, que preparaban la ruina de otra Clarisa Harlowe, el refinamiento de vuestra intervención tenía demasiado atractivo para que incluso una persona más hábil y astuta que vos pudiera jactarse de escapar a las ligaduras de que fuisteis objeto. Felizmente, la Providencia ha permitido que en esta

espantosa historia, no hubiese nada que no fuese reparable; el mismo veneno, según se le emplea, puede producir la muerte o restituir la salud.

—Pero, señor —dijo La Peyrade—. ¿No seré para *ella* un objeto de horror? ¿Me será posible esa reparación de que me hablabais?

—El doctor, señor —anunció Kate, abriendo la puerta.

—¿Cómo está la señorita Lydia? —preguntó vivamente La Peyrade.

—Muy tranquila —respondió Kate—. Hace un momento, cuando para decidirla a acostarse, cosa que no quería, diciéndome que no estaba enferma, le llevé su paquete de telas, me ha dicho con aire de asombro: «¿Qué quieres que haga con esto, mi pobre Kate? Si deseas que juegue a muñecas, tráeme por lo menos una que esté mejor hecha que ésta».

—Ya veis —dijo Corentin, apretando la mano del provenzal—. Vos habréis sido la lanza de Aquiles.

Y a continuación salió para ir a recibir a Bianchon.

Quedado a solas, Teodosio llevaba ya un rato entregado a las reflexiones que pueden figurarse, cuando abriéndose la puerta del despacho, Bruneau, el ayuda de cámara, introdujo a Cérizet, quien al ver a La Peyrade exclamó:

—¡Ah! Bien sabía yo que acabarías por ver a du Portail, ¿Cómo marcha eso del casamiento?

—Más bien creo que es del vuestro del que hace falta pedir noticias —respondió el provenzal.

—¡Vaya! ¿Ya te han informado? ¡A fe mía!, querido, hay que poner un fin, tras haber bogado tanto tiempo por el tempestuoso mar... ¿Sabes con quién me caso?

—Sí, con la señorita Olimpia Cardinal, una joven artista protegida de al familia Minard, que da treinta mil francos para su establecimiento.

—Los cuales —prosiguió Cérizet—, añadidos a otros treinta mil que me ha prometido du Portail, caso de que se realice tu matrimonio, a los antiguos veinticinco mil que me han valido tu casamiento frustrado constituyen un capital bastante redondeadito de ochenta y cinco mil... y con esto y una linda mujer, a fe mía que sería preciso estar bien abandonado del cielo para no poder abordar algunos asuntos. Pero ante todo tengo uno a tratar contigo. Du Portail, demasiado ocupado para recibirme, me envía aquí a fin de que nos entendamos sobre la manera de inquietar el nombramiento de Thuillier. ¿Tienes tú alguna idea al respecto?

—No, y hasta he de confesar que en el estado de ánimo en que me ha dejado la conversación que acabo de sostener con el señor du Portail, no me siento con gran disposición para la inventiva.

—Te explicaré la situación —prosiguió Cérizet—. El gobierno tiene en carpeta a otro candidato, que aún no se ha presentado debido a que han sido difíciles con él los acomodados ministeriales. Durante este tiempo ha ido adelante la candidatura de Thuillier; Minard, con quien se contaba para una diversión, se ha mantenido estúpidamente en su rincón; el secuestro de vuestro libro ha dado a tu imbécil

protegido cierta aureola de popularidad. En una palabra, el Ministerio tiene miedo de verle pasar, y nada le sería más desagradable que su nombramiento. Los cretinos pomposos como Thuillier son horriblemente embarazosos en la oposición; son cántaros sin asas, no se sabe por dónde cogerlos.

—Señor Cérizet —dijo La Peyrade, comenzando a tomar el tono protector, y queriendo por otra parte saber hasta qué punto gozaba su interlocutor de la confianza de Corentin— Os hallo bien al corriente del pensamiento íntimo del gobierno... ¿Acaso habéis hallado, por ventura, el camino de cierta caja de la calle de Grenelle?

—No. Todo lo que os he dicho —replicó Cérizet—, ya que parece decididamente suprimido el *tú* entre nosotros, lo sé por du Portail.

—¡Ah, ya! —dijo La Peyrade, bajando la voz—. ¿Qué es exactamente du Portail, puesto que te hallas en relación con él hace algún tiempo? Un hombre de tu penetración ha debido ahondar el personaje, que, entre nosotros, me parece un tanto misterioso.

—Amigo mío —respondió Cérizet—, du Portail es un hombre de peso. Es un viejo astuto que me da en la nariz ha estado empleado en la administración de los dominios, o ha debido ocupar alguna dirección en los departamentos suprimidos a raíz de la caída del Imperio..., el de la Dyle, de la Doire, de Sambret-Meuse o de Deux-Nèthes.

—Ya... —dijo La Peyrade.

—Me parece que en eso —prosiguió Cérizet— se forró, y, lo cual es bastante ingenioso, teniendo una hija natural, se ha dispuesto una pequeña peana filantrópica, haciéndola pasar por hija de uno de sus amigos llamado La Peyrade, que él ha recogido. Ahora, para corroborar la verosimilitud de esta versión, tu nombre de La Peyrade le ha proporcionado la idea de desposarte con ella, pues, en fin, era preciso casarla con alguien.

—¡Muy bien!... Pero ¿cómo te explicas sus relaciones íntimas con el gobierno, y el cuidado que presta a las elecciones?

—De la manera más natural —respondió Cérizet—. Du Portail es un hombre que ama el dinero y al que le gusta meter baza; proporciona a Rastignac, el gran intrigante electoral, y que creo creo es su compatriota, algunos servicios, y el otro, en cambio, le suministra noticias, con las cuales juega a la Bolsa.

—¿Es él quien te ha hecho todas esas confidencias? —preguntó La Peyrade.

—¿Por quién me tomas? —respondió Cérizet—. Con el buen viejo, de quien como ves he sacado ya la promesa de treinta mil francos, me hago el bobo y me empequeñezco, pero hago hablar a Bruneau, el ayuda de cámara. Puedes entrar en la casa, querido du Portail es enormemente rico y poderoso, y te hará nombrar subprefecto... y de ahí a la prefectura, con la fortuna que tendrás, ya puedes comprender que no hay sino un paso.

—Te agradezco tus informaciones —repuso La Peyrade—. Cuando menos sabré a qué atenerme; pero, ¿cómo le conociste tú?

—¡Oh! Ésa es una historia muy distinta; a través de mí recuperó él una gran partida de diamantes que le habían sido robados.

En este momento apareció Corentin, quien dijo a La Peyrade:

—Todo va de lo mejor. La razón parece estar en buen camino de retomar. Bianchon, a quien nada puedo ocultar, desea tener una conferencia con vos... Así, pues, señor Cérizet, dejaremos para esta noche, si os parece bien, nuestro pequeño estudio del asunto Thuillier.

—¡Bueno, aquí está por fin! —dijo Cérizet dando una palmada en la espalda de La Peyrade.

—Sí —contestó Corentin—, y ya sabéis que podéis contar con lo que os he prometido.

Cérizet salió todo jubiloso.

XXIV

JAQUE A THUILLIER

El día siguiente al en que había debido sostenerse entre Corentin, La Peyrade y Cérizet la conferencia que terna por objeto la puesta en estado de sitio de la candidatura de Thuillier, éste comentaba con su hermana la carta por la cual Teodosio había declarado renunciar a la mano de Céleste, y se mostraba sobre todo preocupado por aquella posdata dejando entrever que el provenzal pudiera no querer conservar la redacción en jefe de *El Eco del Castor*.

En aquel momento apareció Enrique, su criado, preguntando si quería recibir al señor Cérizet.

El primer movimiento de Thuillier fue de mandar a paseo a tan imprevisto visitante. Sin embargo, pensándolo mejor, se imaginó el aprieto en que de un momento a otro se vería amenazado por el abandono de La Peyrade. En consecuencia, ordenó que se le introdujera.

Su acogida fue sin embargo muy fría y en cierto modo expectante. En cuanto a Cérizet, se presentó sin embarazo y como hombre que había calculado las consecuencias de su gestión.

—Bien, querido señor —dijo a Thuillier—, ¿comenzáis a comprender las intenciones del señor de La Peyrade?

—¿A qué os referís? —preguntó el viejo *guapo*.

—Pues que el hombre —respondió Cérizet— que, después de haber intrigado tanto para desposarse con vuestra hija, rompe bruscamente su compromiso, como uno de estos días romperá el contrato leonino que os ha hecho suscribir para su jefatura de redacción, no debe, a lo que me parece, ser objeto por vuestra parte de una confianza

tan ciega como en el pasado.

—Así pues —dijo vivamente Thuillier—, ¿tenéis algunos datos relativos a la intención que alberga La Peyrade de abandonar la redacción del periódico?

—No —contestó el banquero de los pobres—. En las relaciones en que estoy con él, comprenderéis que no le haya visto y menos aún que haya recibido sus confidencias. Mas para establecer una conjetura parto del carácter bien conocido del personaje, y podéis tener por seguro que el día en que encuentre la ocasión de abandonaros, os dejará plantado, desprendiéndose de vos como de un viejo paletó; he pasado por ello y os hablo por experiencia.

—¿Tuvisteis pues con él algunas disputas antes del asunto de la gerencia? —preguntó Thuillier.

—¡Pardiez! —replicó Cérizet—. ¡Si fui yo quien levantó la liebre del asunto de esa casa que os ha hecho comprar! Él debía ponerme en relación con vos, reservarme el principal arriendo del inmueble; pero al acontecer la desgraciada historia de esa subasta, se aprovechó para descartarme y reservarse todos los beneficios de la combinación.

—¡Los beneficios! —observó Thuillier—. No veo que hayan sido muy notables para él, exceptuando el casamiento que ahora rehúsa...

—¡Cómo! —interrumpió el usurero—. Diez mil francos que por lo pronto ha sacado de vos, so pretexto de esa condecoración que aún esperáis, más los veinticinco mil francos debidos a la señora Lambert, que vos habéis avalado, y que tal vez tendréis que pagar como un barbilindo...

—¡De qué me entero! —exclamó Brígida, dando un bote en su asiento—. ¿Veinticinco mil francos que tú has avalado?...

—Sí, señorita —replicó Cérizet—. Tras la suma que esa mujer había prestado tanto como yo, había un misterio, y de no haber metido yo mano sobre la verdadera explicación, desde luego que existía algo muy sucio en el fondo. Pero La Peyrade tuvo la habilidad de hacerse el inocente ante ■vuestro señor hermano, y de imponerse como hombre mal apreciado y necesario...

—Pero —interrumpió Thuillier—, ¿cómo os habéis enterado de que yo había avalado al señor de La Peyrade, si no lo visteis desde entonces?

—Por esa doméstica, señor, la cual dice a todo el mundo que ahora está bien segura de que le será satisfecha la deuda.

—¡Vaya negocios que haces! —reconvino agria y mordaz Brígida a su hermano.

—Señorita —prosiguió Cérizet—, he querido inquietar un poco al señor Thuillier, pero en realidad creo que no perderéis nada. Sin saber exactamente el casamiento que hace La Peyrade, me parece difícil que la familia quiera dejarle expuesto a estas dos vergonzosas deudas, y, de ser preciso, terciaré en la cuestión.

—Señor —contestó Thuillier—, agradeciéndoos vuestra oficiosa intervención, permitidme deciros que me sorprende un poco, pues la manera en que nos despedimos no debía hacérmela esperar.

—¡Bah! —dijo Cérizet—. ¿Es que por casualidad pensáis que os guardo rencor? Os he compadecido, eso es todo; os he visto bajo el hechizo, y me he dicho que era necesario que os dejara conocer a fondo a La Peyrade, pero sabiendo bien que no tardaría en alumbrar para mí el sol de la justicia. Con ese señor no se hacen esperar mucho tiempo los malos procederes.

—Permitidme —añadió Thuillier— que no tome como un mal proceder la ruptura del matrimonio del que se trató; ello ha sucedido, en cierto modo, de común acuerdo.

—¿Y el aprieto en que se propone dejaros, desertando bruscamente de su puesto de redactor en jefe, y la deuda cuyo riesgo gravita sobre vos? —replicó Cérizet—. ¿También tomáis esto por una galantería?

—Señor Cérizet —respondió Thuillier, manteniéndose siempre reservado—, en cierta ocasión dije a La Peyrade que no hay hombre indispensable, y si la jefatura de redacción de mi periódico quedase vacante, estoy seguro de que al punto muchos se apresurarían a ofrecermé sus servicios.

—¿Es por mí por quién lo decís? —preguntó Cérizet—. Si así fuese, os equivocáis, pues a pesar de ser un gran honor para mí el que deseáis mi concurso, me vería en la imposibilidad de aceptarlo. Hace ya tiempo que estoy disgustado con los periódicos; no sé cómo me dejé enredar por La Peyrade para hacer con vos una campaña, mas no habiendo sido afortunada esta última experiencia, me he prometido que no se me atraparía más; era de otro asunto muy distinto al de la prensa del que venía a hablaros.

—¡Ah! —dijo Thuillier.

—Sí —prosiguió Cérizet—. Recordando la manera en que tratasteis el asunto de esta casa, donde tengo el honor de ser recibido por vos, había pensado que no podía dirigirme mejor para cierta cuestión del mismo género que tengo en estos momentos entre manos. Pero yo no haré como La Peyrade. Yo no os diré que quiero casarme con vuestra ahijada, ni que lo que hago es por amistad y lealtad hacia vos. Es un negocio, y por lo pronto quiero una parte; además, creo que la señorita aquí presente debe hallar bastante pesada la administración de este inmueble, pues he podido observar que todas vuestras tiendas están aún por alquilar. Por consiguiente, si ella quisiera volver a estudiar la idea del arriendo principal que ahogó La Peyrade, ello podría entrar en cuenta en nuestro reparto de beneficios. He aquí.

señor, el objeto de mi visita, y podéis ver que la cuestión del periódico es completamente ajena.

—Pero en primer lugar sería preciso conocer ese negocio —repuso Brígida.

—Es precisamente lo contrario del que habéis hecho con La Peyrade. Habéis obtenido esta casa por nada, pero os inquieta una puja. Pues bien, ahora se trata de una granja en Beauce, la cual acaba de ser vendida por un trozo de pan, y que, mediante una ligera adición de precio, podríais adquirirla en condiciones de fabulosa baratura.

Y Cérizet explicó todo el mecanismo de la operación, detalle en el cual nos

dispensará el lector de entrar, visto que, según todas las apariencias, hallaría menos interés que Brígida. La exposición era muy clara, muy neta, y se apoderó vivamente del ánimo de la solterona; incluso el propio Thuillier, a pesar de toda su preventiva desconfianza, se vio obligado a convenir que el asunto que se le exponía tenía, cuando menos, el aspecto de ser una excelente especulación.

—Únicamente habría que ver eso sobre el terreno —observó Brígida.

Se recordará que para el asunto de la casa, ella no había querido dar la menor palabra a La Peyrade antes de haber realizado una inspección ocular.

—Nada más fácil —dijo Cérizet—, Yo mismo, en el caso de que no tratásemos juntos, tengo necesidad de cerciorarme de la realidad del asunto, y a tal fin tenía la intención de hacer uno de estos días una pequeña excursión; por lo tanto, si lo deseáis, vendré a buscaros con un coche de posta. Mañana, a primera hora, estaremos allá, echaremos nuestro vistazo, comeremos, y por la noche podemos estar aquí a la hora de cenar.

—¡Pero la posta —observó Brígida— es a lo gran señor!... Me parece que la diligencia...

—Con las diligencias —respondió Cérizet— no se sabe cuando se llega; además, no tenéis que preocuparos por el gasto; de cualquier modo haría yo solo ese viaje, por lo que os ofrezco dos plazas en mi carruaje. Y si el negocio se remata, cuando ajustemos cuentas nos repartiremos los gastos.

Para los avaros, los pequeños beneficios en los grandes negocios, son con frecuencia determinantes de las decisiones. Después de cierta resistencia *pro forma*, Brígida acabó por aceptar la propuesta, y, al mismo día, los tres asociados tomaban el camino de Chartres. Cérizet había inducido a Thuillier a no poner en conocimiento de La Peyrade aquel viaje, por temor de que se le ocurriese al provenzal aprovecharse de la breve ausencia para hacerle alguna trastada.

Al día siguiente, hacia las cinco de la tarde, el trío estaba de regreso, y el hermano y la hermana, que, en presencia de Cérizet, no habían tenido libertad para comunicarse sus impresiones, estuvieron ambos de acuerdo en que la adquisición sería excelente. Habían hallado tierras de primera calidad, edificios de explotación en perfecto estado, ganado y material que presentaban muy buen aspecto; y el convertirse en propietaria de una finca rústica era para Brígida la última consagración de la opulencia.

—Minard —dijo— no tiene más que su propiedad urbana y capitales; nosotros tendremos la tierra, bienes raíces; no se es rico sin eso.

Thuillier no estaba bajo el hechizo de este sueño, cuya realización era por lo demás a plazo bastante lejano, hasta el extremo de perder de vista la diputación y el periódico. Uno de sus primeros cuidados fue pedir el número que había aparecido por la mañana.

—No ha llegado —respondió el criado.

—¡Qué magnífico reparto! —dijo Thuillier con mal humor—. ¡Ni siquiera el

propietario es servido!

Y aunque se acercaba la hora de cenar, y que después del viaje que acababa de hacer, hubiera sido preferible meterse en el baño que correr a la calle de Enfer, Thuillier tomó un cabriolé y se trasladó al despacho de *El Eco*.

Allí, nuevo chasco: el periódico *se había agotado*, todos los empleados se habían marchado y La Peyrade también. En cuanto a Coffinet, que, no hallándose en su puesto de ordenanza, debiera, cuando menos, encontrarse en el de portero, había ido *a un recado*, según dijo su mujer, llevándose la llave del armario donde se conservaba la colección del periódico. Imposible pues procurarse el número que el desgraciado propietario había venido a buscar desde tan lejos.

Resultaba asimismo imposible describir la indignación de Thuillier; paseándose a grandes zancadas por el despacho de la redacción y en un monólogo en voz alta, como se hace en las situaciones apasionadas, clamaba:

—¡Los echaré a todos!

Por nuestra parte, nos vemos obligados a dulcificar un poco la energía de su furiosa exclamación.

Al acabar este anatema, llamaron en la puerta de la pieza que había sido su testigo.

—¡Entrad! —volvió a clamar Thuillier con tono en el que se reflejaban su impaciencia y su cólera.

Y al instante apareció Minard, quien se precipitó en sus brazos.

—¡Mi bueno, mi excelente amigo! —empezó por decir el alcalde del distrito XI, haciendo suceder a su abrazo un caluroso apretón de manos.

—¿Qué es lo que sucede? —respondió Thuillier, sin poder comprender nada de aquellas fervientes demostraciones.

—¡Ah! Querido, es un proceder admirable —continuó Minard—. No se puede ser más caballeresco, ni más desinteresado... y por lo tanto el efecto es enorme en todo el distrito.

—¿Todavía un golpe? —exclamó Thuillier lleno de impaciencia.

—¡El artículo, el paso dado, todo es de tal nobleza, de tal altura!...

—¿Pero qué artículo ni qué paso dado? —preguntó el propietario de *El Eco*, absolutamente fuera de sí.

—El artículo de esta mañana —respondió Minard.

—¿El artículo de esta mañana?

—¡Cómo!... Veamos... ¿es que lo habéis escrito mientras dormíais, al igual que el señor Jourdain hacía prosa?... ¿Hacéis heroísmo sin saberlo?

—¡Yo! Yo no he hecho ningún artículo —contestó Thuillier—. Yo estuve ausente de París desde ayer y ni siquiera sé lo qué ha aparecido en el periódico esta mañana; no hay ni un mozo de oficina por aquí para darme un número.

—Pues yo lo tengo —dijo Minard, extrayendo de su bolsillo el tan deseado número—. Si la redacción no es vuestra, cuando menos la habéis inspirado, y, en

cualquier caso, la declaración subsiste.

Thuillier se había precipitado sobre la hoja que acababa de tenderle Minard, y devoraba, más que leía, el artículo siguiente:

«Durante bastante tiempo, el propietario de este periódico regenerado ha sufrido sin quejarse ni responder las taimadas insinuaciones con las que una prensa venal abreva a todo ciudadano que, manteniendo sólidamente sus convicciones, se niega a pasar bajo las horcas caudinas del poder. Durante bastante tiempo, un hombre que ha dado ya pruebas notorias de consagración y abnegación en las importantes funciones edilicias parisinas, ha permitido decir que él no era más que un ambicioso y un intrigante. Jerónimo Thuillier, desde la altura de su dignidad, ha dejado pasar, con desprecio, esos groseros insultos; mas, alentados por su desdeñoso silencio, escritores a sueldo han podido decir que un periódico, obra del más acendrado patriotismo y de la más desinteresada convicción, no era sino la estribera de un hombre y la especulación de un aspirante a la diputación. Jerónimo Thuillier, ante tales imputaciones ha quedado impasible, porque la justicia y la verdad son pacientes, y quería aplastar al reptil de un solo golpe. El día de esta ejecución ha llegado.»

—¡Diantre de La Peyrade! —dijo Thuillier, deteniéndose en esta frase—. ¡Cuán conmovedor es!

—¡Ah, es magnífico! —exclamó Minard.

Y volviendo a su lectura en voz alta, Thuillier prosiguió:

«Todo el mundo, amigos y enemigos, concederá al señor Jerónimo Thuillier el testimonio de que nada había hecho para acaparar una candidatura que se le ofreció espontáneamente.»

—Esto es de una absoluta evidencia —dijo aún Thuillier, interrumpiendo su lectura, que prosiguió acto seguido:

«Sin embargo, puesto que sus sentimientos han sido tan odiosamente desnaturalizados y sus intenciones tan indignamente disfrazadas, Jerónimo Thuillier se debe a sí mismo, y sobre todo al gran partido nacional, del cual es uno de sus humildes soldados, el dar un ejemplo que confunda a los viles sicofantes del poder.»

—La Peyrade me presenta verdaderamente muy bien —comentó Thuillier, suspendiendo otra vez su lectura—, y ahora comprendo por qué ha impedido que se me enviase el periódico; quería disfrutar de mi sorpresa... *Que confunda a los viles sicofantes del poder* —repitió tras esta reflexión, reanudando su lectura:

«El señor Thuillier no ha fundado un periódico de oposición dinástica para presentar y sostener su elección, que en el mismo momento en que esta elección parece rodeada de las probabilidades mejor dibujadas, y de las más desesperantes perspectivas para sus rivales, declara aquí, públicamente, de la manera más formal, absoluta e irrevocable, QUE RENUNCIA A SU CANDIDATURA...»

—¡Cómo! ¡Cómo! —exclamó Thuillier, creyendo haber leído o comprendido mal.

—Continuad —dijo el alcalde del distrito XI.

Y como Thuillier, con aire extraviado, no parecía dispuesto a proseguir, Minard le quitó el periódico de las manos, y leyó en su lugar:

«... renuncia a su candidatura, e invita a los electores a otorgar al señor Minard, alcalde del distrito XI, su amigo y colega en las funciones municipales, todos los votos con los que parecen dispuestos a honrarle.»

—¡Esto es una infamia! —clamó Thuillier, recobrando la palabra—. ¡Vos habéis comprado a ese jesuíta de La Peyrade...!

—Así pues —dijo Minard, estupefacto por la actitud de Thuillier—, ¿no se redactó el artículo de acuerdo con vos?

—El miserable se ha aprovechado de mi ausencia para encajarlo en el periódico. Ahora me explico por qué impidió que me enviaran el número.

—Amigo mío —observó Minard—, lo que decís parecerá increíble a todo el mundo.

—¡Os digo que ha sido una traición, una abominable emboscada...! ¡Renunciar a mi candidatura!... ¿Por qué había de renunciar a ella?

—Ya comprenderéis, querido... si ha habido un abuso de confianza, lo siento enormemente, estoy desolado, pero en vista de ese artículo he lanzado ya una circular electoral, y ahora, quien más chifle, capador, como se dice...

—¡Idos de aquí! —barbotó Thuillier—. ¡Ésa es una comedia pagada por vos!

—Señor Thuillier —respondió a su vez Minard con tono amenazador—, no os invito a repetir esas palabras, a menos que tengáis que rendirme cuenta de ellas.

Felizmente para Thuillier, quien ya nos hizo precedentemente su profesión de fe sobre el valor cívico, fue dispensado de responder por Coffinet, el cual, abriendo la puerta del despacho de la redacción, anunció:

—¡Los señores electores del distrito doce!

El distrito estaba representado por cinco personas. Un farmacéutico, presidente de la diputación, interpeló a Thuillier en los siguientes términos:

—Venimos, señor, después de enterarnos de un artículo publicado esta mañana por el *Eco del Castor*, para preguntaros cuál es exactamente el origen y el alcance de este artículo, pues nos parece increíble que después de haber solicitado nuestros sufragios, vengáis ahora, en el momento de la elección y por un puritanismo mal entendido, a sembrar el desorden y la desunión en nuestras filas y probablemente asegurar el triunfo del candidato ministerial. Un mandatario ya deja de pertenecerse, pertenece a los electores que han prometido honrarlo con sus votos. Por lo demás —continuó el orador mirando de soslayo a Minard—, *la presencia en estos lugares* del candidato que os tomáis la molestia de recomendamos, indica la existencia de convivencia entre amos, y no tengo necesidad de preguntar a quién se engaña aquí.

—Nada de eso, señores —dijo Thuillier—, yo no renuncio a mi candidatura. Este artículo fue escrito e impreso sin mi consentimiento. Mañana el mismo periódico publicará una retractación, y al mismo tiempo sabréis que el infame que traicionó mi confianza ha cesado de pertenecer a la redacción.

—Así —dijo el que hablaba—, pese a vuestra declaración contraria, ¿continuaréis siendo el candidato de la oposición?

—Sí, señores, hasta la muerte, y os mego que uséis de toda vuestra influencia en el barrio para que el efecto de esta emboscada quede neutralizado oficiosamente hasta el momento en que yo pueda oponerle oficialmente el mentís más rotundo.

—¡Muy bien, muy bien! —dijeron los electores.

—Y en cuanto a la presencia del señor Minard, mi competidor, *en estos lugares*, yo no la he provocado, y, en el momento en que vos entrasteis, ambos sosteníamos una acalorada explicación.

—¡Muy bien, muy bien! —repitieron los electores.

Y después de estrechar cordialmente la mano del farmacéutico, Thuillier acompañó a la diputación hasta los confines del apartamento.

De regreso en la sala de redacción, Thuillier dijo:

—Mi querido Minard, retiro esas palabras que os han herido, pero ahora ya podéis ver lo que había de buena fe en mi indignación.

Coffinet abrió de nuevo la puerta y anunció:

—Los señores electores del distrito XI.

El distrito estaba en esta ocasión representado por siete personas. Un comerciante de géneros de punto, presidente de la delegación, dirigió a Thuillier el pequeño *speech* siguiente:

—Señor, con sincera admiración nos hemos enterado esta mañana, por vuestro periódico, del gran acto cívico que nos ha conmovido a todos. Retirándoos dais pruebas de un desinterés poco corriente, y la estima de vuestros conciudadanos...

—Permitid que no os deje proseguir —atajó Thuillier—. El artículo por el cual queréis felicitarme ha sido insertado por error.

—¡Cómo! —exclamó el comerciante—. ¿Es que no os retiráis? ¿Podéis pensar que frente a la candidatura del señor Minard, cuya presencia *en estos lugares* me parece en tal caso hartamente singular, tenga vuestra insistencia alguna probabilidad de éxito?

—Señor —respondió Thuillier—, hacedme el favor de invitar a los señores electores a que esperen el número de mañana, en el que proporcionaré las explicaciones más categóricas. El artículo de hoy es el resultado de un malentendido.

—Tanto peor, señor —añadió el comerciante—, si malográis la ocasión de situaros en la opinión de vuestros conciudadanos a la altura de Washington y de otros grandes hombres de la antigüedad.

—Hasta mañana, señores —dijo Thuillier. No por ello soy menos sensible a vuestra gestión, y cuando sepáis toda la verdad, espero que no habré desmerecido en vuestra estima.

—¡Vaya embrollo que es todo esto! —comentó en voz alta un elector.

—Así es —convino otro—, Parece como si quisieran burlarse de nosotros.

—¡Señores! ¡Señores! —reconvino el presidente de la delegación, haciendo punto

final— Hasta mañana... en que leeremos las explicaciones del candidato.

Y acto seguido, se retiró la delegación.

Es poco probable que Thuillier la hubiese acompañado más allá de la primera puerta, pero, en todo caso, se lo impidió La Peyrade, quien entraba en el mismo instante.

—Vengo de tu casa, querido —dijo el provenzal—. Me dijeron que te encontraría aquí.

—Y sin duda venís para darme explicaciones sobre el extraño artículo que os habéis permitido publicar en mi nombre.

—Precisamente —asintió La Peyrade—. Ese hombre que conocéis, y de quien ya habéis experimentado su poderosa influencia, me confió ayer, en vuestro interés, el pensamiento del gobierno, y yo quedé convencido de que vuestro fracaso era inevitable. Por lo tanto, me pareció que lo más conveniente era prepararos una retirada digna y honorable.

—Muy bien, señor —respondió Thuillier—, ¿pero sabéis que desde este mismo momento ya no pertenecéis a la redacción del periódico?

—Precisamente eso mismo venía yo a anunciaros.

—¿Y sin duda también a solventar la pequeña cuenta que tenemos juntos?

—Señores —dijo Minard—, veo que estáis tratando de negocios, por lo que permitiréis que me retire.

Una vez salido Minard, La Peyrade dijo:

—Aquí tenéis diez mil francos, que os ruego remitáis a la señorita Brígida; además, la escritura por la cual me avalasteis los veinticinco mil francos que se debían a la señora Lamben, cuyo recibo está aquí.

—Está bien, señor... —respondió Thuillier.

La Peyrade saludó y salió.

—¡Víbora! —exclamó Thuillier, viéndole marchar.

—Cérizet ha hallado la palabra justa —dijo a su vez La Peyrade—. ¡Un pomposo imbécil!

El golpe asestado a la candidatura de Thuillier fue mortal, pero Minard no se aprovechó de él. Mientras se disputaban los sufragios de los electores, llegó un palaciego, un ayudante de campo del rey, con las manos llenas de expendidurías de tabaco y otra calderilla electoral, pasando como un tercer ladrón entre los dos candidatos ocupados en darse puñaladas.

No hace falta decir que Brígida se quedó sin su granja de Beauce; fue un espejismo con ayuda del cual había sido atraído Thuillier fuera de París, a fin de que La Peyrade pudiera dar su golpe. Al mismo tiempo que un servicio prestado al gobierno, aquella mistificación era la venganza de todas las humillaciones que el provenzal había sufrido.

Thuillier tuvo alguna sospecha de la complicidad de Cérizet, pero éste supo justificarse, y chalaneando la venta de *El Eco del Castor*, que se había convertido en

una pesadilla para su desgraciado propietario, quedó albo e impoluto como la nieve.

Comprado por encargo de Corentin, el pobre órgano de la oposición se convirtió en un *periodicucho* vendido los domingos en las tabernas, tras haber sido confeccionado en los *antros* de la policía.

XXV

EN EL EJERCICIO DE SUS FUNCIONES

Una mañana, alrededor de un mes después de la escena en que La Peyrade se había asegurado de que, por una falta de su pasado, había comprometido irrevocablemente su porvenir, casado ya con su víctima, quien, a la sazón, tenía intervalos lúcidos bastante prolongados, pero que no debía recobrar la plenitud de su razón sino en la época y con la condición previamente indicadas por los médicos, el sucesor de Corentin se encontraba con él en su despacho.

Tomando parte en sus trabajos, realizaba bajo el gran maestro el aprendizaje de las difíciles y delicadas funciones a las cuales estaba ya adscrito. Pero a Corentin no le parecía que su discípulo pusiera en aquella iniciación todo el ímpetu y buena disposición que hubiera deseado. Se daba buena cuenta de que en la conciencia del provenzal había un sentimiento de decadencia moral; el tiempo había de vencerla, pero la callosidad no se había formado aún.

Tras haber abierto cierto número de sobres que contenían informes de sus agentes, Corentin leía en un instante el contenido de las misivas, mucho más raramente útiles de lo que pudiera suponerse, pues las lanzaba desdeñosamente a una papelera de la que a continuación salían en bloque para ser quemadas. No obstante, a uno de aquellos partes pareció prestar una atención particular el gran policía; mientras lo leía, afloraba, de cuando en cuando, una sonrisa a sus labios, y una vez terminada su lectura, dijo a La Peyrade, tendiéndole el manuscrito:

—He aquí algo que os interesa, y veréis que en nuestro oficio, que os parece tan grave, nos topamos a veces en nuestro camino con la comedia. Leed en voz alta, pues ello nos distraerá.

Y antes de que La Peyrade comenzara a leer, Corentin añadió:

—Debéis saber que el informe procede de un tal Enrique, a quien la señora Komorn había colocado en casa de los Thuillier.

—¿Así, pues, uno de vuestros medios son los criados proporcionados por vuestra mano?

—A veces —respondió Corentin—. Para saberlo todo se necesita emplear todos los recursos; pero sobre el particular han corrido muchos infundios. No es verdad que la policía, erigiendo este procedimiento en sistema, haya extendido en ciertas épocas,

mediante un enrolamiento general de lacayos y doncellas, una vasta red en el interior de las familias. Nada es absoluto en nuestra manera de actuar, nos conducimos según el momento y las circunstancias. Yo tenía necesidad de un oído y una influencia en casa de los Thuillier y había soltado allá a la Godollo; ella, por su parte, y a fin de secundarla, instaló a uno de nuestros hombres, muchacho inteligente, como vais a ver; pero, en otra ocasión, haría detener a un criado que viniera a ofrecerme la venta de los secretos de su amo, y me encargaría de hacer llegar un aviso al interesado, para que desconfiara de quienes le rodeaban.

«Señor director de la policía secreta —escribía a Corentin el llamado Enrique—: No me he quedado con el baroncito, pues se trata de un hombre enteramente ocupado en sus placeres, y jamás hubiera recogido en su casa nada que fuese digno de seros informado. He hallado otro puesto, en el que ya he sido testigo de muchas cosas que, en razón de la misión que me había sido confiada por la señora condesa de Godollo, me parece deben interesaros, por lo que me apresuro a ponerlas en vuestro conocimiento. La casa donde estoy *empleado* es la de un viejo sabio llamado Picot, quien habita en el piso primero, plaza de la Madeleine, en el edificio y apartamento precedentemente habitados por mis antiguos amos, los Thuillier.»

—¡Cómo! —exclamó La Peyrade interrumpiendo su lectura—. ¿El padre Picot, ese viejo demente arruinado, ocupando aquel magnífico apartamento?

—¡Seguid, seguid! —pidió Corentin—. La vida está llena de muchas otras rarezas... más abajo lo veréis, pues nuestro corresponsal —es el defecto de todos: se ahogan en los detalles—, no hace sino poner en exceso los puntos sobre las *ies*.

El llamado Enrique añadía:

«Los Thuillier han abandonado desde hace algún tiempo este apartamento, para volver a su barrio latino. A la señorita Brígida nunca le habían complacido mucho *nuestros* parajes, pues su absoluta falta de educación la desacomodaba. *Debido a que* yo hablo correctamente, me llamaba el orador, no pudiendo sufrir a Pascal, su portero, *visto* que, siendo pertiguero de la parroquia de la Madeleine, tenía modales; y hasta tenía algo que achacar a los tenderos del gran mercado situado detrás de la iglesia, donde se aprovisionaba, quejándose de sus aires de *suficiencia*, porque no son tan mal hablados como los del mercado central, y de que se le reían en la cara cuando les regateaba los precios. Ella ha dado su casa en arriendo principal a un tal Cérizet, hombre muy mal parecido, que tiene la nariz toda carcomida, por un alquiler anual de cincuenta y cinco mil francos. Este individuo parece saber lo que lleva entre manos; acaba de casarse con una actriz de pequeños teatros, y pensaba ocupar el apartamento del primer piso, en el que incluso hablaba de establecer, con su familia, el despacho de una *Compañía de seguros para la dote de los hijos*, cuando el señor Picot, que llegaba de Inglaterra con su mujer, una inglesa muy rica, vio el apartamento y ofreció un buen precio, lo que ha decidido a Cérizet a cedérselo; fue *por entonces*, cuando, gracias a la mediación de Pascal, el portero, con quien yo había conservado buenas relaciones, entré al servicio de ese señor Picot.»

—¡El señor Picot casado con una inglesa muy rica! —exclamó La Peyrade, interrumpiendo otra vez su lectura—. ¡Es incomprensible!

—Proseguid —dijo Corentin—. Ya os dije que más adelante comprenderéis.

«La fortuna de mi nuevo amo —prosiguió La Peyrade—, es toda una historia, y la relato al señor director porque se encuentra estrechamente relacionada con ella otra persona *en cuyo* matrimonio se había interesado la señora de Godolio. Esta otra persona es el llamado Félix Phellion, descubridor de una estrella, y quien, desesperado por no poder casarse con esa señorita, que quería darse al señor La Peyrade, al que la señora de Godollo ha dado tan bien el mico...»

—¡Vaya bellaco! —murmuró el provenzal haciendo un paréntesis—. ¡Cómo habla de mí! No sabe aún con quién ha de habérselas...

Corentin rió de buena gana, invitando luego nuevamente a proseguir a su discípulo.

—«... quien desesperado por no poder casarse con esta señorita, había partido para Inglaterra, donde debía embarcarse para un viaje alrededor del mundo, lo que desde luego es idea propia de un enamorado. Al enterarse de su partida, el señor Picot, su antiguo profesor, que se interesa muchísimo por él, salió al punto tras él para oponerse a aquella cabezonada, lo cual no le resultó difícil. Los ingleses son naturalmente muy celosos de los descubrimientos, y cuando vieron al señor Phellion, que iba a embarcarse en seguimiento de sus sabios, le preguntaron si tenía una orden del Almirantazgo, cosa que él no pudo proporcionar, por lo que se le rieron en sus barbas y se fueron sin querer saber nada, temiendo que él supiera más que ellos.»

—Adoba bien la *entente cordiale* vuestro Enrique —comentó alegremente La Peyrade.

—Sí —respondió Corentin—. En todos los informes de nuestros agentes os llamará la atención esa tendencia general y continua a la denigración. ¡Pero qué queréis... para el oficio de espía, no se pueden tener ángeles!

—«Quedados en la playa, Telémaco y su mentor...» —prosiguió La Peyrade.

—Ya veis que nuestros hombres son letrados —observó Corentin.

«... Telémaco y su mentor se disponían a regresar a Francia, cuando el señor Picot recibió una carta escrita como solamente las inglesas son capaces de hacerlo. En ella se le decía que había sido leída su *Teoría del movimiento continuo*, y enterado del magnífico descubrimiento que acababa de hacer de una estrella; que se le consideraba como un genio cuando menos igual a Newton, y que si pudiera convenirle la mano de quien le escribía, unida a ochenta mil libras esterlinas, o dos millones de francos de dote, la tenía a su disposición. El señor Picot pareció sensible a la oferta, y acudió a la cita que le daba la inglesa, una mujer de menos de cuarenta años, de nariz roja, grandes dientes y portadora de gafas. El primer pensamiento del buen hombre fue el de conseguir que se casara con su discípulo, pero comprendiendo que esto sería imposible, antes de aceptar por su cuenta, *observó* que él era viejo, tres cuartos ciego, que no había descubierto estrella alguna, y que no poseía un céntimo.

La inglesa respondió que tampoco Milton era joven y estaba completamente ciego; que el señor Picot no parecía tener sino una catarata, que ella sabía de eso por ser hija de cirujano, y haría que le operasen; que no le importaba en absoluto que hubiera o no descubierto una estrella; que era el creador de la *Teoría del movimiento continuo* quien, desde hace diez años, era el hombre de sus sueños y al que de nuevo ofrecía su mano, con ochenta mil libras esterlinas de dote o los dos millones. Picot respondió que si se le devolvía la vista y se consentía en ir a vivir a París, ya que él detestaba a Inglaterra, consentiría en casarse. Fue hecha la operación, y con buen resultado, por lo que al cabo de tres semanas, los nuevos esposos llegaban a la capital. Todos estos detalles los he obtenido de la camarera de la señora, con quien estoy a partir un piñón.»

—¡Vaya con el fatuo! —dijo riendo Corentin.

«Pero lo que me queda por relatar al señor director, son hechos de los que puedo hablar *de visu*, y por consiguiente estoy en estado de certificárselos. Tan pronto como los esposos Picot acabaron su instalación, que se hizo de la manera más suntuosa y confortable, mi señor me encargó cierto número de invitaciones para una cena: a las familias Thuillier, Colleville y Minard, al señor abate Gondrin, vicario de la Madeleine, y, en fin, para casi todos los convidados de otra cena en la que, un mes antes, se había encontrado casualmente en casa de los Thuillier, y durante la cual se comportó de manera harto singular. Todas las personas que recibieron estas invitaciones se asombraron tanto de saber que el viejo Picot había hecho una gran boda y ocupaba el antiguo apartamento de los Thuillier, que, en general, pasaron por la portería para informarse a través de Pascal, a fin de comprobar que no eran objeto de una burla. Habiendo sido constados como *sinceros y verdaderos* los informes, toda la sociedad fue puntual a la cita; mas no se halló al señor Picot. Fueron recibidos por su esposa, la cual, hablando muy poco francés, decía a todos los que iban llegando: *Mi maquido vindrá insiquida*, no pudiendo entablar después ninguna otra conversación, por lo que la reunión era muy fría e incómoda. Por fin llegó el señor Picot, y todo el mundo quedó estupefacto al ver, en lugar de un viejo ciego y mal trajeado, a un viejo florido llevando con donaire su bastón, como Ferville, del Gimnasio, y diciendo con aire desenvuelto:

»—Os pido perdón, señoras, por no haberme hallado presente en el momento de vuestra llegada, pues me encontraba en la Academia de Ciencias en espera del resultado de una elección, la de Félix Phellion, a quien todos conocéis, y que acaba de ser nombrado casi por unanimidad, ya que solamente le han sido contrarios tres votos.

»Esta noticia pareció causar efecto en la reunión, y el señor Picot prosiguió seguidamente:

»—También he de presentaros mis excusas, señoras, por la manera un tanto insólita con que me comporté hace unas semanas, en el mismo lugar en que nos reunimos hoy. Pero tenía por excusa mi enfermedad, el engorro de un proceso, y una

vieja gobernanta que me robaba y atormentaba de mil maneras, y de la cual tengo la dicha de haberme desembarazado. Hoy me veis rejuvenecido, rico, con los favores de la amable mujer que me ha concedido su mano, y me hallaría en la más feliz disposición de recibirlos como conviene, si el recuerdo de mi joven amigo, cuya ilustración acaba de consagrar la elección de la Academia, no tendiese en mi pensamiento un velo de tristeza. Todos los aquí reunidos —prosiguió el señor Picot elevando la voz— fuimos culpables con él: yo, de ingratitud cuando me atribuía la gloria de su descubrimiento y el premio debido a sus inmortales trabajos, siendo él quien más tarde, atrayéndome a Inglaterra, había asimismo de ser la causa de la felicidad que ha venido a buscarme en mi vejez; aquella señorita que allí veo, con lágrimas en los ojos, por haberle acusado disparatadamente de ateísmo; esa otra señorita de rostro severo, por haber respondido con dureza a una noble gestión de su viejo padre, cuyas canas debiera haber acogido mejor; el señor Thuillier, por haberle sacrificado a su ambición; el señor Colleville, por no haber desempeñado su misión de padre como era desear por marido de su hija al más digno y más honrado; y el señor Minard, por haber sentido celos de él, queriendo suplantarle por su hijo. No hay aquí más que dos personas, la señora Thuillier y el señor abate Gondrin, que le hayan hecho plena justicia. Ahora bien, yo pregunto a este hombre de Dios; ¿no cabe algunas veces dudar de la justicia divina, cuando ese generoso joven, víctima de todos nosotros, se encuentra ahora entregado a las olas y a las tempestades, y cuando durante tres largos años va a dejar tras sí la inquietud de su regreso?

»—La Providencia es muy grande, señor —respondió el abate Gondrin—. Dios protegerá a Félix Phellion en medio de los peligros y abrigo la firme esperanza de que, transcurridos esos tres años, será devuelto a sus amigos.

»—¿Pero será tiempo todavía dentro de tres años? —replicó el señor Picot—. ¿Le habrá esperado la señorita Colleville?

»—¡Sí, lo juro! —exclamó la muchacha, arrastrada por un movimiento incontenible.

»Y seguidamente, todo ruborosa, se volvió a sentar, prorrumpiendo en llanto.

»Y vos, señorita Thuillier —continuó el señor Picot—, y vos, señora Colleville, ¿permitís a esta criatura reservarse para quien es tan digno de ella?

»—¡Sí! ¡Sí! —clamaron de todas partes; pues la voz del señor Picot, que es plena y sonora, y en la que se sentía como una nota de lágrimas, había llenado de emoción a toda la asistencia.

»—Así, pues, ya es hora de administrar a la Providencia —dijo el señor Picot.

»Y corriendo a la puerta, en la que tenía yo pegada te oreja, y donde por poco me sorprende, me dijo con voz muy alta:

»—Anuncia a Félix Phellion y a su familia.

»Y, en efecto, de una puerta que se abrió, salieron cinco o seis personas que, siguiendo los pasos del señor Picot, penetraron en el salón.

»A la vista de su *amante*, la señorita Colleville se sintió mal, pero su síncope no

duró más que un momento, y al ver a Félix de rodillas, se lanzó llorando en brazos de la señora Thuillier, diciendo:

»—¡Madrina, vos me habíais dicho siempre que esperase!

»La señorita Thuillier, de quien a pesar de su seco carácter y su poca educación siempre he pensado que era una mujer cabal, tuvo entonces un bello gesto. Como se hablara de pasar al comedor, dijo autoritaria:

»—¡Un momento!

»Y yendo ante el señor Phellion padre, añadió:

»—¡Señor y antiguo amigo: os pido para la señorita Colleville, nuestra hija adoptiva, la mano de Félix Phellion!

»—¡Bravo! ¡Bravo! —clamaron de todas partes.

»—¡Dios mío! —contestó el señor Phellion con lágrimas en los ojos—. ¿Qué he hecho yo para merecer tanta felicidad?

»—Habéis sido un hombre honrado y un buen cristiano sin saberlo —respondió el abate Gondrin.»

Al llegar a este punto, La Peyrade dejó a un lado el manuscrito.

—Bien, ¿no lo acabáis? —preguntó Corentin volviéndolo a tomar—. De hecho, no hay nada más. Enrique me *confiesa* que toda esta escena le ha conmovido. Dice que sabiendo que en otro tiempo tomé interés por este casamiento, ha creído que era su deber informarme sobre las circunstancias de su conclusión, y, al igual que todos los informes de la policía algo extensos, concluye él mismo con la petición ligeramente velada de una gratificación... ¡Ah! Sin embargo, hay un detalle bastante importante: la inglesa, durante la cena, hizo anunciar por el señor Picot que como ella no tenía herederos, tras su persona y la de su marido, toda su fortuna pasaría a Félix, quien por consiguiente será considerablemente rico.

La Peyrade se había levantado y paseaba dando grandes pasos.

—Vamos, ¿qué es lo que os duele? —preguntó Corentin.

—Nada —respondió el provenzal.

—Pues yo creo que sí —replicó el gran policía—. Me parece que estáis algo celoso de la felicidad de ese joven. Permitidme deciros, querido, que si era de vuestro gusto un desenlace semejante, había que proceder como él; cuando os envié cien luisas para que estudiarais la carrera de Derecho, no os destinaba a sucederme, habíais de remar penosamente en vuestra galera, si hubieseis tenido valor para realizar trabajos oscuros y arduos, vuestro día hubiese llegado. Mas preferisteis forzar la fortuna.

—¡Señor! —exclamó La Peyrade.

—Quiero decir apresurarla, segarla en cierne... Os lanzasteis al periodismo y de allí a los negocios; trabasteis conocimiento con los señores Dutocq y Cérizet, y, francamente, os considero dichoso por haber arribado al puerto donde hoy os ha recibido. Por lo demás, no sois tan sencillo de corazón como para que los goces

reservados a Félix Phellion hubiesen tenido jamás para vos un gran sabor. Ese burgués...

—A los burgueses —dijo vivamente La Peyrade— los conozco ya, y lo he aprendido a mi costa. Tienen grandes ridiculeces e incluso grandes vicios, pero también virtudes, y, cuando menos, cualidades estimables; ahí radica la fuerza vital de nuestra corrompida sociedad.

—¡Vuestra sociedad! —respondió sonriendo Corentin—. Habláis como sí todavía formaseis parte de sus filas. Vos estáis por encima, señor, y sería preciso que os mostraseis más satisfecho con vuestra suerte. Los gobiernos pasan, las sociedades perecen o se marchitan; pero nosotros, nosotros dominamos todo esto, y la policía es eterna^{1[10]}.

FIN



HONORÉ DE BALZAC nació en 1799 en Tours, donde su padre era jefe de suministros de la división militar. La familia se trasladó a París en 1814. Allí el joven Balzac estudió Derecho, fue pasante de abogado, trabajó en una notaría y empezó a escribir: obras filosóficas y religiosas, novelas de consumo publicadas con seudónimo e incluso una tragedia en verso, *Cromwell*, se cuentan entre estas primeras producciones, todas ellas anteriores a 1827. Fue editor, impresor y propietario de una fundición tipográfica, pero todos estos negocios fracasaron, acarreándole deudas de las que no se vería libre en toda su vida. En 1830 publica seis relatos bajo el título común de *Escenas de la vida privada*, y en 1831 aparecen otros trece bajo el de *Novelas y cuentos filosóficos*: en estos volúmenes se encuentra el germen de *La comedia humana*, ese vasto «conjunto orgánico» de ochenta y cinco novelas sobre la Francia de la primera mitad del siglo XIX, cuyo nacimiento oficial no se produciría hasta 1841, a raíz de un contrato con un grupo de editores. Balzac, autor de una de las obras más influyentes de la literatura universal, murió en París en 1850.

Notas

[1] Véase *Los empleados*. <<

[2] Esta obra, anunciada muchas veces por Balzac, no llegó a publicarse. (*Nota del Editor.*) <<

[3] Véase *Miserias y esplendores de las cortesanas*. <<

[4] El continuador de la obra de Balzac cambia la P primera de este apellido por T. <<

[5] Juego de palabras Intraducibles entre *maïre* (alcalde) y *mère*, (madre), que son palabras homófonas (*N. del T.*) <<

[6] *Cerrad los arroyos, niños; los prados ya han bebido bastante.* Último verso de la III égloga de Virgilio. Manera irónica de decir; «No hablemos más de este asunto». (N. del T.) <<

[7] Véase *Un gran hombre de provincias en París*. <<

[8] Véase *Una calle de París y su habitante*. <<

[9] Juego de palabras intraducible: du Portal es «del Portal» y du Portaux, «de los Portales». (*N. del T.*) <<

[10] Ver la nota puesta al final del tomo I de *Los pequeños burgueses*. <<